

VERSATI
OFFICE

La lista de ámbar

Ana Olivia Fiol

D.J.57

Table of Contents

Capítulo 1: viernes, 12 de mayo de 2017

01. Un flirteo peligroso

Capítulo 2: sábado, 13 de mayo

02. Glory's

03. Al otro lado de la cadenita

Capítulo 3: lunes, 15 de mayo

04. Brown sugar

05. Pato Pekín

Capítulo 4: martes, 16 de mayo

06. Margaritas

07-Sala Diamante

08. Philip

Capítulo 5: miércoles, 17 de mayo

09. Brunch

10. Kir Royal

Capítulo 6: jueves, 18 de mayo

11. El pirata

12. Ravel

13. Lola

14. Lío

15. Hierbas con lima

Capítulo 7: viernes, 19 de mayo

16. Walther

17. Santos

18. Mi fetiche

Capítulo 8: sábado, 20 de mayo

19. Sorpresa

20. Sa Talaia

21. Vapor

22. Fan D'Oro

Capítulo 9: domingo, 21 de mayo

23. Spravedlivost

24. Monet

25. Rosana

26-Arzuaga

27-Summer of Love

[2. Caballito de mar](#)

[29. Lorenzo](#)

[30. Ocho días](#)

[Capítulo 10: lunes, 22 de mayo](#)

[31. Hierbabuena](#)

[32. La Escollera](#)

[33. Cap d'es Falcó](#)

[Capítulo 11: martes, 23 de mayo](#)

[34. Montauk](#)

[35-Lily, Dolly, Mary and Rosy.](#)

[36. Hi](#)

[37. Birmania](#)

[Capítulo 12: miércoles, 24 de mayo](#)

[38. Oxígeno](#)

[39. Quilombo](#)

[40. Sa Trinxà](#)

[41. Cruising](#)

[42. Silver](#)

[43. Es Freus](#)

[Capítulo 13: jueves, 25 de mayo](#)

[44. Flower Power](#)

[45. Chocolate](#)

[Capítulo 14: viernes, 26 de mayo](#)

[46. Sucia españolita](#)

[47. Leopardo](#)

[48. Can Lucas](#)

[49. Álvaro](#)

[50. Oscuridad](#)

[Capítulo 15: sábado, 27 de mayo](#)

[51. Resaca](#)

[52. Little Goa](#)

[Capítulo 16: domingo, 28 de mayo](#)

[53. Berenjenas](#)

[54. Pizza](#)

[Capítulo 17: lunes, 29 de mayo](#)

[55. Bloguero cabrón](#)

[Capítulo 18: martes, 30 de mayo](#)

[56. Daniel](#)

[57. Fuego](#)

[58. Can Misses](#)

[59. Es Codolar](#)

[Capítulo 19: miércoles, 31 de mayo](#)

[60. Rosas rojas](#)

[61. Frambuesa](#)

[Capítulo 20: jueves, 1 de junio](#)

[62. Paz](#)

[63. Popeye](#)

[64. Sinatra](#)

[65. Victoria](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

Título original: *La isla de ámbar*

© 2018 Ana Olivia Fiol

Cubierta:

Diseño: Ediciones Versátil

© Shutterstock, *de la fotografía de la cubierta*

1.ª edición: junio 2018

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© 2018: Ediciones Versátil S.L.

Av. Diagonal, 601 planta 8

08028 Barcelona

www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

Capítulo 1: viernes, 12 de mayo de 2017

01. Un flirteo peligroso

Hacía demasiados meses que ambos lo deseábamos, y mi cuerpo rugía con la urgencia de tener por fin entre mis brazos a ese tipo, canalla y divertido. No sabría decir qué había en él que me inspirase tal magnetismo, pero la atracción fue mutua desde el primer día; aunque nunca habíamos cruzado la línea que separaba la fantasía de la realidad. Era excitante sentirme el objetivo de sus provocadoras miradas clandestinas. También disfrutaba bailando con descaro para él desde la pista de alguna discoteca, con ojos cargados de deseo.

A veces nos cruzábamos en el chiringuito de turno y su mano me dedicaba una caricia fugaz por encima del bikini, que yo recibía con una sonrisa peligrosa, colmada de intenciones.

Peligrosa porque había un pequeño problema: Daniel tenía novia.

Sin embargo esa noche nuestros instintos salvajes habían vencido al sentido común y, tras una serie de miraditas furtivas y sutiles provocaciones de doble sentido, decidí dejarme llevar. Entre amigos, conocidos y copas de *champagne* que bullían a nuestro alrededor en la zona vip de Pachá, apenas tardó unos segundos en decirme que lo había dejado con su novia. No hizo falta más para encontrarme con él en el *parking*, como una niña revoltosa a punto de hacer una travesura.

Minutos después, ya en su casa, sus dedos se deslizaban con ansia por mi sujetador mientras sus labios presionaban mi boca con rudeza. Pude perderme en la profundidad de su beso, recordando los momentos en los que había deseado llevármelo a la cama, en contra de mi regla de no fijarme en novios o maridos ajenos. Daniel no era el típico tío guapo de metro noventa, con músculos de bombero y una cara perfecta de actor de Hollywood. De hecho, no necesitaba tacones de aguja para sobrepasarle en altura, pero sus ojos profundos y su rollo gamberro me volvían loca. Era un tenista profesional de primer nivel, lo que le confería un atractivo especial, además de un cuerpo atlético. Mis manos se perdían bajo su ropa, y estaba a punto de dirigirme a un abultado rincón de su anatomía cuando oímos una voz al otro lado de la puerta, justo antes de que se abriera, e iluminase la penumbra de la habitación. Asomó la cabeza su hermano Edu y la preocupación que leí en sus ojos me inquietó.

—Perdonad que os interrumpa. —Y dirigiéndose a Daniel—: Tienes que salir un momento, tío.

Él me miró con resignación, levantando los hombros.

—No tardaré —me susurró—. Puedes ir empezando sin mí.

Salió detrás de su hermano, que no se había relajado en ningún momento.

¡Qué pesado! ¿Qué coño querrá ahora?, pensé.

Tras desabrocharme los zapatos de tacón me tumbé sobre la cama, y me tapé con la sábana. Se acercaba el amanecer y la noche refrescaba. Pasaron un par de minutos y empecé a preguntarme qué podría estar ocurriendo para que necesitara a Daniel. Cogí la

botella de *champagne* y me recosté. No estaba tan frío como debería, pero como nos lo habíamos llevado de extranjería de la discoteca, resultaba perfecto. No era exactamente un robo, sino una botella ya pagada que la urgencia del sexo había impedido que la disfrutáramos en la zona vip, y eso sí que no: un Cristal Rosé no se desperdicia.

Empezaba a pensar que iba a quedarme dormida cuando oí unas voces en el pasillo. La puerta se abrió y Daniel entró en la habitación, pero su sonrisa juguetona y su mirada lujuriosa se habían esfumado, incluso parecía más pálido, como si acabara de ver un fantasma.

—¡Me cago en la puta! —susurró—. Lara está aquí.

Me pareció una broma de mal gusto.

—Pero ¿y eso? ¡Si me dijiste que estaba en Valencia! —exclamé indignada, pero sin levantar la voz.

—Pues no sé... Se ha presentado por sorpresa.

—¡Pero si me has dicho que habíais roto!

—Bueno, fue una discusión... —confesó mirando al suelo—. Supongo que ha venido para arreglarlo.

—¡Joder, Daniel! —Bajé de la cama de un salto, enfadadísima, para recoger mi ropa desperdigada por el suelo.

—¿Qué quieres que haga? Estaba durmiendo en otra habitación. Lleva aquí horas pero nadie la había visto.

—Ya te vale... —murmuré furiosa, aún en ropa interior.

Me fastidiaba que me hubiese mentido, pero lo peor era que, gracias a su inconsciencia, ahora estaba atrapada en una situación muy fea. Es muy frustrante darte cuenta de pronto de que no eres más que «la otra», la que sobra, la que ha de huir como un putón.

De nuevo se abrió la puerta, y esta vez entró su primo Borja.

—Tío, Lara te está buscando... —dijo dedicándome una mirada que no me agradó. Se mordió el labio, quizá compadeciéndose de mí, mientras yo, ya vestida, luchaba por abrocharme la última hebilla del tobillo.

Daniel me observaba apoyado en la butaca. Le habría lanzado un zapato a la cara, de lo furiosa y avergonzada que estaba, pero no habría solucionado nada.

—Espera aquí, Victoria —dijo con suavidad—. Voy a ver si consigo que siga durmiendo... luego vuelvo y seguimos.

—¿Estás loco? ¿Con tu novia ahí al lado?

—Tiene el sueño muy profundo —respondió con una tranquilidad pasmosa.

—Vete a la mierda, Daniel. Yo me largo —reflexioné un poco y lo decidí en un instante—. or la ventana.

Por fortuna, las ventanas del chalé que había alquilado para todo el verano daban al jardín.

—Espera, Victoria —dijo cogiéndome del brazo—. Hace tiempo que deseábamos que este momento llegara.

—Claro que sí, pero me has engañado. Eso lo cambia todo —espeté reprimiendo mi rabia para no darle una patada—. Además, no pienso tocarte un pelo mientras tengas novia, y menos todavía si la pobre está durmiendo en la habitación de al lado.

No le dejé insistir. Cogí mi bolso y abrí la ventana con todo el sigilo que pude. No fue difícil pasar al otro lado mientras Daniel me observaba con decepción. Quizá esperase un último besito de despedida, pero se merecía quedarse con las ganas.

Tuve que caminar con cuidado, para no hacer ruido al pisar sobre la gravilla y, al cabo de unos instantes, protegida por las últimas sombras de la noche, rodeé la casa hasta llegar al Cayenne de Daniel. Pocos metros después ya me encontraba fuera de la propiedad.

El amanecer se hacía cada vez más patente mientras yo caminaba por la estrecha carretera de la urbanización, enfundada en un vestido verde de lentejuelas y unos zapatos de tacón. Era una situación embarazosa, y mi móvil, sin batería, no me permitía recurrir a la seguridad de un taxi. Me centré unos instantes y, al tratar de ubicarme, recordé que había un hotel muy cerca de donde estaba. Cinco minutos después, distinguí un flamante taxi libre y me sentí como el corredor que divisa la meta tras una maratón.

Por suerte, lo intempestivo de la hora hizo que solo me tropezara con un payés, muy madrugador él, que debía de ir al campo a trabajar. Tuvo la delicadeza, quizá acostumbrado a la falta de pudor de las británicas borrachas, de no mirarme como si fuera una marciana.

Me sentía humillada, utilizada y engañada. Se me revolvía el estómago al pensar en lo que podrían estar comentando en ese momento Daniel, su hermano, su primo y el resto de sus colegas. No tenía muy claro qué había ocurrido exactamente, pero me alegré, porque había sido un millón de veces preferible que Edu y Borja nos hubiesen avisado, si no, Daniel y yo hubiéramos estado en pleno polvo salvaje, y es muy probable que hubiese sido su novia quien hubiese entrado en el dormitorio. Y entonces sí que me habría querido morir. Menos mal. Mejor ni pensarlo.

Es cierto que, de alguna manera, yo también lo había utilizado: nuestra relación estaba basada en la atracción, y no buscaba en él nada más que culminar ese deseo. Pero nunca a espaldas de una novia. Daniel era consciente de ello, y quizá por eso quiso recurrir a maquillar la realidad. Aunque también es verdad que, en cuanto creí que los impedimentos morales habían desaparecido, no me lo pensé dos veces.

Nada más llegar a casa me quité el vestido, que todavía olía a Daniel. Vivir sola tiene muchas ventajas, una de ellas es que puedes dejar los tacones por ahí tirados después de una noche de juerga, sin peligro de que alguien tropiece o te eche la bronca. Tuve la tentación de lanzarme de inmediato sobre la cama y dejar que el sueño desdibujara la bochornosa experiencia, pero haciendo acopio de fuerzas, me metí en la ducha. Dejé que el agua borrara las huellas del fracaso que todavía sentía en la piel.

Cuando acabé, envuelta en una nube de vapor, la imagen que el espejo me devolvió, enrollada con una toalla gris perla, no era la que había imaginado para aquella noche. El gel de ducha no había eliminado del todo el maquillaje y el espeso *eyeliner* que enmarcaba

los ojos me hacía parecer más un oso panda que la *femme fatale* que había salido de casa, feliz y decidida, unas horas antes. Después de tomar la medicación, saqué el desmaquillante del cajón y acabé cubriendo de negro tres algodones antes de darme por satisfecha. Llevaba un tiempo aficionadísima a los ahumados, una opción que resaltaba mis ojos claros y mi cabello pelirrojo, porque me alejaba del paradigma de niña buena que suelo transmitir, con la cara llena de pequitas y la expresión casi infantil.

Cuando me metí en la cama el sol ya se colaba por la persiana, y aunque sabía que si hacía un esfuerzo para levantarme y bajarlas del todo, lo agradecería después, el sueño ganó la batalla.

Capítulo 2: sábado, 13 de mayo

02. Glory's

Aún íbamos por la Avenida Ignacio Wallis cuando divisamos la luz de dos potentes focos blancos que nacían en la fiesta para perderse en las nubes del cielo de mayo.

Había cenado en un céntrico restaurante japonés en compañía de mis dos mejores amigos, Philip y Lola, y nos dirigíamos a la inauguración de temporada de una de las discotecas más potentes de la isla.

—¡Se nos ha hecho supertarde! No vamos a encontrar sitio para aparcar ni en el recinto ferial —dijo Lola, algo enojada—. ¡Y yo no pienso andar todo ese trecho con estos taconazos!

No le faltaba razón. Podríamos haber salido del *sushibar* al acabar la cena, pero nos encontrábamos en medio de una delicada *operación*, y, después de las veces que me había secundado en mis pesquisas, yo no podía abandonar a mi amigo a su suerte.

Sospechábamos que el novio de Philip se había liado con uno de los camareros, y, puesto que el atractivo brasileño no nos conocía, pudimos presentarnos sin reparos en el restaurante para averiguar más acerca de ese rumor. Por lo visto, un amigo había visto a Carlos marcharse de la playa acompañado por ese chico de piel color caramelo y culito respingón.

El plan era sencillo. Quizá no muy inteligente, pero sencillo: teníamos que hacer buenas migas con él y tratar de sonsacarle alguna evidencia. Hace un tiempo, ante el temor de que alguno de nosotros pudiese estar sufriendo de cuernos, solíamos ser más rebuscados con las soluciones. Esta vez Philip necesitaba oír la verdad, por cruda que fuese, de boca de uno de los dos implicados, para tomar la decisión definitiva acerca de su relación con Carlos.

Sin embargo, Lola se moría de ganas de que saliéramos de allí, para lanzarnos a la gran fiesta de inauguración.

—¡Venga! ¡Que es casi la una de la madrugada! —insistía ella con mirada suplicante.

—Espérate a que vuelva a sentarse con nosotros una vez más, y nos vamos. —Philip contestó sin apartar los ojos del brasileño, que se llamaba Jonathan. En teoría, nuestro único objetivo era sonsacarle algo de información, sin embargo, nuestro amigo no perdía la oportunidad y disfrutaba contemplando al muchacho, que con un uniforme blanco y estrecho, subía y bajaba las escaleritas que daban a la terraza con bandejas repletas de *sushi*.

—¡Chicos! *Estou com você em breve* —exclamó, simpático, mientras pasaba por nuestra mesa cargando una montaña de platos.

Philip estaba enfocado en hacerse amigo suyo, y a nosotras no nos había quedado más remedio que ser sus simpatiquísimas compinches.

—Jonathan, cuando regreses, tráete cuatro chupitos de algo rico, que queremos brindar contigo —le contestó guiñándome el ojo.

—Pase lo que pase, al menos hoy habrás conseguido su número de móvil, y si intuyes algo nuevo por parte de Carlos, tendrás una forma de averiguar más cosas —le dije.

Sabía por experiencia que no iba a sentirse mejor con todo aquello. Es posible que, cuando las pesquisas te demuestran algo que no sabías, disfrutes gracias a la emoción de jugar a ser un detective *amateur*, pero en realidad, el sabor que te deja el descubrimiento, además de resultar amargo, acaba siendo indigesto. Pero claro, la otra opción es enterrar tus sospechas, centrándote solo en el lado bueno y esforzándote en desechar unas evidencias aunque no dejen de reclamar tu atención a gritos, por mucho que quieras mirar hacia otro lado.

A veces, no ser consciente de la realidad puede resultar útil para que una relación sobreviva, pero Philip y yo somos muy similares en ese sentido. Necesitamos saber siempre la verdad, aunque esta no solucione nada, o, lo que es peor, acabe haciéndonos más daño. No hay que temer a la verdad, por incómoda que sea.

Por el contrario, nuestra querida Lola, siempre alegre y optimista, apostaba más por vivir el momento y expresar toda la felicidad que la vida le brindaba, sin hacer suposiciones enfermizas ni preocuparse demasiado por lo que el mañana le deparase.

Aunque aquella noche su jovialidad había quedado en un segundo plano debido a su ansia irracional por llegar a la fiesta.

Cuando se levantó de un salto dispuesta a secuestrar mi coche, Jonathan regresaba a nuestra mesa con una segunda ronda de chupitos, cortesía de la casa. Nos despedimos de él tras brindar, sin disimular la satisfacción que nos embargaba desde que habíamos obtenido la información que Philip necesitaba, a pesar de que, a cambio, se iba con un vacío en el corazón que no iba a poder llenar a base de vodka rojo o tequila.

Nuestro nuevo amigo se había relajado un momento, se había sentado a nuestra mesa y había empezado a contarnos sus vivencias de las dos semanas que llevaba en Ibiza; así que no tardó en comentarnos su *affaire* con: «Un encantador chico de pelo rapado» en la playa. Pero Philip no estuvo convencido al cien por cien hasta que, gracias a nuestras preguntas, Jonathan mencionó la marca de nacimiento que ese fogoso *menino* tenía en el cuello.

Ya en el coche, la sonrisa radiante y la alegría de Philip se esfumaron. No había duda de que Carlos le había sido infiel, y eso le dolía.

—Si quieres dejamos lo de la fiesta y vamos a casa... —murmuré.

—¿A casa? ¡El último sitio en el que quiero estar es en casa! —exclamó.

—Yo aprovecharía esta noche para enrollarme con alguien —sentenció Lola, quien, sentada en la parte de atrás, se asomaba por el hueco entre los asientos, mientras yo conducía y mi amigo suspiraba.

—Bueno, es una venganza dulce... pero si te vas con el primero que pase, te arrepentirás seguro —reflexioné.

—Mmm... No voy a lanzarme a los pantalones del primer guapo que me mire, pero si me sale una buena oportunidad, no la dejaré escapar...

—Bien dicho, Philip —celebró Lola.

Cuando nos acercamos al cruce que daba entrada a la discoteca pudimos ver que la situación no era tan dramática. Muchos coches accedían al *parking*, pero un montón de chicos con chalecos reflectantes parecían controlar la situación. Habían ampliado el aparcamiento de forma espectacular desde el año pasado.

Al inicio de la temporada anterior, la del 2016, reinaugaron la colosal discoteca tras casi cuatro décadas olvidada entre escombros. Invasión por la espesa vegetación, había permanecido desahuciada junto a la carretera principal, invisible para las nuevas generaciones, como un silencioso testigo anclado a los gloriosos años del *Peace and Love*.

En realidad apenas quedaba nada de lo que la había caracterizado, puesto que la inyección de capital extranjero la había convertido en un coloso de teselas blancas, proyectado y erigido por ese arquitecto valenciano que ha cubierto medio mundo con sus imposibles estructuras futuristas. Un solo elemento permanecía como tributo a la maravillosa *Glory's*, —buque insignia del movimiento *hippie* ibicenco en los setenta—, su estructura de foro romano y forma semicircular, que descansaba, cual yacimiento arqueológico, bajo el sofisticado suelo de cristal y acero.

Una inmensa cúpula, casi tan alta como la basílica de Santa Sofía de Constantinopla, coronaba el local, construido con los materiales más innovadores del momento. El reluciente blanco estaba formado por millares de piezas irregulares de porcelana que formaban un mosaico de titánicas dimensiones. Toda la edificación exterior aparecía cubierta por esa refulgente composición que tenía la capacidad de cambiar de color a capricho, gracias a un sistema de iluminación LED que había suscitado asombro desde el primer día.

No necesitaban recurrir a ningún juego de luces y colores. La estructura se mostraba sin artificios, realizando su blanco cegador con los gigantescos focos, que sobre el negro de la noche parecían tener un halo plateado. Aparcamos todo lo cerca que nos permitió el chico del chaleco amarillo y, antes de pulsar el mando para activar el cierre centralizado, abrí el maletero de mi Volkswagen para dejar las cómodas bailarinas que usaba para conducir y ponerme unos tacones metalizados de Pura López, que me concedían once centímetros más de altura y combinaban divinamente con mi vestido efecto oro, como si acabase de salir del típico *spot* de cava navideño.

Philip estaba guapísimo, con una camisa negra *stretch* y tejanos desgastados, Lola lucía un vestido negro de encaje de Charo Ruiz.

La puerta principal estaba abarrotada por un mar de cabezas ansiosas por acceder al interior.

El *Glory's* cumplía un año desde su reinauguración, pero al mismo tiempo se trataba de la fiesta de apertura de temporada. Las *Opening Parties* se han convertido en un reclamo a nivel global, y provocan que las reservas de vuelos se multipliquen hasta agotar todas las plazas y la isla se vea, de pronto, poblada por los *clubbers*: turistas que no vienen a conocer la isla, sino a disfrutar en directo de la actuación de determinado DJ o a dejarse la piel en la pista de baile.

Nos abrimos paso entre la gente hasta divisar la entrada y descubrimos que, por suerte, no había demasiada cola. Esa noche había que asegurarse un fácil acceso, por lo que días atrás me moví para que Rafael, el jefe de porteros, que asistía con regularidad a mis clases

de *spinning*, incluyese nuestros nombres en la codiciada *lista*.

La isla, aunque en verano esté superpoblada, en realidad es pequeñita y, directa o indirectamente, es fácil conocer a todo el mundo, al menos a aquellos que se mueven en los círculos nocturnos. Por ese motivo, los isleños casi siempre nos ahorramos las entradas.

—Victoria Svensson más dos —dije con firmeza a una chica con gafas y moño cordobés que mantenía el semblante muy serio.

Sin decir nada, pasó el dedo por la pantalla de su *tablet* en busca de nuestros nombres; tras unos instantes, se paró y levantó la mirada del dispositivo.

—De acuerdo. Pasen por aquí —dijo haciéndole un gesto a su compañero, que abrió una de las puertas de listones blancos que atravesamos sin demora.

—¡Gracias! —exclamé al pasar por su lado con una exagerada sonrisa, para no dejar de ser simpática con alguien que cualquier otro día nos podría brindar el acceso.

Antes de cruzar el arco que permite la entrada al local ya podíamos oír la música a toda potencia. Una amplia escalera por la que no dejaba de bajar gente desembocaba en la pista principal coronada por la inmensa cúpula; pero el sofisticado local contaba con varias salas de ambiente diferente. Cada una de ellas, además de lucir una decoración particular —y algunas incluso un DJ distinto—, estaba bañada por la luz y el color de una gema determinada, por lo que recibían nombres como Rubí, Zafiro, Topacio, Esmeralda...

—Tenemos que ir a la barra de la Amatista —exclamó Philip por encima de la música—. Allí tengo un amigo.

Siguiendo su propuesta, decidimos dar un rodeo por el local y, en lugar de bajar las escaleras hacia la pista central, donde predominaba la iluminación roja inspirada en el rubí, fuimos hacia el lado derecho.

La gente abarrotaba incluso aquella sala violeta, considerada secundaria, y donde podías bailar con más tranquilidad. La barra se encontraba al fondo, y para llegar a ella pasamos junto a la barandilla desde donde podía observarse la gran pista central, coronada por una llamativa cabina de DJ, incrustada en una de las columnas que sostenían la impresionante cúpula. La gente bailaba eufórica la música electrónica que les suministraba uno de los pinchadiscos más deseados de la isla.

Una descomunal bola de discoteca, formada por millares de pequeños espejos cuadrados, giraba sobre su eje muchos metros por encima de la pista, salpicando la sala de diminutos destellos que contrastaban con la luz rubí que teñía la pista central. En el centro, una serie de pódioms sostenían a las bailarinas. Cuando al fin llegamos, un chico con el pelo oxigenado se coló por debajo de la barra y salió para darle a Philip un fuerte abrazo.

—Cabroncete, ¿cómo no me has dicho que venías?

—No quería que se enterara toda Ibiza.

—Perdona *bonita*, pero mi trabajo es contarle a la gente qué hacen los famosillos, cotillear sobre ti no me iba a aportar mucho tráfico que digamos.

Lola y yo escuchamos la conversación intrigadas, y enseguida Philip nos lo aclaró. Por

lo visto Paul dirigía un conocido blog de cotilleo, en el que publicaba todo tipo de trapos sucios y de fotos bochornosas de los famosos a los que se les ocurría pisar la isla. Contaba con un pequeño ejército de chavales ociosos, armados con móviles y cámaras, que se encargaban de fotografiar a quien hiciese falta.

La explicación nos dejó sin habla.

—Todavía no es muy lucrativo, por eso me toca trabajar aquí —dijo con una mueca.

—Va. ¡No te quejes! ¡Que es el primer día! —exclamó Philip.

—Ya, pero yo debería estar poniendo copas en la zona vip, y no aquí en esta cutre sala violeta —refunfuñó—. Por cierto, ¿qué queréis? —dijo guiñándonos un ojo—. Hasta que llegue el encargado, tenéis barra libre...

Nos tomamos su ofrecimiento al pie de la letra, e instantes después paseábamos tres cubatas de ron con Coca-Cola. Reímos y disfrutamos un buen rato, mientras a Paul se le multiplicaba el trabajo en la barra, pero cuando íbamos por la segunda ronda, Lola tuvo una idea:

—Tenemos que entrar en el *privé* —dijo mientras sonreía, con picardía—. Hay que ver quién está hoy por aquí que valga la pena.

Creí adivinar sus intenciones, y, después de lo insistente que se había puesto en el restaurante, era extraño que por fin revelase su propósito.

—¡Sí! ¡Vamos a probar! —exclamé.

Lanzamos un beso a Paul y nos fuimos hacia la sala Zafiro, que resplandecía con un azul celeste luminoso, justo al otro lado de la cúpula, con una larga barandilla que también permitía observar la pista central. Sin embargo, a diferencia de la Amatista, unas escaleras daban acceso a una nueva sala, considerada la más elitista de la discoteca. Yo había estado en un par de ocasiones el verano anterior con unos amigos pijos, pero conseguir entrar en las zonas más restringidas resultaba un reto muy atractivo esa noche.

03. Al otro lado de la cadenita

No fue fácil abrirnos paso a través de la gente que bailaba llena de energía, ya fuese por las drogas o por la alegría. Divisé a Sébastienne, otro asiduo a mi gimnasio que parecía estar controlando el acceso a la sala vip. Era un chico fuerte y guapo que, aunque no venía mucho a mis clases de *spinning*, se pasaba la vida en la zona de musculación.

—¡Hola, guapetón! —Enseguida me correspondió con una sonrisa.

—Victoria, ¡qué alegría!

Me acerqué a darle dos besos, pero no me dio tiempo a preguntarle si podíamos entrar, en un segundo ya había levantado uno de los extremos de la cadenita de terciopelo y añadió:

—Pasad, que aquí estaréis mejor.

Sébastien tenía razón. Siempre se está mejor «al otro lado de la cadenita» y, cuando te acostumbras a las zonas vip, luego no es nada fácil conformarse con la realidad.

Le guiñé un ojo al pasar a su lado y nos perdimos en la sala, tratando de no hacer

demasiado evidente mi tráfico de influencias.

En una primera vuelta de reconocimiento descubrimos a tres grupos de clientes que conocíamos. Por desgracia, en ninguno estaba Lucas, el atractivo futbolista que tanto le interesaba a Lola. Lo conocíamos desde la adolescencia, y a ella siempre le había caído en gracia, sin embargo, desde que había roto con su novio de la universidad, su atracción por él era evidente.

Entrar en la sala vip suponía hacerlo también en la sala Diamante, que se caracterizaba por destellos plateados que creaban una atmósfera mágica, decorada con muebles Luis XV de un blanco impoluto. Se encontraba en una especie de terraza, por encima de la gran sala Rubí, pero muy cerca de la cabina, por lo que se podía disfrutar de forma privilegiada de la música del *disc-jockey* estrella de la noche.

Teníamos ganas de bailar, pero cuando nos colocamos en un rinconcito, la cara de Lola ya no transmitía la misma alegría que antes.

—¿Estás bien, nena? —le pregunté.

—Sí... Es que estaba convencida de que estaría Lucas —confesó.

—Bueno, es pronto... —dije a modo de consuelo—. Pero tranquila, que si está por la isla nos lo encontraremos en algún sitio. Seguro.

Cuando se nos acabaron las bebidas, Lola se ofreció para conseguir otras, y se perdió entre la gente. Al cabo de unos minutos fui a buscarla y la encontré junto a la barra charlando con un chico espigado y sonriente, que nos miraba tras unas gafas a lo John Lennon. Me lo presentó como Martín, el hijo de uno de sus jefes, y no tardó en invitarnos a una copa.

Resultó ser un apasionado de la abogacía, y no sabía hablar más que de los interesantísimos casos que habían tenido en el bufete de su padre. Lola asentía, aburrida, así que improvisé una excusa y nos fuimos en busca de Philip.

Lo encontramos apoyado en una de las barandillas charlando con un hombre que permanecía de espaldas a nosotras. Era alto, pero con más envergadura que el estudiante de Derecho. Cuando el desconocido se giró, descubrí un semblante serio, intenso. Algo en él me atrajo de forma instantánea, y traté de entender qué era. Su cabello era castaño y lo llevaba engominado, peinado hacia atrás con sobriedad.

Lola interrumpió el escaneo que mi mente le estaba haciendo a ese hombre de cuerpo musculoso y mandíbula angulosa.

—¡Tía! ¡Acabo de ver a Álvaro! —exclamó emocionada, mientras miraba hacia el otro lado de la sala—. ¡El superamigo de Lucas! —añadió antes de que yo tuviese tiempo de decir nada.

Yo me había desconcentrado por completo, prendada del misterioso desconocido que hablaba con Philip. No solía abstraerme de aquella forma, pero tenía algo que me intrigaba y que me impedía apartar los ojos de él.

—Tenemos que encontrar su mesa, y pasar por delante como por casualidad —comenté volviendo al presente.

Pero entonces Philip se acercó hasta nosotras con una sonrisa elocuente.

—Te voy a presentar a mis amigas —dijo dirigiéndose a su interlocutor—. Chicas, este es Alejandro.

—Encantada, yo soy Lola —dijo dándole los dos besos de rigor pero sin perder de vista a Álvaro, que se había acercado a la barra.

Cuando clavó su mirada en mí descubrí unos ojos ambarinos, casi irreales, que me escrutaban con más descaro del que yo había revelado unos segundos antes. Me quedé muda, sonriendo como una idiota mientras observaba sus labios carnosos y el sensual bronceado de su piel.

—Y esta es Victoria. —Philip tuvo que pronunciar mi nombre por mí.

Besé sus mejillas, rozando su barba de dos días, y algo se estremeció en mi interior.

—Es un placer, Victoria —dijo él, con voz grave y cálida, ignorando al mundo y clavándome su magnética mirada. O al menos así me gusta recordarlo—. ¿Queréis beber algo? —preguntó.

A modo de respuesta levanté mi copa llena acompañándola de una sonrisa, puesto que todavía no me salían las palabras.

Me fijé en su ropa. Llevaba una camisa roja, unos pantalones oscuros y una americana sedosa al tacto, tal y como pude comprobar al posar mi mano sobre su brazo antes del protocolario beso. También pude sentir la imponente firmeza de sus tríceps bajo el tejido.

—Si necesitáis algo, estoy en una mesa del fondo —dijo con una media sonrisa que marcaba sus pómulos.

Antes de darse la vuelta, volvió a clavar en mí sus intensas pupilas, y me desarmó. Quise responder con algo amable, pero cuando las palabras encontraron el camino, él ya se había marchado.

Miré a mis amigos con los ojos muy abiertos, esperando no ser la única que había alucinado con aquel tipo.

—¡Por favor! ¿Pero quién es ese pedazo de tío? —pregunté en cuanto supe que no iba a oírnos.

—Sí que está bueno, sí... —me secundó Lola mirando hacia la barra.

—Es el dueño de una casa en la que trabajé en un *shooting* hace un par de meses. La que sale en la campaña de Tous. —Philip era estilista de moda, por lo que su trabajo se desarrollaba entre desfiles, sesiones de fotos, *showrooms* y ferias textiles.

—¡Ah, sí! ¡La del jardín espectacular con una fuente! —respondí al recordar unas fotos preciosas de un *chalet* que podría haber estado ubicado en las colinas de Hollywood.

Le pasé mi copa a Philip, aprovechando que el DJ acababa de pinchar un tema divertidísimo, y me dejé llevar por la música, pero me descubrí buscando la mirada de Alejandro entre la gente.

Mi cuerpo bailaba con euforia *Ninetoes* mientras mi cabeza se había autoasignado la misión de volver a encontrarme con aquel cautivador personaje. No tuve que buscar

demasiado, cuando lo detecté a unos metros frente a mí, sus ojos me estaban atravesando mientras hablaba con otra persona. Pese a la distancia y la escasa iluminación, pude ver claramente su mirada brillante y profunda. Me ruboricé, pero continué bailando de la forma más sensual posible sin que resultase vulgar, con la mirada fija en aquellos iris cargados de fuego.

Cuando acabó la canción, Lola ya tenía localizado a Lucas, así que debíamos hacernos los encontradizos. Sin dejar de bailar, nos adentramos entre la masa para acercarnos a una parte de la sala un poco más elevada, que permitía a los clientes disfrutar del espectáculo.

Subíamos los tres escalones cuando alguien nos cortó el paso. Se trataba del chico monotemático que nos había invitado a una copa. Sonreía tratando de resultar seductor, pero sus orejas de soplillo no te permitían centrarte en otros detalles de su anatomía.

—Sabía que volveríais... —murmuró mientras cogía la mano de Lola y hacía el amago de bailar con ella.

Ella le devolvió una sonrisa cauta, pero nos miró con aprensión.

—Bueno, esta sala no es muy grande, y todavía nos cruzaremos más veces en lo que queda de noche... —improvisé.

—Menudo fiestón, ¿eh? —exclamó más desinhibido que antes—. Venga, ¿qué queréis beber?

—Estamos bien, pero gracias —respondió Lola con la copa en la mano. Quedaba claro que deseaba zafarse de él, pero como era el hijo de su jefe, no podía ser tan borde como le gustaría.

Iba a intervenir cuando Philip le sacó el tema de Mario Conde, que sabía que era la debilidad del chaval, y los ojos se le iluminaron tras las gafas. Comenzaron a hablar sobre las irregularidades que hubo detrás de aquella «caza de brujas» judicial, y Lola se libró por un momento de sus atenciones.

Pero antes de decidirnos a acercarnos a la mesa de Lucas, Álvaro se cruzó en nuestro camino. Era un chico de semblante serio, que provenía de una buena familia madrileña, pero pasaba largas temporadas en Ibiza, junto a su mejor amigo. Se dedicaba al mundo de la noche y siempre se comportaba de forma amable, pero distante. Yo sabía que a Lola le reventaba aquella frialdad, pero en aquel momento se esforzó por ser simpática, para poder acercarse a Lucas con más facilidad.

Aproveché que conversaban para ir al baño. Tras dar unos pasos me giré para hacerle una señal a Philip, que seguía hablando con el futuro abogado, y hacerle saber que volvía enseguida, por lo que no pude ver cómo tropezaba de lleno con algo que me hizo perder el equilibrio. Estaba a punto de caerme al suelo, pero, de repente, un brazo me rodeó la espalda, sujetándome y ahorrándome la bochornosa escena. Entonces, sentí cómo, milímetro a milímetro, el líquido helado que cubría una parte de mi vestido comenzaba a filtrarse hasta mi piel, y me di cuenta de que estaba empapada. Gracias a su cautivador perfume, supe quién era antes de levantar la mirada, y aquel descubrimiento me hizo olvidar el codazo en las costillas que el impacto me había regalado.

Sus ojos color miel me observaban entre enfadados y divertidos. En la otra mano

sostenía un vaso de tubo vacío y, cuando miré hacia abajo, descubrí una rodaja de naranja, fría y mojada en medio de mi escote.

—¡Lo siento! No te he visto —exclamó—. ¿Estás bien?

—Bueno, al menos ya entiendo a la perfección la expresión «como un jarro de agua fría» —bromeé—. Pero estoy bien. Ha sido culpa mía por no mirar al frente.

Me acompañó hasta la barra sin retirar la mano de mi cadera, allí me pude secar con un montón de servilletas. La bebida se escurría entre mis muslos y me hubiera encantado limpiarme antes de sentirme pegajosa, pero ya tendría ocasión de hacerlo en el lavabo. Aquel accidentado momento había sido un regalo del cielo y tenía que sacarle partido.

—¿Qué estás bebiendo? —preguntó.

—Justo venía a por un ron.

—¿Con Coca-Cola?

—Hoy sí, pero ¿tú que tomas? —dije echando mano instintivamente a mi bolso.

—Campari con naranja. ¿Por qué lo preguntas? No pienso dejar que me invites —añadió señalándome con el índice como quien da una reprimenda.

—Lo siento, pero te he arruinado la copa, ¿qué menos que invitarte?

—Y yo te he hecho un estropicio en ese bonito vestido.

—Tranquilo, creo que el Campari no es peligroso.

—Si quieres, lo puedo llevar a la tintorería.

—No hará falta, de verdad. Además, ha sido culpa mía.

Yo había provocado el encontronazo al no mirar hacia adelante y, aunque fue involuntario, me alegraba de haberlo arrollado a él y no a cualquier otro. Cuando se acercó la camarera, le pidió las copas y, a la hora de pagar, vi que le entregaba una tarjeta blanca sin logotipo bancario, pero con un cuadradito negro que identifiqué como un código BIDI. Cuando extendió la mano bajo la luz de una de las lámparas de techo que iluminaban la barra, pude ver que lo que segundos antes me había parecido un anillo ancho era, en realidad, un tatuaje. Y no era el único, otros tantos salpicaban sus dedos e incluso el dorso de la mano. Retiré la mirada, tratando de disimular el descubrimiento, cuando se giró hacia mí.

—¿A qué te dedicas, Victoria? —inquirió cambiando el gesto por completo y adquiriendo un tono más serio.

—Soy traductora. Trabajo en una editorial sueca traduciendo libros del español o del inglés.

—Interesante —contestó antes de darle un sorbo a su bebida.

—Y además soy monitora de *spinning*.

—¿Eres muy deportista?

—Bueno, me gusta estar en forma —respondí inclinando la cabeza mientras sus ojos no

dejaban de escrutarme.

—¿Y tú qué haces? —le pregunté.

—Mi trabajo es muy aburrido. Tengo una empresa de servicios.

—Servicios... ¿en qué sentido?

—Ofrecemos cualquier cosa que el cliente pueda imaginar.

Su respuesta me sorprendió.

—Yo tengo mucha imaginación —le contesté pensando que lo único que deseaba en ese momento era tenerlo solo para mí, quizá desnudo y atado a mi cama.

—Pues podrías contratarme para que te consiguiera lo que necesitases.

—Si me das un minuto, seguro que se me ocurre algo que no puedes conseguir —le desafié con una sonrisa burlona.

—Es evidente que no te puedo prometer un paseo en unicornio, pero si lo que el cliente desea existe en este mundo, se lo conseguimos.

Al hablar del trabajo, su actitud cambiaba y se ponía muy serio, a pesar de que yo trataba de llevar la conversación hacia una vertiente más informal.

—¿Cómo qué?

—Lo más habitual son Lamborghini, helicópteros, o disfrutar de repente de una clase de yoga en tu salón.

—Eso también te lo puedo conseguir yo.

—¿En serio?

—Claro. Con Google te consigo lo que quieras.

Su seriedad se esfumó y se le escapó la risa.

—Pues en ese caso voy a tener que contratarte. —Sonrió.

—Venga, ¡en serio! ¿Qué es lo más raro que te han pedido?

—Lo siento, no puedo hablar de mis clientes. Es privado —dijo recuperando la compostura.

—Pues no me digas el nombre de la persona, solo la excentricidad. Así lo mantenemos en secreto —le propuse.

Se quedó unos segundos en silencio, y dio un nuevo sorbo a la bebida color calabaza que hacía juego con sus ojos. Me observaba, quizá estudiándome, quizá midiendo sus respuestas, y, aunque yo no me considero una chica tímida, esa mirada intensa me hacía sentir cosas extrañas.

—Una vez tuve que traer a un chef del Benihana de Londres porque el cliente quería tenerlo una noche en su cocina.

Mi respuesta llegó acompañada de una cara de perplejidad:

—¿Y tan raro es enviar a un cocinero montado en un avión?

—Tuve que mandar traer unas planchas especiales y conseguir una reforma completa en la cocina del cliente en menos de veinticuatro horas.

—Eso ya es otra cosa —me reí—. ¿Y cómo se llama tu empresa? Por si una mañana me despierto con ganas de remodelar el salón antes del mediodía...

—Aurum Ibiza —respondió apoyándose en la barra.

Su respuesta me sorprendió. ¿Cómo no conocerla? Ese nombre estaba en vallas publicitarias por toda la isla, y juraría que cada día aparecía un anuncio de página entera en el periódico.

—¡Vaya! Entonces sois vosotros los que organizasteis el videoclip ese con Paris Hilton.

Él asintió. Para Ibiza, supuso un revuelo monumental la semana en que la *celebrity* participó en varios actos sociales, además de protagonizar el videoclip del DJ más famoso del momento.

—Sí.

—¿Y las regatas aquellas? Ruta de...

—De la Sal. Sí, también nosotros.

—De modo que estoy hablando con el señor Alejandro Ortega —espeté, puesto que, aunque no recordaba haberlo visto nunca, ni siquiera en foto, no era raro escuchar su nombre en las conversaciones sobre la actualidad de la isla o leer alguna mención en el periódico.

Mi reacción debió complacerlo, porque con una resplandeciente sonrisa y los dulces ojos clavados en los míos, levantó su copa.

—Brindemos —dijo.

—¿Por qué podemos brindar?

—Brindemos para que, la próxima vez que decidas bañarte con un cubata sea mi mano la que esté, una vez más, sujetando el vaso.

Cuando regresé al lugar donde me había separado de mis amigos, vi a Lola sentada en uno de los sofás hablando con alguien, muy animada. Al acercarme descubrí que se trataba de Lucas; Philip, de espaldas a ellos, me levantó el pulgar.

—Creo que Lola está a puntito de meter un *gool* —canturreó en un susurro mientras me guiñaba un ojo.

—Sí, a ver si esta noche acaba por fin en su cama, que está que se sube por las paredes.

—Está claro que la pobre necesita desfogarse... —dijo arrebatándome la copa de ron, y añadió: —Aunque tú tampoco eres quien para hablar, bonita.

—¿Perdona? —exclamé poniendo los brazos en jarras y fingiendo que me enfadaba.

—¿Cuánto hace que no echas un buen polvo? ¿Dos meses?

—Bueno...

—¿Con quién fue? ¿Con el cocinero del Nuba?

—Sí, Quique. Pero fue hace casi tres.

—¿Pues sabes lo que te digo? ¡Que medido en tiempo ibicenco es como un año sin sexo!

—¡Anda ya! Y yo no estoy tan histérica como está Lola últimamente.

—Será porque tú tienes tus juguetitos.

—Sí, que cualquiera puede comprar en la tienda de la esquina. No son tan especiales —dije pensando en mi cajón privado—. ¡Y deja en paz a mis juguetitos! —añadí fingiendo indignación.

—Lola para eso es más mojigata.

Conversábamos apoyados en una barandilla mientras nuestra amiga no dejaba de intercambiar confidencias con el atractivo jugador de primera división. Nunca me ha gustado el fútbol, pero admito que por aquel chico valía la pena prestarle un poco de atención a ese deporte. Su peinado en forma de cresta le confería un aspecto de chico malo que contrastaba con los ojos almendrados de niño bueno. Se caracterizaba también por llevar pendientes de brillantes, ¿o serían diamantes?, en ambas orejas.

—Por cierto, he tenido un afortunado accidente con Alejandro —dije sintiendo la molestia en las costillas que la deliciosa conversación con él me había hecho olvidar.

—Me he fijado antes en cómo lo mirabas.

Su respuesta me sorprendió y me avergonzó al mismo tiempo, pero no me dio tiempo a preguntarle, porque enseguida respondió a mi inquietud.

—Tranquila, que no era algo evidente. Yo lo he sabido porque te conozco. Él habrá creído que estabas demasiado borracha como para hablar.

Rememoré mi torpeza tras las presentaciones y me dio un escalofrío.

—Entre una cosa y otra debe pensar que soy una tarada, pero... no lo puedo negar: ese tío me ha impactado.

—La verdad es que preferiría imaginarlo a él entre tus piernas y no a esos juguetitos de colores —exclamó burlón dándome un codazo en el hombro.

—Perdone usted, Sor Felipa, pero una cosa no quita la otra. Y deja de meterte con mis juguetes.

—Es para hacerte rabiar —rio—. Estás muy mona cuando te enfadas, y Alejandro hace un ratito que está mirando hacia aquí.

—Mierda, Philip. ¿Se notaba que hablábamos de él?

—Para nada. Tranquila, tú sigue charlando, él no aparta los ojos de ti.

—Me ha tirado un vaso encima al chocarnos.

—Es verdad, hueles raro —dijo acercando su nariz a mi escote.

Le saqué la lengua, impertinente, a modo de respuesta.

—Eso puede ser algo bueno... Ya sabes que yo creo en el destino.

—Sí, pero no ha sido uno de esos momentos mágicos donde el tiempo se detiene y empieza a sonar tu propia banda sonora. Solamente un estúpido choque de los míos.

—El tiempo lo dirá, Victoria.

—¿Sigue mirando hacia aquí? —pregunté excitada.

—Sí, está hablando con dos personas, pero tiene los ojos clavados en ti, nena. Quizá deberías girarte y corresponderle un poco.

Había aplicado esa misma táctica docenas de veces. Durante la noche me comunicaba con los hombres que me interesaban con la mirada. Sin embargo, con él me sentía desarmada, como si todo lo que había aprendido hasta ese momento no contara, y yo fuese una novata en el arte de la seducción.

Me giré con disimulo y busqué el fulgor de sus ojos. A pesar de la penumbra y del humo artificial, me encontré con ellos. Él levantó su copa al aire y yo le imité, brindando en la distancia y regalándole una tímida sonrisa. Entonces, como si ya hubiera quedado satisfecho, apartó sus ojos para centrarse de nuevo en su interlocutor.

Me puse de cara a Philip para continuar conversando con él sobre juguetes sexuales mientras Lola buscaba el momento de lanzarse a la yugular de su acompañante. Por desgracia, al cabo de un rato Álvaro les interrumpió y Lucas se marchó con él. Ya no lo vimos más.

Bailamos algunos temas sobre la pequeña pista vip, pero yo no podía quitarme a Alejandro de la cabeza. Mi cuerpo se dejaba llevar por el baile, pero mi cerebro se encontraba a kilómetros de allí, empeñado en imaginarme junto a ese hombre misterioso de ojos color miel. Poco después de las cinco decidimos que la noche había llegado a su fin.

El exterior de la discoteca volvía a estar abarrotado. Aún quedaba mucha gente dentro, puesto que no cerrarían hasta las siete de la mañana, pero ya éramos unos cuantos los que decidíamos retirarnos. Nos subimos al coche y conduje hasta casa. Lola vivía en el edificio de al lado y Philip, que tenía una coqueta casa en el campo, había aparcado ahí antes de cenar.

Al entrar en el piso no me sentía mal. Llevaba un buen rato bebiendo solo agua, consciente de que esa noche me tocaba conducir, y habían pasado casi dos horas desde el último trago de alcohol. Aun así me tomé un ibuprofeno por precaución.

Cuando me metí en la cama y me acurruqué entre las sábanas, se me apareció aquella mirada ambarina que tanto me había impactado. Cerré los ojos para dormirme imaginando su piel desnuda contra la mía y un escalofrío recorrió mi cuerpo.

Capítulo 3: lunes, 15 de mayo

04. Brown sugar

Mi móvil se deslizaba sobre la mesita de noche, provocando lo que me pareció un estruendo. Hubiera deseado seguir durmiendo, pero una llamada entrante acababa de arrebatarme unos minutos más de descanso.

Despegué los ojos medio aturrida y miré la pantalla. Era mi tía Rosana. No podía ignorarla.

—¿Sí? —Me sorprendió mi voz de ultratumba.

—¡Hola, Vicky! ¿Estabas durmiendo? —dijo con más entusiasmo del que yo podía digerir a esas horas.

—Mmm... Pues... sí. Un poquito —concedí.

—Te llamo para recordarte que hoy es lunes y tienes cita esta mañana.

Se trataba de uno de los chequeos que me tocaban cada seis meses.

—Sí, lo sé, gracias. Había puesto el despertador. Pero... ¿cómo sabes que tengo cita?

—Fui contigo la última vez.

—¿Y en tu ajetreada vida, tienes sitio para controlar mi agenda?

—Vicky, por favor. Es algo importante. Y además, le prometí a tu madre que me ocuparía de ti. Lo menos que podía hacer era llamarte.

—Gracias, tía. Estaba durmiendo, pero la alarma me iba a sonar en un rato.

—¿Te levantarás, entonces?

—Sí, claro —farfullé.

Me despedí de ella y salté de la cama, luchando contra la tentación de volver a meterme entre las sábanas, y me fui directa a la cafetera. El día anterior, pese a la resaca de la noche del sábado, lo pude aprovechar al máximo, y avancé bastante con la traducción en la que estaba trabajando, tanto que acabé perdiendo la noción del tiempo y me acosté muy tarde.

Iba a poner una cápsula pero recordé que debía permanecer en ayunas. Me resultaba muy duro empezar la mañana sin una buena taza. Siempre he disfrutado muchísimo del café, sobre todo desde la Selectividad, cuando me pasé semanas durmiendo lo justo para sobrevivir y bebiendo el oscuro brebaje que nos preparaba la madre de Lola. No puedo vivir sin él. A primera hora, mi cuerpo necesita un café, corto pero intenso. Después, a lo largo del día, me gusta tomar *capuccino* con azúcar de caña. Una idea un tanto ecologista que me había metido mi tía Rosana en la cabeza.

Fui hasta el salón para abrir mi agenda. Debía estar en la clínica a las ocho y cuarto, así que me metí rápidamente en la ducha.

Un cuarto de hora después bajaba las escaleras directa al *parking*. Debía cruzar la ciudad para llegar al hospital, pero llegué puntual a mi cita en la tercera planta. Por suerte no tenían que extraerme demasiada sangre para los análisis, pero aun así, prefería no

mirar.

Me atendió Cristina. Mis chequeos eran tan regulares que conocía a casi todo el mundo en aquella clínica. Enseguida me colocó el electrocardiograma.

Cuando acabé me despedí de las chicas y salí de la consulta. Al ver que los ascensores se eternizaban, decidí bajar por las escaleras. Intentaba no entrar en los hospitales a no ser que fuera estrictamente necesario. De niña había pasado mucho tiempo ingresada y, aunque esta clínica era bastante nueva, los recuerdos venían a mí y la sensación de tristeza y de vacío volvía como si nunca hubiese salido de aquella habitación de hospital en la que las horas transcurrían con lentitud y la soledad no se curaba ni en compañía.

Recorrí la acera sin dejar de mirar el paisaje que se mostraba a mi derecha, imaginando cómo debió ser tres milenios atrás. Ibiza fue testigo del paso de las grandes civilizaciones del Mediterráneo, y recibió su nombre al consagrarla a Bes, un dios egipcio que, quizá como un temprano vaticinio, estaba dedicado al amor sexual y a los placeres libertinos. ¿Qué dirían los antiguos fenicios si viesan en qué se había convertido la isla que ellos bautizaron?

Andaba distraída, cuando mi hombro izquierdo chocó con el de otra persona. La culpa fue mía por no mirar hacia delante y, cuando me giré para pedir perdón, lo encontré frente a mí con una camisa blanca y unos pantalones color caqui. Su mirada atravesaba los cristales de mis gafas de sol, derritiéndome con la profundidad de sus ojos miel.

—Victoria —pronunció mi nombre con suavidad.

—Buenos días, Alejandro —dije con cierta timidez. Su mirada me hacía sentir indefensa, arrebatándome las corazas y la ironía que hubiese utilizado ante cualquier otro hombre en la misma situación.

Nos saludamos con dos besos. Me estremecí, igual que la primera vez que acaricié su piel con mis labios.

—Por lo que veo, te has propuesto arrollarme cada vez que nos encontramos —exclamó arrugando la nariz.

—Lo siento —dije avergonzada—. Parece que últimamente estoy más despistada que de costumbre.

—Tranquila. Era una broma. Puedes atropellarme las veces que quieras —añadió riendo.

—¿Qué haces por aquí? —pregunté.

—Acabo de salir de una reunión a un par de manzanas. ¿Y tú? —inquirió con una media sonrisa.

—Tenía hora para unos análisis en esta clínica.

—¿Y qué tal han ido?

—Supongo que bien. No era más que un control. Lo sabré en una semana.

Me sentía algo intimidada por su presencia, pero aun así, ya que la casualidad nos había reunido, no quería que nos separáramos tan rápido.

—Estoy en ayunas. ¿Estás muy ocupado o te apetece un café?

—Soy libre hasta dentro de una hora, me encantaría tomar un café contigo.

—Aquí cerca hay un local que no está nada mal.

—Perfecto, pues vamos.

—Dame un minuto, que le pongo *ticket* al coche —recordé de repente.

Amplíé el aparcamiento una hora más y me reuní con él en la esquina. Durante ese tiempo pude sentir los ojos de Alejandro pendientes de todos mis movimientos; así que me esmeré, irguiéndome todo lo que pude sobre mis botines de tacón y balanceando las caderas con sutileza cuando crucé la calle hasta llegar a él. Si no me hubiese estado observando, habría entrado en el coche para retocarme un poco el maquillaje. No me sentía tan segura como la noche del sábado. Echaba de menos una buena máscara de pestañas y un escote sugerente, pero no quedaba otra opción que jugar mis cartas de la mejor manera y, aunque la camiseta de los Ramones que llevaba me hacía poco pecho, me alegré de vestir mis tejanos pitillo preferidos que tenían la capacidad de mejorar cualquier trasero. Además, las Ray-Ban aviadoras me estaban haciendo un gran favor ocultando mis más que probables ojeras.

El local estaba abarrotado y solo quedaba sitio en la reducida terraza. *¡Mejor! Así me dejo las gafas puestas*, pensé.

—¿Nos sentamos aquí fuera? —pregunté.

—Por mí, perfecto.

—¿Fumas?

—No. Ya no. ¿Y tú, Victoria? ¿Fumas?

—No, qué va. Una época me dio por los mentolados. Supongo que por llevar la contraria al mundo, pero ahora lo encuentro asqueroso —respondí tratando de quitar solemnidad al encuentro con un poco de humor, aunque mi vis cómica resultase de dudosa calidad.

Nos sentamos en la mesa del rincón y me di cuenta de que estaba nerviosa. La noche tiene la capacidad de colocarnos a todos en el mismo nivel, y con una copa en la mano todo es más fácil, todos los gatos son pardos. La noche es mucho más sugerente que una mañana después de un análisis de sangre.

Totalmente sobria y a plena luz del día, me costaba atreverme a coquetear con Alejandro con el descaro natural de la otra noche. Por eso me estaba siendo difícil potenciar la sensualidad y el humor en un escenario diurno e improvisado.

Salió una camarera y escaneó a mi acompañante con una sonrisa.

—Buenos días, chicos. ¿Qué les traigo?

—Yo quiero un *capuccino*.

—Para mí un café americano. Con azúcar moreno, por favor.

Me alegré ante la coincidencia.

—Sí, para mí también con azúcar moreno. Muchas gracias.

La camarera se marchó, dejándonos solos en la terraza, y Alejandro se recostó contra el asiento escrutándome con la mirada.

—Imaginaba que eras más de sacarina.

—¿Yo? ¿Y eso por qué? —pregunté aguantándome la risa.

—Pues por tu estilo de vida tan deportista y saludable.

—Precisamente es más sano el azúcar moreno, o la stevia, o la fructosa..., pero normalmente no hay en los bares —sonreí—. Y lo de saludable... ¿lo dices con ironía?

—No, ¿por qué iba a hacerlo? Me dijiste que eras monitora de *spinning* —contestó.

—Sí, es cierto —respondí. Creí que lo decía con doble sentido, pero era imposible que supiera de mi afición a las fiestas.

—¿Y practicas otros deportes?

—Aparte de lo que puedo hacer en el gimnasio, me gusta el tenis y el ciclismo. Pero la verdad es que no tengo tiempo para casi nada. Y tú, ¿a qué dedicas tus horas libres?

—Trato de entrenar un rato cada día en casa, cuando la agenda me lo permite.

—¿Vives en el centro? —pregunté tratando de quitarme de la cabeza una sugerente imagen: enfundado en una estrecha camiseta de tirantes, cubierto de sudor y levantando pesas con sus firmes músculos.

—No, en el campo. Si vives en la ciudad es imposible disfrutar de verdad de la isla.

—Tienes razón. Yo antes vivía en la montaña, pero desde que regresé de la universidad vivo sola en un apartamento desde el que, por lo menos, puedo ver el mar.

—Suena muy bien. ¿Y qué estudiaste?

—Filología inglesa.

—Ah, claro. Me comentaste que hacías traducciones.

—Sí. No me veo escribiendo un libro, pero con mi trabajo interpreto las obras de otros, y me gusta.

La camarera dejó nuestros cafés sobre la mesa y un recipiente con azúcar moreno.

Cuando Alejandro extendió la mano derecha para ofrecerme el azucarero vi que los tatuajes que salpicaban sus dedos, mucho más claros bajo la luz del sol, se extendían sobre el dorso de la mano, formando un críptico mosaico que se perdía por debajo de los puños de la camisa. No llegué a distinguir los motivos. ¿Flores? ¿Cruces?

Sentí el impulso y, en lugar de tomar el azucarero, pasé el dedo por uno de sus coloridos dibujos.

—¡Vaya! ¡Qué bonitos! El otro día no los pude ver bien.

Él me miró sorprendido y pareció estremecerse ante mi contacto. Quizá no pensase que fuesen a llamar mi atención.

—¿Te gustan?

Me tomé la libertad de coger su mano hasta extenderla sobre la mesa para poder ver mejor los motivos. Ante el roce experimenté la misma sensación y, al alzar la mirada, sus ojos ambarinos me miraban con la intensidad de una descarga eléctrica.

—Nunca he tenido el valor de hacerme uno, pero me encantan —respondí disimulando la sacudida que sentía.

—De adolescente hice muchas locuras... Esta es una de ellas. —Y al levantar la otra mano para pasársela por el cabello, mis ojos se clavaron en ella.

—¡La otra también! —exclamé.

Él no tuvo más remedio que acercarla. Juntas, la composición gráfica parecía tener más sentido: varias cruces, una estrella, una corona... Y algún dibujo que rodeaba todo el dedo, como si de un anillo muy barroco se tratase. Otro nacía en el dorso de la mano, perdiéndose debajo del tejido. Alejandro parecía incómodo con la inspección, así que decidí dejarlo libre y posponer las cuestiones sobre los símbolos para otra ocasión.

—Entonces, ¿tú también eres de aquí? —pregunté para cambiar de tema.

—No, pero hace muchos años que vengo. Al principio, solo de vacaciones, pero llevo casi dos años residiendo aquí también fuera de temporada —respondió sonriendo con ternura—. Ibiza tiene algo especial, te atrapa y no permite que te olvides de ella.

—Es verdad. Yo he viajado mucho, y me encanta hacerlo, pero es mejor sabiendo que la isla te espera.

Apoyó un codo sobre la mesa de forma que su antebrazo se tensó contra el tejido de la camisa, dejando entrever sus músculos definidos, y me miró inquisitivo antes de preguntar:

—Cuéntame, Victoria, ¿tienes novio?

Un sonido familiar suspendió mi respuesta. Hundí la mano en mi bolso para buscar el teléfono.

Sonriendo, Alejandro sacó su móvil del bolsillo de su camisa y descolgó.

—Dime, Chloé.

Walk on the wild side había dejado de sonar. Nunca me había topado con otra persona que llevara la misma sintonía de móvil que yo.

—De acuerdo... Estaré en la oficina enseguida.

Cuando acabó su conversación, sin apartar los ojos de él, le dije:

—¿Sabes qué?... —Y presionando un botón, reproduce el mismo tema que nos había interrumpido.

Me miró con una expresión divertida. Era curioso que, entre tantas canciones que hay en el mundo, ambos hubiésemos escogido esa.

—¿Trabajo? —pregunté pausando el tema de Lou Reed.

—Sí, tengo que irme en breve —dijo dando un nuevo sorbo a su taza—. Pero no me marcharé sin que me contestes.

Antes de responder, lo observé con detenimiento. Me miraba con expectación, y yo diría que con cierta arrogancia. Sus manos descansaban sobre la mesa. Por muy loco que esté uno en la adolescencia, ¿quién se tatúa las manos de esa forma? Era algo que me desconcertaba, pero seguía atrayéndome como no me había atraído ningún hombre en mucho tiempo. Ni siquiera el magnetismo de Daniel podía compararse a lo que Alejandro me estaba haciendo sentir.

Permanecía apoyado contra el respaldo de la silla, ofreciendo una imagen muy *sexy*. Todo en él me parecía sensual y empezaba a sentir cómo se endurecían mis pezones bajo el sujetador. De repente, una idea indecente cruzó por mi cabeza: incluso aunque tuviera pareja, dejaría de lado mis impedimentos morales para lanzarme de cabeza a seducir a aquel hombre.

—Pues no. En estos momentos no tengo novio.

Lo observé a la espera de alguna reacción. Lo normal sería que intercambiásemos los números de teléfono para poder quedar un día. Pero no iba a ser yo quien se lo pidiera.

Se levantó de la silla y, sin borrar esa media sonrisa, entró en el bar y me quedé sin saber cómo actuar.

Al cabo de unos instantes salió de la cafetería y yo me levanté.

—Bueno, espero volver a verte pronto. —Y, acercando su cara a la mía, me dio dos castos besos en las mejillas.

Se marchó calle abajo, hasta la avenida. Me había quedado desconcertada después de que no hubiese comentado nada tras mi respuesta. ¿Por qué preguntarme algo tan íntimo si luego le iba a importar un pimiento?

Mientras fingía mirar la pantalla de mi teléfono aproveché para observarlo. El trasero que los pantalones chinos dibujaban a cada paso que daba, despertaba en mí un deseo ferviente. Me imaginé agarrando sus nalgas con fuerza mientras hacíamos el amor.

05. Pato Pekín

En cuanto llegué a casa me tomé la medicación que aquella mañana había aplazado. Después de comer pude dedicarme un rato a a traducción que tenía entre manos y luego me marché al gimnasio.

Encontré a Sofía al otro lado del mostrador, donde recibía a todo el mundo con una sonrisa luminosa. Era una de las recepcionistas del club y una de esas personas que no pueden evitar querer enterarse de todo lo que pasa a su alrededor.

—¡Victoria! —exclamó cuando crucé la puerta de la entrada.

—Buenos días, Sofía.

Mirándome con sus vivaces ojos, murmuró:

—Estarás contenta, ¿eh?

La observé inquisitiva. Sí, lo estaba, había tenido un breve encuentro con el tío más

sexy de la isla, pero... ¿se me notaba en la cara o qué?

—Ya está la lista al completo.

—¿La lista de qué?

—¿De qué va a ser, tía? ¡La lista del jueves que viene!

Llevábamos días anunciando una clase de *spinning* especial, con música de los setenta. Por lo visto había tenido buena aceptación, y a diez días del evento ya habíamos completado las cuarenta plazas.

—¡Qué bien! ¿Y qué te dice la gente?

—Que se les ha hecho muy largo el invierno y que ya echan de menos el *Flower Power*.

Entré en el vestuario y abrí mi taquilla. Mientras me desvestía, Alejandro regresó a mi mente. Me asombraba que, habiendo coincidido tan poco, ya tuviera un lugar privilegiado en mi cabeza. Sus ojos parecían desnudar mi alma y sus tatuajes me resultaban excitantes y misteriosos. Le conferían un matiz más oscuro todavía, lo que acentuaba mi atracción hacia él.

Me arrepentía de no haberle pedido el número de teléfono. ¡Habría sido tan sencillo! Quizá me hubiese hecho parecer demasiado lanzada pero... ¿y qué? Era él quien me había preguntado si tenía novio. Eso no se plantea si no te interesa saberlo.

Al entrar en la sala me encontré con mis alumnos calentando. Cuando me enfundé los guantes de *fitness* y me coloqué el micro inalámbrico, me convertí en la enérgica monitora que no perdía el ritmo ni un instante y que dirigía sin piedad las clases de ciclismo *indoor*. No es que fuese cruel, pero uno ha de ser disciplinado para alcanzar el objetivo que se ha propuesto, y yo lo único que hacía era ayudarles a lograrlo. Además, me esforzaba en preparar unas sesiones de *spinning* muy variadas y divertidas, dejando que fuese el ritmo de la música el que marcara la intensidad de cada tramo.

Cuando, exhausta tras las dos clases, estaba abriendo la puerta de casa, el emblemático tema de The Kinks, empezó a sonar desde mi bolso. Solo podía anunciar la llamada de una persona:

«I asked her name and in a dark brown voice she said: Lola, L-O-L-A»

—¡Hola, nena! ¿Estás en casa?

—Precisamente estoy entrando —respondí girando el picaporte.

—¿Y tienes plan para cenar?

—La verdad es que no.

—¿Te apetece chino? Es que quiero encargarme en un asiático nuevo, pero el pedido mínimo es demasiada comida para mí sola.

—Hecho. Voy para tu casa.

Renuncié a espachurrarme en el sofá y, resignada pero contenta por pasar un rato con mi amiga, dejé la bolsa de deporte sobre la mesa junto a la carpeta de los informes médicos y volví a salir.

Para llegar hasta la casa de Lola solo tenía que atravesar el jardín junto a la piscina comunitaria. En un par de minutos me encontraba frente a su puerta, en el último piso.

Nos sentamos en el sofá carmesí del salón y comencé a explicarle lo sucedido con Alejandro. La casa de Lola siempre estaba impecable, como si en cualquier momento fueran a llamar al timbre los de la revista *Nuevo Estilo*. El diseño del salón combinaba rojos y blancos, a juego con un espectacular cuadro de Felipe de Miguel, regalo de sus padres por algún cumpleaños.

—¡Qué casualidad que os encontrarais! Me cae bien ese tipo.

—Sí. La verdad es que tiene algo especial. No lo acabo de comprender bien, pero me atrae.

—De momento, por lo que dices, no tiene nada que ver con ninguno con los que te has enrollado —dijo arrugando la nariz—. Por cierto... ¿cómo es que no os habéis liado todavía?

—Bueno, Lola, le he visto solo dos veces.

Fue a buscar el menú del restaurante chino, seleccionamos e hizo el pedido. Cambiando de tema, le pregunté:

—¿Y Lucas? ¿Sabes algo de él?

—¡Qué va, tía! ¡Ojalá! Si ni siquiera tengo su teléfono —exclamó con el ceño fruncido.

—Pues ocasiones no os han faltado.

—El sábado estuve a puntito de pedírselo.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—No sé. Prefiero que sea él quien me lo pida.

—Te comprendo, porque a mí me pasa algo parecido —confesé—. Pero vosotros estuvisteis hablando mucho rato. Y él no te quitaba el ojo de encima.

—Sí. Lo que tú digas. Pero luego desapareció sin más.

—Bueno, esas cosas pasan. Quizá algún amigo tenía un problema —reflexioné a modo de consuelo.

—Me contó que se quiere comprar la casa aquella de Cala Conta, la que alquilaba siempre Elle McPherson.

—¡Uh! Genial. Eso es porque va a pasar mucho tiempo por aquí.

Lola era muy bella, de esas mujeres que provocan que los hombres se giren a su paso. Su cabello negro, largo y con flequillo, hacía resaltar más sus vivarachos ojos verdes. Estudió Derecho, a pesar de que sus padres la presionaron para que entrara en Empresariales, y aunque su objetivo era dedicarse a causas ecológicas o humanitarias, no le quedó otra que trabajar en el bufete que colabora con las empresas de su familia, básicamente inmobiliarias y hoteles. De hecho, gracias a sus contactos encontramos los dos pisos en edificios vecinos, y situados en una localización tan estratégica. Al principio habíamos barajado la idea de vivir juntas, pero después de estar años compartiendo

apartamentos con otras personas, cuando ella estudió en Barcelona y yo en Estocolmo, nos moríamos de ganas de disfrutar de nuestra libertad, aunque sin renunciar a tenernos cerca.

—Voy a prepararlo todo, que el chino debe estar al llegar.

Colocamos los mantelitos rojos de rafia sobre la mesa del salón, junto con los palillos asiáticos. Cuando sonó el timbre, ya había caído la mitad de la botella de vino. Lola se había empeñado en invitarme a cenar, aduciendo que el plan había sido idea suya, pero al final la convencí para pagarlo a medias.

El pato Pekín superó la prueba con nota alta, al igual que el resto de los platos.

—¿Sabes? Ya han pasado más de dos años de la muerte de Óscar —dijo de pronto, señalándome con los palillos de bambú.

—¿Óscar?

—Sí. El chico que se suicidó desde lo alto de Dalt Vila.

—¡Ah, sí! Qué rápido pasa el tiempo.

—Su familia vino hoy al despacho. La madre está convencida de que él no quería quitarse la vida, y no encuentra a ningún abogado que la apoye para intentar reabrir el caso —explicó Lola mientras yo llenaba su copa.

—Philip lo conocía, ¿verdad?

—Sí. También dice que era un fiestero y que si decidió matarse fue por el efecto de un mal viaje de LSD o un exceso de ketamina.

—Y después de tanto tiempo, ¿tú crees que hay algo que investigar? —pregunté agarrándome a lo que me habían enseñado las novelas policíacas que había traducido.

—Cosas más raras se han visto.

Tras la cena, cuando la segunda botella de vino empezó a acercarse al final, me di cuenta de que era demasiado tarde para un simple lunes.

Recogimos en un suspiro y me despedí de Lola para, pocos minutos después, dejarme mecer en la cama por el efecto del Penedés. Antes de quedarme dormida repasé la escena vivida por la mañana. Aquellos ojos color miel me atravesaban, al tiempo que su boca lanzaba la inapropiada pregunta: «¿Tienes novio, Victoria?».

Ibiza, 6 de marzo de 2015

—Me pides demasiado. Y lo sabes.

—No tenemos más remedio, querida. No necesito explicarte de nuevo las consecuencias —dijo él, bajando la mirada—. Así están las cosas, y así han de continuar. Por el bien de ambos.

—Pero... en realidad no debería importarte nada más —murmuró ella en un sollozo—. No tendrías que estar preocupado por todo eso cuando ellos... ellos...

—Shhh... —la interrumpió poniendo un dedo sobre aquellos trémulos labios, con necesaria ternura—. No lo digas. No lo pienses. Sabes que no hay nada que lo demuestre.

—Sí. Mi corazón. ¡Mi corazón y mi alma saben lo que ha pasado! —replicó ella casi sin aliento. Una lágrima amarga bajaba por la mejilla incrédula.

—Es normal que por tu cabeza se crucen todo tipo de conjeturas, cariño. Yo estoy también destrozado, pero... pero trato de mirar hacia adelante. Es la única opción, querida.

—Si Dios existe no tendría que estar permitiendo estas cosas. No tiene ningún sentido —reflexionó apartando las manos que acariciaban su rostro.

—Ójala las cosas fueran distintas. Es lo único que puedo decirte.

Capítulo 4: martes, 16 de mayo

06. Margaritas

—Tía, te digo que te necesito.

—Lo siento, pero estoy apalancada en casa.

—Ven. ¡Ya verás qué majos son!

—Pero si yo no pinto nada ahí. Son tus amigos.

—Bueno, los he conocido hoy, pero se me ha ido un poco la olla, y les he prometido que podía conseguir entradas.

—Bueno, Philip, ya sabes cómo funciona eso, y yo tampoco soy una Iria Urgell, como para entrar a tanta gente de golpe —protesté haciendo referencia a la hija de Ricardo Urgell, el empresario del mundo de la noche más importante de la isla.

—¡Pero entre los dos será mucho más fácil! —insistía él—. Además, después de lo de Carlos, estoy un poco depre... Hazlo por mí.

—Mmm... ¿Dónde habéis quedado?

—En el Mar y Sol.

—Vaaaaale, de acuerdo —me rendí—. Estaré ahí en una hora.

Philip me había convencido, otra vez. Se había hecho amigo de un grupo de chicos en Chiringay, una preciosa playa pensada para el público homosexual, y se le había ido un poco la mano fardando de sus contactos en discotecas. Es cierto que a veces consigues que se te abran las puertas, pero no es una ciencia exacta, y los porteros a menudo se ponen muy estrictos. Una vez me contaron que uno, en su primer día de trabajo, no dejó entrar al dueño porque no lo conocía.

Historias de este tipo, en las que has de exprimir tu agenda para cumplir un compromiso, son habituales. Sin embargo, algo me decía que, a pesar de la reciente infidelidad de su novio, Philip empezaba a sentirse mal por quedar con otros chicos a escondidas, por eso me necesitaba, para convertir la cita en algo más inocente.

Supuse que no estaríamos fuera hasta muy tarde. Quizá un par de bares por el puerto y tratar de entrarlos en Pachá antes de irme a dormir, así que me puse un vestido negro palabra de honor y unas sandalias de cuña, para, al menos, asegurarme cierta comodidad.

Decidí dejar el coche, porque mi piso se encontraba a pocos metros de la discoteca a la que había planeado llevarles y, quince minutos después, cruzaba la calle para entrar en la avenida peatonal que da la bienvenida al Puerto de Ibiza, una de las zonas con más encanto de la ciudad: llena de terrazas, restaurantes, heladerías y pintorescos bares con décadas de historia que forman el corazón del barrio, salpicado por comercios de todo tipo, desde las *boutiques* y joyerías más selectas, hasta tiendecitas de artesanía payesa, de *souvenirs* o alegres puestos de los *hippies*.

Mar y Sol es uno de esos locales con inmensas terrazas, desde las que observar sin prisas las entradas y salidas de los barcos. Un clásico. Para los isleños es un buen punto

para quedar con aquellos que no dominan mucho nuestra geografía, puesto que no tiene pérdida. Para los *clubbers*, es el lugar perfecto para que ellas muestren el generoso escote del vestidito que han comprado horas antes en el mercadillo de Es Canar; y ellos, la flamante camiseta de las cerezas que les marca los músculos mientras sostienen un cóctel o un Banana Split y ponen nota al colorcito del ambiente.

Desde hace años jóvenes británicos vienen en manada a la isla, la mayoría a San Antonio, para desmelenarse y ligar como descosidos, fornicando en cualquier esquina del maltrecho *West-End*. Lo irónico del caso es que las lascivas señoritas que caen en sus redes son británicas: «What happens in Ibiza, stays in Ibiza»...

Philip estaba solo en una mesa, con una camiseta Ed Hardy de lo más *rockera*. Tenía delante una enorme copa que contenía una bebida de color amarillo.

—¡Has venido!

—Claro que sí, tonto. Si te digo que vengo, es que vengo —dije sentándome a su lado.

—Gracias —exclamó dándome un besito a lo niño bueno.

Se acercó la camarera y, antes de que pudiera opinar, me pidió un margarita. *Estupendo*, pensé. *Yo esperando tener una noche tranquila y resulta que empezamos con tequila.*

—Y Carlos, ¿qué tal? ¿Has hablado con él?

—En realidad, sí... Ahora está volando a Abu Dhabi, aunque ya hace un rato que deben de haber aterrizado.

Carlos era auxiliar de vuelo de Air Berlin, lo que le obligaba a pasar muchas noches fuera de casa. Oficialmente vivía en Palma, su ciudad de origen, por su aeropuerto internacional, pero en cuanto tenía un día libre, se plantaba en Ibiza.

—Tranquilo, seguro que no tardas en recibir su mensaje. Siempre te escribe cuando está lejos.

—Ya, pero es que hoy hemos discutido. —Philip levantó la mirada y sus hermosos ojos claros me observaron con tristeza. Puse mi mano sobre la suya, que descansaba sobre la mesa.

—No te preocupes, eso pasa en todas las parejas.

—Pero es que me duele saber que podría estar con otros hombres... Aunque en parte creo que es por culpa de su trabajo. Si no estuviese siempre fuera, no tendría tantos deslices.

Me callé por no herirlo, pero estaba segura de que la promiscuidad de Carlos seguiría intacta, incluso encadenado a la mesa de un despacho. Desde que salían juntos le había sido infiel tantas veces que ya ni las recordaba. Lo peor de todo es que no se esforzaba por ocultarlo; Philip casi siempre lo acababa descubriendo, y entonces se peleaban y rompían, aunque a los pocos días volvían a estar juntos sin remedio.

Carlos era un hombre guapo e inteligente. Irradiaba seguridad en sí mismo y tenía un gran sentido del humor, pero a Lola y a mí cada vez nos gustaba menos por el daño que le estaba haciendo a nuestro amigo.

—¿Y cómo ha sido?

—Nada más llegar de la playa le he dicho que sabía lo del brasileño. Al principio me lo ha negado, pero conozco tan bien la cara que pone cuando miente... —Tragó saliva.

Asentí apretándole la mano, sin saber bien cómo reconfortarlo.

—Al final lo ha admitido, justo antes de marcharse al aeropuerto, ya con el *trolley* en la mano. Ha salido de casa haciéndose el indignado, y yo me he quedado ahí como un bobo.

En ese momento tres chicos con sonrisas llenas de ilusión se acercaron a nuestra mesa. Philip dejó atrás todo atisbo de tristeza y se levantó para hacer las presentaciones.

—Chicos, esta es mi amiga Victoria.

Cuando Gorka se me acercó percibí el sinuoso aroma de *Le Male*, de Jean Paul Gaultier. Una fragancia inconfundible que me alegró el olfato, pero no se lo dije. Estaba en forma pero parecía más mayor que los otros dos, y sus sienes, salpicadas con incipientes canas, lo confirmaban.

—¡Qué suerte hemos tenido! ¡Dos ibicencos de pura cepa van a enseñarnos la Ibiza nocturna como dios manda! —exclamó arrugando la nariz algo quemada por el sol mientras sonreía.

Le dediqué una mirada de reproche a Philip. Cuando yo todavía no le había dado el sí, él ya me había vendido. Al menos los muchachos parecían simpáticos. El segundo en presentarse fue Emilio, un chico de cara redonda y frente ancha que vestía de negro, quizá para disimular un ligero sobrepeso.

—Qué envidia me dais los dos —dijo con una voz algo ronca—. A mí me encantaría vivir en una isla.

—Pues cuando llevas aquí mucho tiempo, lo único que deseas es salir corriendo —añadió Philip.

—¡No digas eso! —le repliqué—. ¡Sabes que no es cierto! Lo que pasa es que de vez en cuando tenemos necesidad de viajar, aunque sea a la península. Pero a los pocos días ya deseamos regresar a casa.

Javier, el tercero del grupo, estalló en una carcajada ante mi comentario, que no intentaba ser gracioso. Sus pobladas cejas, a juego con unas patillas estilo Elvis, eran lo que más resaltaba de su aspecto, y se le veía con muchas más ganas de dar guerra; llevaba una camiseta de tirantes de rejilla, ideal para una salvaje visita al cuarto oscuro de alguna discoteca gay.

Cuando el camarero trajo otros cuatro margaritas, ya habíamos roto el hielo. Estaban contentísimos, puesto que era su primer viaje a Ibiza, y además, la primera noche. Ya tenían las entradas para algún evento, pero conocer a Philip había trastocado sus planes, y hoy tocaba dejarse llevar.

—Esta noche en Lío hay una fiesta con espectáculo —comentó Philip—. Fliparéis allí.

—A nosotros nos hacía ilusión ver pinchar a Günter Klein —dijo Gorka mirando a sus compañeros—. Hemos preguntado antes por los *tickets* y nos han dicho que tenemos que comprarlos aquí, en el puerto.

—¿Comprar? ¡Estáis locos! —respondió él, haciéndose el indignado.

—Pues ya me dirás cómo vemos a ese *disc-jockey*. Es la única oportunidad que vamos a tener —exclamó Javier.

—Mientras vayáis conmigo, queridos, no tendréis que pagar en ninguna puerta —alardeó Philip.

—Entonces, ¿en la playa lo decías en serio? —preguntó Javier.

—¡Por supuesto! ¡Si tenéis delante a la reina de Ibiza! —exclamé señalando en tono burlón a mi amigo y haciéndole una reverencia.

—Para agradecérmelo solo tenéis que mantener mis manos ocupadas... —dijo fingiendo arrogancia—. Con alguna copa, me refiero —añadió levantando su tercer margarita.

—¡Dalo por hecho! —sentenció Gorka alzando la suya.

Y entrechocamos nuestras copas. Cuando ya íbamos hasta el coche de alquiler, a dos calles de allí, se me ocurrió preguntar:

—Por cierto, ¿donde pincha Günter Klein esta noche?

—¡En la mejor discoteca! En Glory's.

El corazón me dio un vuelco. La idea de volver a encontrarme con Alejandro se iluminó en mi cabeza, y me alegré muchísimo de haber aceptado la propuesta de Philip. Desde que nos habíamos despedido el día anterior, lo había buscado con la mirada en el supermercado, en la farmacia, en la librería... con la esperanza de que el destino volviera a conspirar a mi favor. Así que meterme de lleno donde parecía ser un cliente asiduo era la mejor de las opciones.

Llegamos al aparcamiento y no tuvimos más remedio que dejar el coche en un remoto rincón, debajo de una higuera. Aunque era todavía temprano, aquel DJ debía estar muy solicitado, porque parecía que media Ibiza había tenido la misma idea.

Al acercarnos a la puerta, pensé que entrar gratis a chicos era infinitamente más complicado que entrar a chicas. Colar a tres desconocidos iba a ser una prueba difícil.

A menudo lo había conseguido entrando y saliendo varias veces, tratando de no repetir puerta, tomando de la mano a un chico diferente en cada viaje, para conseguir que todo el grupo pudiese disfrutar de la fiesta.

Pero no me dio tiempo a decidir ninguna estrategia, puesto que Rafael me saludó desde uno de los mostradores de la entrada con su potente voz.

—¡Chiquilla! —exclamó con una sonrisa—. ¿Qué haces por aquí? ¿No madrugas mañana?

—Bueno, sí... —dije riendo pero con cara de circunstancias—. ¡Es que me han liado!

—¿Cuántos sois?

Iba a responder que cinco, cuando vi que a diez metros, Philip rodeaba el cuello de Gorka, porque la chica morena que gestionaba la lista ya les dejaba pasar.

—Somos... solo tres —sonreí.

—Venga, pasad —dijo él con un acento andaluz suavizado después de tantos años lejos de su tierra.

—¡Gracias, Rafa! ¡El miércoles te invito a un Gatorade!

—No hace falta —me dijo dándome dos besos—. Lo que sí que te pediría es que me guardes una plaza para la sesión especial de *spinning*. Se me olvidó reservar.

—Cuenta con ello. —Y le guiñé un ojo.

Tras las primeras puertas de cristal nos reunimos con Philip y Gorka.

—¡Gracias, chicos! —Emilio nos abrazó con entusiasmo e, irradiando felicidad, empezó a dar saltitos como un niño pequeño—. ¡Es genial estar aquí dentro!

Bajamos la escalera principal hasta la pista y la cruzamos en dirección a la barra de Paul, el excéntrico bloguero. Tras las presentaciones, nos miró con cara de decepción.

—Hoy tengo al encargado aquí en la barra, no puedo invitaros a nada.

—No importa, Paul —dijo Philip.

—¿Aquí hacéis cócteles? —Paul asintió—. Pues sírvenos cinco margaritas, que invito yo —exclamó Gorka.

Günter Klein resultó ser una especie de discípulo musical de Kraftwerk y, empujados por el tequila, nos sumergimos en un *techno* intenso e industrial, sin miedo a que nadie se riera de nosotros por estar haciendo el robot con cara de imbécil.

Bailábamos a un lado de la pista Rubí, y yo no podía dejar de vigilar las escaleras que llevaban a la sala Zafiro y, por tanto, a la Diamante, por si divisaba a Alejandro entrando o saliendo. Cada vez que veía a un hombre de físico o envergadura similar, mi respiración se paraba, y no era capaz de reactivarla hasta descartar al desconocido.

Sabía que, aunque habíamos tenido suerte en la puerta, entrar en el *privé* con tres chicos desconocidos sin una mesa reservada sería una misión imposible, así que le dije a Philip que me ausentaría unos minutos y subí las escaleras en dirección a la Zafiro.

Mi amigo Sébastienne me dejó pasar sin tener que explicarle a quién buscaba y agradecí su simpatía con un guiño.

Caminé despacio, sin perder el ritmo de la música, mientras revisaba con la mirada cada rincón. Me adentré en una de las zonas del fondo, donde la iluminación era más tenue, pero no me costó distinguir la silueta de Naomi Campbell, una asidua a la isla. Llegué hasta la barra y revisé el resto de la estancia mientras disimulaba, jugueteando con la copa.

Al otro extremo, descubrí a un hombre de piel blanquecina, con el pelo corto y muy negro, camisa blanca e impecable traje de chaqueta oscuro, al que había visto charlar con Alejandro la noche de la inauguración, pero sabía que él no me recordaría. Deseaba preguntarle por Alejandro, pero por otro lado, lo último que quería era parecer una acosadora. Me acerqué con disimulo, mientras bailaba rebosante de energía. Dos hombres se giraron hacia mí con sonrisas depredadoras pensando que mi presencia tenía algo que ver con ellos. Se dejaron llevar por el *techno* alemán mientras me rodeaban, como los

tiburones que se han adjudicado una presa y la estudian antes de atacar. No me apetecía darles coba, pero me venían bien para disimular, así que seguí bailando a mi rollo, pero sin lanzarles la típica mirada sal-de-mi-vista-o-te-arrepentirás, que es lo que habría hecho en otras circunstancias.

Cuando la gente me lo permitió pude ver a algunas personas en los sofás blancos junto al del traje de Armani. Una rubia con un vestido rojo, apoyaba una mano cargada de anillos sobre sus piernas cruzadas, mientras sujetaba una copa de *champagne*.

Parecía que mantenía una conversación confidencial con un tercero. No podía verlos bien, pero estaba atenta a lo que ocurría en las inmediaciones, en busca de esa penetrante mirada que tanto anhelaba sentir.

El tipo de peinado marcial se llevó la mano a la oreja y se apartó. Cuando movió los labios, supe que debía estar hablando a través de un dispositivo manos libres, pero enseguida desapareció de mi campo de visión, y entonces pude ver con claridad, durante un par de segundos, al hombre que charlaba concentrado con la chica del vestido rojo. Se trataba de Alejandro.

Los dos espontáneos seguían aproximándose con descaro, creyendo que yo había aparecido allí para que su noche tuviera un final feliz. Rozaban con disimulo mi cadera o mi pelo, cada roce seguía el ritmo de la electrizante música. No era una situación cómoda pero, a nivel estratégico, la localización era perfecta. Podía observar lo que estaba sucediendo a diez metros, y así pude ver cómo ponía su mano tatuada sobre la de ella, mientras escuchaba lo que la mujer le decía con la cabeza ladeada.

De pronto, levantó la vista y nuestras miradas se cruzaron. Yo le sonreí, pero acto seguido retiré la mirada, nerviosa, para fingir que me interesaba más bailar con aquellos dos pesados.

Me embargó una sensación vergonzante. ¿Qué diablos hacía persiguiendo a un hombre? Era un auténtico disparate, pero la atracción que sentía por él se había impuesto y un profundo impulso me empujaba a actuar así. Quizá sería mejor salir de allí, y dejar que el destino siguiera su curso.

Todavía estaba decidiendo qué hacer, cuando sentí una mano en mi cadera y pensé que no podía dejarme manosear por aquellos dos, por mucho que necesitase disimular, así que, cuando me giré para decirles que estaban malinterpretando mi inocente baile, me encontré con unos preciosos ojos color miel a pocos centímetros de mi cara.

—¡Qué sorpresa verte por aquí! —susurró sonriente, ignorando a mis dos pretendientes, que se miraban estupefactos con el ceño fruncido.

Para mi regocijo, no separó la mano de mi cadera mientras hablábamos.

—Ha sido una noche un poco improvisada. He venido con Philip y unos amigos suyos.

—No imaginaba que pudiese gustarte este estilo de música.

—Bueno, no me la pondría para desayunar, pero en cuanto empiezas no puedes parar de bailar.

—Sí, ya he visto que incluso tienes público —dijo mirando de reojo a los dos

espontáneos, que habían regresado a la barra—. Por cierto, ¿dónde están tus amigos?

—Abajo, en la pista —respondí temiendo que se notara demasiado que había llegado hasta allí en su busca—. A mí me gusta moverme, no estar demasiado rato en el mismo sitio.

—Pues tenemos un problema, porque pensaba invitarte a una copa ahora mismo. ¿Cambiamos de sala o todavía tienes algunos minutos para estar aquí? —preguntó burlón.

—¡Uf! Creo que llevo demasiados tequilas en el cuerpo —dije levantando mi copa con una sonrisita.

—¿Tequila? ¡Qué brava! —exclamó sorprendido.

—Lo que sí te aceptaría es una Coca-Cola fresquita.

Cuando nos dimos la vuelta para ir hacia la barra, nos cruzamos con el hombre de pelo negro azabache.

—¿Cómo es que no conozco todavía a esta bella señorita? —exclamó con un fuerte acento.

—Victoria, te presento a Boris Ivanov, el dueño de la discoteca —dijo con un tono muy diferente al que había utilizado conmigo.

Se acercó a darme dos besos y pude sentir su colonia, tan intensa que saturaba las fosas nasales, muy distinta de la fragancia de Alejandro, con la que llevaba rato deleitándome.

—Encantada —sonreí—. Y enhorabuena por el local, es impresionante.

—Gracias. Bienvenida a mi casa. ¿Tu primera vez?

—Estuve aquí alguna que otra noche el año pasado, y el sábado vine a la inauguración. Fue muy divertido —dije mirando de soslayo a Alejandro.

—Estupendo. Mucho me alegro. ¿Estás sola? —preguntó llevándose la mano a la barbilla. En ese momento, un tatuaje asomó por debajo de los puños de la camisa. Aquel hombre debía de tener más en común con Alejandro de lo que imaginaba.

—No. Mis amigos están bailando abajo.

—Pues si quieres, invito a nuestra mesa —dijo con generosidad.

—¡Gracias, Boris! —exclamé, e iba a añadir algo más cuando un chico vestido de negro le dijo algo al oído.

—Tengo algo para atender. Nos vemos luego. —Le dio una palmada en el hombro a Alejandro y se marchó.

Volví a centrar mi atención en sus ojos color miel, pero lo encontré muy serio. Igual había prestado demasiada atención a su amigo.

—Bueno, ahora estás doblemente invitada.

—Sí, claro. Muchas gracias —dije rozando su brazo y sintiendo sus firmes músculos. Saboreé ese calor que, al tocarle, nacía en la punta de mis dedos y se extendía por todo mi ser.

—Voy a buscar a los chicos y regreso.

Me separé de él para dirigirme hacia la salida y entonces me agarró de la mano. Una sacudida eléctrica me atravesó cuando sus dedos apresaron los míos.

—Espero que no te pierdas —me dijo—. Aquí estaré.

—Regresaré en cuanto los encuentre —prometí celebrando en mi interior su comentario.

07-Sala Diamante

Recorrí ambas salas para buscar a los chicos y darles la buena noticia. Para alguien que visita la isla por primera vez, estas experiencias resultan inolvidables. Incluso yo estaba excitada, pero lo que me alteraba era el dulce flirteo con Alejandro.

Después de enviar algunos mensajes a Philip, di un par de vueltas por la pista y acabé topándome con Gorka y Javier junto a la barra de Paul.

—¡Chicos! ¡Estamos invitados a la sala vip!

—Victoria, *maitxi*, ¿dónde estabas? —preguntó Gorka.

—Consiguiendo una forma de entrar en el *privé* —exclamé sin ahorrarme la exageración.

Enloquecieron por mi comentario. De repente, se morían de ganas de entrar en la zona vip y poder ver de cerca a las *celebrities*.

Cuando pregunté por Philip me dijeron que había ido al baño con Emilio. El local tenía un DJ en los servicios y, a veces, muy de madrugada, se acababan organizando allí abajo fiestas muy pintorescas y *underground*.

Muchos hacían cola delante de las puertas, y otros descansaban en los asientos de la amplia sala. Antes de atravesar el pasillo divisé a Philip, que venía hacia mí eufórico. Se lanzó a mi cuello y me dio un abrazo hasta levantarme.

—¡Alejandro nos invita a todos a su mesa del *privé*! —grité para hacerme oír por encima de la música

—¡Buen trabajo, nena! ¡Estoy orgulloso de tus dotes de *zorrita*! —exclamó ante la mirada estupefacta de Emilio.

—Vamos a por esos dos —añadió dirigiéndose al bilbaíno—. Vais a flipar con la sala vip.

—¿Quién hay que sea interesante? —me preguntó cuando subíamos las escaleras.

—Creo que he visto a Naomi Campbell y al fondo estaban James Blunt y Federer, aunque no me he fijado demasiado, la verdad.

—No hace falta que me digas qué es lo que buscabas ahí arriba...

—Pues lo mismo que harías tú en mi situación, bonito.

—Gran verdad.

Recogimos a Gorka y a Javier y en unos instantes estábamos en la entrada de la sala

Diamante. Un chico había sustituido a Sébastienne y, por el gesto adusto que nos dedicó, supe que no iba a dejarnos pasar con facilidad.

—¡Hola! —exclamé con simpatía—. Estamos en la mesa de Boris.

—Sí, claro. Eso dice todo el mundo —replicó sin levantar la vista de la *tablet*.

—¿Y por qué iba a inventármelo? —inquirí seria.

—¿Para entrar aquí y ver a los famosillos como todas esas niñas que tienes detrás de ti?

—Perdona, pero yo no necesito artimañas para entrar donde me dé la gana.

—Si no estáis en la lista, no puedo dejaros pasar.

—No aparecemos en esa lista porque somos unos invitados de última hora. Boris nos ha pedido que viniéramos hace quince minutos.

—Debo tener un *dejà vú...* porque esa historia ya la he oído.

—Pregúntale a Sébastienne, o a Boris mismo, está en una mesa del fondo a la izquierda.

—Tendréis que esperar a que regrese alguno de mis compañeros para que yo pueda ir a averiguarlo —dijo arrogante, a pesar de que un pinganillo le conectaba con el resto del equipo.

—¡Nos están esperando! —insistí empezando a agobiarme; no tenía el móvil de nadie, y no podía avisarles personalmente— ¡Vamos a quedar fatal con Alejandro Ortega!

—¿Eres una chica de Ortega? —exclamó cambiando de repente su expresión facial—. Pasad, por favor, pasad y disculpad las molestias. Solo hacía mi trabajo—. Y apartándose a un lado levantó la cadenita, invitándonos a entrar con un gesto amable pero forzado.

—¡Wow! ¡Eso ha sido mejor que el: «Ábrete, Sésamo»! —gritó Philip—. A partir de ahora diré: «Soy una chica de Ortega», para entrar donde sea.

Su euforia no había decaído en ningún momento a pesar de la situación hostil.

Me alegré de haber podido entrar al fin, quizá gracias a tocar una tecla que todavía no sabía cómo manejar, y que me había dejado un poco preocupada. ¿Qué diablos era eso de «ser una chica de Ortega»? Sonaba tan mal que empecé a pensar que por el volumen de la música, no le habíamos entendido bien. *Lo más seguro es que haya dicho «la chica de Ortega», asumiendo que yo era su novia*, reflexioné.

Estos pensamientos ocupaban mi mente cuando llegamos hasta la mesa donde dejé a Boris y a Alejandro, pero en ella solo había una botella negra de vodka Absolut sin desprecintar, junto a una docena de refrescos y una cubitera con hielo. Supuse que se habían tenido que marchar. No me atreví a sentar a mi grupo en la mesa, por si pertenecía a otras personas.

De repente, me cogieron del brazo. Supe que no era Alejandro, porque la piel era suave pero inusualmente fría.

—Eres Victoria, ¿verdad? —me preguntó la rubia del vestido rojo.

—Sí —respondí con timidez.

—Soy Nicole Kasianenka, relaciones públicas —dijo tendiéndome la mano—. Boris y Alejandro han tenido que salir, y esta mesa la hemos preparado para una reserva inesperada.

—¡Oh! De acuerdo —dije tratando de no mostrar mi decepción.

—Pero me han dicho que sois bienvenidos —añadió con una sonrisa gélida, ofreciéndome unos cupones de colores con el logo de la discoteca—, algo no muy común en una noche de *opening* como esta.

—Muchas gracias —musité tomando los *tickets* que, sin embargo, su mano no soltaba.

—Espero que podáis disfrutar de la música de nuestro DJ estrella. —Y señalando hacia la pista central, un piso por debajo, añadió—: Allí vais a bailar más a gusto.

Me sostuvo la mirada unos segundos mientras se alejaba. Me quedé con un montoncito de *tickets* para copas en la mano. Me hubiera gustado mucho poder estar un rato más con Alejandro, pero al menos los chicos se lo iban a pasar bien.

—¿Quién quiere una copa? —exclamé dirigiéndome al grupo.

—Yo quiero ver a Naomi Campbell —respondió Emilio.

—¡A mí me apetece otro margarita! —murmuró Philip apoyándose en mi hombro para no perder el equilibrio—. ¡Espero que te haya dado invitaciones de las buenas, y no solo para chupitos!

Nos acercamos a la barra y la camarera comenzó a preparar cócteles y combinados. Yo me limité a una Coca-Cola.

La noche estaba en plena efervescencia, y aunque apenas llevábamos una hora, pensé que si no iba a poder pasar un ratito más con Alejandro, no valía la pena seguir allí.

Nos situamos en un enorme puf de cuero blanco. Estaba pensando marcharme en un taxi en cuanto acabase la bebida. Ya había cumplido mi papel y los chicos estaban viviendo una gran experiencia. Gorka incluso había podido charlar con Olivia Molina y estaba muy contento. Bailaba muy cerca de Philip, dejándose llevar por movimientos eléctricos, mientras mi amigo parecía cada vez más alcoholizado. Por mucho que me apeteciese irme a dormir, no era correcto dejarlo en ese estado.

Me levanté para dejar el vaso vacío en la barra, cuando sentí de nuevo que unas manos se posaban en mi cintura. Quise pensar que era él, pero seguro que era Philip, para pedirme otro cóctel de tequila. Cuando me giré, mi mundo se iluminó al toparme con la mirada color miel que llevaba tanto rato anhelando.

—Siento mi ausencia —dijo acercándose peligrosamente a mi oreja. Aspiré la magnética fragancia que provenía de su cuello y sentí que se me erizaba el vello de todo el cuerpo.

—No pasa nada, tranquilo. Aquí se está bien —exclamé omitiendo que estar allí sin él no era lo mismo.

—¿Queréis venir a mi mesa? —preguntó con una timidez que no le pegaba.

Solo necesité hacer un gesto y los chicos me siguieron. Philip, cada vez más alterado, le

presentó a sus amigos. Nunca habrían imaginado una velada como aquella, y yo tampoco. En vez de en Pachá, que es a donde imaginaba ir cuando me llamó Philip, me encontraba sentada en un mullido sofá Luis XV junto a mi deseado Alejandro Ortega.

Se giró hacia mí, apoyándose en el respaldo, y dejó su mano muy cerca de mi cabeza. La situación era perfecta, pero me sentía amedrentada ante la fuerza que irradiaba. Quizá debido a la intensidad de su mirada. Me observaba con esos ojos como el fuego sin decir nada.

—¿Boris se ha marchado? —pregunté para dejar de imaginar que me sentaba sobre su regazo y nos enrollábamos allí mismo.

—No. Está con unos clientes —dijo antes de dar un nuevo trago a su Campari con naranja.

—Veo que aquí te mueves como en tu casa —insinué recordando la curiosa tarjeta con la que había pagado las copas la otra noche.

—Bueno, la mitad de los clientes vip los traigo yo.

—¡Qué *glamour*!

—Es parte de mi trabajo.

—Yo me sentiría muy poderosa... «¡Hey, que tengo aquí a Angelina Jolie y está aburrida! Ofréceme cosas interesantes o me la llevo a la fiesta de la competencia» —bromeé.

—Sí. ¡A veces es algo así! —rio y, cuando lo hizo, su mirada brilló con dulzura—. En realidad, lo que busca en Ibiza la gente que lo tiene todo es autenticidad. La esencia de la isla radica en los mágicos encuentros de cada noche entre ricos y famosos que visitan la isla con los espíritus libres que la pueblan: exóticas bailarinas, pintorescos artistas, veteranos *hippies*, y algún que otro loco entrañable.

—Bonita descripción —concedí.

—Gentes de todo tipo, raza, estatus e ideología convergen en un único punto, donde se crean situaciones imposibles de reproducir en otros lugares de moda como Saint-Tropez o Marbella. Allí los vips solo se mezclan entre ellos y se pierde la magia y la alegría, los envuelve una especie de endogamia que acaba por enfermarlos socialmente —argumentó con vehemencia.

—¿Perdón? ¿Sabes con quién estás hablando? —exclamé—. Que no soy ninguna guiri que hayas recogido en la pista de baile y necesites impresionar.

—¡Ja, ja, ja! Por supuesto que no lo eres —rio de nuevo.

—Me alegro de que te guste tanto *mi isla*—dije señalándome el pecho.

Quise preguntarle un montón de cosas. ¿Por qué me trataba hoy de forma tan delicada? ¿Por qué el portero había reaccionado así al decir su nombre? ¿De qué hablaba con Nicole? También tenía preguntas para mí misma: ¿Serían buenos amigos? ¿Por qué aquella mujer me había dado tan mala espina? ¿Y por qué diablos me importaba tanto este hombre al que tan poco conocía?

Unas manos aparecieron al otro lado y se colgaron de nuestros cuellos. Su chillido rompió la cómplice serenidad en la que nos habíamos sumido.

—¡Chicoooos! —aulló Philip fuera de sí, con los ojos algo desorbitados.

Tiró de mi mano y me puso en pie, alejándome de Alejandro.

—Ven a bailar conmigo —dijo mirándome de una forma que me desconcertó.

Me arrastró hasta la pista con la energía de un torbellino y traté de coordinarme con el inconexo baile. Me costaba seguir su ritmo. Reía a carcajadas, de una forma estridente que no resultaba muy propia de él. Sus pupilas eran diminutas, lo que le daba un aire un poco reptiliano, y su mandíbula no dejaba de moverse arriba y abajo, como si masticara algo imaginario.

—¿Estás bien, Philip? —pregunté empezando a preocuparme.

—¡Mejor que nunca!

Busqué a los chicos vascos para pedirles explicaciones. Estaba segura de que le habían dado algo extraño.

—Philip, dime qué has tomado —inquirí tirando de su brazo para que dejara de moverse.

—¿Yo? Na... da...

—Philip, no me mientas.

—Bueno, quizá haya probado un poquito de lo que me ha dado Paul. Me ha metido algo en la boca y yo me lo he tragado —dijo con el rostro cubierto de sudor.

—¿Cómo te sientes?

—Lleno de energía y feliz —decía con los ojos muy abiertos—. ¡Eso no puede ser malo!

Y se marchó dando zancadas.

Al girarme me encontré con los ojos de Alejandro. Su mano acariciaba el asiento, invitándome a ocupar mi sitio frente al cóctel que había abandonado sobre la mesa.

—¿Está bien? —preguntó cuando me senté a su lado.

—Él dice que sí, pero no me lo creo —le confesé dudando si comentarle algo acerca de sus problemas sentimentales.

Al cabo de unos minutos, regresaron Emilio y Javier para rellenar sus copas y se quedaron bailando junto a la mesa. Philip no estaba cerca, y temí que se hubiese marchado solo, hasta que lo distinguí apoyado en una de las columnas al fondo de la sala. Se estaba enrollando con Gorka. Las señales que se habían enviado toda la noche ahora eran evidencias y, como buena amiga, tendría que haberlo visto venir y haberle hecho reflexionar antes de cometer un error.

—Bueno, al menos tu amigo está disfrutando de la noche —dijo cuando los vio abrazados fundiéndose en un beso.

Me encogí de hombros y sonreí.

—Entonces, ¿hay alguno de tus distinguidos clientes en la discoteca?

—Un empresario holandés que me ha alquilado un yate para este verano me ha enviado a su hijo con un grupo de amigos —respondió con seriedad—. Les he instalado en el hotel Ushuaia. Ahora ya deben estar haciendo el loco en la *Opening Party* de una nueva fiesta de Privilege.

—Así que ahora mismo... —empecé a decir, sonriendo, pero midiendo el grado de atrevimiento que iban a transmitir mis palabras— no has de estar pendiente de nadie en este local, ¿verdad?

—Yo no estaría tan seguro. —Se acercó todavía más a mí y, sin dejar de mirarme, entrechocó su copa con la mía—. En realidad hay algo que está monopolizando toda mi atención —añadió en un susurro.

Se encontraba a muy pocos centímetros de mi cara, y deseé que siguiera acercándose. Ya imaginaba el sabor de su beso cuando algo se lanzó sobre mi regazo y rompió la magia.

Philip se había dejado caer como un saco de arena y apoyaba la cabeza sobre mi muslo, cual moribundo. Grandes gotas de sudor resbalaban por su frente, su piel tenía un ligero tono amarillento que contrastaba con unas enormes ojeras.

—¿Estás bien? ¿Qué te ocurre? —pregunté alarmada.

—Sí. Solo necesito agua. Agua, por favor —respondió con dificultad.

Me hice con uno de los botellines que había sobre la mesa, se lo bebió en un suspiro y se volvió a desplomar sobre mí.

—Philip, ¿de verdad estás bien?

—Aire —acertó a decir.

Miré a Alejandro asustada. Resultaba evidente que Philip no estaba bien. Sin decir nada, se puso en pie, y en unos instantes teníamos a varios empleados obedeciendo sus indicaciones para sacar a mi amigo de aquella sala. Boris intercambió unas palabras con Alejandro y, de repente, estábamos ante una puerta negra camuflada en la pared. Al atravesarla, los muchachos dejaron a Philip en un sofá de cuero oscuro en lo que parecía una sala de espera. Cuando se marcharon, Alejandro cerró la puerta con llave. La música quedó amortiguada. Al menos no necesitaríamos gritar para comunicarnos.

08. Philip

Modernas lámparas a lo largo de las paredes se intercalaban con pósteres enmarcados de fiestas que tuvieron lugar muchos años atrás. Una serie de puertas indicaban el camino a otras salas y despachos.

—¿Estás mejor, Philip? —pregunté mientras le abanicaba con un folleto de la discoteca que encontré sobre una mesita.

—Sí... Necesito un poco de agua.

Alejandro entró en una sala con paredes de cristal y regresó con media docena de botellines Evian. Philip se bebió uno de un solo trago y se volvió a recostar contra el

respaldo del sofá.

—¿Pero qué has tomado, por el amor de Dios? —pregunté ya enfadada.

—Lo que me han dado. No sé... creo que era una anfetamina.

—Una anfetamina no puede dejarte en ese estado —sostuvo Alejandro.

—Todo me da vueltas. Y siento que el corazón me va a mil —dijo tocándose el pecho—. Me cuesta respirar.

—¿Quieres que te lleve a Urgencias? Puedo avisar a Gorka, que es médico —inquirí.

—No, no. Los hospitales me deprimen. Solo necesito salir de aquí —suplicó.

—Philip... Concéntrate, ¿has tomado algo fuera de lo común a lo largo del día? —le preguntó él, al mismo tiempo que cogía su muñeca para medir sus pulsaciones.

—Mierda. ¡Sí! —exclamó—. Cuando Carlos se fue, estaba muy nervioso y me tomé unos tranquilizantes que había en casa.

—¿Cuántos tomaste?

—Solo uno, una pastillita rosa y de sabor dulce —confesó.

—¿Y la que te dio Paul?

—Creo que era un corazón verde.

—Vale, pues no hay problema —respondió tajante Alejandro.

Yo lo observaba asombrada.

—Me duele la cabeza —dijo Philip llevándose las manos a las sienes y acurrucándose junto a mí.

—Y más que te va doler, colega. Lo mejor que puedes hacer es relajarte —le aconsejó Alejandro.

—¿Qué hacemos? —pregunté alarmada.

—Necesita hidratarse mucho y descansar para que su cuerpo elimine lo que se ha tomado —concluyó con decisión.

Lo observé mientras hablaba y, a pesar de la situación, sentí un atisbo de satisfacción. Nada le obligaba a ayudarnos y podría estar bailando, feliz y despreocupado, en medio del *privé* con una de esas «chicas de Ortega». Sin embargo, estaba a mi lado y al de mi amigo. Me sentí mal por pensar en esas cosas cuando debía centrarme en ayudar a Philip.

—Me lo tengo que llevar a casa —sentencié.

—Espera aquí.

Fue hacia el extremo más oscuro del pasillo mientras yo seguía abanicándolo. Tenía la frente cubierta de sudor y respiraba de forma irregular. Apoyaba su cabeza contra mi hombro y parecía estar haciendo grandes esfuerzos para permanecer despierto.

—Sigue bebiendo —le dije—. Sigue, que te sentará bien —insistí por intuición.

—Lo siento, Victoria —murmuró—. Siento haberte metido en esto... Siento ser una

carga.

—Venga, ¡no desvaríes! —exclamé—. Me alegro de estar aquí y de poder ayudarte.

—Tenemos que averiguar si te merece.

—Pero ¿de qué hablas? Philip, estás alucinando.

—Me refiero a Alejandro. Tenemos que ponerlo a prueba a ver si está a la altura. No te encapriches de alguien que no te merece.

Y cerrando los ojos se desplomó sobre mi regazo.

Me asusté, enseguida comprobé que seguía respirando, pero estaba tan agotado que no había podido evitar dormirse. Entonces apareció Alejandro por el pasillo y, después de verificar que estaba bien, levantó con suavidad a Philip, para ayudarlo a incorporarse.

Cuzamos las oficinas hasta la salida con Philip a cuestas. Fue un alivio salir al exterior, y dejar atrás el retumbe de las paredes que sonaba con cada nota. Se agradecía la brisa fresca que nos acariciaba la piel.

—Gracias, Alejandro. Voy a coger un taxi y a llevarlo a casa.

—De ninguna manera. Os llevo yo.

El corazón me dio un vuelco ante su afirmación. No me esperaba que fuese a proponer una cosa así. Acepté sin dudar.

En cuanto bajamos la rampa, un enorme coche negro nos dio la bienvenida con un destello luminoso y un pitidito. Abrió la puerta trasera del Hummer y Philip, semiinconsciente, se tumbó. Yo me senté a su lado, abanicándole y secándole el sudor con unas servilletas.

—¿Dónde os llevo?

—A mi casa. Está al lado de Pachá.

Arrancó con fuerza y, en un instante, estábamos en la carretera de San Rafael. La vibración del vehículo hizo que mi amigo se quedara dormido con mi mano entre las suyas.

—¿Crees que es buena idea no ir a Urgencias? —le pregunté.

—Sí, no te preocupes. El tranquilizante que se ha tomado es suave, pero ha reaccionado con el alcohol y la anfeta de forma desagradable —aclaró—, pero se le pasará pronto.

—¡Ostras! —dije al acordarme de Gorka—. Tenía que haberles dicho algo a los amigos de Philip antes de marcharnos.

—No te preocupes, les he dicho a los chicos que les avisaran.

Me gustó que incluso se hubiera adelantado en los detalles.

Al cabo de unos minutos estábamos frente a mi portal.

—Muchas gracias, Alejandro —exclamé abriendo la puerta del coche—. Ya no te entretenemos más.

—No vas a poder llevarlo tú sola. Te ayudaré.

Sacamos a Philip del coche y, tras atravesar el jardín, llegamos hasta los ascensores.

Abrí la puerta del piso y encendí las luces del pasillo.

—Aquí, a la izquierda. —Señalé la habitación de invitados.

Lo tumbamos en la cama y le quité los tejanos y la camiseta. Cuando regresé con un pijama, lo encontré dormido. Le refresqué la frente con unas toallitas húmedas.

—Un vaso de leche caliente le sentaría muy bien —dijo Alejandro apoyándose en el marco de la puerta.

—Se lo preparo.

Mientras la taza daba vueltas en el microondas pude pensar un poco. Las circunstancias eran muy particulares, pero aun así me excitaba pensar que tenía al mismísimo Alejandro Ortega en mi casa. Imaginé cómo arrancaba la ropa al objeto de mi deseo, lo lanzaba al sillón y me arrojaba sobre él como una gata.

Philip volvió en sí unos instantes para beberse la leche y se quedó frito enseguida.

Me quedé apoyada en el borde de la cama por si me necesitaba. Alejandro había salido de la habitación y supuse que estaba en el salón.

Cuando Philip llevaba un rato durmiendo y su respiración se relajó, me tranquilicé y salí del dormitorio.

—¿Quieres tomar algo? —le dije en voz baja, al verlo junto a la mesa del comedor.

—No, me marcho ya.

—Después de todo lo que has hecho, lo menos que puedo hacer es invitarte a beber algo. ¿Te apetece una copa de vino? —pregunté con una sonrisa—. No tengo nada más fuerte.

—Será perfecto.

Cuando fui a buscarlo a la alacena, descubrí la botella de Marí Mayans que me había traído mi tío unas semanas atrás.

—¡Tengo hierbas! —exclamé sin levantar la voz.

—Me encantan —dijo bajo el arco de la puerta de la cocina.

Puse un cubito de hielo en cada copa de *cognac* y serví un buen trago de mi bebida favorita, la más típica de la isla, aderezada con unas gotitas de lima.

Nos sentamos en el salón y me entretuve aspirando el embriagador aroma anisado. Estaba nerviosa por estar a solas con él, pero trataba de disimularlo.

—Al final esta no ha sido una sofisticada noche estilo «Made in Ibiza» —dije con cierta timidez.

Me miró en silencio y me quedé perdida en sus pupilas, hasta que un ruido me devolvió a la realidad. Era él, que chocaba su copa contra la mía.

—Por... Philip —acerté a decir.

—Eres muy buena con él.

—Tiene sus cosas, pero es mi mejor amigo.

—Y es muy afortunado —dijo complaciente.

—Hace rato que quiero hacerte una pregunta. —Decidí tirarme por fin a la piscina. Llevaba demasiado rato pensando en lo que había dicho aquel puñetero portero y necesitaba resolverlo.

—Al volver al *privé* un portero no nos dejaba entrar, pero al decir tu nombre, su expresión cambió y nos dejó pasar enseguida.

—Vaya —exclamó sonriente—, eso me halaga.

—Sí, bueno, pero me preguntó algo así como que si yo era «una de las chicas de Ortega».

Me observó más serio.

—¿Y por qué te extraña?

Me quedé sin habla.

—¿No sabías que soy socio de una agencia de modelos? —añadió antes de que yo pudiera decir nada.

—No.

—Es normal que te confundieran con una modelo. Eres preciosa.

—Gracias —acerté a decir, ruborizándome—. Perdona que te lo haya preguntado. Ahora me siento estúpida.

—No te justifiques. Me alegro de que me lo hayas comentado.

—¿Sí?

—Pues claro. Si tienes alguna duda sobre mí lo mejor es resolverla cuanto antes para que no nos afecte en el futuro.

Futuro.

Sonreí a modo de respuesta y di un trago a la bebida. Ahora el licor estaba más diluido, en su punto perfecto.

—Victoria, yo también quería preguntarte algo —dijo.

—Dime.

—¿Te gustaría cenar conmigo alguna vez?

—Me encantaría —le respondí haciendo un esfuerzo para que mis palabras no sonasen como si me acabara de tocar la lotería.

—Elige tú el lugar y yo invito —dijo mirándome con esos ojos que me desarmaban.

—Hay un par de sitios que me gustaría conocer —comenté tratando de parecer lo más normal posible.

—Aquí tienes mi número. Cuando lo decidas, escríbeme y nos ponemos de acuerdo.

A través del ventanal de la terraza vi que la noche empezaba a clarear. Se acercaba el amanecer y me encontraba en el sofá junto al hombre más fascinante que había conocido. No quería dejarlo ir, pero sabía que la situación era comprometida. Con Philip durmiendo en la habitación de al lado hubiera resultado cruel y egoísta —además de poco elegante—, que intentara beneficiarme a Alejandro.

Dejó la copa sobre la mesa de cristal y se levantó sin dejar de mirarme. Su expresión unos segundos atrás, al preguntarme si podíamos cenar, había sido tierna y casi indefensa. Ahora volvía a verlo como un hombre poderoso e inalcanzable.

Lo acompañé hasta la puerta y no se me ocurrió otra cosa que despedirme agitando mi mano con suavidad, como lo haría una infanta, después de darle dos besos en las mejillas. Regresé al salón y me fijé en la copa que había dejado sobre la mesa. La cogí y pasé mi lengua a lo largo del borde de cristal. Cerré los ojos e imaginé que su dulce boca retozaba con pasión contra la mía. Me quedé dormida en el sofá mientras mi imaginación volaba, recreándome en una escena en la que le arrancaba la ropa y lo lanzaba contra mi cama, en lugar de dejarlo alejarse de mí.

Desperté cuando la luz del sol en mis párpados se había vuelto insoportable. Me incorporé sintiéndome algo mareada. Había olvidado tomarme las medicinas, así que, aunque la hora había pasado hacía rato, cumplí con mi obligación y me asomé al cuarto de invitados. Philip dormía como un bebé. Me desvestí para meterme en la cama, contenta de poder resguardarme en la alegre oscuridad de mi habitación.

Capítulo 5: miércoles, 17 de mayo

09. Brunch

—No encuentro el café.

Una voz familiar me arrancó del sueño que empezaba a fusionarse con la realidad.

—¿Te quedan cápsulas?

Philip estaba asomado a la puerta de mi habitación, con un aspecto mejor del que me hubiera esperado tras la accidentada novecita.

—Oh, Philip, buenos días. —Me desperecé—. ¿Qué tal te encuentras?

—Mejor. No me duele nada y he dormido de un tirón, pero necesito un chute de cafeína.

Me incorporé y apoyé la espalda en el cabecero.

—Yo te lo preparo. Están guardadas en el armario.

En un instante ya tenía la cafetera en marcha. Philip me esperaba obediente en el sofá, el mismo lugar en el que tuve que reprimirme para no lanzarme al cuello de Alejandro.

—¿De verdad estás bien? —pregunté dejando la bandeja sobre la mesa. Me senté a su lado.

—Sí, pero no me acuerdo de nada. Lo recuerdo todo como envuelto en una nube —dijo con los ojos entrecerrados.

—Anoche estabas completamente ido.

—Puf... No me hables... Me enrollé con Gorka, ¿verdad?

—Un poquito... —confesé.

—¡Tía! ¿Y por qué me dejaste?

—Intenté hablarte pero... ¡pero estabas intratable!

—Tengo lagunas, aunque recuerdo alguna imagen —comentó pensativo—. ¿Cómo llegamos a tu casa?

—Nos trajo Alejandro —resumí.

—¡Vaya! ¿Y aprovechaste, ya que lo tenías a tiro? —Philip me miraba con una sonrisa burlona.

—¿Qué dices? ¡No pasó nada!

—¡Qué tonta! Podías haberte insinuado...

—Bueno... Hemos quedado para cenar. ¡Tengo su número!

—Ya era hora, bonita.

—Oye, tú no te pongas tan impertinente que hace un rato estabas medio muerto.

—¿Le vas a llamar?

—Acabo de levantarme. Mi cerebro todavía no está preparado para decidir algo así — dije frotándome los ojos.

—Tienes su número. Eres libre de usarlo y, yo de ti, le enviaría un mensaje cuanto antes.

—Anda, tómate el café, que se enfría.

Entré en mi dormitorio y desenchufé el teléfono de su cargador, que descansaba junto a la tarjeta de visita de Alejandro. ¿Debía contactar con él ya? Me moría de ganas de hacerlo, pero me daba miedo parecer demasiado ansiosa. Solo llevábamos unas horas sin vernos.

Regresé al salón, me senté en una de las butacas, y miré a mi amigo con cara traviesa mientras le mostraba la elegante tarjeta negra y dorada.

—Lo del mensajito me parece bien.

Introduje su número en mi agenda.

—¡Genial! ¡Tiene WhatsApp!

—Le puedo decir en plan alegre: «Buenos días, ¿qué tal estás?».

—¿Acaso eres la señora de la limpieza? —me regañó—. ¿Qué tal: «Desde que te fuiste no dejo de imaginar todo lo que me gustaría hacerte en la cama»?

—¡Animal! ¿Cómo voy a decirle eso? Hablar a lo línea erótica no creo que sea la clave.

—Pero en el fondo... te encantaría.

—¡Pues claro! Pero no quiero espantarlo.

—Créeme. Eso no espanta a ningún hombre —dijo haciendo una mueca.

—No quiero que piense que soy una perversa. Me gustaría decirle algo simpático e ingenioso...

—A ver, ¿de qué hablasteis ayer?

—De Ibiza, de su trabajo, del libro que estoy traduciendo... Nada especial.

—¿Qué tal un sencillo: «I'm missing you»?

—Sí. Y de paso le añado una canción de Michael Bolton, ¿verdad?

—No. Pero eso me da una idea —reflexionó—. Mándale una foto en lugar de una frase.

—Sí, claro. De mi ropa interior.

—No, en serio. Una foto que signifique algo.

No era mala idea. Sabía muy poco de Alejandro, pero necesitaba una forma original de escribirle. No me servía el típico: «¿Cuándo quedamos?» cargado de emoticonos.

—Ven, ayúdame.

Entramos en la cocina y abrí la nevera.

—Le puedo mandar la foto de mi nevera vacía, sugiriendo que necesito que vayamos a

cenar urgentemente.

—Pues esperemos que no se presente aquí con dos bolsas de Mercadona.

—No sería mala opción, con tal de verlo... —dije entre risas—. Pero no quiero parecer una muerta de hambre.

—Tranquila, eso no pasa en este lado del mundo. A menos que sustituyas «muerta de hambre» por «cocainómana» y «cenar» por «enfarlopase».

No había mucho que sacar, ya que mi nevera solía estar llena solo cuando esperaba visitas. Dejamos un trozo de coliflor medio reseca que daba una imagen más penosa todavía.

Hice una foto y añadí:

Victoria: Busco a alguien que me rescate para no volver a cenar coliflor hervida una noche más.

—¡Listo! —dije—. Ya no hay marcha atrás.

—La suerte está echada, nena.

Philip, con esa cara de estar siempre de broma, dijo:

—Esto de jugar en la nevera me ha dado hambre.

—¡Sí! Hagamos un *brunch*. Es la hora perfecta.

Por fortuna, no debía estar en el trabajo hasta las cinco menos diez, por lo que teníamos tiempo para relajarnos. Philip, como *freelance*, era independiente y, aunque el trabajo no le faltaba, no tenía ningún encargo para ese día.

—¿Sabes algo de Carlos? —pregunté extendiendo queso de untar sobre un *crêpe*.

—Tengo el móvil muerto, ¿me prestas tu cargador?

Le indiqué dónde encontrarlo y lo enchufó al lado del televisor. Al cabo de unos instantes, entró un mensaje.

—¿Es él? —pregunté.

—No, es el tuyo —dijo señalando la pantalla iluminada sobre la mesa—. ¡A ver qué te ha contestado Alejandro!

Lo cogí cargada de excitación:

Alejandro: Estaré encantado de ser yo el que te salve de una dieta tan insulsa y aburrida. Elige el lugar. Te recojo esta noche.

—¡Yuju! —estallamos al unísono.

—Al menos hoy uno de nosotros tendrá un final feliz —dijo Philip con un destello de tristeza en sus ojos azules.

—No seas tonto. Carlos estará aquí mañana.

—Después de lo de ayer, dudo que nos vayamos a ver en un tiempo —murmuró antes de dar un sorbo al zumo de naranja.

—Bueno —dije sin saber muy bien qué aconsejarle—. A veces, tomarse un tiempo te

puede ayudar a aclarar las ideas.

Abrí el armario de los DVD y, como nos sentíamos nostálgicos, elegimos una temporada de *Friends*. Decidí responder mientras Ross discutía con Rachel. Me encantaba esa serie, pero mi cabeza estaba a años luz de allí, centrada en lo que podría pasar unas horas más tarde. ¿Cómo debería vestirme? ¿Elegante? ¿Provocativa?

Victoria: Será un placer, Sr. Ortega. Le espero a las 21.30.

Al cabo de unos instantes sonó un nuevo timbre, pero esta vez provenía del otro lado del salón.

—Es un *e-mail* de Carlos —dijo Philip con el teléfono en la mano—. Lo escribió anoche, a las tres de la madrugada...

Estaba absorto en el texto y no quise interrumpirle. Su rostro, que se había tornado blanquecino al empezar a leer, empezó a mostrar una pequeña sonrisa que se fue abriendo camino hasta abarcar todo su semblante.

—Es... es lo más bonito que he leído —dijo con un hilo de voz.

—Qué lindo, Philip. ¿Ves cómo sí tenéis futuro?

Lo abracé con ternura. Había pasado por muy malas experiencias sentimentales y se merecía que esta vez le saliese bien.

Con una sonrisa luminosa, dijo:

—Me voy a dar una ducha y me iré a casa. Dice que esta noche viene a verme.

—Si quieres te llevo antes de ir a trabajar.

Una cancioncita de Super Mario Bros me sorprendió en mitad de la frase.

—¡Ostras! Olvidé que hoy venía mi primo Rubén —dije cogiendo mi móvil.

Descolgué.

—¡Rubén, ¿qué tal estás?

—Genial. Haciendo la maleta.

—Pero tío, si solo es una noche. ¿A qué hora vendrás?

—Sobre las nueve, antes de cenar.

—Seguramente estaré en casa para saludarte, pero luego tengo una cita.

—¡Así me gusta, primitaaaa!

Le expliqué a Philip que, de vez en cuando, se quedaba a dormir en casa cuando quería salir hasta tarde por este lado de la isla.

Un par de capítulos de *Friends* después, ya íbamos en mi coche camino a casa de Philip. Desde el *e-mail* de Carlos, su visión del mundo había dado un giro de 180 grados y ahora todo era hermoso y genial.

Atravesábamos Can Bellotera cuando mi amigo recibió un mensaje de Gorka interesándose por su salud. Por lo visto, los chicos se habían quedado desconcertados

cuando desaparecimos y no fue hasta bastante más tarde que uno de los empleados les explicó lo sucedido.

—Me siento fatal por haber sido... infiel.

—Pero solo os morreasteis un poco —comenté quitándole importancia.

—Si no me llega a dar el yuyu, habría acabado follándomelo. Estoy seguro.

—Philip, pensando en lo que podría haber pasado no arreglas nada.

—Lo sé. Lo sé. Pero es que me sabe muy mal que Carlos, casi al mismo tiempo, estuviera escribiéndome esas bonitas palabras.

—No te tortures. Que tampoco es un santo.

—Ya, pero ese no es suficiente motivo para hacer algo así —murmuró—. Yo lo vivo como si fuese un intento de venganza que, de haber salido bien, nos habría hecho más daño.

—Las relaciones han de encontrar su equilibrio. Quizá esto tenía que pasar para darte cuenta de algo.

—Seguramente tienes razón —concedió tras unos segundos—, al fin y al cabo, solo fueron unos besos.

Minutos después, de nuevo sonriente, lo dejé en su casa frente a la playa de Es Codolar y me fui directa a trabajar. Tres intensas sesiones de *spinning* me estaban esperando.

10. Kir Royal

Cuando llegué a mi clase de las cinco, la mitad de la gente ya estaba subida sobre su bici, calentando a base de pedaleos, y con muchas ganas de marcha.

—¿Qué? ¿Habéis reservado ya plaza para la clase *Flower Power*? —pregunté con energía cuando me hube colocado el micro.

—Sí —respondieron todos al unísono.

—¡Pues hoy vamos a tener también una clase retro! —Y puse el tema con el que viajaríamos a los noventa: *The Look*, de Roxette.

Tres horas después estaba bajo la ducha caliente, pensando en mi cita con Alejandro. Al regresar al vestuario vi que tenía un mensaje suyo en el móvil. No podía evitar sentir un latigazo de adrenalina cada vez que veía su nombre en la pantalla. La excitación que me provocaba era más fuerte que yo.

Alejandro: ¿Ha decidido ya usted a que restaurante va a llevarme?

Victoria: Pues sí. He reservado en el Traviata. El italiano nuevo de la zona de Dalt Vila.

Su respuesta llegó a los pocos segundos:

Alejandro: Inaceptable. Voy a tener que escoger yo. Tranquila, que te sorprenderé.

¿Cómo que *inaceptable*? ¿Quién se creía que era ese hombre arrogante? Decidí no responderle hasta que me calmara un poco para no enviarlo a la mierda antes de tiempo.

En tejanos y camiseta, me planté en recepción para reservar una de las plazas para la

sesión *Flower Power* a Rafa, el portero del Glory's, y regresé a casa sin dejar de pensar en la respuesta de Alejandro. Rubén ya estaba allí enterrado en una montaña de libros. Estudiaba Turismo y trabajaba en el restaurante de sus padres.

—Has llegado pronto —dije dejando el bolso sobre la mesa del recibidor.

—Sí, al final he acabado antes. En un rato me bajaré para tomar algo en el Grial.

—Estupendo. Aprovecha y disfruta mucho.

—¿Y tú qué plan tienes, primita? —preguntó apoyándose en el marco de la puerta del baño mientras yo me maquillaba.

—Una cena —disimulé.

—El que llegue primero con su ligue, que ponga un calcetín en la puerta, por si acaso, ¿eh?

—Tranquilo, es una primera cita, no creo que pase nada que no tenga que pasar.

—¡Pero que prima más casta tengo! —exclamó dándome un beso en la mejilla.

Me hizo reír. *Ay, primito. Si tú supieras.*

Llevaba todo el día decidiendo mi estilismo, un vestido rosa pálido con un escote tipo corpiño que me marcaba el canalillo de forma más que sugerente. Estaba contenta por haber conseguido un ligero bronceado aunque el verano estaba todavía por llegar.

A las 21.30 ya me encontraba ante el portal de mi edificio, nerviosa. Empecé a pensar que quizá ese *look* era más para ir a la ópera que para cenar con un tío bueno. Estaba a punto de volver a entrar para cambiarme cuando un vehículo desconocido se detuvo ante mí. Yo esperaba el Hummer negro de la noche anterior, sin embargo, Alejandro salía de un flamante Porsche gris oscuro.

—Buenas noches, princesa. ¿Lista para huir de esa insulsa coliflor? —dijo abriéndome la puerta del coche.

—Será un placer —respondí.

—¿Cómo se encuentra Philip? —preguntó con interés.

—Bien. Con un desayuno y unos ibuprofenos se sintió como nuevo.

Los asientos eran de cuero color camel y un agradable olor a nuevo me dio la bienvenida mientras mis mejillas recibían dos suaves besos. El contacto con su piel se unió a la seductora fragancia de su colonia y mi pulso se aceleró de deseo.

Lo observé con descaro mientras rodeaba el coche. Llevaba un traje de chaqueta negro y una camisa blanca con un par de botones desabrochados.

Cuando se sentó a mi lado, sus ojos se posaron en mí y no pude esperar más a preguntárselo:

—¿Eres alérgico al gorgonzola o algo así?

Su rostro se tornó más serio y tardó unos segundos en responder.

—No me parecía correcto ir a un sitio así para ponerte a salvo de la coliflor —dijo

recuperando una media sonrisa.

—¿Y dónde va a llevarme entonces, señor Ortega? —pregunté dejando la neurosis para otro momento.

Me guiñó un ojo y volvió a mirar hacia adelante.

—Seguro que te gustará.

El motor rugió. Recorrimos la avenida y giró hacia la derecha, en dirección hacia el norte de la isla. Conocía bien el paisaje, de modo que preferí observarlo a él. No podía evitar que mi cuerpo se estremeciera cuando me fijaba en su elegante forma de conducir.

Permanecimos algunos segundos callados. Buscaba algo interesante que decir, pero por suerte, fue él quien se animó primero.

—¿Qué tal llevas la traducción del libro?

—Bastante bien. Tengo que entregarlo dentro de tres meses.

—¿Y de qué va?

—Es una novela de detectives que transcurre en un pueblecito de Irlanda —respondí sonriente—. El año pasado ganó un importante premio de género negro.

—¿Has traducido antes otras novelas?

—Desde que vivo en Ibiza, un par al año.

Estaba a punto de decirme algo cuando su teléfono nos interrumpió; Lou Reed me hizo sonreír. Resultaba una coincidencia demasiado especial para olvidarla, yo sabía por qué me sentía identificada con esa canción, pero me pregunté por qué Alejandro consideraba que estaba yendo *por el lado más salvaje de la vida*.

Se colocó un pequeño dispositivo inalámbrico en la oreja y descolgó.

Puse todos mis sentidos en tratar de captar lo que decía su interlocutor, pero fue inútil.

—Si es así —dijo al cabo de unos instantes— ... lo mejor será que devuelvan a la gata al hogar al que pertenece.

Me desconcertó su respuesta, pero miré por la ventanilla para darle más intimidad, aunque fuese figurada.

—Yo ahora voy a estar ocupado. Tengo una cena en el Ama Lur.

Me hizo sentir bien que dejara de lado sus negocios para centrarse en nuestra velada, aunque no dejaba de resultarme insólita la conversación centrada en un animal de compañía.

Tras atravesar una de las rotondas del desvío de Santa Gertrudis aminoró la marcha y entró en un *parking*. Cuando el motor paró, mi corazón volvió a dar un vuelco. Estaba a punto de dar comienzo mi primera cita con Alejandro...

Caminamos hasta la entrada del local, flanqueada por dos grandes arcos de piedra color ocre. El restaurante estaba en lo que parecía una centenaria casa payesa dotada de las comodidades modernas.

En el interior, nos recibió una mujer.

—Bienvenido, señor Ortega.

—Seremos dos —respondió.

Me sorprendió que no tuviéramos reserva.

—Sígueme, por favor —dijo sonriendo.

Entramos en un salón con grandes ventanales que daban a un exuberante jardín de vegetación mediterránea. Habría una veintena de mesas, pero solo tres estaban ocupadas.

Nos sentaron en uno de los extremos del salón. La iluminación resaltaba el relieve de las paredes ibicencas de piedra.

—Qué lugar más bonito.

—¿No lo conocías?

—Había pasado por delante, pero no imaginaba que fuese así por dentro.

La camarera colocó dos copas de *champagne* rosado sobre la mesa.

Alejandro asintió y ella sonrió antes de desaparecer.

—¿Cortesía de la casa? —pregunté.

—No exactamente. Es que ya conocen mis gustos.

Al coger la copa pude notar el delicioso líquido helado al otro lado del cristal.

—Es un *kir royal* —añadió—. *Champagne* con licor de grosella.

Brindamos y sus ojos me observaron inquietos.

—Bueno, Victoria, ¿por qué no me hablas de ti... tus esperanzas, tus sueños? —susurró.

—Estoy en Ibiza un poco en contra del deseo de mis padres. Nací y crecí aquí, pero ellos hubieran querido que estudiara Arquitectura, como ellos, y me quedara en Estocolmo —resumí.

—Para beneficio mío y de la isla...

—Bueno —dije sonrojándome—. Es donde está mi vida. Donde viven mis amigos y de donde me siento. Aquí soy feliz.

—Además Estocolmo es una ciudad muy fría.

—¿La conoces?

—Sí. Algo he viajado —murmuró con una media sonrisa.

—Es muy bonita, y perfecta para pasar una temporada, pero no para vivir de forma permanente.

—¿Y dónde te ves en cinco años?

—¿Qué es esto?, ¿un psicotécnico? —pregunté burlándome de su curiosidad, pero halagada por su atención.

—Una manera de descubrir qué escondes en lo más profundo de tu corazón —dijo sonriendo y poniendo cara de tramposo.

—Pues vaya pregunta. No sé, en diez quizá sí me veo casada o viajando por el mundo, pero en cinco, ni idea.

—Interesante.

Nuestras copas habían quedado una junto a la otra y, cuando fuimos a cogerlas, su mano rozó la mía provocándome una sacudida eléctrica. Sus ojos seguían clavados en mí y recé para que no hubiera notado que acababa de provocarme un sobresalto.

—¿Y cuáles son tus sueños y tus esperanzas, Alejandro? —pregunté con intención de ponerle en la misma situación comprometida.

—Lo cierto es que no puedo quitarme una imagen de la cabeza: tú con aquel vestido dorado de la otra noche —espetó de repente—. Eres muy diferente a las mujeres que suelo conocer, Victoria.

—¡Vaya! ¡Espero que eso sea algo bueno!

—No sabes hasta qué punto.

Le miré con cara de sorpresa, pero no pude decir nada. Un camarero acababa de llegar junto a nuestra mesa.

—Buenas noches, señor Ortega.

No me había dado tiempo a leer la carta, así que le di un vistazo rápido, pero me quedé prendada en un solo plato. Mi favorito en el mundo.

—Para empezar quisiéramos un poco de jamón de Jabugo —inició él.

—Yo quisiera un *micuit* de foie.

—Mejor hacemos una cosa —intervino Alejandro—. De primero tomaremos esa versión tan especial del *micuit*, y pedimos segundos.

—Pues unas *kokotxas* —exclamé.

—Gran elección —observó el camarero.

—Yo tomaré lo mismo —dijo mirándome con una expresión divertida.

En cuanto acabó de anotar nuestra comanda, a la que Alejandro había añadido una botella de Arzuaga del 2009, se marchó.

—Lo que hemos pedido es un plato fuera de carta. Ya verás qué rico. Por cierto, tienes buen gusto para la comida.

—¿Acaso lo dudabas? —inquirí burlona antes de dar un sorbo al delicioso Kir Royal—. No has respondido a mi pregunta. ¿Cuáles son tus planes, tus objetivos?

Me miró inquisitivo, pero, en lugar de responderme, se levantó y avanzó hacia la persona que acababa de aparecer a mi espalda para darle un afectuoso abrazo acompañado de varias palmaditas en el hombro. Era curioso cómo contrastaba aquel hombre de anodino traje gris con mi atractivo Alejandro, que parecía un personaje sacado de una

película de Tarantino.

—¡Arturo! Me alegro de verte.

—Alejandro, siempre es un placer —replicó con marcado acento ibicenco.

Me puse de pie con torpeza, y él me tendió educadamente la mano, pero sin dejar de mirar a mi anfitrión.

—He oído que van a aprobaros la concesión. Enhorabuena. —Su piel brillaba, pero con un aura sombría que se apreciaba en su entrecejo fruncido.

—No hay nada firmado todavía. Ya sabes como van estas cosas.

Él asintió en silencio y tiró hacia abajo del tejido de la americana, alisando unas arrugas imaginarias.

—Te iré informando. Quizá quieras echar un vistazo a los documentos —propuso Alejandro.

La cara de Arturo cambió, y la boca tensa dio paso a una sonrisa aliviada.

—Será estupendo. ¿Hacemos unos hoyos la semana que viene? —preguntó mientras volvía a estrecharle la mano tatuada.

Tras acordar la cita, el hombre se despidió, no sin antes dedicarme un saludo fugaz.

—¿Quién era?

—Un conocido.

Sonreí, sin insistir. No era cuestión de parecer una entrometida, pero estaba segura de haberlo visto antes en algún sitio.

Una bandeja se interpuso entre nosotros y el apetitoso plato de jamón ibérico recibió todo el protagonismo.

Me alegré de ver que el camarero empezaba a descorchar el Arzuaga. Necesitaba una dosis de buen vino tinto corriendo por mis venas.

—Si tuviera que escoger una sola cosa para ir a una isla desierta, además de un buen libro, elegiría una pata de jamón de Jabugo.

—En ese caso, ¡no olvides incluir un cuchillo!

Me hizo reír.

—Sí, supongo que comerlo a bocados no sería una idea muy brillante.

—¿Y el libro? ¿Cual escogerías?

—Uno de *sudoku*.

—¿En serio?

—¡Qué va! ¡Es una broma! Creo que lo mejor sería tener uno que explicase cómo construir un barco con palmeras y cocos.

—En ese caso, no dudaría en irme contigo a esa isla desierta —dijo mientras extendía su mano para rozar la mía, que descansaba sobre la mesa.

—Pues entonces no nos íbamos a aburrir —exclamé picarona mientras le guiñaba un ojo. La suerte estaba echada. Lo quisiera o no, acababa de insinuarme sin tapujos. Ahora no había marcha atrás. Si surgía lo que yo esperaba, esa noche podía ser legendaria. Continué: —No sé como lo haces, pero sigues eludiendo mi pregunta.

—¿Qué pregunta? —dijo con el ceño fruncido.

—Quiero saber de ti, ¿cuáles son tus sueños y anhelos?

Se quedó callado unos instantes mirando al infinito. Rompiendo su silencio, confesó:

—De niño soñaba con ser piloto. Algunos sábados iba con mi madre al campo de aviación y me explicaba las peculiaridades de cada modelo de avión. Ella había sido azafata y me hizo amar el mundo de la aeronáutica. Siempre pensé que me dedicaría a ello.

—¿Y qué pasó?

Ella murió, y justo después nos mudamos a Madrid. Mi padre me inculcó que debía decantarme por lo razonable y lo práctico, así que fui olvidando mis sueños.

—Vaya, siento lo de tu madre. ¿Cómo fue?

—Prefiero no hablar de eso —murmuró respirando hondo.

Una camarera rellenoó nuestras copas con aquel maravilloso vino tinto.

Ahora entre nosotros se respiraba un aire cargado de cierta nostalgia.

—A mí también me hizo dar un giro la muerte de mi hermana —confesé.

En su expresión pude leer que mi revelación le había sorprendido.

—Murió joven —continué—, mientras estudiaba Arquitectura en Barcelona.

—Lo siento mucho. Si se parecía a ti seguro que era magnífica.

—Sí que lo era.

Di un nuevo sorbo al vino, pero me costó tragar. Habían pasado muchos años, pero todavía sentía su pérdida como si me faltara un miembro del cuerpo.

—Tuvo un accidente de tráfico con veintitrés años. Mis padres se quedaron destrozados, y sentí que no era justo que yo estudiara su misma carrera, como si fuese la versión de repuesto. Ella era brillante, hubiera llegado lejos, y quería que siempre la recordáramos como la joven arquitecta de la familia. Por eso escogí un camino diferente.

Sus ojos me miraban cargados de melancolía y no quise seguir con ese tema. No resultaba muy seductor ponerse a llorar por los seres queridos ausentes en medio de una primera cita.

Todavía quedaban láminas de jamón cuando llegó el camarero con el *micuit*. una compota de naranja cubría el *foie* colocado sobre una especie de tostada. Corté una porción y me la llevé a la boca. La suavidad del *foie* junto al toque agrisado de la mermelada resultó ser un bocado divino.

—Espectacular.

En cuestión de segundos habíamos acabado los entrantes. De haber estado sola, habría repetido por pura gula.

El camarero estaba recogiendo los platos y colocando los cubiertos de pescado cuando la recepcionista entró acompañada de un grupo de comensales. Entre ellos divisé una cara muy conocida que se aproximaba a nuestra mesa.

—Buenas noches, Ricardo —le dije dándole dos besos. Él me miró con esa expresión de eureka que ponía tan a menudo.

—Victoria. Tan guapa como siempre —exclamó adulator.

Alejandro le tendió la mano y él se la estrechó con aprecio.

—Espero que saliera bien lo de Miami —dijo bajando la voz.

—Sí, estupendamente. Si vuelvo a tener un problema, te llamo. —Y con una de sus enigmáticas sonrisas regresó con sus amigos.

—Veo que conoces a Ricardo Urgell.

—Sí. De toda la vida. Es amigo de mis padres. ¿Y tú de qué lo conoces?

—Hemos hecho negocios juntos —respondió sin dar más detalles.

—¿Más vino? —preguntó él sin esperar al camarero.

Acabó la botella y con un gesto pidió otra. ¡Vaya! ¿Más vino?, pensé. Lo cierto es que me estaba sentando genial, pero quizá iba a ser demasiado alcohol para una primera cita.

—Entonces, ¿tus padres tienen un estudio de arquitectura en la isla?

—Bueno, ya no. Hace unos años que se fueron a Estocolmo, la ciudad natal de mi padre. Lo hicieron después de que falleciera mi abuelita ibicenca. En ese momento mi madre debió ver que la ataban pocas cosas a la isla.

—¿Y no queda nadie de tu familia viviendo en Ibiza? —preguntó.

—Oh, sí. En San Mateo viven mis tíos: el hermano de mi madre y su mujer.

—Debe ser agradable tener familiares cerca.

—Sí, y además tengo dos primos con los que me llevo muy bien. Aunque me gusta ser independiente.

Llegó el momento del postre y el camarero dejó en la mesa una porción de tarta de chocolate junto a una gran bola de helado, acompañada de dos cucharitas. Alejandro llenó la cuchara con helado y un trocito de pastel, y se la llevó a la boca muy despacio, sin dejar de mirarme. ¿Me estaría provocando a propósito? Su lengua se deslizó por sus labios con sensualidad, el cosquilleo que sentí fue la forma con la que mi cuerpo expresaba que sentía un deseo salvaje por él.

Pidió la cuenta; en otras circunstancias hubiese propuesto pagar a medias, pero el juegucito que nos había llevado hasta allí requería que me dejase invitar, como una complaciente señorita.

Antes de salir del restaurante hice un gesto hacia la mesa de Ricardo para despedirme,

sin embargo, Alejandro se acercó hasta él mientras yo esperaba en la entrada, donde la recepcionista me observaba con la misma sonrisa con la que nos había recibido al entrar.

Alejandro apareció por fin.

—Me lo he pasado muy bien, Victoria, ¿y tú?

—Yo también, y gracias por tu invitación —le dije con una tímida vocecita que me sorprendió incluso a mí—. La próxima, invito yo.

—Vamos. Te llevo a tu casa. —Me miró como si acabara de soltar lo más absurdo del mundo.

Deshacíamos el camino de regreso a Ibiza. Sabía que la opción de invitarle a subir estaba descartada, puesto que mi primo podía aparecer en cualquier momento, pero no solo por eso. Era una primera cita. Una no debe enrollarse en la primera cita si quiere que la relación tenga algún futuro!

—Entonces, ¿te gusta mi vestido dorado? —dije aprovechando que él lo había mencionado antes.

—Me encanta. Con él pareces una diva de Hollywood.

Un volcán empezaba a entrar en erupción en lo más profundo de mi vientre. Tenía la urgencia de abrazarlo, de besarlo, de rodearlo con mis piernas y de arrancarle la ropa. Pero sentía que no debía bajar la guardia en ningún momento, lo que me tenía mentalmente agotada. En ocasiones creía que lo tenía en el bote, pero en otras parecía inmune a mis acercamientos.

Cuando el coche se detuvo supe que la noche llegaba a su fin. Me resultaba muy triste despedirme así. Respiré hondo para mantener la calma. Alejandro me miraba con intensidad.

Me acerqué a él despacio, quería irme con el aroma de su perfume, y esperaba llevarme el roce de su piel con mis labios.

Besé su mejilla derecha con suavidad, sintiendo la textura de su incipiente barba, pero el segundo beso no fue simétrico, sus labios rozaron la comisura de los míos. Antes de que pudiera ser consciente de ello, sentí como su lengua se abría camino por mi boca con dulzura. Su húmeda calidez acabó de despertar el volcán que rugía en mi interior.

Llevé mi mano a su cabeza. Mis dedos se enredaron en su cabello y él cogió con fuerza mi nuca haciendo que el beso fuera todavía más profundo.

Nuestros labios se separaron y sus ojos color miel me miraron cargados de urgencia.

—No podemos ir a mi casa, está mi primo.

Volvió a hundir su lengua dentro de mí; todavía sentía sus juguetones besos cuando el deportivo despertó con un estruendo. Pisó el acelerador con fuerza y me coloqué el cinturón de seguridad ante la vertiginosa velocidad.

Quería saborear otra vez el contacto de su piel contra la mía, así que mi mano se deslizó, tomándose la libertad de acariciarlo. Primero, el brazo que tenía apoyado sobre el cambio de marchas; después fui subiendo hasta su nuca y le atusé el cabello, regalándole

las caricias que yo hubiese querido sentir sobre mi cuerpo.

Giró el cuello y me contempló. Su mirada me invitaba a continuar. Mis dedos bajaron hasta llegar a los pantalones. Al acariciarle la pierna pude sentir sus fuertes músculos en tensión, y rocé con sutileza su entrepierna para descubrir la presión que su miembro empezaba a ejercer bajo el pantalón.

Le acaricié el hombro, la nuca, la oreja, mientras permanecíamos en silencio. Al mirar por la ventanilla, reconocí la carretera de San José. Sorteamos curvas y algunos tramos de maltrecho asfalto, sin dejar de acariciarle. De repente, se detuvo ante una propiedad amurallada y me volvió a coger por la nuca para robarme un beso con fiereza.

Tras el enorme portón de metal apareció una elegante casa de dos plantas, con cuidados jardines a ambos lados de la vivienda. Aparcó junto al Hummer negro y otros dos vehículos. Alejandro tomó mi mano, me atrajo hacia él y me cubrió con pequeños besos. Al cesar, me guiñó un ojo y me invitó a salir del coche.

Cuando me puse en pie, él ya estaba frente a mí. Sus brazos me rodearon y pude sentir la calidez que desprendía su cuerpo. No dejaba de besarme y acariciarme, presionándome con pasión contra el coche. Mis manos se habían colado por debajo de su americana y ya palpaban sus músculos bajo la ropa.

—Ven —me susurró.

Comenzamos a caminar hacia la casa, pero en un impulso, me levantó por la cintura hasta sentarme sobre el parachoques trasero, y perdió sus manos bajo mi vestido. Mis labios recorrían su cuello, mi lengua se entretenía con su lóbulo. Segundos después, me encontraba de pie, flanqueada por sus manos abiertas contra la pared mientras un beso profundo y mojado me excitaba hasta niveles insospechados. Lo único que deseaba era lanzarlo sobre la cama. Abrió la puerta de la entrada y marcó una clave en un teclado. Presionó un interruptor y se encendió la luz. Bustos de piedra, cuadros abstractos y muebles victorianos convivían en una armonía sorprendente y conferían a la estancia un carácter sofisticado.

Sonreí cuando cogió mi mano con ternura y atravesamos el pasillo. En el centro del dormitorio había una cama inmensa coronada por un cabecero de piel negra.

Se plantó frente a mí sin soltar mi mano, con los ojos cargados de fuego. Yo solo quería que me desnudara y me poseyera, pero volvió a besarme. Su mano empezó a deslizarse por debajo del vestido. Cuando sus dedos acariciaron mis braguitas, un cosquilleo recorrió mi columna vertebral y mi beso se tornó fiero. Deseaba tenerlo entre mis piernas para hacerle lo que llevaba imaginando desde que aquellos ojos color miel me cautivaron.

Estaba lamiendo la nuez de su cuello, sentía como su corazón palpitaba acelerado y, de repente, se oyó un timbre a lo lejos. Él hundió su boca en la mía, ignorándolo, pero el sonido se repitió. Me miró con un gesto extraño. Yo eché un vistazo a mi reloj. Pasaban unos minutos de las doce la noche.

—No sé quién puede ser —dijo como si le hubiese costado regresar a la realidad—. Ahora vengo.

Desapareció tras la puerta blanca y observé la estancia sin saber qué hacer.

¿Me tiendo sobre la cama? ¿Vestida o... desnuda? También podría quedarme en ropa interior. ¿Pensaré que soy una ninfómana?

Oí que decía algo y, al cabo de unos segundos, el motor de un coche. La ventana daba a la parte de atrás, a un jardín con una piscina rodeada por césped, por lo que no podía ver nada desde allí. Decidí asomarme a la puerta entornada. Silencio. Me animé a dar un par de pasos por el oscuro pasillo. Mis zapatos de tacón no estaban hechos para caminar en silencio, así que me moví despacito.

Cuando la pared se acabó, no me atreví a ir más allá. Alejandro podía estar cerca, así que agucé el oído. Unas voces amortiguadas en el patio. Parecía que mantenía una discusión con una voz femenina.

El picaporte de la entrada me alertó y, en segundos, estaba de nuevo en el borde de la cama.

¿Quién sería esa mujer?

Era evidente que se conocían, pero ¿por qué discutir de improviso con alguien de madrugada?

Oí un golpe, y pensé que podría ser una puerta al cerrarse, pero no distinguí más voces.

Alejandro entró, su rostro reflejaba abatimiento y un gesto que no supe descifrar.

—Lo siento mucho, Victoria. Esta noche vamos a tener un huésped inesperado.

—¿Y de quién se trata?

Me miró y tomó aire antes de responder:

—De... mi exnovia. Se quedará en la planta de arriba, no te preocupes.

Me quedé petrificada. Era obvio que la velada había llegado a su fin.

—Debería pedir un taxi.

—¿A esta hora? Será imposible encontrar uno libre, ya sabes cómo es Ibiza.

—Voy a intentarlo igualmente. A veces ocurren milagros —dije tratando de ser optimista, pero con el alma cargada de decepción.

Saqué mi móvil del bolso y pulsé el número de la compañía de taxis, pero ni siquiera daba tono. Lo miré a los ojos mientras el irritante pitido parecía querer decir que estaba loca si pensaba que podría conseguir un taxi.

—Por favor, quédate —exclamó—. Tendrás una habitación para ti sola. Prometo que mañana te compensaré.

Me cogió por el mentón, acercó mis labios a los suyos, apartó el teléfono de mi mejilla, y me dio un dulce y pausado beso en mi suplicante boca.

—De acuerdo —acepté tras sentir la calidez de su piel contra la mía.

—Gracias, Victoria. Tendré una agradable sorpresa para ti mañana —dijo con una sonrisa luminosa—. ¿Qué te apetece? ¿Quieres beber algo?

—No, gracias, prefiero irme a la cama.

Cogió mi mano y la besó, con lo que me hizo reír. La textura de sus labios sobre mi piel me provocó un agradable escalofrío. Me costó reprimirme, pero di un paso atrás.

—¿Seguro que no quieres una copa? —preguntó ya en el pasillo, indicándome la puerta de la habitación de invitados.

Negué con la cabeza con una media sonrisa. No me sentía capaz de entablar una conversación banal a tres bandas en esas circunstancias.

—Buenas noches, Victoria —susurró antes de cerrar la puerta.

Me senté en la cama y me quité los zapatos. Cuanto antes me acostara, antes pasaría esa noche amarga, pero me invadían imágenes de Alejandro y su ex charlando alegres, con complicidad, limando sus diferencias, copa tras copa, para acabar en la cama. No podía ser que algo así me estuviera pasando otra vez.

En el baño encontré un cepillo de dientes nuevo y crema hidratante con la que pude desmaquillarme. Como en un hotel. Tenía la boca llena de espuma cuando escuché algo. Me acerqué a la pared que colindaba con su dormitorio y pude distinguir su voz con mayor claridad. El corazón se me aceleró. Si mis oídos detectaban la presencia de una mujer, rompería a llorar.

Por fortuna solo escuché su voz, algo agresiva, hablando por teléfono: «Te dije que prefería no hacer negocios con ese tipo. Se cree demasiado listo...».

La puerta de su dormitorio se cerró de golpe. No podía saber si salía o entraba, pero recé para que estuviera solo. Decidí no darle más vueltas al tema ni volver a poner la oreja en la pared. Al cerrar los ojos, bajo las sábanas, percibí su aroma sobre mi cuerpo y sentí su dulce sabor en mis labios.

Capítulo 6: jueves, 18 de mayo

11. El pirata

Cuando abrí los ojos me costó comprender dónde me encontraba, y por qué dormía en braguitas, pero enseguida llegó a mi memoria la noche anterior.

Después de darme una ducha, abrí el armario en busca de algo que ponerme, pues el vestido de satén rosa no me parecía adecuado. Encontré un batín blanco con un círculo formado por estrellas bordado sobre las palabras *Aurum Ibiza* que estaba empaquetado.

Al salir al pasillo vi que el dormitorio de Alejandro permanecía cerrado. Dudé si llamar a su puerta, pero decidí salir a explorar la casa. No me quería topar con aquella mujer, pero necesitaba un chute de cafeína con urgencia. En el recibidor había una enorme cómoda de madera rojiza de estilo asiático y, sobre ella, un hermoso espejo veneciano. En el centro del salón, una alfombra persa abarcaba casi toda la sala. Avancé descalza hasta descubrir, tras unas puertas corredizas, un comedor.

—Buenos días, Victoria —dijo la voz que había añorado toda la noche.

Se encontraba en el otro extremo de la mesa de *wengué*, frente a un portátil.

—Buenos días, Alejandro —acerté a decir en un susurro.

Di unos pasos hacia él, llevaba una camiseta blanca que marcaba sus músculos y unos pantalones grises de algodón.

—No te preocupes, Victoria. Estamos solos. —Había adivinado mis pensamientos.

Se levantó de la silla para darme un dulce beso en la mejilla. Aquel gesto, cargado de ternura, fue suficiente para encender la llama que había permanecido tantas horas latente: pero, en lugar de lanzarme a sus pantalones, sonreí como una niña buena y obedecí cuando indicó que me sentara.

Desapareció detrás de una puerta de cristal. Frente a mí, un gran ventanal mostraba los frondosos plataneros que rodeaban la piscina. Me vinieron a la mente las imágenes de la casa de Alejandro del catálogo en el que Philip había trabajado, pero no parecía el mismo lugar. El jardín que yo recordaba era muy distinto y tenía unas vistas al mar que no se podían vislumbrar desde donde nos encontrábamos.

Apareció después de unos minutos con una sonrisa satisfecha y una bandeja.

—Un *capuccino* especial para la señorita.

Le miré complacida.

—No tienes trabajo hasta la tarde, ¿verdad? —me preguntó.

—Sí. Entro a las seis.

—He pensado en la sorpresa que te mereces por lo de anoche.

—No te preocupes. No me debes nada. Estas son cosas que... —No me dejó concluir mi alarde de modestia.

—Me gustaría que me acompañaras a navegar y luego a comer —dijo con firmeza.

—De acuerdo. Acepto. ¿Y dónde piensas llevarme?

—A Formentera.

Me intrigaba y excitaba la idea de pasar el día junto a Alejandro en su barco. Desde la noche anterior apenas nos habíamos tocado. Una parte de mi se moría de ganas de que empezase por fin la fiesta, pero la otra estaba invadida por cierto recato, y no me atrevía a hacer ningún tipo de acercamiento sensual. Además, no había vuelto a salir el tema de su exnovia y no iba a ser yo quien preguntase por ella.

Cuando vi el nombre del yate supe que no podría negar que era suyo: Aurum.

Desde el interior del barco, que tendría unos veinticinco metros de eslora, se asomó un chico con un polo blanco y azul, a juego con los colores de la embarcación. Alejandro nos presentó y me indicó que dejara la bolsa que había cogido de mi casa en el saloncito, mientras ellos decidían la ruta.

Salvo algunos elementos dorados, el interior estaba revestido en una madera color avellana brillante, que le daba un aspecto muy distinguido. Los asientos blancos que se extendían a lo largo de toda la cubierta, repletos de cojines azules y blancos parecían muy confortables.

—Vamos a salir ya, Victoria —dijo asomándose por la puerta.

Desde la cubierta subimos unos escalones. Alejandro se sentó en el lugar del capitán y arrancó el motor. Fred ya había desatado los amarres. Poco a poco empezamos a movernos y Fred fue retirando las defensas. Durante unos minutos avanzamos muy despacio, porque todavía estábamos dentro del puerto.

Pero al adentrarnos en mar abierto, Alejandro accionó una palanca y el viento se hizo más violento. Tuve que recogerme el cabello con una goma para que no volara a lo loco.

—¡Wow! ¡Es alucinante! —exclamé agarrada a un asidero.

—¿Te gustaría que nos diéramos un baño antes de ir a Formentera? Déjame sorprenderte.

Pocos minutos después, se adivinaba la inconfundible Espalmador. Giró a la izquierda como si quisiese rodear el archipiélago por el lado menos transitado. Al cabo de unos instantes teníamos delante una diminuta isla que no había visto en mi vida.

El ruido del motor cesó.

—Bienvenida a S'Espardell.

—Me quedo a cuadros. No conocía esta isla.

—Es más bien un islote, pero sus fondos son mis favoritos para bucear. Hoy no vamos bien equipados, preciosa, pero si quieres, me encantaría hacer algún día una inmersión.

Sonreí.

—Entonces, ¿nos damos un bañito?

Sin retirarle la mirada, me desabroché el vestido verde de algodón de Charo Ruiz, y me quedé en bikini. Él me observaba expectante. La camisa blanca y los tejanos le sentaban

muy bien. En realidad todo le sentaba bien.

Bajé las escaleras hasta la cubierta principal. Alejandro no me siguió, y a Fred no se le veía por ningún sitio, así que abrí la puertecita de la plataforma de popa.

La visión era maravillosa, no solo por el pequeño islote salvaje, sino porque la transparencia del agua permitía ver las rocas cubiertas de erizos negros que yacían en el fondo, además de alguna esporádica estrella de mar. Un montón de peces danzaban a nuestro alrededor. Me agaché para tocar el agua con la mano, y la encontré fresca y exquisita. No lo dudé más y me zambullí.

Nadé disfrutando de un mar revitalizante, hasta que me di cuenta de que una silueta a contraluz estaba de pie en la cubierta superior. El sol no me dejaba ver bien, pero protegiéndome un poco los ojos, justo pude ver cómo saltaba al agua de cabeza.

Algo me rozó el pie y pegué un grito, que se convirtió en una risa tonta en cuanto noté los brazos de Alejandro rodeándome y tirando de mí.

Me deshice de él y comencé a nadar en sentido contrario mientras me seguía como un hambriento tiburón.

—¿Estás huyendo de mí?

—No, ¿por qué iba a hacerlo? —respondí entre jadeos tratando de acelerar el ritmo.

A los pocos segundos alcanzó mi tobillo. Sus brazos me rodearon con descaro, mientras yo continuaba riendo.

—¿Te hace gracia? —preguntó con una ceja levantada.

—Sí —murmuré.

Llevó su mano a mi mandíbula atrayendo mi boca a la suya, y se quedó mirándome unos segundos, antes de que sus labios me rozasen con una insoportable delicadeza. Necesitaba sentirlo dentro de mí y poseerlo con fiereza. Era fácil perderse en su mirada de fuego, cargada de lascivas promesas y la seguridad de que detrás de esos ojos se escondían cosas que no me iba a ser fácil desentrañar. Pensar en ese reto hizo que se me dibujara una sonrisa burlona en los labios, que seguían en un dulce contacto con los suyos. Cuando su lengua se introdujo con suavidad en mi boca sentí el agua de mar en su beso; sin embargo, su sabor se me antojó muy dulce.

Lo rodeé con los brazos para deslizar mi mano por su nuca y su espalda, hasta brindarme el placer de sentir mis dedos ascendiendo por su cabeza, enredándolos en su cabello empapado, pero la sensación de felicidad fue tan grande que tuve que separarme un instante de su beso para poder expresar mi alegría.

—Me gusta escuchar tu risa —susurró sin dejar de apretar mi cuerpo contra el suyo.

—Y a mí me gusta que me pilles, si el premio va a ser como este...

—Descuida, que siempre te pillaré, por mucho que te escapes de mí.

Volvimos al barco, subí la primera a la plataforma y empezaba a secarme cuando Alejandro salió del agua. Una enorme cruz latina se erigía en su torso, cubriendo el esternón y sus abdominales. Alguno de sus tatuajes se perdía al bajar por su cintura bajo el

bañador negro, regalándome una visión muy erótica.

Hice un esfuerzo para no dejar los ojos fijos en su asombroso cuerpo.

—¿Te apetece tomar un aperitivo?

—Fantástico —exclamé retirando mi mirada de sus bíceps, que brillaban cubiertos de gotitas de agua bajo un sol resplandeciente.

Dio un paso adelante y volví a estar entre sus brazos. Dejé caer la toalla para sentir esa electricidad que me atravesaba cuando me tocaba. Sin decir nada me cogió de la mano y lo seguí hasta la cubierta donde estuvimos un rato bebiendo y charlando. Una hora después nos dirigíamos a la blanca e infinita playa de Illetes, donde se encontraba uno de los restaurantes que llevan toda la vida de moda, el Pirata.

Fondeamos y, al cabo de unos instantes, un chico al timón de una zódiac llegó hasta nosotros. Se trataba del servicio a los barcos que ofrecía el propio chiringuito. Ya en la orilla, caminamos por una pasarela de madera adentrándonos entre árboles y dunas para llegar hasta el local.

En el restaurante varios grupos esperaban turno junto a la barra. Ante mí pasó un plato de langosta y una paella de marisco con su apetitoso aroma. El viento y las olas se mezclaban con la música *chill out*.

Un hombre de expresión amable vino a darnos la bienvenida.

—Buenas tardes, señor Ortega. Sé que tienen reserva, pero se nos ha retrasado el servicio.

—No hay problema.

—Pueden esperar unos minutos aquí, en la barra, tomando unos mojitos. Invita la casa.

Nos sentamos en unos taburetes y enseguida tuvimos un par de bonitos cócteles delante.

Un grupo de chicas que tomaban café en una pequeña mesa observaban con interés a mi acompañante y cuchicheaban mientras nos lanzaban miradas. Se encontraban a pocos metros, pero Alejandro parecía no haber reparado en ellas. Sin embargo, yo sí las tenía presentes. Me estaba contando cómo organizó con su empresa la primera regata y yo, sin perder de vista a aquellas zorras engreídas, me coloqué entre sus rodillas y pegué mi cuerpo contra el suyo mientras sorbía el mojito sin dejar de mirarlo por encima de mis gafas de sol, en un claro homenaje a *Lolita*, que le dejó con la palabra en la boca.

Sus ojos color miel ardieron de nuevo. Dejó la copa sobre la barra y agarró mis caderas atrayéndome todavía más hacia él. Antes de que me diera tiempo a decir algo, estábamos fundiéndonos en un beso inesperado.

Las chicas habían quedado a mi espalda, pero no me costó imaginar sus caras.

—Si te aburre esperar, podemos ir a mi casa. Yo hago unas berenjenas a la parmesana fabulosas —le susurré guiñándole un ojo.

—Suenan tentador —dijo antes de regalarme otro beso con dulzura—. Voy a aceptar esa invitación, señorita Svensson, pero otro día, hoy quiero que pruebes este sitio.

Volví a sentarme en el taburete, sin apartar la mano de su muslo. Cuando volví a echar

una ojeada hacia las chicas, una mezcla de orgullo, poder y soberbia, que hasta el momento desconocía, se había adueñado de mí. Estar junto a un hombre como Alejandro me hacía sentir genial.

—¡Alejandroooooo!

Una voz desde el otro extremo del restaurante interrumpió mis delirios.

Al cabo de unos instantes, un chico de unos treinta y tantos años, con la cabeza rapada y una barba casi rubia se plantó frente a nosotros.

—¡Alejandro! ¡Vos acá! ¿Cómo te va? —preguntó muy alegre y con ese acento que suele cautivar tanto a las españolas.

—¡Diego! Pues aquí estamos, muriéndonos de ganas de comer algo.

—Nosotros llegamos ahora y nos han dicho que hemos de esperar al siguiente turno.

—No, hombre, ¡sentaos con nosotros! —dijo al tiempo que me dedicaba una mirada—. Por cierto, Diego, te presento a Victoria.

—Mucho gusto. —Me saludó con dos besos.

—Te agradezco, querido, pero no queremos molestar.

—No es ninguna molestia. Donde caben dos, caben...

—¿Seis?

Señaló hacia la entrada y enseguida se acercaron otros dos chicos y una chica morena de cabello larguísimo.

Alejandro se ocupó de las presentaciones antes de llamar al encargado para que nos preparara una mesa más grande.

A mi lado se sentó Tatiana, mientras Alejandro, frente a mí, conversaba animado con Diego y con Marco, el novio de ella. Era un hombre atractivo, de pelo largo despeinado y piel muy bronceada. El otro chico, menudo y delgado, con el cabello negro, a juego con sus ojos, se llamaba Claudio.

Nos tomaron nota enseguida y Alejandro insistió en que dejáramos la elección en sus manos para que nos prepararan un menú degustación.

—Yo en Argentina trabajaba como estilista, pero desde que vinimos acá, no he tenido oportunidad de hacerme un hueco —me explicaba Tatiana—. Aunque tenemos la gran suerte de que Marco tiene un horario muy abierto, así que podemos disfrutar de Ibiza.

—Te llevarías muy bien con mi amigo Philip. Ya te lo presentaré.

Cuanto más la miraba, más bella me parecía. No iba maquillada y su tostada piel resplandecía bajo el techo de hojas secas de palmera. Me cayó bien al instante.

—Y ustedes dos, ¿qué tal? Vi los cariñitos que se hacían en la barra del bar...

—Bueno, supongo que hemos «conectado» —dije quitándole importancia.

—Pues él no te quita los ojos de encima —me susurró dándome un cómplice golpecito con el codo.

Aquella mirada de fuego me tenía hipnotizada. Le sonreí.

—¿Y de qué parte de Argentina eres? —pregunté para cambiar de tema y apaciguar un poco la abrasadora sensación que me embargaba cuando él me contemplaba.

—De Buenos Aires.

—Es una capital fascinante. Yo fui a visitar a un amigo y viajamos hasta la Pampa. Fue un viaje genial.

Después de los mojitos, continuamos con un vino blanco y, antes del postre, un fresquísimo *champagne* francés. A esas alturas incluso entré en el debate sobre Pinochet.

Tatiana se levantó para ir al baño. En otras circunstancias la habría acompañado, pero tenía mi helado a medias y además Marco salió tras ella. Mejor no molestar.

—¿Te ha gustado la comida? —me preguntó Alejandro mientras jugaba distraído con una miga de pan.

—Sí, todo estaba realmente bueno.

—¿A que no te lo hubieras imaginado, teniendo en cuenta su estilo bohemio?

Es cierto que la primera impresión que podía dar es que no te iban a servir más que zumos y bocadillos, pero la sofisticación de su cocina me dejó impresionada.

Acabamos los postres y Alejandro nos invitó a todos. Todavía no tenía claro si era una persona muy generosa o le gustaba alardear de su poder adquisitivo y su estatus social.

—La próxima vez invitamos nosotros —dijo Marco cuando nos levantábamos de la mesa.

Cuando llegamos a la orilla, el chico de la zodiac cruzaba la pequeña bahía con media docena de nuevos clientes.

—¿Cual es vuestro barco? —pregunté.

—El rojo y amarillo —dijo Tatiana señalando una lancha que se veía larga y fina.

—¡Parece de carreras! —exclamé.

—Es una Cigarette —respondió Diego orgulloso.

Cuando la lancha se detuvo junto a nosotros, nos despedimos.

—Nos encantará que vengan un día con nosotros —dijo Tatiana con alegría al alejarse de la lancha—. ¡Nos llamamooooos!

12. Ravel

Deshicimos el camino recorrido y viramos hasta una de las playas de Espalmador. Había un par de embarcaciones ancladas a lo lejos, pero resguardó el barco tras un pequeño islote.

—Bienvenida de nuevo al paraíso —dijo Alejandro apagando los motores.

Le hubiera respondido que, a su lado, cualquier lugar era el paraíso, pero me contuve.

Se quitó las gafas y clavó sus ojos en mí con ferocidad. Eso me provocó un cosquilleo

en lo más profundo de mi vientre.

—Fred, voy a enseñarle a Victoria el interior del barco.

Apoyó su mano en mi espalda y señaló la escalera. Ante el contacto con su piel, me estremecí, sonriéndole antes de bajar hasta la cubierta principal. El marinero se había quedado en la punta de la proa, revisando el ancla.

Nos introdujimos por un pasillo y, a mano derecha, vi un comedor bastante amplio. Al fondo, un nuevo rinconcito con sillones parecía muy confortable.

—¡Vaya! Aquí pueden hacerse unas fiestas brutales. ¿Has hecho muchas?

—Si te digo que sí, creerás que soy un viva la virgen...

Sonreí taimada.

—Pero debo hacerlas, por mi trabajo —continuó—. Hay mucha gente que necesita que le hagan la pelota.

Me señaló las escaleras y bajamos por ellas.

Perdí la cuenta de los camarotes y los cuartos de baño. En aquel barco cabía la tribu de los Brady.

—Y aquí está mi rinconcito especial.

Sacó una pequeña llave de su bolsillo y abrió la puerta que teníamos delante.

Una excitante sensación recorrió mi columna vertebral. Alejandro me estaba mostrando su camarote. La luz incidía sobre nosotros a través de los pequeños ojos de buey y, sin tiempo que perder, sus brazos rodearon mi cintura acercando mi cuerpo al suyo. Su mano subió por mi espalda, deslizándose hasta la nuca. Mis latidos se habían acelerado ante el inminente beso. Sin dejar de clavarme aquellos ojos color fuego, su boca se acercó y pude percibir la calidez de su aliento, sus labios avanzaron despacio hasta unirse una vez más a los míos.

Su lengua se recreaba, juguetona, y yo rodeaba su cuerpo con fruición. Me deleité sintiendo la suavidad de su piel, acaricié sus músculos y aspiré el aroma de la fragancia que lo envolvía.

Me aplastó contra la pared acolchada y su mano me cogió del cuello, inmovilizando mi mandíbula. Su feroz boca me transmitía la misma urgencia que yo sentía por ser poseída.

—Esto es mejor que un *tour* por el barco —dije, cuando, por un momento, nuestros labios se separaron.

Comenzó a darme pequeños besos a lo largo de todo el cuello, tan suaves y húmedos que me estremecieron.

Gemí.

—Shh... Fred podría oírnos.

—Mmm... eso me da morbo —susurré justo antes de comenzar a mordisquear el lóbulo de su oreja con suavidad. Sentí el sabor del mar en su piel.

—¡Vaya, vaya! Tenemos aquí a una pequeña pervertida.

—Me da morbo que alguien pueda pillarnos.

Me miró con los ojos entrecerrados y una media sonrisa, valorando lo que acababa de decirle. Rodeó mis caderas, me alzó y me colocó sobre la cama, sin separarse de mi beso. Yo lo abracé con las piernas, tratando de acercarlo todavía más a mí, disfrutando del calor que desprendía su piel.

Se incorporó y pude verlo a horcajadas sobre mí, arrodillado sobre la colcha. Deslicé las manos por debajo de su ropa, palpando los firmes abdominales de ese cuerpo musculoso y perfecto. Mis entrañas hervían y no deseaba otra cosa que sentirlo muy adentro.

Se quitó la camiseta, dejando que la luz diera de lleno en la enorme cruz dibujada en su pecho. Me impresionó esa imponente visión y, con una sonrisa, comencé a recorrer su piel con mis dedos, palpando las formas que iba descubriendo con mis caricias. Mi corazón se aceleraba, excitado, estaba a punto de culminar lo que llevaba días soñando.

Bajé las manos hasta la cinturilla de sus pantalones. Su pene, grande y duro, crecía por momentos, desabroché un botón para liberarlo de su prisión. Él frenó mi avance y me inmovilizó por las dos muñecas extendiendo mis brazos hacia arriba.

—No... Todavía no —me susurró.

Con la otra mano acarició mis pechos por encima del bikini. Sentía que los pezones se endurecían ante el roce. Volvió a hundirse en mi boca e intenté liberar una de las manos para cogerlo por la nuca, pero no me dejó. Empezó a besar la comisura de mis labios bajando sin prisa hasta el cuello. Recorrió mi piel con pequeños besos abriéndose camino hasta el escote. Liberó un pecho. Empezó a lamer el pezón, ya erecto de placer, mientras hacía lo mismo con el segundo. Yo gemí.

Su lengua vagaba sobre mi busto y tuvo que liberarme por fin las manos para llegar hasta el ombligo. El vello de mi cuerpo se erizaba ante sus húmedas caricias. Llegó hasta la braguita de mi bikini. Sentir su aliento me estremeció y se me escapó un nuevo gemido.

Se levantó de la cama y fue hasta el otro lado de la habitación. Abrió uno de los armaritos y, al cabo de unos instantes, comenzó a sonar una suave música.

Me coloqué bien la parte de arriba del bikini y me giré hacia él. Disfrutaba viendo cómo se movía por la habitación. Descubrí los tatuajes de su espalda.

Caminó hacia mí con dos copas de *champagne*.

—¡Qué bien! —exclamé deleitándome con la forma en que la luz incidía sobre su cuerpo.

Se echó a mi lado sobre la cama y me tendió una de las copas mientras entrecerraba sus ojos ambarinos con una sonrisa que hablaba en silencio.

—No necesitaba ningún aliciente, pero esto siempre es bienvenido. —Brindamos.

La música subió de intensidad.

—Es el *Bolero*, de Ravel. Siempre me inspira —dijo misterioso.

Comencé a acariciar la piel de su torso con un dedo, siguiendo con suavidad el dibujo

de la enorme cruz.

—Menuda sorpresa que me he llevado antes con esto —exclamé con una sonrisa pícaro.

Bajó la mirada hasta el tatuaje.

—Sí. Locuras de juventud.

—Ya, pero esto no se hace en una noche de borrachera...

Su cercanía me abrumaba y solo con notar su magnética mirada, sentía que el fuego se encendía desde lo más profundo de mi ser.

—¿Por qué te has vuelto a tapar? —preguntó de pronto señalando el bikini.

—No sé. Me sentía rara —repliqué sin acabar de entender la intención de su pregunta.

—No vuelvas a hacerlo. Si te los he destapado es porque quería ver tus preciosos pechos. —Sus palabras sonaban contundentes, pero sus ojos sugerían un jugueteo con el que me sentía identificada.

Llevó la mano a mi nuca y tiró del cordón, dejando que ambos triángulos cayeran para mostrar aquello que yo acababa de ocultar. Esa actitud tan firme y casi despiadada me desconcertó, y al mismo tiempo me excitó.

Dio un sorbo a su copa pero, antes de dejarla sobre el cabecero de la cama, acercó el vidrio helado hasta mi pecho. Yo lo miraba con interés y mi rostro le animaba, sin palabras, a que hiciese conmigo lo que quisiera.

Sentí un dulce escalofrío cuando rozó mi pezón. Se endureció al instante. Hizo lo mismo con el otro, sin dejar de dedicarme su mirada feroz, y empecé a sentir palpitar mi sexo.

Abandonó por fin su copa junto a la mía y, con un gruñido, su lengua se lanzó a mi cuello, danzando sobre mi piel erizada, mientras sus manos me envolvían y me apresaban debajo de él. El cosquilleo se intensificaba con cada roce de sus dedos, con cada gemido, con cada brizna de aliento cálido, con cada crujir de su ropa contra mi cuerpo.

Giramos a un lado y, de pronto, era yo la que estaba a horcajadas sobre él. Su pene se clavaba contra mi muslo y deseé con urgencia poder saborearlo.

Acaricié su cruz barroca, deslizándome sobre la capa de sudor que empezaba a envolvernos, hasta que mis manos se detuvieron en los pantalones. Él me miró con ojos hambrientos y esta vez no opuso resistencia. Sonreí.

Sentí el calor que desprendía su sexo a través del tejido y lo desabroché muy despacio, disfrutando de cada segundo. Bajo el tejano apareció el ajustado bañador, a punto de estallar con semejante presión. No pude evitar mordirme el labio ante el delicioso espectáculo. Él no apartaba de mí su mirada expectante.

Introduje mi mano hasta rozar la suave piel de su enorme miembro. Lo noté duro y caliente mientras el olor de su carne despertaba mis instintos más salvajes. Sentí la necesidad de metérmelo en la boca y empecé a acariciarlo con la punta de mi lengua.

Él gimió.

El cosquilleo que me invadía se acrecentó al sentir esa piel suave en mis labios, que calentaba mi saliva con cada paseo de mi lengua. Cuando me pareció que estaba bien empapado y resbaladizo me entretuve en su glande, rosado y palpitante, con la intención de regalarle unas sensaciones que nunca pudiese olvidar. Succionaba con un hambre traviesa y lasciva, mientras la punta de mi lengua seguía acariciando desde dentro, saboreando cada milímetro de su piel mientras entraba y salía de mi boca, con un ritmo constante que iba acelerando muy poco a poco.

De repente, se hizo con mi coleta, y su rudeza me excitó todavía más. Yo subía y bajaba, percibiendo el relieve de cada vena y eso hacía que la necesidad de tenerlo dentro de mí aumentara.

Retiré una mano de la base de su verga, donde seguía acariciando y masajeando los testículos empapados de mi saliva y la deslicé dentro de mi bikini. Necesitaba acariciar mi clítoris.

—No, no ¿qué haces? —exclamó de repente.

Me quedé parada mirándolo mientras su palpitante miembro seguía en mi boca.

—No quiero que te acaricies tú sola, Victoria. Es mi trabajo darte placer.

Instantes después, estaba echada sobre la cama mientras él volvía a saborear mis pezones. Sus manos se fueron deslizado sobre mi piel. Pronto lo sentí a la altura de las caderas y mi sexo palpitaba ansioso. Me estremecí cuando rodeó mis muslos con las manos, separó mis piernas, dejando que mi flor, temblorosa y sedienta, quedara justo frente a sus ojos, oculta solamente por el bikini.

Se me puso la piel de gallina cuando sentí cómo se colaba por debajo de la *lycra*, y enseguida, una delicada caricia que resbalaba alrededor de mi clítoris.

—Estás muy caliente, Victoria. Me encanta —susurró.

Fue moviéndose despacio, haciendo círculos, hasta que empujó el dedo dentro de mí. Saboreé un placer que me recorrió el espinazo, y mis caderas se movieron en un acto reflejo, como una fiera hambrienta que deseara atraparlo. Me urgía la necesidad de ser penetrada profundamente.

—Quiero que me folles —le dije acariciando su polla, que presionaba contra mi cadera.

—Sus deseos son órdenes.

Se incorporó, dirigiéndose a la mesita de noche, donde cogió un preservativo.

Su falo se abrió camino dentro de mí. Primero lo hizo despacio. El volcán de mis entrañas multiplicó su temperatura a medida que me atravesaba. Con ese tamaño de escándalo su avance llenaba toda mi vagina y, cuando se acercó a mi boca, sentí el calor de su aliento.

La fuerza de la costumbre me llevó de nuevo hasta mi clítoris, puesto que mi orgasmo perfecto llegaba si me acariciaba mientras me penetraban. Él, cruel, apresó mi mano contra la cama.

—No te toques. Yo soy tu estimulación. Déjate llevar.

Comenzó de nuevo a moverse con un ritmo delicioso mientras mis manos recorrían su espalda y sus nalgas. Sentir todo su miembro era una sensación indescriptible, pero todavía necesitaba la guinda del pastel.

Entonces se hizo hacia atrás y lo retiró. Me contempló con ojos ardientes. Ahora me sentía vacía, deseaba tenerlo de nuevo en mi interior. Lo observé, suplicante. Con un movimiento de cadera volvió a alcanzar el fondo, la sensación de su glándula abriéndose camino entre mis labios fue grandiosa. Algo vio en mi mirada, porque lo volvió a repetir, y otra vez más. Luchaba conmigo misma para no deslizar una mano y pulsar mi botón del placer. Sus entradas y salidas eran cada vez más rápidas, más profundas, y entonces llegó. Una cegadora explosión de emociones estalló en mi interior, y se expandió por todo mi cuerpo. Crucé las piernas por detrás de él, que seguía embistiéndome, ahora más despacio, mientras el orgasmo me recorría hasta producirme escalofríos.

Volvió a quedarse quieto en mi interior.

—¡Dios mío! —Suspiré mirándolo a los ojos—. Quiero más.

Todavía me quedaba alguna bala en la recámara y quería detonarla cuanto antes. Repetimos la misma placentera operación y pronto sentí de nuevo la ebullición.

—Córrete conmigo, Alejandro.

—¿Quieres que me corra dentro de ti, nena?

—¡Sí! Quiero sentirlo... Sentir cómo estallas dentro de mí.

Su lengua ancló en mi boca, explorándola, mientras el éxtasis volvía a hacerse presente, como una sensación exquisita que me hacía sentir completa, albergando en mi interior ese falo que parecía haber sido esculpido para mi disfrute. El sudor se mezclaba con el exquisito aroma de su cuello, que estaba teniendo mucho que ver con esa intensidad orgásmica.

Aumentó poco a poco la velocidad y, cuando empecé a gemir como una loca, él continuó sus embestidas pero sin sacar su miembro del todo. Pude notar cómo eyaculaba mientras las últimas oleadas del clímax producían sacudidas por todo mi ser.

—¡Oh, sí! ¡Victoria! —gritó antes de desplomarse sobre mí.

Nos quedamos acurrucados el uno junto al otro. Las olas nos mecían, produciendo un efecto narcótico, y mi cuerpo se recomponía con pereza de las convulsiones sensoriales. Alejandro me había atraído desde el primer momento, pero no imaginaba hasta qué punto iba a derretirme por él. Había sido brutal. Su mano me acariciaba el pelo. Sentir sus dedos sobre mi piel despertaba sensaciones que no sentía desde hacía mucho tiempo.

Mi palpitante sexo todavía no había recuperado la normalidad, cuando apretó fuerte su abrazo y unió más nuestras pieles cubiertas de sudor.

—¿Te lo has pasado bien? —susurró.

—Ha sido increíble —dije jadeante.

—Tú que creías que no tenías nada nuevo que aprender, listilla —murmuró haciendo referencia a mi orgasmo íntegramente vaginal.

Giré la cabeza hasta topar con su cuello.

—Nunca pensé que podría lograr un placer así, de esta manera. Ha sido algo maravilloso —confesé casi en un ronroneo.

—Pues... Ha sido solo el principio —exclamó chulesco.

—¡Menudo creído! —protesté burlona—. Ya verás cuando me dé a mí por enseñarte un par de cosas...

Me incorporé lenta y sinuosamente y empecé a recoger mi ropa mientras le dirigía miraditas furtivas. Me observaba con expresión divertida, como quien está disfrutando de una película interesantísima. Ver su cuerpo desnudo sobre la cama hacía que me dieran ganas de estudiar pintura solo para dibujarle.

Me movía frente a él desnuda, sintiendo una seguridad que se potenciaba cuando fluíamos con aquella sintonía, pero que me abandonaba en cuanto él decía o hacía algo desconcertante.

—¿No te apetece descansar un poco? ¿Una siesta? —preguntó recostado de lado, apoyando un codo sobre uno de los cojines.

—Sí, pero tomando el sol.

—Ve a la proa, allí verás unas colchonetas —dijo apurando su copa de *champagne*.

Me puse de nuevo el bikini, mientras su atención seguía fijada en mí.

—¿Vienes?

—Subiré en un rato —respondió con una enigmática sonrisa.

Antes de salir, salté sobre la cama y le planté un beso inesperado que recibió con fogosidad. Me cogió por el mentón y, medio segundo después, estaba de nuevo debajo de él.

—¿Se ha olvidado algo, señorita?

—Sí, pero ahora ya tengo lo que necesitaba —respondí antes de darle un nuevo beso, largo y húmedo. Noté como su miembro empezaba a dar señales de vida, pero me deshice de él con suavidad, sin dejar de dedicarle una mirada lasciva mientras me alejaba. No lo había planeado, pero mi sonrisa postorgásmica le estaba diciendo que iba a poder hacer conmigo lo que quisiese.

Cuando Alejandro me despertó ya estábamos entrando en el Puerto de Ibiza.

—Esta noche me gustaría llevarte a cenar, pero tengo trabajo. —Me sorprendió su afirmación. No nos habíamos separado desde hacía casi veinticuatro horas y no me había preguntado si yo tenía algún plan.

—Pensaba adelantar la traducción —respondí con cautela.

—Hablamos mañana entonces —dijo contento. Y me besó antes de que yo abriera la puerta del coche.

13. Lola

Me duché sin perder un minuto y me puse la ropa de *spinning*.

Ante el espejo, mi cara se veía enrojecida, me había quemado como una vulgar turista.

El móvil anunció un mensaje del grupo de WhatsApp que compartía con Lola y Philip mientras me enfundaba las mallas ciclistas.

Lola: Sexo marinero. ¡Que divertido! Venid a cenar a casa esta noche. Quiero oír toda esa historia guarrilla.

Cuando conducía hacia el gimnasio sonó de nuevo.

Philip: Yo tengo cena con Carlos, pero me apunto a lo de la historia guarrilla. ¡Me la contáis mañana!

Victoria: Acabo a las ocho, iré directa a tu casa. Mua.

Los primeros segundos sobre el sillín fueron peculiares. Me costaba pedalear. Dar con un hombre tan bien dotado es digno de celebración, pero estaba claro que también deja sus secuelas. *No quiero ni imaginar qué pasará el día que lo hagamos por detrás*, me dije mientras Michael Jackson marcaba el ritmo de la montaña virtual que estábamos escalando.

Mientras daba indicaciones a mis alumnos, me sentía una mujer afortunada. No era fácil apartar las imágenes vividas, pero aquel no era un buen momento para que se humedeciesen mis braguitas.

Antes de salir del centro, me paré en la máquina de bebidas. Estaba sedienta. Rebusqué el monedero en mi bolso y, cuando lo encontré, se me resbaló y las monedas acabaron en el suelo. Mientras las recogía, topé con unas Nike de colores.

—Déjame que te ayude. —El dueño de las bambas se hizo en un segundo con todas las monedas—. ¿Acabas ahora? —preguntó entregándome el dinero.

Manel era un antiguo compañero de estudios que desde hacía unos meses daba clases de *paddle* en el gimnasio.

—Sí, ¿y tú?

—Aún me queda un buen rato —dijo suspirando—. Por cierto, el otro día te vi con Philip en la fiesta Gunter Klein de Glory's.

—¿Y cómo no nos saludaste?

—Estabais en el *privé*.

—Sí, estábamos con unos amigos —maticé.

—¿Boris Ivanov es amigo tuyo?

—Es amigo de mis amigos —respondí extrañada ante aquella pregunta tan directa.

—Ten cuidado, Victoria —dijo extendiendo el índice—. Ese tío es peligroso.

—¿Por qué? —pregunté intrigada.

—Mi hermano es guardia civil y, por lo visto, hace tiempo que le van detrás.

Mientras conducía hasta casa pensé en lo que me había dicho Manel. A todos los empresarios de la noche se les atribuyen cosas raras. Pero me había dejado intranquila, y

decidí que le preguntaría a Alejandro sobre ello.

Aparqué el coche y crucé el jardín hacia el edificio de Lola.

Me abrió la puerta blandiendo un cepillo de pelo con el que jugaba a cantar.

—...*And I will love you, baby. Always...*

Me alegró encontrarla de tan buen humor. Lancé mi bolso sobre el sofá y me uní a ella cantando a viva voz, parecíamos dos *groupies* aceleradas.

Cuando acabó el tema nos sentamos, exhaustas, en el sofá.

—¡Estoy feliz, Victoria! ¡Mañana comeré con Lucas! —exclamó dando saltitos.

—¿Y eso?

—Quiere que nuestro despacho sea el que gestione la compra de su nueva casa, precisamente mañana tenemos una comida de trabajo con él.

—¿Y él sabe que tú estarás?

—¡Me parece que no! —dijo con cara de pícara.

Puse la mesa y cenamos en el salón acompañadas por un completo *greatest hits* de Jon Bon Jovi.

Lola fue a por otra botella de vino blanco y mientras lo descorchaba sonó su teléfono.

—Puf, Gabriel, el madrileño, me pide que les entre al Lío.

—¿Ahora? —pregunté—. Qué pereza...

—Va, nena. Vente un rato. Si solo son las doce.

—Mañana tengo trabajo. Ya debería estar durmiendo.

—Les entramos, tomamos un chupito y volvemos.

Lola acabó convenciéndome. Me prestó un vestido de mangas japonesas con un cinturón negro muy favorecedor y ella se puso un vestido rojo entallado con la espalda al aire.

Me miré en el espejo del baño y, aunque el sol había alegrado mi aspecto, tenía cara de cansada. Me fastidiaba maquillarme con esmero para disfrutar solo media horita, pero no había otro remedio.

Escuché un sonido familiar que provenía de mi bolso.

—¡Es un mensaje de Alejandro! —exclamé nerviosa.

Vino junto a mí, con un solo zapato.

Alejandro: Te echo de menos, sirenita. ¿Qué haces?

—¡Oh! Qué tierno. Y tú preocupándote por si solo quería un día de folleto.

Estábamos a punto de salir, pero decidí omitir ese detalle. Al fin y al cabo íbamos a volver enseguida.

Victoria: Estoy con Lola, poniendo verdes a todos los integrantes del género masculino.

Alejandro: A ver si voy a tener que ir y daros unos azotes a las dos.

Nos miramos tras leer el mensaje y estallamos en una carcajada.

—Vámonos rápido, a ver si se va a presentar tu amante con un látigo.

Victoria: A usted no, señor Ortega. No se me ocurriría. Usted es inclasificable.

Y guardé el móvil en el elegante bolso de mano que Lola me había dejado.

14. Lío

Lío se encuentra dentro de un puerto deportivo y está dirigido a un público más exquisito, que huye de las aglomeraciones. En ocasiones, ni siquiera tiene uno la seguridad de poder acceder al local, puesto que, a menudo, las fiestas son privadas.

Los dos madrileños se quedaron impresionados por el espectáculo *burlesque* y fueron a buscar unas copas para invitarnos.

Nos apoyamos en la barra y Lola me dijo:

—Así no vale. Te la estás bebiendo muy rápido.

—Ay, Lola, es que quiero irme pronto.

Miraba hacia mí, pero sus ojos se habían clavado en algún lugar situado a mi espalda.

—Dios mío.

A unos metros de nosotras divisé a Lucas, el futbolista.

—¿Qué hago? ¿Paso por delante como si no lo hubiera visto? ¿Me choco con él? ¡Sí, eso! ¿Cómo hiciste para chocar con Alejandro? —preguntó nerviosa.

—No hice nada, simplemente me di de bruces con él. ¿Y si nos acercamos a saludar? Al fin y al cabo no es un desconocido.

Fui yo quien hizo el acercamiento, plantándole un par de besos en las mejillas. Él estaba acompañado por sus amigos Álvaro, Chema y Bernabé, a quienes también saludamos. Todos bebían *champagne*, y sobre su mesa esperaban un par de botellas de Veuve Cliquot sumergidas en cubiteras. En unos segundos, mi copa volvía a estar llena y Lola me guiñó un ojo, feliz ante aquel giro de los acontecimientos. No me iba a poder escaquear con facilidad.

—Me alegro de que nos hayamos encontrado de nuevo —dijo Lucas.

Lola sonrió. Yo decidí dar el paso por ella.

—Estamos planeando montar una fiesta la semana que viene —improvisé—, dame tu teléfono y te avisamos.

Su sonrisa se iluminó.

—Por supuesto. ¿Lo apuntas, Lola? —preguntó mirándola mientras yo me apartaba dejándoles toda la intimidad que se puede tener en una discoteca.

No tenía ganas de conversación, así que fui hacia la barra, fingiendo que había reconocido a alguien.

Sentí mi móvil vibrar. Un nuevo mensaje.

Alejandro: Me alegro de no haberte asustado todavía.

Me alegré de poder conversar con él, aunque fuese a través del teléfono.

Victoria: ¿Asustar? Siempre me ha gustado pasar miedo.

Lola estaba sentada junto a su querido Lucas y la mesa se había llenado de chicas que iban tras esos futbolistas de los que todo el mundo hablaba.

De nuevo la vibración.

Alejandro: ¿Qué haces despierta a estas horas, sirenita?

Victoria: Me acabas de mandar un mensajito. ¿Qué menos que responderte? Además, debo tener algún gen vampírico, porque cuando más inspirada me encuentro es por la noche.

No estaba muy orgullosa de ocultarle dónde estaba.

—No sabes cuánto siento lo que pasó —me susurró una voz que trajo a mi cabeza los pensamientos más sombríos.

Me giré. Daniel estaba apoyado en la barra, pero tan cerca que mi pelo rozó su mejilla cuando me di la vuelta.

—Estás muy guapa esta noche.

En otras circunstancias, me habría apetecido besarle, pero mi vida había cambiado, y además aún estaba dolida.

—Un hombre con novia no debería estar diciéndole eso a otra mujer.

—Te compensaré.

—Tuve que salir de tu casa como una putilla.

—Con lo bien que nos lo hubiéramos pasado —susurró ignorando mis palabras.

Se me escapó una sonrisa, lo que pareció alentarlo, y sus manos rodearon mi cintura, pero aparté su mano de una sacudida.

—Voy a buscar a Lola.

—Déjala, está encantada con el Ferrer.

Tenía razón. Lo último que necesitaba Lola es que me la llevara como un torbellino, descargando en ella mi impotencia.

—Yo... quiero estar contigo.

Una semana atrás me hubiera derretido en sus brazos, pero en aquel momento su declaración me hizo reír. Alejandro había entrado en mi vida como un huracán y, aunque nada me aseguraba que pudiésemos tener futuro, no quería dejarme convencer por Daniel.

—¿Qué bebes? ¿*Champagne*? Deja que te invite.

El camarero nos sacó una botella. Nos dirigimos a una mesa cercana a la de Lucas. Se sentó a mi lado, aunque traté de mantener la distancia. En parte me halagaba, me sentía como una *femme fatale*, con potestad para pedirle cualquier cosa, pues sabía que la haría.

Durante unos minutos observamos a dos acróbatas mostrando su destreza sobre el

escenario.

Una nueva vibración de mi móvil. Eché un ojo a mi reloj. La 1.40 de la madrugada.

Alejandro: ¿Victoria, estás despierta? ¿No oyes el timbre?

Mierda. Alejandro está en casa, pensé. Mierda, mierda, mierda.

En un segundo barajé la posibilidad de no responder fingiendo que dormía, decirle que tenía una emergencia familiar, o dejar que contestara Lola diciendo que me dejé el móvil en su casa. Al final me decanté por la sinceridad. Al fin y al cabo, no estaba haciendo nada malo, y ocultarlo podía ser peor.

Victoria: ¡Estás ahí! ¡Qué sorpresa! Yo he venido un ratito al Lío con Lola.

Pulsé el botón de enviar mientras cerraba con fuerza la mandíbula. Él tenía un gesto bonito yendo a mi a casa en mitad de la noche y yo ahí bebiendo *champagne* francés en una discoteca, al lado, por cierto, de un casi examante. Los minutos pasaban sin recibir respuesta. Me preguntaba si mi sinceridad, o mi ausencia de ella durante la primera parte de la noche, lo habían ahuyentado. Decidí cargarme de simpatía.

Victoria: ¿Vienes y nos tomamos una copita?

Lola estaba sentada a pocos metros de mí. Llegué hasta ella ignorando el brazo que Lucas había puesto alrededor de sus hombros.

Le puse al día respecto a lo sucedido.

—No esperes más. Ve a buscarlo —dijo guiñándome un ojo.

Regresé a la otra mesa para coger el bolso cuando Daniel agarró mi mano por sorpresa, interrogándome con la mirada.

—Voy al baño. Ahora vuelvo —le respondí con toda la convicción que pude.

Me deslicé hasta la entrada. Habían pasado unos minutos desde el mensaje de Alejandro. Quizá estuviese enfadado y conduciendo ya hacia su casa. Por suerte mi bolso volvió a vibrar.

Alejandro: Estoy en el aparcamiento.

Bien. No se ha ido. Eso ya es algo, pensé.

Crucé entre un grupo de personas que intentaban acceder al local, y bajé las escaleras, a contra corriente.

Alejandro estaba apoyado en su Porsche, con los brazos cruzados, con una pose de anuncio. Llevaba un traje gris con corbata, y verlo tan elegante me pareció lo más *sexy* del mundo, pero no sabía cómo interpretar su expresión, entre seria y disgustada.

¿Estaría enfadado? ¿Expectante? ¿Excitado?...

15. Hierbas con lima

Abrió la puerta del copiloto sin mediar palabra y me invitó a subir con un gesto.

Me quedé plantada mirándolo fijamente.

—¿Qué haces? ¿El toque de queda?

—No me has dicho que pensabas salir esta noche —fue su respuesta.

Rodeó el coche hasta el otro lado.

—Es que no pensaba hacerlo —dije remarcando las palabras—. He acompañado a Lola.

—Necesito una copa.

—Pues entremos. Todavía queda *show* por delante.

—Preferiría tomarla en tu piso.

No me había besado, ni siquiera me había tocado. Respiré hondo, deseando que aquella noche acabara bien, y subí al coche.

Entramos en mi casa. Alejandro se quitó la americana y la colgó en una de las sillas del comedor. La camisa blanca por dentro del pantalón le quedaba muy *sexy*.

—¿Qué prefieres? ¿Una copa de vino o de hierbas? —pregunté con naturalidad, como si no hubiésemos estado sumidos en un silencio sepulcral todo el trayecto.

—Si son como el otro día, hierbas.

Entré en la cocina y preparé las bebidas, con el decisivo chorrito de lima. Al regresar encontré a Alejandro en el sofá, con la corbata aflojada, y una cara que no supe descifrar. Verlo con ese traje tan distinguido me estaba poniendo a cien.

Le tendí la copa helada sin dejar de mirarlo. Parecía más relajado, pero todavía no me sentía segura.

—Estás muy guapa con ese vestido.

—Gracias. Es de Lola. Nos fuimos de su casa sin planearlo y, como iba a ser solo por un momento, no vine a casa a cambiarme —dije dudando de si sería bueno dar tantas explicaciones.

Extendió su mano hacia mí y me acarició la pantorrilla con el índice. Fue subiendo, dibujando el contorno de mi muslo, mientras la piel se me erizaba a través del vestido.

Fue bajando la mano a lo largo de mi pierna hasta llegar al pie. Lo levantó y lo puso sobre su rodilla. Con suma suavidad me quitó el zapato de tacón. Comenzó a masajear mi pie.

—Umm... —ronroneé.

Me eché hacia atrás para facilitarle la tarea. Como un niño obediente, continuó con el delicioso masaje en el otro pie con sus fuertes manos.

Sus ojos destelleaban bajo la luz de las farolas, que se colaba por las ventanas. Me había situado justo debajo de él. Llevó sus manos hasta mi barbilla y acarició mi mejilla, antes de dedicarme un profundo beso que disolvió la incomodidad. Dejé la copa de dorado elixir para llevar las manos a sus caderas y bajar hasta sus glúteos.

—¿Por qué no querías quedarte allí? —pregunté cuando nuestras bocas se separaron.

Me miró con los ojos entornados y comenzó a desanudarse la corbata en silencio. Cuando los primeros botones de la camisa quedaron liberados, sus tatuajes atrajeron toda

mi atención y no pude evitar que mis manos recorrieran su cuerpo, como un imán que se activaba cada vez que redescubría su piel desnuda. No me resistí cuando me liberó del vestido y me quedé en ropa interior.

Las puntas de sus dedos acariciaban mi cintura y, a medida que se acercaba a mis pechos, crecía el hormigueo en mi piel. De nuevo me besó y su mano se deslizó por debajo del encaje de mis braguitas.

—Estás húmeda...

—Y más que lo voy a estar si sigues tocándome.

Cerré los párpados para concentrarme en sus caricias, pero fue la intensa fragancia de su perfume la que me hizo volar. Cuando se desabrochó el cinturón volví a la realidad. Al cabo de unos instantes, su gruesa verga presionaba mi muslo. Aparté las braguitas sin quitármelas y llevé un poco de mi saliva hasta su glande. Acaricié su extrema suavidad mientras mi mano resbalaba arriba y abajo. Comenzó a abrirse paso en mi interior, haciendo que su ancho y divino miembro me proporcionara las sensaciones que ya ansiaba.

Me penetró con inusitada calma y mis músculos se cerraron sobre él, mientras mi pierna se apoyaba sobre su hombro, en una postura en la que su penetración se hacía aún más profunda. Disfruté contemplando su rostro, que me observaba con la mandíbula apretada y los ojos ardientes, a pesar de tenerlos entrecerrados, conteniendo el estallido al que nos acercábamos.

Me acaricié el clítoris con las yemas de los dedos. Sus embestidas no cesaban, con un ritmo suave pero delicioso. Con la otra mano acariciaba su espalda, su torso, su culo desnudo.

—Estoy a punto de correrme —dije.

Y de pronto, se detuvo, cogió mi mano por la muñeca, y la retiró de la húmeda estimulación. Yo lo miré asombrada.

—Sigue... —supliqué.

—Vamos a tomárnoslo con calma —susurró inclinándose para besarme el cuello mientras su miembro permanecía inmóvil en mi interior.

—Alejandro, por favor.

Con una media sonrisa, comenzó a moverse de nuevo, de una forma tan lenta que disparaba mi deseo de devorarlo con ansiedad. Milímetro a milímetro, se deslizaba hasta el exterior, para volver a zambullirse en una abertura cada vez más caliente y untuosa que reclamaba a gritos una penetración más salvaje.

Empecé a pensar que, aunque era muy placentero, la ascensión sensorial que había estado a punto de estallar instantes antes se había esfumado entre mis dedos, y lo odié por ello.

Por fortuna, su velocidad aumentó, y su magnífica polla entraba y salía presionando todas mis terminaciones nerviosas.

—¡Oh sí! Voy a corrermeeee... —exclamé ante una corriente cálida que me recorría la

espina dorsal.

Paró en seco.

—Por Dios, Alejandro, ¿te estás vengando de mí? —pregunté inquisitiva.

Me miró con los ojos muy abiertos y, aunque pretendía mantener el semblante serio, se le escapó la risa.

—¿Venganza? ¿De qué iba a vengarme?

Miré a un lado sin saber qué responder. Entonces, se acercó para susurrarme, con aire misterioso:

—Esto es para que tengas un orgasmo más intenso.

—Me estoy poniendo nerviosa. Al final no voy a poder correrme.

—Pronto obtendrás tu recompensa, sirenita.

—De acuerdo, pero ahora dirijo yo.

Y desenroscando mi pierna, lo forcé a retirarse de mí. Cuando su miembro salió por completo me sentí vacía de él. Le indiqué que se echara sobre el sofá y me obedeció haciendo una mueca burlona, como si recibir mis órdenes le resultase de lo más gracioso.

Me senté sobre su regazo y cogió con fuerza mis caderas. Me deslicé sobre su rígido falo, que se abría camino por mi coño, tan mojado y resbaladizo.

—Quiero que cabalgues sobre mi polla... —dijo entre gemidos.

Sus brazos me dirigían como una muñeca, con una inusitada fuerza, yo quería llevar el control, pero el placer me abrumaba, así que le dejé hacer. Arqueeé la espalda y eché la cabeza hacia atrás, mientras él entraba y salía con dulzura. El hormigueo aumentaba y no podía soportar la idea de que se parara de nuevo dejándome a las puertas del placer.

Agarraba con fuerza mis nalgas y deseé que sus manos se quedaran marcadas en mi piel, testigo de la energía visceral que se desataba entre nosotros.

Comenzó a dirigir mis caderas con mayor velocidad, clavándome una y otra vez sobre su endurecido miembro. Desde lo más profundo de mi garganta se desató un aullido ante la llegada del ansiado orgasmo. Llevó su mano a mi boca para acallar el escándalo y percibí el sabor a sexo y sudor. Un caleidoscopio de sensaciones estalló con una furia animal y sentí como mi propio cuerpo eyaculaba sumergido en aquel sinsentido de placer.

Su verga seguía atravesándome sin clemencia cuando el volcán que me había invadido comenzó a relajarse.

Solía quedarme hipersensible después de un orgasmo, y cualquier roce me molestaba, pero llevar mi cuerpo al límite estaba dando resultados interesantes. Seguía tapando mi boca, pero yo aumenté la ferocidad de los envites. Incluso llegué a morderle un dedo, cuando la explosión de sentidos me convirtió en una gata salvaje, pero él no se apartó ante mi locura. Mis gritos ahogados me mostraban que ese nuevo torrente de sensaciones era real.

Rodeó mi nuca y me dirigió una intensa mirada mientras yo seguía extasiada, sumida en

el orgasmo más largo del mundo. La expresión de su rostro me mostró que él también se estaba corriendo. Absorbí la visión de su placer. Me acerqué para besarlo, sin dejar de observar sus ojos, que brillaban ardientes en la penumbra.

Me quedé enroscada a él sobre el sofá mientras recobraba el aliento. Acariciaba su pecho mientras él me rodeaba con sus fuertes brazos, aunque me pareció que se había dormido.

Apoyé mi cabeza sobre su hombro, escuchando los latidos de su corazón, que regresaban a la normalidad. Acababa de proporcionarme el orgasmo más largo de mi vida, y una parte de mí decidió que, pasase lo que pasase, no me alejaría de él jamás.

Las notas musicales que anunciaban la entrada de un nuevo mensaje sonaron con un incómodo escándalo en mitad del silencio. Estaba casi dormida y me desperté. El brazo de Alejandro me rodeaba y me era imposible girarme para alcanzar el teléfono, de modo que lo ignoré, pero el tono del mensaje volvió a sonar. *Mierda. ¿Quién coño me está escribiendo a estas horas?*

Alejandro abrió un ojo y me apretó más contra su pecho. Volvió a cerrarlo. Yo lo abracé y mis dedos volvieron a recorrerlo con caricias y pequeños besos. Aspiré su fragancia. Acostumbraba a recordar a mis amantes por sus colonias. En el caso de Alejandro, el aroma que siempre le acompañaba, el de su perfume, intenso y viril, que aún no había logrado identificar, se sumaba ahora al olor fiero y salado del sexo.

Oí un pequeño gruñido, quizá desde la profundidad de un sueño. Pensé que quizá debía despertarlo y meternos en la cama para seguir durmiendo lo que quedaba de noche.

Un tercer mensaje sonó en el puñetero teléfono.

—Alguien te busca —murmuró todavía con los ojos cerrados.

Me incorporé. La pantalla del teléfono seguía iluminada. Eran mensajes de Daniel:

Daniel: ¿Dónde te has ido?. Dice Lola que no volverás. He aparcado al lado del Keeper. Vente conmigo a casa.

Silencié el teléfono antes de dejarlo en la mesa. Alejandro, con la cabeza erguida, apoyada en la mano, me observaba expectante.

Sus ojos color miel se clavaron en mí y se me hizo imposible mentirle. No obstante, decidí omitir aquella parte de la historia en la que yo huía por la ventana medio desnuda. Le expliqué quién era Daniel.

—Lo conozco. He coincidido con su familia en algunos negocios.

Me picó la curiosidad, pero no quería seguir hablando de ese tema. Daniel me hacía ver el lado más mezquino y egoísta de los hombres, y no quería enfurecerme mientras yacía junto al bombón que tenía en mi sofá.

Una vibración hizo que el móvil se deslizara sobre la mesa. No tuve más remedio que cogerlo de nuevo.

Daniel: ¿Dónde andas? Estoy solito sin ti...

—Sigue insistiendo. Quizá debería responderle algo.

Me atrajo contra su cuerpo, me abrazó con fuerza, y hundió su cara entre mi pelo y mi cuello.

—No quiero que otros hombres piensen que estás disponible —me susurró.

Sus palabras atravesaron todo mi ser. Arquee la espalda como una gatita mientras me abrazaba, buscando mi boca. Un dulce beso, húmedo y caliente, hizo que se me resbalara el móvil de las manos.

Me miró con sus ojos profundos y una sonrisa llena de promesas.

Rescaté el teléfono de entre los cojines y, sin apartarme de la calidez de su cuerpo, escribí mi respuesta.

Victoria: Lo siento, he tenido que marcharme. Mañana tengo mucho trabajo. Buenas noches.

Presioné el botón de enviar y activé el modo avión para que no volviera a molestarnos.

—¿Vamos a la cama? —pregunté en voz baja.

Se incorporó y me cogió en brazos. Solté un pequeño grito que enseguida se convirtió en risas.

Ibiza, 23 de enero de 2015

—¿Quieres que dibujo mapa otra vez?

—No. No se trata de eso. Sé perfectamente de lo que estamos hablando —respondió él tratando de pronunciar cada palabra con claridad.

—Nuestro arquitecto en Moscú ha aprobado proyecto. ¡Necesito garantía antes de empezar con planos!

—Boris, te he dicho que es imposible. No depende de mí, ni de nadie que pueda tomar la decisión para que las circunstancias cambien. —Su corazón latía desbocado mientras trataba de aparentar serenidad.

—¿Nos vas pedir más dinero? ¿No suficiente? —espetó el ruso golpeando la palma de la mano sobre la mesa.

—No se trata de eso. Tienes que comprender que en España no funciona así... No todo se puede comprar. —El hombre tragó saliva antes de continuar—. Y mucha gente se toma las tareas de preservación muy en serio.

Boris se puso en pie. Unos ojos fieros, con un porte de metro noventa le ahorró tener que decir nada más.

—Pero... Pero te prometo que voy a encontrar un modo. Sí que va a costar dinero, pero no como un pago directo. Dame unos días y verás que todavía puede hacerse algo.

—Eso espero. Por tu bien.

Capítulo 7: viernes, 19 de mayo

16. Walther

Abrí los ojos. Alejandro dormía y mi reloj marcaba las seis. Yo necesitaba pocas horas de sueño para sentirme bien, así que me levanté con cuidado y salí al pasillo. Fui directa a la máquina de café. Necesitaba mi dosis de cafeína con urgencia.

Decidí aprovechar las primeras horas del día para avanzar trabajo. Me duché, me puse un vestido Charo Ruiz color orquídea y, tras tomar la medicación, eliminé los restos de maquillaje. Me serví un segundo café mientras reflexionaba sobre la actitud de Alejandro; deduje que su comportamiento, un tanto brusco, estaba relacionado con los celos. Sin duda, era un hombre con un carácter posesivo, quizá algo exagerado, dado que nuestra relación podía medirse en horas: pero esa actitud me halagaba.

Cogí mi teléfono y volví a conectarlo. Mientras iban entrando los mensajes, recogí la camisa blanca que le había arrancado con ansia y la colgué en mi vestidor junto con las otras prendas desperdigadas por la estancia; tuve especial cuidado con lo que me había prestado Lola, que metí en una bolsa de *boutique* para devolvérselo.

Los zapatos de Alejandro estaban medio escondidos bajo el sofá y, al cogerlos, palpé un objeto frío y duro junto a ellos. Cuando me quise dar cuenta, tenía en mis manos una pistola metida en una funda negra.

La solté y cayó al suelo junto a mis pies, con un golpe sordo. Me quedé inmóvil, miré a la puerta cerrada de mi dormitorio, esperando no haberlo despertado.

Dios mío. Tiene una pistola.

Me agaché para recogerla y, al hacerlo, la empuñadura resbaló un poco hacia el exterior y pude observarla. Era de un color oscuro, sin llegar a negro. A la altura del gatillo pude leer en relieve la palabra «Walther», dentro de una especie de banderita.

Decidí dejarla donde la había encontrado y me senté en el otro extremo del salón, observando el cuero negro que la envolvía y que ahora podía distinguir con claridad junto a sus mocasines de Gucci.

¿Por qué llevaba Alejandro un arma? ¿Por qué había entrado en mi casa con ella? Nunca en la vida había tenido una pistola a mi alcance, y menos entre las manos. Me acerqué, y le di un golpecito con la punta del pie derecho. El peso y la dureza revelaron que no era producto de mi imaginación, aquello no era ninguna broma, ni era un arma de juguete ni simulada.

Necesitaba más café, fui a la cocina a preparar un *capuccino*, y decidí que no iba a dejar que aquel descubrimiento me perturbase. La recogí con mucho cuidado, junto a los zapatos, y lo dejé todo encima de una silla en el vestidor, como si tener una pistola en casa fuera lo más normal del mundo.

Me senté en mi despacho y abrí el Trados, un *software* diseñado para las traducciones más complejas y que utilizaba para trabajar. Necesitaba evadirme del descubrimiento, pero aunque el párrafo que tenía delante no albergaba ningún secreto, mi mente se había quedado vacía. Miraba la pantalla con cara de boba y pensaba en la gravedad del asunto.

¿Qué hago cuando se levante? ¿Actúo como si fuera algo natural? ¿Me enfado? ¿La escondo? El sonido del móvil me sobresaltó:

Lola: Espero que tuvieras un final feliz. Yo me voy a trabajar y, al mediodía... ¡Premio!

Comenzaba a escribir mi respuesta cuando volvió a sonar:

Philip: ¡Sois unas brujas! ¡Me habéis despertado!

Victoria: Seguiría en la cama, pero estoy desvelada. Aunque entre mis sábanas hay ahora mismo un maravilloso ejemplar masculino. Desnudo, por supuesto.

Decidí no comentarles nada del arma. Era un tema demasiado serio, aunque una parte de mí deseaba exponer el problema.

Philip: Pues no pierdas tiempo con tonterías. Ve y viólo por mí.

Lola: Espero tener la misma suerte esta tarde...

Dejé el teléfono a un lado. ¿De quién necesitaría defenderse Alejandro Ortega para llevar un arma encima?

Oí un ruido detrás de mí. Me giré de un salto y lo descubrí en el umbral de la puerta mirándome somnoliento.

Le respondí con una débil sonrisa sin saber cómo debía abordar el tema.

—Buenos días, sirenita. Eres muy madrugadora.

—No necesito dormir mucho. ¿Quieres un café?

—Me encantaría.

Me levanté y, al cruzar la puerta, me cogió por la cintura, y me plantó un dulce beso en el cuello.

—Espérame en el salón, enseguida te lo traigo.

Sus ojos no se separaron de mí cuando pasé de largo y entré en la cocina. Parecía desconcertado ante mi seriedad. Mi cerebro iba a mil por hora sin tener claro qué debía hacer.

Saqué una taza del armario y pulsé el botón de la cafetera abstraída, sin comprobar siquiera si el depósito tenía suficiente agua. Alejandro me esperaba sentado en una de las butacas, con el mando en la mano y el canal 24h en la televisión.

—Gracias —exclamó.

Me senté frente a él, crucé las piernas y coloqué las manos sobre la rodilla mirándolo con detenimiento.

Su cuerpo resultaba impresionante. Solo llevaba unos bóxer negros de Armani y, a la luz del día, podía deleitarme con la visión de cada uno de sus músculos, firmes bajo su bronceada piel. Lo miré a los ojos tratando de suprimir el erotismo para centrarme en lo que me preocupaba, acallando los gritos de esa lujuriosa parte de mí que lo único que deseaba era lanzarse a sus brazos.

Se me escapó un resoplido.

—¿Estás bien, Victoria? —preguntó sorprendido.

—Sí —dije con los dientes apretados. Me levanté—. ¿Quieres algo para desayunar? —le dije ya desde la cocina.

Estaba furiosa y no sabía disimularlo ni canalizarlo.

Saqué de la nevera mantequilla, mermeladas y un poco de jamón york y lo dejé sobre la encimera.

De repente, sus manos rodearon mi cintura, hundió su cabeza en mi pelo y me besó en la nuca. Una corriente eléctrica me atravesó y, por un momento, sentí que nada importaba si podía perderme entre sus brazos. Se acababa de levantar, pero su erótico olor me hizo sentir húmeda una vez más.

—¿Qué te preocupa, sirenita?

Decidí abordar el tema con honestidad, pero no me atreví a girarme y encontrarme con la profundidad de su mirada.

—He encontrado algo que no me esperaba.

Me giró hasta colocarme frente a él. Me escabullí por debajo de su brazo y encontré el polémico artefacto allí donde lo había dejado. Lo levanté, sintiendo su peso y regresé a la cocina. Alejandro estaba bajo el marco de la puerta.

—He encontrado esto mientras recogía la ropa. —Se la tendí pensando que por fin podía liberar mi enfado.

—La próxima vez, déjala donde esté. No deberías haberla tocado —dijo con una mirada gélida, muy diferente al Alejandro juguetón de unos segundos antes.

La dejé caer asqueada, como si fuera un pañuelo lleno de mocos, y él la cogió antes de que llegara al suelo.

—Explícamelo, Alejandro. ¿Por qué tienes un arma?

—Tranquila, tengo licencia. Y es por protección.

—¿Protección? ¡Ni que esto fuera el salvaje oeste!

—Lo siento, Victoria, pero no tengo por qué darte explicaciones.

—De acuerdo. Tienes razón. No soy quién para exigir nada, pero ¿por qué metes eso en mi casa? Creo que ese detalle sí me afecta.

—Por mi trabajo necesito protegerme.

—Por el amor de Dios, estamos en Ibiza. —Me senté en una de las butacas con la cabeza entre las manos.

Le oí entrar en el vestidor, después en el dormitorio, y deduje que se estaba vistiendo. Levanté la mirada, y me lo encontré de frente. Se puso en cuclillas y, con un gesto mucho más cálido, me cogió de la barbilla y me dio un beso en los labios. Supuse que mi rostro seguía transmitiendo mi enfado.

—Tengo que irme a trabajar. Ya hablaremos.

Y se fue, dejándome sumida en un mar de dudas.

17. Santos

Hacía unas horas que me sentía triste y frustrada. Solo había conseguido avanzar una página. En mi cabeza se repetían las palabras y los gestos que Alejandro me había dedicado. Sabía que, en aquel estado de ánimo, no iba a lograr nada significativo, por lo que apagué el ordenador y cogí el portátil. Necesitaba salir de casa lo antes posible.

Aparqué frente a la bolera de Playa d'en Bossa. Ibiza está llena de playas hermosas, pero hay chiringuitos que exigen un consumo mínimo abusivo. Por suerte, cuando vives en la isla acabas sabiendo donde es mejor ir en cada momento.

Ese día le tocaba el turno a ese rincón de la playa infinita de arena blanca más cercana al centro. Me instalé en una de las tumbonas frente al Hotel Santos para concentrarme en la traducción de la novela y disfrutar del wifi.

Las siguientes tres horas pasaron volando. Estaba sorprendida de lo que podía avanzar sin pensamientos invasores. Cuando sentía mucho calor, me zambullía en el agua y regresaba al trabajo con la mente despejada.

Con los auriculares podía aislarme del mundo y centrarme en el trabajo, por lo que, a pesar de la sombrilla, mis piernas empezaban a adquirir un tono rosado. Era casi la una, así que decidí entrar en la terraza del hotel, a unos escalones de distancia.

La decoración azul turquesa contrastaba con un blanco impoluto, mientras sonaba un suave *acid jazz*. Me senté en un taburete de madera en la barra lateral.

Escogí un zumo de naranja, fresa y zanahoria, y frutos secos. Saqué el teléfono con la esperanza de encontrar un mensaje de Alejandro, pero me topé con su silencio.

Me sentía como después de una pelea, pero en realidad ni siquiera habíamos discutido. De hecho, él, aunque se marchó de forma abrupta, lo hizo con una sonrisa. Me planteé seriamente si mi actitud no había sido demasiado exagerada.

El restaurante del hotel se iba llenando. El olor de la comida despertó mi hambre y estaba a punto de pedirle al camarero un sándwich club cuando dos manos se posaron sobre mis hombros. Traté de girarme, pero comenzó a masajearme la nuca y las cervicales con firmeza.

—Estás tal y como te recuerdo.

Aquella voz... Aquella forma de tocarme el cuello... Y aquel perfume con un toque de canela.

Me giré para encontrarme cara a cara con mi ex. El corazón me dio un vuelco.

Cogió mi cara con su mano y me dio un beso en la mejilla. Maldije en silencio por no llevar puesto el *trikini* super *sexy* que me había regalado Philip por mi cumpleaños.

—Lorenzo.

Se sentó en un taburete frente a mí. Tenía el pelo más largo de lo que recordaba, liso y de un rubio brillante. Sus ojos, de color aguamarina, me miraban como pensando qué decirme a continuación. Conocía bien sus gestos, porque habíamos estado enrollados durante más tiempo del debido.

—¿Qué tal todo? ¿Bien?

—Sí.

—¿Has venido a comer?

—No.

—¿Estás con Lola y Philip?

—No.

—¿Vas a responder todo el rato con monosílabos?

—Pues... no.

—Venga, Vicky. ¿No vas a contarme nada?

—¿Qué quieres que te cuente?

—Pues cómo estás, qué has hecho este invierno...

—¿Y por qué debería importarte?

—Victoria, ¡por favor! ¿No vas a olvidarlo nunca?

—Que yo sepa, no hay nada que recordar.

—Pues para mí, sí —dijo levantándose del taburete. Sus ojos ya no brillaban alegres como hacía unos instantes. No me gustaba verlo triste, y menos todavía provocar su desazón, pero me sentía incapaz de fingir ser otra persona y de actuar como si nunca hubiese ocurrido nada malo entre nosotros.

—No he venido a pelearme. Te he visto y he querido hablar contigo. Llegué ayer a Ibiza. Tenía pensado llamarte.

—Y Vanessa, ¿qué tal está? —dije tragando saliva.

—Ni idea. No la veo desde hace mucho. Se lio con un productor en Londres y me dejó.

—Vaya, lo siento.

—No, no lo sientes —dijo él riendo mientras me señalaba con el dedo en tono burlón.

—Bueno... —Se me escapó una sonrisa—, en realidad no.

Me giré a un lado para coger mi zumo. Parecía más centrado desde la última vez que lo había visto, poco tiempo después de que lo pillase en plena acción con una de mis compañeras del gimnasio. Creo que no llegué a estar enamorada de él, pero congeniábamos bien, y siempre pensé que lo nuestro podría haber llegado lejos. Aun así, fue un duro golpe para mí y, aunque creía que ya lo tenía superado, verlo había reabierto la herida.

Lorenzo me cogió de la mano de repente. Me pilló por sorpresa y el vaso se me resbaló y estalló contra el suelo. El camarero puso cara de disgusto. Supuse que un vaso hecho añicos no era muy bienvenida, en un lugar donde la mitad de la gente iba descalza.

—Ha sido mi culpa —musitó Lorenzo—. Déjame invitarte a algo.

—No, gracias. No hace falta.

Mi intención era pagar la cuenta y regresar a casa, pero me cogió del codo.

—Vicky, escúchame. Solo quiero tomar algo y que nos riarnos un poco. No puedes estar enfadada conmigo toda la vida.

—No es enfado. Es...

—Mira, voy a pedir unos cócteles y nos los tomamos con tranquilidad.

No era mi estilo actuar como una persona vengativa y arisca. Tiempo atrás, hubiese deseado tener una ocasión como aquella para conversar con él y sacar una conclusión de lo ocurrido. Algo me decía que sería un ejercicio bueno para ambos.

—De acuerdo, tomemos una copa.

Nos sentamos en una de las tumbonas en el *chill out* que Lorenzo tenía reservado. La inmensa cama cuadrada estaba cubierta por un techo blanco de sinuosas curvas que parecía ondear al viento. Me apoyé sobre los mullidos cojines y él, tras dejar los cócteles sobre la mesa, se sentó junto a mí.

—¿Sabes? Tenía ganas de volver a Ibiza.

—¿Por dónde has estado?

—Inauguramos una fiesta en un club de Londres y desde aquello no he parado. He pinchado en París, Moscú, Nueva York, Sao Paulo...

—Pues enhorabuena, DJ Van der Gard —le felicité y se me escapó una sonrisa.

—Bueno, solo ha pasado lo que tiene que pasar cuando te esfuerzas mucho y no desistes —dijo tratando de ser modesto—. Y tú, ¿qué haces aquí?

—He venido a tomar algo, llevo unas horas trabajando en la playa.

—¿Sigues con las traducciones?

—Sí. Llegué a las ocho y pico. Necesitaba calma.

—Deduzco que has avanzado bastante —asentí—. Y no es bueno para tus neuronas que sigas currando sin comer.

La cara de chico travieso que puso me hizo reír. Me recordó un tiempo breve, pero feliz.

—Lorenzo, no fuerces las cosas; podemos charlar lo que dure esta copa, pero luego me marcho.

Apartó la mirada del horizonte y la fijó en mí.

—Puede sonar forzado, pero me gustaría que fuéramos amigos, Victoria.

De repente, empecé a sentirme incómoda. Se acababa de disolver parte del dolor que sentí tras nuestra ruptura y, aunque tenía claro que no iba a caer de nuevo en sus redes, no había motivos para enquistarme en el rencor. Al fin y al cabo, lo nuestro había sido bonito mientras duró.

Debí de sonreír con ternura, porque entrechocó mi copa con la suya y me guiñó un ojo.

—Te he echado de menos, *kleintje* —susurró. No había vuelto a oír esa palabra desde hacia un año. Era muy cariñosa. «Pequeña».

Yo ya estaba en pie, bolso en mano

—Quédate. Es la hora de comer.

—Te lo agradezco, pero he de marcharme.

Se levantó y me cogió de las manos. Acercó sus labios a los míos en cámara lenta, pero yo le brindé mi mejilla. Nos dimos dos besos amistosos y me alejé.

Antes de arrancar mi Polo, les escribí un mensaje a Philip y Lola.

Victoria: No os vais a creer con quién he estado tomando un cóctel en el Hotel Santos... ¡con Lorenzo!

18. Mi fetiche

Llegué a casa muerta de hambre, fui directa a preparar el sándwich que no había llegado a comerme en la playa, y me senté en el salón.

La taza de Alejandro permanecía abandonada sobre la mesa, como testigo de los acontecimientos que nos habían alejado. En todo el día no había recibido ni un solo mensaje suyo, y decidí que, si al día siguiente no se comunicaba conmigo, sería yo la que claudicase, dando un paso adelante y tragándome mi orgullo. Me sentía demasiado hechizada por ese hombre como para dejarlo ir por una cosa así.

Me acabé el sándwich sin poner la televisión. Mi mente estaba muy ocupada con Lorenzo. Cuando se fue a vivir a Londres con Vanessa pensé que no volvería a verlo. Sin embargo, no tuve en cuenta que, siendo *disc jockey* iba a ser imposible que no volviese por la isla.

Lo había encontrado aún más guapo. Quizá porque se le veía más fuerte y tonificado o porque le envolvía el aura de «estrella» de la que antes carecía.

Me quité la ropa para darme una ducha.

El chorro de agua caliente masajeaba con fuerza mi espalda y no podía dejar de imaginar las manos de Alejandro acariciándome, sus brazos me rodeaban y luego me besaba con ternura. Al cabo de un rato me descubrí envuelta en una toalla sobre la cama. Todavía podía percibir su olor. Lo veía desnudo a mi lado, empalmado en toda su plenitud, y a punto de penetrarme. Hundí la cara en el cojín, absorbiendo su erótico aroma. Todavía no había descubierto qué colonia utilizaba, pero necesitaba averiguarlo pronto, me urgía tenerla en mi colección. Ese perfume sexual y exquisito tenía que ser mío.

Alargué la mano hasta el cajón de la mesita y saqué un pequeño vibrador rosa. Embarduné el dildo con saliva y lo puse en marcha. Acaricié mi vulva con suavidad mientras el juguetito se colocaba sobre mis labios vaginales. Estaba muy húmeda y deseosa de alcanzar el orgasmo. En mi mente veía a Alejandro con los bóxer ceñidos, sus tatuajes, sus abdominales, sus fuertes brazos y el cojín volvía a proporcionarme su olor, un aroma que me transportaba hasta el cielo.

De repente, me puse en pie para abrir el cajón de la cómoda donde guardaba mi más preciada colección. Levanté la tapa de la enorme caja negra de madera y descubrí mi tesoro sensorial de fragancias masculinas. Cada una de ellas representaba a un hombre real con el que me había enrollado alguna vez. Es una afición un poco extraña, pero cada una

de mis experiencias eróticas está ligada a un olor en concreto. Y disfruto atesorándolas para viajar a ese momento del pasado cada vez que me apetece.

Tomé la cajita de terciopelo azul que contenía la fragancia que solía llevar Lorenzo y volví a tumbarme sobre la cama. Una parte de mí decía que aquello no estaba bien, pero seguí adelante.

La destreza de Lorenzo en cuanto a sexo oral hacía que todo lo malo valiera la pena, solo por sentir cómo mi cuerpo se derretía ante su lengua. Alternando entre el suave aroma de la almohada y el de la colonia, con la deslizante saliva y la eficacia del vibrador, encadené tres orgasmos.

Cuando me levanté para vestirme estaba exhausta. Eran las cinco de la tarde, una hora estupenda para devolverle a Lola su ropa.

Abrió la puerta con una luminosa sonrisa.

—Vienes a contarme en persona lo de Lorenzo... Eso es porque ¡ha pasado algo! —exclamó traviesa.

Negué con la cabeza con una sonrisa y alcé la bolsa con sus pertenencias.

—La que debería tener noticias eres tú —repliqué—. ¿Cómo ha ido con Lucas?

—La comida ha sido muy formal y hemos tratado temas de trabajo, pero la forma en que no apartaba los ojos de mí cada vez que yo desarrollaba un argumento... Mmm... Ha sido deliciosa.

—Lo tienes en el bote, tía —murmuré dándole un codazo.

—¡Pero lo mejor de todo ha sido el *e-mail*! —gritó levantándose de un salto y cogiendo el teléfono de la estantería.

No era una declaración de amor, pero el chaval le decía que se sentía feliz cada vez que se encontraban y que le gustaría que algún día se le contagiase aquel optimismo. Lola flotaba en una nube de felicidad y me alegré por su dicha.

Regresé a casa impregnada de un poco de magia de cuento de hadas y con una sonrisa estúpida en la boca. No cambiaría a Alejandro por nadie, pero hubiera preferido toparme con un príncipe azul que no guardase pistolas debajo del sofá. Estaba claro que escondía más de un secreto y deseé ser capaz de afrontarlo, sin importarme de qué se tratara.

Entré en el pequeño despacho y encendí el ordenador. Actualicé la carpeta remota de archivos con lo que había adelantado en la playa y, escogiendo una agradable compilación de *swing*, me puse manos a la obra para aprovechar la tarde.

Cuando llegó la hora de cenar estaba tan enfrascada en el trabajo que solo tomé un yogur. Alejandro no había dado señales de vida en todo el día y eso me entristecía. Empezaba a pensar que lo nuestro no había sido para él más que una relación esporádica como tantas otras. Pero a un amante espontáneo yo no le decía cosas cariñosas como «sirenita» ni le hacía promesas que no pudiese cumplir. Mi enfado de esa mañana se había centrado en la pistola, pero el que sentía en ese momento tenía más que ver con su forma de pasar de mí ante la primera discrepancia.

Con el teléfono en las manos había empezado a escribirle un mensaje. Necesitaba

decirle que estaba siendo muy maleducado por no haberme dicho nada en todo el día, pero pensé que yo era tan culpable como él. Después de borrar y reescribir el texto varias veces, desistí.

Tomé mis medicamentos, me metí en la cama, y me quedé frita abrazada a su almohada como una idiota.

Capítulo 8: sábado, 20 de mayo

19. Sorpresa

Cuando entré en los vestuarios, tras un montón de clases seguidas, estaba agotada. Solo quería regresar a casa y prepararme un gigantesco plato de macarrones carbonara.

Mis turnos en el gimnasio eran bastante irregulares y ese día, a las ocho ya estaba pedaleando y dando instrucciones a pleno pulmón.

Alejandro no me había enviado ni un triste mensaje. Habían pasado más de veinticuatro horas desde que nos habíamos separado y los hechos apuntaban a que estaba ofendido. Había tomado la decisión de llamarlo si no lo hacía él, pero ya no estaba tan convencida. Quizá su reacción me estaba mostrando su verdadera cara y sería mejor alejarse ahora de él en lugar de sufrirlo más adelante. No valía la pena invertir más tiempo e ilusión en un cabrón lleno de promesas vacías.

La adrenalina de las clases de *spinning* me había sentado bien. Pasé unos minutos prodigiosos bajo la ducha caliente, me vestí, y salí de los vestuarios con cierta prisa por regresar a casa. Al pasar ante el mostrador de la recepción, Sofía me llamó con un gesto.

—Victoria, un hombre quería saber a qué hora salías.

—¿Cómo era? —exclamé pensando en Alejandro.

—Tenía el pelo canoso.

—¿Ha dejado una nota o algo?

—No —respondió encogiéndose de hombros.

Salí a la calle en dirección al *parking* y, cuando estaba buscando las llaves del coche en mi bolso, un hombre con traje y corbata se acercó a mí.

—¿Señorita Svensson?

Lo miré extrañada. Era alto y delgado, con el pelo corto de color gris, y mantenía las manos tras su espalda. Por fuerza debía de ser el que había preguntado por mí.

—¿Sí?

Puso ante mí un ramo de rosas rojas que había mantenido escondido.

—Es para usted.

Me quedé estupefacta.

—Lo siento, creo que se equivoca.

—Es un regalo del señor Ortega.

El corazón me dio un vuelco.

—Acompáñeme, por favor. Hay un coche esperándola —dijo señalando un Hummer blanco en el centro del aparcamiento.

Mi mirada pasaba del coche al desconocido, mientras sostenía el ramo entre las manos, desconcertada.

Sonó el timbre que anunciaba la llegada de un nuevo mensaje. Después de más de un día de dudas e inseguridades, apareció en mi teléfono un mensaje de Alejandro.

Alejandro: Confía en mí.

Una sensación cálida de felicidad recorrió todo mi cuerpo. Miré al señor del pelo canoso, que esperaba mi reacción, y le sonreí.

Al acercarme al Hummer, se me escapó un saltito de alegría. En su interior solo había sitio para una persona, el resto estaba ocupado por una cantidad ingente de ramos de rosas rojas. Al iniciar la marcha, el coche giró hacia el lado opuesto al que yo creía, en dirección a Santa Eulària.

Le escribí un mensaje:

Victoria: Me has dejado de piedra.

Su respuesta fue instantánea.

Alejandro: Es que tenía ganas de verte.

Victoria: ¿Y dónde estás?

Alejandro: Es una sorpresa...

Victoria: Me gustan las sorpresas.

El cansancio que sentía unos momentos antes se había disipado. La fragancia de las rosas creaba la ilusión de estar en medio de un jardín y me moría de ganas de volver a tener a Alejandro rodeándome con sus brazos.

Saqué del bolso el estuche de maquillaje y me di un poco de color en párpados y pómulos y un toque con la minúscula máscara de pestañas.

Me acordé de que debía informar de la aventura a mis amigos y abrí el grupo de WhatsApp para, incluyendo una foto de la montaña de ramos de rosas, contarles dónde me encontraba.

El conductor giró a la izquierda en un cruce; nos dirigíamos hacia Santa Gertrudis. *¿Dónde me llevará?* Por un momento había pensado que íbamos al puerto deportivo de Santa Eulària porque Alejandro podría tener el barco allí, pero al encaminarnos hacia el centro de la isla, deseché esa opción.

El pitido del móvil sonó dos veces, y la pantalla se iluminó.

Lola: Madre mía. Menudo lujazo, tía. Es como de videoclip de raperos.

Philip: Lo bonito sería que te follara dentro del coche...

Llegamos hasta Santa Gertrudis, pero el conductor continuó hacia San Miguel. ¿Qué demonios había en San Miguel?

—Disculpe. ¿Podría decirme a dónde me lleva? —le pregunté al chófer.

—Enseguida lo verá, señorita. Yo no puedo decírselo.

Decidí escribir otro mensaje a Alejandro:

Victoria: Dame una pista... Estoy desconcertada.

Cuando volví a mirar por la ventanilla, nos habíamos vuelto a desviar, acercándonos al Puerto de San Miguel. Bueno, la teoría del barco, al fin y al cabo, podía estar bien

encaminada.

Alejandro: Estás muy cerca.

Entramos por una carretera más estrecha y comenzamos a ascender por la montaña cubierta de espesa vegetación mediterránea. Ahora sí empezaba a reconocer el misterioso destino.

20. Sa Talaia

Pocos minutos después, el coche se detuvo frente a la entrada del Agroturismo Sa Talaia, uno de los rincones más especiales de la isla.

Por suerte esa mañana mi ángel de la guarda debió susurrarme este vaticinio, ya que me había puesto un bonito vestido verde esmeralda de estilo ibicenco, otro de mi colección Adlib, en lugar de mi habitual atuendo de trabajo: mallas y camiseta. Solo eché de menos unos tacones con los que entrar en ese maravilloso hotel.

Salí del Hummer, muerta de vergüenza. El chófer me dijo que Alejandro me esperaba en la *suite* Presidencial, mientras me tendía una tarjeta. Él se ocuparía de que me hiciesen llegar el equipaje, refiriéndose a mi bolsa del gimnasio.

Al cruzar las puertas, se percibía un lujo reposado, casi ecológico, donde la armonía con la naturaleza se fusionaba con detalles de hierro forjado, muebles *art déco* con toques plateados y algunas obras contemporáneas.

Pregunté por la *suite* y el recepcionista me saludó por mi apellido. Era extraño tener a tanta gente pendiente de mí; un botones insistió en acompañarme hasta la habitación, que resultó estar en una casita independiente, frente a la piscina.

Mientras subía les mandé a Philip y Lola la ubicación desde mi iPhone para que supieran dónde me encontraba.

Aunque tenía la llave, decidí dar unos golpecitos. Nadie contestó. Me giré y el botones ya había desaparecido. Pasé la tarjeta por el lector y abrí. Antes de dar un paso llamé a Alejandro, pero nadie respondió. El sol se colaba, acogedor, filtrado por unas cortinas color plomo que se movían por el viento. Caminé hasta lo que parecía la salida a un balcón, llamándolo de nuevo.

—¿Alejandro?

Aparté la cortina de seda salvaje para salir a la terraza.

La densa vegetación solo dejaba entrever la montaña que nos rodeaba, logrando una privacidad poco habitual en la isla.

A mi derecha había una pequeña piscina de hidromasaje y, más allá, una mesa de hierro forjado con una botella en una cubitera de plata.

Alejandro apareció desde el otro lado de la terraza, caminando hacia mí con dos copas de *champagne*. Llevaba una camisa blanca con dos botones desabrochados y unos tejanos azules. Después de todo lo malo que había desfilado por mi cabeza, tenía la sensación de no haberlo visto en mucho tiempo. Se me aceleraba la respiración a medida que se acercaba.

—Espero haberte sorprendido.

—No sabes hasta qué punto —le respondí sin poder borrar una enorme sonrisa. Era feliz al tenerlo cerca, por mucho que una parte de mí lo quisiera negar.

En cuanto cogí la copa que me tendía, llevó su mano hasta mi barbilla y sus esperados labios me hicieron estremecer en un largo y dulce beso.

Percibir su piel me encendía. Bajé mi mano por su espalda hasta los pantalones y acaricié la tensión de su entrepierna. Me encantaba sentir cómo su miembro se endurecía con tanta rapidez.

Se separó de mí y me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Ya quieres pasar a la acción, sirenita?

Me sonrojé.

—Acompáñame —dijo cogiéndome de la mano.

Entramos en la habitación y nos sentamos en el sofá.

—Victoria, creo que te debo una explicación —afirmó más serio.

Apoyé la copa sobre mi regazo y asentí.

—Bueno, en realidad lo único que puedo decirte es que no puedo dártela.

—¿No puedes?

—Pronto lo entenderás, pero ahora no puedo explicarte nada. —Un atisbo de tristeza se reflejó en sus ojos—. Supongo que habrás imaginado cualquier cosa.

—Bueno, tampoco le he dado muchas vueltas —mentí.

Rodeó mi cintura con su mano y apoyó su cabeza sobre la mía.

—¿Confías en mí, Victoria? Porque yo confío plenamente en ti.

—Y aun así... no me puedes contar nada.

—De momento no. Pero, aunque nos conozcamos desde hace tan pocos días, confío en ti —dijo volviendo a clavar sus ojos en los míos—. Veo cosas que no había encontrado antes en otra persona —añadió—. Me siento mejor conmigo mismo cuando estás a mi lado.

Nada en el mundo podría haberme preparado para escuchar esas palabras.

Se acercó de nuevo, comenzó a darme besitos en la comisura de los labios hasta que su lengua se abrió camino en mi boca, mientras sentía que mi volcán interno comenzaba a activarse.

Lo rodeé con los brazos y, subiéndome un poco el vestido, me coloqué a horcajadas sobre él. Mis labios besaron su boca, su barbilla y su cuello, donde aspiré su excitante perfume. Abrí los ojos y me encontré con sus ojos color fuego mirándome con intensidad.

—Me gusta ver lo fácil que resulta tenerte con las piernas abiertas sobre mí —dijo reprimiendo una risita.

—No me costaría mucho ponértelo difícil. ¿Quieres comprobarlo? —le desafié fingiendo cara de enfado.

—¿Es una amenaza? —se burló.

Se levantó del sofá conmigo abrazada a su cuello y las piernas alrededor de su cintura, sin apenas esfuerzo.

—Nunca dejaría que te pasara nada malo. —Y me sujetó con más fuerza por los muslos.

Me dejó sobre la gran cama del dormitorio que estaba cubierta por una colcha de terciopelo color mercurio.

Se tendió a mi lado, me acarició la nuca y enredó sus dedos en mi pelo. De rodillas ante él, me quitó el vestido, y me quedé tan solo con unas braguitas de encaje *beige*.

Disfrutaba viendo cómo miraba mi cuerpo.

—Estás guapísima.

Me reí.

—Si no llevo nada.

—No necesitas nada. Estás absolutamente preciosa.

Avancé gateando hasta tener su rostro frente al mío. Que se sintiera tan atraído por mí me hacía feliz. Decidí que no importaban los secretos que escondiera ni la gravedad de aquello en lo que estuviera metido, pensaba estar a su lado, pese a lo que pudiese descubrir.

Sus pantalones comenzaban a no poder contener la presión de su entrepierna. Pasé mi mano por encima, sintiendo el calor que desprendía. Él se estremeció, mirándome con urgencia.

Me cogió por el brazo y me atrajo hacia él, devolviéndome a la cama. Ahora era él quien viajaba por mi cuerpo, recorriéndolo con la punta de la lengua y con esporádicos besos. Sentía una oleada de placer en cada punto donde me acariciaba. Comencé a desabrocharle la camisa, liberando los tatuajes de chico malo que tanto me excitaban.

Mis dedos recorrían sus abdominales, saboreando cada rincón de su anatomía. Me detuve junto a la cremallera de sus pantalones, me miró como a una niña traviesa que ha tocado lo que no debía y me cogió por las muñecas, con una leve sonrisa en los labios.

—He dicho que voy a compensarte. ¿Tengo que atarte para que me dejes hacer a mí?

La idea implícita en su amenaza no me desagradó del todo, pero obedecí.

—De acuerdo, tú mandas. —Y mis manos rodearon su cabeza. Me gustaba sentir los dedos enredados en su cabello, y aspirar su fragancia.

Dibujaba círculos con la lengua por todo mi cuerpo. Al llegar a mis braguitas las bajó con suavidad. Percibí su aliento y el vello de todo mi cuerpo se erizó. Sentirlo respirar mientras sus caricias recorrían mis ingles me resultó muy erótico.

Su cálida y húmeda lengua empezó a acariciar mi clítoris con sosiego.

—Me encanta que estés tan húmeda.

Uno de sus dedos entró dentro en mí, mientras, jugueteón, había abierto mi botón del placer, como una mariposa que despliega sus alas, y lo lamía haciendo círculos. El cosquilleo se había convertido en algo serio y notaba como me acercaba al orgasmo.

—Vas a hacer que me corra...

—Hazlo para mí, Victoria. Córrete para mí —suplicó sin cesar el ritmo de sus dedos.

Llegué al clímax con la fuerza de un tornado. Mi cuerpo se convulsionó dos o tres veces sin pensar en taparme la boca para ahogar los gritos de placer.

Alejandro se había quitado los pantalones. Necesitaba sentirlo dentro de mí y, como si me hubiera leído la mente, comenzó a rozarme la vulva con el glande.

—Te he echado mucho de menos —exclamé cruzando los tobillos detrás de él para devorarlo con mi sexo sediento.

—Estás húmeda y muy caliente. Me pones a cien, Victoria —me dijo mientras me introducía la polla.

Me tomó de la barbilla sin dejar de observarme, cogí su dedo y me lo introduje en la boca, succionándolo. Sabía a Moët & Chandon. Sus ojos se abrieron ante mi juguetona ocurrencia y sonrió cómplice.

Sus embestidas aumentaron de velocidad, y supe que iba a alcanzar un nuevo orgasmo. Su mano ahogó mis gritos. El clímax anuló todos mis sentidos menos el del tacto, imbuida en ese torrente de placer, sus embestidas se aceleraron y noté cómo se corría con fuerza en mi interior.

—Oh. ¡Sí! —gimió.

Se estiró a mi lado y me rodeó con el brazo. Nos quedamos acurrucados.

—Espero que no tengas planes para hoy —me susurró mientras jugueteaba con uno de mis rojizos mechones.

—Podemos quedarnos aquí todo el día —propuse deslizando mis manos por su torso.

—Nada de eso, señorita. Venga, vístete.

Le miré con el ceño fruncido.

Al atravesar la puerta, una intensa fragancia me dio un bofetón sensorial. La estancia se había convertido en un invernadero. Los ramos de rosas de la limusina estaban repartidos por la habitación.

—¿Y esto?

—Para que puedas disfrutarlos, le pedí a Samuel que los trajera.

—¿El chófer?

—Sí.

—Me encantan, aunque ha sido una exageración.

—Quería sorprenderte.

—Y lo has conseguido —sonreí.

Sin duda, era la imagen de la mayor cursilería que se pudiera imaginar, pero aun así me derretía como una dama enamorada. Rosas sobre el escritorio, la cómoda, la mesa del salón, la de la entrada... Menuda locura.

—Venga, vamos a vestirnos, vamos a comer —dijo dándome una palmadita en el culo.

Alejandro abrió un *trolley* negro y sacó una camisa de rayitas azules doblada como si acabara de llegar de la tienda.

En el baño saqué mi neceser de la bolsa del gimnasio y lo dejé junto a uno negro de Loewe que debía de ser de Alejandro. El espejo me devolvía una imagen relajada y algo sonrosada, pero sentí la necesidad de ponerme un poco de sombra de ojos, corrector de ojeras e iluminador.

Alejandro asomó la cabeza por la puerta entreabierta.

—¿Problemas?

—No, es que no he venido preparada. Solo llevo este...

—Vestido precioso que combina a la perfección con tus ojos.

Me cogió por las caderas y me atrajo hacia él, hablándome en susurros.

—Pensaba dejarlo para después pero, aquí tienes.

Abrió el armario de madera esmaltada en plata y sacó una voluminosa bolsa plateada con la palabra «Mayurka» en grandes letras angulosas color magenta. Me la tendió con una enigmática sonrisa.

—Gra... gracias —acerté a decir al reconocer el origen de la bolsa. Mayurka es la *boutique* más importante de Ibiza, donde compran las *celebrities* y las millonarias.

—Es un regalo para mi sirenita —dijo dándome un beso en los labios—. Venga, ¡ábrelo!

Me senté sobre la cama y deshice el lazo que cerraba la bolsa. Volqué con cuidado su contenido sobre la colcha. Extendí el primer paquete y encontré un vestido blanco de tirantes, de un tejido vaporoso y sensual. Todavía tenía la etiqueta, que rezaba en letras grandes y rojas: «Kenzo». Miré a Alejandro, que me observaba.

—Puedes cambiarlos si no te convencen.

Le sonreí y le di un largo beso, pues me había quedado sin palabras.

Había otros dos vestidos y unas hermosas sandalias de tacón doradas.

Me las probé rebotando de felicidad. Los zapatos bonitos son mi debilidad. Con el vestido blanco de Kenzo y esas sandalias, el espejo me devolvía una imagen mucho mejor que la de unos minutos antes.

—Creo que te dejas algo... —dijo señalando los últimos paquetitos.

—¿Lo has elegido tú?

—Bueno, he ido a la única tienda de mujer que se me ha ocurrido y la dependienta me

ha recomendado lo mejor.

El paquete más pequeño contenía un minúsculo bikini negro con un estampado que recordaba a la piel de un cocodrilo. También de Kenzo.

Le sonreí mientras abría el siguiente. En él encontré un bolso dorado a juego con los zapatos, ambos de Balenciaga.

—No ibas a ir sin el bolso a juego con los zapatos—murmuró como si fuera un experto en moda.

Hoy se lleva más un zapato y un bolso complementarios aunque diferentes, pero preferí no mencionarlo. Eran hermosos y, sin duda, una elección muy contemporánea.

—Cada vez que los vea me acordaré de ti.

—Espero que no te acuerdes de mí solo cuando te mires los pies.

—Lo difícil es no tenerte en la cabeza, créeme.

Me tendió el último paquete. De su interior apareció un delicado conjunto de lencería de color rosa pálido de Just Cavalli.

—¿Te gusta?

—Me encanta —afirmé acariciando la suavidad del encaje—. Y es de mi talla.

—Bueno, eso fue más difícil.

Lo miré, conteniendo la risa ante la cara que estaba poniendo.

—Tuve que describirle tus pechos a la dependienta.

Rio y salté sobre él, sentado sobre la cama, rodeado de vestidos, envolturas de seda y saquitos de raso. Lo cogí por el cuello y lo besé con pasión. Me devolvió el beso, pero pareció recordar algo. Se levantó de un salto haciendo que me incorporara yo también.

—Venga, vamos a comer. Luego si quieres improvisamos un pase de modelos.

—Solo si tú también lo haces.

—¿El qué? ¿Probarme ropa?

—Es que me gusta ver cómo te desnudas.

Su media sonrisa lo dijo todo.

21. Vapor

El restaurante se ubicaba en una terraza con vistas a la piscina tropical. Nuestra mesa estaba decorada con unas alegres peonías.

Me sentía muy relajada y feliz con el vestido blanco nuevo. Solo me venían a la cabeza buenos pensamientos y me embargaba una enorme paz. Alejandro separó la silla de hierro forjado de la mesa invitándome a tomar asiento.

Una camarera nos entregó las cartas. Todos los platos parecían muy apetecibles, pero no presté demasiada atención, porque estaba mirando a Alejandro, obnubilada por cómo se acariciaba los labios mientras leía la carta.

Sin pedirlo, nos trajeron un cóctel.

—Estás preciosa.

—Gracias, pero no tenías por qué regalarme todas esas cosas.

—Es solo ropa.

—Me halaga que hayas pensado en mí.

—Te dije que te compensaría.

Lo observé con deseo, saboreando sus palabras.

Tras repasar el menú, me dejé llevar por las sugerencias del chef y, después de la ensalada de burrata, elegimos unas tostadas de pan payés con jamón ibérico, quesos y embutidos de la isla. Ligero y delicioso.

La camarera trajo los platos con rapidez y pudimos comer en un rincón tranquilo, donde reinaba la privacidad. Me recosté contra el respaldo de la silla y, sin dejar de observarlo, di un sorbo a la copa de vino. Era interesante verlo tan complaciente y caballeroso. Pero solo necesitaba mirarlo un momento para que mi libido se despertara.

Estaba a punto de hacerle una pregunta, cuando alguien me interrumpió.

—Buenas tardes, Alejandro. No, por favor, no te levantes —dijo el desconocido cogiéndole del hombro cuando él hizo el amago de ponerse de pie.

Se trataba del director del hotel. Por su nombre deduje que era alemán.

—Espero que todo esté a tu gusto.

—Gracias, Helmut. Todo perfecto.

—Este mes esperamos a unos clientes que van a necesitar vuestros servicios —le dijo apoyándose en la mesa.

—No hay problema. Cuando lo sepas, llámame a mí o a la oficina, y lo gestionamos.

—Sé que quieren montar una fiesta muy grande. Seguramente en un barco. Tengo los detalles en mi despacho, voy a buscarlos.

Me sirvió más vino y, al cabo de un instante, Helmut regresó y tomó asiento entre nosotros. Por lo que entendí solían colaborar y Aurum le enviaba buenos clientes.

Alejandro me dedicaba alguna que otra mirada mientras seguían enfrascados en la conversación. Me aburría un poco, así que, con disimulo, me quité la sandalia y con el pie descalzo estiré la pierna colándola entre sus rodillas, por debajo del mantel.

Él me miró y tragó saliva. Helmut era el que hablaba en ese momento y la cara de concentración de Alejandro no tenía precio.

Avancé despacito con el pie hasta que noté sus partes íntimas. Lo miré con picardía, fingiendo que nada de aquello estaba pasando. Seguí acariciándole, y la dureza de su miembro se hizo patente. Tenía los brazos apoyados sobre la mesa y cerró los puños con fuerza, mientras respondía a una pregunta de Helmut, con el rostro casi impasible. Yo ya empezaba a conocer sus gestos y sus ojos revelaban cuándo la pasión se estaba desatando

en su interior.

Cogí una cucharada de helado de chocolate y la saboreé de forma pausada, sin dejar de observarle. Su pene ya estaba duro, pero su semblante se tornó más serio. Pensé que quizá le estaba poniendo en un aprieto y que, para él la situación no era ni *sexy* ni divertida. Aparté el pie de sus muslos, pero él me cogió del tobillo y me miró con profundidad, mientras yo lo observaba sorprendida. Comenzó a masajearme el pie y yo lo coloqué de nuevo entre sus piernas. Me daban ganas de escabullirme por debajo de la mesa y darle una sorpresa más pornográfica, pero eso sí habría sido una locura.

La camarera se acercó a decirle a Helmut que le esperaban en el vestíbulo, este se levantó y se despidió estrechando nuestras manos.

Volvíamos a estar solos.

—¿Síndrome de pies inquietos? —me preguntó arqueando una ceja.

—Más bien, síndrome de lujuria salvaje. —Sonreí.

Mi pie seguía entre sus piernas.

—Si quieres que lleguemos a la habitación sin que nos denuncien por escándalo público, mejor guárdate el piececito para más tarde.

Volví a colocarme la sandalia de tacón, como una niña buena.

Acabamos los helados, que ya se estaban derritiendo, y nos levantamos de la mesa. Alejandro posó su mano en la parte baja de mi espalda y nos marchamos hacia la habitación. Me coloqué bajo el brazo, con ilusión, el *clutch* dorado que me había regalado. *Algo bueno he hecho en otra vida para que me esté pasando todo esto*, pensé.

Abrió la puerta de la *suite* y, al entrar, una sacudida de agua de rosas nos volvió a dar la bienvenida.

—No sería difícil acostumbrarse a esto.

Me rodeó la cintura y me besó.

—Entonces, ¿va usted a continuar con lo que ha empezado, señorita?

—Por supuesto —exclamé con una sonrisa de oreja a oreja.

Me quité el vestido de Kenzo y salté encima de mi amante. Sus manos acariciaban mis pechos. Mis labios besaban cada rincón y le bajé la cremallera de los pantalones mirándole con deseo. Sonreí al descubrir, una vez más, la dureza de su miembro.

Al liberarlo, mi lengua lo recorrió, sintiendo su suavidad y calidez. Lo lamí con veneración, cada vez más pétreo. Acabé de quitarle los pantalones y quedó ante mí, sensual y expectante. Introduje su verga en mi boca y él gimió.

—Oh. Cuánto lo deseaba. He estado pensando en esto desde que tu piececito empezó a acosarme.

Quería darle placer, y comencé a succionar arriba y abajo. Mi mano se fue hacia sus testículos. Cuando los rodeé con suavidad con mis dedos cubiertos de saliva, sus ojos se abrieron como platos, y gimió. Estaba apoyado sobre unos cojines y podía ver todo el

espectáculo. Continué un buen rato aumentando el ritmo sin dejar de acariciarlos con sutileza.

—¡Oh, Victoria!, si sigues me voy a correr.

Continué haciéndolo muy despacio durante unos instantes, y poco después, mi ritmo aumentó. Tener su polla a punto de eclosionar en mi boca me ponía muy caliente, y saber que le estaba dando placer me provocaba una excitación similar al poder.

—Me corro... —Cogió mi cabeza, como para intentar apartarme, pero yo tenía otros planes. Mis caricias en sus testículos habían aumentado y empecé a tirar de ellos con suavidad.

Me retiré justo antes de que eyaculara, pero me volvió a acercar y su semen estalló entre mis pechos. Acaricié mi piel muy despacio, expandiendo el cálido elixir de textura pegajosa, sin dejar de mirarlo a sus ojos de fuego.

—¡Dios! Esto es increíble. —Jadeó mientras yo le miraba—. No voy a preguntar dónde has aprendido a hacer eso.

Gateé hasta tumbarme a su lado, con unas ganas locas de que me follara de una santa vez.

Acercó su boca a la mía, y antes de besarme, susurró:

—Me has hecho ver las estrellas, sirenita. —Su mano comenzó a acariciarme sin prisa, y se deslizaba por encima de mi ropa interior. Introdujo un dedo por debajo del elástico y me la quitó sin vacilar.

—Estoy cachonda desde que fuimos a comer.

—Vaya, pues habrá que poner remedio a eso.

Su falo comenzaba a tomar forma otra vez, y en unos minutos volvería a estar duro. Quería sentirme penetrada por ese adonis de ojos ambarinos cuanto antes.

Se levantó de la cama y me tendió la mano para que le acompañara al cuarto de baño, al abrir la puerta encontramos la estancia invadida por vapor.

—¡Mmm! ¡Perfecto!—exclamé encantada.

Al entrar, una cálida sacudida erizó el vello de mi cuerpo. Me senté en uno de los asientos laterales y me estremecí ante el ardor del mármol contra mis nalgas. Alejandro se arrodilló delante de mí y comenzó a besarme el cuello. Yo lo rodeé, mientras mis manos resbalaban sobre su piel sedosa. Al respirar, el vapor entraba, abrasador, en los pulmones, y se mezclaba con el deseo que palpitaba en mis entrañas.

Su boca bajó por mi piel, entreteniéndose en acariciar los pezones con la lengua. Mis manos revoloteaban por su pelo empapado mientras sus caricias me encendían más y más. Le susurré:

—Fóllame. Fóllame ya.

Sentí como su polla se abría camino despacio, resbaladiza. Emití un gemido de placer sin censurarme, sabiendo que mis gritos serían amortiguados.

Empezábamos a saber qué le gustaba al otro. Sus movimientos llevaban el ritmo perfecto para mí. Estaba a punto de correrme, las oleadas de placer recorrían mi espina dorsal, pero me faltaba un punto de apoyo. Deshice el nudo que mis piernas habían formado a su espalda y asenté un pie en la pared con firmeza.

Llegué al orgasmo entre gritos que salían de lo más profundo. Alejandro me contemplaba con sus ardientes ojos mientras yo experimentaba el placer más infinito, y empezó también a correrse, gritando con fuerza mientras descargaba todo su brebaje en mi interior.

Nos quedamos unos instantes sobre el suelo de mármol blanco fundidos en un húmedo abrazo. Me había hecho daño en un hombro por las embestidas, y ahora empezaba a notarlo, pero no importaba. Nada importaba mientras tuviera a Alejandro junto a mí.

Y como si pudiese leer mis pensamientos, me apretó con fuerza y me dijo al oído:

—Prométeme que siempre estarás a mi lado.

Mi respuesta fue un beso lento mientras me perdía en sus pupilas color miel. Me alzó en brazos y decidimos descansar sobre la cama un rato. Nos acurrucamos el uno junto al otro. Su embriagadora esencia me hacía sentir en paz.

Decidí sacar un tema que necesitaba aclarar.

—Alejandro... ¿Ayer te enfadaste conmigo?

—¿Por qué iba a enfadarme? —preguntó con el ceño fruncido.

—Por lo de la pistola.

—No me enfadé. Es normal que te desconcertara y te asustara. Siento mucho no poder darte las respuestas que necesitas, pero tienes que confiar en mí —dijo cogiéndome de la barbilla y mirándome muy serio.

—Y confío en ti. Plenamente.

Me besó y me volví a acurrucar sobre su pecho, donde me dejé arrullar por el acompasado ritmo de los latidos de su corazón, y me desvanecí en una profunda siesta.

22. Fan D'Oro

Cuando abrí los ojos, me encontraba sola en la habitación y una suave música clásica provenía del salón. Miré la hora. Las ocho de la tarde.

Me puse en pie y noté una molestia en el hombro. Recordé el golpe en el *hammam*. Además, sentí un ligero mareo. Dormir de día no me sienta bien.

Entré en la otra estancia. Alejandro estaba en el sofá, viendo en silencio un canal británico de finanzas y enfrascado con su iPad.

—Ya está aquí la bella durmiente —dijo haciéndome sitio junto a él—. Estabas adorable. No he sido capaz de despertarte.

Apoyé la cabeza en su hombro. En la *tablet* tenía abierta una aplicación de correo que no había visto nunca.

—¿Hambre? —me preguntó apagando la pantalla.

—Sí. Me muero de ganas de comer algo.

—He pedido que nos traigan unas cositas de picar.

—Me parece estupendo —dije bostezando.

—Por cierto, tu móvil ha sonado con unos cuantos sonidos diferentes.

Ostras. Mi teléfono. Me levanté y fui en busca de mi bolso. 6 llamadas perdidas. 9 mensajes de WhatsApp.

Tanto Philip como mi tía Rosana habían intentado encontrarme. En el caso de mi amigo, seguro que se moría de ganas de saber qué había pasado al llegar al hotel, pero a mi tía tenía que llamarla. Tendría que mentir sobre mi paradero.

Cogió la llamada tras el primer tono.

—¡Vicky! ¿Estás en casa?

—En la de Lola, vamos a cenar juntas —le dije mirando de reojo a Alejandro, que me observaba a pocos metros de distancia.

—Te llamaba por si te apetecía ir a hacer unas compras mañana.

—De acuerdo. Si quieres nos vemos sobre las once en Vara de Rey.

Me despedí y colgué rápidamente antes de que me hiciera más preguntas y me delatase.

—Así que, mintiendo a la familia... —exclamó jocoso.

—¿Qué quieres que le cuente? —repliqué colocándome entre sus piernas—. ¿Que estoy en un lujoso hotel con el tío más guapo y misterioso de la isla?

Acercó su cara con una media sonrisa.

—Es broma, cielo. Mientras a mí me digas siempre la verdad, a los demás puedes contarles lo que quieras.

Se puso de pie, me estampó un beso en la frente, y salió a la terraza.

Me quedé estupefacta ante su comentario. Si hubiera venido acompañado de un tono amenazador o de algún gesto, me lo habría tomado de forma diferente. Pero cuando esos ojos color miel me miraban, dulcificaban hasta el peor de los pensamientos.

—Hay una puesta de sol preciosa, ¿vienes? —gritó.

Atravesé las cortinas plateadas y en el cielo, un degradado de violetas, rojos, azules y naranjas se fundían en el aire ante la inminente despedida de la luz, tiñendo los árboles de hermosos colores.

Alejandro estaba apoyado en la barandilla y me uní a él, acariciando su espalda. Llevaba una camiseta negra y unos pantalones tejanos.

—Este lugar nunca decepciona.

—¿Has venido muchas veces? —pregunté, aunque eso había quedado más que patente teniendo en cuenta su relación con el director del hotel.

—A comer, a cenar, a darme algún masaje... Pero nunca a pasar la noche, como hoy.

—Me alegro de compartir contigo una primera vez.

Me rodeó con los brazos y se acercó peligrosamente a mi boca, pero en lugar de besarme, me anunció:

—Me muero de hambre, ¿tú no?

Asentí, sonriendo.

—Voy a llamar para que lo vayan trayendo ya —dijo antes de entrar en la habitación.

Llevaba el móvil en la mano, así que abrí el grupo de chat para leer los mensajes pendientes. Pensé que si Alejandro lo hubiese cotilleado mientras yo dormía estarían marcados como ya leídos, y no era el caso. Mi intimidad estaba todavía a salvo.

Philip: ¡Menudo hotelazo! ¡Qué locura, nena!

Lola: Yo iba a contaros que llevo toda la mañana intercambiando *e-mails* con Lucas. Pero esto lo supera, espero que te hayas llevado las esposas para atarlo a la cama.

Philip: Ni contesta, la tía. Deben estar chingando como conejos.

Lola: Victoria, dinos si estás bien. Son las cinco de la tarde.

Philip: Nena, llámame cuando veas mis llamadas, *please*. Y tú, guapa, guárdate algo para cuando veas a Lucas en persona, si lo habláis ahora todo con mensajes, no os va a quedar nada que deciros.

Lola: No dejan de entrarme correos suyos. Parece que se le da mejor escribir que hablar.

Philip: Victoria no da señales de vida. ¿A que nos la han matado a polvos?

Me apresuré a contestarles antes de que les diera por llamar a los bomberos.

Victoria: Siento haberos preocupado. Es cierto, el sexo ha sido una locura. Alejandro ha superado la prueba con matrícula de honor. Mañana os lo contaré con pelos y señales. Quiero conocer todos los detalles sobre Lucas.

Lola: Disfruta, niña. ¡Besitos!

Philip: Vuélvelo loco como tú sabes. Hasta mañana.

El sol casi se había ocultado y los tonos anaranjados habían dado paso a los violáceos. La belleza era inigualable. Oí unas voces en el salón y Alejandro salió a la terraza.

—La cena ya está aquí.

Sobre la mesa había varias bandejas y una nueva cubitera con una botella de vino blanco. Destapamos las bandejas y descubrí un solomillo de ternera, una ensalada de rúcula y una exuberante bandeja de langosta.

—¡Jamoncito!

—En el Ama Lur me quedó claro que te gusta.

Bajo las lámparas de retorcidas formas doradas como esculturas, la luz incidía sobre él con claroscuros, confiriéndole un aire misterioso. Cogió la botella y sirvió dos copas.

—Este es Fan D'Oro, mi vino blanco favorito, pruébalo.

Tomé la copa que me ofrecía y lo saboreé. Su gusto muy especial, como él.

—Entonces, ¿has elaborado ya el minucioso informe para tus amigos? Estarán locos por saber qué está pasando.

Le miré extrañada.

—Bueno, es cierto que les cuento cosas. Son mis mejores amigos de toda la vida y, a veces, necesitas hablar con quien más confianza tienes...

Me observaba con una ceja levantada, divertido.

—Pero lo de la pistola, te aseguro que no se lo he contado a nadie.

—Y yo te lo agradezco.

Me llevé la copa a los labios y me atreví a preguntarle:

—Ahora... ¿la llevas?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Bueno...

—Victoria, cielo, no me hagas preguntas cuya respuesta pueda hacerte infeliz.

Tragué saliva y sentí un pequeño pero intenso nudo en mi garganta. ¿Por qué se comportaba de manera tan críptica? Cuando hablaba de ello, su cara se transformaba y sus ojos palidecían.

Dejó la copa sobre la mesa, alargó el brazo y acarició mi mejilla con el dorso de la mano. Nos quedamos un rato mirándonos en silencio. Sabía que Alejandro tenía secretos. Me había hablado de su vida y conocía detalles íntimos de su pasado, pero tenía la sensación de que se guardaba muchas cosas para él.

Me sirvió un poco más de vino y me gustó descubrir que su gesto se había dulcificado.

—Cuéntame, ¿cómo fue tu infancia aquí, en Ibiza?

—Estupenda. Es un lugar fantástico para crecer, especialmente hace unos años, cuando había muchos menos turistas. Vivíamos en San José, en una casita donde todos nuestros vecinos eran payeses.

—¿Ibas allí a la escuela?

—No, mi antiguo colegio está muy cerca de tu casa. El liceo francés.

—¿Y a qué vienen unos orígenes tan europeos?

—Mi padre vino de Estocolmo siendo un poco *hippie*, conoció a mi madre y aquí se quedó. Con él hablábamos siempre sueco; con mi madre, español; con los abuelos, el ibicenco y, en el colegio, francés e inglés. Luego, en la universidad, aprendí alemán.

—O sea, que podrías trabajar en cualquier lugar del mundo —dijo guiñándome un ojo.

—Bueno, una de mis ideas cuando empecé la carrera era vivir en un montón de países, pero después de unos años fuera decidí instalarme en Ibiza.

Sobre la mesa solo quedaban las copas vacías y algunas migas de pan. Habíamos devorado la cena. Observaba a Alejandro mientras daba gracias al cielo por tener, solo para mí, a un hombre como él.

La temperatura había bajado y la brisa se hizo molesta.

—Hace fresquito.

—Te traeré algo —dijo levantándose de la silla.

Mientras lo esperaba pensé en cómo había cambiado la situación desde esa mañana. Llegué a estar convencida de que me tocaba almacenar ese *affaire* en el cajón de los perfumes masculinos, junto al resto de relaciones fallidas. Si no hubiese tenido noticias tuyas en unos días me habría mentalizado para pasar página. Ahora, sería un millón de veces más difícil alejarme de él.

Apareció con su americana negra y me la tendió. Mis brazos quedaban holgados dentro de las mangas y, al ponérmela, me rodeó su embriagadora fragancia.

—Gracias.

Me cogió la mano, la besó y me ruboricé. Sonrojarse por tal cosa era una tontería después del grado de intimidad al que habíamos llegado, pero esos detalles caballerosos, como de otro tiempo, tocaban una tecla sensible en mi imaginación plagada de príncipes y princesas.

—Va a ser mejor llamar para que recojan todo esto o se llenará de hormigas —dijo dirigiéndose al teléfono para avisar al servicio de habitaciones.

Crucé la chaqueta sobre mi pecho al notar una corriente de aire y noté un bulto en uno de los bolsillos. Metí la mano y palpé algo de plástico. Al llevarlo bajo la luz de la lámpara, vi unas pequeñas bolsas redondas cerradas por un fino alambre retorcido. Había más de una docena. Las volví a dejar en el bolsillo antes de que Alejandro apareciera. Tenía una idea bastante clara de lo que contenían, pero me negaba a creer tal cosa.

—¿Qué más puedo hacer por usted, señorita Svensson? —dijo acercándose hasta mi silla y rodeándome el cuello. Su aparición me sobresaltó.

—Todo está perfecto. Gracias, señor Ortega —contesté intentando ver más allá.

—¿Quizá un masaje para acabar el día?

Sus dedos se deslizaban por mis cervicales.

—Trato hecho.

Me puse de pie y sus labios no esperaron a unirse a los míos. Su beso era dulce y suave, pero no podía dejar de pensar en lo que había encontrado en el bolsillo. Me cogió de la mano y volvimos a entrar en el dormitorio, donde me quité el vestido mientras él no dejaba de observarme.

—Túmbate boca abajo.

Obedecí.

Sus manos untadas en crema comenzaron a recorrer con calma mis omóplatos. El olor que desprendía despertó mis instintos carnales de la forma más salvaje; era el perfume de Alejandro en su versión más pura. Quise preguntarle el nombre, pero no me atreví. Me sentía como una escultura que tomaba forma gracias a sus manos. Sabía bien dónde tocar y, al cabo de unos minutos, lo único que quería era ser penetrada por su magnífico falo, que ya comenzaba a sentir erecto contra mis nalgas.

Mi respiración se aceleraba y él era consciente de cuánto me estaba excitando. Sus

manos pasaban de la parte baja de la espalda a las nalgas, para después acariciar los muslos con suavidad. Se me escapó un gemido.

Deslizó sus dedos por debajo de mis braguitas y me estremecí. Apartó a un lado el tejido y comenzó a penetrarme. Sentía cómo su miembro resbalaba con facilidad dentro de mí gracias a la crema y a la humedad de mi excitación. Sus movimientos hicieron que arqueara mi espalda, vibrando de goce. Su mano bajó por mis caderas, hasta colocarla justo sobre mi sexo, acarició mi clítoris y multiplicó el placer que sentía al ser penetrada por su dura y firme polla.

Llegué a un orgasmo en el que no podía ver a Alejandro ni perderme en sus ojos color miel, pero sí escuchar sus gemidos de placer y oler su embriagador aroma. Su respiración y la cadencia de sus embestidas me indicaron que nos habíamos corrido al mismo tiempo.

Necesité unos segundos para recuperar el dominio de mis extremidades y me incorporé, todavía exhausta, para abrazarlo.

—Si todos tus masajes son así, debes tener lista de espera.

—Es un servicio exclusivo —dijo guiñándome un ojo.

—O sea, que forma parte del catálogo de Aurum: «Masaje con final feliz por cortesía del señor Ortega».

—¿Cobrar por sexo? Pues no sería un mal plan si todo lo demás fallase —musitó en tono jocoso.

En su rostro se dibujaba una sonrisa burlona. Se le veía alegre cuando bromeábamos de esa forma. Como si en su día a día no pudiera actuar con naturalidad ni sentirse cómodo.

—En ese caso, tendré que ahorrar un montón.

—Tranquila, te haré una tarjeta vip para que te salga gratis —dijo antes de dedicarme unos pequeños besos en la comisura de los labios.

Entré en el baño para tomar mi medicación de la noche con disimulo y volví a la cama. Nos metimos bajo las sábanas y me acurruqué junto a él, que encendió la televisión por si hacían algo interesante. Yo aspiraba sobre su torso ese olor que todo lo inundaba, me deleitaba con el cosquilleo que me producía el vello de su pecho en mis dedos al acariciar sus tatuajes.

Me quedé dormida sin dejar de pensar en el descubrimiento que había hecho en el bolsillo de la americana, preguntándome si debía decírselo a bocajarro o tratar de olvidarlo.

Capítulo 9: domingo, 21 de mayo

23. Spravedlivost

Me desperté asustada. La débil luz del televisor iluminaba la estancia. Junto a mí, Alejandro, con la cara hundida en la almohada, emitió un sonido. Soñaba. Eso era lo que me había despertado. Acaricié su cabeza para despertarlo sin sobresaltos. Su cuerpo daba pequeñas sacudidas, retorciéndose, y articulaba palabras que no comprendía.

Cogí su cabeza con las dos manos y continué dedicándole palabras tranquilizadoras hasta que despertó. Abrió los ojos de golpe. Tenía la mirada perdida.

—Alejandro, soy yo. Soy Victoria. ¿Estás bien?

Sus pupilas se alejaron de algún punto indefinido del techo y me miró. Su respiración comenzaba a relajarse. Me cogió las manos y se incorporó.

—He tenido una pesadilla muy intensa.

Abracé su cuerpo caliente y empapado en sudor.

Cogí un botellín de agua de la mesita de noche y se lo ofrecí.

—¿Estás mejor?

—Sí. Volvámonos a dormir —dijo antes de acurrucarse junto a mí.

Su corazón aún latía inquieto. Sentí curiosidad.

—¿Qué soñabas?

—No... no me acuerdo. Tenía una sensación desagradable pero no sé qué pasaba.

—Estabas hablando.

—¿En serio? —preguntó sobresaltado—. ¿Y qué he dicho?

—Ni idea. Creo que era otro idioma. ¿Es posible que fuera ruso?

—No sé. Eres tú la que lo ha oído.

—Quiero decir... ¿Tú hablas ruso?

Tardó unos segundos en contestar.

—Sí. Un poco.

—Pues juraría que estabas diciendo cosas en ese idioma.

Mis párpados me pesaban cada vez más. No tardaría en caer rendida mientras Alejandro me abrazaba. Ya estaba más calmado y el sudor había desaparecido.

—*Spravedlivost* —murmuré.

—¿Cómo?

—Es la única palabra que creo haber entendido.

Y me quedé dormida entre sus brazos.

24. Monet

Cuando abrí los ojos la luz de la mañana se filtraba a través de las cortinas. La salida a la terraza estaba abierta y la brisa fresca me había despertado. Estaba sola en la cama, la puerta del baño estaba cerrada y venían ruidos de su interior.

Me levanté, me puse el albornoz del hotel y salí a la terraza. El único indicio de que el mundo no se había detenido era el murmullo de los pajaritos.

Me sobresalté cuando unos brazos rodearon mis caderas.

—Buenos días, princesa.

—¡Eso se lo has cogido a Benigni! —le dije riendo mientras se inclinaba para darme un beso en el cuello. Su cabello estaba húmedo, y su piel, recién afeitada, olía a su fantástico perfume.

—Seguro que si te conociera estaría de acuerdo en que lo utilice contigo. —Mi sonrisa se iluminó ante su cumplido—. ¿Te duchas y bajamos a desayunar?

Le di un beso rápido en los labios con la boca bien cerrada, puesto que aún no me había lavado los dientes. No podía arriesgarme a que se esfumara la magia por algo así.

Me di una ducha fugaz y, al cabo de pocos minutos, me embadurnaba con la hidratante, cortesía del hotel. Sobre la repisa de mármol se encontraba el neceser de Alejandro y no pude evitar tirar de la cremallera. No quería cotillear, solo conocer la marca de su colonia. Palpé un extraño objeto con la textura de una piedra. Era el frasco de su perfume, pero carecía de etiquetas o de nombres grabados en su base. Abrí el tapón y sentí un cosquilleo por todo el cuerpo. A veces me asombraba lo desarrollado que tenía el sentido del olfato y como un olor podía evocarme con tanta fuerza un recuerdo. En el caso de las fragancias masculinas, me ponían cachonda en cuestión de segundos.

Me tomé las medicinas antes de entrar en el dormitorio. Ya había decidido que me pondría el vestido de Missoni: un modelo ceñido en el busto, pero con falda de vuelo e inspiración africana.

Encontré a Alejandro en el salón, trabajando con su *tablet*.

—Estás guapísima. Van a mirarte todos los hombres y yo voy a ponerme muy celoso — exclamó cogiéndome por la cintura y besándome con frenesí. Me levantó unos centímetros y volvió a dejarme en el suelo.

—Qué contento estás, Alejandro.

—Cómo no estarlo contigo cerca.

Mi móvil vibró sobre la mesita. Alejandro entró en el baño y yo revisé el teléfono. Era un mensaje de quien menos me esperaba.

Daniel: Hoy vamos al In Heaven en el Hard Rock Hotel. Vente!

Pero qué morro tenía el tío. ¿No le había quedado claro que ya había perdido su oportunidad? Debería haber entendido que ya no me interesaban sus jueguecitos. Sospechaba que tendría que haber sido más contundente.

—Entonces, ¿bajamos a desayunar?

Asentí, agradecida de que no me preguntara por el mensaje. No me apetecía hablar de Daniel, pero tampoco quería mentirle.

La camarera nos sirvió café. Americano para él y un *expresso* intenso para mí. La mesa estaba cubierta por un mantel azul hasta el suelo, y estuve a punto de sorprenderle de nuevo con mi pie, pero me frené. No era tan divertido si no había gente delante. Imbuida por estos pensamientos debí dejar escapar algún gesto picante, porque Alejandro me contemplaba con una media sonrisa cómplice.

—¿A que adivino lo que estás pensando?

El sonido de su teléfono le interrumpió. La expresión de su cara cambió al ver la pantalla. Contestó en inglés. De la conversación solo se desprendía que la próxima semana se tenía que encontrar con alguien que acababa de llegar de viaje.

Si unos días atrás alguien me hubiera dicho que iba compartir mesa y otras cosas más interesantes con este hombre, no me lo habría creído por nada del mundo. Y ahí estábamos, desayunando como una pareja cualquiera después de un día de desenfreno...

Al volver a la habitación, el perfume floral me recordó que iba a echar de menos su fragancia.

Alejandro, que pareció intuirlo, se acercó a un jarrón, retiró una de las rosas y me la colocó detrás de la oreja.

—Estupendo. Ahora parezco una folclórica —exclamé mirándome en el espejo.

—No seas tonta —replicó cogiéndome de la muñeca para darme un beso casto en los labios—. Podrías ser la protagonista de un paisaje de Monet —añadió en un susurro.

Me separé de él sin borrar la sonrisa.

—Voy a recoger las cosas, que he quedado con mi tía Rosana y no quiero que me pregunte por qué llego tarde.

Hacer la maleta iba a ser cosa de un momento. Metí en la bolsa de deporte los regalos, incluso los envoltorios.

Una parte de mí se entristecía de que la escapada estuviese llegando a su fin. Me hubiera gustado estar con Alejandro encerrada en aquella habitación otro día más. Me derretía cuando me rodeaba con sus brazos, y lo peor es que comenzaba a no poder vislumbrar un futuro en el que Alejandro no apareciese a mi lado. Un análisis más concienzudo me mostraría que algo extraño pasaba y que había un lado oscuro que no podía o no quería revelar, pero en caliente, no podía negar que aquellos misterios suyos me atraían, y mucho.

El descubrimiento de la noche anterior en su americana me había dejado confusa. Sobre todo, porque nada en su comportamiento me indicaba que se drogara. Estaba cerrando la bolsa cuando su mano me rodeó la cintura, la otra cubrió mi pecho.

—Ese vestido lleva toda la mañana pidiéndome a gritos que te lo arranque —dijo lamiéndome el lóbulo de la oreja.

Un estridente timbre detuvo sus caricias. Me miró con los ojos entornados y sacó su teléfono del bolsillo del pantalón. Cuando salió del dormitorio su semblante era serio. Era

la primera vez que su móvil sonaba con ese tono ruidoso y metálico.

Podía oír su voz, pero no llegué a entender lo que decía. No quise aguzar el oído, así que regresé al equipaje. Cuando regresó a la habitación yo estaba arrodillada sobre la cama, esperando a que se lanzara sobre mí para acabar lo que había iniciado, pero fue directo hacia su *trolley*.

—Se nos hace tarde, Victoria.

Me cogió de la cintura y me dio un beso pausado y dulce sin dejar de mirarme.

—En otro momento acabaremos lo que hemos dejado a medias, sirenita.

Sonreí y me apresuré a coger uno de los ramos para llevármelo a casa y atesorar su romántico detalle. Él me miró complacido.

Al cabo de unos minutos ya estábamos en el coche. Alejandro me dirigía algunas miradas fugaces mientras conducía.

—Comerás hoy con tu tía, ¿entonces?

—Seguramente. Después de hacer unas compras.

—¿Os veis a menudo?

—De vez en cuando. Si ella no baja a Ibiza me gusta ir a verlos a su restaurante.

El sonido de mi móvil indicaba que había entrado un nuevo mensaje.

Philip: Tías, hoy es la inauguración de una fiesta genial en Glory's. ¡Tenemos que ir!

Lola: ¡Es una fiesta de los setenta! Cenamos, nos emborrachamos y vamos para allá.

Les dije que yo también me apuntaba y volví a guardar el teléfono en el bolso.

—Menos mal que he podido dormir, porque parece que esta va a ser una noche ajetreada —comenté sonriendo al pensar en lo divertido que era salir con mis amigos.

—Pues me temo que no podré acompañarte —musitó sonriendo—. Hoy empieza un congreso de una empresa holandesa en Santa Eulària.

—Lo decía por los mensajes de Philip y de Lola. Quieren ir a la fiesta de Glory's.

La sonrisa burlona desapareció de su cara.

—Las inauguraciones son lo peor, Victoria. Es mejor la del mes que viene. Menos agobio.

—Perdona, pero tú y yo nos conocimos en una inauguración.

Hizo una respiración profunda y me miró un segundo, con ansiedad en los ojos.

—Sé manejarme en esta isla a la perfección, Alejandro —le dije al ver que no me contestaba—. No soy una turista desamparada.

—No me cabe duda, cielo.

—Además, lo único que nos apetece es bailar un poco de música setentera...

—Victoria, ¿confías en mí? —preguntó muy serio.

Su pregunta me pilló por sorpresa. Cuando se ponía en plan trascendental era muy difícil descifrar sus pensamientos.

—Por supuesto.

—Pues he de pedirte que no vayáis allí esta noche.

—¿Por qué? —protesté.

Hacía muchos años que nadie me decía dónde podía o no podía ir, y esa petición me hizo sentir como una adolescente descarriada.

—No es un buen plan. No esta noche.

Sus palabras me asustaron. Alejandro me estaba ocultando algo. ¿Acaso sabía que algo malo iba a pasar allí aquella noche? Y, si así era, ¿por qué no denunciarlo?

Sus labios estaban apretados y solo retiraba la vista de la carretera para dedicarme furtivas y gélidas miradas.

—¿Y si vamos tempranito? —me atreví a preguntar.

—Victoria, ¡por el amor de Dios! —gritó—. Te estoy diciendo que no vayas. Ni pronto, ni tarde. No quiero que vayas esta noche a Glory's.

Su reacción me clavó al asiento. Nunca lo había visto enfadado y ahora realmente lo estaba. Sus ojos rezumaban rabia.

—No hace falta que me grites.

Él miraba al frente y yo lo observaba desconcertada. No quería pelearme, pero su reacción me había ofendido. Cuando encontré la pistola, actuó con total naturalidad, como si lo que había bajo el sofá fuese una inocente pelota de golf. Sin embargo, ahora había dado rienda suelta a su ogro interior.

Respiró hondo antes de responder.

—Lo siento. —Apoyó una mano sobre mi muslo y me acarició con el pulgar—. No quería hablarte así.

—Si es tan importante para ti, tranquilo, iremos a otro sitio o nos quedaremos en casa, pero me gustaría saber por qué.

—Solo puedo decirte que confíes en mí —dijo enlazando sus dedos entre los míos.

No me iba a contar ni pío, pero al menos la intensidad de sus palabras me sugería que yo le importaba.

—Confío en ti, Alejandro —dije acariciando sus nudillos.

25. Rosana

Eran casi las once, así que fui directa hasta el centro. Siempre quedaba con mi tía en la emblemática terraza del Montesol, el primer hotel de la isla, construido en los años treinta y reformado recientemente.

La terraza estaba formada por una hilera de mesas cuadradas cubiertas con manteles blancos. No había ni una disponible, ya que los domingos soleados eran perfectos para ir a

desayunar.

Rosana, con su sombrero de girasoles amarillos, no pasaba desapercibida. Estaba sentada en una de las mesas del fondo.

—Vicky, cariño, ¿has desayunado? —Su intenso perfume de almizcle blanco me embargó al darme un abrazo.

—Claro que sí, tía.

—Tómate algo igualmente, te veo muy delgada. —Levantó el brazo con elegancia y el camarero nos hizo una señal para indicar que enseguida nos atendería.

—Por cierto, te queda muy bien la flor en el pelo —murmuró—. ¿Es de tela?

Recordé la rosa que Alejandro me había colocado.

—Unos chicos recaudaban fondos para una ONG y me la dieron al hacer una donación.

Asintió satisfecha. Me pidió un *capuccino* y un *croissant* de mantequilla.

—Dime, ¿cómo es que quieres ir de compras un domingo?

—Es el único día que tengo un poco de libertad. Entre semana no puedo dejar sola a esa panda de irresponsables.

—¿Lo dices por el tío Silver?

—Bueno, él está en su propio mundo, ya sabes. Como relaciones públicas es el mejor, pero si se trata de organizar la cocina o la sala, se pierde. Y los empleados, igual.

—Pues a aprovechar el día. ¿Adónde quieres ir?

—Me gustaría ir por la calle de la Cruz, las tiendas del puerto... Ya sabes.

Junto a nuestra mesa había un matrimonio de cierta edad que se sonreían en calma mientras tomaban el té. Cuando el marido cerró el periódico y lo dejó sobre la mesa, mi tía se apoderó de él.

—*Merci beaucoup!* —exclamó ella.

—Creo que son ingleses. Les he oído hablar —musité mirándolos de reojo.

—¿Qué más da! Me han entendido, ¿verdad? —replicó muy digna, abriendo el diario sobre la mesa—. Cuéntame, Vicky, ¿qué novedades hay en tu vida? —me preguntó sin levantar la mirada del periódico.

—Pues nada especial —mentí pensando en Alejandro y echando de menos el calor de su cuerpo.

—¿Hablas con tus padres?

—Nos vamos llamando, pero ya sabes que la comunicación entre nosotros nunca ha sido muy fluida.

—Sois demasiado parecidos y deberías ser tú quien se acerque.

—Pero si no estamos peleados ni nada.

—Claro, pero igual podrías hablar con tu madre de vez en cuando de tus cosas. Los dos

te echan mucho de menos.

—De acuerdo, tía. Lo intentaré.

Mojé en el café el último trozo del *croissant* un poco agobiada. No me llevaba mal con mis padres, pero nunca había tenido con ellos la confianza que veía natural en mi entorno. Philip, por ejemplo, compartía con su madre hasta los detalles más íntimos de sus relaciones sexuales. Yo sería incapaz.

—Es increíble cómo lo está acaparando todo este hombre, últimamente.

—¿Quién? —me asomé por encima de su hombro.

—Ortega.

Intenté disimular mi sobresalto.

—¿Por qué lo dices? ¿Por ese evento?

—Bueno, esto es solo un ejemplo más, ya que su empresa tiene la concesión del nuevo Palacio de Congresos. Son muchas otras cosas: lleva las tiendas del aeropuerto, una fiesta en no sé qué discoteca y el otro día oí que va a abrir un Corte Inglés. Así van a hundir a todos los comercios de la isla.

—¿Un Corte Inglés en Ibiza? Creo que exageran. No me lo imagino con un proyecto como ese.

Dejó el diario sobre la mesa y me miró con el ceño fruncido.

—¿Acaso lo conoces?

—Sí. Bueno, lo he visto un par de veces —contesté mordiéndome el labio.

—Cuando leo cosas así me pongo frenética. Igual que con lo del campo de golf que quieren construir.

No sabía de qué diablos estaba hablando, pero decidí que no iba a ser bueno seguir por ahí.

—Bueno, basta ya de hablar de politiquero. ¿Empezamos por esa zona? —dije señalando a mi derecha, quizá con cierta brusquedad.

Me miró asintiendo, pero algo extrañada. Nos levantamos y Rosana pagó la cuenta.

Una de las calles principales empezaba a pocos metros, el lugar perfecto para iniciar nuestra ruta de *shopping* dominguero.

Mi tía se estaba probando el cuarto par de tacones cuando sonó el pitido de mi teléfono. Lo desbloqueé de inmediato.

Alejandro: ¿Como está mi sirenita?

Victoria: Aquí, jugando a ser *personal shopper*.

Todavía podía sentir el cosquilleo sobre mi piel al evocar las últimas horas.

Alejandro: Mis pantalones y yo echamos de menos tu *piececito*...

Decidí pensarme la respuesta. Entramos en otra tienda y Rosana, tras escoger un par de prendas, se metió en los probadores. Aproveché para contestarle. Decidí ser un poco

juguetona.

Victoria: Mi lengua tiene hambre de tu piel...

Rosana salió y negué con la cabeza. Eso no podía favorecer a nadie en el planeta entero. Incluso para una adicta a los colores como ella era demasiado exagerado.

Volvió a sonar el pitido y se me dibujó una sonrisa.

Daniel: Sigo esperando tu respuesta. Quiero que cenes conmigo esta noche.

Respiré hondo y volví a guardar el móvil en el bolso. En realidad, no quería contestarle ni darle pie a nada, pero si lo ignoraba, iba a seguir insistiendo y agobiándome.

Salimos de la tienda y seguimos caminando sin un rumbo fijo.

—No sé por qué me necesitas, Rosana. Tú tienes tus gustos muy claros y yo como asesora soy terrible.

—¿Necesito una razón concreta para pasar un rato con mi sobrina?

A medida que avanzaba la mañana más gente paseaba por las calles en busca de una terraza para tomar un aperitivo.

Nos encontrábamos a los pies del acceso principal de Dalt Vila, todavía rodeada por la muralla renacentista. Era interesante pensar que estábamos haciendo el mismo camino que, tantos siglos atrás, romanos, fenicios y cartagineses habían recorrido bajo este mismo sol.

Se nos hizo la hora de comer y decidimos acercarnos a Mariner, un encantador restaurante en la entrada del puerto.

Una vez sentadas en la terraza, el camarero nos ofreció sus recomendaciones, y todo sonaba delicioso.

—Dime, Victoria, ¿qué tal llevas el tema chicos? —preguntó.

—Bueno, he conocido a una persona —confesé. Ella me miró expectante—. Es... piloto —contesté recurriendo a lo que Alejandro me había contado en nuestra primera cita, aunque enseguida me arrepentí.

—Vaya, Vicky. Eso sí que es un buen partido.

—No te creas, ahora con tantas compañías *lowcost*, la cosa no es lo que era —aproveché el regalo que me había hecho por acompañarla para cambiar de tema.

—Muchas gracias por los corales.

—Te sientan divinos. Podrás ponértelos la próxima vez que veas al piloto.

—Sí. Me hubieran venido de fábula cuando me llevó a Formentera —respondí distraída. En ese instante trajeron un colorido plato que detuvo la conversación. *Roll* de aguacate con *king crab*. Las hebras de cangrejo se deshacían en la boca junto a un caleidoscopio de sabores. Cerré los ojos esperando que mi tía hubiera perdido el hilo de lo que hablábamos.

—¿Entonces, estuviste en Formentera?

Mierda. Conociéndola no le iba a hacer mucha gracia que saliera con un hombre que me pasea por ahí en yate o en coche deportivo. Enseguida lo hablaría con mi madre, y yo no estaba preparada para tener con ella una conversación así.

—Bueno, fuimos de excursión.

—¿Solos?

Dudé antes de responder.

—Con más gente... amigos suyos, amigos míos.

—Podrías traerlo un día al restaurante.

Acabamos con un Ferrero Rocher gigante, relleno de fruta de la pasión y digno de una Estrella Michelin. Rosana apuró su pacharán y nos pusimos en pie.

Cuando cruzábamos el Paseo Vara de Rey, de camino a su coche, alguien gritó su nombre.

—¡Consuelo! ¡Qué alegría verte! —exclamó mi tía.

Abrazó durante un par de segundos a una mujer rubia, de moño elegante y ojos tristes que le devolvía una sonrisa forzada.

—¿Cómo estás? ¿Cómo va todo? —añadió.

—Bien, querida. Sin cambios.

Rosana acariciaba su hombro y la miraba compungida.

—Sé que es un tópico, y que hay que vivirlo para saberlo, pero el tiempo todo lo cura. Quizá su alma no estaba programada para seguir en este mundo, aunque suene duro.

Ella rio amargamente.

—Eso dicen Louise L. Hay, y Elisabeth Kübler-Ross, pero cuando te ocurre de verdad, no hay lógica espiritual que valga.

Al darme cuenta de lo que estaban hablando, me alejé unos pasos. Aquel gesto taciturno tenía una razón de ser, y no había nada que yo pudiera hacer para hacer sentir mejor a una persona desconocida en pleno duelo.

—Su hijo murió hace dos años —dijo Rosana en voz baja cuando su amiga se marchó.

Asentí en silencio.

—Dicen que fue un suicidio, pero ella está empeñada en que no.

Fuimos caminando hasta donde estaba estacionado el 2 CV de Rosana. Allí nos dimos besos y abrazos. En una hora tenía que estar montada sobre mi bici para empezar la clase, así que fui hasta el coche y conduje hasta el club con calma.

Estaba aparcando cuando entró una llamada en el móvil. Era Daniel, pero decidí no descolgar. Sería mejor comunicarse solo por escrito.

Descubrí entonces que me esperaban dos mensajes de Alejandro. Decidí escribir primero al tenista acosador, antes de que siguiera llamando.

Victoria: Gracias por la invitación, pero tengo un compromiso. Luego te escribo, que estoy en el trabajo.

Me quedé observando la pantalla antes de presionar «Enviar». Quizá debía quitar la última parte para no darle pie a nada más. Si le digo que le voy a escribir luego es como dejar la puerta abierta para otra ocasión, pero yo no quería eso... ¿o sí? Decidí modificarlo.

Victoria: Gracias por la invitación, pero tengo un compromiso. Ahora no puedo hablar, estoy en el trabajo.

Me quedé un poco más satisfecha, así que lo envié.

De camino al edificio principal leí los mensajes. El segundo había llegado una hora después del primero.

Alejandro: No me digas eso que cojo el coche y te secuestro, estés con quien estés.

Alejandro: Era broma, cielo. Sé que estás ocupada. Pero una palabra tuya y voy donde quieras...

Fui directa a la cantina tras saludar a Berto, el compañero de Sofía en la recepción, y pedí una manzanilla.

Victoria: No había visto tus mensajes. Estoy en el trabajo, pero me encantaría dejar lo del secuestro para otro momento.

Me recosté sobre la silla y envié el mensaje. Podría sugerirle quedar un poco más tarde, incluso después del congreso ese, pero preferí no forzarlo. Las cosas, a pesar de lo que me ocultaba, iban sorprendentemente bien.

Me acordé entonces de la fiesta del Glory's y supe que cuanto antes avisara a mis amigos, mejor. Iba a ser complicado porque les hacía ilusión ir, pero no había otro remedio. No dejaba de ser una fiesta más y, si algo le sobra a Ibiza, son fiestas.

Victoria: Chicos. Malas noticias. No podemos ir esta noche a eso, luego os cuento por qué. Pero propongo comprar mucho vino y cenar en mi casa.

Me acabé la infusión con calma y entré en los vestuarios pensando cómo iba a explicarles los motivos si ni siquiera yo misma los conocía.

26-Arzuaga

Me debatía entre cocinar carne o pescado para mis amigos, que habían aceptado mi plan alternativo casi sin presentar batalla, cuando vi a Nicole salir de la sala de *fitness*. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo y por eso tardé unos segundos en reconocerla. En zapatillas deportivas era un palmo más baja que yo.

—¡Hola! —exclamé cuando reparó en que la estaba observando. Se detuvo ante mí con una leve sonrisa, pero con el ceño fruncido—. Nos presentaron el martes en Glory's —añadí casi abrumada por su mirada.

—Sí, te recuerdo. ¿Se encuentra mejor tu amigo?

—Sí, gracias por preguntar. Al día siguiente ya estaba bien, fue solo un susto.

—¿Entrenas aquí? ¿Vas hacia los vestuarios? —inquirió. Observé unas perlitas de sudor sobre su frente.

—No, trabajo aquí.

—¿Eres monitora?

—Sí. De *spinning*.

—Alejandro Ortega dijo que trabajas para Aurum, como intérprete.

Me quedé descolocada durante unos instantes, pero traté de reaccionar mientras ella me escrutaba con sus ojos castaños.

—Sí ¡Por supuesto! Ese es mi trabajo principal, pero me hice monitora hace unos años. ¡Necesitaba compensar tantas horas frente al ordenador! —exclamé esperando que lo que acababa de soltar tuviera sentido, y algo dolida por la manera en que Alejandro me presentaba ante el mundo.

—Muy bien —dijo como única respuesta a mi perorata.

Asentí cargada de incomodidad.

—Entonces nos vemos esta noche. La reserva ya está confirmada. Mesa para veinte en el *privé* de Glory's.

—Por supuesto —dije con la mayor naturalidad que pude, forzando un gesto alegre—, vamos a ser un montón esta noche.

—Bueno, salir de fiesta con Ortega es siempre así, ¿no? —comentó mientras se alejaba, yo tragaba saliva rezando para haber resultado convincente.

Mi sonrisa se había quedado congelada. Salí por la puerta hacia el aparcamiento y creo que ni le dije adiós a Berto.

*¿Cómo era posible que Alejandro tuviera mesa reservada en el *privé* si hoy casi nos peleamos porque decía que no era seguro ir? ¿Y por qué le dice a Nicole que trabajo en su empresa?*

Era evidente que me estaba ocultando algo muy gordo y que, por alguna razón, yo no debía pasar aquella noche por aquel local. Y eso me reconcomía. Llevaba horas convencida de que, sabe Dios a santo de qué, él manejaba información privilegiada y esa noche podría tener lugar una redada o un atentado terrorista o algo parecido. Y resultaba que el tío tenía planeado acudir, con toda la normalidad del mundo.

Conduje hasta el supermercado como una autómatas. El corazón me latía con fuerza, *¿por qué?*, y mi cabeza estaba saturada de teorías, conjeturas e ideas que me hacían odiar aquella situación.

Saqué el teléfono y escribí con torpeza:

Victoria: Ligeró cambio de planes. Cenamos en casa, pero luego vamos a la fiesta. Aún os apetece, ¿verdad?

Media hora después, estaba sacando la compra del ascensor. Mis pulsaciones estaban un poco más calmadas, pero aún me sentía conmocionada. Alejandro me había engañado de forma inequívoca y no sabía qué pensar de él. ¿Debería llamarlo o escribirle para tantear la situación? Mejor sería esperar a conocer la opinión de mis amigos.

Me senté en el sofá con una copa de tinto en la mano y puse la televisión. En uno de los canales temáticos hacían un documental sobre *geishas*. Perfecto para vaciar la cabeza de

neurosis y pensar en algo más agradable.

El primero en llegar fue Philip, con dos botellas de vino blanco. Lo recibí con un abrazo que le pilló por sorpresa, dedicándome la mirada que le ofrecerías a una perturbada mental.

Le hice un resumen de las últimas horas, empezando por aquel momento incómodo en el coche cuando Alejandro me prohibió que fuéramos a la discoteca.

Mi amigo me miraba en silencio, apoyado en uno de los reposabrazos de la butaca. Yo lo observaba con la urgente necesidad de conocer su opinión.

—Está claro que algo oculta. —Yo asentí—. Y apostaría a que se trata de una mujer.

En mis pensamientos esa era la opción número uno. Era injusto sentirme celosa cuando nos conocíamos desde hacía tan pocos días, pero soy así.

—¿Y qué hago?

Philip estaba muy pensativo.

—Yo creo que tienes dos opciones: dejarlo correr y disfrutar del tiempo que pases con él, pero mentalizándote de que no eres la única; o bien, seguir al conejo blanco hasta la madriguera sin miedo a lo que puedas descubrir.

Di un nuevo sorbo al Ribera del Duero, y el timbre anunció la llegada de Lola.

Al abrir la puerta, la encontré con una sonrisa resplandeciente. Philip la puso al día mientras yo ultimaba la cena. La mesa estaba puesta y la ensalada lista. Solo me faltaba pasar por la plancha los entrecots.

Cuando me uní a ellos con la bandeja de carne, mi amigo estaba hablando acerca del comentario que hizo aquel portero cuando no nos quería dejar entrar en el *privé*.

—Dijo algo así como: «Eres una de las chicas de Ortega».

—Es cierto —admití—, pero se lo pregunté un día y me dijo que es socio de una agencia de modelos y que a la discoteca van chicas de su parte cada dos por tres.

—¿Y por qué tendríamos que creérselo si ha mentido en otras cosas? —preguntó Lola sirviéndose un poco de ensalada *caprese*.

Tomé un trago de tinto.

—Ya, pero sigo sin encontrarle el sentido. Si conmigo no quiere más que un rollo, como debe tener otros tantos por ahí con otras... ¿por qué me dice todo el tiempo cosas bonitas?

—Para llevarte a la cama —sentenció Philip sin dudar.

—A ver, yo también creo que son gestos excesivos solo para querer follar —medió Lola—. Los tíos no se lo curran tanto.

—Además, sin todas esas atenciones, él ya me tenía.

—Estoy convencido de que es un mujeriego y disfruta poniéndole un poco de literatura a las relaciones: le gusta el rol de conquistador, quiere hacerte creer que lo que tenéis es algo idílico, de novela, vamos. Ahora tú decides si le sigues el juego.

Acabamos de cenar y fui a buscar las tarrinas de helado que había traído Lola.

—Bueno, señoritas, ya hemos hablado suficiente de mí y aún tenemos un rato antes de salir para allá. ¿Podéis contarme vuestros avances?

—Entonces, ¿vamos a Glory's? —preguntó Philip.

—Sí. Quiero verlo con mis propios ojos.

—Pues yo estoy ilusionada con lo de Lucas... —susurró Lola con una sonrisa.

Estaba recostada a mi lado en el sofá, con su maquillaje teatral, idóneo para la fiesta de esa noche, que le hacía parecer una inocente muñequita de luminosos ojos verdes. Nos alegraba que no hubiera perdido la fe en el romanticismo.

—¿Habéis hablado de quedar? —inquirió Philip.

—Bueno, ha regresado a Madrid porque tiene un partido. Pero viene el viernes. ¿Y a ti cómo te va con Carlos? —preguntó Lola.

—Ha estado aquí dos días. Se marchó ayer a primera hora —dijo mirando al horizonte—. El jueves me llevó a cenar al nuevo restaurante italiano que acaban de abrir en Dalt Vila. Estuvo tan atento, tan caballeroso, tan adulator...

—Eso suena fantástico. ¿Por qué no estás feliz?

—Porque ya me lo ha hecho otras veces, Lola. Estar con él es como vivir en una montaña rusa, detrás de una subida siempre hay una bajada.

Cogí la botella de vino y apuré el contenido en su copa.

—Anda, bebe, que hoy, pase lo que pase, toca divertirse.

Brindamos los tres. Nuestro futuro no era muy alentador, al menos para dos de nosotros, pero la vida está llena de momentos agrídulces y el único remedio es sortearlos lo mejor posible. Estábamos contentos por mantenernos tan unidos, viviendo cada día con intensidad y disfrutando de las pequeñas maravillas cotidianas.

—¿Debería ponerme algo con lo que Alejandro no me reconozca, por si acaso? —Me había puesto un vestido rojo *pin-up* con lunares blancos.

—Te pongas lo que te pongas, va a reconocerte —contestó Philip.

—Como no encontremos un burka... —añadió Lola.

—Un burka no, pero... ¿tienes todavía lo de carnaval?

Asentí, señalando una maleta verde arrinconada en el vestidor. Philip la abrió y reapareció con unas bolsas. Al cabo de un momento mi pelo era negro, con una melenita que me llegaba hasta la mitad del cuello.

—¡Perfecto! —exclamé.

—Al final esto tendrá su gracia y todo.

—Os he comprado esto —dijo Lola desplegando dos pares de gafas de purpurina y cristales de color.

—¡Así estás divina! —soltó Philip cuando me puse unas.

—A cierta distancia y dentro de una discoteca no te reconoce ni tu madre —añadió ella.

27-Summer of Love

Decidimos ir con el coche de Lola, que era la que menos había bebido. Y aunque no teníamos entradas ni estábamos en la lista, no tuvimos problemas para acceder, porque en la puerta estaba mi amigo Rafael. Tuve que quitarme las gafas y acercarme mucho para que me reconociera.

Era temprano, pero la puerta rebosaba de gente mientras el personal ya corría arriba y abajo. Sobre la entrada, enmarcado por las palmeras, un enorme arco de colores con letras de purpurina anunciaba la legendaria fiesta: *Summer of Love*.

Una vez dentro, una tupida nube de incienso me hizo sentir como si estuviésemos en un lugar mágico. Todo estaba repleto de flores y corazones tornasolados. En la pista principal la gente bailaba feliz la música electrificante pero con toques setenteros, como en uno de esos guateques donde imaginamos a nuestros padres danzando al son de discos de vinilo.

El camino hasta la entrada del *privé* se hizo largo. Busqué con la mirada quién podría dejarnos entrar sin problema, pero no lo vi. En su lugar había una chica desconocida.

—Hola, ¿Sébastiente está por aquí? —pregunté quitándome las gafas y sonriendo con simpatía.

—Hoy no ha venido. —Y ante mi sorpresa, añadió—: Está de viaje.

Dudé sobre qué estrategia seguir. Podía apelar a mi amistad con algunos de sus compañeros, pero eso solo habría funcionado en un día flojo. Podía preguntar por Boris o por Nicole, ella me había dado su tarjeta de visita y la tenía en el monedero. Pero recordé por qué estábamos allí y decidí tirarme a la piscina.

—Estamos en la mesa de Alejandro Ortega.

Levantó la mirada de su *tablet* y me miró chulesca.

—Esa mesa ya está completa —dijo con sequedad—. Sin instrucciones directas no puedo dejar entrar a nadie más.

—De acuerdo, voy a llamarlo y ahora vengo —amenacé con toda la dignidad que pude, sin saber cómo iba a lograr entrar.

Al girarme, me di de bruces con una chica. Me apoyé en su hombro para no caerme.

—¿Victoria?

Me quité las gafas que me hacían ver el mundo como si me acabara de tomar un tripi.

—¡Tatiana! ¡Qué bien que estás aquí! —exclamé con alegría. Ella me estrujaba en un abrazo.

—¿Sabes? Parece que tengo algún problema en la puerta... —comenté antes de que pudiese preguntarme.

—No pasa nada. Entrá con nosotros.

—Tatiana, estos son mis amigos, Lola y Philip.

Les presenté y ella les saludó con una sincera sonrisa.

—Vengan los tres conmigo, que allá arriba estaremos mejor.

La guardiana de la puerta me miró por encima del hombro cuando crucé junto a Tatiana, sin soltar la mano de mis amigos.

El intenso olor a incienso Nag Champa envolvía toda la sala Diamante. Miré alrededor en busca de alguna cara conocida y no detecté ni a Alejandro ni a Boris. Sonaba *Think*, de Aretha Franklin, cuando divisamos a Marco, el novio de Tatiana, haciéndonos señales desde el otro extremo de la sala. Me alegró descubrir que su mesa estaba en un rinconcito, resguardada por el submarino amarillo de los Beatles. Así podría espiar con menos probabilidades de ser descubierta.

Junto a él estaban Diego y Claudio. Hice las presentaciones y Marco nos sirvió *champagne*.

Durante unos segundos permanecemos los cuatro en silencio, dejándonos llevar por la música.

—¿Qué te parece Ibiza? —le pregunté para romper el hielo.

—Divina —sonrió Claudio mirando a Lola.

Iba a preguntarle a qué se dedicaban sus amigos, pero Marco lo llamó para que se hicieran una foto ante la enorme portada del disco más colorido de los Beatles. Se disculpó y fue hacia él.

—¡Mirad quién está en la cabina! —chilló Philip señalando por encima de la barandilla que nos separaba de la pista central.

Lorenzo. Lorenzo presidía la cabina del DJ.

—Pero ¿qué hace aquí? —exclamé—. Este no es su estilo de música.

Mi amigo cogió uno de los *flyers* que había sobre la mesa. En él podía leerse: «Guest Star: DJ Van der Gard».

—Un guardia de seguridad me ha dicho que no pueden hacerse fotos —exclamó Claudio molesto, y se sentó al lado de Lola en una de las butacas.

—Hoy esto está revolucionado —comentó Tatiana—. Escuché que hay gente reimportante y por eso pusieron más seguridad.

Pensé en la advertencia de Alejandro. No era tan descabellado pensar que la discoteca entera estaba en peligro, quizá querían atacar a alguien en concreto.

Mi corazón empezó a latir con fuerza, y cuando los ojos de Lola se cruzaron con los míos, a pesar de mi sonrisa, supo lo que me estaba pasando y se acercó a mí:

—La misión es encontrar a Alejandro. Vamos a dar una vuelta de reconocimiento. — Señaló las gafas enganchadas en mi escote.— Póntelas.

En la pista principal del *privé* había más gente de lo habitual. Las chicas llevaban vestidos multicolores, cintas en el pelo y flores en el escote y el cabello. Nos paseamos de mesa en mesa, copa de *champagne* en mano, con la esperanza de dar con él. En el fondo

de la estancia podía verse un tumulto de gente en una nueva área cerrada al público, quedaba oculta tras una cortina negra y estaba flanqueada por dos enormes porteros a los que no había visto en mi vida. Teníamos que conseguir entrar ahí, fuera como fuera.

Mientras bailábamos con disimulo para que los guardias no reparasen en nosotras, vimos cómo un grupo de chicas se acercaba a la puerta y los porteros les facilitaban el acceso. Yo conocía a esas chicas. Eran bailarinas de la discoteca.

—Tenemos que hacernos pasar por gogós. Sígueme.

Avancé con paso firme y una sonrisa seductora. Cuando estuve delante de los guardias, me bajé las gafas de purpurina lo justo para dejar mis ojos al descubierto.

Ambos me miraron, intrigados.

—¿Han entrado ya nuestras compañeras? —pregunté ladeando la cara con suma simpatía. Sin darles tiempo a responder añadí—: Somos bailarinas, nos han dicho que vengamos al acabar el turno.

El gorila de mi derecha sonrió levemente y nos invitó a entrar con un gesto. Di unos pasos balanceando las caderas hasta que cruzamos la cortina negra.

El interior estaba oscuro y el olor del incienso se mezclaba con el humo del tabaco. Algo inédito, teniendo en cuenta que está prohibidísimo fumar en lugares cerrados.

Además de las bailarinas, un grupo de mujeres se paseaba por la sala cubiertas únicamente por un bikini dorado, exuberantes collares que les llegaban al ombligo y una copa de *champagne* en la mano. Y aunque la música era la misma que en el resto del local, ellas bailaban ausentes, carentes del estímulo de esas canciones tan divertidas. Sus caras no reflejaban que lo estuviesen pasando demasiado bien.

Un camarero nos cambió nuestras copas de *champagne* por otras fresquitas.

—Ya hemos superado lo más difícil —dijo Lola—. Ahora hay que encontrarlo.

Por suerte, había *atrezzo hippie* por toda la sala, y gracias a la humareda pudimos avanzar con discreción. Los hombres, la mayoría vestidos de traje y corbata, nos miraban con descaro mientras bailábamos, de igual forma que lo hacían con las bailarinas y los clones de la princesa Leia. Creí reconocer a Alejandro en una mesa al fondo, pero mi corazón, que ya llevaba un buen rato desbocado, dio un vuelco al pensar que podía descubrirme espiándolo. Me escondí detrás de un David Bowie de poliestireno y miré a Lola con horror.

—¿Puedes asomarte a ver si es él?

En ese momento se plantó ante nosotras un tipo rubio de poca estatura. En una de sus manos llevaba dos copas de *champagne* que nos tendió amablemente.

—*Thanks* —dijimos al unísono.

Sonreía, pero sus labios contraídos no parecían demasiado acostumbrados a la alegría. Con el gesto, sus ojos azules quedaron rodeados de arruguitas. La raya lateral y las prominentes entradas que permitían la caída de un flequillo parcial, contribuían a darle la imagen de haber sido, en otro tiempo, el más listo de la clase.

—*It is rude to stand before two elegant ladies and not inviting them to drink* (Resulta grosero estar ante dos elegantes damas y no invitarlas a beber algo)—murmuró con un acento suave e indefinido. Chocamos las tres copas mientras yo dudaba de si el cumplido iría en serio, dado nuestro improvisado disfraz.

—*Are you enjoying the party?* (¿Estáis disfrutando de la fiesta?) —preguntó antes de que pudiéramos decir nada.

—*Well, I love this music* (Bueno, me encanta esta música) —respondí mientras Lola me guiñaba un ojo y se apartaba un poco, para divisar la mesa del fondo—, *and all the other things, too.* (y todo lo demás.)

Él dio un trago a su copa, sin dejar de mirarme. Cuando no sonreía, su boca se convertía en una fina línea, algo contraída. Asentía lentamente. Yo empezaba a sentirme incómoda, pero conversar con alguien me venía muy bien en aquella situación.

—*On holidays?* (¿De vacaciones?) —preguntó interrumpiendo mis pensamientos.

—*No. I'm from Ibiza* (No, soy de Ibiza) —afirmé de forma automática.

—*Interesting. It's not easy to find real ibicencan people* (Interesante. No es fácil encontrar auténticos ibicencos) —exclamó. Parecía sorprendido.

—*No way! Are you kidding me? The island is crowded of us!* (¡Anda ya! ¿Me estás tomando el pelo? La isla está abarrotada de nosotros.) —dije riendo.

Me miró con los ojos entornados, quizá me estaba comportando con demasiada soltura con aquel desconocido. En ese momento regresó Lola y me dedicó un gesto inconfundible a través de sus gafas coloreadas. Efectivamente, Alejandro se encontraba en aquella mesa.

—*And you? Are you from Ibiza, too?* (¿Y tú? ¿También eres de Ibiza?) —preguntó dirigiéndose a mi amiga.

—*Yes, of course.* (Sí, por supuesto.)

—*Then, you should give me any advice about your island! I would like to visit the best restaurants and places!* (Entonces, ¿podrías darme algún consejo sobre vuestra isla? ¡Me gustaría visitar los mejores restaurantes y los mejores sitios!)—exclamó.

—*Is it your first time here?* (¿Es tu primera vez aquí?) —inquirió ella.

—*No! Actually, I come often, but I'm always in a hurry. A lot of business to manage.* (¡No! En realidad, vengo a menudo, pero siempre voy con prisas. Tengo que gestionar muchos negocios.)

Mientras nuestro interlocutor nos explicaba alguna cosa más, ella me susurró señalando al otro lado de nuestro Ziggy Stardust de pega:

—Sí que es él. Está sentado contra la pared, a la derecha.

Al notar que no le prestábamos mucha atención se quedó en silencio, sin dejar de mirarnos fijamente. Lola retomó el diálogo. Yo estaba demasiado abrumada para concentrarme en una conversación banal. Mis peores temores se habían hecho realidad y me tocaba lidiar con las mentiras de Alejandro. Sin embargo, aún me quedaba algo que probar.

Saqué mi móvil y comencé a escribirle un mensaje mientras Lola seguía luciendo su nivel de inglés con el madurito rubio de sonrisa contraída.

Victoria: ¡Hola! ¿Qué tal va el congreso?

Me hubiera gustado asomarme y ver su cara cuando recibiese el mensaje, pero respiré hondo y regresé a la conversación. Al hacerlo, me encontré con unos ojos azules que parecían juzgarme. Entonces levantó la mano e hizo un gesto casi imperceptible hacia la barra. Al cabo de unos instantes, se acercó un camarero con una botella de Veuve Clicquot, rellenó nuestras copas y brindamos.

—*Nasdarova!* —exclamó.

La vibración del teléfono en mi mano interrumpió el pensamiento que esa expresión acababa de provocar. Consulté el móvil bajo la atenta mirada de Lola.

Alejandro: Aburridísimo. Si vuelvo a oír hablar de las cualidades del compost, me muero.

Le mostré la pantalla a Lola, mientras nuestro improvisado anfitrión nos miraba con el ceño fruncido.

—Bueno, puede que hayan acabado y ahora esté aquí con la gente del congreso —dijo ella con las cejas levantadas.

—¿Tú crees que a estos les importa el reciclaje y las energías renovables? ¡Si tienen pinta de controlar el petróleo del mundo entero!

—Cosas más raras se han visto. Escríbele algo más.

Victoria: Pobrecito. ¿Y estás ahí todavía?

Respiré hondo y bebí un buen trago de *champagne*.

—*My name is Leonid* —dijo él tendiéndome la mano.

Levanté la mirada de la pantalla, asentí y le di la mía. Ahora quedaba claro que era ruso, seguramente igual que el resto de hombres que pululaban por la sala.

Hizo lo mismo con Lola y ella empezó a explicarle una historia rocambolesca sobre mi trabajo para una multinacional americana y los *e-mails* que tenía que enviar cuando allí están en horario de oficina.

Alejandro: Pues sí. La parte de ruegos y preguntas ha durado una eternidad. Como no hemos cenado, ahora iremos a picar algo al hotel. Y tú, ¿qué haces?

Tuve que leer su respuesta unas seis veces antes de que mi cerebro la procesara. Me hervía la sangre y me ardía la garganta. Sentía una extraña combinación de ganas de gritar y de llorar al mismo tiempo.

Tomé aire para calmarme mientras Lola leía el mensaje. Me había mentido vilmente. Debía hacer algo, quería entender qué estaba pasando. Pensé en los consejos de Philip: «A veces es mejor permanecer ignorante pero feliz». Puede que esa fuera una buena opción, pero no para mí. No ahora. Decidí no postergarlo más y lanzarme a la madriguera, en busca de la verdad que se esconde detrás del conejo blanco.

Ante la mirada de Leonid me puse bien la peluca y metí la mano en mi escote para colocar mis pechos en su sitio. Con una canción de Deep Purple en el aire, me abrí paso

entre zombis de bikini dorado y señores con corbata, hasta que llegué a la mesa de Alejandro. Lo estaba observando desde hacía unos segundos y él no había reparado en mí. Me alegré de la idea del disfraz.

Me planté frente a él, que seguía hablando con un hombre de nariz afilada. A su lado pude ver a Boris, el único que vestía fiel a la informalidad esperada en esa fiesta; una camisa blanca dejaba ver su negro y abundante vello corporal y permitía adivinar algún que otro tatuaje.

No reparó en mí hasta que me quité las gafas. Me quedé mirándolo, con una mano sobre la cadera y la otra sosteniendo la copa.

Sus ojos se posaron sobre los míos, su color no se distinguía en la oscuridad, pero los imaginaba cálidos y ardientes, tal y como esa mañana lo había tenido acurrucado sobre mí, abrazándome con fuerza.

Él me había rogado que no viniera. Me había pedido que confiara en él. Y ahora estaba plantándole cara. Me sentía engañada. Le había acorralado como a un gato callejero y sabía que aquello no acabaría bien. El tiempo que habíamos pasado juntos había sido maravilloso, pero tolerar mentiras como esta era más de lo que podía soportar. Miré alrededor en busca de ella. Sí. Tenía que existir una «ella». Quizá estuviese en el baño. Pensaba averiguarlo muy pronto.

Al verme pidió disculpas a su interlocutor y se puso en pie. Todos los ojos se centraron en mí.

—*Miss Svensson! I'm glad you came!* (¡Me alegro de que haya venido!) —exclamó con naturalidad.

Me quedé muda. ¿Qué coño estaba haciendo?

Sus compañeros de mesa se levantaron y me los presentó. Estreché una mano tras otra, me sonreían con cordialidad y su reacción tan natural me impactó tanto que no recuerdo a ninguno de ellos. Vladimir... no se qué. Malishev... no sé cuantos. Sonreí con la misma cordialidad.

—*Please, sit down* (Por favor, sientese) —dijo Alejandro, ofreciéndome una de las butacas. Obedecí, mientras trataba de transmitir normalidad con una sonrisa. Esperaba que se sorprendiera al verme, que buscara excusas. Lo último que podía imaginar es que terminaría sentándome con ellos, hablando con aparente serenidad.

—*Mrs. Svensson is a professional translator. She works with us in Aurum* (La señorita Svensson es traductora profesional. Trabaja con nosotros en Aurum) —dijo sin pestañear.

Decidí seguirle la corriente y me metí en el papel de inmediato, diciendo que algunos clientes del señor Ortega necesitaban traducciones del inglés o de otros idiomas que yo dominaba para sus negocios en la isla.

La conversación que yo había interrumpido con mi llegada continuó como si nada y, cuando me quise dar cuenta, estaba hablando con la versión soviética de Joe Pesci sobre los mejores lugares que visitar en Ibiza, mientras se fumaba unos peculiares cigarros oscuros con la boquilla dorada.

Observaba a Alejandro mientras departía con naturalidad con Boris y con el señor de nariz aguileña. De vez en cuando me lanzaba una mirada leve, como quien fija su atención en una planta o en un armario. Perdí la noción del tiempo, pero diría que aguanté lo suficiente, ya que había pasado de hablar de mi isla a recomendarle a mi interlocutor playas bonitas de Mallorca. Creo que me inventé la mitad.

Cuando no lo pude soportar más, me disculpé y me levanté de la mesa. Alejandro no me hizo más caso del que le haría a un camarero.

Corrí hasta la figura de David Bowie y, por suerte, encontré allí a Lola sentada en uno de los sofás. No había ni rastro de Leonid.

—¡Tía! ¿Qué ha pasado? ¿Qué dice? ¿Qué te ha contado?

Me senté a su lado conmocionada. Me había helado la sangre verlo actuar sin una mirada cómplice, sin una palabra de perdón ni siquiera de enfado o reproche. Al menos, descubrirlo furioso habría sido más humano que su total indiferencia, casi me había creído que no era más que su traductora.

Decidimos regresar a la mesa de Tatiana. En aquel agujero la banda sonora era igual de alegre, pero bajo esa atmósfera la música adquiría un matiz sórdido muy desagradable.

2. Caballito de mar

Fue un alivio estar por fin en la otra sala. La gente en fila india, con los brazos en alto, entonaba *Yellow Submarine*, recorriendo la sala en una conga improvisada. Nos unimos a ellos.

Al cabo de un rato, ya en la mesa, le conté a Philip lo que había pasado.

—Hijo de puta —dijo en cuanto conoció la historia.

—Es un mentiroso de mierda, Victoria —añadió Lola.

—Pero lo raro es que cuando lo he visto, estaba solo —reflexioné—. No había ninguna chica.

—Da igual. Te ha mentido descaradamente.

Lola se sentó junto a Claudio, que le hacía señas desde el otro lado, para distraer la atención de nuestra conversación. Al fin y al cabo, los argentinos eran amigos de Alejandro. Claudio no le quitaba el ojo de encima desde que los había presentado, con una actitud inocente pero depredadora escondida tras su sonrisa.

—Aquí hay algo muy extraño, nena. Esconde algo muy raro —dijo Philip negando con la cabeza.

—Igual ha estado con otra mujer pero, al verme, no ha regresado —divagué.

—Puede que tenga que ocultarte por alguna razón...

—Eso no tiene sentido. ¡Si es supercariñoso conmigo! A veces más de lo que estoy acostumbrada en un hombre.

—¿En público?

—Sí. Bueno, en el hotel. Y en el Ama Lur el otro día... Ah, ¡claro! Y en Formentera.

—No sé. Tenemos que pensarlo mejor —reflexionó bebiendo un poco de *champagne*—. Pero siento decirte que no pinta bien.

Decidí no darle más vueltas o llegaría un momento en que no podría contener las lágrimas. Así que, con la mejor de mis sonrisas, cogí a Philip por el brazo y nos unimos a los demás, que cantaban un *hit* de Boney M.

Diego me ofreció una copa de *champagne*.

—¿Hace mucho que vives en Ibiza?—pregunté.

—Este fue el primer año. Vinimos para unas semanas y hemos acabado comprando una casa.

—Buena señal. ¿Y a qué te dedicas? —pregunté. Sabía que cada botella a la que nos invitaba costaba más de quinientos euros.

—Soy bróker náutico. Decime, Victoria... —murmuró poniendo algo en mi mano mientras me guiñaba un ojo—. ¿Querés un tiritito?

Lo miré con los ojos muy abiertos, sin saber qué responder.

—Los baños están allá —dijo señalando unas escaleras que bajaban—. Llévate a Tatiana y a tu amiga.

Le sonreí, asintiendo. No quería ofenderlo al rechazarlo, pero tampoco tenía planeado meterme una raya de cocaína. No era mi estilo, y en ese momento, menos todavía.

Abrí la palma de mi mano cuando él se fue a hablar con Claudio y me encontré con una bolsita de plástico blanco cerrada por un retorcido alambre. Idéntica a las que había encontrado en la americana de Alejandro la noche anterior.

Diego me miraba desde el otro lado de la mesa, levantó su copa y me guiñó un ojo. Me acerqué a Lola para explicarle lo que me acababa de pasar. Abrí mis dedos con cuidado para que ella pudiera verlo y quizá darme una idea de cómo íbamos a librarnos de algo así.

—Tía, yo quiero —exclamó.

La miré con los ojos como platos.

—¿En serio?

—Me apetece. Y hoy es un día ideal. —Señaló al cielo. Sonaba *Wild Thing*, de The Troggs.

—De acuerdo, lo que tú digas.

Me acerqué a Tatiana, que hablaba con Philip.

—Vamos al baño, ¿nos acompañas? —dije guiñándole un ojo.

Me cogió de la mano con una sonrisa de oreja a oreja y nos abrimos paso entre la gente hasta llegar a la escalera que bajaba a los servicios.

Había mujeres esperando de pie, otras sentadas descansando de los tortuosos tacones y alguna retocándose el maquillaje. Cuando por fin llegó nuestro turno entramos corriendo para no dar tiempo a que nadie preguntara o protestara. Junto al inodoro encontramos una

repisa elevada, pensada para dejar la copa, que nos vino de perlas. Tatiana tomó la bolsita y sacó de su bolso una VISA plateada. Con la esquina de la tarjeta cogió un poco del polvo blanco, lo puso sobre una de las baldosas y lo extendió con destreza formando tres líneas similares.

Se suponía que ahora venía el momento de enrollar un billete de diez euros o algo así y abrí el bolso en busca del monedero, pero Tatiana sacó del suyo un pequeño tubito de plata con un caballito de mar tallado. *Menuda pijada*, pensé.

Se lo pasó a Lola y ella, tras mirarme, se tapó una aleta de la nariz, se colocó el objeto y aspiró con fuerza. Levantó la cabeza con una sonrisa de niña que acaba de hacer una travesura y se lo pasó a Tatiana, quien me hizo un gesto.

—No, por favor. Tú primero —insistí.

Cogió el tubito de plata y dio cuenta de su parte.

Había llegado mi turno. Había probado la cocaína en el pasado, pero en aquel momento necesitaba tener la mente funcionando al cien por cien, así que me tocaba disimular lo mejor que pudiese.

Me incliné sobre la repisa dándoles la espalda, me coloqué el accesorio en la nariz y recorrí el largo de la raya mientras la tiraba al suelo con un dedo. Por suerte, el alicatado era blanco.

El estribillo de *You can leave your hat on*, de Joe Cocker, sonó y se montó un escándalo en el amortiguado silencio de la pequeña estancia. Alejandro me estaba llamando. No quería revelarles a Tatiana ningún detalle, así que puse cara de circunstancias y lo silencié.

—Es uno de mi trabajo que me acosa. Paso de él —dije ocultando el teléfono en el bolso.

Tatiana asintió como si conociese de sobra esa situación y volvió a guardarse su caballito de mar, así como la bolsita de Diego.

Cuando subíamos las escaleras vi que, a lo largo de mi dedo índice, había cocaína. Sin pensarlo demasiado, me lo metí en la boca, experimentando su sabor amargo y a la vez ácido. Enseguida noté que la lengua se me quedaba algo anestesiada.

Philip se abalanzó sobre nosotras en cuanto nos acercamos a la mesa.

—¿Dónde coño estabais? —le explicamos nuestra aventura en los baños y nos miró con el ceño fruncido—. Yo también quiero...

Tenía todo el derecho del mundo, así que se lo comenté a Tatiana, que me pasó la bolsita con disimulo.

—Que se lleve a Claudio, que necesita animarse —dijo ella justo antes de sentarse junto a su chico.

Ambos se marcharon contentos hacia el baño, mientras Diego, Lola y yo bailábamos con una nueva copa de *champagne*. Estuvimos así unos minutos, sumidos en la música de los Creedence Clearwater Revival. La fiesta estaba en pleno auge.

Mi móvil volvió a vibrar dentro de mi bolso. Miré a mi alrededor. Me moría por una

explicación, pero no quería verlo. Se merecía que lo ignorara.

Philip regresó del baño más eufórico que unos minutos antes. Era imposible que ya le hubiera hecho efecto, pero a él, la pura transgresión le hacía sentirse así.

—Chicos, Alejandro no para de llamarme —les dije cuando los tuve a mi lado—. Quiero salir de aquí, estamos demasiado cerca de esa maldita sala.

Le comentamos a Claudio y a Diego que íbamos a dar una vuelta y salimos del *privé*. No sabíamos si volveríamos, así que le dejé dicho a la bruja de la puerta que estábamos en la mesa de Diego Alonso. Por si acaso.

La pista central era un hervidero de gente y atravesarla suponía una misión imposible. Decidimos rodearla a través de salas secundarias y subir hasta la terraza.

No era muy agradable restregarse con desconocidos sudados, pero era la única forma de avanzar. Cuando llegamos hasta la primera altura, Lola se paró en seco y señaló hacia la cabina principal.

29. Lorenzo

—¿Qué tal si vamos a saludarlo? —dijo Lola con una sonrisa pícaro.

—Debe de estar... ocupado —dije yo dudando de que fuera una buena idea.

—¡Anda ya! Si el verano pasado le acompañaste a todas partes. Incluso a la Costa Brava —me empujaba Philip.

Nuestra relación fue muy intensa, y llegamos a hacer cosas de las que me avergonzaba, como follar en el garaje de mis tíos cuando el resto de la familia estaba en medio de una barbacoa.

—Venga, vamos a hacerle una visita —dijo Lola tirando de mí—. En el fondo sé que quieres volver a verlo. —Una sonrisita traicionera escapó de mi boca.

Nos acercamos a la cabina todo lo que pudimos, hasta la cadenita de rigor. Unos pocos metros nos separaban de los DJ, pero cuando miró hacia nuestro lado, puso cara de sorpresa y me hizo un gesto para que subiéramos. Yo señalé las cadenas que impedían el paso. Él se giró y desapareció de nuestra vista.

Estaba rebosante de energía. ¿Sería ese el efecto de la coca? Fuera como fuese, me sentía muy bien. Al cabo de unos instantes, un chico con un pinganillo en la oreja se acercó a mí.

—¿Es usted Victoria? —Yo asentí—. Van der Gard quiere verla. Síganme, por favor.

Le seguimos por un pasillo iluminado donde multitud de empleados cargaban y descargaban cajones repletos de vasos en medio de una actividad frenética. Al llegar al final, subimos por unas escaleras anchas y, de pronto, estábamos en lo más alto, justo detrás de la cabina.

Lorenzo permanecía de espaldas con los cascos puestos. Llevaba el pelo liso y rubio atado en una coleta. En ese momento estaba pinchando Peter, el legendario *disc-jockey* habitual de esa fiesta. Al vernos, Lorenzo se quitó los auriculares y caminó hasta nosotros.

—Me alegro de verte —dijo cogiéndome de la mano.

Saludó a Philip y a Lola con efusividad. Habíamos visto muchos amaneceres los cuatro juntos y eso es algo que deja huella.

Sin soltarme la mano, volvió hasta mí, y nos dimos un beso en la mejilla. Solo uno. Algo más íntimo que los dos besos de rigor, al menos para mí.

—¿Qué bebéis?

—Nada —dije yo. Me daba miedo hacerle pensar algo que no era; y no convenía alargar demasiado la visita.

—Va, pequeña —exclamó contemplándome con sus ojos rasgados—. ¿Unos tequilas? ¿Por los viejos tiempos?

Miré a Lola y a Philip, felices y eufóricos. No iba a ser yo quien cortara la diversión.

Asentí y él hizo una señal al camarero de la barra más cercana. Nos trajeron una bandeja con chupitos de tequila añejo y nos tomamos el dorado licor de un trago.

—¡Oh, sí! —exclamó Philip. Puso su vaso sobre la mesa de un golpe.

Sonaba una versión modernizada del *Jumpin' Jack Flash* y yo ya había perdido la noción del tiempo. Lo único que me indicaba que llevábamos un buen rato sumergidos en esa fiesta era la molestia de mis zapatos de tacón. Nos dejamos llevar y bailamos canción tras canción. Lorenzo no dejaba de mirarme y eso cada vez me gustaba más. Sabía que estaba jugando con fuego, que ya me había hecho daño en el pasado y podía volver a repetirse, pero el tequila hacía que fuese sencillo olvidarlo. Por otro lado, el tema de Alejandro me torturaba. No me hacía especial ilusión que nos pillara de esa guisa, pero pensándolo bien, él no tenía ningún privilegio sobre mí. A pesar de que empezaba a creer que sentía algo muy fuerte por él, nada me confirmaba que el sentimiento fuera mutuo. *Es verdad que podría haber salido mucho mejor, pero después de tantas mentiras, no queda nada sólido a lo que aferrarse*, pensé.

—¿Cuándo pondréis las de los ochenta? —preguntó Lola—. Esa parte me encanta.

—En teoría, al final de todo, pero si quieres cielo unas ahora —dijo guiñando un ojo—. Me toca pinchar en un momento.

—¡Sí! —gritó Lola dando saltitos de alegría.

Lorenzo se inclinó hacia mí.

—Estás guapísima. Pareces Cleopatra.

—Gracias —dije admirando sus luminosos ojos.

—¿Hay alguna posibilidad de que acabemos esta conversación en mi hotel?

Me sorprendí a mí misma asintiendo y dedicándole una sonrisa que podía calificarse de lasciva.

Cogió mi mano y puso algo sobre la palma. Una tarjeta de plástico.

—Estoy en el Gran Hotel. El número de la habitación está ahí apuntado.

Lo tenía tan cerca que podía aspirar su embriagador perfume. Un clásico. El Dolce & Gabbana de la caja azul aterciopelada que usaba desde el primer día, y que me excitaba de

forma instantánea. En aquel momento me transportaba al pasado, lleno de momentos divertidos.

Me guiñó un ojo, y antes de volver a la cabina, añadió:

—En un par de horas puedo estar allí.

Lola y Philip me miraron intrigados. A modo de respuesta les enseñé la tarjeta magnética del hotel.

El camarero apareció con otra ronda de chupitos, y no le dijimos que no. La mezcla de bebidas comenzaba a burbujear en mi cuerpo. Estaba eufórica e incluso un poco excitada.

—Si no estuviera borracho, igual te decía otra cosa, pero ahora vas allá y lo esperas desnuda sobre la cama —propuso Philip.

—A ver. Una cosa es flirtear, pero ¿qué pasa con Alejandro? —me cuestionó Lola.

—Es un cabrón y un mentiroso. Que le den —exclamó Philip.

—Lleva una hora llamándome y mandándome mensajes —confesé.

—¿Y qué te dice? —preguntó Lola.

—No los he abierto. Y por supuesto, las llamadas no se las cojo —dije tomando aire—. Quiero ver las cosas con perspectiva.

—Fóllate a Lorenzo. Eso te dará perspectiva.

—¿Cómo? —exclamó Lola.

—Es una forma perfecta de olvidarse un rato de ese embaucador. Y así mañana podrás verlo todo desde otro punto de vista.

A Philip no le faltaba razón. Decidí no pensarlo demasiado y tirarme a la piscina. No quería pasar más rato allí, donde podía cruzarme con Alejandro en cualquier momento. Lola y Philip decidieron que también habían tenido ya suficiente fiesta.

Me despedí de Lorenzo a través del cristal y él me lanzó un descarado beso. En ese momento ya sonaba el tema que Lola había pedido, empezando por el siempre marchoso *Blue Monday*.

Cuando estábamos a punto de cruzar las cortinas negras, alguien apareció frente a nosotros. Su cabello azabache en contraste con sus ojos de azul casi transparente le hacía inconfundible.

Cuando reparó en mí, sonrió.

—Señorita Svensson, ¿verdad?

—Sí.

No venía solo. A su lado había alguien de espaldas, que parecía intercambiar unas palabras con un empleado. Desde mi posición, la cortina lo ocultaba parcialmente, pero en cuanto movió la cabeza, reconocí sus labios contraídos.

—¿Están visitando las instalaciones?

—Sí. Es asombroso el punto de vista tan elevado que se tiene desde aquí —improvisé

sin dejar de prestar atención a quien todavía estaba detrás de Boris.

Este dio un paso al frente y cuando aquellos ojos azul cyan se cruzaron con los míos, una cara de agotamiento contenido se transformó en un gesto de sorpresa.

—Le presento mi socio, Leonid Kasianenko.

Le tendí la mano, sin dejar de mirarlo fijamente y, en lugar de estrechármela, la tomó entre sus dedos y la besó.

—Ya nos conocemos, Boris —exclamó en un perfecto castellano, del que trascendía ese suave acento, y añadió con una sonrisa—: las ocupadas señoritas ibicencas.

—Sí. Hemos coincidido hace un rato—murmuré con naturalidad.

Sus miradas eran tan intensas que parecían tocarme la piel. La reciente revelación de Alejandro me había lanzado a un torbellino de inseguridades, el alcohol había hecho su efecto, e incluso la coca, y en esos momentos la tarjeta magnética de Lorenzo, que apresaba en mi mano izquierda, empezaba a latir como en *El corazón delator*, de Poe. No era momento de desplegar mis habilidades para sonsacarles información respecto al cabrón mentiroso que no dejaba de hacer que mi móvil vibrara.

—¿Qué van a querer beber? ¿Más *champagne*? —ofreció Leonid.

—Muchas gracias, pero estábamos a punto de marcharnos —respondí y, afortunadamente, Lola continuó dando las razones por las cuales nos había llegado el toque de queda.

Nos despedimos de ellos y bajamos las escaleras. Éramos casi los únicos que habían decidido marcharse a esa hora y vimos que las colas de entrada del exterior parecían más largas que unas horas antes.

El móvil vibró con un nuevo intento de Alejandro.

—Tía, cógelo, a ver qué te quiere decir. Pobrecito.

—De pobrecito nada, es un cerdo mentiroso —sentenció Philip implacable.

—¿Y los mensajes?

—No quiero que vea que los he leído.

Subimos al coche y Lola puso la radio. Llegamos a casa a ritmo de Nancy Sinatra.

El Gran Hotel se encontraba muy cerca de mi edificio. Resultaba tan sencillo atravesar la calle y averiguar qué me tenía preparado el destino si volvía a cruzar mi camino con el de Lorenzo, que parecía un crimen no intentarlo. Sin embargo, no estaba totalmente decidida.

—Es solo una canita al aire... —reflexioné en voz alta.

Lola me miraba sin responder. Ella sabía lo que empezaba a sentir por Alejandro, pero habían pasado tantas cosas... Y esto no tenía por qué significar nada, no era como decirle adiós a Alejandro para siempre.

—Tú tíratelo y mañana comemos juntos y nos cuentas los detalles —dijo Philip.

Apenas habían pasado cinco minutos y ya atravesaba las puertas de cristal del Gran Hotel. Estaba nerviosa. Ese mismo día me había despertado en un hotel, tras una experiencia romántica y maravillosa, y ahora iba a pasar la noche en otro con alguien que se había convertido en un desconocido. Traté de retirar esos pensamientos de mi cabeza. Me hacían sentir como una furcia.

Siguiendo las indicaciones de la tarjeta magnética subí hasta la quinta planta en busca de la habitación 505. Una vez estuve ante la puerta la introduje por la ranura y con un suave *clic*, se abrió. En cuanto se iluminó, pude ver que era amplia, elegante y transmitía seguridad. El suelo de parqué clarito y los muebles color arena le daban un aire sofisticado. Me gustó el detalle de la bañera de hidromasaje en medio de la estancia.

Exceptuando un pequeño *trolley* abierto en un rincón, nada hacía sospechar que la habitación estuviera ocupada. Me senté sobre la cama y me quité los zapatos, llevaba mucho rato deseando hacerlo.

¿Me desnudo? ¿Me meto en la cama y, si me duermo, que me despierte él cuando llegue? ¿Me quedo aquí sentada? ¿Pongo la tele?

Fui al baño. Me aisé un poco y me enjuagué la boca para camuflar mi aliento de borracha, aunque sabía que poco iba a importar; seguro que él iba a estar peor que yo.

Me recosté sobre la cama con la ropa puesta y, al sentir la molestia en el hombro, me acordé de Alejandro. Traté de desechar el pensamiento para concentrarme en el presente. Según calculé, Lorenzo podría llegar en unos cuarenta y cinco minutos. Mi nerviosismo iba en aumento. La cama entera vibró cuando entró una nueva llamada. Alejandro no desistía.

Cuando cesaron los timbrazos silenciosos me fijé en la pantalla. Diecinueve llamadas perdidas, dos mensajes de voz, seis mensajes de texto.

Estaba claro que tenía algo que decirme. Si todo le importara tres pimientos no estaría insistiendo tanto.

Me había mentido. Y mucho. Pero yo necesitaba saber por qué. Necesitaba saber si existía una «ella» o «ellas» porque quizá él era así, tenía ese estilo de vida, y yo no suponía más que una nueva muesca en el revólver. Se me humedecieron los ojos.

En otra situación no me habría importado tanto que un hombre jugara conmigo, siempre que yo ya hubiese decidido que aquello no iba a cruzar la línea para convertirse en una relación seria. Cuando conoces las reglas de antemano, no es tan grave. Te limitas a disfrutar al máximo y a no obsesionarte con malos pensamientos. Eso ya me había pasado con examantes. La fidelidad está sobrevalorada, lo que importa de verdad es la lealtad.

Pero esa situación me sobrepasaba. Imaginarlo con otra mujer me enfurecía, aunque mi mente racional sabía que yo no tenía ningún derecho ni exclusividad sobre él, mi corazón lo tenía muy claro. *Mierda. Muy claro. Lo amo. Amo con todas mis fuerzas a ese hijo de puta mentiroso.*

Una nueva llamada de Alejandro hizo que se iluminara la pantalla.

Hice una respiración profunda, descolgué y guardé silencio. Al otro lado se oía música lejana, como amortiguada.

—¿Victoria? ¿Estás ahí, Victoria?

No sabía cómo responderle, cómo transmitirle lo que sentía, cómo contarle lo mal que me había hecho sentir ni cómo abordar la situación.

—Por favor. Necesito hablar contigo. Es importante que hablemos. ¿Me oyes? —dijo alterado.

—Sí, estoy aquí.

—Victoria, cielo. Sé que estarás hecha un lío.

—Ni te lo imaginas —dije mirando la gran cama sobre la que estaba recostada.

—Victoria, sé que estás enfadada. Tienes todo el derecho. Solo te pido que me des la oportunidad de explicarme. —Imaginaba sus ojos color fuego suplicantes.

—Ya lo estás haciendo. Di lo que tengas que decirme, por favor. Es tarde.

—Lo sé, es una hora terrible, pero necesitaba hablar contigo. Y esto no puede hacerse por teléfono. Tengo muchas cosas que explicarte. Cosas... complicadas.

Eran ya muchas cosas las que no tenían explicación lógica, pero quizá me estaba apresurando, juzgándolo como un cabrón infiel cuando quizá la explicación era... No sé. Diferente.

—¿Dónde estás, Alejandro?

—En quince minutos donde tú quieras. ¿Voy a tu casa?

Quería verlo, pero no en mi apartamento. Era mejor tener una vía de escape si era necesario mandarlo a la mierda.

—Prefiero que sea en la tuya.

Dudó antes de responder.

—De acuerdo.

Le colgué. Estaba furiosa, por lo que debía actuar como tal, sin amilanarme ante las palabras bonitas que pudiera decir.

Ahora tenía que salir de ahí lo antes posible. Coloqué bien la colcha y cogí el teléfono para escribirle un mensaje a Lorenzo. Tenía que pedirle disculpas. Me sabía mal porque parecía contento cuando me vio en la discoteca y a mí, en parte, me apetecía el reencuentro, pero este no iba a ser el momento. Necesitaba aclarar mi mente y mi vida antes de dar cualquier paso en falso.

Cogí los zapatos y abrí la puerta de la habitación. Me encontré a Lorenzo con otra tarjeta magnética en la mano y una sonrisa de oreja a oreja.

—Hola *kleintje* —dijo antes de rodear mi cintura y lanzarse a mi boca. Su cálido aliento me transportó al pasado. Unos labios conocidos, una piel añorada, un olor exquisito. Le devolví el abrazo por instinto y los zapatos se cayeron al suelo. Me agradó sentir su cuerpo duro y musculado, pero mis pensamientos me devolvieron a la realidad. *No. Esto no puede seguir.*

Me separé de su boca con dificultad. Me tenía contra la pared y seguía besando mi cuello.

—Lorenzo, espera un momento.

Puse una mano sobre su pecho, para alejarlo de mí.

—Lo siento mucho, de verdad —dije recogiendo los zapatos y escabulléndome por debajo de su brazo.

—Vicky.

Yo ya estaba en el pasillo. Sentía como las lágrimas se arremolinaban en mis ojos, a punto de salir en un amargo sollozo.

—Lo siento, Lorenzo —murmuré mirándole fijamente antes de salir corriendo hacia el ascensor.

Me puse los zapatos y me atusé un poco el cabello frente al espejo. Me sentía fatal por haberle hecho eso. No se lo merecía. Había sido cruel. No me gustaba que alguien se sintiera mal por mi culpa, pero me aliviaba saber que iba a poder ver a Alejandro y por fin conocería la verdad acerca de lo que estaba pasando.

Entré en mi edificio y fui directa al coche. Lancé los tacones al asiento del copiloto y pisé el embrague. El trayecto me permitió pensar y conseguí no torturarme demasiado por lo que acababa de hacer. Al fin y al cabo, él me había hecho lo mismo, bueno, más bien algo mucho peor, y ahora Lorenzo podría probar un poco de su propia medicina. No lo había planeado como una venganza, ya que hacía solo un ratito estaba convencida de pasar lo que quedaba de noche follando con él, sin embargo, había salido así. Cosas del destino.

Atravesé una serie de pronunciadas curvas hasta toparme con la entrada del chalé. Con el portón negro y los ladrillos a la vista resultaba inconfundible. Cuando bajé la ventanilla para alargar la mano y pulsar el timbre, la puerta se deslizó hacia un lado. Me estaba esperando.

30. Ocho días

Aparqué junto a su Hummer y respiré hondo antes de apagar el motor. Podía ver su silueta, recortada por la luz que provenía de la casa. Me puse los zapatos de tacón y cogí el bolso.

El entorno estaba en silencio, solo se oían unos grillos a lo lejos. Conocía muy bien el efecto que ese hombre producía en mí, por lo que necesitaba ser fuerte y actuar con decisión. Había venido a escuchar la verdad de sus labios y no me iba a ir sin ella.

Cuando solo nos separaban los dos escalones que delimitaban la terraza, contemplé su rostro serio y contraído. Sus labios formaban una línea recta, pero su mirada anaranjada refulgía en la penumbra.

Llevaba todavía el traje de chaqueta, pero con la corbata algo aflojada. No pude evitar que la imagen me resultara perturbadoramente sexy.

—Gracias por venir, Victoria —dijo. Se apartó a un lado y me invitó a entrar en la casa.

No aparté mis ojos de los suyos ni siquiera cuando estuve lo bastante cerca como para

oler su perfume. Mi cuerpo se estremeció, pero seguí adelante hasta cruzar el umbral.

La sala de estar transmitía soledad. Se puso junto a mí y su presencia fue embriagadora.

—Victoria, entiendo que estés disgustada, pero...

—¿Disgustada? —le interrumpí—. Ese es un término demasiado diplomático para definir lo que siento.

—Ven. Vamos a ponernos un poco más cómodos —propuso antes de hacer una respiración profunda.

Se sentó en el sofá de cuero envejecido y yo frente a él, sobre una *chaise longue*. La mesa de centro resultó una herramienta perfecta para alejarme de la tentación de su aroma.

—Creo que sé lo que piensas y estás muy equivocada.

—¿Sabes lo que pienso, Alejandro? Pues entonces ya sabes más que yo, porque ha llegado un punto en el que no sé qué pensar.

—Voy a abrir una botella de vino y así nos relajamos —anunció poniéndose en pie.

—No hace falta. Hemos venido a hablar, no a distraernos —repliqué.

—Sí que hace falta, Victoria —dijo con contundencia—. Estás hecha un manojo de nervios. ¡Si casi puedo oír el latido de tu corazón desde aquí!

Lo miré ofendida e inspiré hondo. Razón no le faltaba. Mi cuerpo entero estaba en tensión y tener tan cerca el momento en que iba a decirme la verdad estaba acabando con mi paciencia. Puede que saber que podría alejarme de él para siempre también influyera.

Apareció con una botella de Mauro y dos copas. Unos pocos movimientos de muñeca después, el líquido bermellón se deslizaba por el cuello de vidrio hasta caer con gracilidad en mi copa.

—Gracias —exclamé cuando me acercó la bebida.

Se sentó en el borde de la mesa y su rodilla quedó a pocos centímetros de la mía. Si lo que quería lograr con el vino era que me tranquilizara, acercando su libidinoso cuerpo al mío, iba a conseguir todo lo contrario.

Di un sorbo y acabé apurando todo el contenido de la copa.

Pude adivinar una sutil sonrisa en su cara. En otras circunstancias se habría burlado de mí, pero no dijo nada y me sirvió un poco más de vino.

—Mi trabajo, Victoria, es un poco más complicado de lo que crees —anunció rompiendo el silencio.

—¿Y por qué no sueltas de una vez lo que tengas que contarme y se acaban los malentendidos?

—No es tan sencillo. —Volví a dar un trago de vino, esta vez menos ambicioso, y respiré hondo. Debía dejarle explicarse del todo—. Te preguntarás por qué te he mentado al decirte que estaba en el congreso.

Asentí. No quería hacer de aquello una pelea, sería mejor convertirlo en un monólogo

en el que yo pudiese digerir todo lo que él tuviera que desvelar.

—Lo que has visto... —dudó antes de continuar— es parte de mi trabajo. No me dedico solo al *management* y a los servicios de Aurum.

Su mirada, que había recorrido la habitación a medida que se explicaba, se clavó sobre mí, atravesándome. En su gesto trascendía el sentimiento de agobio y malestar, opuesto a la actitud fría e indiferente de la que había hecho gala en la discoteca.

—¿Y qué es lo que he visto allí? —le desafié—. En realidad no me importa lo que estuvieras haciendo con esos hombres, lo que me duele es que me hayas mentido y me hayas apartado de ti como a una indeseable.

Mis ojos comenzaban a humedecerse. No quería llorar delante de él y me aguantaba las lágrimas con todas mis fuerzas, pero el dolor que sentía en el corazón hacía que fuera muy difícil ignorar ese estado emocional.

—¿Cómo a una indeseable? Estás muy equivocada. Solo quería alejarte de allí y que nada pudiera afectarte.

—Me ha afectado mucho más descubrir que me mentías —confesé. Dejé la copa sobre la mesa y me tapé la cara con las manos—. ¿Qué es lo que no querías que viera? Mejor dicho: ¿a quién no querías que viera?

—No se trata de eso, Victoria —dijo cogiéndome del brazo—. Siento muchísimo que te sientas herida, pero tienes que confiar en mí.

—Y confiaba. ¡Claro que confiaba! —exclamé—. Pero entonces voy y me encuentro con Nicole que me dice que acabas de confirmar tu mesa y después me mientes a pocos metros de mí.

—Victoria, no tenía ninguna cita con otra mujer, si es lo que piensas.

—¿Por qué debería importarme? No somos más que unos desconocidos. ¡Hace una semana no sabía ni que existías! —reflexioné retirando las manos de mi cara y mirando al techo, como clamando al cielo.

—Ocho días.

—¿Cómo? —pregunté con el ceño fruncido.

—Nos conocemos desde hace ocho días.

—Eso no cambia nada.

Su mano se posó sobre la mía, acariciando mi piel con el pulgar.

—Sé que es una locura. Pero no es normal lo que está pasando entre nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—No sé qué concepto tendrás de mí ahora, Victoria, pero no es lo que parece. Nada lo es. Lo único que sé es que conocerte ha roto mis esquemas y no sabría decir qué has hecho, pero le has dado la vuelta a mi mundo.

Sus palabras calaron en lo más hondo de mi espíritu. Era muy consciente de que lo amaba y de que lo único que necesitaba para ser feliz era tenerlo cerca, muy cerca de mí.

Fue maravilloso escuchar esa inesperada declaración de intenciones y supe que encontraríamos la forma de resolver lo que estaba enturbiando nuestra relación.

Entrelazó sus dedos con los míos. Mis lágrimas estaban ya bajo control y parecía que no iban a jugarme una mala pasada. Me miraba, esperando alguna respuesta.

—Yo también lo pienso... —acerté a decir. Hablar de mis sentimientos más íntimos con un hombre no era precisamente mi especialidad—. Creo que esto es algo especial.

Apretó mi mano con sus dedos. El contacto con su piel fue revitalizante.

—Siento mucho haberte mentido, Victoria. Solo pretendía alejarte de todo eso.

—Pero ¿de qué? —pregunté todavía desconcertada.

—¿No has visto ese espectáculo? —inquirió con los ojos muy abiertos—. Es algo sucio y denigrante, pero no puedo hacer nada para cambiarlo. Es así, y lo único que me resta es jugar mis cartas lo mejor posible.

—¿Te refieres a todos esos hombres y a las chicas en bikini?

—Eso y mucho más —dijo acariciándome la mejilla con la otra mano—. Victoria, si pudiera contártelo todo, lo haría. Pero solo conseguiría ponerte en peligro.

Tragué saliva antes de contestar.

—¿Peligro?

—Llegará el día en que lo comprenderás todo. Ahora solo puedo pedirte que confíes en mí.

—Confío en ti, Alejandro.

—Y si vuelve a pasar algo parecido, no te tortures pensando cosas desagradables. Habla conmigo y yo te resolveré todo lo que pueda. Pero tienes que tener un poco de paciencia, no va a ser fácil.

—¿Y el arma? ¿Tiene que ver con eso? —se me ocurrió preguntar.

—Sí, si te oculto cosas es solo para protegerte. No me perdonaría que pudiera ocurrirte algo.

—¡Alejandro! ¡No me asustes, por favor!

—Tranquila —dijo abrazándome—, nunca lo permitiría.

Mis brazos rodearon su espalda, sentía su acelerada respiración sobre mi hombro y mi cuerpo comenzaba a excitarse. Tras un día repleto de emociones, solo necesitaba un poco de paz y hacerle el amor. Empezó a darme pequeños besos. Sus manos acariciaron mi espalda y se colaron en el interior de mis muslos. Un gemido escapó de mis labios.

De repente, se separó de mí y me observó pensativo.

—Tengo algo para ti.

Se levantó, fue hasta una cómoda y abrió uno de los cajones. Yo lo contemplaba, fijándome en las proporciones perfectas de su rostro, su cabello engominado y los músculos definidos que vislumbraba debajo de su ropa, pero sobre todo, pensaba en sus

palabras: «Le has dado la vuelta a mi mundo».

Tomó asiento en una esquina de la mesita y me entregó un paquete negro con un lazo plateado. Era del tamaño de un disco compacto, pero algo más alto.

—¿Y esto? —pregunté con una sonrisa— ¿No me hiciste ayer suficientes regalos?

—Lo he comprado hoy —contestó—. Pensaba dártelo en una cena o en un momento más íntimo.

—Creo que habrá pocos momentos más íntimos que este. Estamos batiendo récords en cuanto a confesiones.

—Echaba de menos esa sonrisa —dijo acercándose a mi boca y dándome un beso lento en los labios—. Anda, ábrelo.

Despegué el papel sin romperlo y apareció una cajita roja de cuero. Al darle la vuelta, unas letras doradas me hicieron mirar a Alejandro con la boca abierta.

—¿Cartier? ¿En serio?

Él abrió la caja. Me encontré con una pulsera, dorada, rodeada de pequeños tornillos y algunos cristales. Junto a ella había un accesorio alargado.

—Muchas gracias, Alejandro. Es preciosa —exclamé. Y al tocarla añadí—: Pero me parece que es demasiado estrecha para mí.

—Aún no lo has visto todo —dijo cogiendo la pieza metálica que resultó ser un pequeño destornillador.

Desmontó la pulsera en dos mitades. Las colocó con cuidado y, con una sonrisa, volvió a sellarla, de forma que quedaba cerrada sobre mi muñeca a la perfección.

—¿Te gusta? No es solo una pulsera. Fue diseñada por Cartier en los setenta como símbolo de compromiso eterno.

—Es lo más bonito que me han regalado jamás —afirmé emocionada. Y me abracé a su cuello.

Acerqué su boca a la mía cogiéndolo por el mentón y cerré los ojos para deleitarme con su beso. Una hora atrás tenía ganas de matarlo, y en ese momento, lo único que deseaba era no alejarme nunca de él.

—Muchas gracias, Alejandro. Es una maravilla.

—Pensé que esta pulsera sería una buena forma de transmitirte lo que pienso.

—Me encanta, pero no necesito algo así para creerte. Confío en ti.

—Y a mí me encanta oír eso, pero necesitaba que supieras que... Esto es algo especial —murmuró paladeando las palabras. Le dejé continuar mientras apretaba más mi cuerpo contra el suyo—. Está claro que sigues pensando que soy un mujeriego —dijo de repente.

—Alejandro, he dicho que confío en ti.

—La fama que tengo me viene muy bien en mi trabajo y es cierto que he estado con muchas mujeres. Pero ha sido algo frío y vacío. Hacía mucho tiempo que no sentía nada

parecido a lo que siento contigo. —Sus ojos miraban al suelo y en su cara leía un atisbo de tristeza—. Lo que te voy a contar no lo sabe nadie, Victoria. Nadie que esté a menos de quinientos kilómetros de aquí. —Me apoyé en el cojín de la *chaise longue* sin que él soltara mi mano—. Nos conocimos en el instituto y nos enamoramos. Teníamos todo planeado para nuestra boda, pero con solo veintidós años le diagnosticaron un cáncer de huesos. De un tipo muy raro y doloroso. —Tragó saliva antes de continuar—. Apenas le dio tiempo a empezar el tratamiento. Fue fulminante. A los tres meses, se había marchado para siempre. —Me quedé estupefacta. No hubiera imaginado que cargara con un pasado tan doloroso—. Nos casamos en el hospital, y a los dos días, me quedé viudo.

Me puse de pie. Él seguía sentado sobre la mesa y se abrazó a mis caderas. Acaricié su cabeza, perdiendo mis dedos entre su cabello.

—Gracias por compartirlo conmigo —susurré.

—Nunca pensé que encontraría a alguien con quien querría pasar... cada minuto de mi vida. —Lo miré con una mezcla de tristeza y de felicidad—. Victoria, te necesito a mi lado. Más de lo que imaginas.

Sus labios volvieron a fundirse con los míos y un esperado ardor ya crecía en mis entrañas. Mi corazón corría desbocado. Una mano me cogía por la cintura con firmeza mientras la otra había empezado a bajar y masajeaba mis nalgas por debajo del vestido. Sentía su cuerpo firme contra el mío. Su lengua recorría mi boca con urgencia, su respiración se aceleraba y yo buscaba el contacto de su piel por debajo de la camisa.

Cuando nos separamos, sus ojos volvían a ser los mismos que había añorado cada minuto de ese largo día. Mis manos rodeaban su cuello, me levantó en el aire y me cogió en brazos. Lo miré complacida. Me encantaba esa sensación de dejarme llevar para que hiciera conmigo lo que quisiera. Cruzamos el salón y atravesamos el pasillo. Al llegar a su dormitorio me lanzó sobre la cama y encendió la lámpara de la mesita de noche.

Me puse de rodillas y tiré de su corbata para atraerlo hacia mí. Comencé a deshacerle el nudo y a desabrochar los botones de la camisa. Me miraba complacido. Se quitó la americana y la arrojó sobre una silla. Se inclinó para besar mi hombro mientras yo deslizaba las manos a lo largo de su torso. Lo acaricié hasta posar mis manos sobre la cinturilla de sus pantalones, donde pude notar su erección, dispuesta a complacerme.

Buscó a tientas la cremallera de mi vestido y me liberó de él. Solo llevaba puestas las braguitas, y la peluca negra estilo Cleopatra.

Me echó sobre la cama y se tendió a mi lado. Su mano, suave y caliente, me agarraba por la cintura desnuda, mientras refugiaba su boca en la mía una vez más. Mis manos bajaron hasta su entrepierna con furor y acariciaron su erección. Comencé a desabrochar los botones del pantalón, pero él se los acabó de quitar con destreza. Cuando sus piernas quedaron al descubierto, me fijé en una correa negra sobre uno de sus tobillos que enseguida retiró. Iba acompañada del mismo bulto que encontré bajo mi sofá.

Al ver dónde se dirigía mi mirada, acercó su cara a la mía y me dio un beso en los labios.

Lo miré a los ojos y le dije:

—Confío en ti.

Rodeó mi cintura con un brazo y sus besos comenzaron a bajar por el cuello hasta llegar a mis pezones. Empezó a lamerlos, desatando un erótico estremecimiento que sacudió mi cuerpo. Su embriagador perfume ya me envolvía y empecé a notar cómo mi sexo se humedecía.

Le cogí la cabeza, para que su boca saciara la mía. Apoyó la rodilla junto a mi muslo y casi pude sentir el palpitir de su miembro cuando se echó sobre mí.

—Tengo ganas de follarte desde que te he visto con la peluca —musitó con una mirada cargada de fuego.

Me excitó escucharlo.

—¿Te gusta?

—¡Uf! ¡No sabes cuánto! —dijo sonriendo con malicia.

Mis manos recorrieron su cuello y su espalda hasta llegar a sus firmes glúteos. Deslizó su mano por encima de mi ombligo y noté el calor de sus dedos. Necesitaba sentirlo dentro de mí. Todas mis terminaciones nerviosas vibraban ante su inminente incursión.

Un dedo se coló por debajo y al instante sentía cómo me penetraba.

Mis manos se colaron en sus calzoncillos, me agradó sentir la piel suave y caliente de su verga excitada y palpitante. Él bajó mis braguitas con fiereza y enseguida pude notar cómo se abría camino con dulzura. La deliciosa anchura de su glande estimulaba cada milímetro de mi abertura. Levantó mis piernas hasta colocarlas por encima de sus hombros, y la penetración fue espectacular. Se me escapó un gemido que ahogué con la mano.

—Tranquila, cielo. Aquí nadie puede oírte.

Una fina capa de sudor hacía resbalar nuestros cuerpos y, ante sus envites, sentí cómo me acercaba al clímax, en una postura en la que me sentía llena por su enorme polla.

Llegamos al orgasmo al mismo tiempo, sin apartar la mirada el uno del otro. Sus ojos, entornados, ardían mientras gritaba mi nombre y una abrasadora explosión se desataba en lo más hondo de mi vientre.

La tensión de sus músculos se relajó cuando se dejó caer a mi lado. Levantó un brazo y me rodeó.

—Te necesito siempre cerca, Victoria. No sabes hasta qué punto —susurró.

Madrid, 10 de abril de 2015

—Todo lo que me cuentes será confidencial. De eso puedes estar segura.

—Estoy aterrada —respondió ella con un hilo de voz—. No puedo dejar de pensar en todo lo que podría pasar, en lo que puede desatarse ahora mismo si yo... si yo... —El nudo en la garganta que no había podido deshacer en dos meses le obligó a dar un trago al café que acababan de servirle.

—Tranquila. Tómate tu tiempo.

—¿De verdad estamos a salvo en esta terraza? —inquirió ella mirando nerviosa a su alrededor.

—Por supuesto. Aquí nadie puede oírnos y, además, estamos bien protegidas. Hubiera sido sospechoso hacerlo de otro modo. —Su interlocutora le tendió un paquete de Marlboro—. ¿Fumas?

Sus ojos tristes se hicieron más pequeños con una tibia sonrisa, y alargó la mano para tomar el cigarro, que quedó desflorado con una llama fugaz.

—Gracias —murmuró dando una fuerte calada y sintiendo que sus palpitaciones se aceleraban—, aunque creo que me va a ser difícil hablar de esto sobria.

La otra mujer asintió. Llamó al camarero y pidió dos copas de *cognac*.

—Piensa que lo haces por una buena razón, Consuelo —dijo tomándola del antebrazo con un gesto reconfortante.

—Sí... eso llevo diciéndome durante semanas —exclamó con algo que trataba de ser una risa irónica, y añadió en un susurro—: Todo es por Óscar.

—Es normal que sientas esa presión. Es normal.

—De acuerdo —dijo después de dar un trago al licor que acababan de traer—, espero que tengas buena memoria, porque solo voy a contarlo una vez.

Captulo 10: lunes, 22 de mayo

31. Hierbabuena

Me desperté al percibir olor a comida. El lado de Alejandro estaba vacío.

Aproveché para darme una ducha rápida. Muy a mi pesar me puse la misma ropa interior. Por suerte, el vestido no era plateado o transparente, y no resultaba demasiado vergonzoso lucirlo bajo la luz del día, aunque combinado con los tacones y el bolso, nadie creería que venía de coger espárragos del campo.

Estaba sentada sobre la cama cuando apareció Alejandro, nervioso y recién afeitado.

—En quince minutos debo estar en el Palacio de Congresos.

Se paró en cuanto se topó con mis ojos, que lo miraban desde la cama. Con una sonrisa socarrona se lanzó sobre mí, dedicándome un beso con sabor a hierbabuena.

—¿No acabas de decir que tienes muchísima prisa? —pregunté riendo.

—Mucha, pero no he podido evitarlo.

Se puso en pie y se lanzó al armario, mientras yo lo observaba rodando sobre la cama con sensualidad. Se estaba poniendo unos tejanos oscuros cuando descubrí algo extraño en el techo.

—Es una claraboya eléctrica, cielo —dijo acercándose a un interruptor.

De repente, lo que parecía estar hecho de piedra y cemento empezó a enrollarse, haciendo visible un hermoso cielo azul. Ya vestía el polo blanco y unos mocasines de ante cuando se arrodilló sobre la cama para acercarse a mí.

—De noche podremos ver las estrellas —susurró. Y me dedicó un beso en el cuello justo antes de salir corriendo hacia la puerta del dormitorio.

—El botón que activa el portón está en la entrada, al lado de la alarma —exclamó antes de que pudiera preguntarle nada—. Tómame el tiempo que necesites. Avisaré a Analyn, la asistente. Ah, se me olvidaba, en la cocina tienes tortitas.

Desapareció por el pasillo y, al cabo de unos instantes, oí un coche que se alejaba.

Me había quedado a solas con la asistente. Pasó por mi cabeza la idea de preguntarle acerca de las invitadas que entraban o salían de la casa, pero la deseché.

Miré mi muñeca derecha y acaricié mi nueva pulsera rememorando las confidencias de la noche anterior. Me había expuesto abiertamente sus intenciones: lo nuestro iba en serio.

Entré de nuevo en el baño para maquillarme un poco. No contaba más que con iluminador y brillo de labios, pero al menos conseguí mejor aspecto del que tenía. Me tomé mi medicación pensando, una vez más, que debía ser más puntual con las tomas.

Oí vibrar mi móvil, lo cogí enseguida y me encontré con varios mensajes. El primero era de las cuatro de la madrugada, poco después de que huyera del hotel de Lorenzo.

Philip: ¿Cómo va la noche? ¿Sexo holandés del bueno?

El resto habían ido llegando a lo largo de la mañana:

Lola: ¿Estás bien, nena? Yo me voy a currar, si necesitas algo, dime.

Philip: Espero que estés mojando fresas en chocolate caliente sobre su abdomen a modo de desayuno.

Les respondí con un resumen de lo que me había dicho Alejandro, pero con cuidado de no comprometerle.

Tras los mensajes de mis amigos decidí insuflarme valor y mirar lo que me había escrito mi ex.

Lorenzo: Pero ¿dónde has ido?

Lorenzo: Nena, sé que me porté fatal y tienes derecho a estar enfadada, pero yo quería tenerte esta noche y poder hablar. Creo que quedaban cosas por decirnos.

Preferí dejar esa respuesta para otro momento, metí el móvil en el bolso y fui a por mi coche para regresar a casa, tenía una cita con mis amigos para comer y quería trabajar un rato antes de ir a su encuentro.

32. La Escollera

A la una decidí dar por finalizada la sesión de traducción y empecé a vestirme. Escogí un vestido atado al cuello de un estampado floral de los que Alejandro me había regalado, y un bikini debajo, por si nos dábamos un chapuzón.

La pantalla de mi teléfono se iluminó:

Alejandro: La noche empezó mal pero me alegro de que lo hayamos aclarado. Que pases un buen día, sirenita.

Antes de salir de casa le dediqué una mirada al ramo de rosas que permanecía sobre la mesa. Le cambiaba el agua cada día, quería alargar al máximo su vida.

A medida que me acercaba a la playa de Es Cavallet, la fila de coches que tenía delante y detrás se espesaba. Al llegar a la entrada del *parking* un chico filtraba el tráfico, puesto que desde ahí podía accederse a más de una playa y a varios locales. Mi destino era el restaurante La Escollera.

Una extensa playa de arena blanca cubierta de algas naturales reseca que le daban un aspecto salvaje se extendía al otro lado de las dunas. El establecimiento estaba ubicado en lo que un día fue una casa de pescadores.

Aparqué y entré en la terraza. El local llevaba abierto desde finales de los setenta.

Me indicaron la mesa que Philip había reservado, frente al mar, en la hermosa terraza. Lola estaba sentada, mirando al horizonte con una bebida roja por la que parecía asomar un tronco de apio.

—Un *bloody mary*, ¿eh, gamberra? —exclamé sentándome frente a ella con una sonrisa burlona.

—Se supone que es un remedio para la resaca, ¿no? Estoy crujida. Esta mañana tenía que estar a las ocho en la oficina...

El camarero se acercó y pedí un Martini blanco para ponerme un poquito a tono.

—Tía, no me puedo creer que al final acabaras con Alejandro.

Estaba a punto de relatarle la historia cuando Philip apareció y se sentó entre las dos. Hizo un gesto al camarero y este nos trajo las cartas. Aprovechó para pedir un margarita.

—¿Tequila a estas horas del día? —preguntó Lola.

—Mira quién habla. ¿Y lo tuyo qué lleva? ¿Agua de Lourdes, santurróna? —replicó Philip.

Lola cogió su copa y la olisqueó con el ceño fruncido.

—Entonces... ¿vas a contarnos lo del polvo de anoche? —inquirió él mirándome.

—A ver. Es algo complicado. Su trabajo es más complejo del que sería si solo gestionara la empresa Aurum —dije dudando sobre hasta dónde podía llegar—. Y me ha regalado... ¡esto! —añadí extendiendo mi mano.

—¡Oh! Qué maravilla —murmuró Lola acariciando la pulsera—. ¿Es de Cartier?

—Sí, es preciosa, ¿verdad?

—Entonces, te hizo este regalito y te conquistó... —terció Philip.

—No. Fueron sus palabras... Sé que os va a sonar fatal, pero sea como sea, confío en él.

—Mmm... ¡Qué bonito! —dijo Lola.

—Pero ¿por qué te prohibió que fueras a Glory's anoche?

—No me ha explicado detalles, pero creo que está metido en algo... Algo gordo. Y me mintió para protegerme.

—Tiene sentido —dijo Philip removiendo con la pajita la bebida dorada—. Está claro que oculta cosas, y estoy casi seguro de que es algo de drogas —afirmó mirándonos alternativamente—. Debe de ser un traficante.

—¿En serio? —inquirí escéptica.

Sin embargo, a medida que recapitulaba lo vivido a su lado, algunas piezas empezaban a encajar. Pensé en lo que encontré la noche que pasamos en el Agroturismo Sa Talaia. Dudaba si debía contarle, así como el tema de la pistola. Decidí desvelar lo que encontré en su americana.

—Apuesto a que era coca. No le pega otra droga —sentenció Philip.

—Pero ¿tú crees que es un adicto o algo por el estilo? —pregunté.

—La verdad es que no lo parece. Yo apuesto a que solo trafica, sin mancharse las manos consumiendo.

—¡Pues qué alivio! —exclamó Lola.

La miramos sin entender lo que quería decir.

—Mejor un narcotraficante fiel, que un abstemio... putero —dijo ella inventando un refrán.

—Lo importante es que sea bueno en la cama —medió Philip—. A partir de ahí, todo tiene arreglo.

Nos hizo reír.

—Pues creedme que es espectacular. Hay electricidad piel contra piel, y el tío se mueve genial.

—Los que se lo curran mucho lo suelen hacer para compensar otras carencias.

—En este caso, Philip, no hay nada que compensar. Está muy bien dotado —dije reprimiendo una sonrisa e indicando su talla con las manos.

Apareció una camarera con un bloc.

—¿Sabéis ya lo que queréis pedir?

Escogimos una ensalada y una paellita de marisco para los tres.

—Entonces, ¿qué hacemos si al final es un traficante? —preguntó Lola rescatando el peliagudo tema.

—¿Qué vamos a hacer? Pues nada, pero al menos que Victoria sepa a qué atenerse.

—¿Y la coca de anoche, sería de él? —pregunté.

—Eso no podemos saberlo... Al fin y al cabo en Ibiza es más fácil encontrar droga que un servicio de reparación de Apple decente.

—Son simpáticos los argentinos, ¿eh? —murmuró Lola.

—Cuando desaparecisteis detrás de nuestro querido narco, estuve mucho rato charlando con ellos. Tatiana es divina.

—¡Philip! ¡No digas eso en voz alta! —le reprendí—. Nunca sabes quién puede estar escuchando.

—Y tú, por cierto, le caíste demasiado bien a uno de ellos —dijo Philip señalando a Lola.

—Claudio no hacía más que preguntarme por la diosa de ojos verdes —añadió dándome un pequeño codazo. Lola se había ruborizado.

—Bueno, siempre está bien tener a alguien en la recámara... —afirmé.

—¿Como tú con Lorenzo? —preguntó Lola sorbiendo su *bloody mary*.

—No creo que se digne a dirigirme la palabra en lo que nos queda de vida.

—¿Tan duro fue?

—Tuve que quitármelo de encima, a pesar de que estaba supercachondo —les relaté, pese a no sentirme demasiado orgullosa—. No le di explicaciones, pero seguro que le dolió.

La camarera apareció con nuestros platos, y aproveché para escribirle el mensaje que le debía a Lorenzo:

Victoria: Siento mucho lo de anoche. Cuando acepté tu invitación no pretendía dejarte tirado, pero luego me di cuenta de que era un error. Estoy saliendo con alguien y sentí que no era correcto. Que pases un buen día.

—¿Y qué me decís de los dos rusos? Uno es el dueño de Glory's, ¿no? —preguntó Lola

cuando la camarera se retiró—. Siendo rusos...

—¿Traficantes? No lo creo —respondió él—. Ni todos los rusos son mafiosos ni todos los italianos son *pizzeros* con bigote.

—Ahora que lo dices... —murmuré— hace unos días me encontré a Manel, el del insti, y me dijo que tuviera cuidado con Boris, que la policía le iba detrás.

—La poli está siempre detrás de todos los empresarios de la noche. Seguramente, lo más grave que ha hecho es cerrar más tarde de la hora límite o sobrepasar el aforo.

Un pitido familiar hizo que todos buscáramos nuestros teléfonos al mismo tiempo.

—¡Es Lucas! —gritó Lola.

Lucas: Hola, preciosísima. Te escribo porque el viernes damos una fiesta en mi nueva casa. Espero que vengas con tus amigos. ¡Besos desde Madrid!

Nos mostró la pantalla de su iPhone con una sonrisa resplandeciente.

—Es curioso. Conseguimos su número, inventándonos que era para invitarlo a una fiesta y al final es él quien la prepara —reflexioné feliz por la alegría de mi amiga.

El agradable olorcillo de la paella hizo que me diera cuenta del hambre canina que tenía. Empezamos a comer enseguida.

—Díganme, señoritas —exclamó Philip rompiendo el silencio en el que nos habíamos sumergido—, ¿qué plan tienen para hoy?

—Yo tengo una breve reunión en el despacho y después me voy directa a la cama —dijo Lola bostezando.

—Yo estoy libre como un pajarillo.

—¿Sí? Pues vente conmigo. Tengo una sesión de fotos aquí cerca.

—Vale. Me apunto.

Al cabo de un rato, donde antes había una paella, yacía una montaña de conchas de mejillones, cabezas de gambas y restos de cangrejos, cigalas y otras criaturas marinas.

33. Cap d'es Falcó

Minutos después, aparcaba al lado del coche de Philip, junto a un jardín de cactus. Entre los dos bajamos las bolsas y las maletas en las que llevaba todo el estilismo y lo transportamos hasta unas casetas de pescadores, tan habituales en las playas ibicencas. En una de ellas habían improvisado una sala de apoyo para la sesión.

Me presentó a sus compañeros como su ayudante personal. Se nos acercaron un chico rubio y una mujer madura de figura esbelta. Ella cogió a mi amigo con cariño por el brazo, mientras el otro bajaba por las rocas hasta la orilla del mar con una cámara en la mano.

—Diana es la directora de arte —exclamó mientras le respondía con una sonrisa—, y Colin es uno de los fotógrafos más cotizados.

Entramos a la caseta de madera. En la parte mejor iluminada había una chica sentada con el cabello lleno de rulos. Gabriella, la peluquera y maquilladora, se los iba quitando con cuidado.

—Y esta es Alba, la modelo más bella de la isla —la presentó Philip, adulator.

Colocamos las maletas en un rincón y él las abrió. Extrajo cadenas doradas, espadas, un sombrero negro, y una bandera con una calavera.

—Es un *shooting* de temática pirata —me aclaró ante mi perplejidad—. En este negocio hay que ser original.

La tarde iba a ser más divertida de lo que había supuesto.

Colin regresó y le comentó algo a Diana sobre los mejores puntos de vista. Apresurados, salieron al exterior.

Gabriella le tendió a Philip una carpeta negra.

—Aquí están los últimos *looks*. Hay un par de cambios.

Philip desplegaba los bocetos y las fotos de las prendas en una mesa, cuando Diana entró en la caseta con un cigarro colgando de sus labios.

—¡Insufrible! ¡Este tío es insufrible!

Se lanzó a la mesa de *catering* y sacó de la neverita una lata de cerveza. No calmó su respiración hasta beber un par de tragos.

Philip se acercó a ella.

—Quiere que metamos a Alba en el agua y hacerle la foto empapada, saliendo del mar con zapatos y todo.

—Estate tranquila, Diana. Seguro que hay una solución —terció Philip.

—Nadie se va a meter en el mar. Nos han cedido el vestuario de Galliano, Chanel y Michael Kors. Si se estropea algo, a mí me matan.

Philip salió con decisión. Supuse que trataría de lidiar con el fotógrafo. Deseé no haber aceptado el ofrecimiento de pasar una tarde en una sesión de fotos. Me sentía una intrusa.

—¿Entonces me baño o no me baño? —preguntó Alba, que había estado todo el tiempo imbuida en su teléfono móvil.

—¿No acabo de decirles que aquí nadie se va a meter en el agua? —Diana estrujó la lata contra la pared y la lanzó a la papelera.

Yo ya había sacado las pulseras de sus cajitas, pero fingí seguir ordenando cosas. Unos pasos sobre el suelo de tierra anunciaron el retorno de Philip.

—Dice que no quiere estropear la ropa, pero tampoco quiere hacerlo cómo tú le decías —dijo él calmando la situación—. Se ha ido a los pies del acantilado a buscar ángulos.

—Pero... ¿Por qué no nos ceñimos al maldito plan de producción que tenemos todos en nuestro *e-mail* desde hace más de una semana? —Salió de la caseta y desapareció hacia el lado opuesto de la colina.

Los demás parecían habituados a esas reacciones, pero yo estaba atónita. Philip se acercó y me puso una mano en el hombro.

—Pensaba que iba a ser una tarde tranquila —le dije.

—Hay demasiados egos en este mundo como para poder tener sesiones tranquilas.

Me encogí de hombros.

—¿Y para qué es? ¿Algún tipo de catálogo?

—No. Es una editorial para la revista *W*. Una de esas hipermodernas. A Colin lo imponen desde arriba, así que Diana solo puede llevarse bien con él.

El sonido de mi teléfono retumbó en las paredes. Cogí mi bolso y miré la pantalla.

Alejandro: Pensaba invitar a mi sirenita esta noche a un sitio muy peculiar, pero tengo cena con el comité científico del congreso. Y esta vez es la pura verdad. Si no acabo demasiado tarde, te mando un mensaje.

—Deja que adivine... ¿El señor Alejandro Ortega? Es el único que consigue que pongas esa cara de boba —se burló Philip.

—Tiene trabajo esta noche.

—¿Igual que ayer?

Me levanté y salí. A veces, el sentido del humor de Philip me sobrepasaba. Es mejor ver la vida con cierta ironía que deprimirse ante cualquier contratiempo, pero sus comentarios me despertaban sospechas que no quería que revolotearan por mi cabeza.

Escribir mi respuesta me regaló una nueva sonrisa.

Victoria: Tu sirenita va a ver la puesta de sol con Philip en Cap d'es Falcó.

Volví hasta la caseta y me apoyé en el marco de la puerta, a Gabriella no parecía quedarle mucho para acabar.

—¿Tú también eres modelo? —preguntó Alba mientras le ahuecaban con cuidado los tirabuzones.

—No, soy amiga de Philip. He venido a ayudarlo.

—Es que te he oído hablar de Alejandro Ortega.

La miré inquisitiva. Su expresión era de total naturalidad.

—Lo conozco por las *Vecherinkus* esas —dijo ella dejando su teléfono sobre la mesita del maquillaje.

—¿*Vecherinkus*? —pregunté. Me senté a su lado, extrañada.

—Son un tipo de fiestas. Una vez me contrataron para estar cuatro horas sin hacer nada más que pasearme en bikini. ¡Mil euros por cuatro horas!

—Parece... un buen negocio.

—Lo gordo es lo que viene después. Hay chicas que lo aceptan, pero yo preferí no hacerlo. Mil euros era suficiente —musitó. Y sacudió su brillante cabello castaño, tal y como Gabriella le indicaba.

—¿A qué te refieres?

—La fiesta fue en un barco. Había cientos de personas. Cuando llegó la hora de marcharnos, algunas se quedaron con hombres de la fiesta por muchísimo más dinero.

—¿Cómo lo sabes?

—Compartí piso con una de esas chicas unos meses.

—¿Y quieres decir que se quedaron para un trabajo más... comprometido? —preguntó Philip, que se había acercado a nosotras.

—Sexual —respondió ella sin dudar—. Sé que una tuvo que ir a Niza. Y no era para nada de nuestra agencia, eso seguro.

—¿Con Alejandro... Ortega?

—Bueno, él organiza esos eventos desde que yo vengo a Ibiza. Unas veces en barcos, otras en casas privadas o en la discoteca esa blanca tan grande.

—¿Glory's?

—Creo que sí. Aquella chica se compró un Audi con lo que ganó en una semana.

Asentí asombrada.

—Pero ¿seguro que hablamos de la misma persona?

—Yo me refiero a un hombre alto, cachas, moreno, ojos marrón clarito. La verdad es que era guapo.

Bueno, tampoco es tan evidente que esté hablando de mi Alejandro, pensé.

—¡Ah! Y llevaba muchos tatuajes.

Mierda. Asentí de nuevo, tratando de quitarle importancia a sus revelaciones.

—Pensaba que eras modelo, porque él siempre estaba con modelos.

—Bueno, por la agencia que tiene, ¿no?

—¿De modelos? No. Para nada. En Ibiza hay tres agencias, y el resto son de otras ciudades, pero tienen delegaciones en la isla. Él no está relacionado con la moda, créeme. Los *castings* que hacían eran para las fiestas *Vecherinkus*.

—Vaya —acerté a decir mientras me levantaba.

Ella asintió y volvió a colocarse los pequeños auriculares mientras Gabriella se encogía de hombros y me dedicaba una sonrisa con cara de circunstancias.

Hice una respiración profunda y salí de la estancia. Una nueva mentira para añadir a la lista. Philip me siguió y se acercó a mí para ver si estaba bien.

—Pero ¿tú has oído todo lo que ha dicho esa niña?

—Supongo que tendrá una explicación.

—Sabes que no me gusta dar malas noticias, pero entre esto y lo de las drogas, la cosa no pinta muy bien, Victoria.

—Mmm... todos tenemos un pasado.

—Pero el suyo es siniestro, diría yo —respondió pensativo.

Gabriella llamó a Philip; por lo visto Alba ya estaba lista para que la vistieran. Me dio

un beso en la mejilla y salió corriendo hacia allá.

Capítulo 11: martes, 23 de mayo

34. Montauk

No eran ni las siete cuando mis ojos ya estaban tan abiertos como los de un conejo frente a los faros de un coche, así que me levanté.

Con cierto pesar encendí el ordenador mientras la cafetera se calentaba. Debía concentrarme en el detective Gallagher y sus aventuras, pero en mi cabeza solo le daba vueltas a lo que me había contado Alba la tarde anterior.

Tras el primer *expresso* del día, puse algo de música relajante con la que pude evadirme del mundo durante ocho páginas. Estaba absorta en un pasaje interesante cuando sonó mi móvil.

Alejandro: Me pregunto si esta noche podré tener a mi sirenita...

La sonrisa tonta se me escapaba ante cualquier noticia suya.

Victoria: Tu sirenita está deseosa de hacer tus sueños realidad.

Sentía que podía confiar en él. A pesar de que parecía tener muchas cosas que ocultar, el planteamiento de que cuanto menos supiera yo, mejor, tenía su lógica. Pero me asustaba pensar que pudiera estar metido en cosas turbias.

Me preparé un almuerzo ligero y volví a sumergirme en el trabajo. A las cinco menos cuarto ya estaba aparcando frente al gimnasio. Era una suerte trabajar en algo que requería esfuerzo físico, porque así podía dejar de lado los comecocos mentales.

En la recepción, Berto hablaba con unos socios y le saludé a lo lejos. El día anterior me había quedado tan conmocionada ante la revelación de Nicole que me marché sin mirarlo siquiera, pobrecito. Al cruzar las puertas del vestuario mi móvil empezó a sonar anunciando la llamada que menos esperaba.

—Hola, tía Rosana.

—Veo que a mí, sí me coges el teléfono.

—¿Cómo? —exclamé sorprendida.

—Dice tu madre que no hay forma de encontrarte, que no se lo coges.

—¡Nunca he ignorado una llamada suya! ¿Por qué dice eso?

—No sé. Me lo dijo ayer muy convencida.

Negué en silencio, sabiendo que servía de muy poco protestar.

—A ver cuándo vienes a cenar —añadió antes de decir adiós—. Y tráete a ese chico del que me hablaste.

Me despedí y colgué. Sabía que, tarde o temprano, mi tía conocería a Alejandro y ya no podría ocultar su existencia. Consciente de que, debido a sus negocios, no le despertaba mucha simpatía, me preguntaba qué pasaría cuando supiera que era él el *chico* con quien había iniciado ese *algo*.

Me puse un conjunto azul y, en unos instantes, ya empezábamos la clase de *spinning*.

Hacia las ocho de la tarde me bajaba por tercera vez de la bicicleta, cubierta de sudor, pero cargada de energía.

De nuevo frente a la taquilla abierta vi como la pantalla del teléfono me saludaba con el parpadeo de los mensajes pendientes. Uno era de Tatiana.

Tatiana: ¡Hola linda! Mañana vamos a salir en el barco y me gustaría que vinieras con nosotros. Traete a tus amigos y, por supuesto, también a Alejandro.

Sonreí. Una nueva aventura náutica nos esperaba. Recé para que Philip y Lola pudieran escaquearse. Con ellos sería mucho más divertido.

El otro mensaje era precisamente del rey de Roma:

Alejandro: Te recojo a las nueve y media.

Mi respuesta fue una carita sonriente. Me duché deprisa.

Cuando salí del gimnasio eran casi las nueve. Minutos después estaba de nuevo en braguitas, debatiéndome entre cuatro opciones para ponerme esa noche. Me decanté por un vestido azul *klein* de Charo Ruiz, con un escote en V escandalosamente pronunciado.

Alejandro me esperaba apoyado junto a su flamante deportivo color plomo, absorto en su iPhone. Llevaba un traje oscuro de raya diplomática con camisa blanca, pero sin corbata. En cuanto salí del edificio, sus ojos se clavaron en mí y su rostro se iluminó con una sugerente sonrisa bajo la luz del reciente crepúsculo. Guardó el móvil en el bolsillo y me rodeó la cintura, antes de acercar su cara a la mía. Yo entreabrí la boca a la espera del inminente beso, pero en su lugar me regaló un susurro que erizó todo el vello de mi cuerpo.

—Buenas noches, mi princesa. —Y fundió por fin sus labios con los míos.

Me perdí en su abrazo, consciente de que no necesitaba nada más que sentirme rodeada por él para ser feliz, pero había todavía cosas que resolver, cosas que hablar, cosas que confirmar.

—¿Qué tal te fue anoche? —le pregunté al subir al coche.

—Bien. Hoy ha sido el último día, y a estas horas, deben de estar todos en sus aviones.

Recordé lo que comentó Rosana cuando vio la noticia del congreso de energías renovables. Tenía un concepto pésimo sobre él, que basaba en rumores y en noticias del periódico. Pensé que debería *googlear* a Alejandro para indagar un poco más. Arrancó el coche e instantes después ya estábamos rodeando la ciudad de Ibiza.

—El restaurante al que vamos está en Playa d'en Bossa —dijo con una sonrisa.

Tras atravesar una de las calles más frecuentadas de la isla, llegamos a una zona que parecía inspirada en Miami Beach. Salimos del coche y Alejandro le tendió la llave a un botones. Me rodeó con un brazo antes de seguir hacia el restaurante.

—Entonces, ¿todo lo que se hace en el Palacio de Congresos, lo organizas tú? —pregunté retomando la conversación anterior.

Me miró intrigado antes de responder.

—En buena medida, sí. Pero no yo, lo hace mi empresa, más bien. No es todavía un

recinto ferial muy activo, algún concierto, festival o exposición y, de vez en cuando, congresos privados, pero poco a poco, Ibiza se irá introduciendo en ese tipo de mercados.

—Espero que si la isla crece, sea con conciencia y que no perdamos lo que nos da valor.

—Vaya, ¿te ha salido la vena ecologista?

—¿Ecologista? ¿Por qué iba yo a relacionar lo que dices con la ecología?

—Se está usted burlando de mí, señorita Svensson. Le recuerdo que tengo toda la noche y muchos argumentos para rebatir cualquier cosa que me diga —dijo en actitud jocosa.

—Yo tampoco tengo ningún compromiso en las próximas horas, así que podemos estar discutiéndolo hasta el mediodía.

De pronto recordé a Tatiana.

—Oh, oh, Tatiana nos ha invitado a todos a su barco y todavía no he avisado a nadie —dije. Saqué el móvil de mi bolso y comencé a teclear.

—Entonces, ¿cuándo iréis a navegar? —preguntó en voz baja.

—Si tú también vienes.

—¿Ah, sí? —contestó con una sonrisa—. Pues Diego no me ha comentado nada.

—Creo que es cosa de Tatiana. Me parece que, sin ella, no tendrían ninguna vida social —afirmé mientras escribía en la pantalla—. Por cierto, puedes venir, ¿verdad? Es mañana.

—Por suerte no tengo nada que no pueda hacer desde el iPad, así que, cuenta conmigo... aunque veo que ya lo dabas por hecho.

—He visto su mensaje al salir de la última clase. —Y sonriendo con calidez añadí—: Qué bien que puedas venir.

Victoria: Espero que mañana podáis montároslo, porque Tatiana nos ha invitado a ir en su barco. Nos vemos a las doce en el Café Sídney.

Cuando ambos me contestaron, le mandé un mensaje de confirmación, y ella me respondió con el número de pantalán.

El restaurante Montauk estaba a los pies de The Ushuaia Tower, en un imponente edificio rodeado de pantallas led.

Mi última visita a un hotel había sido por aquel fallido *affaire*. Sentí cómo se me encendían las mejillas al recordar mi huida de Lorenzo y, por primera vez, sentí que podía ser peligroso ocultar ciertas cosas a Alejandro. Tragué saliva, intentando actuar con naturalidad. —De modo que ya tiene usted mi agenda completita para mañana —dijo él arrancándome de mi ensimismamiento, pero sin alejarme del todo de la culpabilidad que sentía—. Voy a tener que darte el número de mi secretaria y así, la próxima vez, te organizas con ella —bromeó.

—En ese caso, cancelarías todas tus citas y te tendría toda la semana esposado a mi cama —repliqué mirando sus ardientes ojos con una sonrisa.

—Ay, sirenita traviesa —dijo. Me besó en el cuello.

Atravesamos las puertas y observé una decoración sobria, con grandes columnas a rayas

blanquinegras, pajaritos colgando por todo el techo y confortables asientos de cuero negro. Sonaba una suave música *groovie* y un apetitoso olor despertaba los sentidos. A través de unos gigantescos ventanales teníamos unas increíbles vistas al mar. Alejandro mencionó su reserva y un camarero nos sentó en un rincón.

Me observó con los ojos entrecerrados antes de hablar.

—Estás muy guapa con ese vestido. —Yo sonreí, y entonces añadió—: Quizá demasiado.

—¿Demasiado? —pregunté aguantando la risa.

—Todos los hombres se han girado para mirarte cuando hemos entrado.

Enseguida reparé en mi ropa. El escote acababa un palmo más allá del esternón, y podía entreverse el lateral interno de los pechos. Era atrevido, sí, pero me había vestido para cenar en un restaurante de Ibiza y no para ir a la misa del gallo.

—Creo que el señor de bigote en la mesa de la entrada incluso se ha atragantado al verte.

Hice un esfuerzo para aguantarme la risa.

—O sea, que no te gusta que me ponga guapa.

—No tanto —murmuró con sequedad mientras abría la carta que el camarero acababa de ofrecernos.

—¿En serio estamos discutiendo por esto? —pregunté al ver que su expresión adusta no cambiaba.

No respondió, así que continué.

—¿Y tú? ¿No te das cuenta de cómo te miran las mujeres? Y para que se te coman con los ojos no te hace falta llevar un escote enseñando hasta el páncreas.

Se había quitado la americana y lo único que separaba al mundo de su torso desnudo era un fino tejido blanco, a través del cual podían entreverse sus firmes bíceps cada vez que movía los brazos. La exquisita camisa contrastaba con los tatuajes de sus manos.

—Estás celosa... —susurró con una sonrisita.

—Bueno, no... —titubeé—, pero a veces son tan descaradas que es imposible ignorarlo.

Un camarero interrumpió nuestra conversación, anunciándonos el contenido de la experiencia gastronómica que estábamos a punto de degustar.

—¿Te apetece un poco de *champagne*? —preguntó Alejandro sosteniendo la carta de bebidas.

—Acabaré diez veces más borracha, pero... mejor para ti —dije en tono burlón.

Sus ojos color miel tenían una gran habilidad para hacer que mis entrañas ardieran con un simple gesto. Me dedicó una de sus miradas cargadas de deseo, me guiñó un ojo y pidió una botella de Veuve Clicquot.

Un pitido familiar se hizo presente y Alejandro sacó su móvil del bolsillo interior de la

americana y miró la pantalla con seriedad durante unos segundos.

—¿Todo bien? —pregunté al notar que su rostro se tornaba algo sombrío.

—Sí —dijo sonriendo de repente—. Cosas del trabajo. Mañana me ocupo.

En ese momento llegó la botella en una cubitera repleta de hielo. Le hablé acerca de la comida con Lola y Philip en Es Cavallet. Escogiendo bien qué revelar y qué no, resumí la sesión de fotos. Lo que me llevó a pensar en la teoría de mi amigo acerca del narcotráfico.

—Por cierto, a Philip lo conociste en una de esas sesiones de fotos, ¿verdad? —pregunté esforzándome por parecer casual.

—Sí. En la casa de Roca Llisa. La alquilaron por un día.

—¿Tienes una casa en el campo de golf?

—Bueno, es de la empresa. Para alquiler de temporada.

—Debe de ser muy bonita. Las fotos eran preciosas.

—En el despacho hay copias de ese reportaje. Documentamos todo lo que se hace en ella.

—¿Lo hicieron también con tu agencia de modelos? —pregunté con naturalidad, muy atenta a su respuesta.

—No. En esa ocasión no.

El mismo timbre que había sonado momentos antes llegó desde mi bolso. Al leerlo, un escalofrío recorrió mi espina dorsal, pero traté de no borrar mi sonrisa y mostrarme natural.

Lorenzo: Acabo de verte pasar caminando desde la entrada del Ushuaïa Tower.

De repente, todos mis temores se hicieron realidad. Acaricié la pulsera de oro con la otra mano y supe que negar la verdad podía ser peor.

—Vaya —murmuré sin apartar la mirada de la pantalla.

—¿Qué ha pasado?

—Mi ex —dije con toda la tranquilidad que me fue posible—. Me acaba de decir que me ha visto pasar por delante de él.

Él cogió su copa y dio un sorbo mirándome.

—No lo veía desde hacía más de un año —exageré—, pero me lo encontré el otro día en la playa.

Omití que acabamos tomando un cóctel.

—¿Quieres más *champagne*? —fue su respuesta a mi revelación.

—Sí. Gracias. —Y le acerqué la copa vacía. Me sirvió con un gesto serio que me desconcertó.

—¿No le contestas? —inquirió al ver cómo yo cubría el teléfono con la funda y lo dejaba sobre la mesa.

Respiré hondo, pero sin perder la sonrisa, tratando de no hacerla demasiado pronunciada por si malinterpretaba la alegría que pudiese producirme ese mensaje.

—Le diré que estoy en una cena... —musité. Y cogí otra vez el móvil.

—¿Una cena? Eso se dice cuando uno tiene un compromiso familiar o con el jefe.

—Bueno, cenando. Es lo mismo.

—¿Lo mismo? Creo que tú, más que yo, deberías tener presente la sutil diferencia de la elección de las palabras —replicó dejando entrever, por fin, una sonrisa burlona.

Después de los deliciosos entrantes, como el ceviche o un sorprendente *steak tartar*, regados con todo ese *champagne*, me di cuenta de que la bebida me estaba subiendo demasiado deprisa. Escribí una escueta respuesta a ese mensaje, antes de dedicar toda mi atención al bogavante que acababan de poner frente a mí.

Victoria: ¡Hola, Lorenzo! Pues qué casualidad, yo he venido a cenar al Montauk.

Me sentía observada, así que volví a cerrar el móvil y sonreí.

—Tranquilo. No le he dado a entender que estoy en un compromiso de esos de los que uno desea escaquearse.

Sus ojos destelleaban con un fulgor ambarino que me atravesó. Su mirada era rigurosa, pero no había enfado en ella.

—¿Cómo fue? —preguntó.

Había pinchado ya un trozo de marisco que me metí despacio en la boca, haciendo tiempo para pensar cómo contestarle.

—No fue una relación muy larga. Poco más de un año.

Él asintió. Con un gesto, me indicó que continuara. ¿En serio tenía que contarle mi historia con Lorenzo?

—Nos conocimos en una fiesta donde él trabajaba. En un enorme velero antiguo.

—¿De capitán?

—No, de *disc-jockey* —respondí—. ¿De verdad quieres que hablemos de esto?

—¿Y por qué no? Tú sabes mucho sobre mí —mirando al suelo añadió—: Y estoy dispuesto a contarte todo lo demás en cuanto sea posible.

Me había quitado un peso de encima al poder revelar la existencia de Lorenzo con naturalidad. ¿Tendría que hacer lo mismo con cada uno de mis antiguos novios y amantes?

—Pinchaba en DC-10, y en eventos puntuales. Poco después crearon su propia fiesta con una promotora y cuando se tuvo que marchar a Londres, rompimos.

—¿Lo dejasteis por eso? ¿Por la distancia?

—No. En realidad fue por otra cosa. —Respiré hondo antes de responder—. Le pillé en la cama con una de mis compañeras de trabajo...

Se sorprendió.

—Y, evidentemente, le mandé a la mierda.

Di el último bocado a mi plato mirando al horizonte.

—Vaya. Lo siento, cielo. Debiste pasarlo fatal —dijo en tono tranquilizador.

—La verdad es que fue... duro —murmuré recordando a Vanessa y la cara que puso cuando entré en la habitación.

Extendió su mano hasta acariciar la mía con suavidad. Yo lo miré y se me escapó una sonrisa. Su voz y su presencia me hacían sentir bien.

El móvil vibró sobre la mesa. Por supuesto, era un nuevo mensaje de Lorenzo. Esta vez no me puse nerviosa antes de abrirlo.

Lorenzo: Yo estoy con Giovanni en el Sir Rocco. Me marcho mañana y no regresaré hasta julio, así que me gustaría ir a darte una cosa que te traje de Londres.

Me sorprendió su petición, pero pensé que cuanto antes concluyera todo eso, mejor. Leí el mensaje en voz alta.

—¿Y tú qué deseas, Victoria? ¿Quieres verlo?

—Sería muy borde por mi parte decirle que no. No estoy hecha para ser desagradable con los demás —reflexioné—. Aunque a veces se lo merezcan.

—Por mí no te preocupes. No me importa que venga a entregarte lo que dice.

Lo dijo en tono conciliador, pero empezaba a conocerlo. Sabía que los celos eran parte de su carácter. Él mismo me había dicho: «No quiero que otros hombres crean que estás disponible».

Escribí un «OK» y pulsé el botón de envío. Él parecía pensativo.

—Yo nunca te haría daño. Jamás permitiría que algo pudiera afectarte.

Sonreí y deseé besarle, pero estábamos demasiado lejos el uno del otro.

Cuando el camarero apareció para llevarse los platos, aproveché para beber un poco más de *champagne*.

—Entonces... —dije cambiando de tema con rotundidad— ¿cuándo vas a dejarme conducir tu coche? ¿Hoy?

—Victoria, llevamos casi dos botellas de Veuve Clicquot.

—Bueno, esto con un café se me pasa.

Una carcajada terminó de borrar el gesto serio que le había acompañado hasta ese momento.

—Te prometí que lo conducirías, y así será. Pero sin alcohol de por medio, cielo.

—De acuerdo... —acepté a regañadientes— ¡Pero de la próxima no pasa!

Y lo señalé con el dedo índice con una amenaza burlona. Ambos reímos con ganas.

—¿No vamos a ir a tomar una copa y a bailar? Podríamos pasarnos luego por Hi —murmuré.

—¿Bailar? Pensaba que querías ir mañana en barco. No te recomiendo ir en la lancha de Diego con resaca —dijo con una sonrisa.

Iba a preguntarle si el barco tenía alguna característica especial cuando sentí una mano sobre mi hombro. El rostro de Alejandro se había tornado impenetrable.

Al girarme, unos ojos semirasgados me observaban con una media sonrisa. Me levanté para saludar a los dos recién llegados.

35-Lily, Dolly, Mary and Rosy.

Les saludé sin dejar de marcar las distancias, Alejandro también se había puesto en pie y les tendió la mano de forma cordial.

—Alejandro, te presento a Lorenzo y a Giovanni.

—Sí, nos conocemos —respondió él mirándolos con aparente simpatía—. Por favor, sentaos con nosotros —ofreció mi acompañante, haciendo una señal al camarero—. ¿Os apetece un poco de *champagne*?

El camarero regresó con dos sillas. Alejandro ofreció su asiento a uno de ellos y, quizá para marcar el territorio, se colocó justo a mi lado. Después trajeron dos copas y Alejandro le dio las gracias, instándole a retirarse, para servir él mismo a los inesperados invitados.

La situación me resultaba incómoda, lo ideal habría sido recibir el paquete de Lorenzo y despedirnos como simples amigos. Sentía la espada de Damocles sobre mí, consciente de que estaba en manos de Lorenzo guardar silencio respecto a lo de la otra noche o lanzarme vilmente al ruedo.

—Entonces, ¿ya os conocíais? —pregunté con cautela.

—Sí. Su empresa ha patrocinado mis fiestas en varias ocasiones —respondió Giovanni. Alejandro asintió.

—Ah. ¡Qué bien! —exclamé tratando de disimular la incomodidad—. Por cierto, he de pasarme un día. ¿Habéis inaugurado ya?

—Sí. El sábado pasado.

Me resultaba violento dirigirme a Lorenzo delante de Alejandro, pero no me interesaba que ellos se comunicaran directamente.

—Entonces, ¿regresas ya a Londres? —le pregunté.

—Sí, mañana, por eso te he mandado el mensaje, quería darte una cosa que te compré hace tiempo.

Sacó un paquete rectangular envuelto en papel amarillo brillante de una bolsa y me lo tendió. Unas letras negras mostraban la palabra «Selfridges». Rasgué el papel por un lado y tiré de él hasta arrancar la mitad. Apareció una caja opaca con un nombre conocidísimo grabado en relieve: Tom Ford.

—Es para tu colección.

Levanté la tapa y encontré cinco pequeños frascos de diferentes colonias.

—Gracias, Lorenzo.

Alejandro nos observaba con atención, y Giovanni, inclinado hacia delante, se fijaba en las miniaturas. Debería haberme levantado para darle un beso en la mejilla y agradecerse, pero me sentía muy cohibida.

Recogí el papel y cerré la caja, que a duras penas conseguí meter en mi bolso. Mientras lo hacía, Alejandro puso una mano sobre mi rodilla y la acarició, sonriendo en silencio.

—Me alegro de que te gusten —dijo Lorenzo.

—Qué sorpresa tan grata —exclamó una voz con un marcado acento ruso a mis espaldas.

Alejandro apartó su mano y su sonrisa se desvaneció. Todos se pusieron de pie, así que les imité. Al hacerlo, descubrí que el recién llegado era Boris.

Saludó a todos los presentes con un fuerte apretón de esas manos tatuadas. Al acercarse a mí, me dio tres besos en las mejillas, con inesperada familiaridad.

—Hemos venido a tomar unas copas. —Señaló al final del pasillo donde un grupo de personas cruzaban una puerta ante las indicaciones de uno de los camareros—. Venid todos al reservado, Sasha, a brindar con nosotros.

—Nuestros amigos estaban a punto de marcharse —replicó Alejandro.

—Bueno, un rato para tomar una copita sí que tenemos —corrigió Lorenzo mirando a su amigo.

—Estupendo, estupendo.

Se marchó y los cuatro nos quedamos de pie.

—¿Quién es Sasha? —pregunté desconcertada.

—Es algo así como mi diminutivo —musitó.

—Pasamos de ir... —susurré— ¿verdad?

—Hace un momento decías que te apetecía una copa —recordó Alejandro. Y se sentó de nuevo.

Estaba a punto de protestar cuando apareció el camarero.

—Sígueme al reservado del señor Ivanov, por favor.

Alejandro cogió su americana y fue el primero en seguirlo, cuando yo todavía no me había levantado. Me extrañó su comportamiento.

Lorenzo caminaba junto a mí, por lo que aprovechó para decirme:

—Por cierto, Vicky, estás preciosa —susurró mirando mi vestido de arriba abajo.

Alejandro, de espaldas a unos metros de mí, no se había girado en ningún momento.

Llegamos hasta la puerta; el olor a tabaco me sorprendió. La sala tenía las paredes a rayas, negro y *beige*, con detalles en metacrilato y asientos de cuero gris oscuro cubiertos por grandes cojines de terciopelo, sobre los que se sentaban Boris y sus cinco acompañantes. Uno de ellos era Leonid, que se levantó para saludarnos. En cuanto reparó en mí, sus labios dibujaron una fina sonrisa y dio un paso al frente. Cogió mi mano sin

darle tiempo a tendérsela, y me la besó en un gesto decimonónico. Lorenzo lo observaba con incredulidad.

—Bienvenida —dijo en un susurro antes de saludar a los demás. Su cercanía había traído un peculiar olor a puro.

Las chicas que los acompañaban, muy monas y estilizadas, nos saludaron desde lejos. Alejandro se sentó en el único hueco que quedaba junto a Boris.

—Y estas son Lily, Dolly, Mary y Romy —dijo señalándolas.

—¡Rosy! Siempre te equivocas, cariño. Me llamo Rosy —replicó la de cabello color caoba, con un acento que no supe identificar.

Nos sentamos los tres en el otro extremo, y Lorenzo, envalentonado, retomó la conversación en voz baja mientras Giovanni charlaba con Leonid.

Me sentía como una adolescente que habla por primera vez con el chico del curso superior que le gusta, y eso no tenía sentido. En esos momentos debería estar poniendo cachondo a Alejandro con mi pie por debajo de la mesa y no manteniendo esa conversación. ¿Por qué me estaba dejando llevar? ¿Sería culpa del *Veuve Clicquot*?

Alejandro, al otro lado de la mesa, conversaba con Boris en ruso, sin hacernos el menor caso. Me levanté para servirme un poco más de *champagne* y ni siquiera giró la cara para mirarme. De modo que hice un gesto con la botella en la mano a Lorenzo y asintió, así que me acerqué a servirle.

Me reventaba que Alejandro me ignorara, así que decidí dejar de reprimirme y comportarme con Lorenzo como si él no estuviera.

—Entonces, inaugurando una superdiscoteca en el Mar Rojo, ¿eh? Es lo menos que merece el DJ Van der Gaard

Su expresión cambió ante mi repentina amabilidad. Sonrió y sus ojos se rasgaron aún más.

—El otro día la música estuvo genial —admití refiriéndome a la fiesta del *Summer of Love*.

—¿Por qué te fuiste, Vicky?

Me quedé muda, buscando las palabras exactas para responderle.

—Dijiste que sales con alguien. ¿Te referías a él? ¿A Ortega?

Respiré hondo y miré a Alejandro. Seguía sumido en la conversación, con uno de esos cigarrillos finos y oscuros en la mano. En un momento dado reparó en la mesa, quizá en busca de un cenicero y, por fin nuestros ojos se cruzaron. Me miró como quien observa a un extraño y regresó a la conversación, a la que se había añadido una de las chicas con nombre de Barbie.

Como no contesté, Lorenzo siguió hablando en voz muy baja.

—Sé que no soy nadie para decirte esto, pero ¿lo sabes todo sobre él?

Miré a mi interlocutor con los ojos muy abiertos, interesada en cualquier cosa que

tuviese que decirme.

—Lo del *glamour* no es más que fachada. Es la persona a la que tienes que acudir si necesitas proveer una fiesta con todo tipo de drogas.

Lo observaba en silencio. Su pelo rubio le caía alborotado sobre los hombros mientras me contemplaba con mucha atención. Seguía sin encontrar las palabras adecuadas. Me mordí el labio.

—¿Lo sabías y no te importa?

—Es... complicado —musité por fin.

—De acuerdo, no diré ni una palabra más. Aunque viniendo de ti, me sorprende.

—No es tan sencillo, Lorenzo.

Dio un sorbo a su copa y se quedó mirándome.

—A ver. Esa es una conclusión a la que hemos llegado; pero yo no he visto nada ni él me ha hablado de ello —murmuré sin ser sincera del todo.

—¿Hemos?

—Lola, Philip y yo.

—Bueno, al menos no estás sola, y los tienes de tu lado.

—Esto no es ninguna disputa, por lo que no hay «lados» pero, sí, me apoyan.

Me levanté, disculpándome porque tenía que ir al baño. Pasé delante de Alejandro, que ni se inmutó.

Llevaba mucho rato con ganas de ir al servicio después de tanto *champagne*. Cuando me lavé las manos, frente al espejo, tuve que admitir que el vestido tenía un corte algo descocado, no demasiado apropiado para «coquetear» con un ex. Por eso mismo me reventaba que Alejandro me ignorara sin pestañear, incluso cuando charlaba entre susurros con Lorenzo, luciendo aquel atrevido escote.

Mojé de nuevo mis manos y me las pasé por el pelo, desencrespándolo un poco, y en ese momento se abrió la puerta y entró una de las chicas con el nombre acabado en «y».

—Hola —exclamó.

—Hola —le devolví el saludo.

Dejó su bolso sobre la repisa y sacó un pintalabios con el que se retocó. Llevaba un ceñido top negro palabra de honor, con detalles brillantes y una minifalda de tubo.

—Soy Lily —dijo con acento latinoamericano, acercándose.

—Yo Victoria —le sonreí.

Saqué mi iluminador y me maticé un poco el contorno de ojos.

—¿De qué agencia viniste? ¿De Madrid? —me preguntó.

—¿Cómo?

—Es que me parece que no te vi nunca antes. ¿Recién llegas a la isla?

—Nací aquí.

—¡Ah, caray! Pues qué valiente. Yo no osaba hacer nada parecido en mi país, menos en mi ciudad.

—Lo siento, Lily —exclamé mirándola a los ojos—. No entiendo de qué me estás hablando.

—Yo estoy en la VIPPS —lo pronunció deteniéndose en las pes—. La que está delante del Lío.

Me encogí de hombros.

—Normalmente, Alejandro las trae de Madrid —dijo ignorando mi extrañeza—. De las *posh*, las más caras —añadió mirando de reojo el bolso de Loewe que me había regalado mi padre.

—¿Alejandro trae qué, de Madrid?

—Venga, niña. No me hagas reír —dijo con una sonrisa—. Sé que te pagan para parecer inocente pero conmigo no tienes que fingir una vaina.

Me quedé con la boca abierta y miré mi provocador vestido azul eléctrico. No podía creer lo que estaba insinuando esa chica. Una parte de mí quiso salir corriendo de allí y no parar hasta que estuviese en mi casa, pero necesitaba obtener más información. Tragué saliva y, con toda la seguridad que pude, continué deslizando el pincel bajo mis pestañas.

—Tienes razón —sentencié—. Lo siento, es que soy nueva. Todavía no sé cómo... reaccionar.

—¿Madrid? —preguntó guiñándome un ojo.

Asentí con una sonrisa. Santo Dios, no podía creer que de verdad estuviera haciendo eso.

—Lily, soy muy nueva en esto y... he llegado hoy. ¿Podrías darme algún consejo?

—En la cama no sé decirte, porque nunca estuve con él. Tampoco ninguna *escort* de mi club, ni de Ibiza, que yo sepa. Pero de fuera, muchas. Cada semana, carajo.

Asentí, tratando de aguantar las lágrimas que ya se agolpaban en mis ojos.

—Yo creo que es de los que tienen gustos complicados. Por eso cambia tanto. Por eso las elige tan caras. ¿Estás en la casa o en el hotel?

Me dio un vuelco el corazón. *En el Sa Talaia no, por favor.*

—¿Qué hotel?

—El Ocean Drive, casi siempre. Entonces, eso es que estás en la casa.

Asentí. No sabía hasta dónde podría aguantar esa farsa sin estallar.

—Bueno, *mijita*. Mucha suerte. Seguro que te irá bien, al menos este no es de los sádicos.

Y tras estas palabras regresó a la sala.

Perfecto. Me acabo de enterar de que Alejandro es un putero de costumbres refinadas,

y encima esa chica va a pensar toda su vida que yo soy una prostituta. ¿Qué pasará si nos cruzamos un día en el súper, en el gimnasio o peor todavía: si estoy con alguien de mi familia?

Respiré hondo y me miré al espejo una última vez. Ahora, y muy a mi pesar, empezaba a cuadrar lo que me había contado Alba, la modelo. Tenía que analizar lo que acababa de escuchar y lo que estaba grabado en mi memoria a fuego, pero antes necesitaba evadirme. Precisaba una copa con urgencia. *De algo más fuerte que champagne, por favor.*

Salí del cuarto de baño y me encontré con que todos seguían como los había dejado, pero envueltos en una nube de humo que recordaba a Ducados. Lily, espachurrada sobre unos grandes cojines, me sonrió y Lorenzo, ahora enfrascado en lo que parecía una divertida conversación con Leonid y Giovanni, clavó los ojos en mí. Me uní a ellos, observando de soslayo a Alejandro, que me dedicó una mirada fugaz, esta vez más severa que antes. *Bueno, mejor eso a que me ignore como a una piedra,* pensé.

Lorenzo no dejaba de sonreírme. Sus ojos se clavaban en mí cada pocos segundos, aunque yo me esforzase en ignorarlos.

Necesitaba salir de allí cuanto antes, así que se me ocurrió decir:

—Me apetece ir a tomar algo a Hi —le susurré—. ¿Y a vosotros?

Lorenzo miró a Alejandro, que seguía conversando en ruso con Boris a un lado y la chica de pelo caoba muy cerca de él, excesivamente cerca. Demasiadas confianzas.

—Tranquilo. Él se queda aquí con sus amigos.

—¿De verdad?

—Claro. Salgamos de esta nube de humo.

Lorenzo asintió, se inclinó hacia el italiano y le comentó algo. Al cabo de unos instantes ambos se despedían del resto, agradeciendo la invitación. Yo hice una despedida generalizada, sin pararme a comprobar si Alejandro decía algo o no. Una vez en el pasillo, cerré la puerta a mis espaldas y casi me doy de bruces con el camarero, que llevaba una bandeja con una taza de café con leche junto a un recipiente repleto de terrones de azúcar de caña.

—Aquí tiene su café, señorita —anunció con una melodiosa voz.

—Yo no he pedido nada.

—Ha sido el señor Ortega.

—Pues dáselo a él de mi parte, que está ahí dentro —dije señalando la puerta.

Giovanni y Lorenzo me observaban en silencio. Este último no había perdido la sonrisa, el muy cabroncete. Quizá convencido de que esa noche le esperaba el final feliz que le arrebaté el domingo, algo que minutos antes, ni imaginaba. Nos largamos de allí en un abrir y cerrar de ojos.

36. Hi

—¿Quién iba a decirme que acabaríamos tú y yo de marcha? —preguntó, apoyando su mano sobre la parte baja de mi espalda.

—A veces la vida es impredecible —contesté.

—Qué gente más rara —murmuró Giovanni—. Son buenos contactos para mi trabajo, pero, no sé, son extraños.

Solo teníamos que atravesar una calle para llegar a Hï y, aunque eran poco más de las doce, la zona ya estaba invadida por coches que buscaban dónde aparcar.

Mientras esquivábamos los vehículos, saqué el teléfono del bolso por si lo tenía en silencio. No había ningún mensaje de Alejandro. Estaba segura de que no le había hecho gracia que me hubiese marchado así, pero él se lo había buscado.

Unos metros más adelante, un edificio blanco de líneas rectas acaparaba toda la atención de la gente. Como iba con ellos, no tuve ni que abrir la boca. Los reconocieron a lo lejos, y antes de llegar a la valla, ya nos invitaron a pasar.

—¿Vamos al vip? —preguntó Giovanni.

—Sí, sí. Donde prefiráis. Yo solo necesitaba salir de allí.

Entramos directamente en la terraza vip, un curioso espacio cubierto de césped donde descansaban pequeños tipis. La sala a la que llegamos estaba sumida en una combinación de magentas y violetas. La gente iba y venía, con cara de satisfacción y un vaso de tubo en la mano. Al fondo, unas bailarinas ataviadas con grandes plumas y una sofisticada armadura, se movían de forma hipnótica.

—¿Una copa? —preguntó Lorenzo.

—Sí, por favor.

Nos acercamos hasta la barra. El barman corrió al encuentro de mis acompañantes en cuanto los vio. Lorenzo y yo nos apartamos para poder hablar con privacidad.

Ya en nuestro rinconcito me tendió un *gin-tonic* y di un sorbo con muchas ganas. A ver si la ginebra me subía rápido y podía ver las cosas de otra manera.

—¿Y qué tal en Londres? —pregunté.

—Estupendo. Ahora vivo en Hammersmith y el barrio está genial.

Había dejado el bolso sobre la barra y, de pronto, comenzó a sonar el tema de *Nueve Semanas y Media* a todo volumen. Metí la mano lo más rápido que pude para silenciarlo, muerta de vergüenza. Por supuesto, era Alejandro, así que no se lo cogí.

Estuvimos charlando un buen rato hasta que el teléfono volvió a vibrar.

Lorenzo no dejaba de observarme mientras abría él móvil con una mano y con la otra sostenía la copa, ya por la mitad.

Alejandro: Debes estar indignada y furiosa. Y tienes razón, pero me gustaría explicártelo.

La situación había sido surrealista y no sabía cómo reaccionar. No tenía ninguna lógica que cuando apareciera mi ex él se mostrara tan atento, y después, con los rusos, me ignorara. ¿Me estaría enfrentando a un bipolar? Esa idea no se me había pasado por la cabeza, pero ahora parecía una posibilidad.

En ese momento Giovanni se acercó.

—Me ha comentado Mark que les gustaría hablar contigo para los viernes —le susurró a Lorenzo contento.

—¿Ah, sí? Pero la temporada ya casi ha comenzado.

—Es algo extraordinario. Mejor que vayas a hablar con él. —Y dirigiéndose a mi añadió—: No te importará que te lo robe unos minutos, ¿verdad, Victoria?

—Tranquilo —sonreí.

Lorenzo se levantó y rozó mi espalda con la mano, algo que, sumado a su perfume, me dio escalofríos. Llevaba toda la noche reprimiendo los instintos que provocaba en mí esa colonia. Me sentía como un tigre encerrado junto a una gallina que tiene que hacer lo posible para no comérsela.

Recordé a Alejandro y decidí contestar el dichoso mensaje:

Victoria: ¡Anda! ¡Pero si hablas castellano, pensé que se te había olvidado!

Apenas me dio tiempo a dar un nuevo sorbo de *gin-tonic*.

Alejandro: ¿Me concedes diez minutos? Después puedes hacer lo que quieras. No te agobiaré más. ¿Dónde estás? ¿Te has marchado?

Miré a mi alrededor. Era capaz de estar acechando detrás de una columna. Recapacité antes de responderle.

Victoria: Estoy junto a la terraza vip del Hi... Ven si quieres.

Miré a Lorenzo. Charlaba con Giovanni y con Mark, pero cuando nuestras miradas se cruzaban, me dedicaba una abierta sonrisa. Estaba claro que, si por él fuera, ya estaríamos metiéndonos mano, pero en realidad yo no quería eso. Flirtear era divertidísimo, es verdad, y hacerlo con un hombre diferente cada dos por tres mantenía tu radar afinado, pero ¿a qué llevaba todo aquello? ¿A pasarlo bomba unos pocos meses hasta que se difuminase la pasión y entonces no quedase nada? ¿Qué me hacía pensar que con Alejandro iba a ser diferente? ¿De verdad merecía la pena sacrificar todo lo demás por él, sin ni siquiera conocer ni la mitad de sus verdades?

El teléfono vibró sobre la barra.

Alejandro: Tiene que ser en privado. ¿Qué tal si te recojo?

Apuré el combinado y me acerqué a ellos para decirles que me tenía que marchar. Hice un saludito con la mano y me giré, pero alguien me cogió del brazo. Al volverme, mi cara quedó a pocos centímetros de la de Lorenzo.

—¿Vas a volver? Yo me voy mañana.

—Pues en ese caso... —Me acerqué y le di un beso fugaz en los labios. Era lo último que se esperaba—. Buen viaje.

Di un paso adelante, pero él no me había soltado.

—Victoria...

Miré sus exóticos ojos color turquesa.

—Ten cuidado —añadió.

Le dediqué una tibia sonrisa y salí de la sala.

La discoteca estaba más abarrotada, tuve que sortear un par de grupos de *clubbers* para poder llegar a tierra firme. Tras cruzar la última puerta, choqué con un chico de americana de lino. Al verle la cara, mi gesto de tranquilidad cambió. El suyo también.

Su presencia significaba que su hermano no andaría muy lejos. Apenas me había dado tiempo a llegar a esta conclusión cuando apareció Daniel. Una depredadora sonrisa se iluminó en su cara al verme.

—Victoria —exclamó con los brazos extendidos.

Al cabo de un segundo ya me estaba abrazando.

—Qué alegría que coincidamos, por fin.

—Sí, es verdad —mentí—. Es que estoy muy liada estos días, tengo aquí a la familia.

Me sentía un poco estúpida inventando excusas de pacotilla.

—¿Entras con nosotros?

—Tengo que ir a por una cosa. —Me miraba imperturbable. Edu, junto a él, centraba su atención en el grupo de bailarinas que pasaban a nuestro lado—. Al coche. He de ir urgentemente al coche.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó él, galante.

—No, gracias. —Sonreí como buena zorra mentirosa—. Os veo dentro, ¿vale?

Me deshice de su mano, que todavía me estaba agarrando como lo haría un pulpo, y salí del local lo más rápido que pude.

37. Birmania

Instantes después ya estaba en la entrada del Ushuaïa, donde Alejandro había insistido en recogerme. Cuando el Porsche se detuvo frente a mí, me quedé mirándolo unos instantes. Él abrió la puerta desde dentro y me lanzó una mirada inquieta.

Mi reacción natural hubiera sido saltar a sus brazos para besarlo y sentir la calidez de su cuerpo, pero había muchas cosas por aclarar antes de dar rienda suelta a mis instintos carnales.

—Espero que tengas buenos motivos, porque lo de esta noche ha sido... indescriptible —murmuré sentándome a su lado.

—Lo sé.

Tomó mi mano entre las suyas y me estremecí.

—Por favor, Alejandro. Quiero confiar en ti, pero no me lo pones nada fácil —dije.

—Vayamos a tu casa —dijo entrelazando sus dedos entre los míos—. Y así hablamos con tranquilidad.

Pocos minutos después nos encontrábamos en el recibidor de mi apartamento. Cerré la puerta detrás de Alejandro y, cuando pasé junto a él, me cogió de la cintura y sus dedos acariciaron mi pecosa mejilla.

—¿Qué tengo que hacer para que no pierdas la fe en mí? —susurró.

Respiré hondo.

—Para empezar: decirme la verdad, Alejandro —dije—. Voy a por algo de beber.

Me metí en la cocina y cerré la puerta. Me apoyé en la encimera, y re Coloqué un poco mis ideas. Necesitaba saber si sentirme ignorada iba a ser lo habitual en aquella relación.

Saqué unas bonitas copas de *cognac* e introduje unos hielos. Instantes después estaba en el salón con la botella de hierbas ibicencas en la otra mano. Él se había sentado en el sofá. Me coloqué frente a él en la butaca, y dejé las copas sobre la mesa de cristal. Se había quitado la americana, lo escruté y contemplé sus ojos. Encontré la intensidad color fuego que había hecho que me enamorara de él.

—Lo siento mucho, Victoria.

—¿Va a pasar lo mismo cada vez que salgamos por ahí de noche?

—No he tenido otra salida, Victoria. —Me cogió la mano—. Es peligroso que te relacionen conmigo. Más de lo que imaginas.

Me asustaba pensar que hubiera un peligro real detrás de todo aquello pero, en parte, lo me sentí aliviada, ya que quizá sí podía haber una explicación razonable. Cogí mi copa y le di un trago.

—He sido un imbécil al bajar la guardia —dijo negando con la cabeza y entrecerrando los ojos—. Esto no debería estar pasando. Debería haberlo previsto, debería... —Su frase quedó ahogada. Parecía tener un nudo en la garganta—. No quiero que te ocurra nada malo, Victoria —dijo de repente apretando su mano con fuerza sobre la mía—. Quizá deberíamos dejar de vernos... al menos en público.

Mi corazón se encogió y me senté junto a él en el sofá. Sus manos seguían apresando las mías y deseé que no hubiera motivos que lo alejaran de mí. No podría soportarlo. No ahora.

—Pero, dime ¿por qué? ¿Por qué está pasando esto?

—Sabes que no puedo darte detalles. No todavía —aseguró con unos ojos que no transmitían más que desdicha—. Pero es peligroso que sigamos así.

—Deduzco entonces que tiene que ver con los que estaban en Montauk. Porque antes de que llegara Boris, estabas bien.

Él asintió.

—No voy a preguntarte los porqués, Alejandro. —Él levantó la mirada que había fijado en el suelo—. Pero tenemos que encontrar una manera de resolver esto.

—¿Qué tal si inventamos un código o una palabra clave que solo sepamos nosotros? Cuando se acerque alguien «especial», tú dices una frase o haces una señal y yo me marcho o hago lo que hayamos pactado.

Alejandro tomó aire y pareció valorar mi propuesta.

—No siempre va a estar relacionado con personas concretas —murmuró.

—Bueno, pues cuando sea. Tú dices esa palabra clave y ya está. Yo entonces me voy o finjo ser lo que hayamos planeado —propuse cogiéndole con suavidad por el brazo—. Tu traductora en Aurum, la novia de Lorenzo...

Al pronunciar ese nombre su expresión cambió y percibí cómo cerraba el puño sobre la rodilla.

—Casi me muero de celos cuando vi que os marchabais juntos —confesó mirándome fijamente—. Entiendes que no ha sido un desplante contra ti, ni nada parecido, ¿verdad?

—Creo que sí, Alejandro —respondí—. Me gustaría comprenderlo mejor, pero de momento me conformo.

Tiró de mi mano, hasta tenerme contra su cuerpo. Apoyé la cabeza sobre su pecho, sentí el palpar de su corazón y aspiré su delicioso aroma.

—No te merezco, Victoria —susurró mientras sus manos rodeaban mi cintura.

—No digas eso —ordené—. Todavía no conoces mi lado tenebroso.

Deslizó una mano hasta mi nuca y sus caricias hicieron que se me erizara la piel.

—Tú no tienes nada tenebroso —dijo antes de unir sus labios con los míos y fundirnos en un beso que había dudado si volvería a saborear.

—Te prometo que haré cualquier cosa para protegerte, cielo. Estás en buenas manos, aunque a veces parezca lo contrario.

—Manos rusas, por lo que he visto —espeté.

Se le escapó una sutil sonrisa.

—Habrá que añadir un código más a ese lenguaje secreto para evitar las impertinencias.

—¿Impertinencias? Lo mínimo que merezco es conocer el por qué de ese cambio de idioma —repliqué cogiéndolo por la barbilla para que no alejara su mirada de la mía. Cogí mi copa de hierbas.

—No quiero saber el contenido, pero dime, ¿por qué tenías que hablar con él en ruso?

Estuve a punto de preguntar también por las chicas de compañía con nombres de oveja clonada, y por las revelaciones del cuarto de baño, pero quizá no era el momento.

Alejandro dio un sorbo a su copa y me respondió:

—Pensaba que estábamos seguros —expuso—. Boris lleva semanas diciendo que uno de los que lo llevan es un presuntuoso, y que no iría ni loco a su local. Pero han venido y no dejo de culparme por ello, porque debería habérmelo esperado. Debería haberlo sabido.

—¿Es con ellos dos con los que tienes que tener cuidado?

—No puedo contestarte a eso, cielo. —Me colocó con ternura un mechón por detrás de la oreja—. Pero estaría bien que adoptaras el rol de traductora de la empresa.

—¿Ante ellos? De acuerdo. No será difícil.

—Fue una suerte que aparecieran tus amigos antes de la llegada de Boris.

—¿En serio?

—Si hubiéramos estado solo tú y yo, habría sido más complicado.

—Pues vamos a idear un código de señales y así no volverá a pasar nada parecido —repliqué con una sonrisa entusiasta.

Me abrazó con fuerza y hundió su cabeza en mi pelo.

—Te adoro.

Sentía su piel tibia contra la mía, pero deseaba tenerlo más cerca todavía. Mis manos se colaron por debajo de su camisa. Sentir la calidez de su figura despertaba mis sentidos. Sus labios recorrían mi cuello, provocando unas sutiles cosquillas que se mezclaban con el deseo.

—Por cierto, sabes a tabaco.

Mi ocurrencia le provocó una carcajada.

—Lo siento, Victoria. Es otra de las cosas que no puedo evitar.

—Tranquilo, no es desagradable del todo —respondí.

Me incorporé y me puse a horcajadas sobre él, dominándolo. Me encantó sentir la inminente dureza de su miembro.

—Creo que tu sabor a ese Ducados a lo pijo, incluso me parece sexy —confesé levantando su mentón. Sus besos buscaban mi piel en un interminable juego en el que cada vez tenía más ganas de que me poseyera.

—Y entonces, cuando finja ser la traductora de tu empresa, ¿no podré hacerte esto? —le pregunté rozando con la punta de mi lengua el lóbulo de su oreja. Se estremeció y sentí que su abultamiento crecía contra mi nalga.

—Ni loca —respondió todo lo serio que pudo—. A no ser que sea yo el que empiece, y en ese caso tendrías que improvisar.

—De modo que... ¿tampoco podré tocarte aquí? —pregunté acariciando sus pectorales, a través de la camisa.

—Ni se te ocurra, se nos podría ir de las manos —masculló con toda la gravedad del mundo.

—¿En serio? ¿Tan malo sería? Si Boris ya nos vio juntos la noche que Philip se desmayó.

Tardó unos segundos en contestar. Hubiera dado cualquier cosa por saber lo que pasaba por su cabeza.

—Bueno, por si acaso. Tú hazme caso y todo nos irá bien.

Introdujo sus manos por el atrevido escote y en un segundo dejó mis pechos al aire con descaro.

—¿Ves lo peligroso que es este vestido?

—¿Crees que le dejo a cualquiera que meta ahí las manos?

—A veces no dependerá de ti —dijo cogiéndome ambas muñecas con firmeza hasta

colocarlas cruzadas detrás de mi espalda, en una postura que le permitía hacerme cualquier cosa con la boca. Intenté zafarme, pero tenía demasiada fuerza, así que le seguí el juego. Me resultaba atractivo sentirme a su merced.

—En una de esas discotecas a las que tanto vas, cualquiera podría inmovilizarte en una esquina —añadió arañando mi piel con los dientes.

—¿Te refieres a esta noche? ¿Te molesta que haya ido con Lorenzo?

Su respuesta fue un mordisco en el cuello. Estaba muy excitada por la sensación de indefensión. Se me escapó un chillido ahogado. Me cogió ambas muñecas con una sola mano y con la otra intentó taparme la boca. Le mordí un dedo y se me escapó la risa. Alejandro me miraba con malicia.

—Así que se ha puesto celoso, señor Ortega —canturreé.

Iba a soltar otra impertinencia cuando sus labios me impidieron decir nada. Mis sentidos se centraron en la fiereza de su beso, en su sabor a tabaco mezclado con hierbas ibicencas, en su aroma sofisticado y masculino, en la calidez de sus manos que palpaban mi cuerpo con deseo. Había aflojado la fuerza de sus manos y mis muñecas estaban liberadas. Volvía a tener el control.

Sin dejar de besarnos, le empujé hacia atrás mientras deshacía el nudo del cinturón de mi vestido. Até sus muñecas con la improvisada soga. Su mirada me indicaba que estaba disfrutando con mi atrevimiento.

Me puse de pie y me retiré hasta el dormitorio. Me tumbé en la cama, tacones incluidos, y me situé de costado, mirando hacia la puerta.

Pocos segundos después, ahí estaba Alejandro con una sonrisa lujuriosa. Se había liberado de mi penosa atadura y me mostraba el cinturón, burlón. No necesitaba nada más para ser feliz.

Se echó a mi lado sin tocarme. Fruncí el ceño. Necesitaba sentir como sus manos me recorrían. Estiré mi mano para acariciar sus bíceps, pero, de pronto, me cogió por la muñeca y me paró en seco.

—¿Qué haces? —protesté.

—Has iniciado un juego, listilla. Y eso hay que respetarlo.

—¿Un juego?

—Un juego sencillo... Se trata de llegar al clímax.

—Está chupado —dije abalanzándome sobre él. Sus brazos me frenaron en el aire.

—Así no, señorita. Eso es trampa.

Lo miré intrigada.

—Quiero verte mientras tienes un orgasmo sin que yo te toque.

Sonreí, deslicé mis manos bajo el vestido y comencé a acariciarme. Mis dedos provocaban cosquillas sobre mi piel y se me endurecieron los pezones. Aparté el vestido y los dejé a la vista, ante la complacencia de Alejandro.

El aroma de su irresistible perfume invadía la estancia. Solo tenía que aspirarlo un poco para que mis sentidos se pusieran a cien. Mi volcán interior ya se había activado, por lo que pronto necesitaría a Alejandro dentro de mí.

Alargué el brazo hasta la mesita de noche, y saqué uno de mis vibradores. Delante de otro hombre, me hubiera sentido obligada a escoger uno más bien pequeño, sin embargo, con Alejandro podría haber sacado el modelo Nacho Vidal de haberlo tenido, que él no se habría sentido intimidado.

—Así que ese es el cajón de las chicas malas... —murmuró.

—Tú lo has querido —respondí justo antes de humedecerme los labios e introducir el juguete en mi boca para cubrirlo de saliva. Sus ojos, atentos a cualquier movimiento, parecieron sorprenderse cuando lamí y succioné el falo de látex sin dejar de mirarlo.

Giré el interruptor circular y lo introduje en mi vagina. La vibración comenzó en el nivel más suave. Si el requisito para ganar ese juego era lograr un orgasmo, era pan comido. Había tenido tardes prolíficas en las que, a solas con mi vibrador, había logrado cinco seguidos. No excelentes, ya que siempre se echa de menos la presencia de un hombre real, pero sí altamente placenteros.

Me penetré muy despacio, y mientras el juguete se deslizaba dentro y fuera, los gemidos de actriz porno que improvisé comenzaron a ponerlo a tope. Lo vi en sus ojos, en la protuberancia de su entrepierna y en la inquietud de sus manos, que se esforzaban por no tocarme. La rigidez del dildo resultaba incómoda en comparación con la maravillosa polla de Alejandro, pero tenerlo tan cerca me excitaba mucho, sobre todo, al saber que se estaba reprimiendo para no acariciarme.

Abrí las piernas sin tapujos mientras me penetraba con la mano derecha, y con la otra acariciaba con suavidad mi clítoris. Pronto habría ganado la apuesta, pero ¿cuál sería el premio?

Conocía mi cuerpo como para saber que me encontraba cerca del orgasmo, y aumenté la velocidad de mis penetraciones. Entonces, sentí una mano que no esperaba. Abrí los ojos. El rostro de Alejandro estaba consumido por el deseo.

—No aguanto más, Victoria.

—¿Y las reglas del juego? —pregunté jocosa, cediendo el control del vibrador, que ya dominaba él con destreza.

—A la mierda las reglas. Eres irresistible.

Me embistió con apremio y empezó a lamerme el cuello con su cálida lengua. En cuanto sentí el contacto directo, un estallido recorrió con fiereza mi cuerpo, y tuve que agarrarme a su espalda, por miedo a salir despedida ante ese torbellino de sensaciones. Me faltaba el aliento. Sus envites no eran delicados y, ante cada penetración de su verga, ancha y divina, las estrellas se veían cada vez más brillantes.

Acababa de correrme, pero sus arremetidas me transportaban a un nuevo nivel de placer al que no hubiera llegado nunca con aquel juguetito. Esa polla caliente marcaba la diferencia.

Acallé mis gritos, hundiendo la cara contra los cojines, a las puertas de un nuevo orgasmo.

Alcané el esperado éxtasis entre convulsiones, pero él no cesó en sus movimientos. Su velocidad iba en aumento. Quise gritar. Quise apartarle. Quise decirle que necesitaba un tiempo para recuperarme, que esa zona estaba hipersensible, pero la rotundidad de sus penetraciones me impedía pensar en pedirle que las frenara. Algo me hacía desear más. *Por favor, no pares. No pares, pensé. No te pares aunque te lo suplique.*

Y como no abrí la boca, el orgasmo volvió a presentarse, pero esta vez multiplicado, elevando el placer hasta límites insospechados. Miré a Alejandro con sorpresa y su sonrisa me dijo que estaba disfrutando con mi revelación. Sus envites continuaron, con mi vagina cada vez más húmeda, más resbaladiza, más complaciente, hasta que instantes después alcancé una nueva culminación de placer. Esta vez fue de forma sincronizada con mi amante, que gritó mi nombre mientras se corría, y se desplomó sobre mí. Lo abracé con todas mis fuerzas, sin permitir que su falo se retirara de mi interior todavía. Quería sentirme llena y completa un rato más, y en ese afán estaba obcecada cuando, unida a él por el sudor de nuestros cuerpos, me quedé dormida.

Capítulo 12: miércoles, 24 de mayo

38. Oxígeno

Abrí los ojos abrumada por el calor. Sentía la piel de Alejandro bajo mi abrazo, y su respiración pausada me indicaba que dormía. El cansancio de mi cuerpo me decía que todavía no podíamos estar cerca del alba.

Cuando salí de la habitación al cuarto de baño miré el reloj y apenas habían pasado un par de horas desde que nos habíamos quedado dormidos.

El espejo me devolvió una imagen poco halagüeña. El sudor y la sesión de sexo me habían corrido el maquillaje, así que retiré la sombra de ojos y el espeso rímel con un algodón. Me alegré de que Alejandro no me viera de esa guisa.

Me estremecí al recordar los orgasmos. De hecho, sentía molestias en mis partes íntimas. Me puse un camisón de satén y ya volvía al dormitorio cuando me acordé de Lorenzo. El pobre no seguiría esperándome en Hi, pero era mejor decir algo ahora que dejarlo para el día siguiente.

Victoria: Ya habrás deducido que la noche se me ha complicado. Te deseo un buen viaje mañana y que tus proyectos vayan genial. Besos.

Silencié el aparato antes de dejarlo enchufado a su cargador y entré en la cocina en busca de un vaso de agua. Tenía la botella de Bezoya en la mano cuando unos murmullos llamaron mi atención. Un nuevo gemido me indicó que los sonidos venían del dormitorio. Alejandro estaba diciendo algo.

Al entrar en la habitación, él sacudía su cuerpo con brusquedad, enredándose con las sábanas. Sus ojos seguían cerrados y decía unas palabras que no supe identificar.

—Alejandro...

Agitaba los brazos de forma impredecible así que me acerqué a él por el otro lado de la cama.

—Alejandro... Es un sueño.... Tranquilo...

Sus palabras llegaban en un tono más alto y urgente. Los vecinos no tardarían en protestar, aunque lo que más me preocupaba era que parecía estar sufriendo.

—Alejandro, despierta... Es una pesadilla.

Le zarandeeé por el hombro. Él seguía balbuceando palabras. Sus manos cesaron de golpear al vacío y se posaron sobre mí. Supuse que ya se estaba despertando porque, de pronto, había dejado de hablar.

—¿Alejandro?

Seguía con los ojos cerrados y no respondía. Lo zarandeeé un poco más. Inesperadamente, sus manos me rodearon el cuello. Me quedé inmóvil y se fueron cerrando. Comencé a asustarme, así que tiré de sus brazos, pero él me apretaba cada vez con más fuerza.

—Alejandro, por favor...

Me costaba respirar. Sus manos, implacables, apresaban mi garganta. Juraría que mi vida entera pasó en un instante por delante de mis ojos. Sus manos eran demasiado fuertes y no podía desengancharlo de mí.

Me dejé caer sobre la almohada con la esperanza de crear un ángulo que me permitiera liberarme, pero aunque había disminuido un poco la presión, no me soltaba. Cada vez sentía mayor urgencia de llenar mis pulmones de oxígeno, pero el miedo me había paralizado. Saqué fuerzas y, cuando estuve echada sobre la cama, le di un rodillazo con todo el impulso que pude. Soltó un gemido y sus manos se abrieron. Corrí hasta el otro extremo de la habitación y encendí la luz mientras recuperaba el aliento. Sentía cómo las lágrimas se escurrían por mis mejillas. Alejandro había caído al otro lado de la cama.

Cuando vi que se incorporaba, apoyándose sobre el colchón, con los ojos entrecerrados y el ceño fruncido, me acerqué un poco.

—¿Qué ha pasado? —dijo tumbándose de nuevo sobre la cama, confuso y con un gesto de dolor en el rostro.

Estiró su mano para acariciarme la mejilla y, en el primer momento, mi reacción fue rehuirlo.

—Alejandro, has intentado estrangularme.

Su cara cambió de repente. Ya no le importaba su dolor, me miraba sorprendido. Sentía mi garganta ronca y me sequé las mejillas con la sábana.

Se incorporó acercándose más a mí y pude ver sus ojos destellando bajo la luz de la lamparita.

—Lo siento. No sé qué decir —dijo acariciando mi cintura.

—¿Qué diablos estabas soñando?

Respiró hondo y miró hacia al techo con pesar.

—He visto que entraba alguien en la habitación y te atacaba —murmuró tapándose el rostro con las manos—. No puedo creerme que... —Llevó sus manos hasta mi cuello—. ¿Te he hecho daño?

—Ahora ya estoy bien, pero me he asustado. —No pude refrenar las lágrimas que comenzaron a brotar.

Me rodeó con sus brazos y apoyó mi cabeza contra su pecho. Eran las mismas manos que casi acaban conmigo segundos antes, pero a pesar de ello me sentía bien entre sus brazos. Cerré los ojos e hice algunas respiraciones profundas.

Al cabo de unos instantes Alejandro preguntó, con voz grave:

—Victoria, ¿quieres que me marche? Quizá estarás más segura si estoy lejos de ti.

—¡No! —exclamé cuando se incorporó—. Ha sido un accidente. Sé que no corro ningún peligro mientras estés cerca.

Volvió a acariciar la piel de mi cuello.

—¿Cómo puedes decir eso? Yo mismo te he hecho estas horribles marcas.

Quizá debería haber sido más cauta y no insistir, pero me negaba a que un ataque de locura nocturno destruyera nuestra relación. ¿Tendría eso algo que ver con su personalidad bipolar?

—Si estamos teniendo esta conversación ahora es porque he sabido cuidarme solita.

Me apretó con cariño entre sus brazos.

—No me perdonaría jamás que pudiera pasarte nada malo —murmuró besándome la cabeza—. Y menos todavía por culpa mía.

Le acaricié la piel de la espalda y besé uno de los tatuajes de su pecho.

39. Quilombo

Ya era de día. Miré a mi derecha, Alejandro seguía dormido. Su semblante dulce me mostraba a la persona generosa y buena de la que me había enamorado, pese a los muchos secretos que escondía.

De repente, abrió los ojos y me miró.

—Buenos días, sirenita.

—Buenos días. —Esforzándome por sonreír, añadí—: ¿Quieres un café?

—Sí, por favor. Te lo agradeceré eternamente.

Me levanté de un salto, pero él me cogió de la muñeca. Su cara lo decía todo.

—No, tranquilo. No ha pasado nada más.

Tiró de mi brazo, llevó sus manos a mi cuello y lo examinó con detenimiento.

—¿Te duele? ¿Te molesta? —dijo con el gesto muy serio.

—No, para nada —respondí palpándome con una mano.

Yo le sonreí y llevé su mano a mi boca para besarla.

—Alejandro, no le des más vueltas. —Y salí del dormitorio para poner en marcha la cafetera.

A los pocos minutos ya tenía lista la bandeja con las tazas de café y el azucarero. Alejandro me esperaba en el salón.

—Gracias. Está exactamente como me gusta —exclamó después de dar el primer sorbo, con una tímida sonrisa—. Estoy preocupado, Victoria.

Lo miré invitándolo a seguir hablando. Él tomó aire.

—Podría haberte matado.

—Bueno, fue un susto, es cierto. Pero de ahí a matar... hay un trecho —repliqué escéptica.

Le di un sorbo a mi *expresso*, buscando las palabras adecuadas.

—No me lo puedo quitar de la cabeza. Yo debería estar protegiéndote... ¿Y si vuelve a ocurrir?

Abrí la boca para responder, pero dejó el café y se levantó.

—Ven aquí —dijo yendo a la zona más despejada del salón. Caminé hasta él, observándolo con curiosidad—. Pon tus manos sobre mi cuello, tal y como yo te agarré anoche.

No recordaba con exactitud cómo lo hizo, pero le rodeé, sin apretar.

Él llevó sus dedos hasta la parte inferior de mis bíceps, y me pellizcó en ambos. Un dolor agudo me pilló desprevenida y me obligó a soltarle.

—¿Te he hecho daño? Lo siento. Apenas he aplicado presión.

—Es que soy muy sensible —dije frotándome la zona afectada.

—Eso es lo que tienes que hacerme si vuelve a pasar algo parecido.

Repetimos el ejercicio un par de veces intercambiando los papeles y, en una de ellas, le di un pellizco con el que vio las estrellas.

—Me lo tengo merecido.

—No quería lastimarte, Alejandro. Perdona.

Antes de meternos en la ducha me enseñó cómo atacarle en el hueco de la tráquea, en la nariz y a retorcerle vilmente las orejas. La experiencia fue, cuanto menos, divertida.

Una hora después ya estábamos en el aparcamiento de Marina Botafoc. La mañana era luminosa y la isla se veía más bella bajo el cielo azul intenso. Recordaba bien el camino hasta el barco de Alejandro. El yate me resultó algo diferente. Los cojines blancos y azules ya no estaban sobre los asientos de la cubierta. Un toldo blanco cubría casi todo el mobiliario exterior.

Alejandro introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta corrediza de cristal.

—Enseguida vuelvo.

Desapareció por la escalera de caracol y yo me quedé en el salón. ¿Sería allí donde Alejandro organizaba las sórdidas fiestas que Alba llamó *Vecherinkus*? Pensarlo me produjo un escalofrío.

A los pocos segundos lo tuve de nuevo frente a mí, con un *look* de lo más náutico, y con una bolsa negra de Gucci en la mano.

Rodeó mi cintura y hundió su rostro en mi cuello. Instantes después estábamos de nuevo en la vía peatonal por la que se accede a los pantalanes.

—Me ha dicho Tatiana que es el 736.

—Aún queda un buen rato para la hora. Vamos al bar a ver si han llegado.

Encontré a mis amigos desayunando en una de las terrazas del Sidney Café.

Alejandro le estrechó la mano a Philip, después de saludar a Lola.

Era la primera vez que los tres coincidían a plena luz del día y eso me ponía algo nerviosa. No porque pudiera filtrarse algo, de un lado o del otro, sino porque sentía cierta excitación por estar viviendo algo así.

—Y bueno, ¿qué tal fue anoche? —preguntó Philip rompiendo el hielo, mientras mojaba una magdalena en el café.

—Fuimos a Montauk —respondí—. Estaba lleno. La comida y el ambiente eran muy originales, pero la noche resultó bastante rara. Nos encontramos con Lorenzo y Giovanni.

Lola y Philip se quedaron muy callados, observando de reojo a Alejandro, quien no había perdido la sonrisa cordial. La camarera llegó con las Coca-Cola.

—¿Ah, sí? ¿Y qué tal está Lorenzo? —preguntó Lola despacio. Quizá dudando de si Alejandro sabía que nos lo encontramos en Glory's la noche del *Summer of Love*.

—Bien. Viajando mucho últimamente —respondí observando su reacción a través de mis gafas de sol.

—¿Sabéis qué? Hoy he hablado con Lucas —exclamó de repente Lola sin poder ocultar una sonrisa—. Y me ha pedido ayuda para la fiesta del viernes. La está organizando su colega Álvaro mientras él está fuera —aclaró—, pero me ha pedido que le busque un *catering* y que encuentre los mejores DJ disponibles.

—¿Qué buscas, exactamente? —preguntó Alejandro recostado contra el respaldo.

Lola sacó el teléfono y revisó los mensajes.

—Me ha dicho que elija yo la música —dijo esto con los ojos muy abiertos, como asombrada—. Yo, ¡que no tengo ni idea de música electrónica!

—¿Y el presupuesto? —preguntó Alejandro—. Me vienen a la cabeza unos cuantos nombres, pero tienen unos honorarios muy variados.

—¡No me lo ha dicho! —exclamó—. Voy a preguntárselo ahora mismo.

—¿Y dónde es la fiesta? —preguntó Alejandro.

—En la casa nueva de Lucas Ferrer —respondió Lola sin apartar la mirada del teléfono.

Aún quedaban quince minutos para la hora convenida, pero supusimos que ya estarían en la embarcación.

—¿Vamos para allá? —pregunté, y Alejandro se puso en pie y se adentró en el local.

Mis dos amigos hablaban sobre los diferentes DJ, pero en cuanto nos quedamos solos se inclinaron hacia mí.

—¡Tía! ¿Cómo es que os encontrasteis con Lorenzo? —preguntó Philip.

—¿Alejandro sabe lo del hotel? —añadió Lola mirando de reojo a la entrada.

—No. ¡No sabe nada! —exclamé—. No se lo he dicho.

Pensé en las revelaciones de Lily en el baño y el pacto al que había llegado con mi adonis de ojos anaranjados. No estaba segura de si estaría traicionando la confianza que él depositaba en mí si les contaba todas esas cosas, incluyendo cuando casi me estrangula en sueños. Decidí que sería mejor dejarlo para otro momento.

Alejandro volvió a la terraza y sus ojos me atravesaron una vez más, inyectándome energía. Se apoyó en el respaldo de mi silla y acarició mi mejilla con cariño. Era una

experiencia excitante vivir estas muestras naturales de afecto por su parte, además capté el aroma de su perfume y eso despertó más mi deseo.

Philip levantó la mano haciéndole un gesto a la camarera para que nos trajera la cuenta.

—Lo vuestro ya está pagado —dijo ella al acercarse.

—Pero hombre, no tenías por qué —exclamó Philip mirando a Alejandro—. Si nosotros hemos tomado un superdesayuno.

—La próxima vez es cosa nuestra —dijo Lola poniéndose de pie.

Cuando me levanté de la silla, Alejandro me cogió de la mano. Ir cogidos era algo nuevo para mí. Con mis anteriores novios no solía expresar mis sentimientos en público.

Al llegar a la calle, no desentrelazamos nuestros dedos. Miré de refilón a mis dos amigos, que me observaban muy divertidos. Philip incluso hacía muecas.

Llegamos hasta el pantalán. Al fondo del caminito de hormigón, Tatiana nos hacía señales.

—¡Qué bueno que ya llegaron! —exclamó justo antes de lanzarse sobre mí en un afectuoso abrazo.

Repartió besos y abrazos y se entretuvo con Philip. El día que se conocieron descubrieron que tenían mucho en común.

El barco resultó ser mucho más grande de lo que recordaba. El nombre con el que lo habían bautizado me hizo sonreír: «Quilombo».

Claudio, al que apodábamos en secreto «el fan de Lola», estaba sentado dentro, junto al novio de Tatiana, y nos saludaron con la mano.

—Bien, chicos, sáquense los zapatos y suban a la lancha —ordenó Tatiana con simpatía.

Philip subió sin dificultad. Alejandro ayudó a Lola a subir. Cuando por fin deshice el nudo de mis sandalias y me incorporé, vi como esos ojos color miel me observaban con un gesto extraño. Di un paso para acercarme al borde y él me cogió por el hombro, acariciando mi piel.

—Victoria, me gustaría que tuvieras claras unas palabras clave antes de subir.

—¿Hay algún peligro? —pregunté preocupada.

—No. Con ellos no —afirmó—. Pero nunca se sabe lo que podría pasar.

Observé como Diego insistía en darle una cerveza a Lola.

—Frambuesa.

—¿Esa es la palabra clave?

—Si la menciono en alguna frase eso significa alerta naranja. Deberás actuar como una colaboradora a la que apenas conozco, incluso deberás tratarme de usted.

Respiré hondo imaginándome por un momento en qué tipo de situación podría darse una escena así.

—Tendrás que seguirme la corriente, cielo, incluso si hago cosas extrañas o inesperadas —añadió con pena en los ojos—. ¡Joder! ¡Me siento fatal metiéndote en este lío!

—No, tranquilo —le susurré tocándole el codo con suavidad—. Estaré atenta y, si la oigo, sacaré a la actriz que llevo dentro.

Me tendió la mano con una media sonrisa y me dieron ganas de besarlo, pero me contuve.

—Y la otra clave será Birmania —susurró cuando me acerqué a él.

Lo miré asintiendo en silencio.

—Si oyes que esa palabra sale de mi boca, debes irte de donde estemos, pero de forma tranquila y disimulada. Te marchas lo más lejos posible y esperas a que yo te llame, pero si eso no ocurre, coges un taxi y te vas a un lugar seguro.

Madre mía. No me esperaba un planteamiento así, pero confiaba en él. Me dio un rápido beso en los labios, su sonrisa reapareció y su mirada volvía a acariciarme con calidez. Apoyándome en él di una zancada y subí al barco.

Diego cogió mis pertenencias para dejarlas junto a las de los demás. Me ofreció una cerveza que rechacé con una sonrisa. Al fondo había un asiento alargado para tres o cuatro personas, después estaba el del piloto y, a la misma altura, pero separado por un pasillo central, uno individual. Todos forrados de cuero blanco y rojo.

Alejandro entabló conversación con Marco frente al timón, y yo fui a reunirme con Tatiana y Philip.

—Tenéis un barco chulísimo —exclamé.

—Es como un cohete —dijo con una sonrisa—, aunque a mí me hubiera gustado más un velerito para navegar en calma.

Tenía el pelo recogido en una larguísima trenza, y con los mini *shorts* parecía una colegiala.

—Bueno, salimos en un minuto —exclamó Diego poniéndose al volante.

El motor rugió y empezamos a avanzar con cuidado entre los barcos en dirección a mar abierto. Marco estaba agarrado a la barra metálica y me indicó que me cogiera muy fuerte con un gesto. Algo me decía que iba a ser más divertido estar de pie que sentada durante el trayecto. Además, los brazos de Alejandro, aferrados con fuerza a la barra, me rodeaban, haciéndome sentir más segura que nunca. Estiré el cuello, apoyando la cabeza sobre su hombro y él acarició mi mejilla con la suya.

A medida que la lancha aumentaba la velocidad, las subidas y bajadas eran más bruscas. Tenía la sensación de que en cualquier momento podía salir volando como una muñeca de trapo.

—¿Qué velocidad puede alcanzar? —pregunté levantando la voz para que pudiera oírme.

—Puede superar los ochenta nudos, unos ciento cincuenta kilómetros por hora.

Imaginaba que nos adentraríamos más en el mar, pero resultaba interesante ver las cosas

desde este punto de vista. Los céntricos edificios dieron paso al paseo marítimo de Figueretas. Lo recorrimos casi en paralelo y, al llegar al final, la lancha dio un brusco giro, y me solté de la barra. Por suerte, Alejandro no había cedido ante la embestida y pudo agarrarme con más fuerza.

—Si llego a saber que conduce así, no venimos —me susurró.

Me extrañó la ruta que estábamos tomando, daba por hecho que íbamos a Formentera, así que me incliné hacia Claudio y le pregunté a dónde nos dirigíamos.

—Vamos a comer a Sa Trinxà, pero antes Diego nos lleva a bañarnos a un lugar muy lindo.

—¿Tú sabes a dónde vamos? —le pregunté a Alejandro.

—No tengo ni idea, y la verdad es que me molesta un poco —musitó con el ceño fruncido.

—No te gusta nada cuando no controlas la situación, ¿verdad? —dije en tono de burla.

—Más que control, me gusta tener toda la información sobre lo que me rodea —masculló. Y sentí una punzada en el corazón al darme cuenta de que yo le ocultaba cosas que, de saberlas, no le harían ninguna gracia.

Ya avistábamos los islotes que parecen encadenarse con Espalmador y con Formentera cuando vi el pintoresco rincón donde Alejandro me llevó la primera vez.

—Nuestra isla —susurró.

Se me erizó la piel. Me fascinaba la forma en que las palabras indicaban que compartíamos algo, aunque fuese un recuerdo.

Las olas sacudían el barco con mayor intensidad y Diego tuvo que aminorar la marcha, lo que supuso un alivio. Observé la diferencia entre la naturalidad con la que se lo tomaban los argentinos y la cara de incomodidad de mis amigos.

El agua era límpida y transparente. Se oyó un ruido arrastrado y vi cómo el ancla se perdía en el fondo marino.

Cuando cesó el sonido del motor, me solté de la barra. Solo de pensar en el viaje de regreso me mareaba. *Conociendo a Philip, no me extrañaría que después de comer decidiera irse a casa en taxi para ahorrarse el incómodo trayecto*, pensé.

Claudio apareció de repente y palmeó la espalda de Alejandro como si fuesen colegas de toda la vida.

—¿Qué, chicos?, ¿vamos al agua? —inquirió con una sonrisa que me hizo recordar a uno de los hermanos Dalton.

—Sí, tiene una pinta genial —exclamó Lola.

Él sonrió y sus ojos se iluminaron al mirarla.

—¿Querés unas gafas de bucear? —le ofreció a Lola.

Estaba claro que el muchacho se había fijado en ella. Philip y yo sabíamos que tenía poco que hacer, pero tenía todo el derecho a intentarlo.

Ella lo siguió hasta el camarote y me quedé junto a Alejandro. Estaba de pie entre mis piernas, y con las manos en mi cintura. Le devolví el abrazo, y él me dio un fugaz beso en los labios. Con Alejandro todo momento resultaba excitante y despertaba mis más bajos instintos allá donde estuviéramos, pero decidí reprimirme. Sabía que si nos seguíamos acariciando, no tardaría en sentir su erección, y eso no iba a pasar desapercibido al resto.

Le aparté con un gesto suave y cerré las piernas. Me miró con los labios fruncidos y fui a sentarme junto a Tatiana en el sillón alargado donde conversaba con Philip.

En la parte delantera, Marco se liaba un porro mientras charlaba con Alejandro.

Una suave música electrónica, estilo Robert Miles, fue aumentando de volumen.

—Gracias por invitarnos, Tatiana.

—Es un placer. Casi siempre estamos solos y a mí me gusta divertirme con más gente —admitió con cierta pena.

—Espero que no te estropeáramos la cita romántica en el Pirata—murmuró ella.

—No, tranquila —dije agitando una mano—. El día entero resultó ser la mar de romántico.

—¡Sos afortunada! Yo también aprovecharía cada segundo con un hombre tan guapo.

—Pues, nena, el tuyo tampoco se queda corto —exclamó Philip.

—Bueno —dijo riendo frescura—, llevamos ya unos años, pero yo estoy muy enamorada.

—La mejor sensación del mundo —comentó él con la mirada perdida.

—Pero estoy segura de que ustedes tienen algo muy especial —añadió Tatiana, observándome.

—¿Sí? No sé... —respondí sintiendo rubor en las mejillas—. Aún es pronto.

—Nunca antes le vi así con una mujer —dijo en voz baja—. Es más, nunca le vimos intimar con ninguna mujer.

Philip y yo nos miramos con el ceño fruncido.

—¡Es cierto! Unos días antes de conocerte, estuve hablándolo con Marco. Le pregunté si era gay.

La miré con la boca abierta.

—Créanme. Quizá, sí esté rodeado de mujeres, pero creo que nunca va con ninguna —dijo con toda la seriedad del mundo—. Bueno, antes.

Doce horas atrás estaba mentalizándome de que Alejandro era un mujeriego con un pasado repleto de prostitutas de lujo. Ahora, resultaba que no lo habían visto nunca acompañado de una mujer. ¿Cómo era posible?

—¿Cuánto hace que le conocéis? —preguntó Philip poniendo palabras a lo que yo estaba pensando.

—Desde el año pasado, cuando llegamos a Ibiza. Diego lo conoció en Argentina, antes

de traer el primer barco.

—¿Y desde entonces no le has visto intimar con ninguna chica? —susurró Philip.

—Ni una sola.

—¿A qué barco te refieres? —pregunté mirando de reojo a Alejandro, ajeno a nuestros cuchicheos.

—A los de la empresa.

—¿Aurum? —inquirí con cautela.

—No, la nuestra. Bueno, de mi novio, junto a Diego. Son socios —aclaró—. Traen barcos del Caribe y los venden aquí, en Europa.

—¿Y habéis coincidido mucho con él? —se interesó Philip.

—Sí, unas dos veces por semana —respondió ella—. Alejandro nos consiguió la casa que ha comprado Diego. ¿Les extraña?

—Un tío como él no parece de los que están solos —afirmó Philip—. Si llego a sospechar que es gay, no hubiera perdido ocasión de intentar seducirlo.

En ese momento Claudio y Lola salieron del camarote. Ella llevaba en la mano unas gafas de *snorkel* y unas pequeñas aletas azules. Nos miró con una sonrisa muy particular. Se estaba cansando de ser amable con Claudio. Tatiana también lo notó.

—Claudio, ¿me hacés un favor? ¿Podés buscarme mi bolsa colorada con las toallas? Creo que está allá dentro.

Él sonrió complaciente y se dio la vuelta, no sin antes lanzar una mirada a Lola. Esta se sentó a mi lado y resopló de alivio.

—Está siendo un poco inaguantable con vos, ¿cierto? —preguntó Tatiana sin rodeos.

Ella se quedó callada.

—Tranquila. Es todavía algo inmaduro, pero no lo hace con malas intenciones.

—No le digáis nada. No quiero ofenderle —suplicó Lola.

En ese momento Claudio regresó.

—Tati, no hay ninguna bolsa roja.

—Quizá traje la verde. Ay, no sé. No importa, yo la voy a buscar luego —improvisó—. Les estaba comentando a los chicos que si Diego podía conseguir un día uno de los barcos grandes, podían venir también el novio de Philip y... ¿cómo se llamaba el tuyo? —preguntó dirigiéndose a Lola con naturalidad.

—Lucas —inventó mirándome de soslayo.

—Eso. Lucas —repitió la porteña—. Cuantos más seamos, mejor la pasaremos, ¿no creen?

Un atisbo de tristeza se adivinó en el rostro de Claudio, pero la decepción no le borró la sonrisa.

En el otro extremo de la lancha, Marco, Diego y Alejandro comenzaron a quitarse la ropa. El novio de Tatiana dejó a la vista su cuerpo atlético y bronceado. Junto a él estaba nuestro imprudente capitán, que ya no llevaba la camiseta y pudimos ver cómo una especie de dragón chino, con inmensidad de detalles, se abría camino en su espléndida espalda. Lo miré unos segundos y supe que, a pesar de su tamaño, palidecería al lado del torso desnudo de Alejandro. Excepto Claudio, el resto nos habíamos callado y los observábamos sin perder detalle.

Aquellos ojos ambarinos se clavaron en los míos, y una enigmática sonrisa apareció en su rostro cuando empezó a quitarse el polo muy despacio. Reparé en Lola, y pude ver su cara de sorpresa cuando Alejandro se quedó solo con el estrecho bañador.

—¡*Mamma mía!* —murmuró Philip.

Me incliné hacia mi amigo, pero antes de que pudiera comentarle nada, Alejandro estaba tirando de mis manos para levantarme del asiento. Me pilló desprevenida.

—¡Al agua! —dijo antes de cogerme en volandas.

—¡No! —protesté—. ¡Voy vestida!

Entonces se paró en seco.

—¿Llevas el móvil? ¿Las llaves?

—No, está todo en el bolso —dije sin pensar.

—Pues al agua que vas.

—¡Nooo!

Y el contacto con el frío mar ahogó mi queja.

Cuando salí a la superficie, Alejandro había saltado junto a mí, y los demás reían sobre la cubierta.

Me lancé sobre la nube de espuma y lo rodeé en cuanto subió para coger aire.

—Se va a estropear el vestido nuevo... El agua salada no es lo mejor para un puto vestido de Kenzo.

—Mi sirenita está guapa cuando se enfada —dijo justo antes de sumergirse, obligándome a soltarlo.

Cuando salió de nuevo, unos metros delante de mí, le salpiqué todo lo que pude, pero yo ya no conseguía aguantarme la risa.

Me lancé de nuevo sobre él, pero frenó mi ataque, y me cogió con fuerza por las muñecas.

—¿Y ahora qué?

—Por favor. Déjame que me quite el vestido al menos.

—Sabes por qué está pasando esto, ¿verdad? —dijo acercándose todavía más.

Unas gotitas resbalaban desde su cabeza, mientras minúsculos mechones de cabello oscuro brillaban desordenados bajo la luz del sol, adheridos a su piel. Me miraba con

intensidad.

—¿Porque tienes el cerebro de un niño pequeño? —me atreví a soltarle.

—No me ha gustado la manera en que los mirabas —dijo con la voz más seria.

—¿Cómo?

—No me gusta que otros hombres te miren, pero tampoco me gusta que tú disfrutes mirándolos a ellos.

Su justificación me dejó sin palabras. No me podía creer que estuviese actuando de esa manera por algo tan tonto. ¿O estaría burlándose de mí fingiendo haberse ofendido?

—¿Estás loco? Miraba el tatuaje del dragón, pero porque llama la atención, sin segundas intenciones.

Aflojó un poco la fuerza sobre mis muñecas y me giré para mirarlo.

—¿No entiendes que al único que deseo es a ti? Además no es culpa mía que ellos estén delante cuando tengo los ojos abiertos.

—No soporto la idea de que puedas pensar en otros hombres —masculló.

Se me encogió el corazón por un segundo al recordar a Lorenzo. Supe que si llegaba a descubrir que había estado a punto de acostarme con él habría consecuencias.

—¿De verdad estás enfadado por eso?

Miré de reojo al barco y ya no vi a nadie asomado. Me habría dado mucha vergüenza que oyeran unos reproches tan ridículos.

Se quedó pensativo un segundo.

—Me vuelvo loco ante cualquier... cosa. Lo siento, cariño.

Soltó mi muñeca, pero no me alejé de él.

—¿Estamos en uno de esos momentos con palabra clave? Porque no te he oído decir nada.

—No. Ha sido un impulso estúpido.

El vestido flotaba a mi alrededor, y me lo quité buceando.

—Tranquila, te compraré otro —afirmó cuando regresé a la superficie.

—No quiero otro. Quiero este. Este mismo, porque siempre que lo vea me acordaré de ti, y de ese día en Sa Talaia.

Tatiana, Marco y Philip se habían lanzado al agua. Lola estaba junto a Claudio, colocándose las aletas y las gafas. Miré en silencio a Alejandro mientras me alejaba nadando hasta el barco para poner a salvo mi ropa. Me agarré a una escalerilla desplegada en una esquina.

—¿Estás bien? —preguntó—. Ha sido gracioso. No me esperaba esa reacción de él.

A mí no me había hecho tanta gracia lo del vestido, pero ya encontraría la manera de arreglarlo.

—Sí. Es muy gracioso cuando quiere —mascullé.

Lola me preguntó de repente:

—¿Te has fijado en si había medusas?

—Pues no he visto ninguna. Me habrías oído gritar.

Volví nadando hacia el resto del grupo. Eran ya muchas las contradicciones con las que me estaba encontrando y, aunque no lo había hablado con mis amigos, todos los detalles parecían encajar, cada vez más, en un diagnóstico psiquiátrico. En cuanto a los peligros a los que estaba expuesto, le creía. Había demasiados indicios que llevaban a pensar en negocios ilegales. *Pero eso no descarta la paranoia*, pensé.

40. Sa Trinxà

La gente se deleitaba con la música disfrutando del sol sobre las tumbonas frente a Sa Trinxà.

Apareció la zódiac para recogernos, pero tuvimos que hacerlo en dos fases. Los primeros en irse fueron Lola, Claudio y Philip. Diego cerró el compartimento y se sentó al otro lado de Alejandro.

—El martes nos llega Ernestito —comentó Diego—. Trae un buen producto. —Y mirándome de reojo añadió—: Un hermoso velero. Veinticinco metros de eslora, nuevecito.

Alejandro asintió.

—Es posible que tenga un buen cliente para ti —murmuró Alejandro.

Diego se levantó para coger el porrito que Marco le ofrecía. Tras un par de caladas estiró el brazo y me lo tendió a mí.

Lo tomé. No había planeado pillar un colocón antes de comer, pero me sabía mal rechazarlo. Al dar una calada, pude notar que estaba bien cargado de marihuana. Se lo pasé a Alejandro y lo cogió sin pestañear. En ese momento pensé que hacer el amor con él bajo los efectos del cannabis podía ser maravilloso.

El rugido que se acercaba nos indicó que venían a recogernos y, minutos después, estábamos sentados en una mesa que todavía mantenía el cartelito de «Reservado».

Diego pidió un par de jarras de sangría de cava y dispuso nuestro menú. Se notaba que disfrutaba siendo el anfitrión.

Poco a poco, los platos fueron quedando vacíos. Diego regresaba, una vez más, del cuarto de baño y se acercó al lado de la mesa donde nos habíamos sentado las chicas. Apoyó sus manos sobre mis hombros, y se inclinó para preguntar:

—¿La pasan bien, señoritas? —Deslizó su mano y dejó algo sobre mi regazo. Cuando me giré sorprendida, me guiñó un ojo—. Sírvanse ustedes mismas —murmuró antes de regresar al otro extremo de la mesa.

Alejandro había observado cada detalle y, aunque conversaba con Philip y Marco, pude ver cómo fruncía el ceño. Tatiana se inclinó hacia nosotras.

—¿Van ustedes primero?

Lola me miró y supe lo que pensaba. Lo último que nos apetecía era zambullirnos en la sensación de euforia de la cocaína bajo el sol. Pero lo mejor iba a ser no llevarles la contraria.

Alejandro parecía sorprendido cuando nos levantamos.

—¿No notarán que la bolsita está igual? —preguntó Lola examinando la papelina.

—Tiraremos un poquito al váter. Tú sonrío y frótate la nariz.

Regresamos a la terraza como dos niñas que no han roto un plato, pero la mirada fulminante de Alejandro me hizo sentir culpable. Le pasé la bolsita a Tatiana y esta se fue hacia el baño con alegría. Yo iba a apurar mi copa, pero en ese momento Alejandro me sirvió un poco más de sangría. Parecía estar a punto de decir algo, pero calló, sin perder una diplomática sonrisa. Sospechaba lo que le preocupaba, pero no podía desvelarle nada en ese momento.

—¿Todo bien?

—Perfectamente.

No obstante, su actitud me parecía un poco hipócrita, sobre todo después de lo que había encontrado en su americana, y esa sí que era una prueba importante. ¿Por qué tenía que reprocharme que me quisiera divertir, si esa hubiese sido mi decisión?

Tras la pelea por la cuenta, en la que Alejandro tuvo que permitir que Diego invitara, nos prepararon unas tumbonas y sangrías de cava para la playa.

Llevábamos un rato descansando, algunos incluso dormitaban, cuando Alejandro me hizo una señal. Me guiñó un ojo y le seguí.

41. Cruising

Comenzamos a caminar hasta apartarnos de la zona más concurrida.

—Necesitaba estar a solas contigo —me susurró.

Sonreí feliz y nos adentramos por el camino costero que llevaba a unas calas salvajes.

—No sabía que tuvieras esa... *sintonía* con Diego y Tatiana —comentó—. Me he quedado algo sorprendido.

—¿Y qué imaginas que ha pasado en el baño?

Una sonrisa traicionera se me escapó cuando intentaba mantenerme seria.

—Victoria, sé que puede parecer divertido, pero...

—¡Por favor! —le interrumpí—. ¿De verdad crees que iba a estar metiéndome rayas un día normal a las tres y media de la tarde?

Me miró en silencio con la boca entreabierta.

—Aunque no entiendo por qué te molesta —afirmé pensando en su reputación.

—No es algo que aporte demasiadas cosas buenas —murmuró.

A nuestra derecha las calas se sucedían a medida que nos alejábamos. A la izquierda se abría un camino de arena entre los matorrales. Tiré de su mano para adentrarnos en el bosquecillo de pinos y sabinas.

Rodeó mi cintura y me atrajo contra su cuerpo. En un segundo, deshizo el nudo de mi pareo atado al cuello, y lo dejó caer al suelo.

—¿Estás loco? Estamos en la playa —le pregunté cuando comenzó a acariciar mis pezones en lentos círculos con los pulgares por debajo del bikini.

—No. Estamos en un bosque, y hace un siglo que no nos cruzamos con ningún ser humano.

Sabía que no debía, pero me dejé llevar. Al abrazarlo podía percibir con más fuerza su perfume, y eso hacía que flaqueara cualquier rastro de prudencia.

Sus labios rozaron primero mi cuello, estremeciéndome, para después anclarse en mi boca con esa lengua caliente y húmeda. Me apretó contra su cuerpo y pude notar su miembro despertando al deseo. Lo acaricié, ansiosa, por encima de la ropa. Me excitaba cómo se endurecía con mis caricias.

Mi mano se coló en su bañador, y pude sentirlo caliente y palpitante entre mis dedos.

—Un segundo, cielo —dijo separando sus labios de los míos.

Recogió el pareo y lo extendió sobre la arena, bajo una frondosa sabinas. El calor de la arena se percibía a través del fino tejido.

Alejandro, apoyado sobre un costado, no dejaba de mirarme, y mis manos se volvieron a deslizar por debajo de su ropa, acariciando su cintura y sus abdominales. Me acerqué un poco más y hundí mi boca en su cuello. Había empezado a jugar con el cordón de mi bikini, tiraba de él para desabrocharlo. Le despojé del polo y sus tatuajes brillaron bajo la luz del sol, que se filtraba entre las ramas de los árboles. Estábamos protegidos por los arbustos y los pinos, rodeados por las dunas, aunque eso no significaba que estuviéramos a salvo de miradas indiscretas... Pero poseerlo y sentirme poseída se había convertido en la prioridad absoluta.

Lo empujé contra el pareo y me coloqué a horcajadas sobre él. Retiré el bañador con ansia y liberé su verga mientras él me miraba complacido. Me deslicé sobre su miembro con suavidad, acariciando su dureza con mi palpitante vulva a través del bikini. Él estrujó mis nalgas con fiereza. En ese momento pensé en la ausencia de su arma. Era imposible que la tuviera pegada al cuerpo. Quizá había días en los que no era importante llevarla. Ignoré esos pensamientos. Agarré su mentón y, antes de besarlo, recorrí el perfil de sus labios con la punta de mi lengua. Gimió.

Me gustaba ser yo la dominante y sentir que podía hacer con él lo que quisiera. Introduje el índice en su boca. Lo lamió y succionó sin dejar de observarme y, sin apartarle la mirada, introduje el mismo dedo en mi hendidura, resbalando con su propia saliva. Un delicioso escalofrío recorrió mi columna vertebral.

Tenía hambre de él. Hice a un lado el bikini para clavarme sobre su polla caliente. Su mirada ambarina ardía mientras su miembro se abría camino.

—Oh, cielo. Cómo me gusta tu coñito...

Empecé a cabalgar con un ritmo lento. Quería sentir cada centímetro de su verga entrando y saliendo de mí. Agarró mis caderas con fuerza para manejar mi cuerpo con el ritmo que él marcaba, cada vez más deprisa. Jadeé.

Sentía el orgasmo acercarse, pero necesitaba tocar mi punto especial, así que masajee mi clítoris con la yema de los dedos, todavía húmedos de su saliva, y él aumentó la velocidad de las embestidas.

Miré de reojo alrededor. Todavía persistía la sensación de que podíamos estar siendo observados. Mi miedo crecía, pero mi excitación también. Me incliné hacia delante y me hundí en su cuello mientras él entraba y salía de mí con un ritmo intenso. Comencé a lamer su nuez, sintiendo el sabor salado que resbalaba por su piel y se mezclaba con su perfume.

—Quiero que te corras sin dejar de mirarme —susurró.

Cuando el orgasmo me alcanzó sentí la necesidad de gritar y emití un gemido ahogado.

—Me encanta volverte loca de placer —musitó mordéndome los labios con lascivia en un beso feroz.

—Quiero más.

Me dio la vuelta sobre el pareo, como si fuera una muñeca, y se colocó detrás de mí. Abrí las piernas, y en un instante, la ancha cabeza de su verga volvía a acoplarse dentro de mí, con una lubricación erótica y deslizante, cortesía del orgasmo anterior.

Gemí.

Alejandro deslizó una mano y empezó a acariciarme. Sus rítmicas caricias iban en aumento, coordinadas con sus envites. Un nuevo clímax empezó a abrirse paso y sus penetraciones fueron cada vez más rápidas.

—Córrete conmigo, Victoria.

Un estallido de placer lo invadió todo. Cuando abrí los ojos estábamos abrazados sobre el pareo, y una capa de sudor y arena cubría nuestra piel. Mi corazón latía con fuerza, todavía desbocado. En ese momento, me sentía tan unida a él que me importaba un pimiento que alguien nos estuviese espiando.

La cabeza de Alejandro descansaba sobre mi pecho y lo abracé con todo mi amor. Lo besé en la frente y él murmuró algo que me hizo sonreír, satisfecha.

—Te adoro, Victoria. No te alejes de mí. Nunca.

Estuvimos unos instantes así, hasta que el calor se volvió insoportable.

Salimos del pequeño claro, pero cogimos otro camino y dimos un rodeo hasta vislumbrar el mar. De pronto, oímos una voz a nuestra izquierda. Al avanzar un poco más entre los pinos, nos topamos con dos hombres desnudos de pie bajo una sabina. Uno de ellos se agarraba con fuerza al tronco de un árbol mientras un tercer hombre, arrodillado entre los dos primeros sostenía ambos penes, cada uno con una mano, mientras su boca se alternaba entre uno y otro, repartiéndoles placer. Nunca había visto en vivo y en directo

una relación sexual con dos hombres, y menos todavía esperaba encontrarme a tres en plena faena. Alejandro cogió mi mano y tiró de mí, que seguía inmóvil, observándolos atónita.

Me sentí como una *voyeur*. Una espía pervertida y asquerosa.

Alejandro caminaba rápido, en silencio.

—¿Estás bien? Diría que para ti también ha sido un *shock* ver porno gay en directo —dije burlona, para quitarle un poco de seriedad a su cara.

—Si no te llego a sacar de ahí, ¿qué hubiera pasado?

—Por favor, Alejandro. Han sido cinco segundos de curiosidad. No soy una pervertida.

—Me gusta que seas una pervertida, pero conmigo —dijo acercándose hasta él. Me perdí en el beso largo que me regaló, y que puso punto final a la extraña discusión.

42. Silver

Deshicimos el camino hasta el chiringuito sin soltarnos de la mano. Me sentía como una colegiala que viene de hacer una buena gamberrada.

—Me muero de sed —exclamé.

—Pues vamos a tomar algo.

Y en lugar de dirigirnos enseguida a la playa, entramos en el local, donde la gente bebía mojitos y bailaba feliz.

Alejandro pidió dos botellas de agua. Nos habíamos sentado en unos taburetes, disfrutando de la refrescante sombra, y me miraba sonriente, con un adorable brillo en los ojos. Extendió su mano y me acarició el cuello.

—¡Vicky! —exclamó una voz al otro extremo de la barra.

Me giré y me topé con mi tío Silvestre, que venía hacia mí con una pipa en la boca y una cerveza en la mano. Me estrechó en sus brazos con fuerza y yo besé su mejilla. Su rostro anguloso y delgado me recordaba al de mi madre, pero sus ojos eran risueños.

—Me alegro mucho de verte —dije sintiéndolo de veras, aunque algo apurada ante la presencia de Alejandro.

—Si no nos encontramos de casualidad, no te veo nunca.

—He estado muy liada.

Tragué saliva.

—Tío, te presento a Alejandro —dije. Y noté cómo se me encendían las mejillas. ¡Dios! ¿Por qué me sentía como una adolescente cobardica?

—Alejandro, este es mi tío Silvestre.

Estrecharon sus manos con cordialidad.

—Rosana me dijo que tu sonrisa te delataba cuando le hablaste de cierto chico. ¿Es él? —preguntó a bocajarro.

—Eso espero, señor... —dijo cogiendo mi mano entre las suyas y acariciándome con el pulgar.

—Me dijo tu tía que vendrías pronto a visitarnos. ¿Tienes plan el sábado? Vente a cenar —exclamó. Y tras unos segundos añadió—: ¡Venid los dos!

No me apetecía someterme a ningún examen por parte de mis tíos. Mi cabeza buscaba una excusa cuando el señorito Ortega decidió contestar por mí.

—Será un placer, Silvestre. Muchas gracias.

Yo lo miré desconcertada.

—¿A las nueve?

—Allí estaremos —contestó Alejandro sonriendo.

Nos despedimos, y mi tío regresó con su amigo a la barra del bar. Volvimos a la playa y nos encontramos con los chicos dormidos, mientras Lola y Tatiana jugaban a las palas en la orilla.

Al acercarnos, mi amiga soltó la pala y corrió hacia nosotros.

—¡Me ha llamado Lucas!

Me lancé a sus brazos y la estreché tan fuerte como si la hubieran galardonado con un Nobel.

—Dice que todos los DJ que le he pasado le encantan, que con cualquiera de ellos será una fiesta tremenda.

Al acercarme a la tumbona para dejar el bolso, el olor evidenció que los chicos estaban completamente fumados. Marco todavía sostenía un porrito entre los dedos.

Nos sentamos en una de las tumbonas. Alejandro, a una veintena de metros, hablaba por teléfono.

—¿Y qué tal con Lucas? —pregunté.

—De maravilla. Me ha dicho que si llega antes del viernes, me llamará para quedar —respondió con una sonrisa de oreja a oreja.

—Y esa fiesta, va a ser un locurón, ¿eh? —dijo Tatiana.

—Sí, te pasaré la dirección —le dijo—. Ya que estoy ayudando a organizarla, estáis todos invitados.

La euforia de mi amiga hizo que Diego se despertara. Se incorporó y nos miró con los ojos entornados.

—Diego, estás un poco reventado, ¿no? —le preguntó Tatiana.

—Tranquila. Un tiritito y un café y me quedo como nuevo —afirmó con voz ronca mientras se desperezaba.

Alejandro se sentó a mi lado, y su mano comenzó a acariciar mi espalda. Me estremecí. Lo que más me excitaba era que lo estuviese haciendo con esa naturalidad, delante de mis amigos, delante de los suyos, delante de la playa entera. Solo me faltaba ronronear.

43. Es Freus

De nuevo en la Cigarette, tras levar el ancla, Diego puso en marcha aquel cohete marino y, a los pocos segundos, ya habíamos alcanzado la velocidad máxima. El sol empezaba a ponerse. Me encantaba pasar el tiempo a solas con Alejandro, pero también había disfrutado al compartir el día con mis amigos.

Cuando llegamos al fin a Marina Botafoc, nos despedimos de los argentinos entre abrazos al pie del pantalán. Decidimos caminar hasta el Sidney Café.

—¿Otro cafetito? —pregunté.

—¡Hecho! —dijo Philip tomando asiento en una de las mesas de la terraza.

Puse mi mano sobre el brazo de Alejandro, que se sentó a mi lado, y lo apreté con cariño.

—¡Chicas! —exclamé cambiando de tema—. Este sábado estamos invitados a Little Goa. Nos hemos encontrado a mi tío en el chiringuito y me ha hecho prometer que iremos.

Mis amigos me miraron. Sabía bien en qué estaban pensando. Seguro que ya se estaría desatando una revolución en mi familia al haberme visto junto a Alejandro. La reacción en cadena no tardaría en llegar a Estocolmo.

—Qué bien. Ya lo echaba de menos —celebró Lola.

—Se come de muerte —exclamó Philip. Y se besó las puntas de los dedos cual *gourmet*.

—Sí. Las berenjenas parmesanas que yo hago son receta de Silver.

—Ahora que lo dices, ¿cuándo vas a invitarme a probarlas? —preguntó Alejandro inclinándose hacia mí.

—Cuando quieras —respondí enseguida. Y repasando mentalmente mi agenda añadí—: Mañana sería perfecto. ¿Os apetece? —pregunté al vuelo.

—Yo tengo plan con Carlos.

—Me encantan tus berenjenas, pero ya he quedado en ir a casa de mi padre —respondió Lola.

—Bueno, solo quedamos tú y yo —dije guiñándole un ojo al atractivo hombre que acariciaba mi mano.

—Descuida, que no te aburrirás ni un minuto.

Se me escapó una sonrisa traviesa. Ya me imaginaba la erótica escena, y un delicioso escalofrío recorrió mi espina dorsal. De pronto, un gritito llamó nuestra atención:

—¡Alejaaaaandro!

Separé mi mano de la suya, como si hubiera estado haciendo algo malo, y él se retiró de la mesa, provocando un fuerte chirrido con las patas de la silla metálica sobre las baldosas.

Me giré y descubrí a un grupo de chicas despampanantes que salían del local, pero solo una me resultaba familiar.

Sin borrar la sonrisa, caminó hacia Alejandro cargada de bolsas de *boutique* y le dio un lento abrazo. Mi desconcierto crecía por momentos.

—Qué sorpresa, Nicole —exclamó. Y, acercándose a sus acompañantes, repartió besos de tres en tres, dedicándoles algunas palabras, en lo que a mí me pareció ruso.

—¡Sasha! ¿Qué tal? ¿Qué haces aquí? ¿Cómo es que no estás en tu casa preparando lo de esta noche? —preguntó con su acento eslavo. Por un instante miró hacia nuestra mesa y juraría que me reconoció, pero no me dedicó ningún saludo.

Nos habíamos quedado callados y yo tenía mis sentidos a pleno rendimiento. ¿Otra vez Sasha? ¿Y lo de que debería estar preparando *lo de esta noche*? Ella acariciaba su brazo sin dejar de sonreír y recordé la vez en que los había visto, hablando en la zona vip con mucha cercanía. Cada vez sentía un poquito más de rabia. No era muy razonable, pero aquella mujer estaba sobando a mi hombre delante de mí. Acaricié mi pulsera Cartier y tomé aire para calmar mis pulsaciones.

—Chicos —dijo Alejandro dirigiéndose a nosotros— cuando venga la camarera, ¿le podéis pedir té para mí, por favor? Que sea de frambuesa.

Sus ojos ambarinos me lanzaron una mirada intensa durante una fracción de segundo, antes de inclinar su cabeza hacia Nicole.

«*Frambuesa*». *Ha dicho la palabra clave. ¿La ha pronunciado de verdad?* Me quedé clavada a la silla mirando a mis amigos. Ambos me observaban, quizá tan extrañados como yo ante la familiaridad que mostraba con ella, que se reía de manera bastante estridente. Nunca antes la había visto con esa alegría.

Justo en ese momento llegó la camarera. Fue Philip quien pidió lo que Alejandro nos había encargado. En efecto, té de frambuesa. Por lo visto en la carta solo existía el de frutas del bosque, que es el que apuntó, pero la palabra ya estaba dicha. Ahora me tocaba disimular y comportarme como si solo fuera la intérprete de su empresa. *Madre mía, ¿y cómo lo hago con mis dos amigos delante?*, pensé.

Traté de centrarme en que le había prometido que podía confiar en mí. Saqué un tema del que hacía rato quería hablar con mis amigos, tratando de que uno de mis hemisferios cerebrales registrase todo lo que decían a unos metros.

—Ayer me encontré otra vez con Daniel —susurré.

—Jo, nena. Últimamente viene todo junto —dijo Philip—. Sales del dique seco y de repente sobran los capitanes que te quieren *pilotar* —pronunció la última palabra arrastrando las vocales, en tono jocoso.

—De modo que... te sobran arpones por todas partes, ¿no? —añadió Lola con sonrisa maliciosa.

—Por suerte el que tengo ahora es efectivo y está muy afilado... —respondí.

Los tres reímos con ganas.

—Lo importante es que tengas bien asegurado el anzuelo, y que lo que hayas atrapado no se escape a la primera de cambio —afirmó Lola, mirando de reojo al susodicho, que seguía hablando con las tres mujeres.

—Hay peces que parecen escurridizos, pero todavía no he descubierto si lo hacen porque quieren escaparse del anzuelo o porque no saben vivir de otra manera —murmuré.

—¡Basta ya! —protestó Philip, dejando la taza sobre su plato—. Me estoy mareando con estas metáforas de capitán Pescanova. Te encontraste a Daniel. ¿Dónde?

—Anoche, en el Hï —respondí pensando bien en cuáles serían mis siguientes palabras—. Fui a tomar algo con Lorenzo y Giovanni después de cenar.

—¿Los tres solos? ¿Y Ortega? —preguntó en voz baja.

—Se quedó con unos amigos en Montauk y nos reencontramos después.

—Pero ¿sabe la historia?

—Se la resumí antes de que llegara mi ex con el dichoso regalito. Pero sobre lo de aquella noche en el hotel, ni una palabra, ¿eh? —susurré mirándolos con seriedad.

Lola asentía, Philip parecía estar divirtiéndose.

—¿Y Daniel? ¿Estaba guapo? —inquirió Lola.

—Estaba borracho. Le dije que volvía enseguida, y huí. Hace un rato que me está acribillando a mensajes —confesé sacando mi teléfono del bolso.

En ese momento oímos que Alejandro por fin se despedía. Me giré con una sonrisa forzada y sacudí la mano mientras las señoritas nos devolvían un saludo descuidado.

—¡Llegaremos sobre las diez! ¡Ten el *champagne* preparado! —exclamó Nicole en castellano, antes de alejarse.

Alejandro también sonreía, pero en sus ojos pude ver que algo no iba bien. Se sentó en su sitio y sacudió la tetera, aún caliente. Yo pensaba en lo que acababa de escuchar y me repetía la palabra clave, como si de un mantra se tratase. *Frambuesa. Frambuesa. Frambuesa.*

Me moría de ganas de preguntarle, pero sabía que tras la dichosa palabrita debía actuar con naturalidad. Estuvimos charlando el rato que tardamos en apurar nuestras consumiciones.

Separé la silla para ponerme en pie y él apoyó una mano sobre mi hombro, frenándose. Me extrañó su reacción, pero mi cuerpo obedeció.

—¿Vais en coche? —preguntó a mis dos amigos, que asintieron al unísono—. ¿Os importa llevar a Victoria? Es que tengo mucha prisa.

Me hubiera gustado contestarle que no necesitaba que nadie se preocupara por mi transporte, pero pensé que quizá la palabra clave seguía vigente, así que sonreí como una gilipollas.

Y acto seguido se alejó de nosotros. Eché de menos una última mirada, pero no se giró. Al cabo de unos instantes, desapareció de mi vista tras girar una esquina en dirección al aparcamiento. Tragué saliva y me enfrenté a los dos pares de ojos que me escrutaban.

—Tía, ¿qué ha sido eso?

—No tengo ni idea. Ya os había dicho que a veces es muy raro.

—Es como si tuviera cambios de humor repentinos. Está divertido, y supercariñoso y, de repente, se vuelve... extraño —murmuró Lola.

—Bienvenidos a mi mundo —ironicé.

—¿Y la Britney Spears esa? —preguntó Philip.

—Es Nicole, la relaciones públicas del *privé* de Glory's.

—No sé qué decían, pero parecía muy petarda. ¿Y eso de que han quedado a las diez?

—Una cena de trabajo que da esta noche en su casa —dije tras haber atado cabos.

Se miraron extrañados.

—Me lo comentó antes —mentí—. Dijo que no era conveniente que yo estuviera allí, por el tipo de negocios que han de cerrar.

—¡Uuuh! Si a mí Carlos me dice algo parecido, me planto allí con mi mejor traje sin avisar.

—No me des ideas, Philip —advertí sin poder reprimir una sonrisa—. De todas maneras, casi mejor, ya voy retrasada con el calendario de trabajo y tengo que avanzar bastante esta noche.

—Podría estar con gente peligrosa. No vayas, Victoria. —Lola apretó mi muñeca—. Ni se te ocurra hacer una tontería.

Minutos después subimos al Mini Cooper de Lola y nos fuimos a casa. Nos despedimos en el jardín. Había sido un día extraño e intenso, que había parecido empezar con un poco de sinceridad, pero estaba acabando de forma desconcertante. Le había enviado un mensaje a Alejandro para saber si estaba bien, pidiéndole que me llamara cuando pudiera. Todavía no había obtenido respuesta.

Mientras el ascensor subía, miré mi reflejo, que me devolvía un rostro preocupado quemado por el sol.

Dejé mi bolso sobre la mesa del recibidor y me senté en el sofá, mirando la pantalla del teléfono. Necesitaba recibir noticias tuyas, al menos una palabra, para saber que todo estaba bien. Me lamentaba por no haber fijado una clave que expresase lo contrario que las otras dos. Que con un puñado de letras pudiera saber que todo iba sobre ruedas.

Un timbre me devolvió a la realidad. No era mi móvil, sino el teléfono del despacho. Un número al que no me llama nunca nadie. Bueno, casi nadie.

—Hola, cariño.

—Hola, mamá.

—Te he llamado muchas veces —protestó con esa voz grave y autoritaria que me transportaba a la adolescencia.

—Me fui a navegar con unos amigos —respondí, sabiendo que mi tío nos había visto y no podía inventarme nada.

—Oh. Bien —exclamó ella con su habitual frialdad.

—¿Cómo estáis? ¿Qué tal va todo por allí?

—Bien. Muy bien. Mucho trabajo. Acaban de encargarnos la construcción de un hotel en Uppsala. Hemos de crear un castillo del siglo XVI por fuera y ultrafuturista por dentro. ¿Y tú? ¿Cómo estás tú?

—Bien, mamá. Estoy genial.

Estuvimos hablando un rato. Parecía esconder algo, quizá Rosana le había comentado que yo salía con alguien, pero por suerte no mencionó nada.

Tras colgar, apoyé la espalda contra la silla, tratando de liberar la tensión que mi madre me provocaba. Con la pantalla del ordenador delante, me vino una idea: necesitaba encontrar información antes de que fuera demasiado tarde.

Teclé su nombre en Google. Bajo la denominación de «Alejandro Ortega» había personas de todo tipo, desde un sacerdote bloguero mexicano a un actor de doblaje. Los primeros *links* me llevaron al *Diario de Ibiza*, donde me topé con varios artículos. Uno de ellos hablaba del futuro puerto deportivo de Figueretas, donde se le mencionaba en un par de ocasiones. Nada que no supiera ya. El otro me agradó más, ya que pude verlo en una foto junto a otras seis personas posando en la alfombra roja del festival de cine de la isla, el IFF. Llevaba puesto un esmoquin que me dejó clavada a la pantalla durante un buen rato. Volví al buscador y al añadir la palabra «Ibiza», el resultado cambió por completo. La noticia del puerto deportivo aparecía en multitud de periódicos y revistas. Para unos era un avance necesario, y otros ponían el grito en el cielo ante la proliferación de estructuras dedicadas al turismo de lujo.

Cambié la pestaña para centrarme solo en fotografías, y la pantalla del iMac se inundó con su presencia. Abundaban las instantáneas tomadas en *photocalls*. Algunos eran más informales como el *Summer of Love* del año pasado, en el que posaba sonriente junto a Carlos Martorell, el relaciones públicas de la fiesta y, al otro lado, un rapero norteamericano. En otras se dejaba ver en un acto institucional en el Consell Insular o a la entrada del Palacio de Congresos. Regresé a la barra del explorador, pero antes de añadir nada, cliqué sobre la palabra Aurum. A las imágenes de actos sociales se le unieron las de las regatas que realizaban cada año entre Ibiza y Formentera, o la producción de festivales y videoclips musicales. Accedí a la página principal y durante un buen rato estuve saltando de una foto a otra, en busca de su rostro. Casi nunca aparecía en primer plano y en la mayoría de las imágenes se le veía muy bien acompañado. En una de esas fotos posaba junto a cuatro mujeres bellísimas. En el artículo mencionaban a Gold International Agency. Abrí una nueva pestaña del navegador para buscarlo y enseguida di con una sobria página web que ofrecía modelos, azafatas y *celebrities*, pero antes de poder ver cualquier imagen, había que registrarse, para lo cual solo aparecía un número de teléfono con prefijo británico. *¿Se trataría de la supuesta agencia de modelos de Alejandro? Y, ¿por qué no podías acceder sin estar registrado?*

Creé una carpeta y guardé las imágenes que me parecieron interesantes, incluyendo algunas en las que aparecía acompañado de chicas. Una de ellas lo rodeaba con su brazo, apoyando con familiaridad sus largos dedos sobre el musculoso hombro de Alejandro. Aquella visión me torturaba, aun sabiendo que la escena había ocurrido un año atrás. Mientras guardaba las fotos, me encontré con algo que me había pasado desapercibido. En

una que parecía haber sido tomada en otra fiesta de Glory's, se le veía en medio de la sala vip, junto a Boris, y acompañado también de una hermosa morena de media melena que le cogía de la mano. Oh, ¡no! La mano. Cuando me fijé bien en su cara vi que era Nicole con un *look* muy distinto. La foto estaba tomada sin que ninguno de los protagonistas posara para ella, a diferencia de las anteriores, y se me hizo muy extraño ver la mirada que ella le dedicaba mientras entrelazaban los dedos. Destilaba mucha confianza entre ambos. Más de la que había imaginado en un principio. Más de la que él había dejado entrever. Más de la que yo deseaba admitir.

Escogí una lista de reproducción de música instrumental y, tratando de dejar de lado esos pensamientos, me centré en el trabajo. Nunca me ha sido difícil funcionar en modo multitarea, por lo que unas tres horas después, ya había logrado alcanzar el número de palabras que me había propuesto y, al mismo tiempo, reflexionar sobre lo sucedido para planear mi siguiente movimiento.

Di por concluida la sesión, me hice un sándwich rápido, me senté en el sofá y puse el primer canal de cine que encontré. No me interesaba la película, solo relajarme un poco y activar el móvil, que había estado en modo avión. Era consciente de que en ese preciso momento Alejandro estaría en medio de la fiesta o cena que estuviese dando en su casa. Podía visualizar con claridad cómo Nicole se carcajeaba con esa risa estridente mientras le acariciaba el brazo poniéndole ojitos. En el encuentro de la cafetería, algo había hecho un clic en él, había ignorado al resto de la humanidad para dedicarle a ella toda la atención. Apenas me dirigió la palabra antes de marcharse, y me quedé con las ganas de disfrutar una última vez de su cómplice mirada.

Sin embargo, también podía ser que se aprovechara de la palabra clave para dejarme a mí en *stand by* y ocuparse de otras mujeres que le atrajesen más. Pero entonces, si eso era así; si yo era algo secundario con quien pasar el rato, ¿por qué hacerme los regalos que me hacía? Si podía tenerme con solo mirarme. Me hubiera entregado a él sin que para ello tuviese que abrir la boca.

Un sonido familiar anunció la llegada de un mensaje. Me decepcioné un poquito al ver que no era de Alejandro. El que sí pensaba en mí era Daniel. Me había escrito esa tarde y yo había actuado como una zorra egoísta, ignorándolo. Algo me dijo que no debía tratar a otros de la forma en que a mí no me gusta ser tratada, así que me dispuse a leer lo que tuviera que decirme.

Daniel: Pensaba invitarte hoy a comer en Sa Punta, pero estoy fatal. Aún no he sido capaz de levantarme de la cama y son las tres. No sé que me dieron anoche pero no recuerdo ni la mitad.

Daniel: Va. Dime algo al menos. Sé que soy un imbécil, pero no me ignores...

Me sabía fatal tratarlo tan mal. Se me hacía extraña la forma en que me sentía absorbida por Alejandro. Era como si le perteneciese, y al mismo tiempo, me parecía estar pisando terreno peligroso.

Victoria: ¡Hola, Daniel! Perdona, es que he tenido un día de locos. Creo que yo también bebí demasiado, los cócteles de colorines son peligrosos...

No tenía la intención de jugar con sus sentimientos, pero tratarlo como si tuviera el ébola tampoco era adecuado.

Daniel: ¡Pero si estás viva! ¿Qué tal estás? ¿Qué haces?

Victoria: Muerta de sueño, a punto de irme a la cama.

Me levanté para llevar el plato a la cocina. Empecé a prepararme una infusión relajante y, al instante, mi móvil emitió su esperado sonido.

Me acurruqué de nuevo en el sofá.

Daniel: Por cierto, he oído cierto rumor...

Observé su mensaje y le respondí con un signo de interrogación.

Daniel: ¿De verdad estás enrollada con Alejandro Ortega?

El comentario me pilló por sorpresa. No era la primera vez que observaba el fenómeno de expansión de noticias en la isla, aunque no esperaba que ocurriese tan rápido; daba vértigo pensar en la cantidad de personas por las que debía haber pasado aquel comentario para llegarle a él. De todas formas, me alegré de que Daniel ya lo supiera, así no tendría que seguir escurriéndome de sus garras con excusas baratas.

Victoria: Sí, así es.

Daniel: No importa, no soy celoso.

Estaba claro que nada podía disuadir a aquel hombre; así que desistí. Antes de apagar la luz comprobé de nuevo que Alejandro no me había contestado.

Me metí en la cama tensa. Soñé que volvía a rodearlo con mis brazos, fundiéndome en su beso, y perdiéndome en sus caricias, tal y como lo pensaba hacer al día siguiente.

#Ibiza, 17 de marzo de 2015

—No importa el tiempo que pase, cariño mío. Estarás siempre a mi lado. Pienso en ti al levantarme, al desayunar y ver las tazas que ya no usarás, al pasar por la puerta de tu cuarto, que nunca volverás a habitar, al bajar al garaje y ver allí tus cajas, tus libros, tus lienzos, tus pinceles... Todos me dicen que me deshaga de ello, que no tiene ningún sentido que tu ausencia siga tan presente en mi vida, pero soy incapaz de dar ese paso. Lo siento como un pozo sin fondo, como un mundo desconocido al que no quiero enfrentarme...

Sacó un pañuelo de papel del bolso y lo desplegó lentamente. La desgracia había ocurrido varias semanas atrás, pero ella al principio se sintió tan paralizada que creyó que sus lagrimales se habían bloqueado. El sufrimiento era tan abrumador, el *shock* tan intenso, que llegó a pensar que algo se había quebrado en su interior. Pero cuando los días pasaron, el desconcierto fue disolviéndose en un intenso dolor, y las lágrimas empezaron a brotar, sin visos de que pudieran detenerse algún día. Nada superaba a la sensación de darse cuenta de que la vida ya no tenía sentido.

—Yo sé que no te fuiste. No fue tu culpa. No fue tu decisión. No es justo que el mundo piense que tu infelicidad te empujase a dar ese paso fatal. No es justo, porque no es cierto. Tu amabas la diversión, amabas el arte, amabas la música... tenías miles de razones para seguir en este mundo, Óscar. Yo lo sé, pero el resto del universo se lo cuestiona.

Con las lágrimas vibrando sobre su piel, miró fijamente al infinito. El mar le devolvía la serenidad que precede a la puesta de sol. Un paisaje espectacular que a su hijo le habría conmovido profundamente.

—Te mereces, cariño mío, el honor que no llegaste nunca a alcanzar. Y, pase lo que pase, yo voy a hacer todo lo que pueda para limpiar tu nombre.

Capítulo 13: jueves, 25 de mayo

44. Flower Power

«Birmania». En cuanto Alejandro mencionó esa palabra la mirada se me nubló. Di unos pasos para alejarme de él, pero me seguía observando con sus ojos ardientes. La estancia se encontraba en penumbra, pero a pesar de eso pude ver cómo dejaba algo oscuro sobre la mesa. Un arma. Una mujer vestida de dorado se sentó en su regazo. Se trataba de Nicole, aunque su cabello era diferente. Liso y moreno, como en aquella fotografía. Ella no había reparado en mí, de pie a pocos metros frente a ella. Yo me iba alejando, fiel a la palabra clave convenida, y ella, mientras tanto, acariciaba la mejilla de mi amante. Con un movimiento brusco, cogió la pistola de la mesa, y sin vacilar, le apuntó a la cabeza. Yo grité. En realidad, quería gritar, pero no salía ningún sonido de mi boca. Se oyó un estallido ensordecedor y todo se volvió negro.

Me incorporé con el corazón despavorido. Alargué la mano, nerviosa, en busca del interruptor. La luz me cegó y me tapé la cara, todavía aturdida, cubierta de sudor.

Entré en el cuarto de baño, sentía mi cuerpo agotado, y comprobé que eran las cuatro y media de la madrugada. Regresé a la cama, conecté el móvil y, a pesar del tiempo transcurrido sin red, no entró ningún mensaje de Alejandro. Necesitaba saber algo de él, y como no tenía muchos más medios, le envié un SMS, para descartar cualquier posible problema con la aplicación. Lo dejé sobre la mesita y apagué la luz.

Cuando sonó la alarma, ya llevaba un par de minutos despierta, tratando de recordar los últimos sueños. En mi cabeza se entrelazaban pensamientos e ideas incongruentes que, a medida que pasaban los segundos, se me iban escapando. Solo la extraña escena de Nicole y Alejandro mantenía cierta claridad. El corazón me palpitaba con fuerza cada vez que revivía ese disparo.

Me preparé un *expresso* que apuré en segundos mientras revisaba el teléfono. La ausencia de respuesta empezaba a mosquearme y, al mismo tiempo, me asustaba pensar en mi pesadilla. Estaba recogiendo la cocina cuando sonó el móvil.

El festivo tema de Moloko me anunció la llamada de Philip.

—Hola, nena. —Podía percibir su sonrisa a través del auricular.

—¿Todo bien? —dije somnolienta.

—La verdad es que sí, pero... estoy perdido.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—A finales de año trasladan a Carlos a Berlín y me ha pedido que me vaya con él — soltó por fin, con un tono de voz que no supe discernir si era de alegría o de incredulidad.

—Vaya, Philip. ¡Eso es genial! ¡Te encanta esa ciudad!

—Ya, pero si me voy por él, es totalmente diferente a que yo decidiera irme a vivir allí por un proyecto propio. No quiero estar todo el tiempo solo, esperando a que llegue, como si no tuviera vida propia.

—Philip, por favor. Si tú en dos horas ya te has hecho amigo de todo el mundo. Y

además encontrarías trabajo en un chasquear los dedos —expuse totalmente segura de lo que le estaba diciendo.

—No sé... —murmuró, no muy convencido—. Tengo que meditarlo mucho todavía. Necesitaba decírselo a alguien.

Me alegraba la noticia de Philip. Me despedí de él y me metí en el despacho a trabajar. Por unas horas me puse en la piel del detective Callaghan y fui resolviendo los enigmas mientras la narración comenzaba a cobrar vida en sueco. No me hubiera venido mal un personaje *holmesiano* como aquel en la vida real, para que me echase una mano con los misterios que me iba encontrando.

A mediodía aproveché para preparar mis famosas berenjenas. El día anterior, Alejandro y yo habíamos quedado en que vendría a cenar y quería pensar que así sería. A las seis preparé la bolsa y salí disparada hacia el gimnasio.

Saludé a Sofía con una sonrisa y fui a los vestuarios para cambiarme. Ya había gente ante la puerta de la sala con la toalla y la botella de agua en la mano. Más de una chica llevaba flores en el pelo al estilo más *hippie* y eso me hizo sonreír.

Cuando abrí la puerta, la sala se iluminó y el DJ, desde su cabina, al otro lado de la sala, me hizo una señal para que los dejara pasar. Todos se fueron contagiando enseguida de la energía y el buen ambiente que se respiraba.

—¡Bienvenidos al *Flower Power* en directo! —comencé ya con el micrófono colocado—. Empecemos a calentar.

La gente reía y aplaudía. Sin duda hacer ejercicio así era mucho más divertido que de cualquier otra manera.

Mientras la clase se llenaba y el reloj se acercaba a las siete de la tarde, cantábamos al ritmo de los Stones: *I can't get no satisfaction*.

Iba a explicar el contenido de la sesión cuando de repente lo vi. Me quedé muda. Por suerte, algún rezagado seguía cantando desde el fondo y no se me notó el pequeño *shock*, pero mis ojos no podían apartar la mirada de esas manos que bajaban la cremallera de la sudadera negra. Cuando se retiró la capucha, aquellos ojos color miel me atraparon, por un instante, con un travieso guiño.

Sonreí como una estúpida. Respiré hondo antes de anunciar lo que nos esperaba durante la próxima hora. Alejandro ya se había subido a la bicicleta y la visión de su cuerpo bajo la *lycra* resultaba una imagen divina. Y no solo para mí. Otras chicas habían dejado de prestar atención a su propio pedaleo para fijarse en sus bíceps y en sus intimidantes tatuajes.

No había respondido a mis mensajes y aparecía de repente, invadiendo lo que yo consideraba mi territorio. Por unos segundos, el pensamiento me abrumó, pero en cuanto sus ardientes ojos volvieron a posarse sobre los míos, sabía que se lo perdonaría.

Yo animaba a los alumnos sin perderlo de vista, pero esforzándome para que su presencia no me desconcentrara. Sonaba *Gold*, de Spandau Ballet, cuando me levanté de la bici para hacer una de las habituales pasadas por la clase, para ayudar a los inexpertos y asegurarme de que todos tuviesen la postura correcta para cada ejercicio. Cuando me

acerqué a él, aproveché para susurrarle algo, desactivando antes el micrófono inalámbrico:

—Pero ¿qué estás haciendo aquí?

Se tomó su tiempo para girar la cabeza hacia mí. El condenado se había puesto más colonia que nunca, por lo que al acercarme mi cabeza se llenó de imágenes lascivas.

—¿Qué voy a hacer? Deporte —respondió con una sonrisa burlona.

Di un paso para acercarme a otro alumno y entonces me cogió por el brazo. Sentir su piel me estremeció.

—Y, por supuesto, visitar a mi chica —añadió en un susurro.

Se me escapó una sonrisa de triunfo al escuchar esas palabras, y volví a conectar el micrófono para continuar con las frases de ánimo.

Alejandro parecía concentrado, pero de vez en cuando me dirigía una mueca divertida. Fue muy difícil aguantar la risa ante sus payasadas. Nos acercábamos al *sprint* final, que estaría marcado por el tema 9 to 5, de Dolly Parton. Yo estaba exhausta, no solo por la intensidad de la sesión, sino porque la combinación de la erótica imagen de Alejandro haciendo ejercicio y su embriagador perfume era más de lo que podía soportar. Además, el roce de mi sexo, ya hinchado, creaba sugerentes sensaciones ante la fricción con el sillín.

Alejandro aguantaba la clase estoicamente, sin embargo, cuando anuncié que ya estábamos ante el último tema antes de la bajada de montaña, donde recuperaríamos pulsaciones, una expresión de alivio se dibujó en su rostro.

Cuando la clase llegó a su fin, estallamos en un aplauso. La gente había pasado un buen rato, pero yo continuaba descolocada ante el intruso. Desconecté el micro y me acerqué a la puerta para ir despidiendo a los alumnos. Entre la manada de ciclistas, vi que su inconfundible figura se acercaba cubriéndose con la capucha. A su derecha, tres chicas cuchicheaban, quizá decidiendo cuál de ellas iba a atreverse a decirle algo a *mi* Alejandro.

—Fantástico, Victoria. ¡Ha sido fantástico! —dijo una afable voz a mi espalda.

Al girarme, me encontré a Rafa, el jefe de los porteros de Glory's que sostenía una toalla blanca empapada.

—Sí. Ha sido una gran clase. Tenemos que repetirla.

—Vale, pero sin precipitarnos —exclamó riendo—. Estoy roto y creo que voy a tardar un poco en recuperarme.

De repente, una mano me rodeó la cintura y tiró de mí hacia atrás, haciendo que perdiera el equilibrio. Cuando me quise dar cuenta, un beso cálido y salado me hizo olvidar durante unos segundos dónde me encontraba. A nuestro alrededor se oían los típicos ¡Uuuh! que la gente vitorea en las bodas ante cualquier beso.

Cuando mis labios se liberaron traté de recuperar la compostura, pero todos nos miraban sonrientes. Las chicas que antes susurraban, ahora tenían cara de haber estado lamiendo limones, y entonces, Alejandro, que no había soltado mi cintura, se alejó un paso y dijo en voz alta:

—Un aplauso para la monitora.

En ese momento noté mis mejillas encendidas como faroles. Pero los aplausos desgastados de las tres chicas del fondo, me hicieron sonreír y mirar a mi amante. En ocasiones parecía que nuestra relación debía quedar en el ámbito de la vida privada, pero entonces le daba por hacer cosas en público casi extravagantes, y yo me quedaba más desconcertada todavía. Lo abracé sin pensar, uniendo su cuerpo empapado al mío, también caliente y sudado.

Cogió mi mano y me sacó de la sala.

—¿Te ha gustado la sorpresa? —preguntó.

—No me lo esperaba para nada.

—Tenía hecha la reserva en tu clase desde que me contaste que trabajabas aquí —confesó.

—Pero si te hablé de eso la primera noche, en la discoteca...

—Efectivamente —dijo. Y cogiendo mi cara con las dos manos, me dio un beso lento, cargado de emociones.

Mis manos rodearon su espalda, aferrándome a su cuerpo atlético. Entonces caí en la cuenta de que estábamos en la puerta de la cafetería y todos nos miraban.

—Necesito una ducha urgentemente.

—Yo también —dijo dándome un rápido beso—. Nos vemos en media hora en la entrada ¿vale?

Caminamos hasta los vestuarios cogidos de la mano como dos adolescentes, y antes de separarnos, me volvió a besar.

45. Chocolate

Cuando iba a salir del vestuario, mi móvil anunció la llegada de un mensaje.

Daniel: ¡Hola, guapa! Mañana hay una fiesta brutal en San José, ¿te apuntas?

Dejé la respuesta para más tarde y crucé la puerta con el pelo húmedo, labial color coral y un poco de Flower by Kenzo. Alejandro estaba apoyado en el mostrador de recepción. Vestía unos tejanos desgastados y una camisa de estampado de cachemira rojo. Al otro lado, Sofía sonreía como una boba mientras charlaban. *Sabe Dios de qué estarán hablando estos dos*, pensé.

—Aquí está mi princesa —exclamó él con ternura en cuanto me acerqué.

Recibí esa muestra de cariño como todas las anteriores: con ilusión y desconcierto. Si delante de según qué personas le tocaba disimular conmigo, sería por algo, pero no se me ocurría ninguna razón que pudiese iluminar todas aquellas incógnitas. Alargó la mano y agarró con firmeza mi cintura. Hundió su cara en mi cuello para besarme, lo que me provocó un pequeño ataque de risa.

Sofía nos miraba tan sonriente como si estuviera presenciando un final alternativo de *Titanic*.

—El primer día en mi gimnasio y ya estás cotilleando —le reproché en tono de burla.

—Solo intento averiguar alguno de tus más oscuros secretos —respondió con una enigmática sonrisa, y le guiñó un ojo a mi compañera.

Me quedé lívida ante su respuesta. Mantuve la sonrisa y me dispuse a seguirle el juego.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Entrevistar a todo el mundo? Espero que lleves el bloc a mano.

—O sea, ¿que podría encontrarme algo jugoso si busco bien, señorita misteriosa? —preguntó con los ojos entrecerrados mientras apretaba mi cadera contra la suya.

—Atrévete, y verás.

Me despedí de Sofía y nos fuimos. Una parte de mí se sentía pletórica de felicidad solo con pensar que tenía planeado venir a la clase desde la primera vez que nos encontramos. Tenerlo así, tan dispuesto, tan ocurrente, tan romántico y tan *sexy* al mismo tiempo era una maravilla, pero por otro lado, no podía evitar temer que todo estuviese siendo una pantomima, y que en realidad nos encontrásemos más cerca del final que del principio.

Le vi alejarse unos metros hasta llegar al Porsche mientras yo sacaba la llave para acceder a mi coche. Al llegar a mi edificio vi que Alejandro me esperaba de pie, con la bolsa de deporte al hombro. Podía ver su radiante sonrisa bajo la hermosa luz del atardecer, pero entre nosotros quedaba un tema pendiente, ese que me había provocado pesadillas durante la noche. No iba a poder aguantar mucho tiempo fingiendo que lo ocurrido la tarde anterior no me había afectado.

—Estás guapísima —dijo acercándose a mí, antes de darme un delicado beso en los labios.

Sentí deseos de arrancarle la camisa en cuanto se cerraron las puertas del ascensor. Apoyé mi cabeza sobre su pecho, y aspiré el embriagador aroma. No sabía qué sería de nosotros en un futuro, pero de lo que sí estaba segura era de que nunca podría volver a percibir esa fragancia sin ser invadida por los pasionales momentos vividos a su lado.

—Por cierto, mi plan era sorprenderte —le dije mientras insertaba la llave en la cerradura—. Con la cena.

Colocó su mano sobre mi cadera y la bajó hasta que sus dedos se deslizaron por dentro de mi pantalón. Rozó mi piel con la yema de sus dedos y fue como pulsar un botón en mi cuerpo, porque arqueé la espalda hasta apoyar mi mejilla contra su cuello.

—Pues yo me he adelantado —susurró erizando el vello de mi piel.

Me giré y le dediqué una sonrisa socarrona mientras me zafaba de sus manos, que me rodeaban y acariciaban, poniéndome otra vez a tope.

Lancé la bolsa de deporte al ropero y señalé la cómoda del salón.

—¿Puede usted empezar a poner la mesa, señor Ortega? Yo tengo cosas que hacer en la cocina.

—A sus órdenes, señorita.

Como la fuente de berenjenas aguardaba en la nevera, solo tenía que hornearlas. Lo que todavía no tenía muy claro era el postre. No quería liarme preparando nada complicado, así que saqué chocolate negro y lo puse a calentar al baño maría. Entonces pensé en mi

invitado y se me ocurrió una idea.

Saqué el vino y, antes de llevarlo al salón, me quité la camiseta y los tejanos. Sobre el conjuntito de ropa interior me puse un delantal negro y, con una sonrisa traviesa, abrí la puerta de la cocina.

Alejandro había puesto el mantel, y le sorprendí doblando cuidadosamente las servilletas. Levantó la mirada y su cara se iluminó al descubrirme. Le tendí el abridor y la botella, los tomó y los dejó sobre la mesa sin dejar de mirarme. Sus brazos me rodearon, sus labios se unieron a los míos y yo, saboreando ese beso audaz, me apoyé sobre sus hombros mientras sus manos, cálidas y juguetonas, se deslizaban por debajo del delantal.

—Si me sigues provocando así, no vamos a llegar a la cena —murmuró mientras su boca se perdía en un reguero de pequeños besos hasta llegar a mi cuello.

Empujé su pecho hasta que se sentó en el sofá. Pensaba recorrer su cuerpo con paciencia, pero entonces, me acordé del chocolate, me aparté de su regazo, que ya mostraba una entrepierna divinamente hinchada, y salí corriendo a la cocina.

Cuando rescaté el cazo del fogón el agua se había evaporado. El chocolate no se había quemado de milagro. Las berenjenas iban a buen ritmo, así que saqué las fresas y me puse manos a la obra. Tenía que pinchar cada una con un palito de brocheta para bañarla después en el chocolate.

—Mmm... ¡Qué bien huele! —dijo tras cruzar la puerta sosteniendo las dos copas de vino tinto.

Las dejó sobre el mármol y puso la mano sobre mi nuca, hundió su cara en mi pelo, todavía algo húmedo, y me dio un beso en la sien. Yo me giré, apoyándome contra la cocina, para encontrarme con él cara a cara.

—Espero que te guste, porque lo he cocinado todo con mucho cariño —susurré.

Metí una de las fresas en su boca muy despacio y él me rodeó con sus brazos con una mano presionando mi nalga.

—Dicen que es más sano tomar la fruta primero, ¿no? —repliqué. Mojé un dedo en el chocolate derretido y me lo llevé a la boca, lamiéndolo con suavidad. Sentí como su sexo se endurecía.

Entrecerró los ojos, cargados de deseo, y me apretó aún más contra su cuerpo.

—¿Te apetece un poquito de chocolate? —pregunté. Y, sin esperar respuesta, hundí el dedo en la fuente para acercarlo a sus labios. Su lengua acariciaba mi piel y yo imaginaba que era otra parte de mi cuerpo la que relamía con devoción.

Cuando acabó con mi dedo, se unió a mi boca, con una nueva dosis de chocolate. Mi corazón latía con una fuerza inusitada y la necesidad volver a sentirlo dentro de mí era implacable.

Como si pudiera leer mi mente, me cogió de las caderas y me sentó sobre el borde de la encimera. Rodeé su cuello para atraerlo hacia mi boca, pero su lengua resbalaba lentamente por el mío. Yo acariciaba su cabeza, su mentón, sus hombros, mientras él descendía. Al llegar al sujetador, sus manos se colaron tras mi espalda y en dos segundos

había liberado mis pechos, lo que le permitió lamerlos hasta llegar al pezón, donde se entretuvo unos instantes.

Desató el delantal con un gesto rápido dejándome solo con las braguitas. Yo lo miré un poco descolocada.

—Estamos en la cocina... —exclamé dubitativa.

Y él, sin mediar palabra, introdujo de nuevo un dedo en el bol de chocolate, lo acercó a mi boca y rozó mis labios. Lo sentí dulce e intenso, pero apenas pude saborearlo, ya que hizo a un lado el encaje negro para hundirlo en mi sexo. Todo mi cuerpo se estremeció y mi vagina, ya húmeda, recibió su incursión con voracidad. Gemí. Y él me penetró con más intensidad.

Cerré los ojos, ahora su lengua caliente bailaba sobre mi clítoris. Su dedo continuaba follándome casi en segundo plano, pero la combinación de ambas caricias, me estaba acercando al clímax a una velocidad pasmosa.

—Estoy a punto, a punto...

Y mi propio orgasmo interrumpió la frase. El cosquilleo se había apoderado de mi piel. Aumentó la velocidad de sus embistes manuales, y el clímax se hizo largo y dulce.

Necesité unos segundos para reponerme cuando el torbellino de placer cesó. En ese momento fui consciente de cómo se me había clavado el borde de la encimera en el trasero, pero no me importó. Me incorporé con la pretensión de devolverle a mi amante todo el placer oral que me había proporcionado, pero él me frenó, levantando de nuevo mis muslos.

Lo miré complacida y él me contempló con toda su intensidad.

—El *show* no ha acabado todavía, señorita.

—Y espero que no acabe nunca —respondí cogiéndolo por la nuca hasta acercar nuestras bocas. Su beso sabía a sexo. Sabía a orgasmo mezclado con unas notas chocolateadas. Me gustó sentirme como una auténtica ninfómana.

Mientras saboreaba sus labios, él ya se había bajado los pantalones y no pude frenar mi mano, que se abalanzó sobre su verga, cubriéndola accidentalmente de chocolate. Él me miró como si aquello fuese lo más divertido del mundo y empezó a abrirse camino en el mismo lugar en el que su dedo ya había estado jugando.

Su polla me llenaba a la perfección, y apenas necesitaba acariciarme un poquito para volver a eclosionar con la fuerza de un huracán. Alejandro entraba y salía mientras agarraba fuerte mis nalgas. No pude reprimir unos grititos, y eso le encendió todavía más. Podía verlo en su rostro, en su mirada, en el fruncir de su boca. Pero aún le quedaban energías, así que, cuando agoté los últimos espasmos de ese nuevo clímax, retiró su miembro de mi interior. El frío que dejó tras de sí me hizo echarlo de menos al instante, pero entonces me levantó de nuevo por el trasero y me puse en pie.

Me dio la vuelta, me puso de cara a la encimera y volvió a penetrarme con su polla dura y palpitante, y me sentí llena de nuevo. Necesitaba estallar de placer una vez más, y en ese momento pensé en lo que debía sentir un adicto a las drogas. Nunca había experimentado

adicción a ninguna sustancia, pero podría engancharme, sin vacilar, al placer absoluto que Alejandro me proporcionaba. Comencé a tocarme el clítoris, todavía pegajoso por el chocolate, y tras unas pocas caricias en círculos, agarrándome a lo que tenía a mi alcance, volví a estallar en una locura de placer.

Alejandro aceleró sus embestidas y, cuando comenzó a correrse, mi orgasmo todavía daba sus últimos coletazos. Pude sentir que eyaculaba con fuerza, y me sentí complacida. Tras su descarga, se abrazó a mí, y a medida que nos abandonaban las fuerzas fuimos dejándonos caer hasta sentarnos en el suelo, abrazados el uno al otro. Al abrir los ojos, me divertí descubrir las manchas de chocolate que cubrían nuestros cuerpos. El olor del dulce se había fusionado por completo con el del sexo salado y temí que, a partir de ese día, fuese incapaz de olfatear una tableta de Nestlé sin evocar en mi memoria aquel polvazo. Su camisa roja estaba totalmente salpicada y, aunque sus pantalones se habían salvado, su cara parecía la de un niño pequeño que venía de jugar con barro.

Al horno le quedaban solo diez minutos, así que traje un paquete de toallitas de bebé para limpiarnos un poco.

—Luego me gustaría darme un baño, ¿te apuntas? —le susurré todavía medio desnuda.

—Mmm... Me encantaría ver qué somos capaces de hacer en tu bañera —respondió con una sonrisa satisfecha.

—Igual traumatizamos a los vecinos; aquí se oye todo —reí—. Seguro que los de abajo deben estar en la cocina, alucinando.

—Más que traumatizar, yo creo que les damos envidia —musitó guiñándome un ojo—. Ha sido maravilloso saborearte de esa forma...

Le di un sorbo a la copa de vino y apagué el horno.

Sonó un tono de teléfono que no era el mío. Alejandro salió hacia el salón y yo volví a ponerme el delantal. Las berenjenas olían de maravilla. Coloqué la fuente sobre la encimera y, mientras buscaba los utensilios para servir las, entró en la cocina con el semblante serio, la mirada fría y la bolsa colgada del hombro.

—¿Va todo bien? ¿Ha pasado algo?

—Lo siento mucho, Victoria, pero tengo que irme ahora mismo.

—Pero ¿volverás luego a cenar? —pregunté.

—No. Me temo que no, cielo. —Lo miré con desolación. Me encogí de hombros y pareció leerme la mente—. Bueno, al menos hemos comido el postre —exclamó con una media sonrisa. Me dio un beso lento y desapareció por la puerta.

Capítulo 14: viernes, 26 de mayo

46. Sucia españolita

Me había dejado tirada de una forma inesperada, maleducada incluso. Algo me decía que no era muy normal lo que estaba pasando, y tuve un buen rato para meditarlo sentada ante la televisión con un plato de berenjenas y una Coca-Cola. Puse Divinity y dejé que me bombardeara con un surtido de series pensadas para chicas.

En realidad, no podía enfadarme con Alejandro, ¿o sí? Vino a darme una hermosa sorpresa al plantarse en mi clase como un alumno más. Me gustaba mucho cuando expresaba su afecto en público, pero me desarmaba cada vez que me ignoraba escudándose en ese halo clandestino del que tan poco me podía hablar. El Alejandro del que me había enamorado formaba parte de un *pack* indivisible y, si quería que nuestra relación fuese a algún sitio, iba a tener que aceptarlo tal cual.

Me contuve para no enviarle mensajes. No quería comportarme como una novia absorbente y paranoica. *Novia*. Curiosa palabra. ¿Soy su novia? ¿Lo considero a él mi novio?

En esas reflexiones estaba cuando acabó el tercer capítulo de *Sexo en Nueva York* y decidí irme a la cama.

Por la mañana, apenas tuve tiempo de limpiar el desastre de la cocina. Tenía que ir al gimnasio. Me tocaban dos clases seguidas.

Cuando crucé la puerta de la sala de *spinning* ya había algunos alumnos centrados en sus estiramientos junto a las bicicletas. Mi cabeza no estaba para innovar, así que eché mano de un par de recopilaciones temáticas de *bossa nova* y de Michael Jackson, y dirigí la sesión lo mejor que pude.

Un par de horas después, contenta de haberme evadido de la realidad por un buen rato, entré en los vestuarios. Me apetecía disfrutar de un ratito en el baño de vapor. Antes de encerrarme en el *hammam*, eché un vistazo al teléfono, me esperaba un *e-mail* de Giovanni, el amigo de Lorenzo, con la invitación a la próxima fiesta del DJ Van der Gaard en Milán, y por el otro, un ansioso comentario de Lola:

Lola: ¡Nenaaaaaa! ¿Qué pasó ayer con la cenita? ¡Cuenta, cuenta!

Una noche tan surrealista no merecía ser explicada, así que dejé el móvil en el bolso, pensando que sería preferible hablar de ello en persona. Todavía no había decidido si contarles lo sucedido. Estaba segura de que si les narraba la forma en que me había dejado sola en casa después de follar y con la cena a punto, les olería a chamusquina. Pero yo sabía, en el fondo, que debía de haber una explicación. O al menos necesitaba creerlo para no volverme loca.

Cuando entré en el baño de vapor, la sala se encontraba cubierta por la espesa niebla, por lo que deduje la última descarga había sido reciente. No sabía si estaba sola o no, así que, siguiendo la costumbre, extendí la toalla en uno de los bancos cubiertos de azulejos y me recosté sobre ella. La cerámica del respaldo quemaba, pero era una sensación agradable.

—¿Victoria?

Oír mi nombre me devolvió a la realidad. El vapor se había disipado un poco y ya era posible distinguir a una mujer sentada al otro extremo de la sala circular. Tenía muchos alumnos, y no era raro encontrarme a gente, pero lo que me sobresaltó fue su acento eslavo.

—Ho... hola, Nicole —respondí, sin saber si taparme un poco o permanecer desnuda. *¿Cómo es posible que me encuentre a esta chica en todas partes?* —Crucé las piernas con disimulo. Ella se cubría con una toalla rosa—. ¿Qué tal estás? —pregunté tratando de resultar lo más normal posible.

—Oh, ahora bien. Pero tengo una resaca... No he dormido ni tres horas.

De repente acudieron a mi mente las imágenes que había encontrado en internet, en concreto, aquella en la que ella y Alejandro se daban la mano con toda la complicidad del mundo. Recordé además la puñetera cena que había organizado dos días atrás y que trató infructuosamente de ocultarme. Aquello me enervó.

—¿Cómo fue el miércoles? —pregunté, aunque en el fondo no desease conocer la respuesta.

—Oooh, muy bien. Muy bien. Las fiestas de Ortega siseeeeempre están muy bien. —Mi sonrisa debía resultar falsa incluso a través del vapor—. Lástima que no hubiera clientes suecos —murmuró.

—¿Cómo?

—Claro, porque entonces podrías haber venido a trabajar y disfrutar un poco de la fiesta.

Por suerte, una nueva descarga de vapor bloqueó cualquier intento de comunicación. *O sea, que realmente Alejandro le ha dicho a esta tía soy una empleada suya. Sin más. Entonces, ¿por qué me besa en la playa? ¿O en la clase de spinning?*

—Oh, sí. Por supuesto —dije con toda la diplomacia que pude—. A ver si hay suerte la próxima vez.

—Siempre hay una próxima vez. Eso dice mi querido tío —afirmó, y me extrañó la lentitud con que pronunció las palabras.

—¿Tu tío?—pregunté sorprendida, mientras me enrollaba en la toalla para no sentirme tan expuesta.

—Sí. Leonid es mi tío. De él he aprendido todo lo que sé sobre los negocios.

—Oh. No tenía ni idea —comenté sorprendida, recordando vagamente que sus apellidos eran ciertamente similares—, he coincidido con él un par de veces, y me parece muy agradable.

—Sí. Sé que os conocéis. Él me ha preguntado por ti.

Me quedé desconcertada. El calor trataba de bajar mis pulsaciones, pero la tensión de aquel diálogo incómodo tenía mis biorritmos hechos un lío.

—Cuando... cuando lo conocí pensaba que era un turista y estuvimos conversando en

inglés —mencioné por no quedarme callada ante su afirmación.

—También me ha dicho... que puede que seas una traductora, pero que tu interés por Alejandro Ortega no es solo profesional. —Había levantado la voz y se había puesto en pie.

Yo empezaba a marearme, no sabía cuál sería el mejor modo de actuar.

—Nosotros... somos amigos —afirmé sintiendo cómo me dolía pronunciar esas palabras. Ella dio un paso hacia mí. Pude ver su rostro contraído, y en su gesto intimidante y rabioso, reconocí cierto parecido con su tío.

—Espero que no creas que tienes alguna posibilidad —murmuró inclinándose ligeramente hacia mí con el dedo extendido—. Una sucia españolita como tú no tiene nada que hacer.

Aquellas palabras rebotaban en mi mente, como un eco cargado de rencor que me atacaba sin merecerlo. Empezaba a encontrarme mal, aquella puñalada acababa de herir mi amor propio, sin ni siquiera haberla visto venir. Me puse en pie y di un paso hacia la puerta. Sentía sus ojos afilados clavándose en mi piel.

—Que te den por el culo, Nicole —acerté a decir antes de atravesar la compuerta, sintiendo que el corazón latía desbocado en mis sienes y que a mis pulmones les costaba llenarse de oxígeno.

No quería volver a encontrarme con ella, así que me metí en una de las duchas, en la zona más concurrida. Respiraba atropelladamente. El agua fría me estremeció por el contraste de temperaturas, pero luego la sentí reparadora. No acababa de creerme la situación tan desagradable que acababa de vivir.

Hasta que no oí la puerta del baño de vapor cerrarse con su estruendo, no me tranquilicé. Cuando me animé a salir, mis manos estaban blanquecinas y arrugadas.

Con cautela, me acerqué a mi taquilla, me vestí en un suspiro y salí pitando. Al pasar frente a Berto, le mandé un beso sin pararme a conversar. Quería llegar a casa cuanto antes. Esa noche tendría lugar la esperadísima fiesta de Lucas, y todavía quería avanzar un poco más la traducción. Ya dentro del coche, activé el altavoz y marqué el número de mi amiga, todavía temblaba.

—¿En serio te ha dicho eso? —exclamó después de contarle lo ocurrido.

—Ha sido feísimo. Nunca me había sentido amenazada de ese modo.

—Está loca esa tía. Qué mal rollo.

—No sé si contárselo a Alejandro... igual quedo como una paranoica —pensé realmente desconcertada ante cómo actuar.

—Mmm... La tipa está celosa porque Alejandro le interesa. El rollo de siempre.

—Supongo que tienes razón.

—Estoy segura de que ayer lo dejarías pasmado con tus dotes culinarias —comentó Lola—. Espero que me hicieras caso y lo esperases con velitas y ropa *hipersexy*.

Necesitaba conocer su punto de vista, aunque su opinión iba a estar sesgada.

—Vino a casa, pero lo llamaron por teléfono y tuvo que marcharse enseguida.

—Vaya, qué lástima. ¿Y no os dio tiempo a cenar?

—Bueno, empezamos a enrollarnos mientras yo preparaba la cena... y acabamos follando como locos en la cocina.

—Hija. No perdéis el tiempo. ¿Pero se marchó después de que os acostarais?

—Sí —confesé—, fue un poco extraño.

Un silencio al otro lado me indicaba que debía estar reflexionando.

—Nena, me llaman del despacho del jefe —dijo al cabo de unos segundos, impidiéndome acabar de contarle lo de Nicole—. Te tengo que dejar. Nos vemos luego.

Cuando colgó, el portón del edificio ya se deslizaba. Mientras hablaba con ella me había entrado un mensaje.

Alejandro: Ayer eché de menos a mi sirenita, pero se me hizo imposible regresar. Espero que me hayas guardado berenjenas.

Sonreí y guardé el teléfono. Necesitaba reflexionar antes de decirle nada.

Ya en casa, puse uno de los discos de la colección Hotel Côstes, para animarme y me senté ante el ordenador.

47. Leopardo

Al cabo de tres horas y un sándwich rápido, decidí tomarme un descanso. Me senté en la terraza con un *capuccino* y me entretuve observando el ir y venir de los barquitos en el horizonte.

De pronto me acordé del mensaje que flotaba en el aire y decidí responderlo:

Victoria: Un tupper solitario te espera en mi nevera, pero no es lo mismo que comerlas recién hechas. Por cierto, ¿cómo quedamos para ir a la fiesta? ¿Quieres que te recoja?

Tras la agradable pausa, regresé al ordenador y, cuando estaba a punto de teclear, sonó una llamada de Philip.

—Vengo de Talamanca y tengo un vestido divino para esta noche. Si estás en tu casa paro un momento y te lo dejo.

—¿Un vestido para mí?

—Eso sí... me lo tendrás que devolver impecable, es para una sesión.

Al cabo de unos pocos minutos atravesaba la puerta de mi casa con una percha en la mano y una sonrisa en la cara.

—Es de Etxart & Panno. En cuanto lo vi supe que te quedaría de muerte.

Extendió la funda sobre el sofá y extrajo un atrevido vestido de leopardo, muy estilo Sofía Vergara. No era una línea que abundara en mi armario, y por esa misma razón iba a resultar explosivo.

Cuando fui a encender la cafetera, mi móvil anunció la llegada de un mensaje.

Alejandro: Si están hechas con amor, incluso me las comería congeladas. Respecto a esta noche,

no quiero que cojas el coche. La casa está lejos y habrá barra libre. Mejor ve en taxi, o espera a que yo acabe de trabajar y te recojo.

Su respuesta fue tan controladora que me chafó un poco. Se la enseñé a Philip.

—A mí, que me hablen en plan paternal, me revienta bastante. Pero tú sabrás si le paras los pies o te haces la modosita —aconsejó.

—Bueno, tiene su lógica, porque así no hay que estar pendiente de dejar de beber a una hora determinada. Pero gastarme en un taxi lo mismo que cuesta un vuelo a Barcelona... no me apetece demasiado.

—Si vienes a casa, vamos los tres juntos. Yo estoy la mar de tranquilo, porque es Carlos quien se ha ofrecido a conducir después de la fiesta.

—Gracias, Philip, pero ya he quedado con Lola, así que cogeremos su coche.

Aproveché para explicarle el surrealista desplante de la rusa mientras preparaba los cafés.

—¿Sucia españolita? Hay que ver cómo se las gasta esta gente —reflexionó sorprendido.

—No sé si he reaccionado bien, pero es que nunca me habían atacado de ese modo.

—Yo le habría dado un señor bofetón. Aunque con las dos en bolas dentro del *hammam*... la escena habría sido memorable.

Negué en silencio y sentí un escalofrío. No podría ocultárselo a Alejandro. Se lo iba a tener que decir en cuanto nos viéramos. Necesitaba seguir al conejo blanco hasta lo más profundo de la madriguera para averiguar qué es lo que escondía en realidad. Además, ante cada nuevo desplante de Alejandro, la necesidad de saber qué pasaba cobraba más sentido.

Me despedí de Philip. Me quedaba el tiempo justo para ducharme, coger mi vestido e ir a casa de Lola a cambiarme.

Lola me abrió la puerta con cara de espanto y el rímel corrido como si viniera de un *after*. En un primer momento me asustó.

—¿Qué te ha pasado, tía?

—¡Nada! Es que me estaba maquillando siguiendo las instrucciones de un video de YouTube y me ha quedado fatal. Me lo estoy quitando y ahora empezaré otra vez.

—¿Has hablado con Lucas?

—¡Lo he visto! —exclamó con una sonrisa luminosa—. He tenido que ir a la casa para guiar a los del *catering*. Ha sido interesante vernos en persona después de haber hablado tanto por escrito.

—Aparte de los DJ, ¿con qué otras cosas os ha ayudado Alejandro?

—Con la sala de prensa, con patrocinador incluido, y con un montón de detalles de los que se encaprichó Álvaro.

—Madre mía. ¡Se deben haber gastado una fortuna!

—Por lo que calculo, podrías comprarte tranquilamente un piso con todo el dinero que se han gastado —dijo asomándose al salón con el lápiz de ojos en la mano.

—Entonces, ¡va a ser el *fiestorro* del año!

—A mí me sorprendió un poco lo de los periodistas, porque precisamente los famosos lo que quieren es estar tranquilos y emborracharse en paz, sin miedo a aparecer con malas pintas en una revista del corazón. Pero ellos sabrán —afirmó encogiéndose de hombros.

—Alejandro irá directo ¿verdad? Lo he llamado para que me diera el número de uno de los DJ, y me ha dicho que habéis quedado allí.

—Sí, vendrá cuando acabe de trabajar. Además, me ha dicho que no se me ocurra coger el coche. Creo que me considera una borrachuza.

—Yo cruzo los dedos para no tener que volver a casa a dormir... —dijo mientras guardaba el cepillo de dientes en un neceser blanco.

—¿Y esa bolsa?

—Voy a dejarla en mi coche. Por si acaso. Si al final nos enrollamos, como espero que suceda, no me gustaría andar por ahí con este vestido y maquillada como un putón mañana por la mañana —afirmó con una sonrisa traviesa.

—Me encanta lo pragmática que eres, querida.

48. Can Lucas

Cruzamos el pueblecito de San José cuando el sol ya acariciaba el horizonte y enfilamos la carretera de Cala Conta.

A través del retrovisor, no perdía de vista el coche de Philip, mientras le daba indicaciones por WhatsApp para que no se perdieran. Aproveché para decirle a Alejandro que estábamos llegando a la fiesta.

Por fin, divisé una construcción rodeada de muros blancos estilo ibicenco.

Entre los coches aparcados había centenares de lamparitas solares. Lola pasó de largo y aparcamos en un patio privado junto a media docena de coches. *Serán de Lucas*, supuse. En cuanto bajamos, percibimos la música que provenía de la casa principal y el entrecuchar de copas que anunciaba que íbamos a encontrarnos con una fiesta en plena ebullición.

Llegamos hasta el patio de la entrada principal. Lola se dirigió a uno de los porteros y recogió dos pulseras de plástico verde con la palabra vip para nosotras. Algo incongruente en una fiesta privada, pero que es ya una forma habitual de actuar en la isla. Enseguida aparecieron Philip y Carlos y, tras dar sus nombres al portero, les entregó idénticas pulseras.

—Hacía un siglo que no venía a una fiesta privada —comentó Carlos.

—Os encantará —murmuró Lola feliz.

Entramos en la sala de prensa. Al fondo iban pasando los invitados que deseaban posar antes de acceder a la fiesta. Una chica nos regaló una bolsita con una botella en miniatura de Absenta, la marca patrocinadora. Los cuatro posamos ante los logos de Aurum Ibiza y

de Marí Mayans, la destiladora ibicenca y una decena de fotógrafos dispararon sus *flashes* como si fuéramos auténticos famosos. Me llamó la atención que los periodistas llevaran pulsera blanca, y que otro portero controlase el acceso a la casa principal.

Cuando los destellos de los *flashes* se acabaron, un chico se acercó y cogió a Philip por el cuello con familiaridad.

—¡Qué suerte la mía! —Sus ojos brillaban y parecía estar sumido en un estado de nervios contagioso—. Necesito que me ayudes, Philip. Déjame un rato tu pulsera vip.

—Lo siento, colega. No se pueden desabrochar sin romperse.

Su respuesta fue una sonrisa maquiavélica, enseguida sacó del bolsillo un cúter y cinta adhesiva. Lola se sobresaltó.

—Pero tío ¡qué morro tienes! —exclamó indignada—. Te ofrecemos barra libre y un *photocall* de puta madre por el que hoy van a pasar más *celebrities* que por el barco de Valentino... ¿y aún así pretendes colarte para espiar lo que hay dentro?

—Joder, Paul. No ayudaría a nadie a sabotear la fiesta —dijo Philip.

—¿Sabotaje? ¡Para nada! —dijo guardando las herramientas—. Solo quiero hacer fotos de la decoración y de todas las cosas chulas de las que he oído hablar.

Puso cara de angelito, pero con Lola no funcionó.

—Si quieres fotos, yo te las envío mañana por Facebook, pero no vas a entrar a cazar famosos emborrachándose.

—Y a ti, ¿te han contratado o lo haces por algún tipo de *amistad*? —le soltó.

Lola ni le contestó. Se dio la vuelta y nos dirigimos a la entrada de la casa.

Desde fuera, Can Lucas parecía una casa sencilla, pero tenía una estructura escalonada, y terraza a terraza, iba bajando hasta llegar a un embarcadero donde fondeaban tres yates, que supuse que serían de los amigos del anfitrión.

Junto a la piscina, había unas mesas en forma de «L», a modo de cabina para los DJ. En la siguiente terraza, habían improvisado una pista de baile. El paisaje era espectacular, de postal mediterránea. De repente, una figura se plantó ante mí, impidiéndome ver la inminente puesta de sol. Lola se levantó del puf y lo saludó. Yo la seguí, reconociéndolo de pronto.

—Martín. Al final has venido... —dijo ella tratando de fingir una agradable sorpresa.

—Sí. ¿Quién podría perderse una fiesta llena de modelos y futbolistas? —dijo con una sonrisa estúpida.

Como su padre había sido el mediador en la compra de la casa, supuse que Lucas se habría visto obligado a invitarlo. Ahora Lola no podría desmadrarse y, si lo hacía, aquel muchacho podría ser testigo de sus locuras.

Estuvo un rato con nosotros pero, por suerte, no tardó en ir hacia la pista de baile. El DJ cambió la música para acompañar al sol en su descenso. La percusión se hizo presente y, poco a poco, se fueron sumando los distintos instrumentos, provocándome unas ganas locas de bailar. Nos pusimos en pie y nos dejamos llevar por la música electrónica. Di un

nuevo trago al vodka que nos habían servido al entrar y sentí que flotaba. Debía tratarse de una marca buenísima, porque ya me sentía en una nube.

Yo quería seguir bailando, pero cuando mis amigos se sentaron, hice lo mismo. De repente me di cuenta de que estaba exhausta, como si acabara de correr media maratón.

—¡Qué pasada! —exclamó Philip.

—¡Me ha encantado! —añadió Carlos sonriendo más de lo que había hecho hasta ese momento.

—Yo no sé qué ha pasado, pero ha sido espectacular —murmuré.

Mis ganas de bailar aumentaban, pero tenía ganas de estar con Alejandro. Miraba al móvil cada pocos minutos y, aunque me fastidiaba que no me respondiera, sabía que tarde o temprano vendría, puesto que su empresa tenía un papel destacado en el montaje de aquella fiesta.

Lola y yo fuimos a por más bebidas.

—¿Y Lucas? ¿Quieres ir a saludarlo?

—Necesito una copa más. En persona todavía soy un poco mojigata con él, pero hoy quiero atreverme a todo.

Nos hicimos con otra ronda de combinados de vodka y regresamos al *chill out*. Yo me sentía ya en una nube. Una espectacular composición de movimientos geométricos se proyectó sobre la piscina y sobre las paredes de la terraza. Los límites físicos ya no eran tan reconocibles y, allá donde miraras, un caleidoscopio infinito te atrapaba haciendo que, entre la música y el vodka, no pudieras apartar los ojos de él. La piscina refulgía en tonos fucsia.

De repente, una bandeja de *sushi* se materializó ante nosotros sobre la mano de una de las hadas verdes de absenta. Tras ella, empezaron a aparecer canapés, brochetas, volovanes...

Iba ya por el tercer *maki* cuando divisé una cara familiar. Llevaba un vestido blanco palabra de honor. Me levanté para hacerle una señal y, en cuanto me vio, caminó hacia nosotros.

—Victoria, linda. ¡Qué bien que los encontré!

—Estás espectacular —exclamé.

—Vos sí que estás divina. Te encaja bien el *look* salvaje —replicó guiñándome un ojo.

Instantes después se nos habían unido Marco, Claudio y Diego. La fusión de sus tres colonias saturó mi pituitaria y pensé que antes de salir de casa habían hecho una apuesta para ver quién olía más fuerte.

Claudio sonreía a cada camarera que se acercaba, e incluso se ponía de pie, haciendo alarde de su galantería con cierta torpeza.

Lola, Tatiana y yo decidimos improvisar unos chupitos y, aunque le hicimos un gesto a Philip para que se nos uniera, nos dio a entender que ya vendría más tarde.

—Contame, Lolita. ¿Qué pasó con Lucas? —preguntó la argentina mientras esperábamos en la barra.

—Me siento muy cohibida. No lo entiendo.

—Tomamos el chupito y nos vamos directas a por Lucas, aunque quizá no sea bueno que te sueltes mucho, porque igual le gusta que seas reservada. Si quiere un pendón que se abra de piernas, solo tiene que entrar en una discoteca y chasquear los dedos —reflexioné en voz alta.

Nos dirigimos hacia el interior de la casa mientras sonaba el sensual *Gatinha gustosa*. Yo seguía consultando mi móvil. Sin respuesta.

Encontramos a Lucas junto a algunos amigos sentados en un sofá semicircular. En cuanto vio a Lola con su espectacular vestido corto de lentejuelas, dejó el vaso en la mesa y caminó hasta nosotras con una sonrisa cargada de promesas.

—¡Lola! Estoy contentísimo. La fiesta va realmente genial. ¡Mil gracias por todo!

Le dedicó unos besos en las mejillas, pero se tomó su tiempo, como si quisiera retener cada instante de aquel saludo. Tatiana me miró y yo sonreí. *Ha hecho bien en traerse el neceser*, pensé.

Cuando se separaron, Lola parecía flotar en una nube de éxtasis. Él reparó en nosotras dos. Le presenté a Tatiana y nos empujó a unirnos a su grupo. Regresamos al vodka y estuvimos un buen rato hablando con ellos de la isla y de sus secretos.

Lola había perdido toda la vergüenza y hablaba con su gracia natural, incluso soltó alguno de sus chistes verdes. De repente, alguien tocó mi hombro. Al girarme, me encontré a Diego, con una sonrisa peligrosa, junto a Claudio. Lola hizo las presentaciones.

—Lucas, montaste la mejor fiesta del verano ¡y eso que no comenzó la temporada!

—Bueno, si no es por Álvaro —dijo mirando a su amigo—, y por supuesto, por ella —añadió acariciando el brazo de Lola—, no estaríamos aquí.

—Me gustaría invitarles a unos tiritos, para continuar festejando —exclamó sin disimulos.

Pensé que Diego acababa de meter la pata, pero Álvaro, con una sonrisa de oreja a oreja, se puso en pie y le señaló el comedor, donde había mayor privacidad. Ninguno de los chicos se mostró escandalizado. Ahora parecían más pendientes de la música, como si algo en sus cabezas hubiese hecho un clic y, de repente, estuviesen ansiosos por zambullirse en la fiesta.

—¿Alejandro no vino? —preguntó Claudio sentado a mi lado.

—Tenía trabajo, pero llegará en un ratito —respondí a pesar de no estar muy convencida.

—Es un buen tipo, ¿verdad?

Lo miré extrañada.

—Sí, es genial. Un poco peculiar, quizá.

—Digamos que no pierde el tiempo —murmuró.

—¿Por qué lo dices, Claudio? —pregunté desconcertada.

—Últimamente está en todas las fiestas.

Repasé lo ocurrido en los últimos días para entender a qué se refería.

—Supongo que Ibiza es así, ¿no? —dije escogiendo una respuesta genérica.

—Ayer salí a tomar algo con un amigo que trabaja en un restaurán de San Rafael, y allá precisamente lo vi.

—¿En un restaurante? —recordé la forma abrupta en que se había marchado la noche anterior—. Bueno, serían clientes.

—Ah, bueno. Me callo. Si vos creés que está bien, todos contentos.

—Claro que me parece bien. Es su trabajo.

—¿Cenar con tres minas en el *privé* y después salir de allá en una limusina de marcha con un montón de gente?

El vodka no me ayudaba a fingir naturalidad ante lo que acababa de soltar. Cuando Alejandro salió disparado después de follar, imaginé que tendría que resolver algo relacionado con un cliente exigente, o un servicio que hubiese fallado. Pero no me imaginaba que reclamasen su presencia para cenar con unas chicas y luego irse de juerga. Aquella información había lastimado mi corazón, incluso si al final resultaba que no era cierta. Hubiera querido saber si cenaba y se divertía sin complejos o si estaba ocupado resolviendo algo importante. Pero si lo hacía desvelaría mi inseguridad. Acaricié la pulsera de Cartier y respiré hondo.

—Yo también quiero un trabajo en el que solo tenga que ponerme guapa e ir a muchas fiestas —repliqué quitándole importancia.

En ese momento, Álvaro apareció y nos invitó a pasar al comedor para disfrutar de lo que Diego acababa de preparar.

Sobre la mesa negra de mármol habían escrito «Ibiza» con generosas rayas de cocaína.

—Es algo que me gusta hacer en Nochevieja. Escribo el año que dejamos atrás y al que damos la bienvenida —murmuró Diego ofreciendo unas cuantas cañitas anchas cortadas por la mitad.

Lola me miró con cara traviesa y me cogió de la mano. Claudio se acercó, y me dio grima la mirada que acababa de echar a mi amiga. Lucas cogió una de las pajitas y dijo:

—Yo no tomo casi nunca, pero una fiesta es una fiesta, ¿no?

Algún gracioso anunció que se pedía la Z entera. Aquello se convirtió en un *self-service*.

Me senté en un sofá de cuero. Necesitaba reflexionar acerca de lo que acababa de revelarme Claudio. Nada me hacía pensar que me estuviese mintiendo, pero se me hacía muy raro que Alejandro se marchase de mi casa para ir a cenar con unas tías a La Belle. Una copa de vodka me sacó de mi ensimismamiento. Me la tendió Álvaro, con una media

sonrisa, antes de sentarse a mi lado.

—¿Qué os parece la fiesta? ¿Habéis visto el rincón de los postres en el jardín?

—No hemos pasado de la piscina. Llegamos justo para ver la espectacular puesta de sol musical —respondí, sin saber muy bien si aquello del postre era literal o no.

—Ah, sí. Ha sido totalmente *amazing*. Gamboa es increíble.

—Os lo habéis montado genial —dije recostándome en el respaldo—. Si viene alguien del mundo de la noche, va a flipar.

—He invitado a todos los directores y dueños de discotecas de la isla. De hecho, esa era mi intención —dijo enigmático.

—¿Ah, sí?

—Tengo muchas ideas que podría llevar a cabo haciendo una fiesta semanal o mensual en un *nightclub* y quería demostrarlo —afirmó con chulería.

Yo sabía que gran parte de los logros de aquella noche eran de Lola y de Aurum.

—¿Y para eso no basta con presentar un dossier?

—Oh, *darling*. Es mejor verlo en vivo y en directo.

—Yo pensaba que trabajabas en la empresa de tu familia —murmuré.

—Sí, tenemos los laboratorios farmacéuticos, pero ese tipo de gestión, tan poco *cool*, no es mi estilo —dijo atusándose el pelo rubio.

—Bueno. Espero saber más acerca de tu gran fiesta. Seguro que harás una inauguración brutal.

—Ni lo dudes, *baby* —afirmó con una seguridad repulsiva—. Por cierto, ¿has tomado ya una rayita?

Me puse en pie. No quería enzarparme como si fuese a hacer la ruta del bakalao, pero necesitaba aguantar con lucidez el mayor tiempo posible. Esperaba mantener la cabeza clara y encontrar la forma de averiguar más cosas sobre Alejandro. Tomé una de las pajitas que había sobre la mesa y aspiré un par de centímetros de lo que había sido la B. Álvaro dio buena cuenta de una porción de la A. Por fortuna, Tatiana vino a buscarme para explorar el resto de la fiesta. Decidimos ir al *chill out*, saqué el móvil para avisar a Lola con un WhatsApp y la pantalla vacía me recordó la ausencia de Alejandro. Pensé que igual mi recepción de red se había bloqueado, así que lo reinicié.

La terraza estaba inundada por la proyección de unas manos gigantes que danzaban a un nuevo ritmo. Divisamos a Philip, que reía escandalosamente en medio de un grupo que me resultó familiar.

—¡Victoria, *maitxi*! ¡Qué alegría!

—¡Hey! ¡Si seguís por la isla! —exclamé sorprendida al ver allí a los bilbaínos.

—Qué bien lo pasamos en Glory's. Una maravilla. Y hoy este fiestón de película —dijo Gorka, feliz—. Nos ha invitado un cliente mío, Chema. Es muy amigo de Lucas Ferrer.

Me senté un momento junto a Gorka. Iba a levantarme a por otro cubata cuando Claudio exclamó:

—¡Chupito de absenta!

Los vasitos de oloroso líquido empezaron a correr de mano en mano y, cuando estuvimos todos servidos, estallamos al unísono en un brindis.

Tenía el sabor del colutorio que usaría un orco, pero empezaba a cogerle el gustillo. Mi espíritu pedía a gritos dejarse llevar por la música, así que miré a Philip y enseguida me comprendió. Se disculpó con Gorka, me cogió la mano y nos alejamos.

—¿Y Lola? —me preguntó cuando caminábamos hacia el lado de la casa que desconocía.

—Nos hemos encontrado con Lucas y... hace un buen rato que no la veo —dije en tono jocoso.

—O sea que, o anda bailando para él o ya están chingando como conejos.

Bajamos los escalones hasta la siguiente terraza, donde más gente descansaba sobre los pufs o bailaba descalza sobre las colchonetas. A mano izquierda comenzaba un amplio jardín, nos adentramos en él y percibí el apetitoso olor del chocolate.

—Mmm... creo que nos acercamos a la barra libre de postres.

Y allá, como un oasis, se levantaba una especie de cabaña, con tres enormes fuentes de chocolate, blanco, negro y con leche. Sobre la mesa había grandes botes de cristal con magdalenas, palmeritas, galletas y todo tipo de *toppings*. Nos preparamos un enorme plato, sintiéndonos Hansel y Gretel, y nos sentamos en un sillón que colgaba a modo de columpio.

—¿Qué ha pasado cuando te has encontrado con Gorka?

—Todo perfecto. Ya le avisé de que venía mi novio y de que la otra noche yo no estaba en mis cabales. Es un buen tío y lo entiende. Además, pondría la mano en el fuego de que Carlos no sospecha nada de aquel desliz.

Le di un bocado a la esponjosa magdalena y decidí contarle lo que me acababa de soltar Claudio sobre Alejandro.

Mi bolso vibró y descubrí un mensaje de Lola.

Lola: Victoria, estoy bien. En realidad, más que bien. Nos hemos enrollado en una hamaca de la terraza, pero todo muy *light* de momento. La noche va a ser larga y esto promete. En un rato nos vemos... ¡Yujuuuuu!

—Ha costado ¿eh? Días y días detrás de él —murmuró Philip—, con lo fácil que es ligar en una sola noche.

—Si solo te apetece sexo es perfecto, pero aquí teníamos un caso de amor platónico. ¿O no?

—¿Tú te hubieras follado a Ortega el primer día que lo conociste?

—Pues sí, pero... ¿y lo bonito que es flirtear antes? Se va fraguando el deseo, cita a cita y, de repente, explota —argumenté.

Acabamos el superpostre y me levanté. Al poner los pies en el suelo sentí que la cabeza me daba vueltas. No era desagradable, pero sí inesperado. Recuperé el equilibrio y me acerqué a las hierbas ibicencas que descubrí junto a los postres y serví dos copas. Después del chocolate aquello nos iba a sentar bien. Mientras devolvía la botella a su lugar una voz susurrante se dirigió a mí.

—Hola, Victoria.

Miré como Daniel se servía unas galletas, a mi lado.

—Déjame hablar. Sé que hay maneras de que esto funcione —dijo acercándose a mí, tanto que pude percibir la fragancia que me había excitado en el pasado, pero que en ese momento no me perturbó.

—Mira, si tanto necesitas hablar, quedamos un día para tomar un café, pero ahora no me líes. Que de momento llevo una noche estupenda —espeté. Y lo dejé plantado.

Al dar un paso, sentí que me tomaba del brazo, frenándome con brusquedad. Lo miré con cara de protesta y, cuando estaba a punto de soltar un impropio, mi boca se encontró con el roce inesperado de sus labios. En un instante, me había rodeado la cintura y yo seguía asiendo las copas. Duró apenas un segundo, hasta que pude zafarme de su mano.

—Daniel, tío. ¡Ya te vale! —exclamé tratando de no levantar demasiado la voz y dándome la vuelta para regresar junto a Philip.

Le tendí las hierbas y, mientras le explicaba lo ocurrido, mi móvil anunció la llegada de un mensaje.

Lola: ¿Dónde estáis, chicos? No os encuentro.

Victoria: Poniéndonos finos junto a los postres...

Entre la música y el suave balanceo del columpio, sentía que flotaba y que podía percibir el mismísimo universo. Aquel chocolate nos había devuelto la energía, y el elixir ibicenco estaba desplegando las alas de mi imaginación.

Lola llegó con una sonrisa que no le cabía en la cara. Le hicimos un sitio en el columpio.

—Aquí está la golfilla número uno —dijo Philip.

—¡Uh! Ha sido estupendo. Tan erótico, tan sexy, tan carnal... —dijo arrellanándose sobre el cojín. Se quedó en silencio, rememorando momentos dignos de atesorar para siempre.

—¿Pero habéis follado? —preguntó Philip bajando la voz.

—No. Aún no. Había gente cerca. Pero ha sido muy excitante.

—¿A nadie le apetece bailar? —exclamé cuando un nuevo tema más electrizante surgió en el aire.

—¿Queréis ver una cosa superchula? —preguntó Lola como si acabara de recordar algo—. Seguidme.

Al poner los pies en el suelo, sentí que el mundo daba vueltas, pero de una forma excitante. Decidimos volver a la piscina. El volumen de la música se intensificaba a cada

paso y veía a mucha gente enrollándose por los rincones. Cuando atravesamos la zona dibujada por el láser verde en movimiento, la sensación de flotar, como si mis pies no rozaran la hierba, volvió a apoderarse de mí. No dije nada, y seguí a mis amigos hasta la terraza principal. Me costó enfocar la visión para ver en la pantalla del móvil que me había entrado un mensaje hacía un buen rato.

Alejandro: Enseguida salgo para allá.

49. Álvaro

En el *chill out* un par de chicas bailaban felices en *topless*. Cuanto más fuerte sonaba la música, más se reducía mi visión, como si el alcohol estuviese mermando mis facultades de forma selectiva. Lola cogió mi mano y fuimos hasta la barra, donde conseguimos varias botellas de agua. Entramos en un saloncito y nos acomodamos en un rincón. Lola parecía más seria, pero Philip no podía parar de reír.

—Oh, Dios. Todo me da vueltas —decía entre carcajadas—. Sé que no es gracioso, pero no puedo evitarlo.

—Yo también estoy mareada. Bebed agua fría, que nos sentará bien —dijo Lola.

La oía, pero solo podía mirar hipnotizada las imágenes proyectadas sobre la fachada, que fluían, convergían y se deshacían en un estallido de color, como si algo en mi interior hubiera decidido que era de vital importancia observar esas figuras geométricas en su danza infinita.

—Necesito que me guardes el bolso, porque en cualquier momento se me va la olla y me tiro a la piscina o algo así —reflexioné—, creo que estoy muy borracha. Será por ese puto licor verde.

Se puso en pie y vi que lo dejaba en un armario del salón. Philip seguía con su risita. Lola nos tendió unos vasos con hielo para que el agua nos espabilase un poco más. Lo agradecí.

La música había cambiado otra vez, y alguien aulló *¡Solomon!* desde el comedor de la cocaína y, de un salto, se plantó en la terraza. La gente bailaba con más energía todavía, como si lo que habíamos vivido fuese solo un preludio de lo que estaba por llegar.

—Si es que soy un *crack* —dijo una voz conocida sentándose entre nosotras dos.

Logré apartar la mirada de la proyección, gracias a un trago de agua helada y me topé con la sonrisa de Álvaro, que nos miraba con orgullo.

—Si no fuera por mí, no habría este buen ambiente.

Philip rio con ganas.

—Ok, Álvaro —respondió Lola despacio, para hacerse entender—. Pero no te puedes colgar todas las medallas.

—Bueno, sí. Pero un poco de *sushi* y unos DJ no marcan la diferencia en una fiesta *top* de verdad.

Una nueva carcajada se apoderó de mi amigo, que se presionaba el abdomen con los brazos.

—¿No me crees? —dijo haciéndose el ofendido—. ¿Y qué me dirías si supieras que lleváis toda la noche consumiendo MDMA y otras sustancias muy divertidas?

—Estás de broma —exclamó Lola.

—¿Broma? Entonces dime por qué está todo el mundo con cara de alucine, y por qué hay tanta gente follando en el césped —dijo henchido de orgullo.

—¿F follando?

—He creado una bacanal y me encanta —dijo en un susurro.

Lo escuchábamos con la boca abierta, sin saber qué decirle.

—Qué sepáis, bonitos, que lleváis horas tomando una combinación magistral y que, además, vais a tope de anfetaminas, mandrágora e incluso un poco de ácido lisérgico.

—Pero ¿cómo? —inquirió Lola tratando de articular palabra.

—Es una receta muy especial, que me costó mucho diseñar. ¡Pero es *amazing!* Las anfetaminas dan energía y unas enormes ganas de bailar, la mandrágora tiene unas propiedades afrodisíacas brutales y, como guinda, un toque psicodélico, para pegarse un viaje que nadie olvidará.

—Estás pirado, Álvaro... —murmuré en cuanto me fue posible.

—¿Cómo has podido hacerlo? —dijo Lola con incredulidad.

—En el hielo, nenas. En el hielo.

Miré a mis amigos con el ceño fruncido. Contemplé el vaso de tubo con asombro.

Lola se levantó y salió corriendo hacia la terraza, furiosa. Fui tras ella, suponiendo que iría en busca de Lucas. La cabeza me daba vueltas, pero la seguí hasta un salón decorado con cabezas de jabalíes que, por un momento, me hizo pensar que todo aquello formaba parte de un sueño. Me pellizqué y me dolió. La gente bailaba y, ahora que sabía lo de las bebidas, pude distinguir gestos desencajados e incluso alguna expresión de locura. En un rincón, una sucesión de manos, cabezas y brazos se retorcían en un desenfreno carnal que evité mirar. Me acerqué a Claudio, que bailaba con unas chicas. Tenía los ojos entrecerrados y me saludó como si yo estuviera muy lejos. La música se había instalado en mi cerebro. Era muy atractiva y excitante, yo en realidad quería salir de allí y encontrar a Lola, pero una fuerza me empujaba a danzar. Me hizo gracia saber que los que me rodeaban estaban tanto o más drogados que yo, pero no tenían ni idea. Me reí sola un buen rato ante aquella ocurrencia. De repente, un brazo me rodeó. Me giré esperando ver a Philip o a Gorka o la mirada color de fuego que tanto ansiaba, pero aquella persona giraba conmigo, impidiéndome verle la cara. Mi cuerpo no quería parar de bailar, pero cuando miré la mano que asía mi cintura, me encontré con una piel blanca de vello muy oscuro que no reconocí. Me quise apartar, pero de repente me vi rodeada de una completa oscuridad mientras la música se había convertido en líneas de colores que danzaban frenéticas sobre la negrura.

50. Oscuridad

Cuando abrí los ojos me dolían mucho las sienes. Quise tocarme la cabeza, pero algo me lo impedía. Me acostumbre a la oscuridad y empecé a distinguir lo que me rodeaba. Tenía

la boca muy seca y quise hablar, aunque no pude. Sentí las manos a la espalda, y un molesto hormigueo me anunció que debía de llevar un buen rato en una postura complicada. Mi corazón latía desbocado, pero me obligué a mantener la calma. Estaba sobre el asiento acolchado de un vehículo. Empezaba a entender qué era arriba y qué abajo, pero estaba muy aturdida. Traté de recordar qué había pasado en las últimas horas. Mi corazón seguía muy acelerado y recordé que mi medicación estaba en el bolso. Llevaba muchos años convenciéndome de que podía excederme de vez en cuando sin que pasara nada, pero aquella situación se había vuelto extrema. Empezaba a sentir un preocupante sudor frío y sabía que necesitaba calmar mis latidos lo antes posible. Respiré hondo y, tirando de la cuerda que inmovilizaba mis manos, logré deslizarme hasta una rendija en la chapa. No había demasiada luz, aunque pude ver Can Lucas a lo lejos, mientras me daba cuenta de que el rumor que llevaba un rato escuchando era el sonido de la música que venía de la fiesta. Pensé en mi móvil y recordé de nuevo el bolso. Podía ver personas que pasaban a unos metros y quise gritar, pero lo que tenía en la boca me lo impedía. No entendía lo que pasaba. *¿Es esto una broma? ¿Una pesadilla? ¿Es parte de la fiesta?* Traté de estirar la cuerda y oí un ruido metálico que provenía del exterior. Me quedé inmóvil y, en una fracción de segundo decidí fingir que seguía dormida, desplomándome sobre el asiento. La puerta corrediza de lo que parecía una furgoneta se abrió y una silueta se recortó en la débil luz. El miedo se apoderó de mí como nunca antes lo había hecho y mi cuerpo se encogió, poniéndose en tensión de forma instintiva, a la espera de que ocurriese algo fatal. Oí un gruñido y un golpe contra la puerta. Cuando levanté la cabeza, un hombre corpulento yacía inerte en el suelo. Una nueva figura bloqueó la luz y el miedo se intensificó.

—¿Victoria?

No sabía si seguir fingiendo mi inconsciencia o moverme.

—Victoria, soy yo. —Y entonces reconocí la voz que llevaba toda la noche esperando.

Me incorporé y traté de hablar, pero la mordaza ahogaba mis palabras.

—¿Estás bien, Victoria?

Mis ojos estallaron en lágrimas. No comprendía qué había pasado, pero estaba segura de que no era nada bueno. Quise abrazarlo, pero fue él quien me rodeó y acabó soltando las cuerdas. Yo me arranqué la mordaza, con asco.

—Alejandro —exclamé con la voz rota.

Me cogió en brazos y, en un segundo, la brisa de la madrugada acariciaba mi piel. Observé al tipo peludo en el suelo y la furgoneta negra. Miré a Alejandro desconcertada. Me indicó que me mantuviera en silencio con un gesto y entró en el vehículo. Se puso a mis pies, me quitó los zapatos de tacón, y los dejó cerca de aquel hombre, que me empezaba a resultar familiar. Se levantó la pernera del pantalón y de pronto vi una aguja que destelleó un instante. Le inyectó algo entre las falanges de los dedos de una mano, no sin antes golpearlo con la punta del tacón en varios puntos de su cuerpo. Comencé a caminar descalza sobre la tierra, aturdida, pero Alejandro me tomó en brazos, y sentí que llevaba las manos enfundadas en guantes de cuero fino. Corrió por el descampado unos metros hasta profundizar en un bosquecillo. Me abracé a su cuello, sintiendo el frescor de la noche a través de las lágrimas que corrían por mis mejillas. Al cabo de unos segundos

llegamos a un sendero donde pude distinguir su Hummer. Subimos y, una vez dentro, estallé en un sollozo histérico. Él arrancó sin perder un segundo y tomó un camino de tierra. La cabeza me daba vueltas todavía. Mis sienes palpitaban, pero lo peor era que me dolía el corazón.

—¿Qué ha ocurrido, Alejandro? —pregunté cuando recuperé las fuerzas—. ¿Quién era ese tío?

—¿Qué es lo último que recuerdas?

Le expliqué la historia tal y como creí haberla vivido, incluyendo lo del cóctel químico en el hielo. Mis palabras salían a borbotones, desordenadas. Las sienes no me dejaban pensar bien y sentía dolor por todo el cuerpo, como un saco de patatas al que hubieran arrastrado sobre los adoquines.

Nos detuvimos frente a su casa y me sentí a salvo. Al salir del coche me di cuenta de que me costaba caminar.

—Alejandro. Estoy muy mareada. Necesito mis medicinas —logré articular.

—¿Tus medicinas?

—Mi bolso se ha quedado en la casa —dije palpándome el corazón.

—¿Qué es lo que necesitas? —preguntó preocupado.

—Verás... yo... nací con un defecto congénito en el corazón. Me operaron. Pero he de tomar medicamentos —pude decir con dificultad, mientras caminábamos.

Ya en la casa, me sentó en su cama y se puso en cuclillas frente a mí, acariciando mi cabeza con cariño.

—Por favor, dime exactamente qué es lo que necesitas y... veré cómo te lo consigo.

Se lo expliqué lo mejor que pude. Él entró en el baño para regresar al momento con una caja de aspirinas y una de Solinitrina. Me sorprendió que tuviera eso en un botiquín, pero me alegré de que así fuera. Solo necesitaba recuperar la calma y equilibrar mis pulsaciones.

Me acariciaba el pelo y sentí que iba a dormirme, pero dijo que necesitaba despejarme un poco y, cuando sentí mi pulso más relajado, le dejé hacer.

Me acompañó hasta el baño y me di una ducha. Me embargaba una sensación muy extraña, como si la realidad fuese eso que me rodeaba, esa manera de ver el mundo, ese dolor de cabeza, y nuestro vivir de cada día fuese solo un letargo, un sueño que no hace sino distraernos del mundo real. Aquella idea no me gustó nada.

Al enrollarme en la toalla que me tendió me sentí más segura, rodeada por su abrazo. Sabía que él quería hablar. Me hacía preguntas con tono delicado. Quizá para entender lo que había pasado, o puede que ya estuviese bien informado. Me eché sobre la cama y miré hacia arriba.

—Ay, Alejandro. No me acordaba de tu techo. Enséñame las estrellas.

—Victoria, cielo —dijo sentándose a mi lado y acariciándome el pelo—, ha estado a punto de pasar algo muy grave y lo siento muchísimo. Ha sido por mi culpa.

—Tranquilo, no pasa nada —hablaba el LSD a través de mi boca—. El universo ha querido que tú estuvieses ahí para salvarme.

La parte de mí que conservaba la cordura, sentía que la habían encerrado bajo llave. El dolor de cabeza había desaparecido, así que rodé sobre la cama y me desprendí de la toalla. Llevaba un buen rato sintiendo hambre de él. Me lancé a su cintura y colé mi boca por debajo de su camisa, besándole como una loca. Él me apartó con gesto serio.

—Victoria, llevas un globo impresionante. Necesitamos que se te pase un poco.

Ignoré sus palabras y quise lamer su cuello. La mandrágora hervía en mi sangre y me susurraba que satisficiera mi deseo con el sexo más salvaje.

Me inmovilizó por las muñecas, y eso me gustó.

—Sé que no eres tú en estos momentos. Pero si sigues provocándome, no me voy a poder controlar...

—Soy tu sirenita, ¿verdad? Pues ven aquí, ven a follarte a tu sirena —le siseé al oído sintiéndome como una verdadera bruja lasciva—. De hecho, tú no tendrás que hacer nada —añadí en un susurro lanzándolo sobre la cama.

Alejandro se resistía. De su boca salían palabras tranquilizadoras para que entrara en razón, pero al mismo tiempo sentía cómo su miembro respondía obediente a mis caricias por encima del pantalón. Y me sentí poderosa.

—Victoria, por favor. ¿No eres consciente de lo que acaba de pasar? No ha sido una broma, no ha sido un sueño. Te han secuestrado... Te han secuestrado por mi culpa —dijo levantando la voz.

—Estás disgustado —murmuró de pronto una voz que salía de mí y que no reconocí—, pero yo estoy bien. Perfectamente. Y gracias a ti... La vida es breve, es muy corta, y yo no quiero lamentarme por lo que podría haber ocurrido. Quiero disfrutar de la vida ahora mismo y para eso te necesito dentro de mí.

No sé si mi perorata le convenció o decidió que iba a ser mejor complacerme de una vez para intentar razonar después. El sexo fue suave por su parte, pero las sensaciones bullían en mi cuerpo con intensidad. Recuerdo haberle desnudado y haberme sentido como una gatita, ronroneando y jugando desnuda sobre la cama. Él trataba de hacerlo con delicadeza, yo saltaba a su miembro lamiéndolo y besándolo como si fuera el último capricho que se le concede a una condenada a muerte. Me penetró en silencio y el orgasmo estalló en la oscuridad. Un millón de colores me rodearon, como un aura que acariciaba y calentaba mi piel. Se corrió en mi boca y yo me creí de pronto una vestal, una *geisha*, una cortesana, una valquiria, una diosa salida del templo de Afrodita, y después de ingerir su leche espesa y caliente, como si aquello fuese a darme la energía del Universo, me derrumbé junto a él sobre la cama. Alejandro me abrazó con fuerza, como a un tesoro del que no quieres desprenderte, y al fin, tras mis súplicas a media voz, destapó la claraboya sobre el techo y me quedé dormida mirando las estrellas.

Capítulo 15: sábado, 27 de mayo

51. Resaca

No recuerdo en qué momento las imágenes se convirtieron en sueños, pero durante esa noche, una parte de mi espíritu decidió recordar las alegrías y las angustias vividas en la fiesta. Recuerdo bailar en la sala de las cabezas de jabalíes sabiendo que estábamos encerrados, que no había salidas ni entradas, entonces unas manos me rodeaban, pero eran suaves y llenas de dulzura. Veía a Tatiana, que recorría mi cuerpo con deseo y me acariciaba los pechos hasta que se me endurecían los pezones. Otras manos se iban sumando a las suyas y entonces Daniel introducía un dedo en mi boca y yo podía retener su fragancia, convirtiéndola en deseo sexual. Las manos se multiplicaban, y sentía que tiraban de mí hacia un lado y hacia otro, arrancándome el vestido, arrebatándome la ropa interior hasta dejarme desnuda, descalza, sintiendo un frío en la piel que solo se calmaba por el roce de unos dedos o una lengua.

Me desperté sobresaltada. Me encontraba boca abajo, la fuerza con la que mi corazón latía desesperado provocaba en mi cuerpo un vaivén ante cada violenta pulsación. Recordé la mordaza. Analicé si seguía atrapada en aquella sucia furgoneta y me incorporé con ansiedad. Me descubrí enredada en una sábana, como una crisálida a punto de convertirse en mariposa, pero mi tensión se relajó cuando percibí el aroma de aquel perfume sublime y supe que de verdad estaba a salvo. Alejandro, pegado a mí, me rodeaba con un brazo sobre mi espalda. Sentía un mareo acuático. Como si en mi cerebro hubiese un pesado líquido y, cada vez que movía la cabeza, aquella sustancia se deslizara por las paredes, de forma dolorosa.

Me giré y Alejandro me abrazó con suavidad. Me acurruqué sobre su pecho para sentir su corazón más cerca. El mío todavía latía nervioso.

—¿Te encuentras mejor, cariño? —preguntó besándome la cabeza—. Estás completamente cubierta de sudor.

—He tenido sueños muy raros. Y aún me siento conmocionada —respondí algo afónica.

—¿Y tu corazón?

—Perfecto. Solo fue un susto.

—¿Por qué no me lo habías contado?

—No me gusta sentirme como una inválida.

—Es algo serio.

Tomó mi rostro con las manos y le miré a los ojos mientras me acariciaba las mejillas. Seguían siendo poderosos y ardientes, pero leí en ellos una gran preocupación, como los de una persona que se encuentra en una encrucijada. Sus ojeras delataban que había pasado una noche angustiada.

—Jamás podría perdonarme que te ocurriera algo malo.

Lo apreté con los brazos que ya rodeaban su torso y me repetí a mí misma cuánto lo amaba.

—Dios mío. Es como si hubiera estado en una montaña rusa mental... Como si hubiera salido de mi cuerpo y lo hubiese vivido todo con el espíritu. Recuerdo muchas cosas... pero como si se tratase de una película —dije intentando poner en orden mis pensamientos.

Él me acariciaba.

—¿Qué me pasó, Alejandro? Necesito que me lo expliques.

Se incorporó y aflojé mi abrazo. Al alejarme de su cuerpo descubrí que estaba cubierto por unos feos arañosos.

—Dios mío. ¿Te lo he hecho yo?

—Tranquila. Estabas muy drogada —murmuró acariciándome el cuello—. Ese esnob hijo de puta se las verá conmigo —añadió con rabia—. Raro es que ningún invitado se haya matado en un accidente o le haya dado un infarto.

Al ponerse en pie y salir al pasillo vi que también tenía arañosos en los brazos y en la espalda. Me dolió descubrir que le había hecho daño.

Regresó a la habitación con unas deportivas, una camiseta y unos *shorts* blancos; me los ofreció con la primera sonrisa del día, que contrastaba con su gesto desolado.

—Ven conmigo —dijo cuando me hube vestido—. Voy a hacerte un buen desayuno.

Me empezaba a fastidiar que me tratara como a una niña, pero me callé. Al levantarme de la cama tuve que volver a sentarme. El mareo acuático persistía con una intensidad que no había experimentado en mi vida.

Con gran esfuerzo, lo acompañé a la cocina, me senté en un taburete, y apoyé la espalda contra la pared. Todavía no había sido capaz de llevarme el vaso de agua a la boca cuando la cocina empezó a oler a hogar.

Al cabo de unos instantes tenía frente a mí un sándwich de jamón y queso. *Con razón tengo hambre*, pensé. Son las dos de la tarde.

El alimento fue el acicate que necesitaba y, poco a poco, sentí que volvía a tomar el control de mi cuerpo. Alejandro también fue recuperando la sonrisa a medida que comíamos y conversábamos.

Pensaba regresar al dormitorio y ducharme para acabar de despejarme, pero tomó mi mano y salimos a la terraza.

—Necesito hablar contigo —murmuró.

Atravesamos el jardín y se acercó a una estructura camuflada tras unas grandes macetas. Giró una llave de paso. Al momento, los aspersores se activaron. Corrimos hacia el fondo, a un cenador con unas sillas alrededor de una mesa de madera blanca.

Se sentó a mi lado sin soltar mi mano y me miró a los ojos.

—Victoria, debes estar imaginándote cualquier cosa —murmuró acercándose a mí—. Todo lo que te ha pasado es culpa mía.

Lo observé expectante.

—Aquel hombre era un ruso al que le habían ordenado que te secuestrara —respondió sin apartar la mirada.

—¿Cómo?

—La información me ha llegado sesgada, pero lo que sé es que ayer se dio una orden con tu nombre y tu descripción... con la finalidad de atraparte.

—Pero... ¿por qué yo? —pregunté volviendo a sentirme mareada.

—Victoria, sé que confías en mí, pero no he sido sincero contigo. Tú crees que tengo negocios lucrativos un tanto dudosos...

—Todo eso no me importa —le interrumpí.

—Es que ese Alejandro que tú conoces... no es real —dijo con suavidad.

Le observé con el ceño fruncido. Había barajado tantas posibilidades acerca de sus secretos y sus verdades, que me esperaba casi cualquier cosa, pero aquello no sabía dónde encajarlo.

—Verás, Victoria —dijo acariciando mi mano—. Glory's pertenece a una organización rusa, controlada por una mafia que opera a nivel mundial.

—Ya me esperaba algo así, pero suena mucho más gordo de lo que creía.

—Utilizan la discoteca para blanquear el dinero de robos, extorsiones, secuestros exprés, asesinatos por encargo e incluso tráfico de armas, drogas y personas.

Levanté las cejas.

—Tráfico de... ¿personas?

—Sí, trata de blancas. Engañan o amenazan a niñas para enviarlas a distintos países como esclavas sexuales.

Tragué saliva. Recordé las palabras de Lily acerca de las prostitutas dirigidas por Alejandro y las advertencias de Alba, con sus historias sobre fiestas sexuales en un barco.

—Pero ¿cómo puedes estar relacionado con gente de ese tipo? —pregunté por fin—. ¿De verdad vale la pena hacer negocios con esas personas?

—Yo... estoy aquí para cazarlos —contestó sopesando cada palabra—. Trabajo en una operación que se inició hace mucho y, de hecho, hay mucho más detrás de Boris. Cosas que podrían poner en jaque a todo el país.

—Pero, entonces ¿colaboras con la policía o algo así?

—Llevo dos años infiltrado. —Sus centelleantes ojos me miraban con toda su fuerza—. Ahora ya me consideran alguien con quien poder contar. Y en eso consiste mi trabajo, en ganarme su confianza.

Me quedé estupefacta. De repente, todo lo que sabía sobre él se esfumaba, desaparecía la persona que yo creía que era. Pero al mirar sus pupilas ambarinas, pude ver al hombre del que me había enamorado, y supe que, a pesar de las máscaras, nunca me engañaría. A mi corazón no le importaban las razones que le llevaban a levantarse cada mañana.

—Victoria, te he traído aquí porque en tu casa hay micrófonos. También en la mía. En este rincón del jardín podemos hablar con tranquilidad.

—De modo que... ¿eres policía? —pregunté sin acabar de creermelo que fuese cierto.

—Cariño, soy un agente del CNI.

—¿Cómo?

—Del servicio secreto español. Del Centro Nacional de Inteligencia.

—¿Eso significa que eres un espía? —dije titubeando.

—Sí.

Lo abracé con todas mis fuerzas. Sus revelaciones me habían hecho dudar de sus palabras, y había imaginado un montón de posibles identidades a medida que hablaba. Llegué a pensar que era sicario o terrorista, y que estaba allí para acabar con Boris, pero esa última confesión había supuesto un gran alivio. Apoyé la cabeza en su hombro y empecé a besarle el cuello hasta llegar a sus labios, que me recibieron con furor y alegría. El miedo se había convertido en satisfacción, pero también me embargó la compasión y la ternura. Pensé en lo solo que tenía que haber vivido y en los secretos que cargaba a sus espaldas.

—¿No me dices nada, Victoria? —preguntó.

—¿Necesitas palabras? —Sonreí—. ¿No puedes leer a través de mis besos?

Su rostro se iluminó y me apretó con fuerza entre sus brazos. Me senté sobre sus piernas y me sentí como si fuéramos dos personas completamente nuevas. Notaba un cosquilleo en mi vientre cada vez que recordaba su revelación. *Espía. Eres un espía.*

—Así que Boris ha ordenado que me secuestren...

—No, la orden viene de alguien por encima de Boris.

—Pero... ¿entonces?... ¿qué hago? ¿Podrían... repetirlo?

—Por eso te estoy explicando todo esto... Necesito que las cosas sigan tal como están. Sé que lo que te estoy pidiendo es injusto —decía frotándose los ojos—, especialmente sabiendo qué ha ocurrido.

—O sea... que estoy en peligro, pero he de fingir que nada ha pasado —exclamé sintiendo un repentino mareo.

—Si mi gente descubre qué ha ocurrido, intervendrá. Si los rusos sospechan algo, todo se vendrá abajo... Esta situación no durará mucho, cariño, solo hasta que esté todo resuelto.

—¿Y si descubren que me has rescatado? —dije pensando, de pronto, que él también podía estar en peligro.

—Confío en que se convenzan de que fuiste tú misma la que encontró la forma de escapar.

—¿Yo sola? ¿Estilo McGyver?

—El tipo que te atrapó no es de los más audaces, precisamente. Además le inyecté algo que le impedirá recordar del todo lo que pasó.

Respiré hondo. Me abrazó y apretó su cuerpo contra el mío. Me hubiera gustado hacerle el amor allí mismo, con unas reglas del juego distintas que me hacían sentir que debía de estar en un sueño. Pero mi corazón latía con fuerza, embargado por un terror que no había experimentado en mi vida. Me explicó cómo nos comunicaríamos respecto a ese tema, y que debía mantenerlo en absoluto secreto, y yo, por supuesto, juré no compartirlo bajo ninguna circunstancia. Me pidió que siguiéramos comportándonos como si aquellas verdades no hubieran llegado nunca a mis oídos, y que de cara a mis amigos las cosas fuesen iguales, que mantuviera mis sospechas sobre sus negocios oscuros. Decidimos la forma en que yo justificaría mi desaparición de la fiesta. Cuando nos pusimos en pie para regresar a la casa, rodeó mi cintura y me susurró:

—Te amo, Victoria. Te amo y eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

Comencé a caminar conmocionada por la alegría. Yo también lo amaba. Lo quería con todas mis fuerzas, pero no acerté a articular palabra, y mi intención se quedó flotando en el aire. Cuando entramos en el salón, un millón de preguntas invadían mi cabeza, y me sentía con la adrenalina a tope. Estaba asustada, pero una desmedida ilusión se había instalado en mi vientre, y podía ver el lado bueno de las cosas.

Pude llamar a Lola desde un móvil que Alejandro me prestó, con la opción de número oculto activada.

—¡Victoria! ¿Cómo estás? Te estuve buscando hasta el amanecer.

Me tocaba valorar lo que sabían y lo que no.

—Joder, Lola. No recuerdo casi nada de anoche. Nos drogaron a base de bien.

—Sí, tía. Yo todavía llevo un mareo... —murmuró—. Lucas echó a Álvaro de la casa anoche.

—¿Y qué tal te ha ido con él?

—¡Uf! Genial. Ya te lo contaré bien, pero genial —dijo bajando el tono.

—Lo poco que recuerdo, fue divertido... pero no hay derecho. El mamón ese podría haber puesto sus potingues en cócteles, o algo así, pero avisando a la gente, no a traición.

—Ya. Seguro que habrían arrasado, pero al menos sabiendo lo que tomas. Por cierto, ¿estás en casa? —me preguntó.

—¡Qué va! Me encontré con una amiga del gimnasio y me fui a su casa de Cala Bassa. Estoy sin móvil y sin llaves, así que, si os va bien pasaré ahora a coger el bolso.

—Sí, claro. La casa está hecha un caos, hay ropa por todas partes. Yo no entiendo cómo se pudo ir la gente dejando vestidos, camisas, zapatos...

Recordé que mis tacones dorados se quedaron en el suelo, junto al secuestrador, y sentí una punzada en el corazón al recordar la angustia que pasé en la furgoneta.

Nos despedimos y, cuando le devolví el móvil a Alejandro, debió de leer la tristeza en mi cara.

—¿Estás bien? ¿Qué te ha contado?

—Nada especial. No sospechan que me pasase nada malo, pero al recordar lo que ocurrió he sentido que se me encogía el corazón —le dije con la voz entrecortada—. Llegué a pensar que me iban a violar y a matar.

Me abrazó y estallé en llanto. Me susurró:

—Desahógate, mi amor. En unos días vas a poder vengarte. Te doy mi palabra.

Cuando me recuperé, nos pusimos en marcha y salimos de su casa en dos coches, él hacia el centro; y yo, con un Mercedes Clase C color plata, de regreso a Can Lucas. Por el camino pude pensar un poco, como si hubiera estado componiendo un puzle y de pronto me diera cuenta de que las piezas en realidad provenían de dos cajas distintas, lo que me obligaba a separarlas y a empezar de nuevo.

Tenía muy clara mi coartada, pero prefería evitar que me vieran con aquel espectacular coche, por lo que aparqué antes de llegar a la casa. Pregunté por Lola al personal de limpieza y señalaron la piscina. Me acerqué a la parejita, que charlaba y reía en la terraza. Cuando les saludé, Lola se giró.

—¡Victoria! —exclamó.

Le di un abrazo, y al acercarme a darle dos besos a Lucas, observé sus brazos cubiertos de arañazos. No hacía falta más para saber cómo habían acabado la noche.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó Lucas.

—Lo que sea, mientras no lleve hielo —murmuré sentándome en una hamaca.

—Uhh. ¡Ni me hables! —exclamó Lucas, enfadado—. Todavía no me puedo creer que un tío tan listo y en el que tanto confiaba haya sido capaz de eso.

—Philip también estaba fatal —comentó Lola—. Carlos y él se quedaron en una habitación de invitados, porque llevaban un globo de campeonato. Se han ido hace poco.

—Y con lo de las drogas, ¿le ha pasado algo malo a alguien?

—Que sepamos, no, pero es pronto para descartarlo. Lo que hubo fue una pelea en el *parking*.

—¿Ah, sí? —pregunté sintiendo que mi corazón se aceleraba.

—Un chico avisó a los porteros, pero solo encontraron a un borracho en el suelo, que debía de venir con alguien, porque tenía la pulsera, pero su nombre no estaba en la lista.

Lucas insistió en que comiera con ellos, pero debía marcharme. Lola me trajo el bolso y nos despedimos.

—Por cierto, Lucas ¿te apetece venir a cenar con nosotros esta noche a San Mateo? Vamos a Little Goa, el restaurante de mi familia.

Lola me dedicó una sonrisita cómplice.

—Gracias. Me encantaría. He oído hablar muy bien de ese sitio.

Quedamos en vernos allí. Me marché en busca del coche y conduje hasta casa sin

dilación.

En unas horas tenía que dar dos clases de *spinning*, pero le propuse un cambio de turno a una de mis compañeras. Mi cerebro no habría soportado ni una sola sesión, y más teniendo en cuenta que por la noche tendría que estar con todos mis sentidos alerta.

Ya en casa, encendí el móvil y una imparable sucesión de pitidos, tonos y musiquitas fueron rompiendo el silencio. Mensajes de Philip, de Tatiana, de Lola, de Alejandro de Daniel,..., incluso de mi madre. No podía dejar de pensar qué hubiera pasado si Alejandro hubiese tardado unos minutos más, ¿Qué pretendía hacer aquel hombre cuando abrió la puerta de la furgoneta? ¿Y qué hubiera pasado si, al recuperar la consciencia, resulta que estoy en medio de la nada, con el vehículo en marcha, sin forma de comunicarme con nadie? ¿Alejandro habría sido capaz de salvarme en una situación así? ¿Y si el hombre le hubiera disparado? Podrían haber pasado mil cosas. Y lo que más me angustiaba: ¿por qué era yo su objetivo? y ¿volverían a por mí?

Antes de nada, decidí hablar con Philip.

—Dios. Me duele la barriga de tanto reírme. Hice más abdominales anoche que en todo el año.

—Entonces, ¿lo pasaste bien?

—Qué va. Bueno, al principio sí, mucho. Pero luego... lo tengo todo borroso. Y la puñetera risa esa, no me dejaba hacer nada.

Las palabras salían atropelladamente de su boca, por lo que deduje que, al igual que yo, no estaba recuperado del todo.

—¿Y tú, golfilla? ¿Dónde has estado? Te estuve llamando.

Le di la misma versión que a Lola. Debía seguir el plan que habíamos trazado.

—Te vi muy borracha, y un tipo grandote te ayudaba a caminar. Creo que era uno de los porteros. Me hubiera acercado, pero no recuerdo nada más. Quizá fue ahí cuando me quedé dormido. —Aquella revelación me dejó helada, sentí un nudo en el corazón al saber que hubo gente que me vio momentos antes de lo que podría haber sido mi final. Disimulé.

—Ah, antes de que se me olvide, dile a Carlos que si quiere venir a cenar será genial, porque seremos seis. Lola traerá a Lucas.

—¡Uh! Tres parejitas —exclamó riendo—. ¡Cada vez nos hacemos más viejos! Sabes que el siguiente paso son churumbeles, ¿verdad?

—Ay, Philip. ¡Tenemos mucho tiempo para pensar en bebés!

—Y Alejandro, ¿fue a la fiesta?

No había pensado qué decir si me preguntaban eso, pero decidí actuar con coherencia.

—Cuando llegó yo ya me había marchado, y como me quedé sin móvil, estuve incomunicada hasta este mediodía.

Nos despedimos y me espachurré en el sofá. Escribí un mensaje a Alejandro, para quedar a una hora concreta y avisar a Rosana de que esa noche seríamos seis.

Sin esperar su respuesta, encendí la televisión, y sentí cómo, poco a poco, el sueño se apoderaba de mí. Un torbellino de imágenes me asaltó. La confusión de la fiesta, las sienes palpitantes, la furgoneta oscura y la mordaza en mi boca. De repente, me sentía muy sola. Alejandro ya no era la persona que yo había creído, y aunque la razón me decía que ese cambio solo podría ser para mejor, yo sentía un vacío difícil de explicar. Estaba a salvo, pero negar algo tan grave y tener que disimular ante mis amigos era antinatural.

Recorrí mi pulsera con el índice. Cuando Alejandro era un próspero hombre de negocios, o incluso un traficante, podía ser normal recibir de él un regalo así, pero ahora que la situación era tan diferente, me desconcertaba. ¿Cómo puede un agente derrochar fortunas en ropa cara, joyas y coches de alta gama? Con mis caricias sobre el oro fui palpando los diamantes incrustados, tratando de imaginar lo que podía costar un brazalete así, y sumida en esos pensamientos, me quedé dormida.

52. Little Goa

Escogí un vestido rojo con el escote no muy pronunciado. Bajé a la calle y me encontré con mi querido agente secreto de ojos color miel. Un cosquilleo recorrió todo mi cuerpo. Un mundo nuevo y excitante se abría ante mí. Me provocaba miedo y respeto, pero de una forma estimulante.

—Buenas noches, Alejandro —dije aunque el cielo aun era de un intenso añil.

Su respuesta fue un lento y sabroso beso. Lo abracé con fuerza, dándome cuenta de lo insegura que me sentía en realidad y de que no iba a ser nada fácil actuar con naturalidad.

Me relató una anécdota sobre las quejas de una familia alemana a la que le habían alquilado una villa, mientras me hacía señales de silencio y, de un compartimento, sacó un aparatito, que activó sin dejar de hablar. La pantalla del dispositivo se iluminó indicando algún tipo de proceso en marcha. Alejandro sonrió y lo volvió a dejar en su escondite.

—Ahora podemos hablar con libertad.

—¿Qué acabas de hacer?

—Un barrido. Para detectar la presencia de dispositivos de grabación o emisores.

—¿Puede haber micrófonos?

—De momento no ha habido, pero he de comprobarlo. Algunos se pueden activar y desactivar en la distancia.

Uf, aquello me superaba.

—¿Cómo te ha ido con Lola?

—Bien. Lo único que sabe es que alguien alertó de una pelea en el *parking*, y Philip dice que me vio salir, con aspecto de estar muy colocada, acompañada de un tipo grandote. —Él asintió con gesto pensativo y yo seguí hablando—. Alejandro, si no hubieran tratado de secuestrarme, no me habrías explicado nada, ¿verdad?

Cogió una bocanada de aire antes de responder.

—La posición de las fichas del tablero ha cambiado y ahora formas parte del juego.

—¿Formo parte del juego? Eso suena muy *heavy*. Me aterroriza que pueda repetirse —

murmuré sintiendo el pánico agudo que me sobresaltaba a ratos.

Cuando me di cuenta, ya habíamos atravesado San Mateo; a los pies de la colina le indiqué un camino de tierra. Era un restaurante algo inaccesible, pero eso no impedía que tuvieran cantidad de clientes. Alejandro me miró sonriente, tomando mi mano.

De repente, a mis miedos se sumó la incómoda sensación de estar a punto de presentarme ante mi familia con ese hombre, que tan polémico les resultaba. Ellos estaban convencidos de que era un empresario despiadado que venía a expoliar la isla y puede que incluso supiesen algo de su relación con negocios poco claros. Esos detalles lo convertían, a sus ojos, en una compañía poco adecuada para mí.

Una antigua casa payesa aparecía tras un enorme porche iluminado con lamparitas en las columnas cubiertas de buganvillas, y rodeado de higueras y algarrobos. El olor a campo ibicenco me recordaba a mi infancia.

En cuanto salimos del coche, mi primo se acercó, me dedicó una sonrisa cómplice, y tendió la mano a mi acompañante. Tras presentarles, me dirigí hacia la casa. En la recepción, Rosana apuntaba algo en el libro de reservas. Con la sonrisa que me lanzó ya pude imaginar lo que pasaba por su mente. Me arrepentí de no haber esperado en el coche a los demás. En manada hubiera sido más sencillo de abordar.

Mi tía colgó el teléfono y, sin decir nada, se concentró en el libro. Nos habíamos sentado en una pequeña mesa junto a la barra, para saludarla en cuanto quedase libre. La situación me resultaba incómoda, pero cada vez que mis ojos se posaban en los de Alejandro, me contagiaba un poco de su tranquilidad. Por fin Rosana se acercó a nosotros como un huracán de simpatía y, después de abrazarme con fuerza, le dio dos besos a Alejandro.

—Entonces tú eres... —murmuró escaneando a mi acompañante, pero sin perder la sonrisa.

—Alejandro —dije enseguida. Dudando si fingía no conocerlo o si en realidad mi tío no le había dicho nada.

—Es un placer. Me alegro de estar aquí y de poder conocerles —exclamó él con demasiada cortesía.

—Eres bienvenido, pero por favor, tutéame.

Me alegré de que no hubiera identificado a Alejandro como el monstruo que viene a acabar con la naturaleza de la isla.

Nos sentamos a la mesa que nos habían reservado y vimos llegar al resto de comensales. Lola y Lucas se acercaron cogidos de la mano.

—Es guay que hayamos quedado los seis —exclamó Lola sonriendo con los labios de color rojo Valentino cuando ya estuvimos todos sentados.

—Pues sí. Siempre venís vosotros tres solos —murmuró Carlos.

—Bueno, porque son las noches de chicas —afirmó Philip. Y vi que Lucas sonreía.

Alejandro alargó la mano hasta acariciar mi piel, dedicándome una sonrisa cómplice. Me derretía ante cositas así, pero en aquel momento me sentía cohibida, como si cualquier

acto íntimo estuviese fuera de lugar.

Rubén apareció y nos miró contento.

—¿Os apetece un vino? ¿Algún aperitivo?

Alejandro tomó la carta de vinos y seleccionó un Ribera del Duero.

Salió el tema de la fiesta. Yo miraba a Alejandro con interés. Como les había dicho que él fue más tarde, no sabía si íbamos a estar sincronizados. Por suerte su opinión fue por otros derroteros.

—Lo que no entiendo es cómo se las ingenió para poder acceder a todo el hielo que se sirvió en la fiesta —afirmó pensativo.

—He hablado con él hace un rato —dijo Lucas—. Por lo visto, se dejó una buena pasta en unas máquinas industriales para fabricar hielo, semanas atrás. Como él organizaba la fiesta, imaginaos lo fácil que le resultó meterlo en mi casa para que los del *catering* lo usasen al preparar las bebidas.

—¿En serio? ¿Y por qué tomarse tantas molestias? —inquirió Philip.

—Ojalá tuviera respuesta a esa pregunta. A lo mejor quería impresionar con su bacanal a los grandes empresarios de la noche, yo qué sé...

—No le ha pasado nada a nadie, ¿verdad? —exclamé.

—No, por suerte no, sino hubiera sido más difícil que no se filtrara a la prensa, que estaba acechando. Pero les di carta blanca a los guardias de seguridad para pedir taxis para los invitados que no podían conducir.

—Eso debería pagarlo Álvaro. —Miré a Alejandro y lo descubrí mirándome con preocupación. Alargué la mano para acariciarle, justo cuando apareció Rosana para tomarnos la comanda, y me alejé de su piel de forma automática.

Tomé las riendas y escogí los platos más característicos para que Carlos, Lucas y Alejandro probaran las especialidades. De segundo, todos nos decantamos por la carne.

Sonó un tono que le anunciaba a Philip la llegada de un mensaje. Palideció al mirar la pantalla.

—Mierda. Qué cabrón.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Lola.

Todos callamos, esperando una explicación.

—Paul al final logró colarse en la fiesta —murmuró.

—¿Pero cómo? ¿Qué dice? ¿Es su blog? —Y Lola, sin esperar respuesta, sacó su móvil y empezó a teclear con torpeza.

Miré a Alejandro con preocupación. Yo no recordaba haberlo visto en la fiesta, pero con el globo que llevaba igual lo tuve a un palmo y no me di ni cuenta.

Por fin, Lola nos mostró su móvil, y con el dedo fue pasando las imágenes que aquel parásito acababa de colgar. En ellas aparecían muchos de los invitados. Una modelo a la

que se le salía un pezón mientras bailaba, un presentador de TV con un porro... Al principio me costó reconocerlo, pero poco a poco el vestido negro de lentejuelas fue tomando forma, a horcajadas sobre un cuerpo que hundía la cabeza en un escote con descaro. El bloguero cabrón había acompañado la imagen de otras cuatro, en las que se veían con claridad las caras de los fogosos amantes.

Lola nos miraba con los ojos vidriosos y la boca entreabierta. La abracé.

—No... me... lo... puedo... creer... —dijo por fin.

Le hice una señal a Rubén para que nos trajera otra botella de vino. Iba a necesitar una buena cantidad de alcohol para digerir aquello.

—¿A ti cómo te han llegado? —preguntó Carlos.

—Por una *newsletter* —musitó Philip.

—O sea, que ahora deben de estar viendo el blog las miles de personas que ese tarado tenga en su base de datos.

Mi primo apareció y se dispuso a descorchar la botella. Ante nuestro silencio me preguntó si había pasado algo.

Lola le mostró el móvil. Rubén lo cogió.

—Ostras. A este bloguero lo tengo en Facebook. Está pirado —comentó.

—¡Facebook! ¡Ni se me había ocurrido! Seguro que el tío ya las ha colgado.

—¿Sabéis qué? —dijo Lucas, que había estado concentrado en aquellas fotos—. Que si lo piensas bien, no es tan malo.

Todos nos giramos hacia él, en mi caso, bastante estupefacta.

—En el fondo, no es tan grave. No estamos haciendo nada malo, Lola.

—Paul no menciona las bebidas con droga, y eso sí habría sido un verdadero escándalo. Hemos tenido suerte, y además, salimos guapos.

—Ahora que las miro otra vez —reflexionó Philip—, me recuerdan a fotos atrevidas estilo Tony Kelly, de las que puedes encontrar en la revista *GQ* o en un libro de Taschen.

—¿En serio? —exclamó Lola.

—Yo no estoy nada preocupado por lo que pueda suponer en mi carrera —dijo Lucas—. Tengo la suerte de haber sido fotografiado con la chica más maravillosa del mundo.

El gesto taciturno de ella se desvaneció.

Iba a añadir algo cuando Rubén y dos camareros colocaron apetitosos platos ante nosotros. El intenso olor del *provolone* fundido se adueñó del ambiente y me di cuenta del hambre que tenía. Además de la pintoresca ensalada Victoria, *carpaccio* de gambas, *llescas* con *hummus*, flores de calabacín en tempura, mejillones con salsa de coco y hamburguesas de lentejas de Chita.

Lola recibió mensajes alertándole de las polémicas fotos, pero cuando superaron la docena, dejó de hacerles caso.

Cuando un camarero nos trajo la carta de postres miré a Alejandro y sentí la necesidad de colar mi pie entre sus pantalones. El Ribera del Duero me había desinhibido, pero no tanto. No habíamos hecho el amor desde que sabía su secreto, y aquello me dio mucho morbo. *¿Llevará ahora la pistola?* Estiré el pie y empecé a acariciar sus pantorrillas con el empeine, pero él lo cogió entre sus dedos y me dedicó una mirada juguetona. Echó un vistazo antes de incorporarse para plantarme un beso en los labios y volver a sentarse. Me sentí feliz por el gesto cariñoso que me acababa de regalar.

—¿Quieres que te enseñe todo el restaurante? —susurré mientras los demás seguían con el tema de las fotografías.

—Me encantaría.

Me puse en pie y anuncié que mientras traían los postres íbamos a hacer una visita turística. Atravesamos un pasillo creado por las copas de los árboles. Llegamos a un porche con varias mesas, protegido por dos higueras. Olía a bosque y a lluvia.

Nos acercamos a una mesa iluminada por un farolillo. Me iba a sentar a su lado, pero me colocó en su regazo. Ansiaba sentir su piel y sus besos, pero una sensación de alerta se activó en mi cabeza.

—No, aquí no, por favor —murmuré cuando ya estaba lamiendo mi cuello—. Me encantaría follarte aquí mismo, pero me da mucho apuro en casa de mis tíos.

Le hice reír y le dije que podíamos volver a la mesa, que los postres estarían al caer.

Cuando regresamos a la mesa nos esperaban unos *crêpes* con dulce de leche y una tarta *tatin*. Ya se veía algún que otro cóctel en manos de mis amigos. La música era más animada y en otras mesas la gente charlaba relajada.

Al consultar mi móvil me topé con un mensaje de Daniel.

Daniel: Entiendo que pases de mí y te lées con Ortega, pero anoche ibas con un tipo que no te pega nada y eso me ofendió. ¿No te apetece quedar para tomar una copita y hablamos? Lara ya no está en Ibiza.

Guardé el teléfono, asustada ante la cantidad de gente que pudo llegar a verme con el asqueroso secuestrador.

A la hora de pedir la cuenta, Alejandro acabó pagándolo todo. Tragué saliva al pensar que aquel dinero quizá provenía de los fondos reservados.

Me despedí de Rosana y de Rubén, y Silver vino a mi encuentro.

—Vicky, he de decirte algo antes de que te marches. —Lo miré expectante—. No sé hasta qué punto conoces a tu acompañante...

No sabía si responder a los rumores de narcotraficante que se le atribuían o actuar como una niña buena que no sabe nada, así que le dejé hablar.

—Eres adulta e inteligente, pero espero que también seas lista, y no te dejes engañar por las apariencias. Confío en que tengas criterio como para ver qué está bien y qué está mal.

Me daban ganas de decirle que esa imagen de tipo malo era una tapadera, pero me callé.

—Gracias, tío. Entiendo que te preocupe, pero él tiene un trabajo muy serio y no hace

nada raro, aunque se relacione con gente un tanto sospechosa —traté de aclarar.

Nos despedimos con un abrazo, y supe que mi madre no tardaría en recibir la crónica de nuestro paso por Little Goa.

Lola y Lucas ya bajaban la cuesta en el flamante Audi Q7 de él. Me despedí de ellos y me dirigí al Porsche en el que me esperaba Alejandro.

Cuando ya estábamos en marcha, volvió a activar aquel aparatito, y en cuanto la luz se tornó verde, me dedicó una mirada fugaz.

Acaricié la mano que empuñaba el cambio de marchas.

—Estuve tatuándome durante semanas para que me aceptaran como uno de los suyos. Cuando todo esto acabe, me esperan unas largas sesiones de láser para eliminarlos.

—Si te los quitas todos, los echaré de menos —respondí tratando de visualizar al Alejandro que se escondía detrás de ese artificio.

Sonrió, y me besó la mano con más intenciones de las que supe interpretar en ese momento.

—¿Y qué significan? ¿Por qué te dan más credibilidad?

—Verás. He tenido que adoptar la identidad de una persona real, ya fallecida —giró un segundo la cabeza y me clavó los ojos color miel—. No debería contarte esto, pero quiero que lo sepas.

—Entonces, ¿no te llamas Alejandro Ortega? —pregunté temiendo que su respuesta cambiase el concepto que tenía de él.

—El especialista en identidades dio con un niño que falleció en los ochenta, de padre español y madre rusa. Era perfecto para poder construir una personalidad en la que el chaval hubiese tenido problemas con la ley desde la adolescencia, entrara en el mundo del crimen organizado y empezara a tatuarse. Además, nuestros nombres de pila coincidían. Es mucho mejor conservar tu nombre en la medida de lo posible, porque si no, a la larga, te vuelves loco.

—Dios mío. Cada vez que me cuentas algo, me lo imagino como en una película. Al menos sé que tu nombre no va a cambiar para mí.

Él apretó mi mano.

—Cariño., es cierto que hay riesgos y, si por mí fuera, ya estarías a miles de kilómetros, en un lugar seguro a la espera de que todo esto acabe.

—¿Y por qué nos exponemos? ¿No hay pruebas contra esa gente? ¿No les podéis detener ya?

—Falta muy poco. Y si, de repente, te vas de viaje, resultaría muy sospechoso.

—¿Vas a quedarte esta noche conmigo?

Vi su sonrisa en la penumbra y me sentí más segura.

—Vayamos a donde vayamos, lo haremos juntos, pero recuerda que no podremos hablar de esto.

—¿Y si vamos a mi piso?

—Victoria, tu casa estará repleta de micros en este momento.

Abrí la boca con asombro.

—Pero tranquila, que la están vigilando mis compañeros.

—¿Desde cuándo? —Me atreví a preguntar—. ¿Han oído todo lo que hemos dicho y hecho?

—No. Estarán instalados desde anoche, porque intenté dejarte al margen y no informé de que uno de nuestros objetivos había demostrado interés en ti.

—¿Y anoche sí lo hiciste?

—Ayer todo cambió. Desde el *Summer of Love*, no hay vuelta de hoja.

—Tendrías que habérmelo dicho —murmuré mirando al infinito y tratando de recordar lo que había hecho durante el día—. ¿Hay vigilancia en toda la casa?

—Cámaras y micros, supongo. Cuando lo vea podré asegurártelo.

—¿Y por qué no podemos hablar, si los malos no nos vigilan?

—He infringido normas al contártelo todo. Es mejor que lo mantengamos entre tú y yo. Aunque sí que puedes hablar de los rusos y de lo que pasó anoche. Incluso puede ser bueno que lo menciones, porque ellos conocen esa parte de la verdad.

—Alejandro, necesito poder comunicarme contigo aunque sea con algún tipo de señal. Si no, me voy a volver loca.

Aminoró la velocidad y entró por la calle que da a mi edificio, donde había varias plazas de aparcamiento vacías.

—Sé que es una locura y te mereces todas las respuestas posibles. Cuando no estemos en un lugar libre de escuchas, tienes que apartar de tu cabeza quién soy en realidad, y verme como antes de saber la verdad.

Cuando giré la llave de la puerta traté de percibir algún detalle que revelara que un grupo de extraños había estado en mi piso, pero no vi nada sospechoso. Cada paso que daba me resultaba extraño, como si entrara en el decorado de una película. Era mi hogar, pero ya no sería íntimo ni mío nunca más.

Alejandro entró al salón mientras yo me quedaba frente al espejo. Decidí esforzarme en ser una buena actriz.

—¿Te apetece algo de beber? ¿Hierbas...?

—Sí. Será perfecto —dijo con alegría.

Mientras sacaba las copas de *brandy* me fui fijando en cada rincón, esperando ver el dichoso aparatito con el que me iban a grabar.

De regreso al salón, le hice un gesto a Alejandro, de pie frente a los libros de la estantería. No respondió a mi pregunta silenciosa, y me tomó de la cintura mientras yo sostenía las dos copas, tal y como habría hecho en una noche normal. Sus dedos

recorrieron con suavidad mi espalda y sentí un hormigueo, mezcla de miedo y excitación. Lo rodeé con mis brazos sin soltar las hierbas, y hundió su rostro en mi cuello. El cosquilleo aumentó, pero se acercó a mi oreja y me susurró:

—No mires, pero en la lámpara del techo hay una cámara.

Respiré hondo, tratando de que el nerviosismo se confundiera con la excitación, y me alejé de su magnético cuerpo mientras le tendía su copa y daba un sorbo a la mía. Le sonreí y me senté en el sofá. Sentía mi corazón latiendo fuerte. No podía acabar de creerme que de verdad hubiese gente escuchando o grabando. ¿Sería legal?

Se sentó a mi lado, y me di cuenta de que, aunque tuviésemos un puñado de ojos clavados en nosotros, las ganas de arrancarle la ropa y abrirme de piernas sobre él, no habían desaparecido.

—¿Te lo has pasado bien esta noche? —pregunté.

—Sí, todo estaba muy bueno. Y la compañía, estupenda.

Me arrellané en el sofá y extendí mis piernas sobre su regazo, con una sonrisa traviesa. Ya que el sexo no era una opción, al menos, podría ser interesante un masaje. Él tomó mis pies y comenzó a presionar los músculos y huesecillos de forma deliciosa.

—Ay. No sé cómo lo haces, pero me encanta —dije un poco sobreactuado, mientras, con toda la naturalidad posible levantaba la mirada hasta la lámpara y trataba de discernir la cámara.

—Practiqué el masaje deportivo cuando vivía en Kaliningrado.

—¿En Rusia? —pregunté interesada.

—Sí. Una región del Báltico conocida por su producción de ámbar.

No supe si me hablaba de su pasado real o del que había construido para su infiltración.

Alejandro me tomó de la mano, y me incorporé. Se lanzó a mi boca. Echaba de menos su lengua danzarina. Tenía ganas de hacerle el amor allí mismo, lamer su cuerpo y jugar con un hielo sobre su piel, pero cogió mi mano y entramos en el dormitorio. Cerró la puerta y la estancia quedó completamente a oscuras. Palpé su torso para sentirme más segura, pero lo único que logré fue acrecentar el hambre que tenía de él.

Sus manos se colaron por debajo de mi vestido. La oscuridad me impedía perderme en sus ojos, pero era una forma de tener intimidad. Quizá pudiesen oír los gemidos que ya me arrancaba, al haberme lanzado sobre la cama y viajar sobre mi cuerpo con su lengua, pero se iban a quedar con las ganas de vernos. Aquella situación me estaba poniendo muy caliente. Sentía mi sexo húmedo. Alejandro llevaba todavía los pantalones puestos, pero pude palparlo y liberar el miembro de su prisión. Lo necesitaba dentro de mí, así que rodé sobre la cama, hasta colocarme encima de él. Al besarlo supe que sonreía.

Quise decir algo, pero Alejandro me tapó la boca y se acercó a mi oreja:

—Shhh...

Aquello me excitó todavía más. Sin quitarme el tanga, llevé su polla, caliente y apetitosa, hasta mis labios vaginales. Ni siquiera iba a necesitar saliva. Sus manos

acariciaban mis pechos, mi vientre, mi espalda. Gimió cuando me hundí hasta el fondo, clavándome su verga en lo más profundo de mi hambriento coñito.

Su boca encontró la mía. Su lengua exploraba, paciente, mientras yo me agarraba a sus hombros, hundiéndome una y otra vez en su deliciosa polla con un ritmo lento que aumentaba el hormigueo por toda mi piel. La fricción que nuestros cuerpos provocaba, no dejaba lugar a dudas de lo que ocurría entre las sombras, y cada vez que imaginaba a aquellos agentes tratando de captar una palabra o una imagen, sentía una descarga eléctrica que intensificaba el placer ciego que me envolvía.

Entonces, él tomó el control, apresó mis caderas y me dirigió con un movimiento acompasado, más rápido, a través del que sentía su falo entrando y saliendo. Yo no podía apaciguar mi respiración, cada vez más lasciva, más cercana al gemido, pero tampoco me esforcé por reprimirme. Quería que aquellos agentes observaran en silencio, excitados ante lo que oían e imaginaban. Sí. Excitados. Me gustaba esa sensación y supe que podía ser un pasatiempo peligroso.

Tras mi primer orgasmo, me coloqué de rodillas sobre la cama, mientras él no dejaba de penetrarme desde mi espalda. Con esa posición su miembro podía frotarse de una forma maravillosa contra mi vagina y, al cabo de unos suspiros, sentí cómo empezaba a alcanzar el clímax. La velocidad aumentaba y sus jadeos también. Imaginé a los espías mirándose incómodos mientras trataban de disimular sus respectivos empalmes y aquella imagen se convirtió en un orgasmo sensorial que me hizo sentir como una ninfómana perversa.

Hasta ahora había follado con el empresario, el mafioso, el traficante e incluso con el proxeneta Alejandro, pero acababa de entregarme con frenesí al espía infiltrado, y aquella idea hacía que mi sexo se humedeciera otra vez, lubricándose para dar la bienvenida de nuevo a esa verga que me hacía sentir vacía cada vez que se alejaba de mí.

Hubiera sido más discreto quedarnos en la habitación hasta el día siguiente, pero me dejé llevar por un impulso y, con una bata de satén, salí al salón. Si había que aparentar normalidad necesitaría apagar las luces del apartamento y asearme un poco antes de dormir. Me dejé ver para que los que nos observaban tuviesen algo con que fantasear en las largas horas de espera.

De nuevo en la habitación, me enrosqué entre los brazos de Alejandro, que ya dormía. *Menudo agente secreto, que se queda frito enseguida*, pensé. Mientras duerme, podría entrar uno de esos rusos por el balcón y llevarme en silencio. Luego recordé que sus compañeros nos vigilaban, por lo que quizá, al sentirse seguro, se había dejado llevar por el cansancio. Momentos después, yo también caía rendida en el regazo de Morfeo.

Capítulo 16: domingo, 28 de mayo

53. Berenjenas

Cuando me desperté, sentí la cama fría y me incorporé sobresaltada. La habitación seguía a oscuras. El despertador anunciaba que todavía faltaba un buen rato para el amanecer. Me levanté y abrí la puerta del dormitorio. Una luz parpadeante venía del salón y encontré a Alejandro sentado frente a la pantalla, envuelto en un olor familiar.

—¿No podías dormir? —susurré.

Él se sobresaltó y se giró.

—Hola, cariño. Supongo que tengo muchas cosas en la cabeza.

Me acerqué a él, e identifiqué el aroma: mis berenjenas a la parmesana. Sobre la mesa había un plato con algunas migas. Sonreí.

—¿Tenías hambre? —pregunté sentándome junto a él en el sofá.

—Los nervios me dan ganas de comer —dijo rodeándome con el brazo—. Además, me moría por probar tus berenjenas.

—¿Y qué te han parecido?

—Fabulosas. Creo que vamos a pasar unas tardes muy divertidas cocinando juntos.

Aquellas palabras me erizaron la piel. Imaginar un futuro juntos esculpía una sonrisa en mi boca. Mi corazón me decía que todo aquello iba a acabar pronto y que merecía ser feliz a su lado. Entonces recordé que no estábamos solos. Algún agente podría tener los ojos clavados en mis nalgas, así que me protegí con un cojín. Cerré los ojos y me centré en escuchar los latidos de su corazón. Sobre su piel todavía se podía percibir su colonia y me quedé dormida pensando en ese frasco negro que no conseguía identificar.

Caminaba por un sendero de piedra rodeado de vegetación. Tenía prisa. Sabía que iban detrás de mí, pero no podía ver a mis perseguidores. El sendero giraba, a uno y otro lado, y cuando me di cuenta, estaba en un laberinto. Caminaba con dificultad, como si lo hiciera dentro del agua, de un agua espesa que frenase mis movimientos. Al girar una esquina me di de bruces con una figura fantasmal vestida de blanco... era Nicole. Su rostro me asustó. Sus ojos no tenían pupilas y me daba miedo su presencia. Retrocedí, y unos brazos me rodearon, apretando mi cuerpo hasta que me resultó difícil respirar, como si quisieran partirme en dos. Mi corazón se aceleraba. Quería gritar, pero mi boca no emitía sonidos. Me revolví, logrando liberar mis manos, que usé en contra del atacante para arañarle. Sentía que mis uñas eran las de un gato, afiladas, y a cada zarpazo mis dedos dibujaban finos regueros sanguinolentos sobre unos brazos gordos y peludos. Por fin le vi la cara y descubrí unos ojos anaranjados. Su piel sangraba, pero él no se había inmutado ante mi felino ataque. Me encañonó con un arma. Estaba a pocos centímetros de mis ojos, y pude leer las mismas letras que decoraban la pistola de Alejandro. Sabía que estaba en un sueño y cerré los ojos con fuerza, buscando ese resorte en mi interior que lograra despertarme. Sentí un ahogo, como si algo muy pesado aplastara mi torso, impidiéndome el movimiento o la respiración. Por fin el atacante desapareció y todo fue oscuridad.

Me desperté sobresaltada, tomando una bocanada de aire como si llevara un buen rato

bajo el agua. Unas manos me zarandeaban suavemente.

—Victoria, despierta. Es una pesadilla... ¿Estás bien?

Alejandro me miraba, serio.

Al incorporarme vi una taza que humeaba sobre la mesa del salón.

—Te traía un café cuando he visto que te movías. Parecías angustiada mientras dormías y te he despertado —susurró con la voz grave y cálida.

Me desperecé y me acercó la taza.

—Sé que es domingo y que quizá pensabas descansar, pero... hoy tenemos un día muy completito —dijo.

—¿Sí? ¡Qué bien! —exclamé sin saber si estaba haciendo teatro o lo decía en serio. A esas alturas, era difícil discernir entre lo que podía ser una puesta en escena y lo que no.

—Podemos hacer algo divertido —propuso—. ¿Qué te parece una sesión de golf?

—¿Golf? —pregunté asombrada—. ¡Me parece bien! Es un deporte que no he probado en mi vida.

Después de desayunar, me despedí de mi piso, y miré a Alejandro de forma inquisitiva mientras caminábamos por el vestíbulo. Él me hizo un gesto sutil, pidiéndome paciencia. De reojo observé el Mercedes plateado que Alejandro me prestó, que seguía en su sitio. Al llegar hasta su coche me pareció discernir en él una mirada misteriosa, pero, por supuesto, no pude preguntar.

Llevábamos unos segundos en la carretera, cuando, sin dejar de hablar, activó el aparatito, pero, esta vez, no emitió una luz verde, sino roja. Su gesto no delataba contrariedad alguna, pero lo comprobó de nuevo con el mismo resultado. Lo miré intrigada. Me señaló el asiento de atrás, donde encontré un portafolios y se lo tendí. Sin dejar de conducir, abrió la bolsa y sacó una *tablet*. Tacleó algo en la pantalla, y, al cabo de unos instantes, un leve disgusto se dibujó en su rostro. Me miró con una intención que no supe identificar, mientras hablábamos de temas superficiales. Algo iba mal, pero yo no sabía si era porque sus propios compañeros nos estaban espiando, o algo peor.

Divisé la entrada del club de golf, pero Alejandro la ignoró y aumentó la velocidad. Me daba la impresión de que en cualquier momento nos íbamos a estrellar o a salirnos de la carretera. Sacó su teléfono, lo apagó delante de mí y, con un gesto, me indicó que hiciera lo mismo que él. Minutos después ya se veía Santa Eulària. Entramos por la calle principal y, de forma abrupta, giró por una de las calles y bajó su ventanilla para coger un *ticket*. Entramos en un *parking* subterráneo y bajamos a la cuarta planta, donde estacionó y me instó a que saliera rápido del vehículo. Abrió el maletero para coger un *trolley* gris metalizado y me pidió mi teléfono. Yo dudé, pero se lo tendí con cierto disgusto y él lo guardó en una bolsa de lona junto al suyo. Me sorprendió que cerrara el coche dejándolos dentro, pero cuando le iba a preguntar se oyó un pitidito a mi espalda y me giré. En silencio, señaló un Range Rover verde. Me indicó que me sentara detrás.

Cuando me asomé a la parte delantera me quedé con la boca abierta. Se había colocado una peluca oscura, con el pelo largo y rizado, y estaba dándole el último toque a un bigote

espeso, que me hizo pensar que solo le faltaba una chupa de cuero y una Harley Davidson.

—Victoria, échate sobre el asiento, por favor. Es mejor que nadie te vea.

Arrancó el coche y deshizo el camino. Yo, desde mi posición, solo veía el techo del aparcamiento y, por fin, el cielo azul y algunos edificios. Mi corazón iba a mil por hora, imaginándome que un grupo de rusos furiosos nos perseguían como hienas por toda la isla, que de repente se me hizo muy pequeña. Por primera vez en mi vida me sentía atrapada en Ibiza.

El coche se movía a gran velocidad. Alejandro tenía su *tablet* sobre el asiento del copiloto, y al cabo de unos segundos de teclear, por fin abrió la boca.

—De momento estamos a salvo —dijo con un tono que me pareció de alivio—, pero no te asomes, ¿vale? Puede haber algún control en la carretera.

Mi corazón iba a mil por hora, por lo que rebusqué en el bolso la medicación que había olvidado ingerir.

—¿Estás bien? —preguntó alarmado, al darse cuenta de mi agitada respiración.

—Sí, estoy bien, de verdad —acerté a decir—. ¿A dónde vamos?

—Al subir al coche he visto que había un dispositivo oculto emitiendo, pero no sé si algún superior se ha puesto nervioso y ha ordenado controlarnos o se trata de... otras personas. Pero he preferido usar uno de mis comodines. Ahora somos irrastreables.

—¿Y dónde deberíamos ir? —pregunté con cierta inquietud. Llevaba un rato sintiéndome mareada. Además, se me hacía muy raro estar sin mi móvil.

—Tengo una casa franca, aunque hoy no vamos a utilizarla. En realidad, no pensaba ir al campo de golf, pero quería que en el CNI creyeran eso. —Su respuesta me decepcionó, me hubiera gustado vivir un día de golf junto a él.

—Alejandro —dije dudando de si debía hacer esa pregunta—. ¿Cómo es que, si trabajáis juntos, tienes que hacer cosas a sus espaldas?

—Hay mucha presión de arriba para que cancelemos la operación —respondió después de unos segundos—. Las normas que he quebrantado, saltándome las órdenes de mi controlador, y actuando según mis impulsos serían excusas suficientes para dar al traste con el trabajo de tanto tiempo, por eso tengo que hacer que realmente valga la pena.

—Pero... ¿estás siguiendo un plan, Alejandro? ¿Es todo parte de una estrategia?

—Hasta hace unas semanas lo teníamos encauzado, pero... —Me incorporé un poco para ver mejor su cara—. ¿Te acuerdas de la primera noche que viniste a mi casa?

—Sí. Claro. Cuando apareció tu exnovia.

—Victoria, te mentí.

Me levanté por instinto, me agarré al reposacabezas para poder ver su cara. Le pedí al cielo que no me contase algo que no pudiese llegar a superar.

—No era mi ex —lo miré con las sienes palpitantes.

Noté que aminorábamos la velocidad y entrábamos en un camino de tierra. Él se giró.

—En realidad era una compañera de trabajo.

—Oh, vaya. Me habría gustado saber eso desde el principio —murmuré dándome cuenta de que nos habíamos detenido.

—Ya puedes sentarte aquí delante.

Salté al asiento del copiloto. La sonrisa cómplice que se escondía tras su bigote me dio la bienvenida.

—Ella, vamos a llamarla Verónica, vino porque habían decidido apartarla de la operación y me pidió que intercediera para que se quedara, pero era peligroso, porque su foto había empezado a circular, identificándola como una agente, y si llegaba a Ibiza, habría supuesto el final para ella.

—¿El... final?

—Me temo que, si la hubieran descubierto, no se lo hubiesen tomado con sentido del humor —afirmó con preocupante parsimonia mientras ponía en marcha el coche.

Respiré hondo. No sabía si trataba de tranquilizarme o de ponerme más nerviosa.

—Y los teléfonos, ¿no podíamos traerlos, aunque estuvieran desconectados o en modo avión?

—Los *smartphones* con batería integrada, como los nuestros, se pueden localizar incluso apagados, por lo que no quedaba más remedio que dejarlos...

Estábamos atravesando un camino entre San Carlos y San Lorenzo. El campo ibicenco, con su luz, sus árboles centenarios y sus colores llenos de vida me trasladaba a la seguridad de lo conocido.

—En dos horas tengo una reunión con mi controlador. Y me imagino que me van a dar órdenes que no me van a gustar. Si no me infiltro hasta lo más alto de la esfera, pueden considerar que no debemos seguir con la operación.

Lo miré con el corazón encogido. Deslizó su mano hasta encontrar la mía y me acarició los nudillos.

—Inicié esta operación hace poco más de dos años. Nos llegó una información sobre algo que podría afectar a la estabilidad del país, del propio gobierno... y que estaba ocurriendo aquí.

Lo miré con el ceño fruncido.

—Existe un político en Ibiza cuya carrera ha sido costeada por una facción rusa de crimen organizado. Empezó haciéndose con la alcaldía de Ibiza, y con mucho dinero y creatividad para deshacerse de rivales, logró llegar a la presidencia del Consell Insular. Todas las campañas electorales se pagaron con dinero sucio.

—Suena tan de película que me es difícil de creer, Alejandro.

—Ahí comenzó la operación. El CNI decidió que había que recoger toda la información posible, y el mejor modo era infiltrándome.

—¿Y has descubierto lo que buscabas?

—En parte sí, pero esta organización está compuesta de esferas. Algunas no conectan entre sí durante meses. Nos hemos dado cuenta de la envergadura de todo esto, que incluso afecta a fortunas de la lista Forbes.

Llegamos a un cruce y seguimos en dirección San Miguel.

—Necesitaba hablar contigo en un espacio seguro en el que nadie nos pueda oír. Tengo que averiguar por qué te secuestraron en la fiesta de Lucas. No es su modo habitual de actuar. No tiene ningún sentido. Necesito que recuerdes todo lo que pasó en el *Summer of Love*.

Buceé en las imágenes de mi memoria, sabiendo que habría cosas que sería incapaz de contarle. Mientras hablaba, Alejandro tomó un camino abrupto, y por fin se detuvo en un frondoso recoveco junto al camino.

—Después de descubrir que estabas allí, no pasó mucho más —respondí.

—Cariño, tengo imágenes de todo lo que hicisteis —murmuró cuando el motor quedó en silencio.

—¡Madre mía! ¿Me tenéis grabada?

—A ti y a toda la gente que pasó por allí ese día. Por primera vez en meses hubo una reunión de una de las ramas de la organización. Ahora mismo, los analistas están estudiando esas fotos y vídeos, pero no se pudieron grabar todas las conversaciones, por lo que necesito saber qué pudo pasar, y así identificar al hombre que dio la orden de atraparte.

Estábamos en el coche, rodeados por un silencio solo perturbado por las palabras que se pronunciaban, y por las que no.

—Pues... al llegar a la sala Zafiro, la tía de la puerta no nos dejaba pasar a la zona vip, pero me encontré con Tatiana y nos entró —relaté.

Me esforcé en darle detalles respecto a caras conocidas. Tomó el portafolios y extrajo un portátil con una carcasa angulosa que me llamó la atención.

—Sigue, sigue contando. Yo voy a enseñarte algunas fotos.

—Antes de irnos estuvimos tomando unos tequilas en la cabina, con los DJ —murmuré.

—¿Con Lorenzo? —inquirió con los ojos entornados.

—Sí, pero justo antes habíamos estado en la sala vip. Cuando nos encontramos y me presentaste a... tus amigos.

—No son amigos míos.

—Allí conocí a Leonid. Pensaba que era un guiri, y estuvimos hablando un buen rato.

Alejandro se quedó en silencio más de lo normal.

—Es posible que le dijeras algo importante a Leonid. ¿Lo recuerdas?

—La conversación fue bastante inocua, aunque nos observaba con interés. Pensé que no nos entendía, y ahora me doy cuenta de que comprendió hasta la última palabra.

—¿Con qué otros rusos hablaste? ¿Le comentaste a alguien tu nombre completo, tu lugar de trabajo?

—No. No recuerdo hablar con nadie más. Estaba demasiado conmocionada por haberte descubierto mintiéndome en la cara como para pensar en hacer nuevos amigos.

Se quedó en silencio y miró al horizonte.

—Sé que no tengo derecho a interrogarte ni a esperar que tu memoria resuelva un lío en el que te he metido yo —dijo con una pausada cadencia.

Me arrepentí de haber utilizado aquellos términos.

—No te voy a negar que preferiría que estuviéramos divirtiéndonos en el club de golf, en un mundo en el que no existiera ni el CNI ni mi... secuestro. —Se me hizo un nudo en la garganta—. Pero si este es el precio para estar contigo, lo acepto.

Tomó mi mentón para darme un beso.

—Algún día... algún día, Victoria, quizá pueda contarte lo que ha significado para mí tener que adoptar día tras día una identidad ajena y rodearme de gente deleznable. Pero ahora lo que necesito es que busques en tu memoria. Un simple rechazo al hombre equivocado pudo haberlo desencadenado todo.

Alejandro me tendió el ordenador y empezó a pasar imágenes. También había algún vídeo, y temí que hubiese quedado grabado el momento en que aquella llave magnética prohibida aterrizaba en mi mano. Algunas de las imágenes iban acompañadas de nombres y anotaciones. Ninguno de ellos me resultó revelador, aunque intentaba recordar algún detalle que se me hubiera pasado por alto. También traté de reproducir la vacía conversación que tuvimos con Leonid.

—Me cuesta pensar que ha sido una orden suya, pero no parece que haya otra explicación. No es el estilo de Leonid Ivanov. Arriesgarse a algo así en España, es de locos.

—¿Cómo?

—Te expliqué algunas de las actividades de esta gente. Cosas que hacen en Rusia y en países de la antigua URSS. Son lugares donde sus negocios benefician tanto a las economías nacionales, que son realmente intocables. Pero aquí no es tan sencillo.

—¿Y es lo que planean hacer?

—Sí. Buscan ganar poder poco a poco, hasta llegar a un punto en que sus tentáculos estén tan integrados con empresas e instituciones que no haya vuelta atrás. A finales de 2008 estuvieron a punto de conseguirlo, ¿sabes?

—¿Qué pasó?

—Trataron de comprar el veinte por ciento de Repsol. Incluso un diez por ciento de La Caixa. Si no hubiéramos alertado al gobierno de que la *Voronezskaya* se encontraba detrás de esas empresas energéticas, ahora todo el país les pertenecería.

Aquella afirmación me provocó escalofríos.

—¿Y qué necesitas para poder detenerlos aquí?

—Bueno... cuando llegue el momento de las detenciones, los méritos se los llevará la Policía y la Guardia Civil. Nosotros debemos recabar la información precisa. Y lo que necesito son más pruebas para vincular a las altas esferas de la organización con las barbaridades que hacen los que están abajo.

Deslizó el dedo por el *touchpad* y con unos pocos clics aparecieron nuevas imágenes.

—Estos son los peces gordos. Observa las fotos con atención.

Encontré varias imágenes de Boris. Algunas de inauguraciones en la discoteca. En la siguiente carpeta, las instantáneas parecían tomadas desde lugares ocultos, con teleobjetivos. En ellas estaba también Leonid. Seguí avanzando y me encontré con más rostros captados a bordo de un barco espectacular, pero ninguno de ellos me resultaba conocido.

—Lo siento, Alejandro. No me despiertan ningún recuerdo —dije devolviéndole el ordenador—. ¿Por qué me enseñas estas fotos?

—Es de las fiestas en barcos que ayudé a organizar... para ellos —respondió entrando en una nueva carpeta.

—*Veche... ¿Vecherinkus?*

Él se detuvo, con cierta sorpresa, observándome inquisitivo.

—¿De dónde has sacado esa palabra?

—Fue algo que me contó una chica que conocí. —Y le resumí la sesión de fotos.

—Menuda imagen que debías tener de mí... no entiendo cómo no saliste huyendo.

—He estado a punto de mandarte al cuerno varias veces —dije mientras él asentía—, pero una parte de mí me empujaba a seguir confiando.

—Quizá deberías haberlo hecho —dijo mirándome.

—No digas eso —le interrumpí acariciando su mano—, habernos conocido es lo mejor que el destino podía ofrecerme.

Me respondió con un nuevo beso que contribuyó a despertar mi deseo.

—Victoria, puede que el Alejandro que crees que conoces, sea justo la fachada que he creado, y que después, mi auténtico yo te... decepcione —murmuró mostrándose más vulnerable de lo que lo había visto nunca.

—No veo cómo eso podría ser posible. Te miro a los ojos y veo mucho más de lo que muestras con tus actos, tus palabras o tu imagen. —Me acerqué para besar su sonrisa.

—He tenido que aprender cómo modelar el carácter o compartimentar mentalmente los recuerdos... —reflexionaba sin dejar de apretar mi mano entre las suyas—. Así, cuando soy Ortega, trato de acceder solamente a esa parte de mí, sin ni siquiera acercarme a la parcela emocional en la que reside mi verdadera identidad. ¡Con razón al salir de una infiltración lo primero que hacen es colocarnos un psiquiatra! —Reí con él—. Tendría que haber sido más cauto, más frío, pero en cuanto te conocí, todo cambió. —Mi corazón latía con más fuerza al oír su relato—. El *statu quo* de mi *alter ego* se desequilibró cuando el verdadero yo presionaba por salir a la superficie. Por ejemplo: el jueves en tu clase de

spinning. Ir a verte y romper mi rutina ya fue una locura, pero demostrar delante de la gente que... que nosotros... Aquello fue más fuerte que yo, y dejé de lado mi cautela. Una descuidada reacción así, en otras circunstancias, habría sido suficiente para llevarme una bala en la cabeza.

Me quedé de piedra al escuchar esas palabras.

—Pero si aquel día no ocurrió nada, ¿no?

—En realidad... todo momento puede ser arriesgado, pero justo allí lo era más. El gimnasio es frecuentado por la mitad del personal de Glory's.

Recordé a Rafa, a Sébastienne y a los demás porteros. Me pregunté si mi secuestrador también podría aparecer por allí un día, como si nada.

—Y lo único que puedo decirte es que, en aquel momento, cuando te besé ante tus alumnos, tenías delante al auténtico Alejandro, sin máscaras, sin misiones, sin apellidos... Sin artificios.

Sus palabras me llegaron al alma. Acaricié su mano, que me apretaba con fuerza, como si fuera un tesoro que podría esfumarse en cualquier momento. Pero una punzada en el corazón me devolvió a la realidad.

—Cuando has hablado de Verónica... ¿A qué te referías con que tenía que conseguir la información «a cualquier precio»? —pregunté soltando de pronto la duda que palpitaba en mi mente desde hacía un rato.

—Que la prioridad es hacerse con el máximo de información posible. Ella es una agente entrenada y si en una misión es conveniente seducir al objetivo, estará preparada para hacerlo.

—¿Su intención era acostarse con Boris?

—La respuesta oficial sería que desde el CNI no se empuja a nadie a tener sexo en una misión, y que, si surge, es decisión del agente aceptar o negarse, pero... no te voy a mentir. —Me apretó la mano más fuerte.

Una sucesión de imágenes de la sala Diamante pasaron ante mí y sentí cómo me subía la presión arterial en cuanto la cara de Nicole vino a mi memoria.

—Entonces, por esa misma lógica, Alejandro... ¿tú debías intimar con Nicole?

El silencio que precedió a mi pregunta hizo que se me encogiera el estómago. Di un trago al botellín de agua que llevaba en el bolso.

—Una parte de la misión me obligaba... Me obliga. A buscar confidentes o «activos» que me proporcionen la información a la que yo no puedo llegar... y Nicole... era el blanco ideal. Está muy cerca de su tío, y Boris y él confían en ella. —Le respondí con silencio, y tuvo que seguir hablando—. Hace unos meses que logré que confiara en mí, y cuando ve algo fuera de lo normal, me lo cuenta.

Había evadido mi pregunta y eso no era una buena señal. Un torbellino de rabia se arremolinó en mi interior. No quería ponerme como una loca celosa, pero en efecto, eso estaba sintiendo: un ataque de celos del tamaño de un estadio.

—Por lo tanto... ¿Ella sabe quién eres en realidad? —pregunté.

—No. Claro que no. Cree que estoy en contacto directo con Storalov, uno de los capos de la *Voronezskaya* y socio de Leonid, que en estos momentos dirige la organización desde una prisión española. Está convencida de que los oligarcas tienen algunas dudas acerca de los pasos que se están dando en Ibiza, y me cuenta lo que cree importante.

—¿Antes que a su propio tío?

—Ella cree que, precisamente, lo hace para protegerlo. Recuerda que se organizan por esferas, y si quiere beneficiar a Leonid por encima de otros lugartenientes, el mejor modo es enlazar directamente con lo más alto de la jerarquía.

Lo que me explicaba me resultaba abrumador, pero necesitaba saber.

—Ella nunca traicionaría a su tío, pero cuando el elemento pasional entra en juego es más fácil obtener lo que buscas de tus objetivos.

—Valoro mucho que me cuentes la verdad —dije retirando la mano de entre las suyas y tragando saliva—, pero creo que habría preferido que te ahorraras esa explicación.

Respiró hondo y, tomando mi barbilla, la levantó hasta conectar sus ojos felinos con los míos. A tan poca distancia podía sentir su respiración sobre la comisura de mis labios.

—Victoria —dijo en un susurro—, forma parte de mi trabajo. He tenido que hacer eso y cosas peores, pero quiero que tengas claro que contigo no estoy actuando. Contigo soy feliz porque puedo ser yo mismo. Te he ocultado muchas cosas, pero nunca te he ocultado mi alma.

Aquellas palabras iluminaron la cabina del coche y quise decirle lo que sentía, revelarle la forma en que mi vida había adquirido sentido a su lado, pero él aún tenía algo que decir:

—Te quiero, Victoria. Te lo dije el otro día y es la pura verdad. Es una locura porque nos conocemos desde hace muy poco tiempo... pero si algo tengo claro en estos momentos es que te quiero.

Sus cálidos labios se unieron a los míos, que lo acogieron con devoción. Y con aquel beso supe que, pasara lo que pasase, las decisiones tomadas a lo largo de mi existencia me habían llevado a ese preciso instante.

—Yo también te quiero, Alejandro —musité—. Me di cuenta de que te amaba hace días, y solo ha ido en aumento.

Recibió mi declaración con una sonrisa, y empezó a regarme con besos rápidos y pequeños dibujando el contorno de mi cuello y bajando después hasta mi escote.

Traté de relegar la imagen de Alejandro junto a Nicole. Era más de lo que podía soportar.

—Hay una razón para que hablar de Nicole me perturbe tanto.

Él dejó un beso a medias y volvió a mirarme.

—El viernes, antes de la fiesta, me la encontré en el gimnasio. Coincidimos en el baño de vapor y la situación fue horrible. Me acusó de ser algo más que tu colaboradora y se comportó como una gata celosa —rememoré—. Incluso me insultó.

Alejandro no respondía. Me observaba, concentrado en sus pensamientos.

—Joder —dijo por fin—, lo he hecho peor de lo que pensaba.

Volvió a tomar mi mano, y supe que lo que había ocurrido entre nosotros, no podía ser un tropiezo del destino.

—Cariño, a partir de ahora, pase lo que pase, delante de los demás, nuestras dos palabras clave estarán más vigentes que nunca. ¿De acuerdo? —Asentí—. Ni siquiera te he dicho todavía mi nombre completo —susurró negando con la cabeza—, cariño mío, mi nombre es Alejandro Azcona, y nací en San Sebastián.

Respondí con una sonrisa.

—Es un placer, señor Azcona —dije inclinándome hacia él para dedicarle un beso en la comisura de su boca.

—Mmm... ¿solo eso? —protestó al tiempo que tomaba mis muñecas y me atraía hasta él—. Cómo me gustaría hacerte el amor ahora mismo, pero hemos de regresar al mundo real. Tengo una cita con mi controlador. En las próximas horas es posible que se decida nuestro futuro.

Al pensar que tenía que separarme de él, sentí una punzada de ansiedad.

Puso el motor en marcha, pero yo aún tenía preguntas sin respuesta.

—¿Te... te has metido en negocios ilegales?

—Era inevitable, tenía que convertirme en un objetivo interesante para los rusos. Además, ha resultado increíblemente lucrativo, algo que ha beneficiado a la operación.

—¿Y en qué tipo de actividades?

—Creen que puedo lograr permisos de obra en lugares imposibles, pero lo que me ha dado credibilidad han sido con drogas.

—A decir verdad... hace unos días estaba absolutamente convencida de que te dedicabas a esas cosas.

—Mi relación con Diego comenzó con ese objetivo. Marco y él son intermediarios entre un cartel boliviano y clientes europeos. Un bróker náutico puede moverse por casi cualquier lugar del planeta.

—Entonces... ellos, ¿forman parte de tu misión?

—No, pero sin saberlo, nos han ayudado a controlar un par de redes que podrían hacer mucho daño, aunque eso pertenece a otra operación.

Pensé en Tatiana, en lo amable y cariñosa que había sido siempre conmigo y me pregunté si ella sabría algo. Un atisbo de amargura ensombreció mi rostro.

—No te preocupes por ellos. Necesito que ganen prestigio dentro de su mundillo, y que puedan llegar a escalafones más altos en el cártel, donde sospechamos que se encuentran figuras políticas de primera línea en ese país. Después, será el momento de hacerles cambiar de bando.

—Ay, Alejandro, es todo tan surrealista. Hablas de esto como si fuera un juego, y yo lo

veo cada vez más peligroso.

Sin dejar de mirarme, metió la mano en el bolsillo y sacó una pequeña cajita cuadrada. La clásica caja de joyería.

—Me gustaría que los llevaras cada vez que salgas de casa —afirmó abriendo la tapa, antes de que mi imaginación comenzara a divagar, y revelando dos pendientes de perlas—. Contienen un rastreador GPS de última generación.

—¿Y con esto puedes ver dónde me encuentro en todo momento?

—Así te sentirás segura.

Le respondí con una tibia sonrisa.

—En cuanto te conocí, Victoria, sentí un impulso nuevo y he de confesarte que enseguida investigué sobre ti.

Lo miré asombrada.

—¿Cómo que me investigaste?

—Bueno, introduje tu nombre en algunas bases de datos... —dijo con un gesto desolado cuando nos incorporábamos a la carretera— necesitaba asegurarme de que no estabas relacionada con nada que pudiese... interferir en mi investigación.

—¿Interferir? —exclamé con un atisbo de indignación.

—Si hubiera sospechado que tenías algún tipo de relación con cualquier socio o amigo de Boris, no estaríamos teniendo esta conversación.

—En ese caso, ¿me habrías ignorado? —inquirí, sin saber si reírme ante ese supuesto.

—Más bien... te habría sonsacado información —dijo con los ojos entrecerrados.

—Bueno, es un alivio pensar que al menos en ambos supuestos, hubiéramos acabado en la cama —bromeé, con una sensación agridulce.

Recordé la segunda vez que lo vi, cuando me lo encontré por accidente en la vía Púnica.

—Entonces, aquel día... ¿no pasabas cerca del hospital de casualidad? —inquirí apartándome del respaldo para verle mejor la cara.

—Para nada. Di con un listado de tus próximas citas médicas y... me aproveché.

—O sea que... ¿sabes lo de mi situación desde el principio? —pregunté un poco alarmada.

—Estaban las referencias y solo tuve que buscar la descripción en internet... Tetralogía de Falot, ¿verdad? Lo he leído todo al respecto. Debiste pasarlo muy mal de pequeña.

Saber que desde el principio él había sido consciente de mis miserias se me hacía muy extraño.

—Me siento un poco... no sé. Un poco engañada —dije bajando la vista al suelo.

—Cariño... sé que no está bien. —Tomó mi barbilla pero me resistí—. Victoria, mírame por favor. Es algo que forma parte de mi trabajo. Por un lado debía asegurarme, como hago con todas las personas con las que contacto... y por otro... deseaba volver a verte.

No podía negar que eso me halagaba, pero no dejaba de ser una situación que no sabía cómo abordar.

—Yo te he contado la verdad sobre mí, sobre mi vida...

—¿Ah? ¿Sí? ¿Señor Azcona? —exclamé en un tono casi irónico.

—Las cosas más íntimas... los detalles personales... todo eso es cierto. —Me rodeó con sus brazos—. La historia acerca de mi madre es real. Ella falleció en un atentado de ETA cuando yo tenía catorce años. No quise mentirte, por eso no te expliqué las razones de su muerte.

—Oh. Lo siento mucho, Alejandro. Debió de ser horrible.

—Salió de casa para ir a recogerme al colegio, pero nunca llegó. Nunca más la vi. Cuando regresé y vi el coche hecho un amasijo de hierros, con el suelo ennegrecido alrededor, me quedé en *shock*. Supe que había cambiado para siempre y decidí que dedicaría mi vida a vengarme de esa gente y a proteger a las personas inocentes de los malvados descerebrados.

Se quedó unos instantes en silencio y acaricié su mejilla.

—Según el procedimiento habitual, tendría que haberme ceñido a la biografía medio inventada del que supuestamente es Alejandro Ortega, pero no lo hice. Decidí confiarte solamente la verdad.

—Entonces... ¿conseguiste vengarte de los que asesinaron a tu madre? —pregunté al cabo de un rato de silencio tras imaginarme una vez más la espantosa escena.

—La verdad es que lo tuve siempre muy claro. Ingresé en el ejército y en cuanto me fue posible me uní al CNI, donde pude aportar mi granito de arena en la lucha contra ETA.

—Madre mía, eso sí que suena como una película —exclamé incorporándome un poco para mirarle a los ojos.

Minutos después ya estábamos en Santa Eulària. Dejamos el Range Rover y, antes de subir al Porsche, Alejandro me devolvió el teléfono. A partir de ese instante, cualquier cosa que dijéramos podría ser escuchada por otros, así que me callé. Subimos las rampas hasta salir al exterior. No parecía que hubiese nadie esperándonos. Alejandro escaneó con su aparato y obtuvo el mismo resultado que la última vez.

—En cuanto acabe el trabajo que tengo, me apetecería ver un *thriller*. ¿Tú tienes plan para esta noche?

—He de hacer unas gestiones, pero intentaré llegar pronto, para ver esa película contigo —dijo asintiendo con un gesto que me transmitía el doble juego—, incluso puedo traer cena. ¿Una *pizza* en plan guarro?

—¡Vaya! Pensaba que eso llegaría tras unos meses de *glamour*, pero ¡me encantaría cenar una buena *pizza*!

Llegamos a mi casa en medio de esa anodina conversación, pero el beso de despedida fue apasionado y, durante unos segundos, fui abducida por su fuerza y por la intensidad de sus silenciosas promesas de amor. Me sentía la mujer más afortunada del mundo.

54. *Pizza*

Cuando crucé la puerta de casa desbordaba felicidad y energía. Decidí actuar como si fuese un domingo cualquiera, me senté frente al ordenador y me dispuse a continuar con el detective Gallagher. Apenas llevaba un párrafo cuando recordé el móvil, todavía apagado, y lo saqué de mi bolso. Tenía algunos mensajes de Philip y de Lola, un puñado de *e-mails* y unas cuantas notificaciones de Facebook.

Daniel no cejaba en su empeño de que nos encontráramos a solas. Le propuse quedar una mañana para tomar un café.

Me centré de nuevo en la traducción. Había traspasado el ecuador del trabajo del día cuando el timbre anunció la llegada de un mensaje.

Philip: Hemos salido a dar una vuelta con un catamarán y ha sido divertidísimo! ¡Vente!

Victoria: Aún tengo trabajo, pero pasad luego por casa y nos tomamos algo.

Aproveché la interrupción para ir a la cocina a por agua, y enviarle un mensaje a Alejandro. Quería saber a qué hora vendría.

Cuando sonó el timbre de la puerta yo llevaba unos minutos en el sofá. Una sonriente Lola se lanzó a mi cuello y me abrazó. Philip, que entró tras ella, olía a Nivea. Se sentaron en el sofá y serví unas bebidas.

—O sea que, ¿ahora jugáis al golf?

—Bueno —empecé a decir lamentando tener que comenzar con una mentira—, Alejandro es socio y me apetecía probar.

De repente, recordé que no estábamos solos y me sentí muy estúpida.

—¿No tenéis calor aquí? ¿Qué tal si vamos a la terraza? —exclamé, y acto seguido salí al exterior, pues debía de ser el lugar más discreto del apartamento.

Abrí tres cervezas y se sirvieron.

—Victoria, ¿tu tío anoche estaba un poco raro con Ortega o me lo pareció a mí? —inquirió.

—¡Uf! Antes de irnos me dijo que tuviera cuidado con él.

—Igual ha oído algo sobre sus negocios oscuros —subrayó Philip—. La verdad es que fue guay cenar los seis —murmuró Philip con una sonrisa—. Espero que podamos repetirlo pronto.

—Yo no sé si entre los platos que pedimos habría algo afrodisíaco o qué, pero cuando regresamos a casa de Lucas... ¡Mmmm! ¡Fue increíble! —exclamó mirando al cielo.

—En la cama debe ser una máquina —masculló Philip.

—Sí. Es una pasada. Con él siento una conexión como... muy carnal —dijo mordiéndose el labio.

—Sé a qué te refieres —respondí con un gesto cargado de intenciones.

—Qué suerte que tenéis las dos —murmuró Philip en tono jocos—. Menudas dos zorritas beneficiándose a ese par de tíos.

Regresé a la cocina y aproveché para revisar el teléfono, pero no había noticias de Alejandro. Eran casi las ocho y me extrañaba que no me hubiera dicho nada. Cogí tres copas del armario, junto a una de las botellas de Arzuaga y regresé a la terraza.

—¿Y esta noche qué, golfillas? ¿Habéis quedado con vuestros maromos? Podéis darme envidia, no me enfadaré —exclamó Philip, burlón.

—Yo sí. Vendrá a casa y pediremos una *pizza* en plan tranqui.

—Yo no. Hemos quedado mañana al mediodía —respondió Lola.

Cuando el sol ya se había escondido, Philip me preguntó por Alejandro.

—Debería estar ya aquí, pero ni siquiera me ha respondido a los mensajes.

—A mí me apetece *pizza* —murmuró Lola—. Me apetece mucho, mucho.

—¡Vamos a pedir unas *pizzas*! —exclamó Philip—. Pero avísale, así, luego, no podrá quejarse. Y le pedimos una para él por si viene.

—¿Cómo *por si*? A mí me ha dicho que vendría seguro.

—Vale, Victoria. Pero ¿cuántas veces ha dicho algo y ha hecho lo contrario?

—Ya... pero hoy...

Me hubiera encantado contarles que Alejandro no era ningún traficante, sino todo lo opuesto.

—Bueno, si viene, mejor, pero mientras, las encargamos —resolvió Philip con una sonrisa.

Apenas tardaron media hora en traer el pedido. Hacía una noche agradable, pero hubiera resultado extraño que yo presionara para cenar fuera cuando ambos preferían entrar al salón. Me preocupaba lo que pudiera salir a relucir.

Cuando acabamos de cenar, Alejandro seguía sin dar señales.

—No te preocupes, nena. Estará liado y no podrá contestarte, o se habrá quedado sin batería —decía Lola cuando ya se despedía, junto a mi puerta abierta.

—Así coges fuerzas para mañana —murmuró Philip con una sonrisa—. Las vaginas también necesitan descansar.

Le di una palmada en el hombro, mientras ambos se reían.

Nos despedimos y traté de no pensar demasiado. Puse la televisión para romper el silencio mientras recogía la cocina, no había mucho que hacer, pero dilataba el momento de regresar al salón. Tenía la impresión de que allí debía de estar la mayor parte de los dispositivos que me espiaban. Me puse el camisón y me metí en la cama. La noche se me hizo fría y larga sin los brazos de Alejandro.

Capítulo 17: lunes, 29 de mayo

55. Bloguero cabrón

En cuanto abrí los ojos, mi mano se lanzó al teléfono, sobre la mesita de noche. La pantalla no mostró ninguna novedad. Eran las siete.

Me senté frente al ordenador con una taza de café y, a medida que me sumergía en la historia del detective Gallagher, las preocupaciones pasaron a un segundo plano.

Me sobresalté con el timbrado del teléfono fijo. Enseguida pensé en Alejandro, y aunque hubiera resultado muy raro que me llamase a casa, me lancé al aparato.

—¡Victoria! Por fin te encuentro. Llevo llamándote desde el sábado, pero el móvil estaba apagado y en casa nunca estabas —protestó.

—Buenos días, mamá —respondí decepcionada—. ¿Va todo bien?

—Sí, sí. Sé que fuiste a ver a Silver —dijo.

Yo me quedé callada, a la espera de saber qué postura adoptaba.

—¿Con quién estás yendo últimamente, Vicky?

—¿A qué te refieres? Pues con amigos míos, mamá. Tú no los conoces a todos.

—Eres adulta, pero me sentiría más tranquila si sé que vas con gente... responsable. —
Le costó encontrar el término.

Me apetecía colgar, pero no se le puede hacer eso a una madre.

—En primer lugar, mamá, creo que por una vez, y para variar, podrías confiar en mí. Soy libre para ir con quien me apetezca, y si estoy saliendo con un hombre que no encaja en tus esquemas, no es mi problema.

—Yo no quería...

—Lo siento, mamá. Me llaman por teléfono. Es la editorial. He de cogerlo. Un beso.

Colgué antes de que le diese tiempo a replicar. La conversación me había alterado, así que, en lugar de seguir con las manos en el teclado, decidí hacer limpieza general y poner una lavadora.

Cuando llegué al gimnasio, recordé la hermosa sorpresa que Alejandro me dio cuando vino a verme. No podía evitar pensar en él cada vez que miraba la bicicleta que utilizó aquel día. Seguro que más de una sonrisita estúpida se me escapó al evocarlo mientras por mi boca salía la cantinela de siempre para animar y dirigir a mis alumnos.

De regreso a la taquilla, confiaba en encontrarme con un mensaje suyo. Era posible que se hubiera alargado el encuentro con su controlador, pero no tenía sentido que, pasado el mediodía, siguiese sin dar señales de vida. Según la aplicación, Alejandro no había conectado el WhatsApp desde hacía treinta y seis horas, y aquella ausencia cada vez me resultaba más ilógica. Tenía un par de llamadas de Lola y decidí que aprovecharía el trayecto hasta casa para devolvérselas.

Ya en el coche activé el altavoz y decidí probar primero con el número de Alejandro. A

los pocos instantes de iniciar la llamada me respondió el mensaje: *El número al que llama está apagado o fuera de cobertura en este momento.*

Con mi amiga tuve más suerte:

—¡Victoria! ¿Has visto hoy el blog de Paul?

—¿Cómo?

—Me lo acaba de enseñar una compañera de trabajo —me dijo—. Y Paul se ha comprometido a publicar más fotos, porque dice que tiene mucho material de la fiesta.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Qué ha publicado?

—Victoria... Es Lucas... Y tú... Parece como si estuvierais besándoos, y sé perfectamente que no es verdad!—masculló. Qué bloguero cabrón.

—Joder, debió fotografiarnos desde el ángulo que más le convino. Dan ganas de ir a por él y pegarle una paliza —dije enérgica, y al momento me di cuenta de que era probable que los que espiaban mi piso, espieran mi coche también. Quizá una amenaza tácita podía acarrearle algún problema. Sobre todo, si alguien con más iniciativa daba el paso de obsequiarle con una buena somanta de hostias.

—Este tío nos va a hacer la vida imposible, Victoria.

—De momento a Lucas lo saca como un mujeriego del copón... ¡qué ascazo!

Cuando llegué a casa, lo primero que hice fue localizar las fotos de las que me había hablado Lola. Efectivamente, parecía que nos estuviéramos besando, pero recordaba a la perfección aquel momento de la fiesta, fue al principio, cuando nos saludamos. Decidí olvidar aquel asunto, sabía que Alejandro no le daría credibilidad alguna al asqueroso bloguero, si es que se dignaba a contactar conmigo.

Por la tarde, me puse con la traducción; llevaría una hora trabajando cuando una notificación de WhatsApp me hizo dar un respingo. De un salto cogí el teléfono. La pantalla mostraba un mensaje de Daniel.

Daniel: Hey! ¿Cómo te va ir hoy a tomar una copa por el puerto? A no ser que ya tengas un compromiso. :P

La noticia ya se expandía como los piojos en un parvulario.

Victoria: Me va mejor por el día. ¿Qué tal si tomamos un café mañana a las once en el Mar y Sol?

Pensé que no sería bueno comprometerme con nada que no fuese el trabajo, por si Alejandro me escribía o llamaba, pero siempre habría tiempo de posponer esa cita si él aparecía de repente.

Daniel: Mmm... Yo prefería un gin-tonic, pero bueno... ¡ahí estaré!

Negué con la cabeza con una sonrisa y regresé al trabajo con el móvil en la mano. Entré en Facebook por inercia, pero bien me lo podía haber ahorrado, porque descubrí que más de uno había tenido la infeliz idea de compartir las fotos. Alguien había escrito que yo era la amante ibicenca de Lucas, y otros afirmaban que llevábamos años enrollados, y que en Ibiza ya se sabía en muchos círculos. ¿Cómo era posible que esa gente estuviese pendiente de lo que hizo un grupo de personas que ni conocen, ni conocerán en su vida?

Siguiendo un impulso empecé a buscar distintas combinaciones de palabras en Google. Al teclear «mafia Ibiza» me sorprendió encontrar tantas noticias sobre la mafia siciliana y napolitana. Se me hizo extraño no haberme fijado nunca en la existencia de estas organizaciones en los periódicos que solía hojear. En cuanto añadí «rusa» a la búsqueda, las respuestas me llevaban a hechos ocurridos en la costa de Levante y en Mallorca. Me quedé helada al reconocer un nombre que Alejandro había mencionado: *Storalov*. Pude confirmar que se trataba del líder de una organización de la mafia rusa, y que precisamente estaba encarcelado en nuestro país, donde le cambiaban de prisión cada pocos meses. En las muchas fotos que aparecían de él daba la impresión de ser un despistado con mala suerte, pero la descripción de sus acciones no dejaba lugar a la compasión. Asesinatos por encargo, venta ilegal de armas, tráfico de drogas, control ilícito de casinos, extorsiones, amenazas, e incluso trata de blancas.

Ningún periodista mencionaba Glory's.

Cerré la aplicación y marqué el número de Alejandro. Aunque crucé los dedos para invocar la buena suerte, me topé de nuevo con su estatus ilocalizable. WhatsApp indicaba que no se había conectado desde la noche anterior.

Le mandé un SMS con acuse de recibo. Si no me tranquilizaba, mi corazón se iba a descontrolar, así que entré en la cocina para prepararme una infusión con un chorrito de hierbas ibicencas.

Puse en marcha el equipo de música y me senté en el sofá con la taza en las manos. Ni siquiera tenía ganas de cenar. Me ponía nerviosa imaginar que Alejandro podía correr peligro. Me dirigí al dormitorio, encendí la televisión y me arrellané en los cojines de mi cama. No me apetecía dormir sola una noche más en la casa de las videocámaras, pero no me quedaba más remedio. Me quedé dormida abrazada al cojín. Todavía podía percibir el sutil rastro de su perfume, que cada vez era más débil; y a pesar de lo lejos que pudiese estar en ese momento, lo sentí muy cerca, susurrándome al oído.

Capítulo 18: martes, 30 de mayo

56. Daniel

No era todavía de día cuando decidí levantarme. Me había pasado la noche consultando el móvil. Hubo momentos en que creí despertarme por los latidos de mi corazón desbocado.

Al aire fresco de la madrugada contemplé como la gama de celestes era cada vez más luminosa y empezaba a dar paso a los rojizos y anaranjados. Daba vueltas a la pulsera de Cartier, símbolo de compromiso eterno. Tomé el teléfono. No había novedades y seguía sin conectarse desde el domingo. Recibirlo con los brazos abiertos cuando llegase tras esta ofensiva ausencia, no diría mucho a favor de mi dignidad. Desaparecer así no era propio de alguien que se deshace en cumplidos y gestos cariñosos hacia su pareja... ¿o sí?

Me planté frente al ordenador, pues pese a la falta de descanso, mis neuronas fluían correctamente. Estuve traduciendo hasta que llegó la hora de acudir a la cita que tenía con Daniel.

Lo detecté en la terraza del Mar y Sol. Enseguida se puso en pie.

—Oh, Victoria. ¡Qué bien que has venido! —exclamó con una sonrisa digna del gato Cheshire—. Te he dado tanto la lata que no te culparía por no haberte presentado.

—Soy de las que cumple su palabra siempre que le es posible —le dije después de saludarnos.

Pedí un *capuccino* y un sándwich.

—¡Por fin tú y yo solos! —exclamó.

—Es cierto que no hemos conversado en serio, aunque las cosas que han pasado... creo que han dejado más o menos clara la situación —musité.

Di un sorbo a mi café, pensando que quizá aquella cita no iba a servir de mucho.

—Yo lo único que sé, nena, es que me lo pasaba muy bien cuando flirteábamos.

—Tienes razón. Era divertido. Pero el hecho de que hablemos de ello, no va a hacer que vuelvan esos días.

—Lo dices por Alejandro Ortega. ¿Estás saliendo con él en serio?

El timbre de The Kinks sonó, anunciando la llamada de Lola y dejando en *stand by* mi respuesta.

—Victoria, tía. El bloguero cabrón ha colgado más fotos.

—¿Y esta vez a quién ha pillado? —pregunté alarmada por su tono de voz.

—Mejor míralo —afirmó—. Luego hablamos que ahora tengo curro. Tú, míralo.

Tecleé la dirección de la web de cotilleos y me quedé congelada. No podía ser cierto.

—¿Qué ocurre? —inquirió él, alarmado.

Le tendí el aparato. En la imagen furtiva se me veía en un primer plano con una copa de hierbas ibicencas en cada mano. Daniel me tomaba por el brazo y me daba un beso. Los

rostros eran reconocibles y, en ese momento, odié la fiesta, odié el vestido de leopardo y odié todo lo que tuviese que ver con el lío en el que me había metido.

—¡Por favor! ¿Pero cómo han podido captar algo que duró un segundo? —exclamé.

Daniel continuaba en silencio, observando la fotografía.

—Hace un momento hablábamos de relaciones y mira. ¡Esto va a poder cambiarlo radicalmente! —exclamó con un principio de sonrisa.

—Pues a mí no me hace ninguna gracia, tío —dije cogiendo mi móvil. Lo dejé sobre la mesa y me acabé el café. No había duda de que el maldito Paul estaba dosificando la información y multiplicando la repercusión en su *blog*—. Si mañana aparecen nuevas, con suerte, poca gente se habrá fijado en nosotros —murmuré.

—Hablarán unos días, eso seguro, pero luego se olvidarán. ¿Tú sabes la cantidad de tonterías que han dicho por ahí sobre mí?

—Entonces, ¿cómo va a afectar esa foto a tu relación con Lara?

—No debería decirte esto, porque eres mujer, pero esta es una de las reglas de oro: negarlo todo hasta la evidencia, e incluso después de la evidencia. Si uno insiste, funciona.

Mi móvil volvió a interrumpir nuestra conversación, y me quedé con las ganas de mandarlo al carajo por su último comentario.

Philip: ¿Cómo estás? Qué hijoputa el tío. Vamos a tener que hacer algo para frenarlo. Hablar con él o amenazarle con partirle el cráneo a patadas.

Llevaba años tratando mi vida privada con mucho cuidado. y en cuestión de horas mi reputación se estaba yendo por el retrete.

—Si tan importante es para ti, nena, haz lo que te decía antes. Niégalo todo. Niégalo siempre.

—En este caso, la foto es demasiado clara —repliqué, empezando a pensar qué podría contarle a Alejandro para justificar ese furtivo y evidente beso.

—Con las técnicas de hoy en día pueden hacerse todo tipo de montajes. Tú aférrate a eso, y di que todas las fotos de esa web son falsas. Es algo que podría ser así perfectamente.

Me quedé en silencio. No era descabellado, pero Alejandro jamás se iba a tragar esa milonga.

—Gracias por tus ideas, Daniel —murmuré—. Deberías plantearte escribir un libro que se titule *El manual del perfecto infiel* o algo así.

—Te sonará tremendista, pero no creo que haya un solo hombre que no piense como yo. En el fondo. Aunque por delante lo nieguen... Incluyendo a tu Alejandro. —Cada vez que oía su nombre en sus labios, algo en mí se sacudía un poquito.

Al cabo de un rato nos despedimos, no sin que intentara que fuésemos a comer juntos. Ante mi negativa, me miró desde la profundidad de sus ojos negros y me lanzó un guiño.

57. Fuego

De regreso al coche, llamé a Lola. Debíamos pensar cómo frenar lo que ya se estaba convirtiendo en un *IbizaLeaks*.

—Hemos pensado pedirle a Philip que consiga una reunión con Paul, a ver si averiguamos qué más le queda por sacar y cómo frenarlo —me dijo.

—A mí lo que más me fastidia es que nadie se diese cuenta de nada. ¿Cómo pudieron cazar justo ese momento con Daniel?

—Igual influye que estuviéramos todos colocados. ¡Maldito Álvaro!

Al detenerme frente al *parking* recordé el Mercedes plateado de Alejandro, estacionado allí desde hacía días. Su teléfono continuaba desconectado y decidí dar un paso más en su búsqueda.

En la cómoda del recibidor encontré la tarjeta de visita negra que me entregó la noche que trajo a Philip a mi casa. Parecía que hubiese transcurrido una vida entera desde aquellos primeros encuentros. Quizá una relación sin misterios ni mentiras fuese mejor, pero nunca volvería a saborear la sensación de flirtear con un tipo sensual y peligroso que me hechizaba con sus ojos color del fuego.

Al llamar a su oficina, la línea estaba ocupada. Era extraño que una empresa con tantos proyectos no tuviese líneas libres para atender llamadas que podrían ser importantes. El pitido continuaba, y no daba paso a un tono normal. ¿Sabrían mis espías lo que estaba haciendo? ¿Sabrían que mi foto aparecía en un blog de cotilleo? Necesitaba hablar con Alejandro, contarle lo que había pasado, pedirle ayuda, y conseguir que se frenasen de una vez por todas las malditas fotos.

En cuanto el pensamiento cruzó por mi mente, no lo dudé. Cogí las llaves del Mercedes y bajé a la calle. Si llegaba a casa de Alejandro con su coche, además de tener una excusa para estar allí, podría entrar con el mando a distancia.

Antes de salir recordé una de las advertencias de Alejandro y fui al dormitorio en busca de los pendientes GPS, que me había dado. Eran un poco más grandes que los que solía llevar, pero no desentonaban y me hacían sentir más conectada con él.

Si Alejandro no me había dicho nada en esos días, tendría sus razones, y quizá no le hiciese gracia mi aparición inesperada, aunque nadie podía negar que no hubiese intentado contactar con él hasta la saciedad. Decidí hacer un nuevo intento y llamé a su móvil. Activé el altavoz, y cuando estaba a punto de repetir las palabras de la grabación que ya me sabía de memoria, me sorprendió el tono normal de la línea. Mis ojos estaban centrados en la carretera, pero sentí que el mundo se pausaba y escuché con atención, a la espera de oír lo que llevaba días deseando: que por fin descolgaba y me saludaba. No fue así. Los tonos se agotaron y la comunicación se cortó, pero al menos sabía que, estuviera donde estuviese, lo tenía encendido. Dudé si debía presentarme en su casa por sorpresa, así que me detuve en el *parking* de un supermercado. Me di cuenta de que el mensaje avisando de la conexión del teléfono había llegado sin enterarme y, al revisar el WhatsApp, pude ver que la última conexión de su móvil había sido apenas treinta minutos atrás. Mis mensajes aparecían como ya recibidos. El texto no podía hacer alusión a la realidad de la operación, pero tampoco podía sonar demasiado indulgente. Una chica a la que han dejado plantada desde hace dos días no reacciona como si nada raro estuviese

pasando.

Victoria: Menos mal que no te esperé para cenar. Habría muerto de inanición...

Quizá tardase horas en leer mi mensaje, no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero mi imaginación catastrofista pudo relajarse.

Bajo esas circunstancias no podía presentarme en su casa, como una novia celosa que trata de pillar a su pareja *in fraganti*, de modo que di la vuelta, deshice el camino recorrido y regresé al plató de Gran Hermano en el que se había convertido mi piso.

Las siguientes horas transcurrieron lentamente. Estaba inquieta y pendiente de Alejandro, pero me obligué a centrarme en el trabajo. Después de comer me autoprohibí curiosear en las redes sociales. Tuve que desactivar las notificaciones de mi propio Facebook ante el aluvión de mensajes. Aunque la mayoría iban dirigidos a Daniel, me sentía dolida porque toda esa gente, que ni me conocía, estuviera opinando con crueldad.

La historia del detective Gallagher avanzó a duras penas. Mi mano comprobaba, cada media hora, ajena a las decisiones de mi cerebro, si Alejandro había accedido a la aplicación.

Cuando el teléfono sonó, di un respingo. Al descolgar, mi voz sonó casi hostil.

—Victoria, Lucas y yo hemos hablado y nos hemos asesorado con mi jefe. Vamos a ofrecerle a Paul quinientos mil euros si no cuelga ninguna imagen más y elimina, delante de nosotros, todas las que le queden.

—Ostras, Lola. ¿Y crees que no va a hacer trampa?

—Hemos preparado un contrato que le hace responsable de cualquier futura filtración, incluso aunque se demostrase que no hubiese participado en ella directamente.

—No creo que se niegue. Esa pasta no la podría reunir a base de clics y de publicidad en su *blog*.

—¿Y tú cómo estás? ¿Has podido hablar con Alejandro?

—Todavía no, pero antes tenía el móvil encendido, así que supongo que debe de estar liado con cosas, o de viaje, o... no sé. Pero ya aparecerá.

—¿Crees que ha visto tus fotos con Daniel? ¿Él sabía que os habíais medio liado?

—Sabe que me envía mensajes, pero yo no le he contado nada más —respondí sin estar del todo segura de mis palabras.

—Yo no hago más que cagarme en el *photocall*. No entiendo por qué Álvaro insistió en tenerlo, si no había nada que promocionar, joder.

—Cuando quedéis con él, me gustaría acompañaros. Quiero ver la cara de ese cabronazo.

Al colgar, el silencio de la habitación me resultó inquietante. Sin pensarlo demasiado me puse un conjunto deportivo y me fui al gimnasio bastante antes de mi turno. En casa me era imposible relajarme.

Una parte de mí quería pasar desapercibida hasta que aquel follón se olvidase, pero mi

lado más aventurero esperaba enfrentarse con las situaciones incómodas que mi cabeza llevaba todo el día imaginando para comprobar si sería capaz de salir airosa.

Me di de bruces con la realidad en cuanto crucé las puertas del gimnasio. La sonrisa maliciosa de Berto me indicaba que estaba enterado del escándalo. Continué hasta la cafetería, donde pedí una infusión con regaliz.

Tenía claro que Alejandro debía de estar ocupado en algo serio si se había visto obligado a dejarme completamente de lado. Quizá sus superiores estuviesen descontentos con la forma en que había actuado y lo habían enviado lejos, o incluso podían haberlo arrestado. Me preocupaba que pudiese estar en problemas graves por haberme revelado sus secretos, además, por muchas vueltas que le diera, nada me eximía de mi parte de culpa. Si el día del *Summer of Love* hubiese seguido sus instrucciones, por muy injustas que me pareciesen, no estaríamos en esta situación. Unas imágenes de la televisión de la cafetería me sacaron de mis divagaciones. Tomé el mando a distancia y subí el volumen, asombrada ante lo que veía. *No puede ser cierto. Esto es imposible.*

Era incapaz de parpadear. Un rótulo anunciaba el aparatoso accidente. Sobre él se sucedían imágenes de un coche boca abajo al fondo de un acantilado, un grupo de bomberos trataba de sofocar el fuego en la distancia, un humo negro y espeso que se abría paso hasta el cielo desde un indefinido amasijo de hierros carbonizados.

En las imágenes recogidas por el helicóptero, la matrícula se veía con claridad. Los detalles que caracterizaban al flamante Hummer de Alejandro, también. Me senté en una silla y respiré hondo. Empecé a llorar. El aire no llegaba bien a mis pulmones. Sentía un nudo en la garganta, en el estómago, en el corazón, que me aplastaba.

La camarera había entrado en la cocina, y no había nadie con quien verificar que lo que mostraba la pantalla era cierto y no una alucinación. Alcancé mi teléfono y llamé al número de Alejandro. Ya no daba tono. Lo probé varias veces, y todo el tiempo me devolvía el mismo resultado: el contestador automático con el que llevaba días topándome.

En el telediario, el presentador le preguntaba al reportero que entraba en directo desde el lugar del accidente cuáles eran las posibles razones del siniestro, según la policía. Lo escuché, pero no podía asimilar que aquello estuviese sucediendo. Los bomberos buscaban una forma de bajar hasta las rocas y las imágenes aéreas en directo transmitían un caos y una urgencia a la que no estamos acostumbrados en este rincón del mundo. De pronto se oyó una fuerte explosión y las personas que rodeaban el lugar del accidente se tiraron al suelo. Un humo alquitranoso se elevó hacia el cielo. El vehículo negro había estallado en llamas. Mi corazón seguía palpitando con fuerza y mi visión se iba nublando por momentos ante el escozor de las lágrimas.

Enseguida pensé en Philip y marqué su número. Me sentía como si estuviera drogada, como si la sangre hubiera abandonado mi cerebro y se concentrase en el corazón a punto de estallar.

—¡Victoria! ¿Estás ahí? —exclamó Philip algo sorprendido—. ¿Estás bien?

Quise responderle, pero mi voz enmudeció.

—Tranquila, Victoria. Ahora voy a buscarte. ¿Estás en casa?

—En... el... gim... na... sio —acerté a decir, sin apartar los ojos de la pantalla.

A continuación, un vídeo reconstruía del accidente mediante gráficos, se apreciaba como el coche se había salido de uno de los serpenteantes caminos, antes de despeñarse y caer por el acantilado. Instantes después volvían las imágenes reales del lugar; unas olas suaves y tímidas lamían las rocas en un escandaloso contraste con la magnitud del accidente.

Tomé mi bolsa de deportes, salí disparada al *parking*, subí a mi coche y arranqué. Aunque intentaba pensar con claridad, sentía el rostro caliente y el corazón desbocado.

El teléfono sonó y apenas dejé que el tono anunciara al interlocutor.

—¡Victoria! ¡He venido a buscarte! ¿Dónde estás?

—Philip —exclamé con agonía— estoy yendo... al lugar del accidente.

—Déjame acompañarte. Da la vuelta, por favor, te espero en el *parking*.

Resoplé. Sabía que tenía razón. Mi estado era el menos indicado para llevar un coche a 110 km/h por las carreteras ibicencas, de modo que me detuve e hice un cambio de sentido. El sudor cubría todo mi cuerpo, mis manos temblaban. Eché mano de los medicamentos del bolso con la esperanza de relajarme un poco, negándome a admitir la peor de las posibilidades. Es imposible que eso le haya pasado a él. Pero imaginé a Boris junto a la panda de mafiosos rusos saboteándole los frenos y asegurándose de que no tuviera forma de escapar del vehículo. Imaginé que el CNI había decidido quitarlo de en medio. Pero no era posible que una persona como Alejandro, con su formación y entrenamiento, pudiese haber sucumbido a un sabotaje así. *No puede ser, no puede ser.*

Mis lágrimas caían a borbotones y las pastillas no calmaban mi desesperación. Enseguida divisé el Cabriolet de Philip en el aparcamiento del gimnasio. Al instante corría hacia mi coche. Abrió la puerta y me derrumbé. Le abracé, sin dejar de llorar.

—Tranquila, Victoria, tranquila —me susurró—. Todavía no se sabe nada, hay un montón de posibilidades.

Me deslicé hasta el asiento del copiloto y él cogió la carretera de Santa Eulària.

—Nunca veo el telediario... estaba puesto... y... —No fui capaz de continuar.

Nos acercábamos al cruce de Santa Gertrudis, el camino más directo a San Miguel. Mis ojos no dejaban de escrutar el horizonte en busca de algún indicio. Puse la radio para localizar alguna cadena local que estuviese cubriendo el accidente. Por fin di con una en la que estaban resumiendo las noticias de la jornada. Estuvimos muy pendientes de las palabras de la locutora, hasta que llegó la devastadora mención:

—*Aparatòs accident d'un quatre per quatre als barrancs de Sant Miquel. Testimonis afirmen que as vehicle hi viatjava una sola persona. Els bombers encara fan feina per sofocar completament es foc provocat per aquest sinistre. Encara no es sap quina ha sigut sa causa que ha fet que es cotxe es sortiguès de sa carretera.* (Aparatoso accidente de un cuatro por cuatro en los barrancos de Sant Miquel. Testigos afirman que en el vehículo viajaba solo una persona. Los bomberos aún trabajan para apagar el incendio que ha provocado el siniestro. Todavía no se sabe qué ha podido causar que el coche se saliera de

la carretera.)

Miré a Philip, desesperada. Él apartó su mano del cambio de marchas y acarició mi rodilla.

—Victoria, no sé si deberíamos seguir. Quizá luego... te arrepientes.

—No. Ni se te ocurra decir eso. Necesito ir allí. Si le ha pasado algo, necesito verlo con mis propios ojos —dije con toda la contundencia de la que fui capaz.

Acaricé la pulsera de Cartier que en los últimos días representaba la prisión en la que me sentía, al verme obligada a formar parte de la doble vida en la que Alejandro me había metido. Los pequeños tornillitos alrededor de mi muñeca me recordaron lo que en realidad significaba. Según él mismo dijo era un símbolo de compromiso eterno. Eterno.

Respiré hondo y *googleé* en la sección de Noticias. Reuters y Europa Press se hacían eco de lo sucedido. No habían conseguido acceder por tierra, pero trabajaban para sofocar el fuego, que amenazaba con extenderse por el bosque.

Vamos, Philip, corre. Corre, decía para mis adentros cuando ya nos acercábamos a la localidad de San Miguel. Solo nos quedaba atravesarla y llegar hasta la costa.

—¡Mira! ¡Hay humo! —exclamé en cuanto vi las nubes oscuras—. ¡Síguelo!

Le dije a Philip que obedeciera los carteles que llevaban al hotel, pero tomamos un camino a la derecha.

—Allí se ve más. Sigue por ahí —le decía con el corazón desbocado y sin tener ni idea de por dónde nos estábamos metiendo. Entonces vimos un vehículo que avanzaba hacia nosotros y Philip tuvo que apartarse hacia la cuneta. Era una ambulancia que bajaba rápido, pero con las sirenas apagadas. Pasó a nuestro lado a toda prisa y miré a Philip con el rostro desencajado.

Al tomar uno de los caminos nos topamos de lleno con la columna de humo. Philip aparcó entre unos árboles y salí corriendo del coche. Además de los dos reporteros había algunos curiosos por la calzada, observando las maniobras de rescate.

Me sentí impotente y absurda. Me acerqué a uno de los bomberos después de secarme las lágrimas.

—Perdone, ¿podría decirme cómo está la situación? Es que el dueño de ese vehículo es mi...

No pude acabar la frase. Philip me rodeó con los brazos y dejó que mi llanto estallara unos segundos sobre su hombro. El bombero estaba más que acostumbrado a los dramas.

—Hemos intentado llegar al coche desde aquí pero, aunque hemos logrado apagar el fuego, el acceso es muy complicado. Están llegando unas barcas de salvamento marítimo y de la Cruz Roja.

—Pero... ¿saben si el ocupante... podría estar bien? —preguntó Philip.

—No sabremos nada seguro hasta que no lleguemos a él, pero es mejor que esperen en otro lugar —respondió con un gesto de preocupación que no me gustó, y se alejó.

Avancé por la carretera que cada vez se hacía más estrecha. En algunas zonas un muro

protegía las zonas más peligrosas, pero por otras habían dejado esa responsabilidad a los matorrales del camino. Por allí se había despeñado el Hummer y había aplastado la vegetación a su paso, hasta caer por aquella altísima pendiente. Cuando me acercaba al borde, Philip me hizo una señal. Lo seguí. Seguían palpitándome las sienes, sentía la boca seca y dolor en el pecho. Regresamos al coche pero, en lugar de entrar, bajamos por el camino unos metros hasta donde acababa el muro de una de las propiedades, que dejaba un paso libre que llevaba al borde del acantilado. Al cabo de unos segundos llegamos a un claro rodeado de algunos pinos, desde el que podía verse el mar. Varios metros a la derecha estaban los bomberos y los policías, a quienes oíamos perfectamente. Se me puso la piel de gallina, pero no vacilé. Con cuidado, me asomé a aquella parte del acantilado. Allí estaba el Hummer negro en el que tantas veces había montado con Alejandro. La matrícula lo aseguraba, pero yo no quería creer que realmente él estuviese dentro. Dos hombres se deslizaban con arneses por la ladera de la montaña, pero el coche seguía siendo inaccesible. Philip me acarició el brazo y me susurró:

—Aquí no hay nada que hacer, Victoria. Es mejor que volvamos a esperar noticias.

En ese momento el tema de The Kinks se hizo presente con un volumen inesperado. Al descolgar, respondí en un susurro.

—Victoria. ¿Estás ya en casa? Hemos quedado con Paul mañana —comentó Lola con ansiedad.

—No. Hemos venido a San Miguel. Estoy con Philip, porque... es muy posible que Alejandro haya tenido un accidente...

—¿Pero qué dices?

—Los bomberos aún no lo han sacado... y nos hemos acercado para...

—¡Victoria! ¿Estáis locos? —me interrumpió estupefacta.

—Necesitaba venir. Necesitaba ver que está bien, y... si no... verlo... porque, si no, no acabaría de creérmelo nunca.

—Por favor, Victoria, si pasa cualquier cosa haz caso a Philip en lo que te diga. Por favor.

Al colgar volvieron a asaltarme las lágrimas. Entonces, vi que una lancha naranja y negra se acercaba al rincón desde el que seguía manando humo.

Unos hombres con cuerdas saltaron a tierra y se encaramaron por la parte pedregosa y afilada. Cuando alcanzaron el vehículo sacaron las herramientas que llevaban a la espalda. El coche, boca abajo, estaba aplastado por la parte trasera y por los costados. El frontal se veía milagrosamente entero y eso me daba esperanzas. Philip entrelazó sus dedos con los míos.

—No hace falta que mires, Victoria. No te traumáticas. Relájate, yo te aviso.

—Necesito verlo lo más claro posible. Necesito saber si...

En aquel momento un estruendo metálico retumbó por el acantilado. Los bomberos habían conseguido abrir una de las puertas. Dos hombres más saltaron a tierra desde el barco con una camilla plegadas.

De repente, uno de los hombres apareció con un gran bulto en brazos. Cuando me di cuenta de que era una persona completamente negra, como si estuviera pintada con carbón, el corazón me dio un vuelco. Las lágrimas empañaban mis ojos y sentí que no debería estar observando. No debía, pero no podía dejar de hacerlo.

Extendieron el cuerpo sobre la camilla y lo cubrieron con una tela metalizada. Philip se estremeció. Colocaron unas cuerdas por las que bajaron la camilla hasta el barco y se alejaron del amasijo de hierros. La lógica me decía que esa figura irreconocible tenía que ser Alejandro, pero el corazón me dictaba lo contrario. Desde mi posición era imposible distinguir si estaba solamente cubierto de humo y hollín, o si la negrura respondía a un cuerpo carbonizado. Cuando miré a Philip descubrí en su rostro el horror encarnado. Supuse que yo debía estar igual. Absolutamente desquiciada.

La lancha se marchó y Philip se puso en pie. Yo seguía agachada, observando el coche de Alejandro.

—Vamos al hospital —supliqué.

—Por supuesto, querida. Vamos a donde tú quieras —dijo y me tendió la mano.

58. Can Misses

La ambulancia venía del Puerto de San Miguel y no había duda de que el herido ennegrecido, fuese quien fuese, viajaba en ella. Pasó como un huracán, seguida de un coche de policía. En cuanto nos sobrepasaron, Philip aceleró para seguir sus pasos, pero el tráfico nos lo impidió y, poco a poco, la sirena se diluyó en la distancia.

—¿A qué hospital irán? ¿Al privado o al público? —preguntó Philip.

—Para emergencias de este tipo deben de ir al hospital público, a Can Misses. Allí estarán más preparados.

Me sentía más entera que antes. No había ninguna razón, ninguna evidencia, que me llevase a pensar que aquello pudiese tener un final feliz, pero no pensaba desechar las teorías que situaban a Alejandro en un lugar muy alejado de su coche, sin un rasguño.

—¿Estás mejor? —preguntó Philip cuando me vio exhalar con fuerza.

—Sí. Estoy de los nervios, pero... mejor. ¿Crees que en el hospital nos dejarán verlo?

—Bueno, no sé bien como funciona, pero si está herido y lo meten en la UCI, creo que sí se puede, aunque sea solo un minuto.

Ibiza empezaba a estar cerca. En unos minutos estaríamos en el hospital de Can Misses y empezaba a sentir pánico ante lo que podría encontrarme. Por fin llegamos a la entrada de Urgencias, y me acerqué corriendo al mostrador para preguntar por el accidentado de San Miguel que acababan de traer.

—¿Es usted un familiar?

Dudé un momento, no sabía si proclamarme su novia iba a ser la forma adecuada para llegar hasta él, pero Philip me rodeó los hombros y se me adelantó.

—El coche es de mi hermano... podría ser el conductor, pero no estamos seguros.

La enfermera asintió.

—De acuerdo, esperen en la sala y el médico les informará enseguida.

—Pero ¡necesito verlo! —exclamé sin poder medir la intensidad de mi voz.

Philip tiró de mí y nos sentamos lo más cerca posible de la entrada al pasillo que rezaba «Acceso Restringido». Notaba mi cabeza a punto de explotar y me imbuía una impotencia que no me dejaba apartar la mente de las imágenes del acantilado. Philip me abrazó fuerte y comenzó a acariciarme el cabello.

—Sé fuerte, Victoria. Que nos manden esperar al médico tiene que ser una buena señal.

Abracé a Philip y cerré los ojos. Esperaba que la realidad diera un giro y ocurriese algo que salvase a mi ángel de pupilas anaranjadas. Perdí la noción del tiempo.

—¿Son familia de Alejandro Ortega?

Me puse en pie de un salto y Philip respondió afirmativamente.

—Acompañenme, por favor.

Seguimos al médico por el pasillo. El doctor giró a la derecha y abrió la puerta de un pequeño despacho, invitándonos a entrar. Señaló unos asientos y se sentó tras la mesa.

—En cuanto el accidentado ha llegado al hospital hemos puesto a los mejores médicos de urgencias con él, como prioridad absoluta...

Dediqué a Philip una mirada de soslayo al tiempo que sentía que mi corazón se aceleraba. En cualquier momento se me iba a escapar un grito. Tragué saliva y respiré hondo para poder expresarme con claridad.

—Entonces, ¿nos puede confirmar que Alejandro... Alejandro Ortega iba dentro del coche?

El doctor asintió. Yo sentí que mi corazón se asfixiaba y la presión de la sangre en mi cabeza no me dejaba pensar con claridad.

—¿Cómo está y cuando van a dejarnos visitarlo?

—Hemos hecho todo lo que se ha podido —dijo entrecerrando los ojos.

Me quedé con la boca abierta, sin acabar de entender lo que estaba diciendo.

—Lo siento mucho. Alejandro Ortega ha fallecido. No hemos podido hacer nada por él.

Sentí que el mundo se paraba y que algo se quebraba en mi interior. No podía escuchar lo que me decían y, al mismo tiempo, el sonido del aire acondicionado me resultaba ensordecedor. Mi corazón latía con violencia. Me faltaba el oxígeno y no podía articular ni una sílaba. Me puse en pie para salir corriendo de allí. Necesitaba llegar hasta donde Alejandro estuviese y comprobar con mis propios ojos la barbaridad que el doctor acababa de decir. Recuerdo los brazos de Philip, palabras en voz alta, y la forma en que la realidad se fue fundiendo poco a poco con vibrantes chispas blancas que invadían mi visión hasta que todo se volvió negro.

Cuando abrí de nuevo los ojos, me quise incorporar, pero la cabeza me dolía como si hubieran estado hurgando en ella. Llamé a Philip y su rostro ojeroso apareció ante mí.

Lo miré como si lo viera por primera vez. Me dolía la mandíbula y podía notar un sabor

amargo. Los recuerdos confusos regresaron y me levanté de un salto. Philip me cogió del brazo. Me habían colocado sobre una camilla. Quise preguntarle por lo ocurrido, pero una única palabra invadía mi mente.

—Alejandro... Alejandro...

Pocas veces en mi vida he visto llorar a mi querido amigo, pero esa fue una de ellas.

—Lo siento, Vicky —dijo rodeándome con sus brazos y acariciando mi pelo—, lo siento mucho, cariño.

Su voz se entrecortaba y la única forma en la que mi cuerpo pudo expresarse fue a través del llanto. Las mejillas me escocían. El corazón seguía golpeando.

—Necesito... verlo —logré pronunciar.

Él se separó de mi cuello y me miró con esos ojos azules que habían perdido parte de su luminosidad.

—Me han dicho que eso es imposible. Lo mejor es que nos vayamos. Te voy a llevar conmigo a casa, ¿de acuerdo?

—No puedo, Philip. No puedo dejarlo... —respondí, sin ser muy consciente de la intención de mi lamento.

Bajé los pies de la camilla y en ese momento me di cuenta de que tenía un catéter en la muñeca, unido a un gotero.

—Por favor, Victoria. Échate, no sea que te marees otra vez.

Le hice caso pero no me di por vencida. No iba a dejar que me sacaran de allí, no iba a abandonar a Alejandro en una fría habitación de aquel hospital. Una parte de mí quería seguir creyendo que vivíamos una pesadilla, pero en los sueños es imposible sentir un dolor tan agudo como para desear la muerte.

Alguien dijo que había que esperar a que el gotero se acabase, pero yo ya tenía los ojos cerrados y empezaba a perderme en esas imágenes que no deberían estar alejándose de mi vida. Su mirada color miel se clavaba en la mía y su mandíbula angulosa, su cabello peinado hacia atrás y su nariz esculpida se hicieron reales. Pronto sentí aquellos brazos que me rodeaban con esa calidez que tanta seguridad transmitían y, cuando sus labios se acercaron a mi oreja, pude sentir la imponente fragancia que me hacía tocar las estrellas. Entonces una palabra se desprendió de su boca: Birmania.

Abrí los ojos, sobresaltada. Alejandro y su presencia se habían esfumado, Philip dormitaba junto a mí en la butaca. El suero se había acabado y decidí aprovechar la ocasión. Al incorporarme, descubrí que la peor parte de los dolores había desaparecido, aunque el nudo de la garganta no se mitigaba. Una vida entera vinculada a los hospitales me permitía saber cómo desconectarme del gotero sin dificultad. Cuando pisé el suelo, estaba ligeramente mareada, pero podía moverme con libertad. Nunca me creería del todo que Alejandro hubiese desaparecido para siempre si mis ojos no podían comprobarlo. Para renunciar a las esperanzas de verlo con vida, necesitaría tomar sus manos, acariciar lo que quedase de sus tatuajes e incluso asomarme a sus pupilas silenciosas para comprender que su mirada anaranjada ya no ardería nunca más.

Imaginé que el cuerpo de Alejandro debía de estar en la morgue. Agudicé el oído, y cuando me pareció que no había nadie cerca, pasé al otro lado de la cortina. Era una sala grande llena de boxes como el nuestro. Oí murmullos, así que tomé el pasillo que llevaba hacia el lado contrario. Atravesé una puerta basculante. Sabía que mi atuendo deportivo y la vía en la muñeca encenderían la alarma mental del enfermero más despistado, por lo que no podía cruzarme con nadie, por eso, cuando me topé con las escaleras de emergencia, no dudé. En el primer rellano, abrí un poquito la puerta y vi el letrero de los laboratorios. Empezaba a notar que un sueño titánico se apoderaba de mí. Me clavé las uñas en las palmas de las manos y seguí bajando por las escaleras. En el último piso, atravesé las puertas de emergencia y el tono verdoso de las luces del techo me hizo pensar que no debía de estar lejos de mi objetivo. Tragué saliva. Un golpe metálico a mis espaldas me sobresaltó. Al girarme vi que una camilla empujada por un hombre con uniforme blanco avanzaba por el pasillo. No tenía forma de ocultarme, así que me eché a un lado, girando el brazo de forma que no viera el catéter, y lo esperé con la mejor de mis sonrisas. Cuando estuvo a pocos metros se detuvo. Reparé en que la camilla no estaba vacía y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Las formas redondeadas correspondían a un ser humano, pero una sábana blanca lo cubría.

—Hola, creo que me he perdido.

El hombre frunció el ceño, aunque no parecía muy sorprendido de encontrarse a una desconocida.

—La morgue está en esta zona... ¿verdad? —pregunté antes de que dijese nada.

—Disculpa, pero esta área está restringida. Será mejor que regreses por donde hayas venido.

Yo fui la primera sorprendida ante la reacción desesperada que se apoderó de mí, pero al cabo de un instante, le estaba ¡resumiendo con torpeza todo lo que había pasado y lo que había vivido hasta llegar a ese punto. Le tomé del codo, en busca de complicidad. No necesité fingir pena.

—Por favor. Solo necesito verlo. Sé que esto no es lo normal, pero es que la situación es muy complicada...

—Yo, de verdad, que no puedo ayudarte —dijo encogiéndose de hombros—. Esta señorita de noventa y cuatro años es la única huésped que hemos tenido en todo el día —añadió levantando ligeramente la sábana.

—Pero...

—Ven tú misma, muchacha, y lo verás —propuso, empujando de nuevo la camilla por el pasillo.

Lo seguí a cierta distancia. Atravesé las puertas basculantes y lo que vi parecía la consulta de un médico. Contra la pared había varias camillas vacías y, al fondo, una nueva puerta que conectaba con Anatomía Patológica, el lugar donde, según me dijo, realizaban las autopsias.

—¿Ves? En esta hoja están todas las entradas —afirmó mostrándome un carpesano gris—. Esta mañana se han llevado al tanatorio a dos ancianitos. Y aquí no hay más

referencias a ningún otro aventurero que haya entrado en el más allá.

Agradecí su extraño sentido del humor, aunque seguía sin entender qué estaba pasando.

—Pero el médico nos ha dicho que habían intentado salvarlo y no han podido. Y llegué aquí en una ambulancia desde el lugar del accidente.

—¿Quemado, dices? Es extraño porque aquí en Baleares no hay medios para tratar a los quemados profundos, solo a los superficiales, pero si alguien ingresa en Urgencias y, desafortunadamente, la diña, en este momento yo estaría preparándolo para la llegada del forense del juzgado. A no ser que ronde los noventa y entonces lo único que hay que hacer es el papeleo.

No esperaba una respuesta de ese tipo. Me despedí de aquel hombre tan peculiar y seguí sus indicaciones para llegar a la planta principal por un camino menos sospechoso. En cuanto me topé con un miembro del personal, le expliqué que me había mareado y que estaba perdida. Al ver la vía de mi muñeca no hizo falta más, y me llevó de nuevo a la sala, donde Philip esperaba en la butaca desolado. Se levantó como un resorte en cuanto me vio.

—¡Victoria! ¿Dónde estabas?

—Necesitaba ir al servicio y... no sé qué ha pasado —respondí ante la mirada de la enfermera.

Instantes después me quitaron el catéter.

—Quiero ver al médico que nos ha atendido antes —le dije a Philip—. ¿Cómo se llamaba?

—No recuerdo que lo dijera.

Cruzamos las miradas y asintió. Atravesó las cortinas y oí que pedía información a una mujer. Cuando regresó, lo hizo acompañado de un médico joven que me autorizó a irme a casa.

—Doctor, me gustaría hablar con la persona que nos ha atendido nada más llegar —insistí.

Tras describirlo físicamente, el doctor adujo que llevaba allí solo un par de semanas y todavía no conocía al resto de sus compañeros.

Al salir a la noche, un ataque de consciencia se apoderó de mí. Había perdido a Alejandro para siempre. Me sentía como si me hubieran arrebatado un órgano vital.

59. Es Codolar

Subí al asiento del copiloto de mi propio coche sin apartar la mirada del horizonte.

—Vamos a mi casa, ¿sí? Esta noche no pienso dejarte sola —afirmó Philip—. Llevas de todo en tu bolsa del gimnasio, ¿verdad?

—Sí... Philip... esto no es posible. No... no es posible que le haya pasado esto —murmuré pensando en qué información podía revelar para que me entendiese.

El resto del viaje transcurrió en silencio. Supongo que mi amigo temía poner la radio.

Inevitablemente me acabaría enterando de los detalles, pero por el momento era preferible que me mantuviera en la ignorancia, flotando en una nube de Valium y Solinitrina.

No pasaba por casa de Philip desde hacía días. Durante la primavera sus geranios se habían ido expandiendo y rodeaban la casita dándole un toque pintoresco. Aparqué bajo uno de los palios de madera y salimos.

Dejé la bolsa de deporte en un rincón y Philip fue a la cocina.

—¿Tienes hambre?

—No, solo sueño.

No me dejó dormir en la cama de invitados, y yo agradecí estar en su compañía.

La luz de mi mesita de noche iluminaba débilmente la estancia y yo no me atrevía a apagarla para quedarme a oscuras del todo.

—Sé que es un tópico, Victoria —dijo cogiéndome la mano—, pero recuerda solo lo bueno, y él estará siempre vivo en tu interior.

Minutos después se quedó dormido a mi lado. Yo sentía que la medicación trataba de dejar constancia de sus efectos, pero mis ojos seguían abiertos. Decidí que no podría dormir mientras no resolviera algunas cosas, así que cogí mi móvil de la mesita de noche y lo puse en silencio para no despertar a mi amigo. En cuanto vi el icono del WhatsApp con 34 mensajes sin leer, el corazón me dio un vuelco. La mayoría eran de Lola, escritos al principio de la tarde, cuando todo era tan confuso e irreal. Los demás eran de Tatiana, Sofía, y de mi primo Rubén. También había un par de Daniel y de Lorenzo. De forma breve les expliqué lo que había pasado. El resto de notificaciones se centraban en las fotos de Paul. En Facebook pude ver varios comentarios en mi muro, que me preguntaban por Alejandro: Rafa, el jefe de porteros del Glory's; o Manel, el profesor de *paddle*.

No me sentí mejor cuando acabé de hacer todo lo que tenía pendiente. El dolor de mi pecho no se relajaba, pero en lugar de devolver el teléfono a su sitio y cerrar los ojos en busca de unas horas de descanso, leí mis conversaciones con Alejandro, hasta llegar a la primera, en la que le proponía ir a cenar a algún sitio con la foto de una coliflor solitaria.

Su última conexión había tenido lugar quizá al mismo tiempo que yo subía al coche y conducía hasta el gimnasio para huir de la sensación de estar siendo vigilada por el CNI y la presión con la que empezó aquella jornada gracias al bloguero cabrón. Ahora esas imágenes absurdamente comprometidas carecían de importancia y me sentí estúpida por haberme preocupado tanto de algo que pronto estaría olvidado.

Empecé a escribirle unas palabras. Sabía que no las iba a recibir, al menos en este mundo, pero necesitaba decirle lo que mi corazón guardaba, como quien susurra al viento un día de tramontana.

Victoria: Alejandro, este es el texto más duro que he escrito en mi vida. Y jamás hubiese imaginado que iría dedicado a ti. Estamos en medio de la madrugada, y sé que te has ido para siempre, pero yo no he podido decirte adiós. No he tenido la ocasión de explicarte la forma en que tu presencia ha cambiado mi forma de entender el mundo. Me ha faltado la oportunidad de agradecerte las cosas bellas que has hecho por mí... A veces, un gesto sencillo vale más que un imperio. Los días a tu lado han sido tan intensos..., Cada segundo a tu lado ha sido más memorable de lo que podría vivir en mil vidas sin ti. Tu piel, tu mirada de fuego, tu noble voz y tu olor a magia, me acompañarán toda la eternidad. Te amo, Alejandro.

Me dormí con el teléfono en la mano y las mejillas mojadas de dolorosas lágrimas.

Capítulo 19: miércoles, 31 de mayo

60. Rosas rojas

Lola tomaba fuerte mi mano, Philip me rodeaba con su brazo. Caminábamos por un largo pasillo. Cuando entramos en la sala descubrí que las paredes estaban cubiertas de rosas rojas. Al final de la estancia, tres chicas vestidas de verde absenta bailaban. Cuando vi el ataúd al fondo de la sala, me paré en seco, pero mis dos amigos me ayudaron a continuar. Percibí que las personas con las que me cruzaba dejaban de hablar para mirarme fijamente en cuanto nos acercábamos. Reconocí a Fred, el marinero, que llevaba una camiseta oscura y hablaba con la asistente filipina. Samuel, el chófer, me sonrió al pasar. El altar, rodeado de más rosas rojas, resultaba demasiado teatral para ser fúnebre. Me crucé con Helmut, el director de Sa Talaia y la inoportuna Nicole.

Solo faltaba un paso para estar frente al ataúd y de repente tenía delante a Boris y a Leonid, acompañados por Tatiana, Diego y Claudio. Los tres me saludaban con la mano. Alguien abrió la tapa y todo desapareció. Su cuerpo permanecía inerte sobre un forro de terciopelo rojo. Los párpados que tanto había besado estaban inmóviles, y sus brazos completamente negros, como si los hubieran bañado en tinta china, sus tatuajes no se distinguían. Me acerqué y extendí la mano para tocar su rostro, tan bello y cargado de promesas que nunca se cumplirían. De pronto, abrió los ojos y me miró con unas pupilas del color del ámbar más intenso. Me sobresalté pero no me asusté. Solo podía recordar el tacto suave de su piel, de sus manos sobre las mías, y la palabra que sus labios pronunciaron con dulzura justo antes de que me despertara: «Birmania».

Me incorporé de un salto, la realidad me dio un bofetón y me sentí como si mi amante hubiese sido asesinado otra vez. Porque esa era para mí, sin lugar a dudas, la causa de su muerte. Recé para no vivir lo mismo todas las mañanas que me quedaban de mi vacía existencia.

—Buenos días, linda —dijo Philip saliendo del cuarto de baño.

Mi entrecejo arrugado le contestó por mí.

—¿Cómo has dormido? Voy a hacerte un buen desayuno. Lola ha dicho que acude a donde le digamos en un rato —dijo secándose el pelo con la toalla.

—¿Lola? ¿No trabaja?

—Bueno, son casi las dos...

Hacía tres horas que tenía que estar en el gimnasio.

—¡Ostras! ¡Mi trabajo!

—Tranquila —dijo asomándose por la puerta—. Esta mañana he llamado al club. Sofía te manda un abrazo y dice que te sustituirá.

—Oh, gracias. Aunque cuando esté un poco mejor creo que seré más feliz regresando al curro.

Lo seguí a la cocina. Philip debió ver mi cara de dolor y desconcierto. Me tendió la bolsita transparente que nos dieron en urgencias.

—Ahora te toca una de estas. Y dijo el doctor que sigas con las tuyas.

Lo observaba mientras colocaba el pan en la tostadora y ponía en marcha la cafetera. Desayuné y le agradecí su esfuerzo por sacarme de ese agujero de dolor, ayudándome a pensar en otras cosas. Le aseguré que estaba bien para conducir, así que decidimos ir a por su coche e ir a mi casa.

Cuando desactivé el modo avión de mi móvil llegaron, una a una, las respuestas a mis comunicaciones de la noche anterior, acompañadas de un montón de mensajes que no esperaba. Decidí ocuparme de ellas más tarde, porque me sentía todavía muy frágil.

En pocos minutos ya estaba preparada para salir. Estar de nuevo en aquella carretera me puso los pelos de punta. Respiré hondo y sonreí a Philip.

Al acceder al jardín comunitario, nos encontramos con Lola, que acababa de llegar del trabajo. Me abrazó con fuerza.

—¡Ay! ¡Victoria! ¡Todavía no me lo puedo creer! —exclamó.

Tragué saliva, ella tomó mi cara entre sus manos, para secarme las mejillas.

Subimos hasta casa con las bolsas de comida asiática que Lola se había encargado de comprar. En cuando inserté la llave en la cerradura fui consciente de que los micrófonos y las cámaras seguirían en su sitio. No fue fácil dar los primeros pasos. Era imposible mirar a cualquier rincón, mueble, o trocito de pared sin ver a Alejandro dedicándome uno de sus gestos burlones, un guiño, o un beso.

Lola se sentó a mi lado y me abrazó.

—¡Espero que tengáis mucha hambre! —exclamó Philip desde la cocina.

Llegó cargando una bandeja llena de recipientes con olores exóticos. En otras circunstancias, al coincidir así los tres, ya estaríamos riendo y bromeando, hablando de hombres entre *sushis* y *makis*. Esta situación tan funesta era nueva para todos.

De pronto Lola dejó los palillos sobre el plato.

—Hoy he comprado el periódico —exclamó sacándolo de su bolso.

Lo cogí, despacio, temiendo lo que pudiese encontrar, y lo desplegué.

Aquella imagen la había visto en televisión y en puro directo, pero en cuanto la observé impresa sobre el papel me di cuenta de que era algo oficial, que no podía borrarse.

En la siguiente página, un recuadro pequeñito llamó mi atención. Me quedé blanca en cuanto vi las dos fotos más que el bloguero cabrón había publicado.

«Al empresario no se le conocía relación estable pero había sido visto en algunas ocasiones con una ibicenca. La misma mujer que esta semana ha sido portada de un blog del corazón, en el que se la relacionaba con el futbolista Lucas Ferrer y el tenista Daniel Santos».

Miré a ambos con horror. No aparecía mi nombre, pero no suponía ningún consuelo. La gente que me conocía me iba a reconocer enseguida.

—¿Cómo pueden hacer esto? Estúpidos bastardos —murmuré sin encontrar un insulto

peor.

—Es una putada, tía —afirmó Lola—, pero mañana se acabarán para siempre las malditas fotos.

Respiré hondo tratando de relajar mi cuerpo, para que la rabia no me produjese una indigestión.

—Hemos quedado mañana con él, porque a Lucas le tenía que dar tiempo a reunir el dinero, pero tenemos su promesa de que no publicaba nada más a partir de ya —aclaró Lola, apartando el periódico—. Voy a preguntarle dónde quedamos.

Recordé a los puñeteros espías. Estaba convencida de que a ellos no les debía importar quién apareciese en ese despreciable blog, pero que Lucas fuese a pagar medio millón de euros sí que podría suponer una investigación fiscal o algo por el estilo. Recé para que nadie se viera perjudicado por los micrófonos de mi piso, pero la imagen que no desaparecía de mi cabeza era la de Alejandro. *¿Cómo estarían viviendo sus compañeros del servicio secreto la terrible noticia? ¿Podrían haber hecho algo para ayudarlo?*

Miré de soslayo la lámpara y sentí que no tenía por qué seguir manteniendo esa farsa. La furia comenzaba a hacer hervir mi sangre y deseé que supieran que yo estaba enterada de todo, pero delante de mis amigos debía seguir actuando con normalidad. Acabamos de comer y Lola anunció que no podía evitar ir a la oficina, pero que en un par de horas estaría de regreso, y podría quedarse conmigo.

Me resigné y acepté que ellos llevaran las riendas por el momento. Recogimos la mesa y nos espachurramos en el sofá con unas tazas de café. En ese momento sonó el móvil de Philip.

—Es Paul —exclamó en cuanto miró la pantalla—. Prefiere quedar en mi casa.

Lola se incorporó y le envió un mensaje a Lucas.

—Dile que de acuerdo. Mañana a las cinco de la tarde vendrá Lucas a tu casa con el dinero en efectivo —exclamó Lola.

—¿Cómo está él? —pregunté.

—Lleva días un poco desquiciado. Muchos invitados le han llamado, enfadadísimos, culpándole de lo que está pasando.

—Bueno, él no tuvo nada que ver, pero sigo creyendo que no es muy lógico que hubiera tantos periodistas... —reflexioné.

—Ya, pero si lo piensas, eso es lo de menos —propuso Lola—. El puto Paul es el único responsable y, aunque no se hubiera montado el *photocall*, él habría logrado hacerles fotos fuera a los famosos que salían de la fiesta.

Respiré hondo. Si aquel carroñero de la imagen había tomado fotos de todo a lo que pudiese sacarle partido, quizá existían instantáneas del momento en que mi odioso secuestrador me arrastraba hasta su furgoneta. Me sentí desprotegida. Sin Alejandro, los matones podían intentar secuestrarme nuevamente cuando les apeteciese, y si eso ocurría no me quedaba ni una sola posibilidad de lograr un final feliz.

Philip se puso en pie.

—Chicas, tengo que ir al centro. Hablamos luego, ¿vale?

Se despidió y nos dejó solas, ante una segunda ronda de café. Volví a tomar el periódico.

—A mí siempre me gustó. No sé por qué —murmuró Lola al verme abrir aquellas páginas—. Tan guapo, tan misterioso, tan atento...—añadió mirando al techo— supongo que me gustan los hombres complicados.

—Lo que más me duele es no poder saber lo que habría pasado. —Los dulces momentos que habíamos compartido pasaron por mi cabeza en fugaces pinceladas, al mismo tiempo que sentía el alma encogida.—. Había gente que sentía algo parecido al miedo hacia él, y creo que todo se traducían en respeto —murmuré.

—Además tenía sentido del humor. Hacía que su compañía fuera agradable —añadió.

—Sí. Fue muy divertida la cena del sábado a pesar de lo del blog. El domingo por la noche se tuvo que marchar y ya no apareció... —recordé, recuperando la sensación de su pérdida—. Ahora me siento culpable, porque podía haber ido a su casa... quizá hubiese provocado un cambio y lo de ayer no hubiera pasado.

—O... hubieras estado en el asiento del copiloto, Victoria...

La miré con la boca abierta.

—¿No te importa quedarte sola? Serán un par de horitas, máximo —dijo tras leer un mensaje que le acababa de entrar.

—Tranquila. Voy a intentar concentrarme en el trabajo —me propuse, recogiendo las tazas en la bandeja, aunque el nudo en mi corazón me hacía difícil pensar en otra cosa.

61. Frambuesa

Repasé los últimos párrafos que había traducido, en busca de errores. Por desgracia, el protagonismo del detective Gallagher quedó en segundo plano porque mi atención la absorbía mi Alejandro y la idea de su asesinato, que iba ganando terreno en mi mente.

No llevaba trabajando ni veinte minutos cuando sonó el timbre del portal. Los de la editorial solían enviarme libros para que los valorase de cara a una posible traducción al sueco. Al abrir la puerta me sorprendió encontrarme con un hombre que sostenía una bolsa blanca. El corazón se me hizo un nudo al leer las letras.

—¿Victoria Svensson?

—Sí. Soy yo.

Me entregó la bolsa y lo miré con sorpresa.

—¿Quién lo envía? —le pregunté mientras firmaba en la pantalla electrónica.

—Es de la tienda Mayurka. Suelen poner dentro un sobre o una tarjeta —murmuró.

Le di las gracias y cerré la puerta. Mis sienes volvían a palpar y, por un momento, me dio miedo abrir el paquete. Si los mafiosos nos habían estado investigando, sabrían cosas acerca de los regalos que Alejandro me había hecho, del mismo modo, sus compañeros de la agencia de inteligencia podían aprovechar ese medio para llegar hasta mí.

Lo dejé sobre la mesa después de sacudirlo un poco. Encontré una bolsa de papel y una caja de zapatos roja, de Carolina Herrera. Al levantarla descubrí un pequeño sobre en el que podía leerse mi nombre. Lo rasgué con ansia, excitada por lo que pudiera encontrar. Desplegué la hoja y el corazón se me encogió:

«Sirenita mía, pronto tendremos que celebrar algo por todo lo alto y ¿qué mejor opción que hacerlo con este estupendo vestido color frambuesa?».

Tuve que leer la nota tres veces antes de que mi cerebro reaccionase. Vacíé la bolsa y mis dedos se encontraron con el sedoso tacto del raso. Descubrí un vestido entallado con los tirantes cruzados en la espalda y los hombros al aire. Su silueta se acampanaba desde la mitad del muslo, creando un efecto de cola de sirena. Necesité sentarme en el sofá. Mi corazón palpitaba desesperado y me sentía más desconcertada que nunca. Estaba empezando a asimilar que Alejandro había desaparecido y, de repente, recibo una sorpresa con un mensaje que parece llegado desde el más allá. Respiré hondo y miré el hermosísimo vestido, tratando de encontrar una explicación lógica a su presencia.

En el interior de la caja, un par de sandalias *peep toe* de tacón de aguja, del mismo color que el vestido hicieron que se me saltaran las lágrimas. Aquella sorpresa tenía que provenir de Alejandro, no había otra explicación, pero... «¿Cómo era posible? ¡¿Cómo?!»

Alcancé mi móvil y busqué en internet el teléfono de la *boutique*. Le expliqué a la mujer que contestó que acababa de recibir un paquete, y le describí su contenido.

—¿Me podrían decir cuándo fue adquirido este vestido y quién fue el cliente?

—Disculpe, pero no podemos facilitar los nombres de nuestros clientes, espero que lo comprenda.

—Por favor, señorita —supliqué—, se trata de algo muy importante para mí.

Al otro lado de la línea se hizo el silencio.

—El lunes nos encontramos con el encargo por e-mail, con la transferencia ya hecha. Se dieron órdenes explícitas para que lo entregáramos hoy. Es lo único que le puedo decir.

Me despedí dándole las gracias. Respiré hondo y traté de situarme y comprender lo que estaba pasando. Si Alejandro había comprado el vestido antes del lunes, fue cuando ya no respondía a mis llamadas.

Acaricié el vestido para disfrutar de su hermoso tacto. Necesitaba sentirlo sobre mi piel, como si fuesen las manos de Alejandro, que me abrazaba una vez más. Corrí al vestidor con la caja de Mayurka. Bajo la luz blanca la prenda se veía, claramente, color frambuesa, y eso no podía ser una casualidad. Era nuestra palabra, y cuando la utilizase yo debía actuar con naturalidad, comportándome como una colaboradora más, sin ninguna relación afectiva de por medio y, lo que es más importante: «Tendrás que seguirme la corriente, incluso si hago cosas extrañas o inesperadas».

La combinación con mi pelo resultaba escandalosa y sobre los tacones me sentí como una diosa. Era injusto que Alejandro no estuviese aquí para verme, ni para poder hacerme el amor, e inesperadamente volví a sentir algo parecido a la esperanza. *Tiene que estar vivo*, me susurraba mi voz interior.

Leí una vez más la tarjeta. Recé para que, realmente, esa fuese su manera de decirme que estaba vivo y que las cosas iban a salir bien. Entonces caí en que los que me espiaban debían estar siendo testigos, pero sentí que ya no valía la pena continuar con esa puesta en escena. Subí al sofá y tomé la lámpara de techo. Mis dedos palpaban cada centímetro, buscando algo que se saliera de lo normal entre el cristal y el metal. Trasteé un poco, conseguí desenroscar la tulipa y la quité, pero no había más que una bombilla y un poco de polvo.

Hice lo mismo con las otras lámparas y en ninguna encontré nada que no debiera estar en su sitio. Alejandro me había explicado que estos dispositivos eran altamente avanzados y se camuflaban en casi cualquier rinconcito, pero era preferible que tuvieran acceso a la electricidad para asegurar su funcionamiento permanente, por eso solían instalarse dentro de aparatos.

—¡Sé que estáis ahí! —me sorprendí diciendo en voz alta—. Sé que lleváis días espíandome. Escuchando, grabando... ¡Lo sé! ¡Y ahora mismo voy a encontrar las pruebas!

Fui a por la caja de herramientas y empecé mis pesquisas en el vestidor.

—¿Qué? ¿Os ha hecho gracia lo que habéis visto? ¿No teníais nada mejor que hacer?

Comencé retirando cada cajón y revisando lo que había al fondo. Con paciencia exploré toda la habitación en busca de un pequeño cablecito que entrase por la pared o hacia el suelo. Hice lo mismo con las luces estilo camerino, pero no encontré nada que resultase sospechoso. Incluso descolgué el espejo de cuerpo entero, con la esperanza de descubrir un panel lleno de cables y la evidencia del espionaje que habían llevado a cabo, seguramente de manera ilegal, en mi piso, pero no encontré más que la pared blanca y lisa.

Me dejé caer en el sofá, indignada.

—¡Los tenéis bien escondiditos!, ¿eh, cabroncetes?

El enfado hervía por mis venas, mezclado con indignación, frustración y una tristeza que no conseguía mitigar. Esos malditos micrófonos eran el único elemento que me conectaban todavía con el lado oculto de Alejandro, y no los encontraba. Continué registrando cada cuadro, cada estantería, cada electrodoméstico...

—¿Estáis disfrutando? —grité a la nada—. ¿Por qué no venís aquí a decírmelo?

Las palpitaciones de mi pecho iban en aumento. Llevaba días creyendo, palabra por palabra, todo lo que Alejandro me había confesado acerca de su doble vida, pero no había ninguna prueba que me demostrase que fuese cierto. Recordaba muy bien los lugares en los que él me aseguró que estaban ocultas las cámaras y demás dispositivos. A mi corazón le costaba creer que, en realidad, sus palabras fuesen mentira, pero mi cabeza empezaba a analizarlo todo desde otro punto de vista.

Ya estaba girando el primer tornillito para desmontar el *router* cuando tocaron a la puerta. Me puse de pie de un salto. ¡Mierda! ¡Me han oído y vienen a por mí!

Corrí al vestidor, me quité el vestido y me puse unos tejanos. No sabía qué podía pasarme si me metía en un lío de verdad con el servicio secreto. Quizá me había sobrepasado y me detendrían por ofender a la autoridad o algo parecido. Al entrar en el

vestidor a por una camiseta y ver mi reflejo, observé los pendientes que llevaba puestos, unas perlas con alta tecnología en su interior, camuflados como unas joyas normales y corrientes, que en esos momentos me parecían de una absurdidad extrema.

Al asomarme a la mirilla mis paranoias se desvanecieron.

—¡Victoria! ¿Qué te ha pasado? —exclamó Lola en cuanto le abrí—. ¡Tienes cara de susto! ¡Y estás sudando!

Al entrar en el piso el asombro de su rostro se acrecentó. Por todas partes había cajones abiertos, muebles movidos, cuadros torcidos, libros esparcidos, botes volcados...

Quería responderle con la verdad, pero en lugar de abrir la boca, empecé a llorar.

—Tranquila, Victoria —dijo abrazándome—. Pronto lo vas a superar. Ya verás. ¿Qué es eso? —preguntó señalando la caja de Mayurka.

Le tendí la tarjeta manuscrita.

—¡Dios mío! Esto... ¡esto es de Alejandro! —exclamó asombrada.

—He llamado a la tienda y me han dicho que lo encargó el sábado.

Tomó el vestido en sus manos con suma delicadeza.

—Entiendo que estés impactada —dijo abrazándome una vez más—. ¡Y la nota! ¡Es increíble! ¿Es su letra?

—Sí —afirmé mirando al cielo para reprimir una lágrima.

—¿A qué se refiere?

—A una fiesta elegante a la que íbamos a ir dentro de unos días —mentí.

—Y... ¿qué ha pasado en la casa? —preguntó con cautela.

—Me he puesto a buscar... algo de él. Algo que permaneciera en el piso sin que yo lo supiera.

Ella asintió, no muy convencida.

Entre las dos logramos que el apartamento recuperara su orden habitual en pocos minutos, y la dejé contestando unos *e-mails* con su iPad mientras yo regresaba a mi traducción.

Me sentía devastada, pero aun así logré dejar la neurosis y centrarme solo en las palabras, hasta que Lola vino a mi estudio.

—Victoria, quería comentarte una cosa. En el trabajo, he oído hablar a mi jefe del accidente de ayer. —La contemplé con atención—. Según dice, Alejandro tenía una póliza de vida altísima.

—Bueno, sé que su padre vive en Madrid, y viene de una familia trabajadora. Al menos tendrán un pequeño consuelo... pero ni todo el dinero del mundo puede compensar una vida humana, y menos aún... la suya.

—¿Te gustaría conocerlo? A su padre.

—Pues, la verdad es que sí. Me encantaría poder contarle cosas bonitas de su hijo.

Quizá le consuele saber que, al menos, durante las últimas semanas, fue feliz —admití verbalizando por primera vez algo que ya había pensado.

—Quizá pueda enterarme de algo a través del tema del seguro —dijo sonriéndome.

El sol había ido bajando y ya no quedaban muchos minutos para disfrutar de su cálida luz. La traducción había supuesto un paréntesis para no pensar en la búsqueda frustrada de los micrófonos, dejando mi opinión sobre Alejandro en cuarentena, sin haber decidido lo que pensaba realmente de él. El problema era que aun descubriendo que todas sus revelaciones eran un invento de su imaginación, si lo volviese a tener delante, lo seguiría amando como en los momentos más intensos de nuestra fugaz relación.

—¿Cenamos? —propuso Lola. Y minutos después ya estábamos sentadas en la mesa del comedor, con dos copas de vino tinto.

Los días complicados habían cerrado mi estómago y, después de unos cuantos trozos de *provolone* y una hamburguesa, ya no podía más. Además, echaba de menos una buena sesión sobre la bicicleta.

—¿Viene Lucas esta noche, o vas a su casa? —pregunté cuando ya habíamos recogido la mesa y degustábamos el vino.

—No. Prefiero estar contigo, Victoria. Además, también mola que me eche un poquito de menos, ¿no? —murmuró entornando sus traviosos ojos verdes.

—Sí. Tienes razón. —Y pensativa, añadí—: ¿Sabes qué echo yo de menos?

—¿Qué?

—No me hice ni una sola foto con Alejandro, y me entristece muchísimo.

Ella se quedó pensando en silencio.

—Y... ¿en aquel *photocall*?... No... Él no estaba —dijo haciendo memoria—. ¿Y con los argentinos, o en el *Glory's*? ¿No nos hemos hecho fotos en grupo?

—Sí, tía. Con ellos sí. Con Diego tengo como siete. Pero ninguna con él —musité sintiendo cómo fluían las lágrimas.

—¿Qué rabia! ¡Si nos pasamos el día haciéndonos fotos como gilipollas! ¿Cómo es posible?

—Me da miedo olvidarme de él... de su cara. De sus ojos.

—Victoria —dijo acercándose a mí— habéis tenido una relación espectacular. Breve y extraña, quizá, pero espectacular. Y eso no se olvida así como así.

Agradecí sus palabras y asentí. Miré alrededor, y por primera vez, sentí algo extraño al saber que no había nadie mirando ni espiando. Quizá nunca lo hubo, aunque ya me había acostumbrado a medir mis movimientos y mis palabras.

Decidimos ir a la cama y Lola insistió en que durmiéramos juntas, como cuando íbamos al instituto. Al ver de nuevo el vestido frambuesa, colgado en una percha en el pomo de mi armario, recordé sus comentarios acerca de ceñirnos a las palabras clave, y sentí un escalofrío.

Cerré los ojos con cierto temor a que el timbre pudiese sonar en cualquier momento.

Ibiza, 08 de febrero de 2011

El hombre alto y rubio ignoró a la secretaria que, frente a la puerta del despacho del alcalde, le repetía una y otra vez que para verlo necesitaba concertar una cita.

La apartó como quien hace a un lado unas ramas para adentrarse en el bosque.

—Hola, Arturo.

Este se levantó de un salto al verlo irrumpir en su despacho.

—Boris... Hola. ¿Qué... qué haces aquí? —preguntó tratando de reprimir su consternación.

—¿Así recibes tu socio?

—Bueno. Verás. Estamos en...

—Sé dónde estamos. Y sé bien cómo tú has llegado aquí. ¿Ya olvidarte todo, Arturo?

Arturo mudó el gesto. No necesitaba que le recordaran las razones por las que le tocaba complacer a ese hombre, y a toda la organización que había tras él.

—No. Claro que no.

—¿Has recibido indicaciones? ¿Cierto, amigo?

—Boris. Eso... eso no podemos hacerlo así. Tenéis que comprender que estas cosas... No es posible hacer todo lo que uno desea, por mucho que tenga una posición de poder.

—¿Poder? Eso no es lo que yo tengo entendido. Llevamos un año invirtiendo en tu. Y en tu ayuntamiento. ¿Eso no recuerdas?

Tragó saliva. No había un solo día en el que no se despertara sudando y nervioso, pensando en cómo había hipotecado su futuro, y su carrera política.

—¿Tú hacerme traer otra vez fotos? ¿Quieres ver vergonzosas imágenes que mostramos a todo el mundo si rompés pacto?

Arturo observó, agotado, esa mirada acuática desafiante. ¿Mala suerte? ¿Una jugada del destino? Fuera lo que fuera, ya no había vuelta atrás. Él siempre quiso ayudar a lograr mejores condiciones para todos, trabajando por el bien común, actuando para que el mundo fuese más justo, pero un día se despertó narcotizado, atado a la cama de un hotel. La retorcida escena que los rusos habían recreado sería la vergüenza de su familia, del partido, de la isla entera, si dejaba que saliera algún día a la luz.

—No hace falta que te enfades. Solo digo que hay otros modos de actuar.

—Cierto. No te conviene que yo enfade.

—Debéis entender que esto no es un bufet libre. Hemos de meditar mucho las cosas. Y hacerlas con cabeza.

—*Maladiets!* ¡Ahora nos entendemos! Eso está bien. Yo pido lo que necesito, tú meditar todo lo necesario para obtener.

Él suspiró hondo. Sin duda eran dueños de su destino, pero todavía le quedaba alguna carta, y trataría de jugarla lo mejor posible.

—Aquí no podemos hablar, Boris. Es mejor que nos veamos en otro sitio.

La prosperidad no tiene por qué estar reñida con la conciencia social. Ese había sido siempre su lema, aunque, cuando aquella gente le preparó una trampa magistral, se dio cuenta de que no había modo de combatirlo. Solo le quedaba aceptar sus condiciones, tratando, al menos, de que las decenas de miles de euros que llegaban a su ayuntamiento, y al partido, se utilizaran del modo más positivo posible.

El ruso asintió.

—Muy bien. Será buena ocasión para yo enseñar terrenos que queremos comprar. Vamos construir la discoteca más grande que jamás haber en Ibiza.

Capítulo 20: jueves, 1 de junio

62. Paz

Me desperté al oír un ruido en el baño. En un primer momento imaginé a Alejandro saliendo de la ducha, envuelto en una nube de vapor, con el agua deslizándose por sus pectorales y la mirada desafiante de sus ojos color de fuego. Pero me di cuenta de que estaba tumbada en su lado de la cama. Descubrir cada mañana que Alejandro ya no existía era una forma muy cruel de empezar el día. Me puse en pie tratando de sacar la mejor de mis actitudes de donde no había fuerzas, y fui a la cocina.

—¡Buenos días! ¿Te he despertado? ¡He intentado no hacer ningún ruido! —dijo Lola levantándose del taburete.

—Estoy bien. He dormido lo suficiente.

Me señaló con un gesto el desayuno que me había preparado y yo cogí la taza de café. Instantes después ella salía por la puerta con un portafolio en la mano. Quedamos en vernos en casa de Philip para recibir al bloguero cabrón.

Necesitaba ver qué noticias publicaba el periódico por lo que decidí ir al kiosco. Al salir del *parking* pasé junto al Mercedes Clase C y me di cuenta de que tendría que hacer algo con ese coche para que nadie denunciara su desaparición, aunque no tenía ni idea de a quién llamar. La sensación de abandono que sentía me encogía el corazón.

Desplegué el diario y pasé las páginas deteniéndome en cada titular. Al final de la sección local encontré su nombre. Me descubrí pasando el dedo por las letras que lo componían, antes de leer la noticia. Cuando lo hice, me quedé sin aliento.

Dos párrafos que me resultaron devastadores. En ellos hacían referencia al accidente, y mencionaban a los familiares que habían llegado de Madrid. Se trataba de su madre, acompañada de la desconsolada viuda de Alejandro Ortega.

«La viuda del señor Ortega a su llegada a los juzgados». *Dios mío. Esto no puede ser real.*

Saqué el móvil del bolso pero, de repente, me di cuenta de que no sabía a quién llamar. Philip y Lola se acabarían enterando, pero ¿qué tipo de explicación podía darles para una noticia no tenía ni pies ni cabeza?

Sentía mi corazón retorcido y notaba cómo las lágrimas empezaban a hervir en mi cabeza, ansiosas por estallar. Incluso me pareció que me subía la fiebre.

Regresé al periódico y seguí pasando las hojas con las manos temblorosas. Descubrí su esquila.

«Falleció a la edad de 38 años. Descanse en paz. Su madre, Olga Garrido Morales; su esposa, Carolina González Camacho; y la razón social Aurum Ibiza, S.A. se lo participan y ruegan le tengan presente en su plegaria y les comunican que la despedida del duelo se celebrará en el tanatorio de la calle Baldraques, 24 de Ibiza, de las 18.00 a las 21:00 horas».

Sentía un dolor agudo en el pecho y una presión en la garganta que no me dejaban

respirar. Quería arrancar, regresar a casa pero me era imposible. Me sentía profundamente dolida, pero al mismo tiempo tenía la sensación de que algo no cuadraba. Era pronto, pero decidí ir al tanatorio. No tenía claro si era una mala idea, pero necesitaba ver su cuerpo para acabar de creermelo que aquello le había ocurrido a él.

El tanatorio estaba al principio de la carretera de San Antonio, en una calle lateral. En el exterior esperaba un coche fúnebre, frente a un grupo de personas que entraba y salía con *kleenex* empapados. Me acerqué a un mostrador.

—El velatorio al que usted se refiere es esta tarde —me informó una chica.

—Sí. Lo sé. Pero me gustaría saber si... Si sabe si está ya aquí, o todavía no.

Ladeó la cabeza ante mi pregunta.

—Voy a preguntarlo —murmuró, y salió por una puerta.

Crucé los dedos. Si él ya estaba allí, por fin iba a tener la ocasión de verlo, aunque fuese solo un segundo.

La chica regresó con una carpeta en la mano.

—Sí que está aquí. Si quiere, puede acompañarme, le indico el lugar —señaló el pasillo.

La miré sin creer que por fin fuera a ver lo que quedaba del amor de mi vida. El corazón se me aceleró.

Se detuvo delante de una puerta y la abrió con una llave.

—Puede entrar y hacer sus plegarias tranquilamente, pero, que sepa que este no es el procedimiento normal. Yo estaré en recepción.

Le agradecí su amabilidad. La sala estaba iluminada con luces indirectas y hacía frío. Grandes macetas y coronas estaban apoyadas en soportes metálicos. Avancé, extrañada de no ver un ataúd por ningún sitio, y entonces la descubrí. Encima de un pilar de mármol había una urna plateada con forma de jarrón y una pequeña placa con su nombre. *¡No puede ser! ¡Ya lo han incinerado!*

Acaricié las letras en relieve. Sentía el escozor en los ojos, y entonces me di cuenta de una de las cosas que no encajaban. *¿Cómo puede ser esto un funeral real si Alejandro ni siquiera lo era? ¿Cómo puede haber una familia vinculada a unos apellidos que supuestamente fueron adquiridos para su infiltración?*

Quizá Ortega siempre había sido su nombre real y Alejandro Azcona no existía más que en su imaginación, igual que la profesión de agente del CNI. Quizá no fuese nada más que lo que aparentaba ser: un empresario mujeriego con un montón de negocios ilegales.

Con sumo cuidado levanté la tapa del jarrón plateado y vi una mezcla de polvo gris y arena entre montoncitos de gravilla *beige*. La volví a cerrar. Estaba a punto de salir a preguntarle a la chica qué había pasado. Nunca más volvería a ver su bello rostro, ni siquiera con los párpados cerrados, preparado para su descanso eterno. Me sorprendí pronunciando unas palabras.

—Alejandro... Quería despedirme de ti... Necesitaba decirte adiós...

Me sentí tonta y me di la vuelta para salir de la lúgubre habitación. Me sobresalté al ver

que la puerta se abría y me detuve. Apareció la misma chica que, con un gesto, invitaba a alguien a pasar. En un instante, la sala contaba con dos nuevos visitantes: Nicole y Boris. Me miraron con cierta confusión, pero no más de la que yo debía transmitir.

Quise decir algo, pero el nudo en el corazón no me dejaba hablar.

—¡Señorita Svensson! —exclamó Boris—. ¡Qué sorpresa!

Se acercó y me regaló tres besos en las mejillas, bajo la atenta mirada de Nicole. Tras el tercero, se empezó a alejar de mí, pero de repente, como si estuviera siguiendo un impulso, me estrechó entre sus brazos y me dedicó unas palmaditas en el hombro. Su gesto amigable colisionó en mi mente con todo lo que Alejandro me había contado sobre él y sus socios: narcotráfico, extorsiones, amenazas, blanqueo de dinero, tráfico de mujeres y, por supuesto, asesinatos... Asesinatos. Traté de fingir normalidad. Él sonreía, pero su rostro se veía más pálido de lo normal, cansado y ojeroso.

—Yo siento mucho. Sasha era gran amigo —murmuró tratando de dibujar una sonrisa—. Sí. Lo sé —acerté a decir.

Volver a escuchar ese mote fue devastador, pero no podía permitirme desmoronarme delante de ellos. Asentí, y me di cuenta de que también debía saludar a Nicole, aunque ella no había hecho ningún amago de acercarse.

—Hemos venido a... presentar nuestros respetos —dijo por fin, con los ojos vidriosos, mirando de reojo a su acompañante.

—Yo también. Pero es un poco tarde —musité, señalando la urna al fondo de la sala.

Boris hizo un gesto de extrañeza.

—*Ochiort!* Yo no... no comprender —se lamentó, e intercambió con Nicole unas palabras en ruso.

Con un interrogante en la cara me cogió de los hombros:

—¿Por qué él no aquí?

—Yo tampoco lo entiendo —mascullé, inquieta al descubrir que a ellos les desconcertase tanto como a mí.

Estuvo unos instantes negando en silencio, con la cabeza inclinada y los ojos entrecerrados. Sentí compasión por él y me arrepentí de haber pensado que los rusos o él pudieran estar detrás del desgraciado destino de mi Alejandro. Pero si no habían sido ellos, ¿qué había pasado?

Exclamó algo en voz baja. Me di cuenta de que estaba rezando. De entre todas las palabras que dedicaba a los restos de nuestro Sasha solo distinguí una: *Brat* (Hermano).

Al apartarme un poco, sentí que me agarraban por el codo. Al girarme descubrí los ojos grandes de Nicole, mirándome con intensidad.

—¿Sabes qué hacía cuando tuvo el accidente?

Su pregunta me desconcertó.

—No. La verdad es que llevaba días sin saber nada de él.

—¿No lo veías en la oficina?

Tragué saliva, irritada por tener que fingir nuevamente aquella pantomima.

—Solo voy al despacho cuando necesitan mis traducciones, o que haga de intérprete con suecos o franceses.

Su presencia me hacía sentir incómoda. A pocos metros, Boris cabeceaba mientras le dedicaba su atropellado monólogo a Alejandro. Parecía imposible que aquel hombre pudiera estar detrás de su asesinato.

—Supongo que andas muy ocupada con tenistas y futbolistas —murmuró, pronunciando cada palabra como si fuera una daga que trataba de atravesar mi piel.

Parpadeé desconcertada. El maldito blog había llegado hasta aquella bruja eslava.

—Bonita, no te creas todo lo que dicen en internet —respondí con actitud desafiante.

—¿Sabes? Desde que has aparecido, las cosas se han complicado. Semanas atrás todo estaba en su sitio —exclamó subiendo la voz.

—No sé qué quieres decir. Todos estamos tristes... ¡Estoy completamente destrozada, joder!

—¿Ah, sí? Curioso sentir algo así de un jefe. Muy curioso.

—Mira, Nicole... no tiene sentido que ahora hablemos de esto.

Me giré, con la intención de salir, y me agarró del antebrazo, con más firmeza. Me detuve, y su mano se posó en mi pulsera. La rodeó, y sentí la fuerza con la que la asía, quizá sopesando su valor... quizá sospechando de dónde provenía. La miré desconcertada, y sus ojos parecieron afilarse. Sin decir nada, me soltó, levantando un poco la barbilla con desprecio.

Al dar un paso hacia nosotras sonó el teléfono de Boris, él se volvió y soltó un *Kak dilá* (¿Cómo van tus asuntos?) con el ceño fruncido. Sin esperar una ocasión mejor, me despedí y salí de allí. Al cerrar la puerta, un torbellino de dolor y perplejidad me entrecortaba la respiración.

La recepcionista me vio llorando cuando pasé frente al mostrador.

—Perdone —le dije tragando saliva—, ¿cuándo lo han incinerado? Pensaba que se hacía después del funeral.

—Creo que fue ayer. No es muy habitual, pero estas decisiones las toman los familiares.

Le di las gracias y salí de allí, protegida detrás de un *kleenex* empapado y con una profunda agonía en el corazón.

Iba desorientada cuando tomé la carretera de San Antonio. Llamé a Philip. Su teléfono comunicaba. Probé con el de Lola y me topé con el mismo resultado. Al mirar de refilón al asiento vacío del conductor, donde yacía la esquila de Alejandro, volví a sentir que no podía respirar.

Necesitaba detenerme para recuperarme. Decidí parar en Vinyl. Pedí un *capuccino* y volví a abrir el diario, por esa página que tanto daño me había hecho. Carolina, su viuda,

llevaba su claro cabello recogido en un moño. Sus ojos se ocultaban tras unas Wayfarer, por lo que no era posible conocer muchos más detalles sobre ella en la fotografía. A su lado había una señora con arrugas marcadas y el pelo oscuro. Teóricamente Olga, la madre de Alejandro. De nuevo, las alarmas de la cordura se me dispararon.

En nuestra primera cena él me habló de su madre fallecida cuando él tenía catorce años, y días después me confirmó que en aquella ocasión me había dicho la verdad, añadiendo el detalle del atentado terrorista. Cuando lo relató la voz se le quebró. *¿Es posible fingir algo así, por muy buen agente que uno sea? Y si su madre había fallecido... ¿Quién era la señora que había llegado para encargarse de sus restos?*

El móvil vibró sobre la mesa, y sonó el tono de Moloko.

—¡Victoria! Tía, ¡no te vas a creer lo que han descubierto en casa de Lucas!

—¿Qué ha pasado?

—Unos técnicos instalaban un sistema de sonido, y se han topado con una red de cámaras ocultas de alta resolución, por la casa y por las terrazas.

—¿C... cómo dices? —pregunté, intentando encontrarle una lógica a esa noticia.

—¡Con eso se tomaron las fotos! Existen montones de vídeos con todo el material.

—¿Y cómo fue Paul capaz...?

—Eso es lo más *heavy* —me interrumpió excitado—. ¡Tenía un cómplice! ¡Álvaro! Ahora mismo Lucas está discutiendo con ese mamón por teléfono. Ya no vale el trato de dinero a cambio de las fotos, ahora hay que conseguir que destruyan todos los archivos de vídeo.

—Madre mía. Bueno, nos veremos esta tarde.

—Yo ya no pinto nada aquí. Acudo a Vinyl, ¿ok?

Por fin tenía sentido que ninguno recordase haber visto a Paul, y que además consiguiera imágenes de momentos que solo duraron un instante.

Philip llegó poco después, y al ver mi cara de consternación, tuve que explicarle lo del tanatorio y la noticia del periódico.

—Quizá estaban separados, y ahora ella quiere heredarlo todo.

Nos quedamos unos segundos en silencio.

—¿Dices que Boris y Nicole estaban también allí?

—Sí, Boris se desmoronó en cuanto vio que lo habían incinerado.

—Supongo que eran buenos amigos —reflexionó.

—¿Sabes de qué se ha enterado Lola? Alejandro tenía contratado un seguro de vida altísimo.

—Así que para su familia es como si les hubiera tocado la lotería, ¿no? Pues lo que yo decía, que esa mujer debe estar interesada en el dinero.

Un timbre anunció la llegada de un mensaje.

Tatiana: «Victoria, ¿cómo estás? Me imagino que estos días están siendo durísimos para vos. Yo no puedo ni imaginarlo, pero nos gustaría mucho poder darte un abrazo. Que sepas que nos tenés para lo que gustes, bonita».

—Qué maja, Tatiana —murmuró él.

—Voy a llamarla. Quizá sepa algo que arroje luz a todo este asunto.

Inserté el auricular en su clavija y le tendí uno de los extremos a mi amigo.

—Victoria, linda. ¿Cómo te encontrás? —dijo al contestar.

—Bien, Tatiana. Gracias. Bien, dentro de lo que cabe. Aquí estoy, con Philip.

—Hola, guapa —exclamó él.

—Qué bueno que estén juntos. Ya sé que es pronto para hablar de esto, pero lo que ha pasado, no tiene nada de natural. Supongo que sos consciente de ello.

Philip y yo nos miramos.

—Tené cuidado con los rusos. Con toda la gente de Glory's. —Su advertencia me impactó—. ¿Tenés algún documento, algo que fuese de Alejandro?

—No. No tengo nada así —respondí revisando mentalmente si podía haber algo en mi casa.

—No te quiero asustar, pero andate con ojo, reina.

—Gracias. Gracias, Tatiana por tus consejos.

Tras colgar, nos quedamos unos segundos en silencio.

—Ni en mis peores pesadillas hubiera imaginado esto, Philip —murmuré—. ¿Comemos juntos? Necesito pensar, pero no quiero estar sola.

—¡Claro que sí! Y no vas a estar sola en ningún momento.

Sus palabras me reconfortaron. Me inquietaba la amenaza que pendía sobre mí. Al recordar al secuestrador ruso se me pusieron los pelos de punta.

Cuando llegamos a su casa, nos vino a saludar un gato gordo y pelirrojo.

—Es Popeye. El de mi vecina —dijo Philip cuando se enroscó en sus tobillos.

Minutos después ya habíamos recalentado un arroz tres delicias junto a unas hamburguesas de lentejas. Un sol radiante brillaba en un cielo azul intenso. Un día alegre y precioso que, en cualquier otro momento habríamos disfrutado frente al mar.

63. Popeye

—Álvaro montó el sistema de grabación como una retorcida estratagema para extorsionar a una serie de personas relevantes. Tan solo usó al bloguero para que esas personas vieran que iba en serio, que tenía el material y que no tendría escrúpulos en publicarlo —dijo Lola sentándose ante la mesa de la cocina.

—¿Qué le vais a proponer? Con dinero no se conformará, ¿verdad? —pregunté.

—Sobre todo quieren nuestro compromiso de no denunciarlos y asegurar la asistencia

de Lucas a una fiesta muy concreta que piensa dar Álvaro en Madrid.

—¡Vaya! ¿Y no quiere dinero?

—¡Claro que lo quiere! Que venga de buena familia y no lo necesite para vivir, no significa que sea tonto —respondió ella.

—¿Y Paul?

—Con él también firmaremos un acuerdo, porque si una sola de las fotos de la fiesta llegase a aparecer en internet, iniciaríamos acciones legales contra los dos. Por si se guardan copias para usarlas en el futuro.

Di un sorbo al café que Philip había preparado. En unos minutos llegarían Lucas y los dos tarados. Era una situación estresante, pero pensar en ella me distraía de problemas más dolorosos.

Un coche se acercaba por el camino que llevaba al *parking* de gravilla.

Metí las tazas en el lavavajillas. Popeye se enroscaba en mis piernas en busca de mimos.

Lucas entró y nos saludó con una sonrisa, pero en su rostro vi que la situación le empezaba a resultar insoportable. Desapareció tras la puerta del salón para guardar el dinero, junto a Philip.

Me apoyé en el marco de la puerta que daba al porche. Otro coche, gris, avanzaba por el camino sorteando los baches.

—Viene alguien —dije.

Philip bajó los dos peldaños que separaban la terraza del jardín. El Fiat aparcó junto a la entrada y bajaron los dos que esperábamos. Mi amigo les dio la bienvenida con simpatía, ya que era una de las premisas que habíamos pactado. Yo los recibí también con una sonrisa, pero la sensación de querer escupirles a la cara cuando lo que me tocaba hacer era ofrecerles café, me resultó repulsiva.

Se sentaron alrededor de la mesa del salón. Fui colocando los cafés en una bandeja. Lola se mordía el labio, escuchando a Lucas exponer lo que les ofrecía a cambio de detener el desastre que habían organizado. Paul parecía alterado, observando a su alrededor, pero sin fijar la vista en ningún lugar concreto, mientras Álvaro miraba al frente con altivez, pero no dejaba de retorcer el asa de su mochila.

Habían empezado a hablar de cantidades de dinero y sentí la mirada profunda de Álvaro sobre mí. De repente, me sentí incómoda, muy lejos de lo que allí se estaba tratando. Necesité salir, busqué mi móvil ante el rostro confundido de Lola. Me sorprendió encontrar un mensaje de Daniel. Salí a la terraza, allí dentro no me necesitaban.

Popeye me había seguido y me miraba maullando para recibir cariño.

Caminando sin rumbo, con el gato enredado entre mis piernas, llegué al final del patio, donde estaba la puerta de acceso a la calle, y leí el mensaje.

Daniel: Hola, preciosa. Imagino que estos días estarás saturada, incluso dudando de si lo que está pasando es cierto o no. Tienes derecho a sentir que la vida es una mierda, nena. Pero lo bueno es que pronto pasará. Ayer salió nuestra foto en el periódico. No debió hacerte mucha gracia, pero a mí me

ha gustado ver mi nombre junto a tu imagen, aunque espero que la próxima vez sea por una razón feliz. Ya sabes dónde estoy para lo que necesites. En serio. Un beso.

El gato maullaba protestón, así que me agaché para acariciarlo, y saltó a mi regazo.

Seguía de cuclillas cuando vi que un coche oscuro disminuía su marcha frente a la entrada de la casa. Me puse en pie, alarmada, con Popeye en los brazos. Me asustaba que mis espías invisibles hubiesen escuchado más de la cuenta, y que a Lucas estuviese a punto de caerle una investigación fiscal.

Observé nerviosa al hombre que bajaba del coche y caminaba hacia mí con lentitud. Pelo canoso y la mirada oculta tras unas gafas de sol.

—Hola... ¿puedo ayudarle?—pregunté.

Se detuvo delante de mí y, cuando parecía que iba a decir algo, unos brazos me rodearon con fuerza desde atrás. Sin darme tiempo a reaccionar sentí un pellizco agudo y ardiente en el cuello. Un inmenso escalofrío atravesó mi cuerpo, mientras una mano ahogaba mis palabras. Quien me agarraba, se aseguraba de que no me pudiese girar ni defenderme. El hombre frente a mí se quitó las gafas, mirándome como si lo hiciera desde el otro lado de una pantalla borrosa. Solté al gato, que se colocó junto al desconocido, y percibí que mis manos empezaban a aflojarse. El teléfono se me iba escurriendo entre los dedos mientras mi corazón latía desesperado. Quería mantenerme alerta y resistirme, pero mis párpados se iban cerrando como si tuvieran vida propia. La visión se me nubló del todo, y cuando me quise dar cuenta, el mundo había fundido a negro.

64. Sinatra

Abrí los ojos en una sala dorada y oscura. Al ponerme en pie me di cuenta de que llevaba el vestido color frambuesa, que de pronto empezó a flotar. El vuelo de la falda se abombaba y comprendí que estaba bajo el agua. Comencé a nadar. Al hacerlo, el agua se convirtió en un mar de rosas rojas, con pétalos grandes y suaves que se movían a mi paso.

Sentía la calidez de ese líquido sobre mi piel. La corriente me mecía y yo nadaba entre las flores. Entonces, descubrí un rostro justo frente a mí. Sus ojos anaranjados miraban al infinito, pero sin observarme. Grité su nombre bajo el agua. Mis manos lo zarandearon por los hombros, intentando despertarlo, pero la imagen se desvanecía. Volví a gritar, pero su piel, sus ojos, su cabello y su boca se estaban disolviendo, los colores se emborronaron y solo quedó ante mí un muro acuoso de rosas rojas.

El sueño había precedido a la realidad, y un instinto de supervivencia debió inducirme a no moverme demasiado. Sentí el rostro cubierto por una tela, que se pegaba con el sudor. Notaba un molesto hormigueo por todo el cuerpo y mis manos inmovilizadas por una tira de plástico que se me clavaba en la piel. No podía respirar bien, y mi corazón acelerado latía alarmado. Me moví un poco, y me di cuenta de que solo estaba cubierta mi cabeza, y de que notaba un sabor de hierro en la boca, que esta vez, por suerte, no estaba amordazada. Me pareció no sentir golpes ni heridas, pero me dolía todo el cuerpo y supe que esta vez nadie me rescataría. Ese pensamiento me llenó de miedo y amargura. Unas lágrimas silenciosas empaparon mi rostro. Al recordar la terrible ausencia de Alejandro, mi corazón reaccionó con palpitaciones peligrosas.

Traté de aguzar mis sentidos, y creí distinguir ahogados murmullos que parecían

amortiguados por una pared. De pronto, oí el cierre de una ventana o una puerta y los rumores se hicieron más claros. Un latigazo de terror me recorrió la espina dorsal cuando me di cuenta de que estaban hablando en ruso.

Sentí unas manos que tomaban mis brazos, me incorporaban. Pensé que sería mejor resistirme. No hasta que tuviera más información sobre lo que ocurría. Me llevaban en volandas y, por puro instinto, me revolví. Entonces el paisaje que me llegaba desde el otro lado del tejido cambió. De la completa oscuridad, pasamos a un gris. Me colocaron en un mullido asiento. De pronto, unas manos rodearon mi cuello y una luz intensísima invadió mi mermada visión. Tras unos segundos, pude distinguir techos y paredes forrados de color arena y detalles de madera. Nos encontrábamos en un lujoso yate.

—Siento los modales.

El pausado tono de voz me ayudó a reconocer esos labios contraídos enmarcados en un rostro con más arrugas de las que recordaba.

Los dos hombres que todavía me agarraban por los hombros, me soltaron.

—Pppp... pero ¿por qué? —acerté a decir con mi maltrecha garganta.

—Victoria Svensson... algo muy grave debes de haber hecho para estar en esta situación.

Se levantó de una butaca similar a la mía.

—¿Qué os he hecho yo, Leonid? ¿Qué queréis de mí? Yo no sé nada. Soy totalmente inocente —exclamé con pura desesperación.

—Seguro que tan inocente no eres. Algo gordo harías a mi princesa. Haz memoria.

—¿Cómo? —pregunté desconcertada.

—No es normal que me haya presionado así... —murmuró entrecerrando los ojos.

—Leonid. Por favor...

—Lo cierto es que tengo curiosidad. Pero ya lo aclararemos más tarde —dijo con la suavidad con la que te dirigirías a un niño—. Ahora tenemos visita.

Se giró, y oí a mi lado un clac que me alertó de inmediato. Uno de los tipos que me flanqueaba acababa de quitarle el seguro a un arma. Me estremecí y levanté la barbilla con cuidado para observarlo. Me di cuenta de que nunca lo había mirado a los ojos, excepto en las fotos que Alejandro me había mostrado. Mi corazón palpitaba en las sienes.

—Dos asuntos de interés en un solo día —exclamó Leonid de nuevo en su butaca—. Parece que hoy va a ser una noche intensa.

Cruzó los tobillos con un movimiento delicado y pronunció algo en voz alta que no entendí. Tras unos instantes, la puerta corrediza de madera se deslizó a un lado. Enseguida reconocí a quien atravesó el umbral lentamente, como el devoto que se acerca al altar del dios que venera. Pero la tensión de su rostro me hizo pensar que, más que veneración, sus pupilas encogidas transmitían temor.

Pasó a pocos metros de mí, sin reparar en mi presencia. Su mirada estaba clavada en nuestro anfitrión, y yo sentí una mezcla de miedo y esperanza. Por fin una persona normal,

que iba a poder ayudarme. Quizá Leonid no sabía que nos conocíamos.

—Bien. Ya me han contado que tenemos cambio de planes —dijo Leonid.

—Tuvimos mala suerte con los guardacostas —replicó. Llevaba una camiseta de manga corta y se podía adivinar su dragón tatuado.

—¿Cómo que mala suerte? —preguntó Leonid—. ¿Será culpa del azar entonces?

—No sé los detalles. Mis hombres... fueron detenidos —respondió dejando entrever su nerviosismo—. Créeme, yo soy el primer sorprendido. ¡Todavía no descubrimos cómo les dio por desmontar el armazón del barco!

Leonid se puso en pie.

—Estás aquí para explicarte, Diego, pero a mí no me levantes la voz.

—Lo siento. Es que estoy... estoy muy enojado. Esto no pudo ser fruto de la casualidad —replicó con un tono más conciliador.

Leonid abrió una caja de madera, de la que extrajo un grueso puro al que cortó la punta.

—Ellos no saben nada de ustedes. No hay temor a que les pueda salpicar —añadió Diego mientras el otro hacía arder la punta de su habano.

—Desde el principio dudé de vuestra profesionalidad. Ahora mis dudas se confirman —dijo antes de dar una honda calada.

El argentino se movía nervioso, mientras, desde la puerta, un hombre calvo de ojos fríos no le quitaba la mirada de encima. Éramos seis personas en la habitación, pero ellos dos hablaban con la intensidad de los que se saben en total intimidad. Mi mente iba a mil por hora, analizando la situación, y tratando de luchar contra el mareo y la angustia, que se acrecentaban por el intenso olor de aquel cigarro.

—Mañana mismo viajo a Cádiz. Averiguaré que pasó. —Metió las manos en los bolsillos y, por un instante, se giró hacia mí. Nuestras miradas se cruzaron. Mi corazón se sobresaltó. Creí advertir cierta sorpresa en sus ojos, pero también complicidad. Aquello podía suponer mi salida de aquel infierno.

—¿Quién nos asegura que no te están esperando?

Diego le expuso sus razones.

—Mañana te llamo y te doy las respuestas. Es posible que no esté todo incautado.

—¿Que me llamas? Te hago venir en medio del mar, porque es donde podemos hablar seguros, ¿y tú me hablas de llamarme por teléfono?

Diego extendió las manos, sorprendido.

—*Na kaleñie* (De rodillas) —dijo con una vehemencia que me estremeció, y acto seguido el ruso de la puerta y el de mi izquierda le obligaron a ponerse de rodillas.

—Si intentas arreglarlo, lo vas a joder del todo —exclamó dando pasos lentos hacia su sumiso invitado.

—Marco es un experto en...

—Shhh... —susurró Leonid, haciéndolo callar. Diego respiraba nervioso. Las gotas de sudor brillaban sobre su rostro, y mi corazón bombeaba desbocado. Cuando me moví, por instinto, mi secuestrador me recordó con un gesto que su arma seguía a dos palmos de mi cabeza.

—¿Sabes qué? Vamos a hacerlo a mi manera.

Dio una larga calada a su puro y se inclinó. Parecía estar a punto de soltarle el humo en la cara, pero en lugar de eso, el habano fue directo al ojo de Diego. Este respondió con un alarido. Intentó apartarse, pero los dos rusos lo sujetaban con firmeza. El zumbido que la brasa del cigarro producía al quemar su piel llegaba a oírse por encima de sus gritos. Mi garganta se hizo más pequeña. Me había quedado sin oxígeno, y las palpitaciones desbocadas amenazaban con un grave desenlace al encontrarme tan lejos de mi medicación.

Leonid se ensañó cuanto quiso. Cuando le dejaron caer al suelo hecho un ovillo, las palabras se convirtieron en sollozos.

Yo temblaba. Leonid tomó el mechero y volvió a darle vida a su puro, con absoluta tranquilidad. Mientras daba una nueva calada, deleitándose, clavó sus ojos azul profundo en los míos, y antes de acercarse de nuevo a Diego, me dedicó un guiño que me hizo estremecer.

—Oh, lo siento. ¿Te ha dolido?

Diego respiró hondo e intentó incorporarse, pero los dos esbirros se lo impidieron. El argentino seguía de rodillas, cuando Leonid se acercó de nuevo.

—Entonces, ¿qué vas a hacer para recuperar la mercancía? —preguntó con la misma suavidad.

Diego tardó un poco en responder, y lo hizo en un susurro.

—Eso es imposible, Leonid. La UDYCO la ha requisado. —Y tragando saliva continuó —: En España no podés hacer algo así, pero puedo negociar con los bolivianos, llegar a un acuerdo... compensar lo perdido. Hay opciones que...

—No sigas. Si no me puedes dar una solución ahora, no tengo por qué retenerte más tiempo.

Diego pareció relajarse. Sus hombros se destensaron, y cuando apartó la mano de su cara, pude ver un círculo oscuro alrededor de su ojo, con la carne viva de su párpado. La visión me asustó, pero me tranquilizaba que la discusión pareciese haber acabado.

Entonces Leonid, de un paso, se colocó tras el argentino. Puso una mano en su hombro. Pensé que, o iba a ayudarlo a levantarse, o a quemarlo de nuevo, y por un segundo me estremecí ante la incertidumbre.

Con suavidad, deslizó sus dedos hasta el otro hombro, rodeándolo con el brazo, mientras la mano que llevaba el puro alcanzaba la barbilla de Diego, que, con desconcierto en la retina, todavía pudo mirarme antes de que un golpe corto y seco, unido a un escalofriante crujido, se los cerrara para siempre.

Me quedé en *shock*, observando con incredulidad a Diego, inerte, sobre la moqueta.

Leonid volvió a llenar la estancia de humo, y el ruso que me mantenía firme en el asiento pareció emitir una gutural carcajada.

En ese momento, la sensación de estar sobre un barco se hizo más viva. Sentía el sudor frío que precede a una pérdida de consciencia, pero cerraba los puños con fuerza, sintiendo cómo se clavaban las bridas un poco más, tratando de sacar energías de algún lugar imaginario. Aunque yo no tenía pecados por los que tuviese que pagar frente a aquella gente, algo muy grave debía de estar pasando para encontrarme en esa situación.

—*Ubiraisia!* (¡Fuera!) —dijo Leonid con un gesto, devolviéndome a la angustiada realidad.

Entre los tres matones arrastraron al argentino y lo sacaron de la estancia. Leonid me dedicó una sonrisa estremeceadora, y levantó una copa al aire antes de dar un trago.

—Solos de nuevo —exclamó Leonid—. Siento que hayas presenciado este desacuerdo con un empleado. No son más que negocios.

—Leonid, por favor. Yo no represento nada para vosotros. No sé qué razón tenéis para...

—Sí. Cierto —me interrumpió—. A mí también me gustaría saberlo. Antes de esta interrupción te lo decía. Las peticiones de Nicole han sido decisivas para que estés aquí.

—¿Nicole? Pero... si casi no nos conocemos. Nos hemos visto solo tres o cuatro veces.

—Por eso vamos a preguntárselo, pero antes, voy a enseñarte el resto de la sala.

Leonid se acercó a un interruptor. Al pulsarlo, la pared empezó a moverse de forma lateral. Apareció una estancia con una plataforma central elevada, sobre la que yacía una gran cama, rodeada por focos que pendían del techo. En el otro extremo de la sala, había tres o cuatro cámaras listas para grabar lo que tuviese que ocurrir sobre aquella cama de sábanas color arena. Aquella visión me estremeció.

—Una sala privada muy especial. —E hizo un gesto para que me acercara.

Me levanté, todavía maniatada, y fui más consciente de mi debilidad. Necesitaba apoyarme en muebles y paredes para avanzar. El corazón me seguía latiendo alarmado. Me ardía la sangre al pensar que seguramente me encontraba frente al asesino de Alejandro.

Leonid me miraba fijamente, y esa intensidad resultaba turbadora, sin rastro de enfado o de nerviosismo.

—Victoria, sin duda sabes más cosas de nosotros de lo que dice tu carita, ¿verdad? —dijo de pronto.

Me detuve, analizando bien lo que debía responder.

—Yo no sé nada, Leonid —exclamé—. Solo lo que tú me has mostrado hoy aquí. Y si eso es para ti un problema... no tiene por qué. Yo solo quiero regresar a Ibiza y seguir con mi vida.

Él asentía en silencio.

—No vas a volver a pisar la isla. Hazte a la idea, Victoria. Comprendo tu decepción,

pero así están las cosas —dijo señalándome la cama sobre la que se amontonaban cojines—. Siéntate ahí, por favor. Es cómoda.

Mis manos temblaban. A pesar de que no me había tocado, pronunciaba cada palabra como una auténtica sentencia. La violencia invisible que nos rodeaba alimentaba mi miedo y mi rabia a partes iguales.

A mi mente venían las palabras de Alejandro. Y con su mero recuerdo mis ojos se humedecían y mi corazón se encogía como si ya no le quedaran razones para seguir esforzándose en sus latidos. Extorsión, secuestros, asesinatos por encargo, trata de blancas...

Obedecí sin dejar de mirarlo. A pocos metros, uno de los trípodes enfocaba a mi posición. En mi cabeza flotaban unas cuantas ideas respecto a lo que podrían grabar en ese escenario y me estremecí. Un ruido me sobresaltó. Era la puerta corrediza al abrirse.

—Estupendo. Aquí llegó.

Su rostro serio iba tensándose a medida que se acercaba a nosotros. Leonid sonrió, con un gesto que parecía utilizar muy de vez en cuando, extendiendo los brazos, y ella le devolvió la cálida bienvenida con un abrazo.

Me observó de arriba abajo. Y esa mirada no presagiaba nada bueno. Se apartó del abrazo de su tío y clavó sus grandes ojos marrones en los míos.

—Bueno, Victoria... veo que ya conoces nuestro plató para ocasiones especiales.

—Nicole. ¿Qué está pasando? ¿Qué es esto?

Miró de reojo a Leonid. Negaba lentamente, como quien reprende con ternura, y recorrió con suaves pasos los metros que nos separaban.

—No me sorprende que todavía no se te haya ocurrido. Las españolas no sois demasiado espabiladas.

Me estremecí con sus palabras. Se sentó a pocos metros, en una butaca, mientras Leonid iba al mueble-bar. Cruzó las piernas con elegancia.

—Nicole, esto tiene que ser un malentendido. ¿Qué quieres de mí?

—Hay pocas cosas que tú puedas darme. Si estás aquí es porque desde que has aparecido, todo se ha ido a la mierda.

El tintineo de los hielos precedió a Leonid.

—Lo cierto es que a mí también me tienes en ascuas, querida —murmuró tendiéndole una de las copas de vodka.

Ella le sonrió como una niña traviesa.

—Pues verás, tío. Victoria es la culpable de que a Sasha le haya pasado lo que... —Dejó a medias su frase y respiró hondo. Mi corazón dio un salto y tuve que contenerme para no llorar.

Leonid enterró los dedos en su cabello y le acarició la nuca.

—*Uspakoisia*... (Tranquilízate...) —murmuró, calmándola.

—¿Cómo que yo soy la culpable? —pregunté sin dejar de mirarla a los ojos.

—Con tu llegada todo cambió. La actitud de Sasha empezó a ser distinta. Y yo no iba a tolerar que nadie interfiriera en lo que es mío.

—Nicole. Estás exagerando. Yo...

—¡No me importa lo que tengas que decir! —me interrumpió con un grito— Apareciste como una pelirroja inocente y no eres más que una zorra.

—Eso que dices, no tiene sentido.

—Me da igual lo que pienses. Tu presencia es un incordio. Además, matamos dos pájaros de un tiro, porque ya está todo organizado. —Miró con complacencia a Leonid.

—Y va a ser rápido, porque no vas a pasar de esta noche —asintió Leonid con sus labios contraídos.

Me puse de pie con el corazón desbocado. Nicole me miraba con una sonrisa burlona.

—Estamos en medio del mar, en el barco más seguro que imagines. Podrías gritar y ponerte a patallar como un bebé, pero no te iba va a servir de nada.

—Estáis completamente locos.

—Estamos en el plató de lo que puede considerarse nuestro propio canal de televisión. ¿Por qué íbamos a venderte una sola vez, pudiendo hacerlo cientos de veces?

—La verdad es que tu idea fue brillante, querida —murmuró Leonid.

—Aquí se graban vídeos sexuales para nuestras plataformas web, pero lo de esta noche va a ser distinto. Los usuarios van a poder ver en *streaming* una escena de sexo salvaje que acabará en una auténtica sesión de tortura y al final, con tu muerte.

Leonid se sentó tras el ordenador y se atenuaron las luces, quedando encendidos solamente dos focos que apuntaban en mi dirección. Mi cuerpo tembló, sin acabar de creer que eso estuviese pasando de verdad.

—Cada espectador ha pagado diez mil dólares. Y no imaginas cuántas suscripciones nos están llegando. ¡Está siendo la revolución en los peores foros de la red Tor!

Había intentado mantenerme serena. Valorar las distintas opciones, tratando de buscar un modo lógico y tranquilo de llegar a un acuerdo con ellos, de despertar su empatía, pero sus contundentes palabras me dejaron sin aliento.

—Ahora van a entrar los especialistas. Lo mejor que puedes hacer es dejarte llevar, porque el principio será muy placentero. Al menos eso es lo que cuentan.

El dolor de cabeza se convirtió en un zumbido. Sentí que estaba a punto de desmayarme.

—Por favor, esto no puede salir bien. Mis amigos... estarán buscándome. Dejarme marchar, y no sabréis nada de mi, lo juro.

—No insistas... claro que va a salir bien —dijo riendo—, ¿sabes con quiénes estás hablando?

Oímos un golpe, ambos se giraron hacia la puerta que había detrás de los trípodes. La sala cargada de humo había dejado esa zona en penumbra, pero distinguí una silueta, y se me detuvo la respiración.

—*Zdrasvuitie* (Hola) —dijo una voz ronca. Cuando se acercó unos metros vi que llevaba una máscara negra de látex y un maletín que dejó sobre una mesa. Miré a Nicole, y ella observaba con atención, acariciándose la barbilla con una perturbadora mirada felina.

El hombre abrió el maletín y se distinguieron ruidos metálicos.

—*Zdrasvuitie* (Hola) —respondió Leonid. En ese instante, empezó a sonar una canción suave y elegante, pero cuando fui consciente del título, sentí náuseas. *I've got you under my skin*, de Frank Sinatra.

Mi corazón parecía consumir mi oxígeno con cada latido y sentía una inminente pérdida de consciencia. *Quizá fuese mejor así*, pensé. Y me dejé caer sobre uno de los cojines. Sabía que debía permanecer alerta, pero el terror y la debilidad me consumían.

Nicole hablaba en ruso con su tío, y sentí que la cama se movía. Por mi cabeza pasaban escalofriantes imágenes, y deseé salir de mi cuerpo para no tener que presenciar todo ese horror. Me llenaba de dudas y de terror pensar en la profesión que podía ocultarse detrás de aquel *especialista*. Ese hombre de pinta espeluznante se había acercado hasta mí, podía sentir el tacto frío y plastificado de la indumentaria de sadomasoquismo. Sentí sus manos sobre mi rostro, que me acariciaban a través de unos guantes. Mi cuerpo estaba en tensión, esperando cualquier tipo de ataque; de violación, y cerré los ojos con todas mis fuerzas. Mientras, Frank Sinatra seguía cantando a todo volumen. Colocó un objeto sobre mis labios. De repente, una superficie plana y dura cubría todo mi rostro. Abrí los ojos y descubrí la visión velada, como a través de un metacrilato que súbitamente no me dejaba respirar. Me quise incorporar, pero una presión sobre mi hombro me obligaba a mantener aquella posición. No podía respirar, con aquel plástico cubriéndome, y de pronto sentí un frío escozor en el hombro. El dolor agudo fue fugaz. Di una honda inspiración, y me extrañó ver que el oxígeno sí llegaba a mis pulmones. A raudales. Como si la angustia que me atenazaba el corazón hubiese desaparecido, pero no era así, ya que mi horror iba en aumento. Seguía sin poder ver claramente, pero distinguía el techo de la sala y uno de los cabezales de aquellos focos. El especialista invadió mi visión, y nuevamente sentí un repelús a lo largo de mi espina dorsal. La máscara elástica que le cubría la cabeza, dejando solo un hueco para la boca y dos pequeños orificios para los ojos, resultaba aterradora. Pero entonces me fijé en su mirada y me estremecí. Sin poder controlarlo, las lágrimas que brotaron desconsoladamente empañaron mi realidad. El miedo, la tristeza y la angustia, se arremolinaron en un nuevo golpe de dolor que no creía ser capaz de soportar, mientras en el aire solo reinaban frases melódicas como *I would sacrifice anything come what might, for the sake of having you near*.

Quizá confundía realidad con ficción, quizá todo formaba parte del mismo sueño, porque era imposible que aquello estuviera pasando, y era imposible que tras la máscara de aquel hombre que estaba a punto de violarme hubiesen destelleado unos ojos color naranja.

Me quise llevar las manos al rostro, entender lo que pasaba, pero mis muñecas seguían dolorosamente unidas por aquellas bridas. De pronto, sentí un apoyo en la espalda que

tiraba hacia arriba. Alguien me ayudaba a incorporarme.

Cuando volví a estar sentada sobre la cama, notaba al especialista tras de mí. En el suelo vi un vaso volcado y, al buscar a Nicole, la descubrí en su butaca, con la cabeza ladeada y los ojos cerrados. Busqué a Leonid por la habitación, y sentí las manos de alguien sobre mis muñecas, que al instante quedaron liberadas. Un escozor helado me provocó un escalofrío cuando las bridas se separaron por fin de mi piel.

Observé de nuevo al especialista, que seguía junto a mí. Me miraba fijamente, y sus palabras confirmaron lo que mis sueños habían deseado.

—Victoria, soy yo —dijo con un sonido amortiguado.

Tragué saliva, sin dejar de dudar si seguía dentro de un sueño cruel. Entonces se acercó a mi oreja y pude sentir la caricia de sus palabras.

—Victoria, cariño. He venido a por ti. Vámonos de aquí.

Me ayudó a ponerme en pie y, todavía conmocionada, traté de quitarme aquello que me entorpecía la visión. El plástico seguía empañado por mis lágrimas, y yo temblaba, ante el descubrimiento de que Alejandro siguiese vivo.

—¡No! No te la quites hasta que estemos fuera. Es una máscara de oxígeno.

—A... ¡Alejandro! ¿Cómo puede ser que estés aquí?

Me tomó de la mano, y la sentí suya a pesar del látex.

—Ahora no hay tiempo de explicaciones —dijo antes de estrecharme con fuerza.

Tiró de mí, y lo seguí. En una esquina de la habitación, tras la mesa, vi una figura boca abajo. Era Leonid, que también descansaba inerte. Sentí un alivio descomunal.

Atravesamos la sala de las cámaras, completamente llena de humo, y me di cuenta de que no provenía de ningún cigarro. Al otro lado de la puerta, la nebulosa invadía del mismo modo la estancia. Había otros dos hombres tendidos en el suelo. Mi adrenalina iba a mil por hora, pero sentía que mis fuerzas eran limitadas. Me dolía el pecho. En realidad, me dolía el corazón y el mareo cada vez hacía más presión en mi cabeza.

Una nueva puerta. Alejandro presionó y llegamos a unas escaleras. Bajé los peldaños con dificultad. Él no soltaba mi mano, y cuando yo flaqueaba, me cogía del antebrazo y nos deteníamos un instante. Al final de la escalera, abrió una puerta que nos devolvió una sacudida de viento frío. Era el mar, bajo el cielo profundo y oscuro. Alejandro me quitó por fin aquella máscara. Al hacerlo, una bocanada de aire salado llegó a mis pulmones, como una prueba de libertad, y pude verlo con claridad. Él se había quitado lo que le cubría la cabeza y me besó. Volver a sentir la calidez de sus labios me dio energía. Lo abracé con todas mis fuerzas, quería sentir su cuerpo, sentir su carne viva y palpitante sobre la cubierta de aquel extraño barco. Me estrechó con fuerza entre sus brazos y lo sentí más real que nunca.

—No tenemos mucho tiempo. Hay gas por todo el barco y están narcotizados, pero no hace efecto aquí fuera... —dijo rodeándome con sus brazos.

Noté que un grueso cinturón de lona rodeaba sus caderas.

Las lágrimas volvían a deslizarse por mis mejillas.

—Dios santo, Alejandro. Querían matarme. Iban a matarme después de torturarme y hacerme... cosas horribles —sollocé, todavía incrédula de poder estar en la seguridad de su abrazo.

—Lo sé, cariño, pero ahora estás aquí, conmigo —respondió con dulzura.

Caminamos por la cubierta. Al fondo, en algún lugar indefinido se veían luces, era un alivio pensar que no estábamos lejos de tierra firme.

—Tengo una lancha cerca de aquí, solo hemos de atravesar las cubiertas.

Rodeó mi cintura para ayudarme a recorrer los últimos metros, y vi que en la otra mano llevaba un arma con un cañón más largo del que ya le conocía.

—No me encuentro bien. No sé qué me han dado y me faltan mis medicinas —dije en voz baja, esperando que el rumor del mar amortiguara mis palabras.

—Antes te he inyectado Solinitrina.

Lo miré, sorprendida.

—Me imaginé que lo ibas a necesitar —murmuró con una sonrisa acompañada por el fulgor de esos ojos color ámbar.

—Alejandro, tienes que explicarme qué ha pasado. Casi me muero cuando vi tu coche... incluso fui hasta el acantilado... y al hospital.

—Te debo muchas respuestas. Lo sé. No debía haber dejado que creyeras aquello, pero no tenía modo de avisarte. El domingo me sacaron de Ibiza, y he estado estos días en un centro de retención del CNI. El fin de la operación se ha precipitado y...

—Y... ¿el vestido que me enviaste? ¿Era... un mensaje? —acerté a preguntar.

—No sabía que mi retirada del tablero de juego iba a ser tan violenta, ni tan inmediata. Al encargarlo no podía imaginar que ese paquete podría ser tan chocante para ti, dada la situación.

Tragué saliva, recordando todo el dolor que había sentido tras su supuesto accidente.

—¿Y cómo me has encontrado?

—Llevas los pendientes que te di —respondió acariciando el lóbulo de mi oreja—, y con eso he podido conocer tu ubicación hasta que entraste en este barco. Aquí existe una tecnología que bloquea las señales, pero fue suficiente conocer tu destino.

Sus explicaciones iban llegando como suaves oleadas, sin dejar de deslizarnos lentamente por aquel pasadizo lateral.

—Cariño, ahora toca ponernos a salvo —entrelazó sus dedos con los míos y siguió adelante, empuñando en silencio su pistola.

Aquel barco parecía infinito en la oscuridad. A mano izquierda, puertas que daban a distintas estancias, todas cerradas; a nuestra derecha, un mar de color negro donde se reflejaban las estrellas.

Alejandro se giró, y soltando mi mano, me hizo un gesto para que me detuviera. Él avanzó sigilosamente hasta una terraza, asomándose con cautela. El único sonido perceptible era el del viento y el del suave chocar de las olas contra el casco.

Vi cómo tomaba una especie de cantimplora de su cinturón y, agachado, deslizó a un lado una de las cristaleras por las que acceder al interior, lo suficiente para que cupiera su mano, con la que introdujo aquel objeto, haciéndolo rodar con suavidad. Antes de cerrar de nuevo el cristal, una pequeña bocanada de un humo gris se escapó al exterior.

Yo tragué saliva, inquieta por la cantidad de esbirros que podría haber dentro del barco.

Alejandro me hizo un gesto y me acerqué con cautela. Semiagachados, nos deslizamos junto a hamacas, *daybeds* y un *jacuzzi* redondo. Ya se divisaba el final, la popa del barco, donde debía esperarnos la lancha en la que él había llegado. En cuanto puse las manos sobre esa barandilla respiré aliviada. Una pequeña distancia nos separaba de la última y estrecha plataforma, en la que podían intuirse unas tablas y unas motos de agua, pero no había rastro de ninguna lancha.

—¿Dónde la tienes?

—Tranquila, la he alejado mucho del perímetro para que no la detectaran —susurró—. Quédate aquí agachada, que es más seguro. Enseguida regreso.

Desapareció tras las motos de agua y le di gracias al universo porque las cosas hubiesen salido así. Recordé de pronto a Diego, y se me encogió el corazón. Nunca borraría de mi retina el momento en que Leonid le arrebató la vida, con aquel crujido espeluznante.

—Maldita zorra ibicenca —escupió alguien.

Me quedé paralizada, sin estar segura de si era producto de mi imaginación. Mi corazón empezó a latir alarmado, esperando que las sombras que me cubrían fueran suficientes para pasar desapercibida.

—¿Cómo es posible que te hayas escapado?—exclamó la inconfundible voz desde un punto más cercano; sonaba pastosa, como si estuviera borracha. El terror que había sentido minutos atrás regresó a mí con una velocidad abrumadora. Entonces pude ver su silueta, recortada contra uno de los focos que rodeaban el *jacuzzi*.

—No sé si pegarte un tiro ahora mismo para acabar de una vez con esta mierda... —Y sus palabras precedieron al clac que ya se me había grabado en el cerebro.

—Joder. Te estoy viendo —exclamó Nicole—. ¿Quieres levantarte y dejar de hacer el ridículo?

Miré de reojo a la plataforma, sin rastro de Alejandro, y dudé. Me fui poniendo en pie lentamente, deslizando mi espalda sobre la superficie esmaltada que me separaba de la escalera, y levanté las manos, mostrando mis palmas a la rusa furiosa que me apuntaba con un arma.

—No sé qué coño has hecho —dijo llevándose una mano a la frente—. Me muero de dolor de cabeza. Mi tío sigue dormido. Si le hubieras hecho algo te mataría ahora mismo sin que me importen los cientos de miles de dólares que perdería sin tu tortura.

—Tu tío estará bien en unas horas —exclamé con firmeza, como si supiera de qué

hablaba. Necesitaba entretenerla.

Dio un paso adelante, sin dejar de apuntarme con el arma. Con un nuevo destello de luz vi su cara de desconcierto. Se acercó tanto que pude ver sus ojos llenos de rabia. De pronto lanzó su mano izquierda sobre mí, agarrándome con firmeza por el pelo. Solté un grito que la fuerte brisa del mar ahogó al momento. Mi corazón llevaba un buen rato descontrolado, pero de pronto se me encogió al pensar que había estado tan cerca de la libertad y que esa rubia loca me iba a pegar un tiro en la cabeza en un arrebato de furia.

—Pensabas que ibas a escapar, ¿eh?, pero los planes van a seguir como yo los había diseñado, por las buenas, o por las malas.

Volvió a darme un tirón y yo grité. Me estaba arrastrando hacia el barco. Se movía con energía, a pesar de su voz, que dejaba entrever los restos de la sedación. Un fognazo y un ruido amortiguado provocaron una sacudida e hicieron que me soltara de pronto. Nicole gritó, llevándose la mano al hombro, del que empezó a emanar sangre. Cayó de rodillas. Yo también perdí el equilibrio. Por instinto, me cubrí la cabeza, y me quedé en un rincón hecha un ovillo. Quizá uno de los rusos me había disparado y le había dado a ella por error.

—¡Mierda! ¡Joder! ¡Me duele mucho! —gritaba—. ¿Pero quién coño ha sido?

—Lo siento, Nicole. Necesitaba que la soltaras —dijo Alejandro, de nuevo en la cubierta. De pie, a mi lado, me tendió una mano para que me levantase, sin bajar el arma.

Ella se quedó muda de sorpresa, y se cubrió la herida con la palma de la mano, aunque cerca de su mano derecha yacía su pistola.

Tomé la mano que me ofrecía Alejandro y me puse en pie. Su rostro serio no apartaba la mirada de la rusa.

—Me he enterado de lo que estabas a punto de hacer. Eres una desalmada, Nicole. Te consideraba mejor persona.

—Pero... Sasha. Tú, habías muerto. Vimos tu coche ardiendo... *Kak eta vozmoshna?* (¿Cómo puede ser?)—murmuró mientras unas lágrimas revelaban su estupefacción.

—Eso ahora no importa —dijo con vehemencia, haciéndome un gesto para que me acercara a la escalera.

—¡Sasha! *Ya nichivó nie snala.* (Yo no sabía nada.) Pensé que estabas muerto... que te había... que te habíamos perdido. *Ochiort!* (¡Diablos!)

Me coloqué en el primer peldaño mientras Alejandro la seguía apuntando con su arma. A mis pies pude ver una zódiac gris, separada de la plataforma apenas por un palmo.

—Lo siento, Nicole. Las cosas no tendrían que haber salido así.

—¡No! De ninguna manera —exclamó, poniéndose de pie de pronto, y levantando la mano que ya empuñaba su pistola dorada—. ¡De aquí no se marcha nadie!

—*Prekratit!* (¡Detente!) —gritó Alejandro—. El arma al suelo, Nicole.

Ella empezó a carcajearse con nerviosismo, aunque su arma seguía apuntándome.

—No pienso dejaros marchar —exclamó—, necesito entender lo que ha pasado.

Sus ojos brillaban fieros, con rabia y decepción.

—Yo... confiaba en ti, Sasha. Confiaba plenamente, y me has traicionado —dijo tragando saliva, con la pistola temblando en su empuñadura.

—Apúntame a mí, Nicole. Estoy aquí. Es conmigo con quien quieres hablar, ¿verdad?

Entrecerró los ojos. Yo seguía inmóvil, sin subestimar sus amenazas. Ella dudó. Apuntó a Alejandro, luego de nuevo a mí, y regresó a él, a quien miraba fijamente.

—Esto no va a salir bien. No sigas.

Alejandro me instó a que siguiera bajando. La pistola dorada miraba directamente a su corazón, desde las temblorosas manos de la rusa. Yo, con mucha suavidad, bajé hasta un segundo peldaño, mientras ellos se encañonaban a pocos metros de distancia. Se me hizo un nudo en la garganta al pensar que podría hacerle daño. Después de perderlo y recuperarlo, no podría soportar que me lo arrebatasen otra vez. De pronto, temí marcharme. No quería bajar sin él.

—Espérame en la lancha —dijo en voz muy baja, sin apartar los ojos de ella.

Di un paso hasta el tercer peldaño, pero no deseaba alejarme más. Algo poderoso me lo impedía. Nicole seguía temblando. Mirándonos. De pronto, extendió el brazo hacia el cielo, con una mueca de dolor, y disparó al aire, lanzando un alarido de rabia. El sonido de su arma resultó escandaloso y temí que alguno de los esbirros se pudiese despertar por el jaleo.

—Detente, Nicole. Tranquila —exclamó Alejandro sin sobresaltarse.

Ella resopló tensa y bajó el brazo, pero esta vez lo detuvo frente a mí. En una fracción de segundo, volví a sentir la detonación, unida a un resplandor fugaz que iluminó por un instante sus ojos inyectados de furia. Apenas me dio tiempo a reaccionar. Cuando sentí que un mordisco atroz se me clavaba en el omoplato, la fuerza del impacto me apartó de la escalera y al cabo de un instante estaba sobre la plataforma. Oí un nuevo disparo, y me incorporé. El dolor que invadía mi espalda resultaba perturbador, pero necesitaba subir. Al ponerme de pie, un intenso mareo se apoderó de mí. Sentí un ahogo que me nacía del corazón y un fuerte dolor en el esternón.

—Victoria, cariño, ¿estás bien?

Se acercó a mí, con el arma en la mano y sangre en el rostro. Tomó mi cabeza entre sus manos, revisando mi cuerpo, alarmado.

—Me duele el pecho —murmuré—, me ha dado en la espalda.

Me giró con suavidad y sentí cómo el ardor se extendía a cada centímetro.

—Te ha rasgado la piel, pero la bala ha pasado de largo. Estás perdiendo sangre. Tenemos que ir al hospital ahora mismo.

Un sueño aplastante tomaba el control de mis párpados, de mis brazos... Alejandro me subió a la lancha. Yo lo miré preocupada. *¿Habrá disparado a Nicole?*

—¿Te ha herido?

—No, estoy bien. Pero tenemos que irnos de aquí ya mismo.

Segundos después sentí la vibración de la zódiac seguida del tronar de su motor. Me acurruqué junto a una lona, mientras él timoneaba la lancha para sacarnos de aquel infierno.

—Victoria, escúchame atentamente.

Una bruma espesa cubría mi visión, pero podía distinguir sus ojos anaranjados.

—Sí... sigo aquí —respondí en un hilillo de voz—, pero no sé por cuanto tiempo.

Entrelazó sus dedos con los míos, mientras con la otra mano seguía manejando el timón. La lancha avanzaba dando pequeños botes sobre las olas.

—Te voy a llevar al hospital, cariño. Pero antes hemos de hablar de algo.

Me incorporé para escucharlo mejor tratando de entender lo que me decía a pesar del viento; un agudo dolor me sacudió desde el omoplato. Sentía mi ropa mojada y fría por la sangre que brotaba poco a poco.

—Ni tú ni yo hemos estado aquí esta noche —exclamó. Sus palabras me sorprendieron, pero dejé que me relatara todo lo que necesitaba contarme. Minutos después, cuando ya estábamos muy cerca de Figueretas, el lugar donde acudiría la ambulancia, acabó por revelarme un detalle inquietante.

—Y para que todo eso tenga sentido, han de encontrar restos de un fármaco que ahora mismo te voy a inyectar.

—¿Cómo?

—Es muy poca cantidad, Victoria. Pero te va a dejar inconsciente y tendrás lagunas de memoria a partir de aquí. Pero debes recordar todo lo que ha ocurrido y lo que te acabo de explicar.

Sacó un paquetito de su cinturón y, al instante, refulgió una aguja hipodérmica. Las llamativas luces de los hoteles de Playa d'en Bossa ya nos iluminaban.

Recuerdo el pinchazo, y el ardor que se extendió por mi brazo. Recuerdo su beso, su tacto, sus ojos ambarinos que se entornaban ligeramente con su sonrisa, pero la bruma fue apoderándose de nuevo de mi consciencia, hasta que me sumergí en un sueño profundo.

65. Victoria

Los ojos de Leonid me miraban sin parpadear. Mi entorno se fue iluminando lentamente. Reconocí las paredes color arena. Al llegar la luz, los ojos azules habían desaparecido, pero ante mí tenía un pasillo infinito, que se iba estrechando a medida que avanzaba. De nuevo agua. La sensación de flotar en una sustancia que me ralentizaba hacía que mi corazón latiera con miedo. Tenía la necesidad de gritar, de pedir ayuda, de protestar, pero mi garganta estaba enmudecida. Me era imposible articular sonidos.

Entonces vi a Nicole. Me apuntaba con su arma dorada. Apretó el gatillo y la luz provocada por la detonación invadió mi visión. Todo se volvió de un luminoso blanco, y me sobresalté.

Me desperté asustada. Al incorporarme, me alarmó encontrar un plástico en mi boca, y un tubito insertado en los orificios de la nariz. Gemí, y algo a mi lado pitó con insistencia.

Tras un instante, apareció una mujer desconocida.

—Ya te has despertado —sonrió.

Retiró los molestos artefactos y, por fin, pude respirar hondo. Me escocía la garganta, con un sabor a plástico en la boca. Intenté tocarme el cuerpo, y me di cuenta de que tenía el brazo izquierdo inmovilizado, mientras un dolor latía desde mi hombro.

—¿Dónde estoy?

—En Can Misses.

—¿Qué ha pasado? —pregunté temiendo la respuesta—. ¿Dónde está... Alejandro?

—Tranquila. Tu familia está aquí fuera. Enseguida entrarán.

No estaba preparada para encontrarme con nadie de mi familia. No en esa situación ni ante ese desconcierto. *¿Dónde diablos estaba Alejandro?*

La enfermera desapareció y yo recorrí con la mirada la fría habitación de hospital. Estaba apoyada sobre una almohada. Al moverme, un remolino de pinchazos se extendió a través de mis músculos.

—¡Victoria! —dijo una voz que me reconfortó.

Lola entró con una caja de Donuts y una Coca-Cola.

—¿Cómo estás? ¡Qué bien que has despertado! —exclamó abrazándome fuerte, pero con suavidad. Sonreía, pero su mirada ojerosa revelaba su preocupación.

—¿Qué ha pasado, Lola? ¿Dónde está...? —me interrumpí antes de mencionar a Alejandro.

—¿No recuerdas nada?

—No... No sé —respondí con cautela, esforzándome para reunir los retazos de recuerdos que empezaban a flotar en mi memoria.

—Ayer desapareciste de pronto —hizo una pausa para tragar saliva— y esta mañana hemos sabido que te secuestraron unos narcotraficantes gallegos, por algo relacionado con... con Alejandro.

La miré con los ojos muy abiertos, inspirando profundamente. Conocía bien la historia que Alejandro había diseñado para ocultar lo ocurrido, y que a partir de ese momento me tocaba interpretar.

—¿Cómo?... ¿Qué dices...?

—Victoria —dijo apretando mi mano entre las suyas—, has sido víctima de la escopolamina.

La miré con el ceño fruncido. No era difícil parecer perpleja en medio de aquel torbellino de mentiras en el que me había metido.

—Es una droga que anula la voluntad y que también borra la memoria.

—Pero... ¿cómo lo sabes? ¿Cómo llegué aquí? ¿Qué pasó?

—Por una operación policial. En realidad, han pasado mil cosas esta madrugada. —Y

estirando la mano, cogió el mando a distancia junto a mi cama.

—La enfermera ha dicho que mi familia...

—Sí. Tranquila —sonrió—. Creen que Philip es tu hermano, y yo su novia.

La respuesta me hizo reír. Y la risa despertó de nuevo el dolor en mi hombro. Lola subió el volumen a la televisión.

Desde 2006 no se registraba una operación de este calibre. De forma simultánea, las redadas han tenido lugar en Alicante, Barcelona, Madrid, Vigo e Ibiza. Hay 86 detenidos, la mayoría provenientes de países del este...

Si Alejandro me había explicado todo aquello la noche anterior, mi cerebro se había olvidado de registrarlo.

La organización, conocida en Rusia como la Voronezskaya, tenía ya en prisión a uno de sus máximos dirigentes, Vladimir Storalov...

Cuando pasaron a otra noticia, Lola cambió de canal.

A Eivissa la que ja es coneix com «Operación Diamante» ha provocat quatre actuacions, simultàniament amb la resta de ciutats on residien els pressunts delinqüents. Aquesta organització dirigeix una sèrie de locals a s'illa, entre ells, la discoteca Glory's que va ser adquirida ara fa tres anys a una empresa eivissenca per reformar-la de dalt a baix. Ses altres redades han estat situades a dues cases particulars, d'es Porroig i Es Cubells, i al yate Topaz, un dels vaixells privats més grans que visiten ses illes cada estiu. (En Ibiza, la que ya se conoce como la «Operación Diamante» ha provocado cuatro actuaciones, simultáneamente con el resto de ciudades donde residían los presuntos delincuentes. Esta organización dirige una serie de locales en la isla, entre ellos la discoteca Glory's, que fue adquirida hace ya tres años a una empresa ibicenca, para reformarla de arriba abajo. Las otras redadas han estado situadas en dos casas particulares de Es Porroig y Es Cubells, y en el yate Topaz, uno de los barcos privados más grandes que visitan las islas cada verano.)

Les nostres fonts confirmen que n'hi ha, al menys, un mort. Una persona encara no identificada que la van trobar sense vida al vaixell dels empresaris russos. (Nuestras fuentes confirman que hay, al menos, un fallecido. Una persona todavía no identificada que encontraron sin vida en la embarcación de los empresarios rusos.)

Recordé a Diego y me estremecí. El modo en que sus brazos pendían sin fuerza, o el espeluznante crujido de su cuello al romperse. Quizá ni siquiera sus amigos sabían todavía lo ocurrido, y me sentí culpable por albergar aquel secreto.

Alejandro me explicó, antes de dejarme inconsciente, que todo se orquestaría para que pareciese que unos narcotraficantes de Galicia habían dado orden de secuestrarme, para sacarme información relacionada con los negocios de Alejandro, pero que yo había sido rescatada por la Policía Nacional. Gracias a la escopolamina me sería imposible recordar nada. Saber todo aquello me provocaba escalofríos: *¿Cuántas cosas damos por ciertas en este mundo, cuando en realidad no son más que puestas en escena de los diferentes servicios secretos?*

—¡Oh, bien! ¡Te has despertado! —dijo Philip desde la puerta. Sostenía un ramo de

rosas rojas que me erizó la piel. Se acercó a la cama y me abrazó pese al aparatoso cabestrillo, las vías en mi muñeca y los cables que monitorizaban mi corazón. —Sin soltar las flores empezó a caminar nervioso por la habitación—. Pensé que te había dado un siroco y te habías ido sola, ¡te imaginé perdida por el bosque o por la playa! —decía con una mezcla de regañina e incredulidad.

—Tranquilo, Philip. No tiene nada que ver... —Me incorporé con cuidado.

—No me han dicho de quién son. No llevan tarjeta —exclamó sentándose junto a Lola, con el vistoso ramo de flores entre las manos.

Yo no la necesitaba para captar el mensaje. Suspiré.

Al mínimo movimiento, un latigazo de dolor se adueñaba de mí durante unos instantes. Además, un hondo pesar me atenazaba, una sensación desconocida, que mezclaba alegría con ansiedad. Había estado muy *muy* cerca de la muerte, de protagonizar un asesinato en *streaming*, y aquello me ponía los pelos de punta. Al mismo tiempo, me hacía inmensamente feliz saber que Alejandro seguía vivo, pero me agobiaba pensar en el futuro.

—¿Qué pasó al final con lo del blog? —pregunté para cambiar la dirección de mis pensamientos.

—Les dimos toda la pasta, según lo acordado.

—¿Os han devuelto el material original?

—Eso esperamos. Lucas ha puesto un montón de alertas de Google para detectarlos. Si saliesen esas imágenes, la demanda que les caería sería impresionante.

Cuando regresó la enfermera, la conversación se quedó en suspenso. Pero cuando anunció que al día siguiente me darían el alta, lo celebramos brindando con Coca-Cola y Donuts de chocolate.

Epílogo

Los picos nevados de las montañas hacían que la calidez de la estancia resultara más reconfortante todavía. Busqué el abridor para descorchar otra botella de vino, aunque tuve que hacerlo con extrema suavidad. Habían pasado más de cinco meses de mi lesión en el hombro, pero todavía me molestaba. Rellené las dos copas y me giré. La luz dorada, que refulgía en la chimenea, me bañaba, y consciente de ello, caminé despacio mientras me acercaba a la cama, dejando que los brillos bailaran sobre mi picardías de satén blanco.

—Eres mala.

—¿Yo? Encima que te traigo una copa —repliqué riendo mientras me sentaba sobre el edredón con una sonrisa peligrosa, sin dejar de mirar sus ojos color miel.

No tardó en rodearme la cintura y en enterrar sus labios en mi cuello, donde empezó a regarme con pequeños besos que me recorrían dulcemente la clavícula.

—¡Ay! No sigas así, que me haces cosquillas.

Cuando se acercó a un punto donde las cosquillas se vuelven irracionales, el ataque de risa dio paso a tenerlo tendido boca arriba sobre la cama, con mis rodillas clavadas a ambos lados de su torso.

—Guau, cariño. Me encanta que se te den tan bien los trucos que te enseño.

Le pagué el cumplido con un beso que sabía a Burdeos, y me acurruqué a su lado. Me observaba con su luminosa mirada y con la sonrisa que querría ver a mi lado el resto de mi vida. En ese momento el tintineo de mi móvil hizo que me girara hacia la mesita de noche. Él frunció el ceño ligeramente, ya que habíamos medio pactado que esos días los móviles no nos interrumpirían, pero sonreí y lo cogí igualmente.

Philip había roto definitivamente con Carlos y no dejaba de enviarme audios de WhatsApp con sus reflexiones y sus eternas dudas. Necesitaba mi apoyo más que nunca, especialmente desde que Lola pasaba tanto tiempo con su chico. Álvaro y el bloguero cabrón habían cumplido lo pactado hasta el momento, y nada apuntaba a que fuesen a romperlo.

Arrugué la nariz mientras reflexionaba sobre todo esto y Alejandro me miró divertido, acariciando mi mejilla.

—¿En qué piensas?

—Pues que lo que nos ha ocurrido en los últimos meses parece sacado de una película —respondí acurrucándome de nuevo a su lado.

—Como se suele decir, la verdad supera a la ficción.

Iba a darle un nuevo beso, con la intención de desatar ese fuego con el que se nos haría otra vez de día, y entonces vi una pestaña cerca de su lagrimal. La recogí con la yema del índice, mientras me miraba extrañado.

—¿Qué haces?

Dejé caer la pestañita sobre el dorso de mi otra mano. Cerré fuerte los ojos, cargados de

deseo, justo antes de soplar con toda mi ilusión. Al abrirlos, la pestaña había desaparecido.

—¡Deseo concedido!

Alejandro sonreía.

—¿Qué deseo?

—Es algo que hago desde niña. Pedir un deseo cuando se me cae una pestaña. Si soplas y sigue en tu piel, es que no se cumplirá, pero si sale volando... ¡premio!

—¿Me vas a decir que crees también en el Ratoncito Pérez?

—No seas tonto. Lo de pedir deseos es un asunto serio —repliqué.

—¿Y se cumplen los deseos que te conceden? —dijo acercándose hasta tocar mi mejilla.

—No puedo decírtelo... si te lo cuento, se desvanecen. Aunque si estamos tú y yo aquí es porque mis deseos se han cumplido.

En lugar de responder, me abordó con su boca.

—Me gustaría que este día durara para siempre.

—Entonces no le daríamos al tiempo el valor que realmente tiene. Sin frío... ¿cómo reconocerías el calor?

—¿Te vas a poner filosófico? —inquirí burlona.

—Si lo piensas, tengo razón. No existe un estado de felicidad permanente, porque entonces no la valoraríamos.

—Ya... supongo que es un modo optimista de mirar al futuro.

Me rodeó con un brazo y apoyé mi cabeza sobre su torso desnudo. Besé la aureola de su pezón mientras él seguía hablando.

—Yo creo que los contrastes forman parte del sentido de la vida, mi amor. Sin el sufrimiento vivido en el pasado, ¿cómo darse cuenta de que lo que tienes delante es pura felicidad?

Su piel se veía ligeramente enrojecida. En su pecho los tatuajes parecían ir degradándose, convirtiéndose en sombras de lo que una vez fueron. Cuando me acarició la mejilla vi las mismas marcas sobre sus dedos, y los besé.

—Los voy a echar de menos... va a ser raro verte sin toda esa tinta encima. ¿Duele mucho?

—Bastante... pero, cosas más duras he tenido que hacer —dijo antes de buscar de nuevo mis labios.

Llevábamos tres días encerrados en aquella pintoresca casita, situada junto a un lago suizo, invirtiendo nuestras horas en hacer el amor como si no quedara nadie más en el planeta. Se hacía difícil pensar que pronto esa escapada tocaría a su fin y tendríamos que regresar a la realidad. Ibiza sería un poquito más gris sin la compañía de mi amado Alejandro y sus ojos ambarinos.

—¿Qué será de nosotros? Ahora que Alejandro Ortega ha muerto... me pone triste pensar en mañana...

—Tengo un par de meses de trabajo en Madrid, pero luego me podrían enviar a cualquier ciudad de España. O del mundo. Y no voy a pedirte que te vayas a vivir a otro lugar, mi amor.

Lo apreté entre mis brazos. Sentía una punzada en el corazón al pensar que, al volver a la isla, tendría que enfrentarme a mi rutina, sin él. Lola y Philip eran mi apoyo incondicional, pero desde lo ocurrido en mayo mi vida había cambiado radicalmente. Lo más difícil era actuar como una víctima, como una mujer engañada, que se entera de que se ha estado acostando con un cabecilla del crimen organizado justo después de la muerte de este.

Aquella versión, que juré defender hasta sus últimas consecuencias, me obligaba a tragarme el orgullo delante de los demás.

—La vida de los agentes de inteligencia no está hecha para ser compartida —dijo con pesar—. Lo más sabio sería disfrutar de cada momento, y no pensar en el futuro, pero... yo no quiero eso, Victoria. No quiero perderte.

—Sencillo no va a ser —confesé—, pero hallaremos la manera.

—Lo cierto es que tengo un plan —dijo acariciando mi piel—, pero no puede ser inmediato, antes tengo que dejar unos asuntos resueltos en mi trabajo. Aún hay mucho *loco* que encerrar, cariño. Y la única forma es combatiendo el fuego con el fuego.

Sonreí, y le regalé un nuevo beso.

—Solo necesito unos meses. En unos pocos meses te podré hacer una propuesta irresistible.

Con el siguiente beso atrapé suavemente sus labios con mis dientes. Le encantaba que hiciera eso.

—En mi profesión te das cuenta de que las cosas no se dividen en blancas o negras. La vida, con sus versiones de la realidad en función de los distintos enfoques con que la observemos, constituye un universo de matices.

—Pues sí que estás filosófico, ¿será el vino francés?

—Eres la única persona con la que puedo reflexionar sobre estas cosas —murmuró riéndose—. A estas alturas debes pensar que estoy mal de la cabeza.

—Estar demasiado cuerdo es aburrido —sentencié.

—Y entonces, hasta que me hagas esa propuesta irresistible... ¿Seguirás detrás de la mafia rusa? —pregunté consciente de que era un tema que todavía me superaba.

Él me observó con los ojos entrecerrados y comenzó a hablar pausadamente.

—La *Voronezskaya* no había sufrido nunca un golpe tan grande. En el Servicio Federal de Seguridad ruso todavía no se lo pueden ni creer. Jamás hubieran imaginado que nuestro país fuese capaz de plantarles cara.

Cuando recordaba lo ocurrido se cernía sobre mí un pesado telón de ansiedad. Respiré

hondo. Él me apretó fuerte entre sus brazos y me besó el cuello con dulzura.

—¿Seguro que quieres hablar de eso, Victoria?

Asentí, con los labios apretados. Miré mi muñeca. La pulsera de Cartier brillaba junto a la cicatriz de mi atadura. Era la primera vez que nos veíamos tras varios meses de ausencia, y aunque habíamos estado en contacto de un modo virtual y discreto, todavía quedaban incógnitas que resolver.

—¿Y crees que... querrán vengarse de ti?

—No pienses eso, mi amor. Han puesto precio a todos los agentes del CNI y policías nacionales implicados en la Operación Diamante. Es su modo de actuar, pero desde la cárcel no tendrán mucho que hacer. Además... yo ya estoy muerto.

—Pero... Nicole. Ella te vio...

—Logré inyectarle escopolamina, y me aseguré de que quedase inconsciente.

Recordé el disparo que atravesó mi piel y el terror que sentí en ese maldito barco. La imagen de aquella rubia loca empuñando el arma frente a mí todavía lograba estremecerme. Y el modo en que podía manipular a su tío para que le concediera sus retorcidos caprichos me ponía los pelos de punta. Una persona normal no manda ejecutar una orden de secuestro contra alguien solo por haber tenido un rifirrafe en un baño de vapor.

—Dime una cosa, ¿por qué no le hizo efecto el gas como a los demás?

—Nicole es adicta a las anfetaminas, a la cafeína en polvo, e incluso a los barbitúricos. Según el experto en química del CNI alguna combinación podría haber mitigado el efecto de los gases sedantes que utilicé.

—Todavía me cuesta creer el modo en que trabajáis allí. A algunas de las cosas que me has contado les veo la lógica, otras me parecen surrealistas. ¿Cómo es que primero había micrófonos en mi piso y luego no encontré ninguno?

—Precisamente por eso, cariño. Cuando entraste en el radar de Nicole y te convertiste en un objetivo, obviamente por la relación conmigo, empezaron a vigilar tu casa. Luego, cuando descubrieron que lo sabías se apresuraron a retirarlo todo y a dejar el piso como si nada hubiera pasado, pendientes de tu reacción. Si algo saben hacer en *la casa* es eso, y anticiparse a los movimientos de un sujeto.

—Algún día... algún día todos esos tejemanejes os van a salir mal —murmuré recordando la desesperación que sentía ante cada nuevo retazo de información que me llegaba tras la supuesta muerte de Alejandro—. A mí desde el principio me chirrió que aparecieran en la isla tu madre y tu esposa.

—Porque tú sabías cosas de mí que nadie más conocía. Pero el servicio se esfuerza mucho en diseñar las identidades con cada nueva infiltración. Las dos mujeres que se presentaron como la familia de Alejandro Ortega eran parte de la puesta en escena, compañeras del CNI. Por eso casi siempre hay que escenificar una muerte cuando se da por concluida la operación —afirmó casi con orgullo de su profesión—, aunque también es verdad que la posibilidad de cobrar el seguro de vida después, es un factor decisivo. Sin

ello apenas tendríamos presupuesto para material de oficina.

Rio, y su sonrisa luminosa me convenció de que las desgracias pasadas habían valido la pena.

—¿Y qué ocurrirá con Leonid cuando salga de prisión, tras la incursión en su yate y después del mazazo que le habéis dado a su organización?

—¿Mazazo? Recuerda... tú y yo jamás estuvimos ahí —murmuró guiñándome un ojo color de ámbar.

Nota de la autora

Después de la intensa historia contenida en estas páginas, siento la necesidad de hacer unas aclaraciones. La primera de todas es para pedirles disculpas por emplear, a modo de licencia narrativa, el intenso y embriagador perfume de Alejandro. Necesitaba caracterizarlo sensorialmente de esta forma, aunque cualquier conocedor de este mundillo se dará cuenta enseguida de que su profesión es incompatible con este detalle, por razones obvias. El Alejandro Ortega del mundo real nunca llevaría una seductora fragancia, pero en estas páginas, y para el deleite de Victoria, sí.

En cuanto a las localizaciones en mi querida isla, quisiera aclarar que todos los comercios y locales son reales, excepto el Glory's y el restaurante Little Goa. El primero existió, y fue una revolucionaria y mítica discoteca varias décadas atrás, pero cerró sus puertas en los noventa y ya ha desaparecido. Por otro lado, Little Goa es un restaurante de mi invención, pero está inspirado en otros legendarios establecimientos reales, que hoy en día, por desgracia, tampoco existen.

Empecé esta novela en septiembre de 2012. Ha sido un camino largo y lento, que he recorrido junto a todos los personajes, construyendo este mundo paralelo en el que se desarrollan sus tramas y aventuras, pero con cientos de conexiones con el mundo real. Espero que disfrutes de su lectura tanto como yo he disfrutado creándola.

Ibiza, 14 de diciembre de 2017

Agradecimientos

Dedicado a algunas de mis personas favoritas, que no habéis podido ver la publicación de esta novela en vida, pero que estaréis brindando por ella desde el otro lado. Por supuesto, con una buena copa de hierbas ibicencas: Vicente Mateu, Juan Arbués, Pepe Candel y Ángel Nieto.

¡Gracias a toda la gente maravillosa que ha ayudado a que esto sea posible! A mi equipo de lectores y lectoras que con sus valiosas opiniones me ayudaron a desarrollar una trama más interesante y divertida.

A mis queridos compañeros y compañeras de los talleres de La isla de los escritores.

A las divinas bibliotecarias, de Barcelona, Menorca e Ibiza, que tanto me han ayudado a documentarme con los temas más rebuscados.

A Francisco Lerena, Lobo Azul, el infiltrado que ayudó a evitar en los ochenta que España cayera en una nueva dictadura, y a quien nunca se lo agradeceremos lo suficiente. Las largas conversaciones con él han sido decisivas para la creación de esta novela.

A Fernando Rueda, porque, sin él, Alejandro no sabría tantas cosas del mundo de las agencias de inteligencia.

A Aina Tur, dramaturga, por su visión fresca y audaz con la que pude dar una vuelta de tuerca al argumento.

A Alejandro Riera, experto en mafias del este.

A Olga Kuklikova, por hacer que me enamorara de la Madre Rusia.

A Pere Cervantes, por su apoyo y su complicidad literaria, sin ella, esta novela quizá no habría llegado a ver la luz.

A Ariadna de Castro, por su impagable ayuda en cuanto a química y farmacopea.

A Miguel Pons, por estar a mi lado durante tantos embistes y asedios de la vida.

A Cristina Amanda Tur, la criminóloga más *sexy* de Ibiza. Gracias por tus consejos y observaciones.

A David R. Vidal, por resolverme ciertas dudas para caracterizar a Alejandro.

A Mercè Allès, por seguir enseñándome la lengua rusa y dar más realismo a los diálogos.

A David Hernando, médico forense, porque sus conocimientos fueron muy importantes para unos capítulos importantísimos.

A Ana Vide, por la magnífica sesión de fotos para el libro.

A Maira Miramar, por ayudarme con ciertos detalles náuticos que solo conocen piratas, capitanes y marineros.

A José Luis Salaverría, por su amistad y su asesoramiento legal en momentos complicados.

A Alberto García-Alix por dispararme esa foto tan especial que estará siempre

vinculada a la vida de este libro.

A Beatriz Benítez y Pilar Clemente, porque vuestras correcciones y revisiones fueron decisivas para el desarrollo del manuscrito.

A Esther Herranz y Eva Olaya, por creer en una loca novela de ochocientas páginas desde el minuto cero.

A Ramón Jiménez, por su ayuda y su apoyo para hacer realidad el componente mágico y sensorial que este libro necesitaba.

A Jorge Sánchez de la Campa, por su sagacidad y energía para impulsar la presentación oficial de este libro.

A Guadalupe Revuelta y su Lady Press Agency por hacer magia con los medios de comunicación.

A Virginia Sancho, por todo su apoyo y porque Victoria Svensson tiene mucho de ella, aunque todavía no lo sabe. Mucho *love*.

Sin los patrocinadores que han colaborado con los eventos de lanzamiento de esta novela, nada habría ocurrido del mismo modo. Gracias, David Moreno y tu genial Pure Ibiza Radio, por el ave fénix, llena de talento y entusiasmo que vive en ti.

Gracias, Luis Candel, con tu Mariner y Mar y Sol, ejemplos de lo más clásico y lo más moderno que ofrece nuestra isla. Te mereces todo lo bueno que te traiga la vida.

Gracias, Carmen Matutes, junto a tu equipo genial, con Nuria, Alba, Patrizia y todos los demás. *La isla de ámbar* será siempre sinónimo de Ibiza, intentaremos imitar el buen hacer y el poderío del Grupo Palladium.

Gracias, Juan Suárez, con tu periódico casi centenario. Es una alegría que el *Diario de Ibiza* sea el medio local oficial al que se liga esta novela.

Gracias, a Nacho Arzuaga, con vuestra maravillosa bodega, la cual es parte de Ibiza desde hace muchos años.

Gracias, Jose María Echaniz, por tu eterno apoyo y tu compromiso. Espero que volvamos a coincidir en la siguiente reencarnación.

Gracias, Diego Calvo y tu espectacular Concept Hotel Group, un ejemplo de que, cuando se trabaja con ilusión y alegría, disfrutando de cada paso, se llega más lejos de lo que imaginamos.

Alejandro Ortega no existe pero al mismo tiempo es más real que ningún otro hombre vinculado a mí. Le he dado vida a través de detalles y retazos que pertenecen a los amantes con quienes he compartido y comparto las sábanas. Por eso esta novela está dedicada principalmente a vosotros, porque sin esos momentos vividos, Victoria no tendría ni intensos flirteos, ni aventuras descaradas, ni situaciones sensuales ni polvazos de infarto en los que regocijarse. Estoy orgullosa y feliz de que forméis parte de mi realidad.